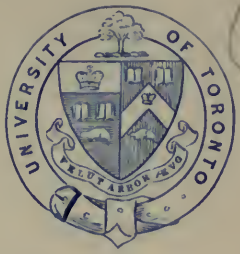
HANDBOUND
AT THE

UNIVERSITY OF
TORONTO PRESS

I
8421
18



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

C7324

[Comedias]
Vol. 5

CADA CUAL CON SU DEBER.

CADA CUAL

CON SU DEBER

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO,

original de

DON MANUEL VALCARCEL. y Ro

COMPRA Y VENTA DE COMEDIAS DE SAN MARTIN 2. MADRID

MADRID.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. MORENO,
Calle de San Lúcas, núm. 6.

1870.

462216
5.

Personajes.

—

DOÑA ANA.
DON CESAR.
DON GASPAR.
TERESA.

Reinado de D. Felipe II.

Siempre que se diga derecha ó izquierda, se entenderá la del espectador.

ACTO ÚNICO.

Sala en la casa de campo de D. Gaspar: una puerta á la derecha y otra á la izquierda: en el fondo dos ventanas y en medio un sofá: delante de él una mesa, delante de la mesa un brasero, y encima de la mesa una luz; Doña Ana y Teresa aparecen sentadas á sus costados y cosiendo.

ESCENA PRIMERA.

Doña Ana y Teresa.

ANA.

¡Ah! cuánto tarda Gaspar,
siempre esas largas ausencias,
siempre ese afan por estarse
el dia entero en la selva,
sin pensar que yo le espero

de inquietud y pesar llena.
No sé si será ilusion,
pero abrigo la sospecha
de que á mi lado se aburre
pues de mi lado se aleja.

TERESA.

¿Y por qué esos pensamientos?
¿por qué tan tristes querellas?
Desechadlos ya doña Ana:
¿quién imaginar pudiera
que junto á vos se fastidie
quien tanto y tanto os aprecia?

ANA.

Tu buena intencion admiro,
mas no te canses Teresa:
tú sientes cual siento yo,
tú cual recelo recelas.
Hace tiempo que Gaspar
preocupado se muestra,

una idea le persigue
sin duda con insistencia,
y aunque su amor la combate,
siempre vencedora queda.
Acaso al salir de caza
halló en la cercana sierra
lides de amor, mas gustosas
que las lides con las fieras.
Acaso al querer matar
un ave con su escopeta,
encontró muerte, en la vida
de unas miradas serenas;
y en tanto yo sola y triste
miro cual los dias ruedan
siempre esperando, esperando,
y ya sabes la conseja
que dice, siempre en el mundo
quien espera desespera.

TERESA

Pues bien doña Ana, ya que
me hablais hoy de esa manera,

tambien yo debo deciros
con lealtad, con franqueza,
que se ha obrado en vuestro esposo
una variacion completa.
No me atrevo á asegurar
como vos que un amor sea
lo que así le preocupa;
mas es lo cierto, que observa
una conducta especial
que á la comprension se niega.
Y esto se hace mas notable,
si por azar se recuerda
que en cuanto supo la muerte
de vuestro esposo don César,
os dijo que trascurrido
el término que se observa
cuando muere un militar
casado, en lejanas tierras,
queria en segundas nupcias
unirse á vos, dando pruebas
de amor y de rendimiento,
con sus galantes finezas;
pero... y ¿á qué decir mas?

Hace un mes ¿qué diferencia
no se notaba?

ANA.

Pues bien;
eso motiva mis quejas,
su variacion repentina,
su notable inconsecuencia.
¡Ay de quien fia en amores!
¡Ay de quien necio se ciega,
esperando en la constancia
de su dorada veleta,
que serán sus ilusiones
movibles granos de arena
que huirán en el mismo viento
que vuelve la aguda flecha!
¡Cuán distinta era, en verdad,
la conducta de D. César!....
Nunca adusto se mostró,
nunca esquivó mi terneza,
pero ¿por qué recordarlo?
Murió en las costas de Argelia
entre infieles, sin hallar

ni tumba que le cubriera.
Si mi ruego hubiera oido,
si pidiendo su licencia
al altivo duque de Alba
con empeño no siguiera,
hoy acaso no seria
mi fortuna tan adversa.
Pero el *honor militar*...
la *gloria* con sus quimeras...

(Pausa: dan las ocho en un reloj de torre.)

TERESA.

Las ocho dan en la iglesia.

ANA.

Las ocho, y Gaspar no viene;
¡tal vez en la oscura selva! ...

TERESA.

Desechad vanos temores.

ANA.

Calla, parece que suenan
pasos en el corredor...

TERESA

Voy á ver;

ANA

Sí, vé Teresa.

ESCENA II.

Doña Ana, despues D. Gaspar.

ANA.

¡Oh, qué ansiedad tan cruel!
Ya se tarda demasiado...
si acaso me habré engañado...

(Entra don Gaspar por la izquierda.)

¡Gracias, cielo santo! ¡Es él!

(Don Gaspar aparecerá en traje de caza. Al entrar ca

ademan distraido dejará la escopeta en el rincon de la izquierda y se sentara negligentemente en la silla que Teresa ha ocupado.)

GASPAR.

Buenas noches Ana.

ANA.

Buenas
las tengas tambien, Gaspar.

GASPAR.

Como buscando una disculpa.) A tardar
me obligaron mis faenas...

ANA.

¿Faenas tú, y á esta hora?

GASPAR.

Faenas, ó no, es lo cierto
que ni por tardar me he muerto
ni me he perdido, señora.

ANA.

¡Oh! gracias: no era esperada
tan ruda contestacion.
Gaspar, desde esta ocasion
no he de preguntarte nada;
pues no es justo que tú aquí
porque buscas un abismo,
te hayas faltado á tí mismo
queriendo faltarme á mí.

GASPAR.

Ana, estoy desesperado;
ignoro si te falté,
porque ahora mismo, no sé
lo que antes he pronunciado.
Siento enfermo el corazon,
la fiebre mi seno abrasa,
siento la razon escasa
y... perderé la razon...
No quieras... no, que sin ella
tus preguntas satisfaga,
poner el dedo en mi llaga

es amargar mi querella:
calla, con fé sin igual
sabe que es tal mi sufrir,
que ni aun yo quiero inquirir
el motivo de mi mal.

ANA.

(¡Oh! ¿Qué misterio profundo
sus frases dan á entender?)

GASPAR.

(¿Por qué no se fué á esconder
en las entrañas del mundo?
¿Por qué mi adverso destino
con imperiosa altivez,
torna á lanzarle otra vez
en mitad de mi camino?)

ANA.

Gaspar *(Pausa corta.)*

GASPAR.

¿Qué me quieres?

ANA.

¿Hoy
no has cazado nada?...

GASPAR.

(*Distraido y con intencion.*) Nada,
Es demasiado taimada
la fiera que á buscar voy.

ANA.

¿Luego en los montes cercanos
tras una fiera has corrido?

GASPAR.

Y de mis manos ha huido,
al tocarla con las manos.

ANA.

(*Con intencion.*) Buena presa debe ser
cuando por correr tras ella,
pierdes en casa la huella
del amor de tu mujer.

GASPAR.

(*Profundamente abstraido.*)

¿Quién sabe si busco amor
al correr desatinado?

ANA.

(*Con profunda intencion.*)

Y en el monte ¿no has hallado
su fuego devorador?
¿Como tímida gacela
huye sin duda de tí?...
Entonces, ¿qué haces aquí?
¡vuela tras sus pasos, vuela!

GASPAR.

(*Mas tranquilo.*) Vamos Ana, calla luego;
no me hagas desesperar. .
¿Cómo pudiste pensar?...
Cállate ya, te lo ruego.

ANA.

Siempre quien su pensamiento

halla en el lazo cogido,
el tono cambia advertido
y dulcifica el acento.
Gaspar, bien poco avisado
anduviste, si ¡por Dios!
que muy pronto entre los dos
el velo se ha levantado:
no estraño pues, que á cazar
vaya con traidora calma,
quien tiene tan dura el alma
que solo sabe matar.

GASPAR.

Esta es siempre la mujer,
ciega de puro advertida;
en las sombras de la vida
á oscuras quiere leer.
Y dirá que en vano arguyo
si no albago su ilusion;
para ellas no hay mas razon
ni mas corazon que el suyo.
¿No estás leyendo en mis ojos

que al apartarme de aquí,
tan solo siento por tí
mis continuados enojos?
¿No estás viendo en el dolor
que esperimento á tu lado,
que es un dolor motivado
por mi inestinguible amor?
¿Cómo tu pecho juzgara
á quien temiendo perderte,
por solo el placer de verte
tu pérdida autorizara?
Fuera necio en demasía
el que con menguado anhelo,
despreciase el bien del cielo
por no padecer un dia.

ANA.

No entiendo lo que me dices...

GASPAR.

Ni lo quieras entender,
si no nos quieres hacer
en un momento infelices...
¡Todo el que anhela gozar

en la tierra maldecida,
debe saber, que en la vida
sabe, el que sabe ignorar.

ANA.

¡Oh, calla! entender no puedo
tus frases, mas temo que...

GASPAR.

Pues yo que entenderlas sé,
juzga si yo tendré miedo.

ANA.

¿Tú, miedo?

GASPAR.

Sí, un desatino
parece palabra tal;
pero, ¿quién no teme al mal
que va oculto en el destino?...
El ha estendido su manto
sobre nuestro mútuo anhelo.

Ana mia, ruega al cielo.
que no nos anegue en llanto.

(Entra Teresa por la izquierda.)

ESCENA III.

Dichos y Teresa.

TERESA.

Señor.

GASPAR.

¡Quien vá!

TERESA.

Labastida
el guarda del olivar,
os ha venido á llamar.

GASPAR.

(Aparte.) (¡Le hallaron!) Voy en seguida.

ANA.

¿Te marchas otra vez?

GASPAR.

Sí.

ANA.

No, no, debo detenerte...

GASPAR.

Deja, pudiera perderte,
si permaneciese aquí.

ANA.

Mas ¿quien alza entre los dos
tan enojosa barrera?

GASPAR.

No lo preguntes siquiera.
Adios.

ANA.

Vuelve pronto.

GASPAR.

Adios.

(Doña Ana queda como abismada y puesta la mano en los ojos. Gaspar se detiene con Teresa que habrá quedado en el umbral de la puerta.)

GASPAR.

(Rápidamente á Teresa.) Alejad de este aposento
á doña Ana, y si viniere
alguno, hacedle que espere
y dadme aviso al momento *(Vase.)*

ESCENA IV.

Doña Ana y Teresa.

TERESA.

Pero señora, ¿por qué
en esa afliccion os veo?
¿No disipó don Gaspar
vuestros injustos recelos?

ANA.

Sí, pero se va, y yo ignoro

donde se vá y dudo, y temo,
que no sé si le amenaza
algun peligro encubierto.

(Se asoma á la ventana).

¡Ah! ¡Qué oscura está la noche!
cual mis tristes pensamientos,
cual sus oscuros designios
que yo comprender no puedo.
Ya sale... monta á caballo...
parte con paso ligero...
ojos que le veis partir,
Dios haga que vuelva á veros.

TERESA.

Pues no ha de volver señora;
no con temor indiscreto
querais en su corta ausencia
que sufra oprimido el pecho.
Id á descansar tranquila
un rato en vuestro aposento,
que las horas se hacen cortas
cuando las ocupa el sueño

Me iré sí, para pedir
luz y proteccion al cielo,
que el dolor se dulcifica
con los fervorosos ruegos

(Sale por la derecha.)

ESCENA V.

Teresa.

Gracias á Dios que ella misma
mi intencion ha satisfecho;
ya estoy sola... mas sin ella
no sé por qué, tengo miedo.
¡Se ha comenzado la noche
con tan estraños sucesos!
Y ese hombre que aquí se espera
y debe venir muy presto
¿quién será? ¿Por qué razon
doña Ana no debe verlo?...
No puedo comprender nada

de tan singular misterio

(Dan dos golpes.)

¡Han llamado!... ¿Si será
el que don Gaspar?... Yo tiemblo.
Veamos. *(Se asoma á la ventana.)*
¡Oh! ¡cuánto tardan!...
¡vuelve á llamar!... Ya han abierto.
¡Es un un mendigo!... ¡pregunta
por la señora!... Entra dentro.
¿Quién podrá ser? ¡Cielo santo!
¿y yo recibirle debo?...
Salgamos... pero ya sube,
se dirige aquí... esperemos.

(Entra Don Cesar que vestirá un remendado uniforme y se adelanta al proscénio sin ver á Teresa).

ESCENA VI.

Teresa y Don Cesar.

CESAR.

¡Oh! ¡Gracias! ¡gracias Dios mio!
que permites vuelva á hallar

mi dulce y tranquilo hogar
antes que el sepulcro frio.
Por tí cesa mi afliccion,
tú á mi afliccion das consuelo...
y es que siempre escucha el cielo
las preces del corazon.
Mas ¿por qué este llanto ahora?
¿por qué con rudo vaivén
temo hallar el dulce bien
donde mi bien se atesora?
Desecha pobre alma mia
tu recelo, tu temor...
¿No vas á gozar tu amor?
¿No vas á hallar tu alegría?
Un paso y feliz serás,
y pasa, y todo aquel mundo
de acerbo dolor profundo
será un sueño nada mas;
un paso... un paso... ¡Ah! ¡no puedo!
¡quién sabe cual la hallaré!
¡quién sabe si ya su fé
me la jurará por miedo!
¡Diez años ha que partí!

¡Diez años!... ¡son tantos años!...
Quién no teme desengaños...
sí, diez años... ¡Ay de mí!
Si nadie hubiera notado...
si aun me pudiera volver...
mas, ¿cómo retroceder,
despues de haberla encontrado?
¡Ah! cobarde corazon
no dudes mas, llega, llega.
¿No comprendes que te ciega
una mezquina ilusion?
¿No ves que vas á encontrarla?
¡Oh! ¡Sí! vamos... ¡Mas que veo!
¡una mujer!

TERESA.

(Ya me ha visto,
mas nada dice) Buen viejo,
¿qué deseais?

CESAR.

(¡Ah! no es ella.)
¿Me preguntais qué deseo?

Jóven, busco á tu señora
á quien he mandado pliegos
noticiando mi llegada,
y hablarla aquí mismo debo.

TERESA.

Doña Ana se ha retirado
ahora mismo á su aposento
y no sé...

CESAR.

Jóven, doña Ana
me aguarda y saldrá, lo espero.

TERESA.

No adivino las razones.

CESAR.

Ni yo que dártelas tengo.

TERESA.

Para pordiosero sois
orgulloso.

CESAR.

¡Pordiosero!
(es verdad, como sin juicio
he olvidado que mi aspecto...)
dispensadme si han podido
mis palabras ofenderos. (*Con burla.*)

TERESA.

Ni tan alto, ni tan bajo,
que yo las burlas entiendo.

CESAR.

No es burla...

TERESA.

Pero perdeis
de todos modos el tiempo;
hasta volver don Gaspar
doña Ana no puede veros.

CESAR.

¿Don Gaspar?... Y don Gaspar
¡quien es!... ¿ni con qué derecho?...

TERESA.

Con el de marido basta.

CESAR.

¡Qué escucho! ¡que estás diciendo!
¡marido! pues qué, ¿doña Ana
se ha casado?

TERESA

Si por cierto,
como que entré yo á servirla
el dia del casamiento.

CESAR.

¡Casada otra vez! ¡Qué escucho!
¡no es posible, no lo creo!

TERESA.

Pues si os parece mejor
podeis dejar de creerlo.

CESAR.

Dime, ¿serias capaz
de jurarlo?

TERESA.

Sí; no tengo
inconveniente. lo juro.

CESAR.

¡Ah! ~~Vos~~, ¡no hay duda! ¡no sueño!
ha olvidado su deber,
su pasion, sus juramentos
y es de otro ya! ¡Maldicion!...
Y yo que creí que el tiempo
no borraria en su alma
lo que no borró en mi pecho:
yo que pensé... Miserable,
mas te valiera haber muerto,
mas te valiera vivir
en tu horrible cautiverio
y arrastrar dobles cadenas,
y hallar suplicios horrendos:
cautivo y triste tendrias
una esperanza en tu seno;

Libre, has venido á pisar
los umbrales del infierno.

TERESA.

(¿Qué dice? Se vuelve loco).
Reportáos.

CESAR.

(¡Qué es lo que he hecho!
César, hoy has de apurar
la copa del sufrimiento:..
ahoga tus amarguras,
debes mostrarte sereno.)
¿Te has asombrado?

ANA.

(*Dentro.*) ¡Teresa!

TERESA.

(Doña Ana.)

CESAR.

¡Dios! ¡Ese acento!...

TERESA.

Y D. Gaspar que me dijo...
corro á contarle el suceso.
(*Sale por la izquierda.—Doña Ana entra por la derecha.*

ESCENA VII.

Doña Ana y D. César.

ANA.

¡Teresa! (¡un hombre aquí!)
¿Quién sois, buen hombre?
¿Qué quereis? Responded.

CÉSAR.

(Ella al fin.)

ANA.

(¡Calla!)
Os pregunto quién sois.

CÉSAR.

(Dios soberano
dadme el valor que al corazon le falta.)
¿Me preguntais quien soy, qué es lo que quiero
y ante mi vista, atónita, asombrada,
si un momento al temor no dais cabida,
aguardais impaciente mis palabras?
Vos las buscais con insistencia loca
y yo esquivando estoy el pronunciarlas
que hay palabras, señora, que atraviesan
cual dardo agudo que el arquero lanza.

ANA.

Misterioso os mostrais...

CÉSAR.

Siempre el misterio
fué patrimonio de oprimidas almas,
que temiendo al dolor que las aqueja
en el misterio su dolor resguardan.

ANA.

¿Buscais consuelo acaso?...

CÉSAR.

Si consuelo
puede encontrar el que perdidas halla
con el bien de su vida, las dulzuras
que nacen en el bien de la esperanza,
busco consuelo, como busca siempre
el triste hebreo su querida patria.

ANA.

No comprendo el enigma que se encierra
en el dolor que vuestra faz retrata...

CÉSAR.

¿No lo entendeis? Mejor sin duda os fuera
ignorar el motivo de mis ánsias;
pero vos lo quereis, y yo lo quiero,
que ya mi pecho de callar se cansa.

ANA.

(¿Qué sentimiento es este que al oirle
en mi asombrado pecho se levanta?
¿por qué me infunden compasion medrosa
sus amarguras mal disimuladas?)...

CÉSAR.

Hace diez años, al llegar las horas
en que las sombras de la noche avanzan,
junto á la cruz que de ignorado pueblo
muestra el camino, y término le marca,
un hombre á una mujer, adios, decia
y en sus amantes brazos la estrechaba.
Lágrimas se veian en el rostro,
del rudo militar, ardientes lágrimas
corrian por el rostro de la triste
que un triste adios á sus amores daba.
Pero suena un clarin; el desdichado,
adios murmura que el clarin le llama,
y rechazando el amoroso seno,
su potro monta, y delirante escapa.

ANA.

¡Oh! ¿qué me estais diciendo?

CÉSAR.

Pasó un año,
pasaron dos y tres, y en tierra estraña
sujeto al yugo del infiel impío,
apurando la hiel de la desgracia,
diez años vió pasar, años horribles.
años de angustia matadora, amarga,
cuyo solo consuelo era el arrullo
vago y engañador de la esperanza;
¿qué direis pues, al que volviendo un dia
á su hogar retirado...

ANA.

Basta, basta...

CÉSAR.

Trémulo de emocion, loco de gozo,
esperando encontrar la paz, la calma,
el amor, las dulzuras que diez años

con su divina imágen le alentaban
sepa que el bien por cuyo bien vivia
~~solo una sombra es ilusion vana.~~
fué tenue sombra que voló al Tocar

ANA.

¿Pero es cierto? ¿Es verdad? ¿Sois vos D. César?
¿No es esto un cruel delirio? ¿No me engañan
mis deslumbrados ojos? ¡Ah! No hay duda
es mi primer esposo... ¡Dios me valga!
¡No murió! ¡Me engañaron! y yo ahora
cuando le vuelvo á ver estoy casada...

CÉSAR.

Casada sí, casada, vuestros lábios
lo dijeron al fin, esa palabra
es vuestra acusacion, es vuestro crímen,
es vuestra ingratitud, es vuestra infamia.

ANA.

Pero yo os creí muerto; en siete años
nada supe de vos, don César, nada...

CÉSAR.

¡Nada supe de vos!... Quien esto dice,
¿qué mas ha de decir? Pues qué, ¿nuestra alma
ha de poder vivir amando siempre
al mismo ser que con delirio amaba?...
¿No me dieron por muerto? ¿Y puede un vivo
amar al ser que de su amor se aparta?
Esta es la ley del corazon humano,
esta es la ley del mundo, esta es la marcha
que siempre seguirá: ¿por qué no ajusto
á esta razon mi inesplicable llama?
¡Ajustarla! Mezquinos corazones
cuyos afectos por la tierra pasan
como arroyuelos que la lluvia forma
y entre las grietas de la tierra acaban;
el lodo vil que el tiempo en su carrera
lanzó á vosotros por marcar su planta,
no llega al corazon que al cielo sube
de inmenso amor en las radiantes alas.
Para ese corazon no es el olvido
ni ley del mundo ni razon sagrada.

solo el olvido disculpar procura
quien tiene seca y pervertida el alma.

ANA.

César César, piedad, me están matando,
los duros ecos que tu voz exhala:
nunca compararé mi sufrimiento
con el rudo dolor que te desgarra,
pero tambien mis ojos han llorado
por tí, por nuestro amor, tambien airada
la desesperacion sin tregua alguna
en mi pecho infeliz clavó su daga.
Yo te esperé siete años, siete años
de cruel martirio, de ilusiones vanas,
de horribles desengaños... ¡César! ¡César!..
Ten compasion de mí, no soy culpada,
no puede serlo quien tu amor llorando
derramó por tu amor tan tristes lágrimas.

CÉSAR.

¡Oh! ¿qué decís señora?..

ANA.

Mas si juzgas
que no soy inocente, si humillada
quieren verme tus ojos, no lo esquivo,
implorando perdon, héme á tus plantas.

CÉSAR.

Por Dios, señora, alzad; he sido injusto
teneis razon, sí,,sí, tal es la marcha
que sigue el mundo y su corriente ruda
no se puede torcer con una caña.
Ni una palabra mas; soy el culpado,
lo asegurais, y vuestro juicio basta;
pero decid señora; ¿y ese hombre
que me roba mi amor, mis esperanzas,
no es culpable tambien? ¿no es el que debe
sufrir el peso de mi fúria insana?

ANA.

¡Oh¡ ¿qué quereis decir?

CÉSAR.

Dios soberano!
pues ¿no está confesando que le ama?
Pero no importa, no; ni amor os pido,
ni amor pretende quien su fé rechaza:
la fuente del amor no brota nunca
en el seco arenal de la desgracia.
Voy á partir, señora; de la tumba
he vuelto para vos, y ella me llama;
voy á buscar la tumba del soldado
en los gloriosos campos de batalla.
Mi vuelta, mi presencia, mi partida,
queden cual mis desdichas olvidadas;
nunca sepa ese hombre, á quien no acuso,
por mas que el ódio mi conciencia embarga,
nunca sepa, repito, que ha segado
la flor del bien, consuelo de mis ánsias;
pues si llegase á imaginar que un dia
en mi dolor impío se gozaba
fuera poca la sangre de sus venas
para saciar mi sed.

ESCENA VIII.

Dichos: Don Gaspar.

GASPAR.

Podeis saciarla.

ANA.

Cielos!

CESAR.

¡Este hombre aquí!

GASPAR.

Por fin os hallo.

CESAR.

¿Sois vos?...

GASPAR.

Yo soy.

ANA.

¡Valednos, Vírgen santa!

GASPAR.

Dejadnos solos ahora:
quiero á don César hablar.

ANA.

¡Oh! ¡por piedad, don Gaspar!

GASPAR.

Dejadnos solos, señora.
¿Qué teneis que hacer aquí?
¿no obtuvísteis su perdon?
Ved que le falta ocasion
para perdonarme á mí.

ANA.

No, no me iré.

GASPAR.

¡Vive Dios!
mirad que de furia ciego...

CÉSAR.

Ana vete, te lo ruego,
tenemos que hablar los dos.

ANA.

Y ¿cómo he de consentir,
si en vuestro furor impío?.

CÉSAR.

Nada temas, te lo fio,
vete.

ANA.

(Me siento morir.)

(Sale por la derecha.)

ESCENA IX.

Don César, don Gaspar.

CESAR

Con ira mal encubierta,
y por ella aconsejado,
habeis mi acento escuchado
oculto tras de esa puerta.
Vos la encontrásteis abierta,
que yo abierta la dejé;
y si yo no la cerré,
¿por qué torpe y decidido
escuchásteis escondido,
solo por averiguar
lo que yo sin vacilar
os hubiera referido?
Soy don César de Lizana,
el que ayer de aquí partió,

porque leal no pensó
verse robado mañana.
Soy el que juró á doña Ana
amor, proteccion y fé:
ni quiero saber, ni sé,
si despues ha sido impía;
el lazo que á ella me unia
lo ató la divinidad,
y la verdad, la verdad
es que esa mujer es mia.

GASPAR.

Sé que en la menguada grey
donde nuestro amor se muestra,
que esa mujer es hoy vuestra
dirá la mezquina ley;
mas yo no admito otro rey
en cuestiones de pasion,
que mi propio corazon:
gritándome está: «La quiero.»
Y si afan tan verdadero
va de mi entereza en pos,

mia será, pese á vos,
á la ley y al mundo entero.

CESAR.

Qué, ¿rencoroso y osado,
razon y ley despreciais?..
Mirad don Gaspar que vais
por camino extraviado.
Torpe y mal aconsejado
os tiene vuestro furor...
Dadme ley con vuestro amor!..
con vuestro amor, que de daños
y de tristes desengaños
del mio se mantenia...
¡Pordiosero amor de un dia,
plaza á mi amor de diez años!

GASPAR.

Corazon por corazon
ninguno admite tal mengua,
ni se halla siempre en la lengua
la verdadera razon:
las palabras viento son.

jamás con visible fé
mi derecho encomendé
á su poderío inerte;
echada está ya la suerte,
uno sobra, vos, ó yo...
si el infierno nos juntó
que nos separe la muerte.

CESAR.

¿Pensais que mi afan se tuerza
(*Desnudan las espadas.*)
porque con fieras pasiones
buscais, no hallando razones,
las razones de la fuerza?

GASPAR.

¿Tambien sois cobarde?

CESAR.

¿Yo?
¿yo cobarde? ¡vive el cielo!
Don Gaspar, mi sangre el suelo

cien veces enrojecio:
por España la verti
escrito en mi pecho está ..
y en toda España no habrá
quien no diga que es asi.

GASPAR.

Pues decida nuestro acero
la justicia y la razon.

CESAR.

Porque tengo corazon
reñir don Gaspar no quiero,
que si me ciega la saña
y os mato de ira loco,
tengo su persona en poco
para premio de mi hazaña.

GASPAR.

Basta, que á oir no me allano:
si el acero no esgrimis
os prometo que moris
á palos como un villano.

CESAR.

¡Ira de Dios! con tal mengua
provocas mi furia impía.
¡Desventurado! ¿quién guia
tu corazon y tu lengua?
Como al abismo te lanzas,
escuela ya de mi boca
que toda tu sangre es poca
para saciar mi venganza.
Sea pues; y entre los dos
ni piedad, ni juicio nombres...
¡cuando se acaba en los hombres
empieza el juicio de Dios!

Cruzan las espadas.)

ESCENA X.

Dichos y Ana.

ANA.

¡Gaspar!... ¡Don César!

GASPAR.

En vano
me deteneis, que ese ruego
es aire que aviva el fuego
y fuerza presta á la mano.

CESAR.

Dejad, doña Ana, dejad:
¿no veis que por tal camino,
tornándose en asesino
hace mi felicidad;
que de su rencor profundo
cegado por el vaiven,
me dará el único bien
que puedo hallar en el mundo?

GASPAR.

¡Oh! ¿Conque los ojos fijos
en la muerte teneis vos?...
pues bien...

ANA.

¡Detente por Dios!
¡Gaspar por tus pobres hijos!

(*Estas palabras harán una profunda impresion.*)

CESAR.

¡Qué escucho! ¡Dios de Israel!
¿Sois padre?

GASPAR.

(*Bajando la espada.*)

Soy padre, sí.

CESAR.

¿Esto mas? ¡Triste de mí!
¿qué soy yo, si padre es él?

¿Quién por una vil venganza
lanzara?... no puede ser...
Corazon, debes ceder
tu recuerdo á su esperanza.
Don Gaspar, fieras pasiones
causaron nuestro rencor,
sin ver que eran en amor
hermanos los corazones:
Dios en su profundo arcano
me está mandando olvidar...
olvidemos, Don Gaspar.

GASPAR.

Don César...

CESAR.

Hé aquí mi mano.
Cegado por vano empeño
tras de la gloria corrí,
en sueños su imágen ví,
pero no ví que era un sueño.
Por él dejé mi alegría,

por él mi alegría lloro.
por él pierdo su tesoro...
vuestra ha sido... ya no és mia.
Solo quedo, mas si un dia
recordando el bien amado
que ha perdido este cuitado
comprendeis su suerte cruel
orad y llorad por él,
que será muy desgraciado,
que solo tendrá un consuelo,
pensar que hay quien no le olvida
y una lágrima querida
vierte por su triste duelo.
No hay duda, lo quiso el cielo,
él la enlazado con vos,
él ha puesto entre los dos
tierna, angelical barrera...
infame saltarla fuera;
que nunca nos culpe Dios

GASPAR.

¿Os vais?

ANA.

Don César...

CESAR.

Sí, sí,
soy la sombra de un recuerdo
y entre las sombras me pierdo
por no acordarme de mí:
mi recuerdo queda aquí,
él murmurá mi nombre,
él dirá cuando os asombre
lo que mi alma decidió...
Vos erais padre y él no,
y el que es padre es mas que un hombre.

(*Estrecha la mano de don Gaspar, va á abrazar á doña Ana, pero se detiene y parte precipitadamente. Doña Ana cae en una silla anonadada y don Gaspar sigue en silencio á don César hasta la puerta.*)

ESCENA ÚLTIMA.

Doña Ana y Don Gaspar.

ANA.

Partió.

GASPAR.

Sí.

(Se dirige á doña Ana y pretende cogerla una mano.)

ANA.

¡Qué vas á hacer?
Mientras el cuitado gime,
su sacrificio sublime
nos marca nuestro deber:
yo soy su esposa ante Dios,
tu amor para siempre acalla

su sombra es una muralla
interpuesta entre los dos.

GASPAR.

¡Esa es la horrible verdad!
por eso le perseguia,
porque á robarme venia
mi bien, mi felicidad;
y ahora, ¿cómo hallar consuelo
para dolor tan profundo?...

ANA.

Gaspar, olvidando el mundo
y alzando la vista al cielo;
él, en males tan prolijos
un deber te ha señalado:
eres padre, estás ligado
por el amor de tus hijos:
con horrible sentimiento
de ellos me separaré,
mas por ellos rogaré

encerrada en un convento:
vivos siempre en mi memoria
mi oracion será su egida...
¡Los dolores de la vida
son la senda de la gloria!

CAE EL TELON.

Eschroeder, Friedrich Ludwig

MAL GENIO

Y BUEN CORAZON,

ó

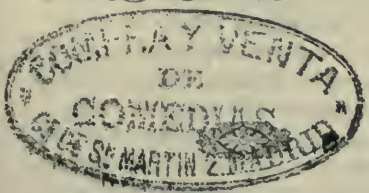
EL CADETE.

COMEDIA EN TRES ACTOS

escrita en aleman por J. L. Serootes. Puesta en verso castellano y arreglada al teatro español

POR

D. L. E. E.

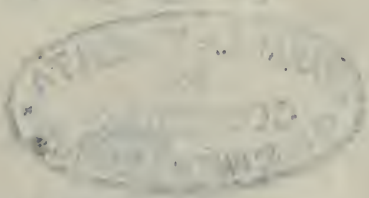


VALENCIA:
Imprenta de J. FERRER DE ORGA.

1831.

PERSONAS.

El BARON DE HONVIS, oficial retirado.
SOFÍA, amante de
GUILLERMO DE VISA, cadete.
EL CAPITAN ALSING.
EL DOCTOR MANSBERGO.
MADAMA LENTEN, aya de Sofía.
CONRADO Y FRANCISCO, criados.



La escena se finge en Alemania.

ACTO PRIMERO.

Cuarto del Baron con un buró de los que se cierran de golpe: un libro grande de cuentas dentro de él y dinero en las gavetas: mesa, escribanía y sillería decente. Aparecen madama Lenten y Sofía, la primera haciendo labor y la segunda junto á un bastidor enhebrando una aguja.

ESCENA I.

Lenten. ¡Siempre, siempre en el balcon!
¿qué es lo que hace usted?
Sofía. Enhebro
una aguja.
Lenten. Y de caminó
mira si vuelve Guillermo.
Sofía. ¿Mas si querré yo al cadete?
Lenten. Yo lo presumo á lo menos.
¿Está la aguja enhebrada?
Sofía. Sí señora: ¿qué tenemos?
Lenten. Venga usted acá y acabe
esa flor que estaba haciendo.
Sofía. No viene, no viene.
Lenten. Vamos,
¿quiere usted dejarse de eso?
¿no ve usted que todo el mundo
dirá que es necio y muy necio
el amor de usted?

Sofía. Señora,
¿quién ha dicho que le tengo?
Lenten. Yo lo digo.
Sofía. Usted se engaña,
y supongamos que es cierto:
¿es errada la eleccion?
Lenten. Muchísimo. ¿Con qué sueldo
mantendrá un cadete á usted?
Sofía. ¿No ascenderá? ¿yo no heredo
todos los bienes de padre?
Lenten. ¿Y hasta entonces?
Sofía. ¿Qué sabemos
si pensará de otro modo?
Lenten. Con lo avaro que se ha hecho
y las manías que tiene,
no hay que esperarlo; yo creo
que así como á usted la tuvo
abandonada en un pueblo
por diez años, la querria
tener ahora doscientos
en el miserable estado
de la doncellez: todo ello
por no gastar. Hija mia,
no tiene usted otro medio
que esperar que el baron muera,
ó admitir el santo velo.
Dentro Baron. ¡Conrado!
Sofía. Que llama padre.
Dentro Baron. ¡Conrado!
Conrado atraviesa corriendo el teatro.
Conrado. Ya voy.
Entra en el cuarto del Baron.

Lenten. Dejemos
la labor para observar
cómo está.
Sofía. Vamos corriendo
que va á salir. (*Vanse.*)

ESCENA II.

Baron y Conrado.

Baron. ¿Dónde estabas?
Conrado. En el guardaropa.
Baron. ¿Abriendo
los armarios?
Conrado. Sí señor.
Baron. Para robarme, ¿no es esto?
Conrado. Para sacudir la ropa;
y otra vez....
Baron. Vísteme luego.
Conrado. Haga usted, señor, de mí.....
Baron. Despacha.
Conrado. Mejor concepto.
Baron. ¿Qué me pones?
Conrado. La casaca.
Baron. ¿Para qué? Ah, ya me acuerdo.
Conrado. ¡Qué iluso!
Baron. Las ocho y media.... (*Saca el reloj.*)
El coche.
Conrado. Voy al momento. (*Vase.*)

ESCENA III.

Cierra el buró, toma el sombrero y baston, va hácia la puerta, la abre, se queda un instante pensativo, vuelve á cerrar y se acerca al buró.

Baron. Es una mala cabeza
que tiene amores secretos.

Deja el sombrero y baston sobre una silla, se pone la bata, abre el buró y se sienta á escribir.

Baron. Perdona, mi Carolina,
si despues de tanto tiempo....

ESCENA IV.

El Baron y madama Lenten.

Lenten. Señor....
Baron. ¡Qué infierno de casa!
¿qué hay?
Lenten. Ya está el coche puesto.
Baron. ¿Quién le ha pedido?
Lenten. Usted.
Baron. ¡Yo!
no puede ser, no lo creo.
Lenten. Anoche para ir á casa
del genéral.
Baron. ¿Con qué intento?
Lenten. Con el de tomar informes
del cadete.

Baron. Si ahora vengo
de allá.
Lenten. ¡Usted!
Baron. Yo, sí señora.
Lenten. ¿Y qué ha dicho?
Baron. Poco y bueno.
Que es una mala cabeza;
que tiene amores secretos....
Lenten. Hoy amaneció perdido. (*Aparte.*)
¿Y cómo puede ser eso?
si usted no salió de casa.
Baron. ¡Cómo que no! y lo sostengo.
Yo estaba á las ocho y media
vestido ya.
Lenten. ¿Y qué?
Baron. Veremos (*Saca el reloj.*)
la hora que es.... son treinta y cinco
minutos.
Lenten. ¿Ha habido tiempo?
Baron. Esta distraccion.... Jurára
que yo habia estado á verlo,
y me habia dicho que era
un mala cabeza.
Lenten. Creo
que á usted le finge mil cosas
su ofuscado pensamiento.
Baron. Cómo ha de ser. El cadete
habrá salido, ¿no es eso?
Lenten. Sí, señor.
Baron. ¿A dónde irá?
Me merecia un concepto....
Lenten. Pero señor, ¿y Sofía?

Baron. Vendrá á parar en lo mismo
que Carolina: un bribon
la engañaba y.... yo no veo (*Pensativo.*)
la carta.... ¿La escondió usted?
Aquí está.... sigo escribiendo....
Lenten. ¿Quién será esta Carolina
que tanto ocupa su pecho? (*Aparte.*)
Es preciso distraerle.
Señor.
Baron. ¿Y bien?
Lenten. Un cochero
insolente ha atropellado
á un niño.
Baron. Dime, ¿y le ha muerto? (*Asustado.*)
Lenten. No señor.
Baron. ¿Y el agresor?
Lenten. Su amo le ha dado dinero
para escapar.
Baron. Caridad
grata á los ojos del cielo. (*Con ironía.*)
¿De quién es hijo?
Lenten. De nuestra
lavandera. ¡Qué consuelo
para una madre! Si usted
quisiese por un efecto
de caridad socorrerla....
Baron. ¡Á qué santo!.... Yo no puedo
ni quiero.... Que la socora
el demonio.
Lenten. Si á lo menos (*Aparte.*)
fuese compasivo en su
distraccion....

Baron. Busque remedio
para que me restituyan
cuanto me han robado, y luego
haré bien á todos.
Lenten. Mucho (*Aparte.*)
tarda el doctor y lo siento.
Baron. Dígame usted, ¿con que el niño
que ha atropellado el cochero
es de nuestra lavandera? (*Toma el libro.*)
Lenten. Sí señor.
Baron. Lo sentaremos. (*Escribe.*)

ESCENA V.

Los anteriores y *Sofía.*

Sofía. ¿Cómo está padre?
Lenten. Lo mismo:
su mal no tiene remedio.
Sofía. Tenga usted muy buenos dias.
Baron. Téngalos usted muy buenos,
señor doctor.
Sofía. Si soy yo.
Baron. ¡Ah Sofía! ¿qué hay de nuevo?
Volviendo la cabeza.
Sofía. Señor, la viuda de Valner....
Baron. De Valner.... ¿Qué trae?
Sofía. Lamentos.
Baron. Es inútil: yo por nada
de este mundo me enternezco.
Sofía. Le ha faltado la limosna
que de mano de un sugeto

mensualmente recibia.
Baron. ¿Y quién es el majadero
que se la daba? ¿Soy yo?
Sofía. Segun ella dice....
Baron. Bueno.
Yo no doy limosna á nadie:
¡para eso están los tiempos!
que se vaya y que me deje
en paz.
Sofía. ¡Ó cuánto lo siento! (*Hace que se va.*)
Baron. Mira, dame tu bolsillo.
Vuelve y se lo da.
¿Es este todo el dinero
que tienes?
Sofía. Sí señor.
Baron. Anda.
Sofía. ¿Á llevárselo?
Baron. Primero
le arrojaria que darlo
de limosna: á dentro, á dentro,
y diles á mis lacayos
que la echen.
Sofía. ¡Buen Dios, qué genio!
Vase suspirando.

ESCENA VI.

El Baron escribe en el libro y dice entre dientes:

Baron. La viuda de Valner.
Lenten. Nada,
nada conmueve su pecho.

Baron. Dígame usted una verdad.
Se levanta de pronto.
Lenten. Ya sabe usted que no miento.
Baron. ¿Ama Sofia al cadete?
Lenten. Que yo sepa por lo menos....
Baron. Esta nunca sabe nada:
¿le han comprado á usted el silencio?
Lenten. Yo no soy capaz....
Baron. De todo,
siendo muger.... ¡Bueno, bueno,
va el asunto! ¿Y el cadete
dónde estará? En el infierno,
sin duda.
Lenten. ¿Hay mas que seguirle
para saberlo?
Baron. No quiero
saber nada con engaños:
todos siguen el egemplo
de aquel pícaro. ¡Por cuánto
no ha escitado ya proyectos
maliciosos mi pregunta
inocente!
Lenten. ¿Y si por medio
de este exámen se averigua
su conducta, y satisfecho
usted de ella determina
hacerle feliz?
Baron. ¡Ó si eso (*Con dulzura.*)
fuera!.... Pero ¿por qué causa? (*Con dureza*
¿Qué me importa á mí Guillermo?

ESCENA VII.

Los dichos, el doctor Mansbergo, Conrado que saca un plato de plata con un vaso tapado con un papel y una cuchara: lo pone en la mesa y se va inmediatamente.

Doctor. Señor baron, buenos dias.
Baron. No piense que se los vuelvo:
Enfadado.
márchese usted. (*Á Lenten que se va.*)

ESCENA VIII.

El Baron y el Doctor.

Baron. ¡Este es otro
que bien baila!
Doctor. Lo primero
es tomar la medicina.
Echa unas cuantas gotas en la cuchara.
Vaya, vamos.
Baron. Yo no quiero (*Enfadado.*)
nada de usted.... He aquí el hombre
que me debia el concepto
de que era un hombre de bien.
Doctor. ¿No toma usted el remedio?
Con frialdad.
Baron. No señor: tómele usted
por mí, y le hará el mismo efecto.
Doctor. Mire usted.... (*Con frialdad.*)

Baron. No me importune.
Doctor. No gusto de ser molesto:
á Dios. (*Va á irse.*)
Baron. ¿Se va? Vaya, venga
esa pócima.
Le alarga la cuchara, el Baron toma la medicin
y despues le pulsa.
Doctor. Yo creo
que á usted le han dejado solo.
Baron. De que me alegro en estremo.
Doctor. ¿Y qué ha hecho usted entre tanto?
Baron. Nada. Estuve discurriendo
el modo de echar del mundo
los hombres malos.
Doctor. Proyecto
famoso para dejarle
poco menos que desierto.
¿Y en este destierro, amigo,
soy comprendido?
Baron. El primero. (*Colérico.*)
Doctor. Sin sufocarse. ¿Tan malo
soy?
Baron. ¡Ó mucho! (*Lo mismo.*)
Doctor. ¿Yo qué he hecho?
Baron. Una maldad. (*Gritando.*)
Doctor. Sin dar voces.
¿Cuál es?
Baron. Haber descubierto
mi compasion á los pobres.
Doctor. Sabe Dios que no me acuerdo
habérselo dicho á nadie.
Baron. Mentiré yo.

Doctor. No digo eso.
Si es por la viuda de Valner,
¿al darle el primer dinero
me encargó usted por ventura
de que guardase secreto?
Baron. No me acuerdo.
Despues de discurrir un poco
Doctor. Pues yo sí.
Baron. Pase por olvido; pero
¿por qué no está satisfecha?
Doctor. Porque no tengo para ello.
Baron. Mentira: no se me olvida
tan fácilmente el consuelo
de los pobres.
Doctor. Pero sin
sufocarse.
Baron. No, no puedo.
Doctor. ¿No sabe usted que jamas
recibo el menor dinero
para estas cosas, sin que
usted lo siente primero
delante de mí en su libro.
Baron. ¡Qué! ¿no está en él?
Doctor. Con sosiego
registrarlo.
El Baron abre su libro, lo registra, y despues toma la mano al Doctor con humildad.
Baron. Esta cabeza....
perdone usted.... nada de eso:
debió usted de su bolsillo
anticipar el dinero.
¡Qué crueldad!

Doctor. Se me pasó,
y sabe Dios que lo siento.
¡Pero que esta muger no haya
venido á verse primero
conmigo!
Baron. No caeria.
Ahí va su mes completo,
y cuidado que lo diga
porque entonces reñiremos.
Hay que hacer otra limosna.
El pícaro de un cochero
hoy ha atropellado el niño
de mi lavandera.... sueltos
he de tener diez ducados.
Voy á mirarlo: en efecto.
Doctor. Apunte usted uno y otro.
Baron. No encargo mas que el secreto:
Escribe.
cómo descubran que soy
mas humano que parezco,
me dejarán en camisa
por tercera vez.
Doctor. Yo creo
Paseándose y el Baron escribiendo.
que no hay que temer, el juicio
viene con los años, y éstos....
Baron. ¿Á cuántos estamos?
Doctor. Á ocho.
¿Durmió usted bien?.... yo sospecho
que no.... Amigo, es necesario
hacer egercicio.... pero
¿qué estará escribiendo tan

distraido?.... Amado dueño:
Lee por detras del Baron.
Perdóname el abandono....
¡Usted ha perdido el seso!
¿en el borrador de gastos
copia usted las cartas? ¡Bueno,
bueno está usted!

Mira el Baron el libro, recapacita, le cierra, se levanta y dice con mucha frialdad.

Baron. Y es verdad.
Doctor. Señor mio, ese cerebro
está un poco trastornado:
vístase usted y daremos
un paseo: distraerse,
distraerse.
Baron. Si no puedo.
Esta cabeza no quiere
ser buena: he perdido el sueño,
me ha faltado la memoria,
y en la frente tengo un peso....
Me siento, amigo, muy malo:
mis fuerzas van siempre á menos.
Melancólico, aburrido,
desesperado aborrezco
los hombres.... porque los hombres....
¡este rencor hácia ellos
es añadir un delito
á los muchos que yo tengo!
Doctor. Déjese usted de delitos.
Baron. Están en el alma impresos;
y lo malo es que á ninguno
manifestárselos puedo.

Amigo, yo he sido un monstruo
de perfidia: yo he cubierto
de amarguras y desgracias
á quien debia.... Dejemos
estas funestas memorias,
ya que no tienen remedio.

Doctor. Esto es aumentar los males.
Deposite usted en el seno
de la amistad los motivos.
Yo no pretendo saberlos
sino para consolarlos;
puede ser que mi consejo....

Baron. ¡Consejo, consejo!.... Bien:
Mudando la conversacion.
búsqueme usted un buen yerno
para Sofía, y entonces
se consolará mi pecho
en cuanto cabe.

Doctor. Baron,
¿es este todo el misterio?

Baron. Encontrar un hombre honrado,
¿parece á usted poco empeño?

Doctor. ¿Y el cadete?

Baron. ¡Ya! ¿El cadete?
me gustaba á lo primero;
pero ahora.... qué sé yo....
tiene allá un duende secreto....
No hay quien le entienda: de ahí
sus salidas, sus empeños,
sus atrasos.... No se puede
creer en nadie.

Doctor. ¿Ni en mí?

Baron. Menos.
Doctor. Entonces admita usted
los partidos que le ha hecho
el capitan Pablo Alsing.
Baron. ¡El pregunton sempiterno!
Dios me libre.
Doctor. Pero es hombre
de probidad y de peso;
y ademas....
Baron. No tiene duda:
¿mas deja de ser por eso
insufrible? Crea usted
que hace muchísimo tiempo
que no me hablára con él
á no saber que es tan bueno.
Doctor. Puede que si se le dice
se corrija.
Baron. No lo creo;
y sin esto tambien tiene
otro terrible defecto.
Doctor. Y ¿cuál es?
Baron. El ser muy rico.
Doctor. No lo entiendo.
Baron. Yo me entiendo.
¿Qué se ofrece?

ESCENA VIII.

Los anteriores y madama Lenten.

Lenten. El capitan
viene á ver á usted.

Baron. No quiero
que me muela con preguntas.
Doctor. Usted me deja al enfermo (*Á Lent.*)
demasiado tiempo á solas.
Lenten. No fue por falta de celo,
sino que la señorita....
Doctor. El baron es lo primero.
Lenten. Ya lo sé para otra vez. (*Vase.*)

ESCENA IX.

Capitan, Baron y Doctor.

Baron. Al fin se ha colado dentro.
Capitan. Á Dios, señores.
Los dos. Á Dios.
Doctor. Aquí tiene usted un asiento.
Baron. ¿Qué hace usted?
Capitan. Seré conciso
en mis preguntas; no quiero
molestar: ¿cómo está usted?
Baron. Así, así.
Capitan. El color es bueno.
¿Y la señorita?
Baron. En casa.
Capitan. Yo la hacia de paseo.
Baron. Pues, amigo, no ha salido.
Capitan. ¿Y el cadete?
Baron. En los infiernos.
Capitan. Usted por nada se altera.
¿Le ha visto usted?
Doctor. No por cierto...

Capitan. ¿Segun eso no han sabido
nada del lance tan serio
que hubo ayer en la parada?
Baron. Nada.
Capitan. Es muy estraño. ¿Luego
no lo ha contado el cadete,
ni usted lo ha sabido?
Doctor. Menos.
Capitan. Pero sabrán como antes
de ayer en mi regimiento
murió el segundo teniente,
Lembach.
Baron. ¡Qué hombre tan molesto!
Doctor. Ni lo sabe, ni lo quiere
saber.
Capitan. Pues debe saberlo.
Estando el feld-mariscal
con los gefes de mi cuerpo
hablando de la desgracia
de Lembach, le dijo á nuestro
cadete: Y bien, ¿cómo estamos
de deudas?.... A no ser eso
yo podia.... — ¿Qué, señor? —
Hacerle á usted desde luego
oficial. — Como á vuesencia
le parezca.... Estoy tan hecho
á la injusticia.... tres veces
me han quitado los ascensos. —
Pues con esta serán cuatro
dijo el general, volviendo
al cadete las espaldas.
Baron. Ya Sofía es suya. (*Aparte.*)

Capitan. Y creo
que se ha quejado en la mesa
de su lenguage altanero.
Baron. ¡Maldito! ¿por qué no adula?
Doctor. El se pierde por ser necio.
Capitan. Si no fuera que el cadete
tiene amigos verdaderos....
Baron. ¿Dónde están en las desgracias?
Doctor. El señor será uno de ellos. (*Irónico.*)
Capitan. Quién sabe.... Si no lo fuera
no sintiera, como siento,
sus atrasos.
Doctor. Si eso fuese
no tendria los empeños
que tiene, ni su opinion
estaria padeciendo.
Capitan. Yo los hubiera pagado;
pero con su encogimiento
nunca ha querido esplicarse
conmigo.
Baron. ¡Bello pretesto!
Doctor. Lo dudo, amigo, lo dudo.
Capitan. No lo dude usted: él mesmo
dirá si yo le he negado
lo que me ha pedido.
Baron. Alberto, (*A media voz al Doctor.*)
pague usted por el cadete.
Doctor. Dígame usted, ¿no sabremos
qué cantidad le ha pedido?
¿cuántos florines?
Capitan. Doscientos,
y se los dí de contado.

Doctor. ¿Señor baron?
Baron. ¿Qué tenemos?
Doctor. Hágame usted el favor
de prestarme ese dinero.
Baron. Con mucho gusto.
Escribe en el libro y cuenta dinero.
Capitan. No, amigo,
yo no le tomo: Guillermo
me pagará.
Doctor. ¿Qué mas tiene?
tómelos usted.
Capitan. No puedo.
Doctor. Lo que yo hago es en nombre
de un pariente suyo, y eso....
ya ve usted....
Capitan. ¿Pues qué el cadete
tiene parientes?
Doctor. Y buenos.
Capitan. ¿Acá?
Doctor. No señor.
Capitan. Pues dónde.
Doctor. En Suecia.
Capitan. ¿En Suecia? ¿luego
se mudó el nombre?
Doctor. No sé.
Capitan. ¿Cómo tardó tanto tiempo
en socorrerle?
Doctor. Ignoraba
hasta ahora su paradero.
Capitan. ¿Y por quién lo habrá sabido?
Doctor. ¿Firmó vale?
Capitan. Por supuesto;

mas no está cumplido el plazo.
Le enseña el vale.

Doctor. No le hace.

Capitan. Y en cumpliendo
¿qué le diré? No los tomo.

Doctor. No me faltarán pretestos
con que disculpar el pago.

Capitan. Es ponerme en un aprieto.

Doctor. ¡Qué fastidio!

Capitan. Lo sintiera.
Cabalmente es un sugeto
á quien estimo de veras.
Todo el favor que merezco
á Sofía y al baron
á su amistad se le debo,
le estoy muy agradecido.
En fin, por el pronto espero
ser el hombre mas feliz
del mundo.

Doctor. El cómo no entiendo.

Capitan. Si logro á Sofía, ¿qué
me faltará para serlo?

Doctor. Nada. ¿Y habeis preguntado
sobre su consentimiento?

Capitan. Sí señor, mas todavía
no me han respondido.

Doctor. ¡Bueno!
jo.... jo.... (*Riéndose.*)

El Baron se ha vestido mientras esta escena, y ha tomado el sombrero y baston.

Baron. ¿Conrado? ¿Conrado?

Doctor. Señor baron, ¿dónde bueno?

Baron. Voy á ver al general;
vamos, no hay que perder tiempo.
Doctor. Ya le ha dado otra manía,
no se le puede un momento
dejar solo.

ESCENA X.

Dichos y Conrado.

Baron. El coche pronto. (*Vase Conrado.*)
Doctor. ¿Apuntó usted el dinero?
Baron. ¿Qué me ha dicho usted que apunte?
Doctor. ¿El qué ha de ser? los doscientos
florines.
Baron. Lo veré: sí,
aquí están. (*Mira el libro.*)
Doctor. ¿Pero el dinero?
Baron. ¿No se lo he dado á usted ya?
Doctor. ¿Á mí? usted sueña.
Baron. No sueño.
Pero deje usted.... En la chupa
se me olvidó. (*Mira en la chupa de la bata.*)
Doctor. ¿Lo estais viendo?
Baron. Mire usted si están cabales.
Capitan. Sí, están bien.
Doctor. No señor.
Capitan. ¡Siento
tanto haberlo dicho á usted!
Verá lo que hay con Guillermo.
Doctor. Ni lo sabrá tan siquiera.
Capitan. Mucho, amigo, me lo temo.
¿Va usted á ver al general?

Baron. Sí señor, en eso pienso.
¡Qué pregunton!
Doctor. Sin gritar. (*Aparte.*)
Capitan. Diga usted, señor baron....
Baron. A propósito. ¿Qué tiempo
hace?
Capitan. No está malo el dia.
Baron. ¿Ayer llovió?
Capitan. No me acuerdo.
Vió usted.... (*Saca un papel.*)
Baron. ¿Tiene usted aficion
á tirar á los vencejos?
Capitan. Mas gusto de correr liebres.
Baron. Sin que lo jure lo creo.
Capitan. Pero no vió usted....
Baron. ¿Qué trae
la gaceta de hoy?
Capitan. Encuentros
en Italia, mas parece....
Baron. ¿Cuánto ha que está usted sirviendo?
Capitan. Unos veinte años cumplidos.
¿Ha sabido usted el suceso?....
Baron. ¿Entra usted pronto de guardia?
Capitan. El lunes que viene.... pero
deje usted....
Baron. ¿Por la mañana
qué toma usted? ¿Café?
Capitan. Almuerzo.
Por Dios déjeme usted hablar.
¿Ha visto usted el correo
de Europa?
Baron. ¿Come usted en casa?

Capitan. Sí señor. Vea usted al menos el capítulo de Roma.

Baron. ¿Cuántas heridas le han hecho á usted?

Capitan. Doce. Ya me gana. (*Aparte.*) en lo pregunton.

Baron. ¿Comiendo qué bebe usted vino ó agua?

Capitan. Vino.

Baron. Yo tambien le bebo.

Capitan. Responda usted á una pregunta solamente y me contento.

Baron. ¿Con qué duerme usted mas bien en colchon ó en gergon?

Capitan. Creo que me ha de dar un sufoco.

ESCENA XI.

Dichos y Conrado.

Doctor. Y bien está el coche puesto.

Conrado. Sí señor.

Baron. ¿Qué coche es ese?

Doctor. ¿Qué no vamos á paseo?

Capitan. Si va á ver al general.

Doctor. No se mezcle usted en eso: vamos.

Baron. Anda, y á Sofía que venga; amigo, no puedo detenerme, me lo impide mi Heródes.

Capitan. Mucho lo siento,

porque aun tenia que hacer
algunas preguntas.

Baron. Vuelvo.

Capitan. ¿Me permitirá usted una?

Baron. No señor, porque no creo
que pueda usted sujetarse
á una sola.

Capitan. ¿Y si yo empeño
mi palabra de honor?

Baron. Vaya.

Capitan. Dígame usted, ¿con el tiempo
podré llamar á usted padre?

Baron. Es necesario primero
que yo me informe de todo.

Capitan. Mi nobleza....

Baron. No hablo de eso.

Capitan. ¿Pues de qué?

Baron. ¿Tiene usted bienes?

Capitan. Bastantes, gracias al cielo.

Baron. ¿Qué renta?

Capitan. Seis mil florines.

Baron. Es un patrimonio bello.

Capitan. No tanto como quisiera.

Baron. Para caminar de acuerdo
debe usted hacer de antemano
un sacrificio en mi obsequio.

Capitan. Cuantos usted quiera.

Doctor. Vamos.

Capitan. ¿Cuál es?

Baron. Hacer del empleo
dimision.... despues vender
todo el patrimonio, y luego

arrojar todo su importe
á la mar....

Capitan. ¿No está usted viendo
que entonces quedaré pobre?

Baron. Eso es lo que yo deseo:
para lograr á Sofía
la pobreza es el empeño.

Capitan. La idea es particular:
¿y no sabré por qué es eso?

Baron. ¿Por qué? porque de otra suerte
yo no espero de mi yerno
ni gratitud ni cariño.

Capitan. Luego usted está creyendo....

Baron. Con ésta van seis preguntas:
no mas. Luego nos veremos.

Vase y el Doctor.

ESCENA XII.

Capitan solo.

Capitan. ¡Pobre baron! otra vez
á sus manías ha vuelto....
en volviendo en sí ¿quién sabe
si accederá á mis intentos?
No renuncio á mi esperanza
todavía, porque.... pero
para lograr á Sofía
la pobreza es el empeño,
dijo el baron, y al cadete
viene de perilla; ello
de alguno será, y si acaso

es preferido y la pierdo,
me haré cuenta que el cadete
está mas falto de medios
que yo.... pero aquí se acerca....

ESCENA XIII.

Capitan, Sofía y madama Lenten.

Sofía. ¡Qué fastidio! Yo me vuelvo.
Capitan. Beso á usted los pies, madama;
perdone usted si me atrevo
á preguntar cómo se halla.
Sofía. No estoy muy buena.
Capitan. Lo siento
mucho. ¿Qué le duele á usted
la cabeza?
Sofía. No por cierto.
Capitan. ¿El estómago?
Sofía. Tampoco.
Capitan. ¿Las muelas?
Sofía. No es nada de eso.
Capitan. ¿Estará usted costipada?
venga ese pulso, y veremos
cómo está.
Lenten. La señorita
tiene médico.
Capitan. Lo creo,
yo lo digo por si acaso.
¿La ha visto ya?
Lenten. Vendrá luego.
Capitan. ¿Mas qué tiene?

Lenten. Poca gana
de responder á los necios.
Capitan. Lo mismo á mí me sucede.
¡Cómo me enfadan! no puedo
sufrirlos.
Lenten. Ni yo tampoco.
Capitan. ¿Podré preguntar al menos
en qué pasó usted la noche?
Lenten. Dígaselo usted, veremos
si deja de preguntar.
Sofía. Jugué con padre.
Capitan. ¿A los cientos?
Sofía. No señor.
Capitan. ¿A la malilla?
Sofía. No señor.
Capitan. Pues si no es, eso....
¿seria truqui-flor?
Sofía. No
señor, no señor. (*Gritándole al oido.*)
Capitan. Lo entiendo,
que no soy sordo.
Sofía. Jugamos
al agedrez.... ¡qué molesto!
Capitan. Hubiera dado, señora,
cualquiera cosa por verlo:
¡qué risa dará el baron
cuando se distrae! ¿y luego
qué hizo usted?
Sofía. Cenar, dormir.
Capitan. ¿No sueña usted con los muertos?
Sofía. Ni con los vivos tampoco.
Desperté, pedí el almuerzo,

me levanté de la cama,
tomé en el jardin el fresco,
me puse á bordar un rato,
hablé con padre un momento,
me fuí al tocador, me llaman,
vengo á este sitio y me encuentro
con usted, que con preguntas
me muele el alma. El compendio
es este de lo que hice,
el cual he formado á efecto
de evitar á usted el engorro
de preguntar mas.

Capitan. Pues eso
seguro está que lo evite:
tengo una duda, y deseo
salir de ella.

Sofía. ¡Qué importuno!

Capitan. ¿Por ventura ya del lecho
salió usted con ese trage?
Porque no dice el compendio
nada de haberse vestido.

Sofía hace una accion de enfado.

No se enfade usted por eso;
óigame usted y concluyo.
¿Podré preguntar?....

Sofía. ¡Qué necio!

Capitan. ¿Si usted ha reflexionado
sobre cuanto le he propuesto
antes de ayer?

Sofía. No señor.

Capitan. ¿No?

Sofía. No señor.

Capitan. Pues lo siento.
¿Se puede saber la causa?
Sofía. Como á cada instante tengo
la dicha de oir á usted
mil preguntas, no me acuerdo
de cuál de ellas usted me habla.
Capitan. ¿De cuál? ¿de cuál? está bueno
el disimulo.... ¿No dije
si podria con el tiempo
esperar fuese usted mia?
Sofía. ¡Ah! sí, ahora me acuerdo.
Capitan. ¿Y qué me responde usted?
Sofía. De contestar aun no es tiempo.
Capitan. ¿Y no sabremos la causa?
Sofía. Porque de mí no dependo:
tengo padre.
Capitan. Y si yo logro
su pleno consentimiento,
¿me dará usted el suyo?
Sofía. Entonces....
mañana hablaremos de eso.
Haga usted por que se vaya.
Aparte á Lenten.
Capitan. ¿Piensa usted que yo no puedo
hacer grato y delicioso
el casto nudo?
Lenten. ¡Qué tiempo
hace tan hermoso!
Dándose por desentendidas las dos.
Capitan. ¿Es dable
que ni aun respuesta merezco?
Sofía. A ser hombre no parára

hoy en mi casa un momento.

Capitan. ¿Hay por ventura otro amor
que se oponga á mis deseos?

Sofía. Es mucha prerogativa
la de los hombres.

Lenten. Aquello
de ir libres á todas partes,
frecuentar los coliseos,
las fondas....

Capitan. ¿Ni tan siquiera
esperar respuesta puedo?

Sofía. ¡Ó qué bien hizo mi padre
en salir hoy á paseo!

Capitan. Me parece que incomodo;
me retiraré.

Sofía. Usted es dueño
de su voluntad.

Capitan. ¡Ah ingrata!
¿merezco yo esos desprecios?

Sofía. Yo entendí que usted se iba.

Capitan. Ni en dos horas: no por cierto.

Se sienta, y manifiestan las dos la mayor inquietud.

Sofía. ¡Ay Lenten, qué tabardillo!
Aparte á Lenten.

Lenten. Hablarle claro. (*Aparte á Sofía.*)

Sofía. Yo aprecio
mucho su satisfaccion;
pero sin embargo de ello,
crea usted que su visita
me seria en otro tiempo
mas agradable, que hablando

con franqueza, no me siento
del todo buena.

Capitan. Perdone (*Hace que se va y vuelve.*)
usted. Ahora que me acuerdo:
¿incomodaré esta tarde?

Sofía. No señor.

Capitan. ¿Podré preguntar?... Mas no,
lo dejaré para luego.
Á Dios, señoras. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

Sofía y Lenten.

Sofía. Al fin
se fue. ¡Qué hombre tan molesto!

Lenten. No lo queria entender.

Sofía. Pues no era por defecto
de claridad.

Lenten. ¡Qué fastidio
de hombre!

Sofía. Amiga, ¡cuán diverso
es el cadete, en el modo,
en la figura y el genio!

Lenten. ¿Y en la conducta, Sofía?
sobre ese artículo creo
tema usted el responderme.

Sofía. ¿Hay algunos datos ciertos
que acrediten su estravío?

Lenten. ¿Sus salidas, sus empeños,
no bastan?

Sofía. Justificarlos

puede algun motivo honesto.
Lenten. No es fiador abonado
sobre ese punto el concepto
de usted.... y esto ¿no es amarle?
Descúbrame usted su pecho;
no merece esa reserva
el amor que la profeso.
La sencilla educacion
que á usted le han dado en el pueblo,
no la deja comprender
de las pasiones los riesgos.
El cadete es imposible
sea de usted: el afecto
del baron para con él,
cada dia va cediendo.
Está mas desazonado
con sus salidas....
Sofía. Yo espero
que no serán nada.
Lenten. Y cuando
sea eso, que no lo creo,
¿qué puede usted prometerse
del desesperado genio
del baron? Execraciones.
Desde que recibió el pliego
(que habrá ocho años), en su boca
no se oyen mas que dicterios,
malas razones y gritos.
Sofía. Y yo participo de ellos
como los demas. De todo
cuanto dice, solo siento
que me llama lugareña,

grosera, rústica: ¿tengo
yo la culpa acaso, de
que me tuviese en un pueblo
hasta los diez años? (*Llaman.*)
Lenten. ¿Llaman?
Sofía. Sí.
Lenten. El picaporte.

ESCENA XV.

Las anteriores y el Cadete que al entrar se detiene.

Cadete. ¡Qué veo!
creí que estaba el baron....
Perdone usted.
Sofía. ¡Qué molesto!
Ha salido: si usted gusta
de esperarle tome asiento.
Cadete. Si no incomodo....
Sofía. ¡Ó usted nunca!
Cadete. Pues es muy estraño siendo
infeliz.
Sofía. ¡Infeliz! ¡si
podré arrancarle el secreto?
Aparte á Lenten.
Lenten. Pero callando usted el suyo.
Cadete. Siéntese usted.
Sofía. No me siento,
si usted antes....
Cadete. No replico. (*Se sienta.*)
Sofía. Usted ha dicho, y lo creo,
que es infeliz.

Cadete. Sí señora:
y lo soy con mucho estremo.
Ni aun me queda la esperanza,
que es el último consuelo
de los desdichados.
Sofía. ¿Cómo?
Cadete. Como he faltado al respeto
al general, ostigado
de la injusticia, y por eso
me juró me privaria
para siempre del ascenso.
Sofía. Esta ciudad por sí sola
no compone el universo.
Cadete. Para mí sí. Mientras viva
abandonarla no debo.
Sofía. ¡No debe!
Cadete. Y cuando debiera
ni me es lícito ni puedo.
Sofía. ¡Si esto lo dirá por mí! (*Aparte.*)
Lenten. Por sus amores secretos.
Sofía. ¿Por qué usted no se declara
con mi padre?
Cadete. Desde luego:
¿pero qué he de declararle?
diga usted.
Sofía. El fundamento
de su desgracia.
Cadete. ¿El baron
favoreció en algun tiempo
á los tristes?
Sofía. Con los malos
muda de carácter; pero

con usted....
Cadete. Ningun motivo
tiene el baron para hacerlo.
Sofía. Padre estima á usted, y siente
tanto como yo, el misterio
de sus salidas secretas.
Cadete. ¡Mis salidas!.... No lo entiendo.
Sofía. Y que repite tres veces
al dia, señor Guillermo.
¿Es por ventura la causa
de ellas el impedimento
que tiene usted para no
dejar la Alemania?
Cadete. ¡Ó cielos!
Volviendo la cara al otro lado.
Sofía. ¿No he de saber yo ese arcano?
Cadete. Manifestarlo no debo:
solo á mí está reservado.
Sofía. ¿Y usted dejaria el pueblo
si faltase ese motivo?
Cadete. Entonces, señora, menos.
Sofía. ¡Ah querida! esto es por mí.
Aparte á Lenten.
Lenten. Disimule usted.
Sofía. No puedo.
Esplíquese usted conmigo,
descúbrame sus secretos.
Cadete. ¡Ah señora! ¡con qué gusto
abriria á usted mi pecho
si me fuese permitido!
un arcano, á un mismo tiempo
agradable y lastimoso,

me ha condenado al silencio.
Lenten. Ya es peligroso el discurso. (*Aparte.*)
Sofía. La facilidad del sexo
no comprende á todas: cuando
quiero, sé guardar secreto.
Confíeme usted sus males,
y haga cuenta que en el seno
de una amiga ó de una hermana
los deposita: Guillermo,
hable usted claro.
Lenten. ¡Sofía!.... (*Tirándole de la ropa.*)
Sofía. ¿Qué quiere usted?
Lenten. ¡Tanto empeño
por descubrir el arcano!
¿Qué le importa á usted el saberlo?
Sofía. Nada.... mucho. (*Aparte.*)
Lenten. Y la confianza
de hermanos, ademas de esto,
¿la aprobaria el baron
si la supiera?
Cadete. Dejemos
el discurso. La señora
tiene razon, yo molesto. (*Se levanta.*)
Lenten. Eso no.
Cadete. Siendo infeliz,
señoras, no soy tan necio.
Sofía esconde el sombrero bajo la silla.
Sofía. Usted no incomoda en casa,
al contrario.
Cadete. ¿Y mi sombrero?
Sofía. Váyase usted.
Cadete. ¡Ay Sofía!

ESCENA XVI.

Los anteriores y Conrado.

Conrado. Tome usted. (*Le entrega una carta.*)
Cadete. ¿ Es del correo ?
Conrado. La trajo un desconocido.
Cadete. ¿ Dónde está?
Conrado. Se fue corriendo.
Cadete. Está bien.
La guarda en la faldriquera.
Sofía. Léala usted
aquí mismo. ¡Me intereso
tanto en la suerte de usted !
Si he de dar crédito al pecho
me predice alguna dicha.
Cadete. ¡ Dichas yo! no las espero.
Lenten. Eso es descubrirse mucho.
Aparte á Sofía.
Sofía. ¿Le digo yo acaso en esto
mas que cosas inocentes ?
Cadete. ¡Es esto ficcion ó sueño!
Sofía. Y bien : ¿qué dice la carta?
Cadete. Oigala usted si es que acierto
á leerla de alegria.
Lee: »Para alivio de su desgracia de usted le regala un hombre que no espera gracias, ni las quiere, la adjunta bagatela."
Representa : ¿ Un regalo en este tiempo
de cien cequines de un hombre
que no espera gracias, ¡ cielos!

es dable?
Sofía ¿Qué son?
Cadete. Billetes
á la vista pagaderos.
Sofía. De mi padre no serán.
Lenten. Antes serán de un hebreo,
Aparte las dos.
ó de un genoves.
Cadete. ¡Si acaso
el baron!...., ¡Qué!... no lo creo.
Del consejero.... tampoco.
Volveré á mirar el sobre
de nuevo: no me he engañado
es para mí.... ¡qué contento!
permítame usted, señora,
que me ausente.... ¿Y mi sombrero?
Sofía. Tómele usted, y contemple
si incomodará el sugeto
en la casa de la dama
donde le hacen estos juegos.
Cadete. Señorita, muchas gracias:
¡cien cequines! ¡Ah! lo veo
y no lo acierto á creer.
Este ha sido un don del cielo
que justamente me vino
en el mismo instante.... El pecho
se enagena de alegria.
¿De quién me vino el consuelo?
de un hombre que no se nombra
ni espera gracias.... ¡Ó cielos!
Vase corriendo.

ESCENA XVII.

Sofía y madama Lenten.

Lenten. ¡Qué prisa!
Sofía. Segun estraña
el noble rasgo Guillermo,
serán raros en el mundo
los hombres que ha visto buenos.
Si yo tuviese posibles....
Lenten. Daria usted con esceso
tanto, que pronto tendria
que pedir: Sofía, el medio,
el medio en todas las cosas. (*Con intencion.*)
Sofía. Sin tanta espresion lo entiendo.
¿Quién será este hombre piadoso?
Lenten. ¿Y si es muger?
Sofía. En el pecho
me clava usted un puñal.
Lenten. De los amores secretos
vendrá aquel don.... Señorita,
es fuerza mudar de intento.
Sofía. Tiene usted razon. Conviene
renunciar á sus afectos,
evitar las ocasiones
de hablarle, y verle lo menos
que pueda. A la dama oculta
haga todos sus obsequios.

ESCENA XVIII.

Los anteriores, el Doctor y el Baron muy alegre.

Baron. ¿Está
en casa el cadète?
Lenten. Creo
que sí.
Sofía. ¿No sabe usted como
le ha regalado un sugeto
cien cequines en billetes?
Baron. ¿Quién es el bruto que ha hecho
semejante disparate?
Sofía. Oculta su nombre; pero
nosotras dos sospechamos
que es usted.
Baron. De medio á medio
lo acertasteis. Yo no arrojo
por la ventana el dinero,
si doy es porque se sepa
y, por hacer gala de ello.
A mas: ¿yo habia de dar
á un tramposo, á un picaruelo
que si hoy mismo no me paga
dos meses que está debiendo
del alquiler de la casa,
mañana sin mas remedio
le hago plantar en la calle?
Toma, Sofía, el sombrero;
y ese cadete ó demonio
que no me rompa los sesos.

Sofía. ¿Lo oye usted?
Lenten. De su querida
es el regalo. (*Aparte.*)
Sofía. ¡Ah perverso!
Baron. ¿No se come en esta casa?
Lenten. Cuando usted quiera.
Baron. Al momento.
Que convide usted al cadete.
Lenten. Ahora que tiene dinero.
¡Qué hombre! (*Vase.*)

ESCENA XIX.

El Baron, Sofía y el Doctor.

Doctor. ¿Pero usted ha visto
el regalo que le han hecho?
Sofía. Sí señor.
Doctor. ¡Qué compasivas
son las mugeres queriendo!
Sofía. Todos lo saben. (*Aparte.*)
Baron. Sofía, encárgate del aseo
y abundancia de la mesa.
¿Estás? Tambien vendrá á hacernos
compañía el pregunton....
Sofía. ¿Alsing?
Baron. Sí señora, el mesmo.
Le convidé en el camino.
Sofía. Hoy ninguno comeremos.
Baron. ¿Por qué?
Sofía. Porque en responder
se nos irá todo el tiempo. (*Vase.*)

ESCENA XX.

Baron y Doctor.

Doctor. ¡Que yo de los cien cequines
no haya visto los efectos
que en el cadete causaron!
veremos lo que hace de ellos,
y esto nos dará una idea
de su carácter. ¿Qué es esto?
¿Señor baron, usted triste?
¿Cómo despues de haber hecho
una accion tan generosa?
Baron. Amigo, estoy discurriendo
como aburrir con preguntas
al capitan.
Doctor. Eso es bueno.
La distraccion y la risa
son los únicos remedios
para sus males de usted.
Baron. Pero el caso es que no tengo
qué preguntar.
Doctor. Para entonces
no faltará á usted.
Baron. Al tiempo
que hablaba usted al capitan....
¡tenia en el pensamiento
tanta pregunta!...
Doctor. Entré en
la botica, y el mancebo
me confió que el cadete

sacaba medicamentos
de ella, con la circunstancia
de que los está debiendo
todos; miré las recetas.
Por ellas ví que el enfermo
está del pecho dañado.

Baron. Grandemente. Ya me acuerdo:
preguntaré al capitan
si está dañado del pecho.

Doctor. Usted no está en lo que digo.

Baron. ¿Cómo qué?... No está diciendo
usted.... ¿Qué decia usted?
Ya caigo: ¿que ayer ha muerto
un médico y que los diablos
no le han querido, temiendo
que si allá sigue curando
va á despoblar los infiernos?

Doctor. El pobre está de remate.
Pero en fin del mal el menos,
pues el delirio es alegre.

ESCENA ÚLTIMA.

El Baron, Doctor y madama Lenten.

Lenten. ¿Señor baron?

Baron. ¿Qué tenemos?

Lenten. El capitan ya ha venido.
¿Se va á comer?

Baron. Al momento.
Espérese usted.
Agarrando al Doctor de la mano.

Doctor. Dios quiera
que á usted le dure ese genio.
Baron. Durará, sí, durará.
¡Cómo nos divertiremos
preguntando! Vamos, vamos. (*Vase.*)
Lenten. Lo estoy viendo y no lo creo;
ó su hora se aproxima,
ó el baron se pone bueno.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Comedor: el Baron, Capitan, Doctor, Sofía, Lenten. Conrado y Francisco quitando la mesa. El Baron meneándose en la silla, el Capitan y Doctor paseándose, Sofía y Lénten mirándose una á otra.

Lenten. Sacudir bien los manteles
y contar las servilletas,
¡si es imposible que falte!
Conrado. ¡Vaya! ¿está usted satisfecha?
lo he mirado y remirado,
Sacudiendo los manteles.
y falta la servilleta
y la cuchara de plata.
Baron. Con que, capitan, ¿de veras
nunca ha corrido usted córtes?
Capitan. No señor. ¡Qué besuguera
me ha encajado! Yo me voy. (*Al Doctor.*)
Doctor. No, por Dios: que su dolencia
con preguntar se mejora.
Capitan. Qué importa. ¡Si me rebienta!
Baron. ¿De qué modo come usted
mejor, con luz ó sin ella?
Capitan. ¿No oye usted qué disparate?
Al Doctor.

Doctor. Respóndale usted cualquiera
cosa.
Capitan. Si señor: con luz.
Conrado y Francisco se llevan manteles y servilletas.
Baron. ¿Suele usted dormir la siesta
ó se va al café?
Capitan. Me voy
á paseo. Hasta la vuelta.
Baron. ¿Á dónde bueno?
Capitan Á esparcirme,
que me duele la cabeza.
Á Dios: el diablo que aguante
tanta pregunta y respuesta. (*Vase.*)

ESCENA II.

Baron, Doctor, Sofía y Lenten. El Baron se menea en la silla y rie, entre tanto Lenten habla en secreto á Sofía, que responde con dureza.

Sofía. Calle usted por Dios, señora;
de todo el mundo sospecha.
Lenten. Por los pies no se habrá ido.
Baron. ¿Qué es lo que hay?
Lenten. Que de la mesa
ha faltado una cuchara
y una servilleta.
Baron. Buena
fechuría.
Lenten. Y como no hubo
mas que nosotros en ella....
Baron. Ya se ve, uno de nosotros

es muy natural que sea
el ladron, precisamente.
Lenten. Ello es que de la mesa,
ninguno se ha levantado
sino....
Baron. ¿Quién?...
Sofía. ¡Lenten! (*Aparte.*)
Baron. Apriesa.
Lenten. El cadete.
Baron. Puede. El diablo
le tentaria.... sus deudas....
es hombre.... y todo es posible.
Doctor. Señor baron, no lo crea
usted: sobre su conducta
respondo con mi cabeza.
Sofía. Yo tambien....
Lenten. ¿Pues cómo ha sido?
Doctor. Haya sido como quiera,
él no es capaz de eso.
Baron. Es hombre
y capaz de todo.
Doctor. Fuera
de que ahora tiene dinero.
Lenten. Pero en papel.
Baron. Tiene deudas,
y si los acreedores
se niegan á darle espera....
Lenten. Ha: ha. (*Con malicia.*)
Baron. ¿Lo ha visto usted bien?
Lenten. Nada mas que la miseria
de cien veces. Es inútil
volver á darle mas vueltas.

Baron. No es probable, mas posible.
Doctor. ¡Un hombre de su carrera,
un militar!
Lenten. Habrán sido
los duendes. (*Con ironía.*)
Sofía. Calle esa lengua,
por Dios.
Baron. Sí, sí, algunos duendes
me habrán jugado esa pieza.
Doctor. ¿Y no podria sobre otro
recaer esa sospecha?
Baron. Bien puede ser.
Doctor. Vea usted
que haya alguna alma que quiera
mal al cadete.
Lenten. ¿Quién sabe?
pero nunca la sospecha
recaerá sobre el baron.
Baron. ¿Y por qué no? ¿no pudiera
darme á mí un mal pensamiento,
lo mismo que á otro cualquiera?
Lenten. Ni en el doctor ni en Sofía,
y de consiguiente es fuerza
que recaiga sobre mí
ó el capitan.
Baron. ¡Y qué séria
lo dice usted! Pues, amigo,
quién se pica....
Lenten Ya se enmienda.
¿Lo ve usted?
Doctor. Yo á nadie culpo
sino examino.

Lenten. Sin pruebas.
Sofía. Mire usted, padre....
Baron. Marchaos.
Lenten. No hay quién entenderle pueda.
Vanse.

ESCENA III.

Baron y Doctor.

Doctor. ¿Es posible que en un hombre
de talento y esperiencia,
pueden hacer impresion
las habladurías necias
de una muger?
Baron. Ya no estraño
que el doctor mi mal no entienda,
cuando no entiende lo que hablo.
Hay muy grande diferencia
desde puede ser á ser....
Doctor. Pero siempre la sospecha....
Baron. Si de la maldad del hombre
tuviera usted esperiencia,
no haya miedo que tomára
á su cargo la defensa.
Doctor. Á ese precio doy mil gracias
al Señor de no tenerla;
mas que es esto, ¿qué usted obra
al reves de lo que piensa?
Cuando usted habla del hombre,
de tal suerte se enagena
que parece su enemigo,

y en seguida manifiesta
un interes indecible
á favor de sus miserias.

Baron. Porque soy un animal.
Porque tengo la cabeza
mas dura que el corazon.
Pero sin embargo de esta
debilidad, no he faltado
ni una vez á mi promesa.
Juré no hacer bien á nadie
por mí mismo, y de manera
lo he cumplido que no hay uno
que alabarse de ello pueda.

Doctor. ¡Que así quiera usted privarse
de la dulce complacencia
que percibe el alma cuando
el beneficio dispensa!

Baron. ¡Complacencia!.... ¿Pues acaso
se halla en la naturaleza
del hombre la gratitud?
Yo le concedo las bellas
cualidades con que suelen
adornarle los poetas;
pero ésta de ningun modo.
¿De qué me sirve que sepan
mis acciones generosas
si jamas espero de ellas
las gracias?.... Por otra parte,
por medio de este sistema
escuso de que me engañen.
Ahora bien: usted que piensa
que no hay ningun hombre malo,

¿ si estará en la inteligencia
de que yo soy algun santo?
Pues no: es menester que sepa
la buena maula que he sido.
El mal gusto, la tristeza,
la distraccion, solo es fruto
de mi conducta indiscreta
y criminal.

Doctor. Si usted ha errado,
no faltan lágrimas tiernas
que hablen sin cesar al cielo
por usted.

Baron. Si no por ellos,
¿ qué fuera de este infeliz?
De una vez el teson ceda
á la amistad, y oiga usted
el origen de mis penas.
Despues de muertos mis padres,
quedé dueño de una hacienda
considerable: con esto
brillaba en las concurrencias
mas que ningun otro jóven
de mi clase. En una de ellas
ví una amable señorita,
cuya principal nobleza
consistia en la virtud.
No hubo entre amarla y verla
intermision: la declaro
mi afecto: le admite tierna.
Paso á pedirla. Su madre
mi proposicion acepta:
señala el dia: se firman

los contratos.... Aquí entra
el crímen, el negro crímen
que tantos males me cuesta.
La víspera de la boda
concebí la torpe idea
de triunfar de su virtud,
y lo logré: aun no es esta
la mayor de mis maldades;
falta otra. Desde aquella
horrible escena de oprobio,
sin respeto á su inocencia
me propuse abandonarla,
y lo cumplí. ¡Qué vileza!
Dí poderes á mi hermano
menor para que vendiera
mis haciendas, y en seguida
con todo el importe de ellas
me fuese á buscar á Francia.
No tardé de mis ofensas
en recibir el castigo.
No habia llegado apenas,
cuando me escribió mi hermano
la precipitada ausencia
de Carolina: á pretesto
de hacer varias diligencias,
fue retardando su viage,
y lo mismo las remesas
de caudales. Escribí,
y me dieron por respuesta
que quedaban ya vendidas
y cobradas mis haciendas,
y que no le habian vuelto

á ver mas. Contraigo deudas,
no tengo con qué pagarlas,
me ponen preso por ellas;
hago ver al magistrado
mi desgracia, en vista de ella
me da por libre, quedando
reducido á la indigencia.

Doctor. ¡ Pobre hombre! ¡ qué desventuras!

Baron. Declarándose la guerra,
senté plaza, y en diez años
fue tanta mi buena estrella,
que subí desde soldado
á capitan....

Doctor. ¡ Qué carrera!

Baron. Mi general, á quien dí
la vida en varias refriegas,
en una murió en mis brazos,
y al espirar en herencia
me dejó todos sus bienes.

Doctor. No fue mal bocado.

Baron. Hechas
las paces dejé el servicio,
fuí á Alemania con la idea
de buscar á Carolina
para cumplirla mi deuda;
y no habiéndola encontrado,
quise expiar sus ofensas
haciendo bien á los hombres.
No quiero hacer referencia
del mal pago que me dieron.
Solo diré que el que siembra
en el hombre beneficios,

coge ingratitudes, y éstas
sin mucha filosofía,
el pecho no las tolera.
Habrá cosa de ocho años
que de la cruel pobreza
me redimió la justicia;
pero basta.... Desde aquella
época juré á los hombres
manifestarles dureza
y en secreto socorrerles.
¡Si usted, amigo, supiera
el sostener la ficcion
cuántos trabajos me cuesta!

Doctor. Y ¿qué, amigo, no bastaron
todas vuestras diligencias
á descubrir dónde estaba
Carolina?

Baron. No. Ella es muerta,
amigo, y yo soy la causa.

Doctor. En lo que se me presentan
mil dudas es en.... Sofía.

Baron. El que las hace las piensa.
Sofía es.... mi hija, y basta.
Darla estado y precaverla
de la corrupcion del mundo,
solo mi cariño piensa.
Creí que el cadete fuese
para el caso: su pobreza
parecia responderme
de su gratitud; mas esta
vez me engañé como todos.
Su mala correspondencia
me hace pensar que....

ESCENA IV.

Los dichos y Conrado

Conrado. Señor, (*Al Doctor.*)
que le buscan á usted fuera
de parte del consejero
de enfrente.... (*Vase.*)
Doctor. A estas horas le entra
siempre calentura. En nombre
de la humanidad....
Baron. ¡Qué bella
recomendacion!
Doctor. Le pido
que deseche esas ideas;
el tiempo todo lo allana:
hasta despues. (*Vase.*)
Baron. Tambien era
mi hermano hombre de bien;
pero despues su vileza....
¡La humanidad!....

ESCENA V.

Baron, Sofía y Lenten.

Sofía. No señora,
no perdono á usted la pena
que me ha causado.
Lenten. No puedo
remediarlo, soy ingenua;

y me alegrára de haberme
engañado.
Sofía. ¡Si usted viera
cómo está mi padre, solo
por esa mera sospecha!
Baron. ¡Humanidad! ¿Qué me hizo
ser humano? mi fiereza,
mi crueldad, mi Carolina,
el haber sido con ella
un traidor.

ESCENA VI.

Los dichos y el Cadete.

Sofía. ¡Ay! el cadete.
Lenten. Prudencia.
Baron. Señor doctor, calle usted,
no me rompa la cabeza.
Sofía. Querido padre.... el cadete.
Cadete. Señor baron, con vergüenza
confieso á usted que he abusado
por mas tiempo que debiera
de su favor, aquí traigo....
Alargándole el dinero.
Baron. ¿De qué es esto?
Cadete. De una deuda:
es el alquiler del cuarto.
Baron. ¡Ah! no me acordaba. Vaya,
vamos á ver si se esplica. (*Aparte.*)
La puntualidad es prenda
en un jóven muy loable.

Cadete. He sentido en gran manera
que en mí se echase de menos;
y todavía tuviera
que abusar de su bondad,
si de la beneficencia
no hubiese yo recibido
una dádiva secreta.
Baron. ¿Cómo?
Cadete. ¿No le han dicho á usted?....
Baron. Nada: ya á esplicarse empieza.
Aparte.
Cadete. Un hombre desconocido,
que no espera recompensa,
me ha enviado cien cequines.
Baron. Mentira: ya no se encuentran
esos locos en el mundo.
Cadete. ¡Locura la virtud bella!
¡La virtud santa que al hombre
mas engrandece y eleva!
Cuán infeliz es aquel
que cruelmente se niega
á hacer bien.
Baron. Mas infeliz
es aquel que vocifera
que la humanidad y el bien
no son para él quimeras,
y al mismo tiempo comete
una accion baja y grosera.
Sofía. ¡Ó Dios mio! Ya ve usted
el fruto de su sospecha. (*Vase.*)

ESCENA VII.

Baron, *Cadete* y *Lenten*.

Cadete. Lo tengo por imposible.
Baron. ¡Imposible! No lo crea
usted: á mí me sucedió un caso
en el año de noventa....
óigalo usted.... Conocí
á un cierto jóven, que era....
abogado; y este tal
siempre hablaba de nobleza,
de probidad.... era pobre,
y solo por esta prenda
le tomé aficion: un dia
quise hacerle una fineza,
le regalé una sortija
de mucho valor, y aquella
mañana le supliqué
me acompañase á la mesa.
¿Qué dirá usted que hizo luego?
nada: robarme una muestra
de repeticion. ¿Qué tal?
Cadete. De lo que se hablaba era
si el corazon que es humano
es capaz de una vileza.
El retrato de ese hombre,
hecho con tintas tan negras,
es un borron de su especie.
Baron. Pero ¿y por qué de la lengua
no se le caían nunca

las voces de honor, nobleza
y nacimiento?

En estas palabras saca el Baron su pañuelo y con él la servilleta y la cuchara, se asusta, las alza, y una y otra las tira á madama Lenten; abraza en seguida al Cadete con mucha estrechez, se da un golpe en la frente, y se va discurriendo á su cuarto.

ESCENA VIII.

Cadete. ¡Qué es esto!
sígale usted.

Madama Lenten con disimulo guarda la cuchara y la servilleta, besa avergonzada la mano al Cadete y se va por otro lado.

ESCENA IX.

El Cadete pasmado.

Cadete. De esta escena
yo no sé qué he de inferir:
nada combina la idea.
¿Si los males del baron
tendrán acaso influencia
en el aya? Todo es raro.
El robo de la historieta,
la mudanza repentina,
su estraña fuga.... Quisiera
Mira por el hueco de la llave.

ver.... se ha sentado en la silla.
Descansa sobre la mesa....
Parece que está tranquilo:
mejor será....

ESCENA X.

Cadete, Sofía y Lenten.

Sofía. Yo quisiera....
debo ir á ver á padre.
Perdone usted.... Indiscreta,
ha visto usted lo que ha hecho.
Á Lenten y vase.
Cadete. Esplíquese usted siquiera:
de qué nacen estas cosas....
Lenten. Claro está, de su dolencia.
La historieta que ha contado
le penetró de manera....
De la ingratitud del hombre
continuamente se queja,
y como se lo disuado,
á veces conmigo pega.
Todos sus males dimanan
de cierto olio que profesa
á los hombres....
Vase al cuarto del Baron con prisa.
Cadete. Juzgar de ellos
por uno de las flaquezas
humanas, no es por desgracia
una de las mas pequeñas.

ESCENA XI.

Capitan y Cadete.

Capitan. ¿Puedo preguntar en dónde
la señorita se encuentra?
Cadete. En el cuarto con su padre.
Capitan. ¿Usted ha hablado con ella?
Cadete. Sí señor; pero de paso
nuevamente la dolencia
del baron ha recaido:
antes de que alguno venga,
tome usted estos dineros
y gracias por la fineza.
Capitan. ¿Puedo preguntar qué es esto?
Cadete. El total de nuestra deuda.
Capitan. Por vida.... Caí en la trampa;
¡que al doctor se lo dijera!
¿puedo preguntar?....
Cadete. ¿El cómo
me ha venido esta moneda?
Á todo el género humano
haré esta accion manifiesta,
á fin de que llegue el dia
en que mi bienhechor sepa
mi gratitud, y reciba
mi corazon en ofrenda.
Capitan. ¿Y no sabré?....
Cadete. Esta mañana
entré como otras diversas
á hablar á la señorita....

Capitan. ¿Y habló usted á solas con ella?
Cadete. No señor, que estaba el aya.
Lleno de empeños y deudas,
sin crédito, sin dinero,
sin nada, y con una urgencia
que debo callar; tratando
sobre no sé qué materia,
me entra Conrado una carta,
la abro y hallo dentro de ella
cien cequines en billetes.
Capitan. ¡El doctor!... (*Aparte.*)
Cadete. ¡Si usted supiera
en qué ocasion me vinieron!
¿Quién será aquel que se atreva
en vista de esto á negar
que la Providencia vela
sobre el infeliz? Amigo,
cuente usted esa moneda.
Capitan. Si el término no ha cumplido.
Cadete. El término de las deudas
del hombre de bien, se cumple
al momento que se encuentra
en estado de pagarlas.
Capitan. Cumpla usted con otras cuentas:
ahora á mí no me hace falta.
Cadete. Teniendo fuera bajeza
no pagar: déjeme usted
gozar de la complacencia
de no deber nada á nadie.
Tome usted.
Capitan. En la faldriquera
no traigo el vale.

Cadete. No importa,
rómpale usted.
Capitan. No quisiera....
Cadete. Usted es mas seguro para
mí que yo para usted.
Capitan. Sea
como sea no lo tomo.
Cadete. Usted me hará la fineza
de tomarlo: yo no puedo
consentir que usted me ceda....

ESCENA XII.

Los anteriores y madama Lenten.

Lenten. Hablen ustedes mas bajo.
Capitan. ¿Le duele á usted la cabeza?
Lenten. El baron duerme.
Capitan. ¿Y Sofía
está con él?
Lenten. Ya comienza. (*Aparte.*)
Sí señor.
Capitan. ¿Y saldrá pronto?
Lenten. No señor.
Capitan. ¡Buena respuesta!
Lenten. Á Dios. Adentro hago falta
y estoy de sobra acá fuera.

ESCENA XIII.

Capitan y Cadete.

Cadete. Suplico á usted.
Con el dinero en la mano.

Capitan. Voy á hablar
á usted claro.... ¿no desea
usted saber quién ha sido
el que con tanta franqueza
le ha dado los cien cequines?
Cadete. ¡Cómo! usted sabe.... (*Con ansia.*)
Capitan. Paciencia.
Refiriendo hoy al baron
la acalorada contienda
de usted con el general,
manifesté alguna queja
contra usted porque el ascenso
se ha cerrado en su carrera.
Cadete. Y lo estará para siempre
si he de abrirle con bajezas.
Capitan. Se me escapó una palabra
sin querer sobre la deuda
de usted.
Cadete. Señor capitan,
esa fue una ligereza.
Capitan. Pero sin mala intencion.
La cosa fue de manera....
en fin, tuve que tomar
que quieras ó que no quieras
su importe, porque me dijo
que tenia órden secreta
de sus parientes de usted
para pagarle sus deudas.
Cadete. ¿Parientes?
Capitan. Ahora usted puede
deducir la consecuencia

de donde vino el regalo.

Cadete. No, no; de mi parentela
sé que no hay mas que uno, y ese
sin comparacion se encuentra
mas infelice que yo.

Capitan. ¡Pero qué! ¿y los de Suecia?

Cadete. ¿De Suecia?

Capitan. ¿De veras nada
sabe usted?

Cadete. Si lo supiera
¿á qué venia el negarlo?

Capitan. Pero sea como sea
habérselo noticiado
me sirve de complacencia.

Cadete. ¿En Suecia?.... no puede ser:
el doctor sin duda sueña.

Capitan. Entonces el bienhechor
está aquí.... y como yo pueda
adquirir algun indicio....
Si acaso el baron....

Cadete. A buena
parte se arrima. ¡El baron!
no lo diria si hubiera
usted visto la codicia
con que tomó la miseria
del alquiler de su cuarto.

Capitan. Dígame usted: ¿no pudiera
ser el consejero Biennex?

Cadete. Menos. ¿En Suecia? ¿En Suecia?
es posible....

Capitan. ¿Y por qué no?

dan las cosas tantas vueltas....
¿qué sabe uno los parientes
que puede tener?

ESCENA XIV.

Los dichos, el Doctor y Lenten que atraviesa.

Doctor. ¿Se piensa
con malicia de algun otro?
dígame usted.
Lenten. Voy de prisa.
Entra en el cuarto del Baron.
Capitan. ¿Qué hora es ya? Las cinco y media:
el feld-mariscal me espera.
Á Dios, señores: usted
no piense en su parentela,
yo la tendré averiguada
mucho antes de que anochezca.

ESCENA XV.

Cadete y Doctor.

Doctor. ¡Si el capitan le habrá dicho
que he satisfecho su deuda!
Cadete. Yo estaba, señor doctor,
seguro de su fineza;
pero de tanta amistad,
aunque no dudaba de ella....
Doctor. Yo soy amigo de todos,
pero doy la preferencia

á los jóvenes honrados.

Cadete. Su amistad de usted me deja
confundido, porque no hallo
modo de corresponderla.

Doctor. ¿Mi amistad?... usted se burla:
¿Qué pruebas le he dado de ella?
Ninguna.

Cadete. ¡Hombre generoso!
no quiera usted por modestia
ahorrarme la gratitud.

Doctor. ¡Gratitud!

Cadete. Usted se empeña
en ocultarme un asunto
que me importa mas que piensa.

Doctor. No lo entiendo.

Cadete. Hablemos claros:
¿me pagó usted una deuda?
Alsing me lo ha dicho.

Doctor. Malo. (*Aparte.*)

Cadete. Yo soy, amigo, un problema
para cuantos me conocen.

Doctor. ¿Cómo?

Cadete. Y solo usted pudiera
resolverme. Esta mañana
usted pagó de mis cuentas
un crédito al capitan;
¿quién mandó á usted que lo hiciera?

Doctor. Déjese usted de esas cosas.

Cadete. No puede ser, me interesan
demasiado: al mismo tiempo
le ha dicho usted que en Suecia
tenia algunos parientes.

Doctor. En aquel lance en Noruega
y en Tetuan le hubiera dicho
por librarme de sus necias
preguntas.
Cadete. Y de las mias.
Doctor. Tambien porque son superfluas.
Cadete. ¿No pagó usted al capitan?
Doctor. Sí señor.
Cadete. De esa manera
me ha dado usted cien cequines
igualmente.
Doctor. Eso no es prueba.
Cadete. Es preciso.
Doctor. No sé nada.
Cadete. Imposible. No se encuentran
dos bienhechores que á un tiempo
gasten la misma reserva.
Doctor. El de usted no peligraba
en manifestar que era,
si emplea caminos dobles.
Cadete. Sea muy enorabuena;
pero por Dios, diga usted,
¿tengo parientes en Suecia?
Doctor. A semejante pregunta
yo no puedo dar respuesta.
Cadete. Usted me responderá, (*Alterado.*)
es muy grave la materia
de que se trata, depende
absolutamente de ella
la dicha de una persona
por la cual mi amor no cesa
de dirigir dia y noche

votos á la Providencia.

Doctor. Señor cadete, hable claro
y yo hablaré.... (*Pasmado.*)

Cadete. Si me fuera
lícito.... pero no debo.
No puedo, no.... una promesa,
un terrible juramento
me lo impide. ¡Ah! si pudiera
hablar, sé que indiferente
no escuchára usted mis penas;
me ayudaria á sentirlas,
y al ver mis lágrimas tiernas
no podria el alma menos
de acompañarle á verterlas.

Doctor. ¡Qué enigma, cielos!

Cadete. El ansia
que mi corazon demuestra
por saber de mis parientes,
es por si hallo uno siquiera
que me ayude á suavizar
la calamidad adversa
de una persona á quien amo
mas que á mi vida.....

Vuelve la cara como si hubiese dicho demasiado.

Quisiera....
no haber dicho tanto.

Doctor. Vamos,
sosiéguese usted, y sepa
que el ausilio que ha tenido
no es de quien usted se piensa.

Cadete. ¿Pues de quién?

Doctor. De una persona

ilustre y piadosa de esta
ciudad. Dije al capitan
que usted tenia en Suecia
parientes para eximirme
de sus preguntas molestas.

Cadete. ¡Cielos, que aun de la esperañza
han de carecer mis penas!

Doctor. El baron tiene razon, (*Aparte.*)
de amor los rigores prueba.

Cadete. Para mí acabó la dicha.

Doctor. Usted tan solo se acuerda
de un bienhechor, ¿pues y el otro?
¿el que con tanta franqueza
le ha enviado cien cequines?

Cadete. Me arrebató la imprudencia,
de esto dimana el olvido:
él hizo que conociera
cuán milagroso es su ausilio;
pero este hombre que así llena
el deber de hombre ¿quién es?
Nómbremele usted siquiera.

Doctor. No puedo.

Cadete. La sacra mano
de la suma Providencia
le colme de beneficios.
No quiere mi recompensa,
pero tendrá la del cielo:
en donde mis ojos vean
un rostro apacible y dulce,
esclamaré con terneza:
ese, ese es mi bienhechor,
y mi gratitud sincera

se levantará así al trono
de el sér supremo.

Doctor. Usted crea
que de hablarle y conocerle
está mas cerca que piensa.
¡En lo que ahora caigo! Usted
parece que no se acuerda
de que soy médico, ¿está
usted malo?.... ¿Las recetas
que en su nombre se despachan
no son para usted?

Cadete. ¡Qué pena!
todo lo sabe.

Doctor. Usted debe
perdonarme esta llaneza
si bien de usted es el motivo.

Cadete. Lo sé pero no quisiera
que se llegase á saber;
ya está pagada la cuenta
al boticario: á ninguno
debo nada.

Doctor. ¡Bella prenda!
¡admirable! y si valerse
quiere de mi insuficiencia
yo respondo de mi celo.

Cadete. Puede ser que de la oferta
tenga que valerme pronto. (*Con intencion.*)

Doctor. Amigo cuando usted quiera.

ESCENA XVI.

Los anteriores, el Baron, Sofía y Lenten.

Baron. Cadete muy bien venido.
Sofía. Señor doctor si usted viera
que buen sueño hizo mi padre,
vaya ha dormido una siesta....
Baron. Ha tiempo que no me siento
tan bueno de la cabeza.
Doctor. Resultas del egercicio.
Lenten. Todos los dias es fuerza
repetirle.
Cadete. Siempre juntos, (*Aparte.*)
luego es su amistad estrecha;
¿si será el?
Baron. Señor cadete,
¿en qué discurre? ¿en qué piensa?
Cadete. En mi bienhechor oculto.
Mirándole con mucha intencion.
Baron. Este fondearme desea. (*Aparte.*)
Es un loco, lo repito,
pero su locura es buena
para usted pues ha sacado
tan grandes ventajas de ella.
Cadete. Sin embargo á mí me toca
examinar su demencia....
Baron. Poco tiene que pensar,
óigala usted manifiesta.
Si conoce usted á fondo,
si sabe como usted piensa

¿por qué se priva ese bruto
de la dulce recompensa
de la gratitud?.... locura:
adelante.... Las riquezas
de ese hombre son limitadas:
sin ser la mayor demencia
no debia dar á un cadete
una cantidad como esa.
Supongamos que es pudiente,
¿qué es el don? una miseria;
y en la misma cortedad
claramente manifiesta
que no quiere darle mas.

Cadete. Para hablar de esa materia
á mí me falta espresion.

Baron. A mí no: ¿y la certeza
no sabe de lo que pasa?
El ignora que se encuentra
usted con muchos atrasos,
que su conducta indiscreta
le ha reducido al estado
de humillacion y vergüenza,
teniendo absolutamente
que pender de la clemencia
de las almas generosas;
y en tal caso se demuestra
que el tal es un grande orate
que arroja con imprudencia
sus caudales á la calle,
pues del mismo modo premia
á los malos que á los buenos.

Cadete. Y en quien de este modo piensa

deho sospechar.... (*Aparte.*)
Doctor. Es cierto
que emplea usted su elocuencia
grandemente en elogiarse.
Sofía. ¡Ay Lenten! ¡cuánto me pesa
oir hablar así á mi padre!
Cadete. ¿Ha oido usted qué sistema?
Un médico espiritual
que le cure esa dolencia
es lo que ha de menester:
curarle de otra manera,
segun su actual avaricia,
seria una obra maestra
del arte.
Baron. Ahora bién.... Señoras,
tomen ustedes la puerta
que queremos estar solos.
Sofía mira al Cadete.
Lenten. Con mas disimulo.
Sofía. Deja,
deja que los ojos hablen
ya que no puede la lengua.

ESCENA XVII.

Baron, Cadete y Doctor.

Baron. ¿Vé usted como yo no soy
tan loco como sospechan?
Yo no soy un perdulario
que arroje de esa manera
mis caudales en limosnas,

¿Qué me importa la miseria
de los hombres? yo tenia
una cosa en la cabeza.
Por vida.... señor doctor
¿usted se acuerda lo que era?
¡Ah! sí, ofrecerle mi hija,
¡pero me da tal vergüenza!

Doctor. No corre ninguna prisa.

Baron. Le ofendí con mis sospechas,
merece satisfaccion
y ahora que no tiene espera.

Doctor. Mire usted que yo he sabido....

Baron. Mas que sepa lo que sepa.
Señor cadete.... qué cosa
le iba á decir.... ¿No se acuerda
usted?

Doctor. Mejor es dejarlo.

Baron. Es una cosa tremenda
ofrecérsela uno mismo.

Cadete. ¿Qué tiene usted? ¿Qué le inquieta?

Baron. Tengo.... ¿Cómo empezaré
á decírselo? Quisiera....
Ya lo sé: señor cadete,
diga usted, ¿por qué no piensa
en casarse?

Cadete. ¿Yo casarme
señor baron? ¿Yo que apenas
puedo mantenerme á mí?

Baron. ¿Y si la boda se hiciera
con alguna muger rica?

Cadete. ¿Cuál será la que me quiera?

Baron. ¿Y por qué no?

¿qué no hay padres
capaces de una rareza?
Cadete. Señor baron, no es posible,
soy un infeliz.
Baron. Usted vea.
¿No se ha encontrado ya un loco
que sin que las gracias quiera
le ha remitido un socorro
para pago de sus deudas?
¿quién quita que haya otro loco
que con una dote buena
le dé su hija por esposa?
¿Si entenderá la propuesta? (*Al Doctor.*)
Cadete. Pero que....
Baron. Usted en ese caso
dejaria su carrera
y se reiria entonces
del gefe.
Cadete. No sé qué hiciera
ni qué pensara.
Baron. Yo no puedo
hablar mas claro. (*Aparte.*)
Doctor. ¡Esta escena
en qué parará!
Baron. ¡Y bien! ¿hé?
¿Por qué usted no me contesta?
Cadete. A cosa tan agradable
yo no puedo dar respuesta.
Baron. Suponga usted que hay un padre
tan botarate que quiera
sacrificar á su hija....
Cadete. ¿Podré aceptar la propuesta

sin esponerme á la nota
de una culpable sospecha,
hija del vil interes?

Baron. Para todo el hombre encuentra
reparos: ¿si querrá usted
que el mismo padre le ofrezca
su hija, despues le ruegue
que tome el dote, ¡qué flema!
y la noche de la boda
le acompañe.... va.... esa flema
en amorosos ataques
no es de militar; viveza,
tomar la plaza primero
que el general la defienda.

Doctor. Yo soy muy claro en mis cosas:
esa falta de franqueza
puede engendrar en los padres
tal vez alguna sospecha
de que el corazon no es libre.

Cadete. ¿Y qué engaño padeciera?

Baron. ¿El de usted, señor cadete,
lo está?.... Claro.

Cadete. De manera....

Baron. Claro.

Cadete. No señor.

Baron. Luego ama.

Cadete. Con la mas grande violencia.

Baron. ¿A quién?

Cadete. A la hija del hombre
mas humano de la tierra.

Tomando al Baron la mano.

Baron. ¿Usted cree que soy yo?

Cadete. Y siempre que usted no sea,
mi corazon no está libre.
Soltando la mano.
Baron. ¿Mi afecto entonces que espera?
Yo soy, yo soy, hijo mio,
mi hija es tuya.
Doctor. ¡El baron sueña! (*Aparte.*)
Baron. ¿Sofía? (*Llamando á Sofía.*)
Cadete. ¡Yo estoy absorto! (*Pasmado.*)
Doctor. Sin verlo no lo creyera.... (*Aparte.*)
Cadete. ¿Pero usted me la da á mí?
Baron. A tí, á tí: ¿qué la desprecias?
Cadete. ¿Despreciarla yo?
Baron. ¿Sofía?

ESCENA XVIII.

Los anteriores, Sofía y Lenten.

Sofía. ¿Señor?
Baron. Tu boda está hecha.
Ya eres novia.
Sofía. ¿Novia yo? (*Alegre.*)
Baron. ¿Si se querrá hacer de pencas?
aquí vendrá luego el novio.
Sofía. ¿El novio?
Baron. ¿No lo deseas?
luego vendrá el capitan.
Sofía. ¡El capitan!... (*Asustada.*)
Baron. ¡Qué te altera!
Sofía. Padre, ¿y si con sus preguntas
á los dos meses me entierra?
Baron. Pero ¿y si fuese el cadete?

Sofía. El cadete.... (*Alegre.*)
Baron ¿Le quisieras?
Sofía. Yo haré lo que usted me mande.
Baron. Ahí le tienes zalamera.
La echa á los brazos del Cadete.
No mas, no mas; tiempo queda
para repetir la dósis.
Cadete. Señor.... señor.... Yo quisiera
demostrar mi gratitud,
mas el gozo no me deja;
¡yo el mas feliz de los hombres!
¿Esto es un sueño ó quimera?
¡Yo la mano de Sofía!
¡sin crédito, sin hacienda,
sin proteccion! ¡Dios eterno!
¿qué dirá cuando lo sepa?
¡Ó padre!.... querido padre,
¡Sofía!.... mi amada prenda
perdonad.... voy á dar parte,
en breve daré la vuelta.

ESCENA XIX.

Doctor, Sofía, Baron y Lenten.

Lenten. Mire usted el caso que hace.
En vista de esto ¿qué espera
usted?
Sofía. ¿Sin decirme nada
de esta manera me deja?
Baron. ¿Entendió usted lo que dijo?
Lenten. No hay que volver á la cuenta

el tiene duende.

Baron. Tontuna,
el contento le enagena
y no sabe lo que dice.

Doctor. No comprendo sus ideas, (*Aparte.*)
pero yo he sabido....

Baron. ¿ Qué?

Doctor. No conviene que lo sepa
su hija de usted.

Baron. Entremos
si os parece en la otra pieza. (*Se van.*)

ESCENA ÚLTIMA.

Sofía y Lenten.

Sofía. ¿ Qué dice usted de eso?

Lenten. Nada.

Sofía. Dígalo usted.

Lenten. Es que sintiera
despertar á usted de un sueño
tan dulce, amiga, y tan lleno
de lisonjeras ideas.

Sofía. ¿ Qué no me quiere?

Lenten. No dudo
que á usted, señora, la quiera.

Sofía. En eso cifra su dicha
mi corazon.

Lenten. Es que resta
saber si quiere á usted sola.

Sofía. ¿ Será posible que pueda
querer á muchas á un tiempo?

Lenten. Es hombre, y si tiene esas
mañas, tendrá corazon
para usted y cuantas vengan.
Sofía. Si ama á otras no le querré,
que no sufro competencias.
Lenten. Un corazon que es de todas
á ninguna le interesa.
Sofía. ¿Cómo estaba tan contento?
Lenten. Con el gran dote, ¿pudiera
no estarlo? mas de repente
su alma se llenó de pena.
Lazos anteriores le unen
con otra, sí, y lo comprueba
la esclamacion: ¡Dios eterno!
¿qué dirá cuando lo sepa?
Sofía. Ojalá que todavía
estuviese yo en la aldea
entre rústicos pastores.
Lenten. Tambien entre ellos se encuentra
alguna doncella que ama
antes que los padres quieran,
y hombres que encuentran bonitas
á mas de una.
Sofía. Si eso fuera
no me casaria nunca.
Lenten. ¿Y si padre se lo ordena?
Sofía. Entonces será preciso.
Lenten. Pues usted sin su licencia
bien supo amar al cadete.
Sofía. No la hacia á usted tan necia:
¿depende de uno el amor?
Lenten. ¿Pues de quién?

Sofía. De una influencia.
Lenten. ¿Y quién se lo ha dicho á usted?
Sofía. Mi maestra naturaleza. (*Vase.*)
Lenten. Cuando enseña el corazon,
el arte poco aprovecha.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

El Baron y el Doctor.

Baron. Supongamos lo mas malo.
Si él tuviese alguna dama
que le ayudase á comer
sus asistencias escasas,
¿no la habria abandonado
por Sofía?.... Ahora la papa
querrá perder y la dote,
comprometer su palabra
y faltar á su honor.
Doctor. Estas
son sus voces en sustancia:
»Si yo tuviese parientes
con su favor aliviára
la suerte de una persona
á quien el corazon ama
como á sí mismo." El cadete
de esta manera no hablára
si fácilmente pudiera
desprenderse de ella.
Baron. Vaya,
confieso que no lo entiendo.
Doctor. Lo que yo infiero es que se halla
mal casado de secreto.

Baron. ¿Mal casado? No faltaba
mas despues de haberle dado
sin pedirla la muchacha,
haberla admitido, y luego
dado encima muchas gracias;
entonces se acordaria
de mí: no me contentaba
con beber toda su sangre.
Doctor. Tómelo usted con cachaza,
mire usted por su salud.
Baron. Amigo mio, se trata
de unas cosas que me acuerdan
que he manejado la espada
y que soy soldado viejo.

ESCENA II.

Los dichos y Sofía con una carta en la mano.

Sofía. De traer, señor, acaban
este papel al cadete.
Baron. Á mí no me importa nada.
Sofía. ¡Si me permitiera abrirle! (*Aparte.*)
Baron. Ven, dime la verdad: ¿amas
al cadete?
Sofía. Yo.... señor....
Baron. Levanta esos ojos, habla
claro.
Sofía. Si usted me lo destina.
Baron. Ya, ¿por obedecer le amas?
Sofía. Sí señor, con mucho estremo,
como que usted me lo manda.

Baron. Si para efectuar la boda
se opusiese alguna causa....
Sofía. ¿ Y por qué se ha de oponer,
es mas que unirse dos almas
el casarse? Esas lo están,
usted quiere y nada falta;
pero el papel...
Baron. ¿ Tú quisieras
leerle?
Sofía. Mucho me alegrára.
Baron. Calla, rústica, sin modo.
¡ Cómo! ¿ lloras? ¿ Por qué causa?
Sofía. Pero, padre, si usted me echa
siempre esa falta á la cara.
¿ Dependió de mí el estar
diez años abandonada
en una aldea infeliz?
Baron. Aquí se ve lo que pasa
con casi la mayor parte
de las acciones humanas.
¡ Qué hayan de ser de los hombres
siempre mal interpretadas!
Sofía. Sin conocer á mi madre,
sin educacion, privada
de la sociedad.... ¿ Acaso
yo he cometido esa falta
para perder cada dia
el amor de un padre?....
Baron. Basta:
¿ quién lo dice?
Sofía. Su desprecio,
la esquivez con que me trata,

el nombre que me da siempre
de rústica, de aldeana.
Baron. No te lo volveré á dar,
rústica.
Sofía. ¡Lo ve usted!
Baron. Calla, yo me enmendaré; perdona.
Sofía. No señor, no. (*Besándole la mano.*)
Baron. ¡Qué cansada!
¿tú conociste al criado
que trajo el papel á casa?
Sofía. No señor: lo pregunté
y ninguno sabe nada.
Baron. ¿Y usted supo alguna cosa
del cadete?
Doctor. Esta mañana
estuve por preguntarlo
y se me pasó.
Baron. Ya nada,
no es menester; yo he sabido
mucho mas que deseaba.
Es de una buena familia,
pero pobre y desgraciada;
quedó huérfano y sin bienes
en una edad tan temprana
que no conoció á sus padres:
un pariente de su casa
le educó, y á los diez años
la carrera de las armas
le hizo tomar en el mismo
regimiento: el buen jóven,
despues de cinco campañas
y diez años de servicio,

sin contar muchas hazañas
que en el campo del honor
hizo en la guerra pasada,
ha llegado hasta.... cadete.

Durante esta escena Sofía ha estado mirando el papel por todas partes y dándole vueltas de modo que se despega la oblea.

Sofía. ¡ Ay padre!
Baron. ¿ Qué tienes?
Sofía. Nada,
sin querer.... perdone usted....
Baron. ¿ De qué? esplícate, muchacha.
Sofía. El papel....
Baron. ¿ Y bien?
Sofía. Se ha abierto....
no sé.... cómo....
Baron. Le estrujabas
de manera....
Sofía. No fue á drede....
Créalo usted,
Baron. ¡ Buena maula!
Sofía. Si no lo quiero leer:
tómelo usted....
Da el papel al Doctor y se va.

ESCENA III.

Baron y Doctor.

Baron. Vaya, vaya,
para mí todo son penas,
¿ qué haremos con esa carta?
Dirán, y dirán muy bien,

que falto á la confianza....
Doctor. Yo á ser de usted la leyera.
Baron. No cometo acciones bajas.
Doctor. Pero si usted no le ha visto;
fuera de esto....
Baron. Nada, nada.
Doctor. Puede ser que nos dé luces.
Baron. No las quiero con infamia.
Doctor. Considere usted.
Baron. Si acaso
su curiosidad es tanta,
léalo y yo callaré.
Me mete usted en unas danzas....
Ni esto debia yo hacer
siendo hombre de bien; mas vaya
con tal que del contenido
no me diga usted palabra.
Doctor. Escuche usted, voy á ver.
Despues de haber leido para sí.
Baron. De ningun modo.
Doctor. Se trata
de un asunto....
Baron. Nada escucho.
Doctor. En que pende la desgracia
ó la ventura de un hijo.
Baron. ¡Dale, dale! En dos palabras
usted quiere que yo sea
un gran pícaro.
Doctor. Cuando haya
resultas yo me echaré
la culpa.
Baron. Pero hombre....

Doctor. Si ama
á Sofía y su bien quiere
debe usted escuchar la carta.
Baron. Lea usted con mil demonios.
Lee el Doctor. »Querido cadete: ¿Cuál es el motivo por qué no le he visto ocho dias ha? mis ojos suspiran por usted: Luisa está inconsolable; Juanito no quiere hablar una palabra en frances hasta que le vea á usted, dénos usted en todo caso alguna noticia de su salud. Su síncera amiga: D. B."
¿Qué dice usted de eso, vaya?
Baron. Que es una alhaja el cadete:
ya en fin pareció la dama,
y con hijos.
Doctor. Vea usted si
la cosa está adelantada.
Baron. Podia estar mas.

ESCENA IV.

Los anteriores y Sofía.

Baron. ¿Qué quieres?
Sofía. ¡Ay padre!
Baron. ¿Qué es lo que pasa?
Sofía. Ahora mismo entró el cadete
descolorido, sin habla;
al verme miró á los cielos,
me toma la mano, esclama
con una voz muy terrible:
Sofía, Sofía amada,
usted no puede ser mia,

me lo impide la desgracia,
una maldicion horrenda....
va á proseguir y le embarga
el sentimiento la voz,
suspira, me mira y baña
mi mano con llanto triste;
y sin hablar mas palabra
se entró corriendo en su cuarto.

Baron. Toma lee.... (*Le da la carta.*)

Sofía. ¡Ay desdichada!

Doctor. ¿Voy á hablarle?

Baron. No señor,
me compete á mí esa causa.

Doctor. No quisiera....

Baron. Yo soy hombre,
sé del modo que se trata
á otro hombre.

Doctor. Es que en tal caso....

Baron. Déjeme usted.

Doctor. Esa carta....

Baron. Déjeme usted y van dos.

Doctor. Pudiera....

Baron. Si no se marcha
le echaré de aquí á empellones.

Doctor. Y se espone usted....

Baron. ¡Qué maza!
quiero hablarle de hombre á hombre,
¿lo oye usted? mas confianza
hará de uno que de dos.

Doctor. No ve usted....

Baron. No veo nada.
Yo no he abierto á usted el pecho

para que me esclavizára.

Doctor. Como usted guste.

Vase, y el Baron tira el cordon de la campana.

ESCENA V.

Sofía, el Baron y madama Lenten.

Baron. Que baje (*Á madama Lenten y se va.*) el cadete. ¿Y esa carta?

Sofía. ¡Así los hombres abusan de las mugeres incautas! ¡Ah traidor!

Baron. ¿Y ahora le quieres?

Sofía. Aunque usted me lo mandára....

Baron. Vete....

Sofía. El médico no quiere.

Baron. Que vaya y mande en su casa, ahora no estoy distraido. (*Vase Sofía.*)

ESCENA VI.

Baron.

Se pasea por el cuarto manifestando irritacion, y se pára luego distraido: pasa de una idea á otra hasta que vuelve á ver nuevamente el papel que renueva su indignacion, y se pasea agitado.

ESCENA VII.

Cadete y Baron.

Baron. ¿Qué hace usted?

Echándose á los pies del Baron.

Cadete. Darle á usted gracias.
Baron. ¿De qué?
Cadete. Del don esquisito
que á mi amor le dispensaba.
Baron. Levante usted: ¿de ese modo
un militar se degrada?
Cadete. No es militar, es el hombre
quien se ha humillado á esas plantas.
Baron. ¿Usted acepta á Sofía?
Sí ó no.
Cadete. ¡Dios mio! y ¡cuánta,
cuánta es mi desdicha!
Baron. ¿Y bien?
Cadete. En las miserias humanas
busque usted las mas penosas
mas infelices é infaustas,
y por terribles que sean
las mias las aventajan.
Baron. Responda usted sin rodeos:
¿quiere usted á mi hija? ¿calla?
responda usted.
Cadete. ¡Ah! no puedo....
no debo....
Baron. Si no mirára....
apuremos la materia: (*Aparte.*)
¿cómo pudo usted aceptarla?
Cadete. Podia yo imaginar....
podia creer.... si se halla
ofendido usted, mi suerte
le servirá de venganza.
Baron. Aquí hay un papel abierto
para usted.... ¡Ay! del que me haga

capaz de creer.... Sofía
curiosa ó enagenada
le ha abierto.... tómelo usted:
¿no le interesa á usted?

Mira el Cadete la firma y le guarda en la faldriquera.

Cadete. Median tales circunstancias:
¿sabe usted á lo que obliga
un juramento hecho?

Baron. Á nada
en los hombres como usted.

Cadete. Ya la paciencia me falta.

Aparte.

Baron. Ahora veo mis delirios.
¡Con quién, con quién empleaba
á Sofía! con un hombre
que por mantener su dama
su destino envilecia
andando de casa en casa
haciendo el preceptorcillo,
y por otra parte estaba
haciéndose el Don Quijote
con el general. ¡Qué! ¿amarga
la verdad? ha de escucharme.

El Cadete se quiere ir y el Baron le detiene.

¡Qué! ¿se atreve cara á cara
á insultar á un capitan
lleno de heridas y hazañas?

Cadete. Conténgase usted: y advierta
que yo soy....

Baron. ¡Á mí amenazas!

Cadete. Hombre de honor....

Baron. Un bribon
es usted.
Cadete. ¡Vive Dios!... Basta: (*Saca la espada.*)
deme usted satisfaccion
de semejante palabra.
Baron. Pronto, pronto la tendrá.
Vase corriendo al gabinete.

ESCENA VIII.

El Cadete despues de un rato tira la espada.

Cadete. ¡Buen Dios! ¿Yo sacar la espada?
¿Qué hiciste, infeliz, qué hiciste?
¿te has olvidado la causa
por la cual debes vivir?
si tan siquiera lográra....
lo logrará.... con mi muerte
redimiré su desgracia.
Se pone á escribir.

ESCENA IX.

El Cadete y el Baron con uniforme viejo y espada en la mano.

Baron. Mis armas son estas: ¿y
las de usted?
Cadete. ¿No ve la espada?
Baron. No volverá usted en su vida
con tan bárbara arrogancia
á pedir satisfaccion
á un soldado viejo.

Cadete. Basta:
absténgase usted de insultos,
la espada, no la palabra
debe decidir: mas antes
si en su corazon se halla
un rasgo de humanidad,
quiero pedirle una gracia.
Baron. Póngase usted y tire usted.
Cadete. Aquí estoy.
Baron. Obren las armas.
Cadete. Mas no; concédame usted
antes de ello una demanda.
Poniendo la espada en la mesa.
Baron. ¿Cuál es?
Cadete. Usted es poderoso,
de mi existencia dimana
la de una infeliz persona
que si mi ausilio le falta
perecerá de miseria.
Por si acaso usted me mata,
firme usted este papel
y con este sóbre vaya
á entregársele.
Baron. ¡Esto mas!
¿yo mantenerle su dama?
Cadete. Conservará usted el papel,
y en muriendo irá á la casa
de la persona que dice:
y si acaso usted no la halla
digna del mayor respeto
y compasion, sin tardanza
rómpalo usted.

Baron. Ya comprendo
su idea : tome la espada.
Cadete. No la tomo sin firmar.
Baron. Este suavizarme trata. (*Aparte.*)
Cadete. Tire usted, máteme usted,
y la persona indicada
le descubrirá el secreto.
Baron. Nada á mi furor desarma:
firmaré.... (*Firma.*)
Cadete. Ahí está el sóbre,
guárdele usted.
Baron. »En la calle Ancha, (*Leyendo.*) número 11, en la guardilla de mano izquierda, á la entrada, la señora Helbein."
Cadete. ¿Si yo muero
cumplirá usted su palabra?
Baron. Sí. (*Pensativo mira el sóbre.*)
Cadete. El cielo se lo demande
y le juzgue á usted si falta
á ella.
Baron. ¿Está cerca de aquí? (*Lo mismo.*)
Cadete. Al asunto.
Baron. ¿Y la indicada
persona dirá el secreto?
Cadete. Cobarde, tome su espada.
El Baron ataca al Cadete furiosamente con la espada, el Cadete se arroja sobre la punta y apenas puede retirar.
Baron. Eso no: ¿está usted loco?
¡Matarse!
Cadete. Disculpa vana:
vuélvase usted á poner.

Baron. ¡Brazo y corazon desmaya!
Cadete. Tire usted.
Baron. Es imposible. (*Tira la espada.*)
Cadete. Vamos.
Baron. Ya he tirado el arma.
Cadete. Esto toca en cobardía.
Baron. Toque en lo que toque: nada
provoca ya mi furor....
ya está aplacada mi saña:
la de usted se aplacará.
El Cadete le mira, baja los ojos y tira la espada.
Confíame tus desgracias,
reconóceme por padre.
Cadete. Señor....
Baron. ¿Arrojas la espada?
Sin mi hija, sin Sofía
gozarás de las ventajas
que te ofrecia con ella.
De mis bienes, de mi casa,
serás dueño; y el consuelo
será tambien de mis ansias.
Pero esplícate conmigo,
díme de tu mal la causa.
Cadete. No puedo, padre, no puedo;
un juramento me ata.
Baron. No importa, ya le rompiste
y sabré lo que recatas.
Cadete. Vuélvame usted el papel.
Baron. No, no hijo de mi alma,
deseo hacerte feliz.
Cadete. ¿Yo feliz? ¿yo? ¡Ah!
Baron. Sí: aclara

mis dudas llámame padre
y alivia mi suerte escasa,
y serás feliz.

Cadete. Yo acepto
vuestros beneficios, cuantas
obligaciones me imponen
cumpliré fielmente, nada
callaré: mas sin Sofía
¿qué felicidad me aguarda?
ninguna: solo la muerte.

Baron. Descubre el misterio, habla.
¿Por qué no puede ser tuya?

Cadete. Jamas, jamas.

Baron. ¿Y la causa?

Cadete. Una maldicion horrible
para siempre me separa
de su amor.

Baron. ¿Qué maldicion?

Cadete. La mas terrible y sagrada.
Óigala usted.... La persona
que tanto el pecho recata,
de la cual usted sospecha
alguna amorosa trama,
que por su conservacion
me dediqué á la enseñanza,
contrage deudas, tomé
medicinas sin pagarlas:
es.... mi madre.... de Sofía
su maldicion me separa.

Baron. ¿La señora Helbein?

Cadete. Es nombre
supuesto.

Baron. ¿Y por ampararla
quisistes morir?
Cadete. ¡Soy hijo!
Baron. Pero cruel: pues tratabas
de hacerme á mí tu homicida,
las consecuencias infaustas
son estas del pundonor.
¿Por qué, díme, reservabas
tu situacion y la suya?
Ya estarian aliviadas
á saberlas.... Si tal vez....
¡qué!.... imposible: ¿tú negabas
á tu madre ¡fatuidad!
porque en lustre no te iguala?
¿no es eso? ¿pues qué es?
Cadete. Escuche
usted nuestra historia.
Baron. Es larga:
¿he? Si es larga y lastimosa
te acompañaré á llorarla.
Cadete. Yo señor nací en los brazos
de la horfandad; la crianza
de un huérfano sin fortuna,
¿cuál seria? Se cifraba
toda junta en el trabajo
de una viuda desgraciada.
Un teniente-coronel
que vivia en nuestra casa
era el único pariente
que nos quedó, á su eficacia
yo debí el tomar tan jóven
la carrera de las armas.

Murió, marchó el regimiento;
mi madre que contemplaba
no podíamos vivir
segun nuestras circunstancias,
me hizo ofrecer y jurar
que no volveria á darle
en presencia de las gentes
nombre de madre; privada
de este título amoroso
tomó el de Helbein; se declara
la guerra, parto á Milan,
y tuve que abandonarla.
La dejé enferma, y enferma
la encontré; mas con la escasa
fortuna que con honor
pude adquirir en campaña
la conduje á esta ciudad,
y desde que en ella se halla,
que ha dos meses, pocos dias
ha salido de la cama:
en breve conocí á usted,
entré á vivir en su casa,
ví y amé á Sofía luego;
mas siempre sin esperanza
de que usted me la daria.
Cuál seria mi estremada
alegria al escuchar
la bondad de usted: el alma
enagenada de gozo
no acertaba á dar las gracias,
Corro á mi madre y la digo:
Ya el cielo oye las plegarias

de un buen hijo, nuestra suerte
se mudó. — ¿Qué dices? habla. —
¡Ay madre! el baron de Ream
me da á su hija.... á esta palabra
quedó, cual de un rayo herida,
de repente desmayada.
Al volver en sí, me dice:
Cásate con ella, anda;
pero maldito del cielo
y de tu madre. Sin alma
me dejó esta voz terrible.
Luego me arrojo á sus plantas
á suplicarle me diga
de la maldicion la causa.
Despues de muerta, responde,
la sabrás y darás gracias
al cielo de haber cumplido
lo que tu madre te manda,
No dijo mas.

Baron. ¡Maldicion!....
¿y sin esplicar la causa?
este es odio que me tiene
por mi dureza afectada.

Cadete. ¡Buen Dios, cuánta es mi desdicha!
Allá á una madre cercana
á la muerte, aquí el objeto
de mis amorosas ansias,
allá el grito de una eterna
maldicion que me amenaza,
aquí un hombre generoso
que enjugar quiere mis lágrimas
y no puede.

Baron. Vamos.
Cadete. ¿Dónde?
Baron. Donde mi deber me llama.
Yo quiero ver á tu madre.
Cadete. No, padre.... no. Yo llevára
á usted.... ¿y si se sorprende
viendo á una persona estraña?
fuera de esto el juramento....
Señor, iremos mañana.
Baron. Dila que le quebrantaste;
mas con honor: tus instancias
vuelve á repetir de nuevo
por ver si su repugnancia
á tu boda es prevenida
de mi rigor, si dimana
de él, afírmala que el cielo
sabe que con mano franca
socorro á mis semejantes
en sus desventuras.
Cadete. Nada
me quedará que decirla.
¡Ó tú, causa de las causas
que el cariño de un buen hijo
piadosa recompensabas,
no me olvides en el mundo
para compensar mis ansias!
No hay mas que un premio. (*Vase.*)

ESCENA X.

El Baron que se pasea muy melancólico.

Baron. ¡De mi condicion estraña
he aquí el fruto desgraciado!
¡detestado! Me engañaban:
que me engañen.... Es preciso
descubrir lo que ocultaba,
voy á mostrarme cual soy.
Tú, noble jóven, cuya alma
es de amor filial modelo,
recibe las alabanzas
que la gratitud te ofrece.
El hijo grato que ampara
á una madre, es una de
las bendiciones mas raras
que el cielo concede. ¡Ah!
¡si á mí me las dispensára!....
¿Cómo habiendo sido un vil?
¿Pero no tengo en mi casa
dos hijos que me amarán
y respetarán mis canas?
Soy mas feliz que merezco
cuando logro estas ventajas.

ESCENA XI.

Baron y Lenten.

Lenten. ¿Qué uniforme es ese?
Baron. El mio.... (*Va poco á poco.*)

Escuche usted.... (*Mas despacio.*)
¿Qué dicen de mí en el pueblo?
Lenten. Mucho, mucho bien.
Baron. Es falso,
miente usted.
Lenten. Ese es favor
que usted me dispensa.
Baron. Claro:
dígame usted la verdad.
Lenten. Señor, que en tiempo no estamos
de decir verdades.
Baron. Va...
¿No dicen que soy estraño,
duro, grosero?
Lenten. ¿Lo digo?
Baron. Pronto.
Lenten. Sí señor.
Baron. Engaño,
mentira, todo es fingido.
Lenten. ¿Pero fingir por ocho años?
Baron. Esos mismos cabalmente
hace ahora que me engañaron
por los medios mas inicuos.
Soy bueno....
Lenten. Sí.... como caldo
de zorra.
Con ironía el sí, y lo demas aparte.
Baron. ¿Tambien dirán
que soy en estremo avaro?
Lenten. Sí señor.
Baron. No hay tal: mi libro
dirá todo lo contrario.

Lenten. Mas no lo dirán los hombres. (*Ap.*)
Baron. Dirán tambien que soy malo.
Lenten. No señor.
Baron. Gracias á Dios:
pero dirán que no he dado
jamas limosna á los pobres,
que con ellos soy un mármol....
Lenten. Sí señor....
Baron. No hay tal; mi libro
dirá si yo soy humano.
Lenten. Mas no se dará á la imprenta.
Baron. Dirán que de cuando en cuando
padezco de distracciones,
que soy loco, duro, fatuo.
Lenten. Sí señor.
Baron. Esto es verdad,
mas nunca con fin malvado.
Lenten. ¿Permite usted que le acuerde
una distraccion?
Baron. Sepamos.
Lenten. ¿Ese uniforme?
Baron. En efecto.
Voy á quitármelo al cuarto,
por distraccion me lo puse.
Lenten. ¿Y esta espada?
Baron. La he tirado
al suelo por distraccion.
Lenten. ¿Voy por la bata?
Baron. Dejarlo:
no sea que usted no la halle
por distraccion.
Alza la espada y se entra en su gabinete.

ESCENA XII.

Lenten.

Lenten. Por ocho años
sostener así un papel,
¡hu!.... Es cierto que no lo he hallado
hace tiempo tan sereno.
Dios quiera que dure.

ESCENA XIII.

Sofía y Lenten.

Sofía. Vamos
á ver.... mas Lenten ¿ha mucho
que se fue el cadete?
Lenten. Ha un cuarto
de hora.
Sofía. ¿Y cómo está mi padre
con él?
Lenten. Contento.
Sofía. Lo estraño.
Lenten. Mas estrañaria usted
verle en su primer estado,
formal y alegre.
Sofía. Usted piensa
que podremos lisonjearnos....
Lenten. De nada.
Sofía. Sobre la carta
¿qué es lo que habrá averiguado?
Lenten. Segun su semblante alegre

que todo habrá sido falso
Sofía. Yo así lo creo.
Lenten. ¿Mas padre
no ha dicho á usted sin embargo
que no piensa en el cadete?
Sofía. De comprenderlo no acabo.
Tan pronto me lisonjea
como me cierra usted el paso.
Usted Lenten es muy necia
ó de mí se está burlando.
Quiero saber lo que hay.

ESCENA XIV.

Los dichos y el Doctor.

Doctor. ¿Y el baron?
Lenten. Está en su cuarto.
Doctor. ¿Y cómo vá?
Lenten. Grandemente.
Se encuentra muy mejorado.
Dotor. Tengo que hablarle.
Sofía. Ya sale.

ESCENA XV.

Los anteriores y el Baron.

Baron. Señor doctor, ¿cómo estamos?
Doctor. ¿Y usted?
Baron. Yo mejor que nunca.
Doctor. ¿El cadete en qué ha parado?

Baron En una cosa muy rara.
Sofía. Me parece que llamaron. (*Llaman.*)
Lenten. Adelante.
Baron. ¿Y si no quiero?
aquí viene el otro diablo.

ESCENA XVI.

Dichos y el Capitan.

Capitan. ¿Y el cadete?
Sofía. No está en casa.
Capitan. Lo siento, porque le traigo
noticias muy agradables.
Baron. ¿Sí?
Capitan. Amigo, ya he averiguado
quién es el bienhechor.
Baron. ¡Hola!
¡Quién!
Capitan. ¿Con que el matasanos
guarda con usted secretos?
¡véngase usted mas con paños
calientes! El de Suecia....
Doctor. ¿Quién es el comisionado?
Capitan. Usted.
Doctor. Ya: ¿y el bienhechor?
Capitan. El señor Vildner.
Baron. Que escaso
está el hombre de noticias.
Capitan. Si lo sé de cierto.
Baron. Falso.
Capitan. ¿Se acuerda usted?....

Baron. ¡No lo dije!
con preguntas ya empezamos.
Capitan. A usted bien le gusta hacerlas.
Baron. Sí señor, á los pelmazos.
Capitan. ¿Se acuerda usted?....
Baron. Dale, dale.
Capitan. Si no puedo remediarlo:
cuando dije que iba á casa
del general....
Doctor. Sí.
Capitan. Tratando
de promociones con Vildner,
hablaron de los atrasos
del cadete, crea usted
que un padre no hubiera hablado
como el auditor ha hablado
á favor de él: yo que hallo
la mia, mi cucharada
tambien meto, en fin quedamos
que se va á hacer oficial.
Baron. Jo.... jo.... ¿y de eso usted ha sacado
en que el bienhechor es Vildner?
Capitan. No, pero tengo otros datos.
Refiriendo al asesor
el suceso estraordinario
de los cequines, me dijo:
Le habrán venido esos cuartos
de perilla, como es jóven
tendria algunos atrasos.
Ya te pillé, dije entonces,
usted ha sido el del regalo.
No lo crea usted, responde

poniéndose colorado:
y cate usted descubierto
el secreto.

Sofía. Modo estraño
para descubrir secretos.

Baron. Si usted viera cuán al caso
viene aquí un cuento. Prendieron
á un jóven, y presentado
ante los jueces le acusan
de ladron; pero negando
el robo con rostro firme
no podian sentenciarlo.
Dijo el presidente entonces:
De preguntarle me encargo:
yo, yo le haré confesar.
Con tono grave y pesado,
le dice: La negativa
no te escusará del fallo,
tus cómplices el delito
plenamente confesaron,
añadiendo que no es este
de tus fieros atentados
el único ni el menor.
¿Podrás negarme, falsario,
aquel gran robo que hicistes
dos leguas de aquí? á este cargo
el jóven se sorprendió:
el presidente al mirarlo
dijo: ¿No observan ustedes
cuál se ha puesto colorado?
Que el reo queda convicto
escriba usted, secretario.

El jóven que no era tonto,
despues que se hubo alentado,
dijo: Señores, supuesto
que mi silencio es en vano,
quiero confesar del todo
mis enormes atentados.
No tan solo soy ladron,
sino asesino. — De plano
cantó: ¿no le ven ustedes?
Miren como ha confesado. —
Sí señor, soy asesino;
pero en mis asesinatos
tengo un cómplice. ¿Quién es?
los jueces le preguntaron. —
Señores, el presidente.
Sorprendido de escucharlo
se le enciende el rostro. El jóven
dijo entonces al mirarlo:
¿No observan el presidente
cuál se ha puesto colorado?
Que está convicto del crímen
escriba usted, secretario.
Se hicieron informaciones,
se vió que todo era falso,
y al jóven por inocente
de resultas declararon.
Señor capitan, no basta
el ponerse colorado;
se requieren otras pruebas
en este y en otros casos.

Capitan. La anécdota es escelente.

Sofía. Y bien aplicada al caso.

Capitan. Para ir á contarla á todos
ya los pies me están bailando.
Hasta la vista. ¡Ah! ¿y el jóven
era soltero ó casado?
Baron. Ni uno ni otro.
Capitan. Diga usted.
Baron. Vaya y pregunte á los diablos.
Capitan. Ni esos quieren responderme
por mas que á veces los llamo. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

Baron, *Doctor*, *Sofía* y *Lenten*.

Doctor. No puede darse en el mundo
un carácter mas estraño.
Baron. ¿Los hombres del dia tienen
algun carácter acaso?
Doctor. ¿Qué dice usted del ascenso
del cadete?
Baron. Que ha llegado, aunque tarde.
Pero dime, ¿del capitan cómo estamos?
¿te gusta ya?
Sofía. No señor.
Baron. ¿Y el cadete?
Sofía. ¿Cuando vamos
padre á la quinta?
Baron. Jamas.
Sofía. Me divierte tanto el campo....
Baron. Mas te divertirá el novio.
Sofía. Para siempre he renunciado
al matrimonio.

Baron. Mentira.
¿Quieres ser monja?
Sofía. Si acaso....
Lenten. Que viene el cadete.
Sofía. ¡Cielos!....
Mirando de repente hácia la puerta.
Baron. ¿Los ojos que le has echado
son de monja?

ESCENA ÚLTIMA.

Los anteriores y el Cadete como fuera de sí.

Cadete. ¡Ah, padre mio!....
Echándose en los brazos del Baron.
Baron. Ven, hijo mio, á mis brazos.
Cadete. ¿Volverá usted á privarme
de este título tan grato?
Baron. No, hijo mio.
Cadete. Es que ahora tengo
otros derechos mas sagrados
para conservarle siempre.
Baron. Recóbrate: ¿ha declarado
tu madre el fatal misterio?
Cadete. Sí señor.
Baron. Vamos al caso:
¿qué es la maldicion?
Cadete. ¡Ah padre!
¡Padre mio! ¿Confiado
podré estar de que ya nunca
me negareis vuestro halago?
Baron. Por el descanso de mi alma

lo juro al cielo en tus manos.

Cadete. ¿Entonces como usted pudo,
cruel esposo, padre ingrato,
abandonar á mi madre?

Baron. ¡Á tu madre!
Mirándole atentamente.

Sofía. ¡Qué he escuchado!

Cadete. Sí, á mi madre.

Sofía. ¿Qué es aquesto?

Cadete. Entregándola al escarnio,
al oprobio, á la miseria....

Baron. Vive.... Carolina.... acaso....
Con voz trémula y débil.

Cadete. Vive pidiendo justicia
á los cielos por su agravio,
por su deshonor y el mio....
y en fin, por veintidos años
de males y desventuras
que por usted ha pasado,
de los cuales en su nombre
la satisfaccion reclamo.

Baron. ¡Carolina vive! (*Muy decaido.*)

Doctor. Basta,
señor cadete.

Baron. ¡Hijo amado!

El Doctor lleva al Baron á una silla, y hace seña al Cadete que se modere.

Cadete. Llame usted esposa á mi madre,
repare usted sus agravios
por un público himeneo,
y deje purificado
su decoro y mi decoro,

y entonces gozaré ufano
del dulce nombre de hijo.

Doctor. Repare....

Cadete. Nada reparo.

Baron. ¿Esto es un sueño, doctor?

Cadete. Hombre cruel y tirano,
¿aun estará usted indeciso?
¿aun duda usted? no lo estraño:
escuche usted á mi madre
en estos terribles rasgos.
Ahora veremos si cede
ese corazon de mármol
á naturaleza.

El Doctor le da á oler un pomo.

Sofía. ¡Padre!
Por Dios que se pone malo. (*Al Cadete.*)

Cadete. Escuche usted.

Saca una carta y un papel que lee.

»Para impedir un incesto, para salvar á mi hijo de la desesperacion, remito esa carta que no debia entregar ni abrir hasta despues de mi muerte."

Abre la carta y lee.

»El que te entregue esta carta ¡hombre cruel! es Guillermo tu hijo, hijo de tu Carolina.... Sabe que soy tu muger; salva despues de mi muerte el honor que me robaste en la opinion del mundo y reconoce á mi hijo por tu legítimo heredero: Dios te bendiga; y si te pudiese servir de algun consuelo sabe que en mis últimos instantes ruego al Eterno por tí, esperando que la memoria del amor que tuviste borre todas tus ofensas. Á Dios para la eternidad. = Carolina Haenv."

Baron. ¡Hijo mio! (*Volviendo á abrazarle.*)
Mi vestido. Despachad.
Cadete. ¿Pero usted nos reconoce?
Baron. Mi vestido.... Vamos, vamos
que quiero ver á tu madre,
á mi Carolina. ¡Ó cuánto
por merecer su perdon
y obtenerle he suspirado!
Cadete. ¿Pero usted nos reconoce?
¿diga usted? de lo contrario....
Baron. Mi vestido: quiero verla.
Cadete. ¿Ahora? ¡ha padecido tanto!
¡está tan mala!....
Doctor. Baron
es preciso dilatarlo:
la sorpresa de la vista
de usted, segun el estado
en que está, podia en ella
causar un fatal estrago.
Baron. ¿Tan mala, tan mala está?
¡infeliz muger!
Doctor. Qué daño
pudo usted con su violencia
en su padre haber causado.
No fue indecision la suya
sino aturdimiento.

Sofía se acerca al Cadete, y con el mayor abatimiento le dice sin mirarle.

Sofía. En vano
me animo: dime, Guillermo....
Cadete. ¡Cielos!...

Sofía. ¿Con que eres mi hermano?
Cadete. ¡Sí hermana, sí, tierna hermana!
Baron. ¡Vive doctor! y ¡qué malo
estoy!
Doctor. De no estar peor
debeis dar gracias, que el caso
es muy terrible.
Sofía. Mas dime,
hermano mio, ¿en mi estado
de dolor, con tus consuelos
podrán contar mis quebrantos?
Cadete. ¿Tú suavizarás mis penas?
Sofía. ¿Eso pregunta mi hermano?
Baron. ¡Tanta ventura de un golpe!
Mis dias no serán largos.
Doctor. Bendito de los mas pobres,
de vuestros hijos amados,
en el seno de la dicha
conseguireis dilatados.
Sofía. ¡Bien me anunciaba mi pecho
este terrible quebranto!
Cadete. Á mí tambien me decia....
Baron. ¿Qué te decia? sepamos.
¿que seria tu muger?
Si era esto no te ha engañado;
en breve será la boda.
Cadete. ¿Con mi hermana?
Sofía. ¿Con mi hermano?
Baron. Tú no eres mi hija, Sofía,
pero lo serás; ¿estamos?
Sofía. ¿Yo no soy hija de usted?

Cadete. ¿No fue usted en Francia casado?
Mi madre así lo creyó.
Baron. Fue supuesto; la engañaron:
siempre, aunque ausente, miré
por legítimos los lazos.
Cuando corrí la Alemania
en busca suya, el acaso
me llevó á un lugar en donde
el fuego estaba abrasando
el triste hogar de unos pobres.
De la humanidad llevado
bajo del coche, penetro
las llamas, y de su estrago
pude librar á una niña,
que eres tú: al verte en mis brazos,
dije: tierna criatura,
el cielo á mí te ha enviado
para que expie una parte
del abandono inhumano
de Carolina.... Pedíla,
sus padres me la otorgaron;
suponiendo desde entonces
que les habia encargado
su crianza: hasta la edad
permaneció de diez años
en su poder: fallecieron,
la traje al mio, esperando
sin duda este feliz dia
de tantas dichas colmado.
Sofía. ¡Guillermo!
Dando la mano al Cadete.

Cadete. ¡Sofía!

Los dos. ¡Padre! (*Arrodillándose.*)
La bendicion.

Baron. Y los brazos. (*Se abrazan los tres.*)

FIN.

GALERÍA BUFA SEVILLANA.—N.º 5.

3

EL CAFÉ DE ROSALÍA,

Continuacion del

ÚLTIMO WALS,

PASO CÓMICO-LÍRICO

EN UN CUADRO,

(REPRESENTADO EN EL TEATRO DE VARIEDADES.)

POESÍA:
D. José Velazquez y Sanchez.

MÚSICA:
D. Manuel Rodrigues.

GALERÍA BUFA SEVILLANA.—N.º 5.

EL CAFÉ DE ROSALÍA,

Continuacion del

ÚLTIMO WALS,

PASO CÓMICO-LÍRICO

EN UN CUADRO,

(REPRESENTADO EN EL TEATRO DE VARIEDADES.)

POESÍA:

D. José Velazquez y Sanchez.

MÚSICA:

D. Manuel Rodriguez.

PERSONAS.	ACTORES.
Rosalía. . . .	Srta. Sanchez Castilla.
El cabo Rubio. .	Sres. Goenaga.
El sargento Sanchez.	« Jimenez.
Un Físico.. . . .	« Monjardin.
Zabulon.	« Ballester.
Benjamin	Sanchez Cast.ª (Luisa)
Currillo.	« Echavarri.

Soldados.—Cuerpo de coro.

NOTA.

Las obras de esta Galería pertenecen en la administracion de letra y música á "El Teatro," empresa de los Sres. Gullon é Hidalgo: Madrid, Pez, 40, segundo.—Tiene corresponsales en toda España y Ultramar.

—SEVILLA: 1866.—
Imprenta y Librería de D. J. M. Geofrin.—Siérpes, 35.

AL PÚBLICO SEVILLANO.

Los autores del paso cómico-lírico "*El último wals*," al poner en escena la tercera obra que entra en el repertorio de la "*Galería bufa sevillana*," creyeron lograr un éxito de sus tareas; pero no pudieron figurarse tan marcado favor, como el que han obtenido del galante pueblo de Sevilla, gracias tambien á los afanes y solicitudes de la compañía que actúa en el nuevo coliseo de Variedades. La manera mas expresiva de corresponder á una aceptacion tan benévola les ha parecido esta continuacion de los tipos principales en nuevo cuadro, y en otra accion que renueve sus contrastes, objetos de predileccion tan señalada como lisonjera de parte del público. Si no tienen la misma ventura en la continuacion que en el primer pensamiento, conste siempre el móvil de su nuevo trabajo, y salve la contrariedad en su desempeño.

EL CAFÉ DE ROSALÍA.

CUADRO ÚNICO.

Sala de hostería: mostrador á la derecha: mesa á la izquierda en primer término, y otra al fondo: sillas y bancos: puertas laterales. Rosalía aparece en el mostrador, y Currillo dormido en un banco. Los soldados rodean á Zabulon ébrio.—Preludio.

ESCENA 1ª.

Rosalía, Currillo, Zabulon y soldados.

(*Música.*)

CORO. — "Yá ha decidido
"servir al rey:
"se ha convertido
"á nuestra ley.
"Yá lo debemos
"apadrinar,
"y lo tenemos
"de bautizar.

ZABULON. — "E poco á poco;
"darme la mano;
"yo estar cristiano
"sin interés.

"Y yo estar loco:
"comer tocino:
"yo beber vino....
"¡fuera Moisés!

CORO. — "Aquí el bautismo
"pronto se fragua.
"Un jarro de agua,
"y á despachar.

ZABULON. — "Poner yo mismo
"luego la frente
"con aguardiente
"si bautizar.

CORO. — "Dínos qué nombre
"te convendría.

ZABULON. — "Poner María.

CORO. — "No puede ser.
"El nombre de hombre
"declara listo.

ZABULON. — "Sangre de Cristo
"quiero beber.

—

(*Con una copa en la mano.*)
"Cabo Chamorro,
"¡ah! por tu Dios,
"tomar mi gorro,
"darme tu ros. (*Verifica el cambio.*)
"Al fin de la campaña
"marcharnos de Tetuan.
"La reina de la España
"jacerme capitan.
"Ran-plan. Ran-plan.

CORO. —"Ran-plan. Cata-plan.

ZABULON. — "Nuestro Mesías
"yá no venir:
"leyes judías
"yo no admitir.
"Tener esposa fea;
"dejarla ser mi plan:
"rabiar cuando me vea
"marcharme de Tetuan.
"Ran-plan. Ran-plan.
CORO. —"Ran-plan. Cata-plan.

—

ZABULON. —Ir á España de esta vez,
y no preguntar las señas,
y yo andar á Valdepeñas,
y á Málaga y á Jerez.
UN SOLD. —¿Y quién te enseña el camino?
ZABULON. —Yo ni preguntar, señor.
Sacarlo por el olor;
que yá conocer el vino.

ESCENA 2.ª

—

Dichos y Benjamin con surtido de babuchas.

BENJAMIN. —Patrona, babucha fina;
ligítimo tafilete.
ROSALIA. —Sigue el rumbo.
BENJAMIN. —(*Con zalamería*) Dar de valde.
ROSALIA. —Pués ni de valde se quieren.
BENJAMIN. —Babucha fina. (*A los soldados.*)
ZABULON. —(*Con desprecio.*) Judío,
tú no estar entre la gente.

BENJAMIN. —¿Y tú qué estar?
ZABULON. — Caballero.
BENJAMIN. —Comer tu cuerpo una sierpe,
renegado de la ley.
ZABULON. —Marchar ó darte un cachete.
BENJAMIN. —Perro, el rayo de Jehová
hacer ceniza tu frente.
ZABULON. —Pero mientras que cumplirse
yo te pintar un jabeque.
UN SOLD. —¡Cinco duros por mi gallo!
BENJAMIN. —Anda: venir si atreverte.
(*Saca un puñal.*)
OTRO SOLD. —¡Seis duros por el jabao!
ZABULON. —Yo estar cristiano valiente.
(*Empuña una botella.*)

Los soldados se colocan en semicírculo; quedando los judíos enmedio en actitud amenazadora. Rosalía sale del mostrador y se interpone.

ROSALIA. —Benjamin, guarda el puñal,
y por esa puerta vete. (*Señala á su izq.*ª)
BENJAMIN. —Patrona....
ROSALIA. — Yo te lo mando.
BENJAMIN. —Tú perdonar.
ROSALIA. — Obedece. (*Sale Benjamin.*)
Zabulon. Hablo contigo.
ZABULON. —Yo me llamar don Vicente.
ROSALIA. —Tú te marchar por allí; (*A su derecha.*)
pero de golpe ¿lo entiendes?
ZABULON. —Estar soldado de España. (*Señalando al ros.*)
ROSALIA. —Verás qué pronto no lo eres.
Quita ese ros que deshonras.

Toma el gorro que mereces. (*Se lo pone*)
ZABULON. —Yo no salir.
ROSALIA. — Pués yo echarte.
ZABULON. —Y ¿cómo hacer?
ROSALIA. — De esta suerte.
(Lo lleva á empellones hasta la puerta y la cierra.)
No sé qué gusto se saca
con el trato de esos séres.
UN SOLD. —Cuerpo bueno.... *Deteniéndola por un brazo.*
ROSALIA. — Usté en Tetuan
es nuevo precisamente.
UN SOLD. —¿Porqué, reina?
ROSALIA. — Porque ignora
los usos que aqui se tienen.
Aqui cuesta un bofeton
el tocar á las mugeres.
UN SOLD. —Salero.
ROSALIA. — Que usted se alivie.
(*A Currillo.*) Currillo, chico.
CURRILLO. —(*Saludando.*) Presente.
ROSALIA. —Anda, recoge el servicio,
y cobra lo que se debe.
CURRILLO. —Oido á la caja. Señores,
ola ¿llamaban ustedes?
Los soldados pagan, encienden sus cigarros en una lumineta, y salen en grupos por la derecha. Currillo trae al mostrador botellas y vasos.
ROSALIA. —Me vá cansando esta vida
de agitacion permanente;
y después Rubio.. . Suframos
los rigores de la suerte.

CURRILLO. —Nostrama ¿está usté de múrria?
ROSALIA. —¿Por qué lo dices, pillete? (*Sonriendo.*)
CURRILLO. —Porque veo al sol en eclipse.
ROSALIA. —¡Truchiman!... ¿qué te parece?

ESCENA 3.ª

Dichos y el Físico que se instala en la mesa de primer término.

CURRILLO. —Buenas noches, mi mayor. (*Limpiando la mesa*)
FISICO. —Felices.
CURRILLO. — ¿Esa persona
en qué puede ser servida?
FISICO. —Eres listo.
CURRILLO. — ¿Usted qué toma?
FISICO. —Una copa de ginebra.
CURRILLO. —Y que la tengo famosa.
FISICO. —¿Lejitima?
CURRILLO. — La que bebe
el sacro colegio en Roma.
FISICO. —Yá no hay niños.
CURRILLO. — Pués entonces
apaga y vámonos. Ola,
una copa de ginebra.
Vaya la ficha, patrona. (*A Rosalía.*)
(*Examinando á Rosalía.*)
FISICO. —(*Ap.*) Yo conozco á esta muger.
CURRILLO. —Clase superior, señora:
tarro nuevo, porque Hipócrates
con su presencia nos honra.

ROSALIA. —Anda, perdigon. (*Dándole el servicio.*)
CURRILLO. — Servido, (*Lo sirve.*)
mi mayor. Usted disponga.
El café de Rosalía
es suyo, y á todas horas.
FISICO. —(*Ap.*) Rosalía, la cantinera
de Llerena: una real moza.
(*Alto.*) Chico.
CURRILLO. — Mi mayor. (*Acudiendo.*)
FISICO. — Cigarros
del Mahonés. (*Bebe.*)
CURRILLO. — ¿De ciento en boca,
imperial, de regalía....?
FISICO. —Pitillos.
CURRILLO. — ¡Ah! Fuma en prosa.
¿Fuerte, entrefuerte ó süave?
FISICO. —Como quieras. (*Apura.*)
CURRILLO. — Fuma incógnitas.
(*A Rosalía.*) Entrefuerte: cajetilla.
ROSALIA. —No armes escándalo: toma. (*Se la dá.*)
CURRILLO. —¿Se ofrece más, mi mayor?
FISICO. —Estimando, nene. Cobra. (*Le dá un duro*)
CURRILLO. —Vaya!.. En vellon de recibo. (*Dá la vuel.*)
FISICO. —La propina. (*Levantándose.*)
CURRILLO. — Es fuerte cosa.
No señor. (*Guardándosela.*)
FISICO. — Adios.
CURRILLO. —(*Ap.*) Se lleva
la peseta anti-católica.
FISICO. —Yá usted de mí no se acuerda,
Rosalía.
ROSALIA. —(*Reconociéndole.*) No hago memoria,

y no es extraño; aquí trato
tanta gente.

FISICO. —Soy Cardona,
el físico de Arapiles.

ROSALIA. —Ah! Yá le recuerdo.

FISICO. —Ahora
vengo ascendido á Tetuan,
y al regimiento de Córdoba.

ROSALIA. —Sea para bien; y no olvido
la voluntad noble y pronta
con que acudiera en socorro
del comandante Mendoza,
recojido en mi cantina
en cruda invasion del cólera.

FISICO. —Hija, usted y su marido
hicieron una gran obra.

ROSALIA. —No tal.

FISICO. —Si tal. ¡Primer caso
de enfermedad contagiosa,
y recogerle, asistirlo
con solicitud tan próvida!

ROSALIA. —¡Ojalá que nuestro empeño
coronase la victoria!
Sucumbió de tifoidéas.

FISICO. —Dios en su seno le acoja.
Era un sujeto cabal.

ROSALIA. —Tenia un alma como hay pocas.
Retirado por desvio
á las pasiones dañosas
que la insubordinacion
fomentan y desarrollan,
moraba en Extremadura,

disfrutando rentas ópimas.

ISICO. —¿Qué le trajo á esta campaña?

OSALIA. —Santa exaltacion patriótica.
El hombre que huyó el contacto
de corrupcion gangrenosa,
y apartó su noble cáusa
de tantas y tantas otras,
sintió en sus venas hervir
la altiva sangre española
al declararse la guerra
contra la canalla mora.

ISICO. —¿Y el escuadron que mandaba?

OSALIA. —Era equipado á su costa:
en gran parte veteranos;
gente lista y buena toda.

ISICO. —Pero ¿usted le conocia
de antes de armarse esta broma?

OSALIA. —No señor: en el Serrallo
establecí un café-fonda,
y dió en venir diariamente,
y en obsequiar á su tropa.
Su edad, su franco carácter,
y cualidades notorias,
le valieron con justicia
nuestra adhesion cariñosa.

ISICO. —Bien probada en la ocasion.

OSALIA. —Ocasion en lances pródiga.
Al marcarse en él los síntomas
de una invasion horrorosa
huyeron de aquel peligro
cuantos vivían en la zona.

ISICO. —Se comprende bien.

ROSALIA. — Mi Rubio
tiene un alma muy hermosa,
y al saber esta aventura
mostró lástima y congoja.
Adiviné sus ideas,
y en cumplirlas siempre pronta,
traje á mi tienda al enfermo,
y yá sabe usted la historia.

FISICO. —¿Pudo testar?

ROSALIA. — Creo que sí.

FISICO. —¿Y pagó accion tan heróica?

ROSALIA. —Mayor, eso en el asunto
es lo que menos importa.
Nosotros allí mostramos
cariño y misericordia,
y esas deudas en su justa
estima Dios las abona. (*Sale del mostrador.*)

FISICO. —En fin, me ofrezco á sus órdenes.

ROSALIA. —Gracias. Soy su servidora. (*Saludando*).

FISICO. —Vivo en la plaza del Zoco,
el hotel de Barcelona.

ROSALIA. —Me repito á su mandado.

FISICO. —Felices noches, señora. (*Salen por la derecha.*)

ESCENA 4.ª

Currillo y el cabo Rubio, con el brazo izquierdo en cabestrillo.

RUBIO. —Siempre la encuentro asediada
por uno ú otro oficial.

Ella es demasiado amable,
y ellos tan nécios y tan....
Y ese no es la vez primera
que le hé visto por acá.
¡Volvemos á la manía!
Desimpresiónate, Juan.
Su conducta no te ofrece
motivos para dudar.
Por el contrario; disfruta
de cierta celebridad
por su gracia y el decoro
que ha sabido conservar.
No obstante que la ocasion
puede cumplir el refran
de "tantas veces vá el cántaro...."
Señor, es particular.
Agranda el entendimiento
el ejercicio mental.
Yo estoy cada vez mas bestia
á fuerza de cabilar.
Y como nos referia
aquel viejo capellan
de Nabucodonosor,
me volveré irracional.

CURRILLO. —El número treinta y cinco
lo van á desocupar.

RUBIO. —Oye, ¿qué número es ese?

CURRILLO. —El de un cuarto de hospital,
donde encierran á los locos
que hablan solos.

RUBIO. —*(Amenazándole.)* ¡Perillan!

CURRILLO. —Péguemе usted; pero me hace

el mártir de la verdad.

RUBIO. —Escucha.

CURRILLO. — ¿Pasó la crisis?

RUBIO. —¿El médico militar
que hablaba con Rosalía
viene con asiduidad?

CURRILLO. —Asiduí..! ¿y eso se come
en crudo, en salsa, ó con pan?

RUBIO. —¿No me entiendes, ó no quieres
entenderme?

CURRILLO. — De todo hay.

RUBIO. —(*Ap.*) Probemos la calicata.

CURRILLO. —(*Ap.*) Te veo; pero vienes mal.

(*Música.*)

RUBIO. —"Oye, rapaz.

CURRILLO. —"Mándeme usté.

RUBIO. —"Si eres veraz....

CURRILLO. —"¿Y eso qué es?

RUBIO. —"Si eres mi amigo
"tu celo leal....

CURRILLO. —"Lo que es conmigo
"viene usted mal.

—

"Mi padre, que esté en gloria,
"y que era todo un pez,
"tenia ciertos refranes
"que nunca olvidaré.
"Quien en el mundo quieto
"quiera habitar
"tome el medio discreto
"de oir, ver y callar.

—

RUBIO. —"Tú no me entiendes.
CURRILLO. —"Puede que no.
RUBIO. —"Quizás me vendes.
CURRILLO. —"¿Y á quien, señor?
RUBIO. —"De ti reclamo
"un celo leal.
CURRILLO. —"Aquí, nostramo,
"viene usté mal.

—

"Mi madre, que Dios haya,
"una santa muger,
"sus lecciones de mundo
"nos daba alguna vez.
"Es método sencillo
"para acertar
"de entre carne y cuchillo
"los dedos apartar.

—

RUBIO. —"Es mucha tu insolencia.
CURRILLO. —"Pero entendí el belen.
RUBIO. —"Huye de mi presencia.
CURRILLO. —"Que usted lo pase bien. (*Vásc por la derecha.*)

ESCENA 5ª.

—

Rubio solo.

RUBIO. —Doy lugar á que se mofen
hasta los chicos de mí;
porque un celoso ridículo
es el mejor Arlequin.

Tú tienes la culpa, bestia,
maridillo baladí
de una muger superior,
que te verá siempre ruin;
que te alhaga y te domina,
y está siempre sobre tí.
Su amabilidad es lástima,
su dulzura red sutil,
con que al centro de su gusto
sujeta á un chisgaravis.....
¡Oh! la muerte es preferible
á este continuo sufrir.
Yo la busqué en la pelea
con ardiente frenesí,
y me habria salido al paso
si hubiera sido feliz.
Lisiado del brazo izquierdo,
sin industria, hecho un rocin,
seré el ente mas inútil
que se pueda concebir.
Ella, activa, emprendedora,
y entregada á su trajin,
á mi capital y el suyo
hará el triplo producir;
mientras que yo, dependiente
de su génio mercantil,
parásito miserable...
Rubio, es preciso morir:
sin violencia, sin estrépito;
sin la clave de tu fin.
(*Páusa.*)
Tengo prohibido beber,

y si tomo ese carril
dirán que de los abusos
del licor víctima fuí
Y luego que la embriaguez
embota, quita el sentir,
embrutece, agosta, mata....
Es el medio mejor. Si.
(*Vá al mostrador y registra la licorera con avidez.*)
Escojamos el veneno.
Curazao, leche de anis,
coñac.... Este es el que busco.
(*Coloca en la mesa botella y copa.*)
Llenemos hasta los bordes,
y á beber y á repetir.
Cara fiera al enemigo.
Una silla, y firme aquí. (*Siéntase.*)

ESCENA 6.ª

Rubio y Rosalía.

ROSALIA. —Ola, Juan, amigo mio.
RUBIO. —Dios te guarde, esposa mia. (*Bebe.*)
ROSALIA. —¡Tú beber!
RUBIO. — Sí, Rosalía.
ROSALIA. —No comprendo ese extravio.
En tu grave sitnacion
ese proceder revela....
RUBIO. —Como no estoy en tutela
es mi antojo mi razon.
ROSALIA. —Olvidas, y es un delito (*Con dulzura.*)
por el que pena mereces,

que tú no te perteneces,
y que yo te necesito.
Esposa por tí elegida,
llenar mis deberes quiero.
Tú eres, Juan, mi compañero
en la senda de la vida.
Debes hallarte dispuesto
á cumplir lo que has jurado,
y sabes que el buen soldado
nunca abandona su puesto.

RUBIO. —Estoy de tan mal humor
que por vencerlo bebí.

ROSALIA. —Cuando te encuentres así
tengo un remedio mejor.

RUBIO. —(*Levantándose.*) ¿Cuál es?

ROSALIA. — No el vino que embriaga,
y que prostituye tanto;
sino el amor noble y santo
que á el alma sensible alhaga.
Cuando sientas la penosa
impresion de la tristeza,
ven á posar tu cabeza
en el seno de tu esposa;
que allí puedes encontrar,
de dulce consuelo ejemplo,
el tibio ambiente de un templo
y el refugio de un altar.

RUBIO. —Rosalía. (*Cojiendo su mano.*)

ROSALIA. — Sé complaciente,
que lo exijo con derecho,
y déjame ornar tu pecho
con la insignia de valiente.

RUBIO. —Muger....
ROSALIA. — Marido, lo mando:
que honrarte y honrarme quiero.
Soy muger de un caballero
de la órden de San Fernando.
RUBIO. —Si te empeñas ...
ROSALIA. — Tus honores
harto me dieron que hacer.
Voy en tu pecho á poner
la cinta de dos colores. (*Lo hace.*)
RUBIO. —Es capricho original.
ROSALIA. —La muger ama el valor.
(*Saludándole.*) Don Juan Rubio.
RUBIO. — Servidor.
ROSALIA. —Pareces un oficial.
RUBIO. —Si así tu ilusion completas
ser tu cómplice no quiero.
(*Se arranca la cinta.*)
Soy Juan Rubio el cantinero;
Rubio, el cabo de cornetas.
ROSALIA. —Pero, marido....
RUBIO. — Muger,
si mi esfera es pobre y triste,
en ella me conociste.
Paciencia. ¡Cómo ha de ser!
ROSALIA. —Una inocente expresion....
RUBIO. —Que tu pensamiento vende.
ROSALIA. —Yo te juro....
RUBIO. — Basta!
ROSALIA. — Atiende.
RUBIO. —No quiero conversacion.
(*Vá á sentarse junto á la mesa.*)

ROSALIA. —Es fuerza que esto concluya.
RUBIO. —¿Es que exasperarme intentas?
ROSALIA. —Es que reclamo las cuentas
de mi dicha y de la tuya.
RUBIO. —¿Y qué? ¿No somos felices, (*Con acritud*).
yo de acero y tú de iman?
ROSALIA. —Mátame, si quieres, Juan;
pero no me martirices.
RUBIO. —¿Qué sabes tú de sufrir,
hembra de alegre sonrisa?
ROSALIA. —Se engaña quien la divisa:
no la sabe traducir.
RUBIO. —¡Con que tú sonries por vicio,
yá de júbilo ó de amores?
ROSALIA. —Rubio, ¿no has visto á las flores
nacer en un precipicio?
RUBIO. —Suframos la pesadumbre
de un secreto torcedor.
ROSALIA. —Hay un suplicio mayor.
RUBIO. —¿Y cuál es?
ROSALIA. — La incertidumbre.
Tú me has hecho conocerlo
en su terrible inclemencia.
RUBIO. —¿Tú prefieres la evidencia
del mal? (*Levantándose*)
ROSALIA. —Prefiero saberlo.
RUBIO. —¡Saber lo que pasa en mi!
ROSALIA. —Pero á toda costa, Juan.
RUBIO. —Voy á contarte mi afan.
Tú lo quieres. Oye.
ROSALIA. — Di.

(*Mùsica.*)

RUBIO. —"Sepulta este secreto
"dentro del corazon.
ROSALIA. —"Guardarle te prometo
"con ciega sumision.

—

RUBIO. —"Celebran tu donaire
"todos cuantos te ven,
"y temo hasta del aire
"cuando alhaga tu sien.
"La mutacion me asombra
"que reconozco en mi:
"celos me dá mi sombra
"cuando refleja en ti.
ROSALIA. —"Harto ese cambio advierto,
"y harto el motivo sé.
"Busca un lugar desierto,
"y allí te seguiré.

—

RUBIO. —"Un dia tras otro dia
"confirman tu virtud,
"y sigue en su porfia
"mi estúpida inquietud.
"Mi antigua y dulce calma
"jamás recobraré;
"que yá no alumbra á el alma
"la antorcha de la fé.
ROSALIA. —"De tu celosa idea
"es curarte mi afan.
"Vámonos á la aldea
"donde naciste, Juan.

—

"Franco partido
"toma una vez.

RUBIO. — "Se lo ha creïdo.
"¡Qué candidez!

ROSALIA. — "Esa mudanza
"me hace sufrir.

RUBIO. — "Todo fué chanza
"para reïr.

ROSALIA. — "Lejos de Europa
"vamos, mi amor.

RUBIO. — "Venga esa copa. (*Con súbito arranque.*)
"¡Viva el licor!

—

ROSALIA. — "Juan, no seas niño.

RUBIO. — "Quiero beber.

ROSALIA. — "Por mi cariño.

RUBIO. — "Pero, muger....
"Déjame en hondo piélago
"sumir la vida.
"Deja que busque un bálsamo
"para mi herida.
"Quiero vencer
"este pesar.
"Quiero beber.
"Quiero olvidar.

—

ROSALIA. — "¡Delirio extraño! (*Le quita la copa.*)

RUBIO. — "Vénga el licor.

ROSALIA. — "Te causa daño.

RUBIO. — "Tanto mejor.
"Entre el marcial estrépito
"busqué la muerte:

"déjame hallarla incógnita
"de esta otra suerte.
"Quiero vencer
"este pesar.
"Quiero beber.
"Quiero olvidar.

—

(*Rosalía se aleja llorando.*)
"Perdona, esposa mia;
"perdona mi desman.
(*Arrojándose á sus piés.*)
"Mi Rosalía.

ROSALÍA. —"Mi pobre Juan.
LOS DOS. —"Desgracia ó alegria
"juntos nos hallarán.

ESCENA 7ª.

—

Dichos y Currillo.

CURRILLO. —Ahí pregunta por usté
Don Francisco Gomez Sierra,
el escribano de guerra.
RUBIO. —¿A qué asunto?
CURRILLO. — No lo sé.
En el segundo salon
le hallará repantigado,
y en trasegar ocupado
una botella de ron.
RUBIO. —Con tu permiso.
ROSALÍA. — Vé pués.
RUBIO. —Lo despacharé al momento.
ROSALÍA. —Miéntras subo á mi aposento.

RUBIO. —Hasta luego. (*Tendiéndole su mano.*)
ROSALIA. —(*Estrechándola.*) Hasta después.
(*Váse Rubio.*)
CURRILLO. —Abur. (*A Rubio.*)
ROSALIA. — Nada de retozo,
que te dejo esto encargado.
CURRILLO. —Váyase usted sin cuidado,
que deja aqui todo un mozo.
(*Sale Rosalía.*)
Quedo de administrador
con plenas atribuciones.
Para empezar mis funciones
me instalo en el mostrador. (*Lo hace.*)

ESCENA 8.ª

Currillo, el sargento Sanchez y cuatro guardias por la puerta izquierda.

SANCHEZ. —Señores, vamos sin mas
cortesías de cumplimientos;
que aquí todos semos unos,
como manda el Evangelio.
La mesa es el improsurta;
arrimar sillas de asientos;
que aquí con comodidad
estar cómodos podemos.
UN GUARD.—¡Bien por el sargento Sanchez!
SANCHEZ. - Y bien por mi bravo tercio!
Muchacho. (*Se sientan.*)
CURRILLO. — (*Ap.*) ¡Vaya un cuadrúpedo!
(*Acude.*) ¿Qué se ofrece, mi primero?
SANCHEZ. —Te diquivocas: segundo,

que es el cargo de mi empleo.
Vino catalan.

CURRILLO. — Al punto. (*Entra en el mostrador.*)

SANCHEZ. —Del mejor que haya mas bueno.
El espíritu del ánimo
no ha llevado mal jaleo,
y es preciso darle gusto
á la presona del cuerpo.

UN GUARD. — Y usted anduvo apretado.

SANCHEZ. —Casi en el canto de un pelo
estuvo que me amputaran
la garganta del pescuezo.

UN GUARD. —La historia.....

SANCHEZ. — Se contará
en la época de su tiempo.
Es mas grande que la de
Caslomano y Oliveros.

CURRILLO. —Botellas, vasos... ¿qué más? (*Sirviendo*)

SANCHEZ. —Si ocurre, yá avisaremos. (*Llena los vasos*)
Vaya un brindis en honor (*Levantándose*)
de la tropa del ejército
que á los africanos de África
vino á enseñar el solfeo.
(*Mùsica.*)
"Vivan los españoles,
"hijos de España,
"que sostienen la guerra
"de esta campaña.
"Firme apreté,
"y el cútis del pellejo
"libre saqué.

—

"Transita nuestra fama
"y en prosa y verso,
"por el mundo del orbe
"del universo.
"Y es de sentir
"que esta jarana acabe
"de concluir.

—

(Todos beben.)

UN GUARD.—La historia
SANCHEZ. —(*Se sienta.*) La contaré
en cortos de breves términos,
tratando del principal
asunto del argumento.
Últimamente, por fin,
y como íbamos diciendo,
que yo, servidor de ustedes,
y amigo.....
UN GUARD.— Muy señor nuestro.
SANCHEZ. —Diariamente por las noches
vigilaba el campamento
al frente de cuatro números
de mi sercion. Pués siguiendo,
vamos á que el dia anterior
le dimos un buen meneo
á los moros, de manera
y conformidad que huyeron.
UN GUARD.—Ádelante.
SANCHEZ. — Pués, señor,
como digo de mi cuento,
iba yo tan descuidado,
y el alba casi viniendo,

por una especie de suerte
de cañada del terreno,
que con las lluvias tenia
fangoso el piso del suelo....

UN GUARD.—Mal paso.

SANCHEZ. — Tomo la vuelta,
por la dizquierda me meto,
y corto por una trocha
para el camino diruento,
cuando el disparo de un tiro
suena, y abajo me vengo,
y el animal del caballo
cae dersánime de muerto.

UN GUARD.—¡Caramba!

SANCHEZ. — Y lo mismo fué
sonar el golpe del vuelco
que salir contra nosotros
los demonios del infierno:
un escuadron de pantasmas.....
pero moros por supuesto.

UN GUARD.—¡Ola!

SANCHEZ. — Todos con gurmías
y espindargas, y dispuestos
á dejarnos en el lance
en pedazos de frarmentos.
Yo no me podia mover;
los otros se repusieron,
pican espuelas, y abur,
y si te vi no me acuerdo.
Yo vide cuatro ó seis moros
venirse á mi en rumbo rento;
cerré los ojos y dije:

—"me vendimian: no hay remedio."—

UN GUARD.—¡Qué compromiso!

SANCHEZ. — De pronto
se arma por allí un revuelo;
y como el alba esparcia
la virlumbre del reflejo
arverti que cinco ú seis
cazadores acudieron,
no sé cómo ni por donde,
y cargan á aquellos perros.

UN GUARD.—¡Qué fortuna!

SANCHEZ. — Yá un morazo
me estaba agarrando el cuello,
y una pistola de arzon
en mi montura cojiendo,
con mi propia propiedá
iba á darme el fin del término.

UN GUARD.—Exacto.

SANCHEZ. — De un culatazo
derriban al felisteo,
y emprendiendo con los otros,
á este quiero á este no quiero,
dejaron de aquella chusma
el campo limpio y escueto.

UN GUARD.—Y usted....

SANCHEZ. — Yo tenia la pierna
del animal bajo el peso,
y estaba sin la amplitú
de la arcion del movimiento.
Acude á mi el que mandaba
al parecer aquel hecho,
me ayuda á ponerme en pié,

y me dice—compañero,
está la avanzada un paso,
á tomar seguro y presto."—

UN GUARD.—¿Y quién era?

SANCHEZ. — Se largó
al acabar el conceuto,
y ni le pude decir:
—"gracias, y al tanto me ofrezco"—
Yo tengo de ese endivido
la memoria de un recuerdo:
aquel eco de la voz....
aquel tono de su acento.....
Que no me es desconocida
la presona del sugeto.

UN GUARD.—Hizo á usted un gran favor.

SANCHEZ. —Grande es la deuda que debo;
pero el pago del abono
es seguro si lo encuentro;
que el sér de la dexistencia,
que es lo mejor que tenemos,
sin su aursilio de socorro
en aquel lance lo pierdo. *(Bebe.)*

ESCENA 9.ª

Dichos, Rosalía por la derecha y luego el cabo Rubio.

ROSALIA. —Buenas noches.

SANCHEZ. —(*Volviéndose.*) Buenas noches.
(*Ap.*) ¡Rosa!

ROSALIA. —(*Ap.*) ¡Sanchez!

SANCHEZ. —(*Con sarcasmo.*) Compañera,
¿cómo vamos?

ROSALIA. — Bien ¿y usted?
SANCHEZ. —Gozo de salú perfeuta.
Parece que en este tráfico
sus intereses pogresan.
ROSALIA. —Gracias á Dios.
SANCHEZ. — Usté sirve
para el belen de esta gresca,
y tiene trato de gentes,
garabato y esperencia.
ROSALIA. —Gracias.
SANCHEZ. — ¿De su prima Rosa
tiene usté noticias frescas?
ROSALIA. —No señor.
SANCHEZ. — ¿Y el cabo Rubio
se porta bien?
ROSALIA. — No se queja. (*Sale Rubio.*)
SANCHEZ. —¿Sigue tan guapo y alegre?....
¿No le duele la cabeza?
ROSALIA. —No señor: yo sé un remedio
especial contra jaquecas.
SANCHEZ. —¿Surte eferto?
ROSALIA. — Y admirable.
SANCHEZ. —Tomara ver la receta.
ROSALIA. —Sargento Sanchez, no sufro
bromas, burlas, ni indirectas.
SANCHEZ. —Esta es una casa pública.
ROSALIA. —Pero soy el ama de ella.
SANCHEZ. —No se dexpulsa asi á un hombre
de mi cararter y mis prendas. (*Levant.*)
RUBIO. —Si usted se sirve servirme
de incomodidad molestia
le quiebro de le fracturo

el cráneo de la cabeza.

SANCHEZ. —¡A mí!
RUBIO. — A usted.
SANCHEZ. — Vamos á verlo.
RUBIO. —Lo verá con evidencia.

(*Música.*)

GUARDIAS. —"Vamos, sargento.
ROSALIA. —"Prudencia, Juan. } *Conteniéndolos*
SANCHEZ. —"¡Qué atrevimiento!
RUBIO. —"¡Pelafustan!

—

SANCHEZ. —"Si no retiras ese
"vocablo de palabra
"caerá sobre ti el peso
"de la ordenanza.
RUBIO. —"Subido está de punto
"con el grado que lleva:
"yo le traeré á la pista
"con la cerreta.

(*Conteniéndolos.*)

GUARDIAS. —"Vamos, sargento.
ROSALIA. —"Prudencia, Juan.
SANCHEZ. —"Sal al momento.
RUBIO. —"Tal es mi plan.
GUARDIAS. —"Sargento Sanchez,
"cálmese usted.
ROSALIA. —"Juan, por la Virgen,
"¡qué vas á hacer!

—

SANCHEZ. —"A quien falta al respeto
"á un superior
"le pegan cuatro tiros

"sin remision.
"Pase esta vez
"el delito del crimen
"y viva usté.

GUARDIAS. —"¡Bravo, sargento!

SANCHEZ. —"Tengo yo en la cabeza
"mucho talento.

—

RUBIO. —"En aquella emboscada
"donde cayó
"debió á cinco soldados
"su salvacion.
"Su riesgo ví,
"y volé á sus contrarios
"á combatir.

SANCHEZ. —"¡Era usté...!

RUBIO. — "Yo.
"Ahí guardo la pistola
"que allí dejó.

—

SANCHEZ. —¡Pero usté presonalmente...! (*Agitado*)

RUBIO. —Yo estaba de escucha alerta
con diez hombres, y acudí
á evitar una tragedia.

SANCHEZ. —¿Qué me dijo usté al hablarme?
¡Por Dios! déme usté mas señas.

RUBIO. —Compañero, siga usté,
que la avanzada está cerca.

SANCHEZ. —Cierto de verdá. Es el mismo
pensamiento de la idea.
Conque yo.... usté.... Caballeros,
me sofoca la vergüenza,

y las lágrimas del llanto
yá no puedo contenerlas.
(*Cae en una silla, tapándose el rostro.*)
(*Levantándose.*) El primero que se ría....
hará bien; que soy un béstia.
Señora.... (*Descubriéndose.*)

ROSALIA. — Basta. (*Con dulzura.*)
SANCHEZ. — No basta;
que á mí no me duelen prendas.
Yo confieso mi pecado:
déme usté la penitencia.
ROSALIA. —Allá vá. (*Le tiende la mano.*)
SANCHEZ. — Me mata usté
con su hidalguía de nobleza. (*La estre-*
Cabo Rubio... *cha cordialmente.*)
RUBIO. — Mi sargento,
la mano.
SANCHEZ. — Los brazos.
RUBIO. — Vengan. (*Se abrazan.*)
CURRILLO. —¿Qué clase de vino traigo?
RUBIO. —Del mejor y por mi cuenta.
SANCHEZ. —Eso no.
RUBIO. — Permita usté....
ROSALIA. —Convida la cantinera.
TODOS. —¡Viva!
ROSALIA. —A sentarse, señores,
y á dar principio á la fiesta.
(*Todos se acomodan en la mesa de primer término.*)

ESCENA 10.

Dichos y el Físico apresuradamente.

FISICO. —Rosalía, permita usted... (*Llamándola.*)
(*Los soldados se levantan.*)
Quietos, señores.
RUBIO. — (*Aparte.*) ¡Qué audacia!
ROSALIA. —Voy á pedirle una gracia.
FISICO. —Y me hace en ello merced.
ROSALIA. —Algo á contarme venia.
FISICO. —Gran noticia que hé sabido.
ROSALIA. —¿Oirla puede mi marido? (*Señala á Rubio*)
FISICO. —Y toda la compañía.
Me lo acaba de decir
Don Francisco Gomez Sierra,
el escribano de guerra,
y se lo vengo á advertir.
RUBIO. —Me há citado á su oficina
para mañana á las diez.
FISICO. —¿Y sin decirle tal vez
el objeto?
RUBIO. — Se adivina.
Algun proceso endiablado
que algo conmigo se roza.
FISICO. —El comandante Mendoza
les deja pingüe legado.
Pagando como debia
de vuestro afan los excesos
les mandó dar seis mil pesos,
que están en tesoreria.

ROSALIA. —¡Es posible!
FISICO. — A no dudar.
RUBIO. —Tal donativo.....
FISICO. — Se explica.
Gomez se lo notifica;
les dá el talon y á cobrar.
Buena nueva les hé dado.
ROSALIA. — Siéntese usted.
FISICO. — Bien quisiera
Rosalía; pero me espera
un enfermo de cuidado.
ROSALIA. —Gracias por tanto favor.
FISICO. —Eso no entra en los favores.
Felices noches, señores. (*Váse.*)
RUBIO. —Buenas noches, mi mayor.

ESCENA 11.

Dicchos, ménos el Físico.

SANCHEZ. —Como hay un Dios en el cielo
que conoce á las criaturas
al bueno que marcha bien
le dá suerte de fortuna.
RUBIO. —Yo no acepto ese legado.
Dirán que.....
ROSALIA. — ¡Buena locura!
Tú le cobras. Por inútil
pides licencia absoluta.
Realizamos nuestros fondos
en propicia coyntura,
y vamos á ser vecinos

de Penagos en Asturias.

RUBIO. —Pero, muger ....

ROSALIA. — De tus padres
allí está la sepultura,
y allí quiero que se mezca
de nuestros hijos la cuna.
Tú serás labriego honrado,
yo muger feliz y oscura,
y al reposo de la vida
siga la paz de la tumba.

RUBIO. —¡Rosalia! (*Besando su mano.*)

ROSALIA. — Venga una copa,
y vaya un poco de música.
(*Música.*)
"Quien de inocente alegría
"hoy quisiere disfrutar
"al café de Rosalía
"acuda sin vacilar.
"Vengan, señores,
"vengan á mí.

TODOS. —"Que el júbilo y los amores
"tienen su morada aquí."

(*Cae el telon.*)

Sevilla 28 de Diciembre de 1866.—*Se autoriza su representacion.*—EL GOBERNADOR—AUÑON.—Hay un sello del gobierno de la provincia.

CALZONES EN ALCOLEA.

COMEDIA.

Corregida y mui aumentada en esta segunda impresion.

GRANADA: AÑO DE 1811.

CAMPAIGNS IN ARCADIA.

CHANCELLA.

AL PÚBLICO DE GRANADA.

CON MOTIVO DE LA ACEPTACION QUE DISPENSÓ Á ESTA COMEDIA, REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ LOS DIAS 27, 28, 29 Y 30 DE ENERO DE 1811.

No sé si los aplausos que ha tenido en el teatro esta piececita son debidos á su mérito poético, ó á la fuerza solamente de las verdades útiles que presenta. Si es esta la causa, perdono gustoso el nombre de poeta que ya empieza á ser adorado como en otro tiempo: (1) *y me agradan mucho mas los aplausos que nacen del desengaño ó buen espíritu de mis compatriotas. Sea qual fuere la causa de la aceptacion que el público ha dispensado á este drama, es un deber ó de mi patriotismo, ó de mi gratitud el imprimirlo.*

Granada 16 de febrero de 1811.

A. B. N.

---

(1) Nomen adoratum quondam... (*Vanier Praed. Rust.*)

ACTORES.

Calzones, capitan de bandoleros.
Laura, señorita robada por Calzones.
Cecilia, amiga de Laura.
Rosa, madre de Laura.
Alverto, capitan frances.
Felipe, teniente, hermano de Alverto.
D. Antonio, redactor de un diario en tiempo de las Juntas.
Malacara, segundo de Calzones.
Chispas, compañero de Calzones.
Un Fraile de S. Francisco.
Un Lego del mismo hábito, unido á los bandoleros.
D. Justo, cura de Alcolea.
Sesudo, payo.
Un Alcalde.
Comparsa de bandoleros.
Comparsa de soldados franceses.
Pueblo.

La escena es un campo á la entrada de Alcolea, de donde se vea bien el pueblo.

ACTORES.

ACTO PRIMERO.

ESCENA 1.ª

Laura y Cecilia.

CECILIA.

Nueva gracia á tu hermosura
Añade, Laura, ese trage.

LAURA.

¡Ay Cecilia! mal conoces
Mi corazon y mis males,
Quando con esos elogios
Piensas tal vez adularme.
¿Quién es el necio que juzga
Que puede mas bien sentarle
A nuestro sexô infeliz,
Por naturaleza fragil,
Mas que la aguja una charpa,
Y mas que la rueca un sable?
Pero, ¡ay amiga! no es esto
Ni hacer una vida errante,
Rodeada de sobresaltos,

La causa de mis pesares.
Violentada por un monstruo
El mas vil de los mortales,
A quien de Pelayo el nombre
A España tan respetable,
Le dá sacrílegamente
Una quadrilla de infames;
Arrebatada del seno
De mis infelices padres,
Bien ves que solo el terror
Puede á esta vida obligarme.
¿Y podré, amada Cecilia,
A tu cariño fiarle
El mayor mal que padezco?

CECILIA.

Mi querida Laura, sabe
Que te ama mi corazon:
Y que á él puedes entregarte
Sin reserva.

LAURA.

Pues escucha.
Ese Frances comandante::::

CECILIA.

¡Ese Frances! ¿qué pronuncias?

¿Piensas acaso entregarte
A el amor de un enemigo
De nuestra patria y altares?
¿Frances, que solo su nombre
Al oirse y pronunciarse
Debe llenarse de horror,
Quien tenga española sangre?

LAURA.

¿Pues quiénes; dime Cecilia,
Fueron esos reyes grandes,
Que les tributó la España
Tan costosos homenages?
¿No fué, di, Felipe quinto
Frances? ¿y por coronarle,
La Andalucía y Castilla
No derramaron su sangre?
¿Ese mismo Fernandito,
De quien mil felicidades
Sin conocerle la España,
No sé porqué se persuade,
Es de orígen Español?
¿No es, dí, Frances su linage?
Desengáñate, Cecilia,
Que la patria nada vale,
Ni importa para ser Rey:
Los primeros ellos se hacen,

Y los hijos se conservan
Si aciertan á conservarse.

CECILIA.

Ya, pero aquesos Franceses
No serían tan infames,
Tan viles, tan inhumanos,
Que á los niños ensartasen
En sus fieras bayonetas,
Despues que á sus pobres madres
A vista de los maridos,
Cubren de infamia y de ultrages.

LAURA.

Asi es como nos los pintan,
Para hacernos tomar parte
A hombres, mugeres y niños,
Y gentes de todas clases:::: *Suena un tiro*
¡Ay de mí! ya llega ese hombre: *de fusil.*
Y por mas que mi semblante
A su vista disimule,
Todo el corazon me late
Sobresaltado de horror.
Aquí dixo le esperase,
Que venia con su gente
A usanza de generales,
A decirles una arenga.

Va saliendo la comparsa de Calzones que deberá baxar de un monte figurado en el centro del teatro.

CECILIA.

¡Qué soldados! *ap.*

LAURA.

Semejantes *ap.*
En todo á su general.
Disimulemos ¡pesares!

ESCENA 2.ª

Laura, Cecilia, Calzones, Malacara, Chispas, el Lego de S. Francisco con un fusil. Comparsa ridícula de Calzones, con porras, fusiles, &c.

CALZONES.

Valerosos guerreros, que la fama
Terror os llama ya del grande imperio,
Y que no hai lugarillo que no sepa
De vuestras garras el poder tremendo,
A los pies de la ilustre Generala,
Una mano en su espada, y otra al pecho,
O morir ó vencer juradme fieles,
Antes de principiarse el parlamento.

EL LEGO. *Una rodilla en tierra, una ma-*

no en el puño del sable de Laura, y otra en el pecho.

Obediente al segundo Don Pelayo,
Hago, Señora, el homenage pleito,
De que nunca me maten sin que mate
Dos ó tres mil Franceses á lo menos.

MALACARA. *En la misma actitud.*

Yo voto y juro á fé de Malaçara,
Hombre de honor, y á ley de caballero,
Que siempre estará pronta mi obediencia;
Mas por lo que hace al número de muertos,
Eso corre de cuenta de la fama,
O de nuestros diaristas que es lo mesmo.

CHISPAS. *En la misma actitud señalando la comparsa.*

Y yo por mi y á nombre de esos bravos,
Hijos de Marte, os juro, y os prometo,
Con gorras, y con lanzas y corazas
Franceses engullir como buñuelos.

CALZONES.

Baste ya de jurar: y yo no dudo
Del grande honor que anima vuestros pechos,
Cumplireis lo ofrecido á fé de nobles.
En quanto á honores, títulos y premios,
Fiad en mi alta protecion, que todos

Coroneles sereis andando el tiempo.
Vamos ahora á tratar de lo que importa.
¿Será posible ganen este pueblo
Los cobardes gabachos? ¡camaradas!
Alcolea os va á dar renombre eterno.
Pero ántes vais á oir la grande arenga,
Que para casos tales he compuesto:
Arenga que quisiera haberla escrito
De la Junta Central el *arenguero*.
Prestadme atencion pues.

MALACARA.

De vuestra boca,
Todos estamos, gran Señor, suspensos.

CALZONES.

Ya sabeis, valerosos capitanes,
Que la columna soi de este gran reino,
Y que por esto el nombre de Pelayo
Me da la fama. ¿Y de mis grandes hechos
Qué ménos la Nacion esperar debe?
¿Yo que burlé de Vita los esfuerzos, (1)
Yo que al sábio Callejas volví loco

(1) *Vita y Callejas encargados de la persecucion de contrabandistas en la Provincia de Granada.*

De lugar en lugar, de cerro en cerro,
Sin que jamas pudiese dar con migo,
Y de mi ropa ni tocarme un pelo?
¿Yo que de Gibraltar los almacenes
Con mi maña y trabuco narangero,
En Málaga, en Granada y en la costa
Introduxe feliz... mas no contemos
Hazañas propias, que en la propia boca
Son mas bien que alabanzas vilipendios.
Sea mi valor pues ó mi fortuna,
La que me ha colocado en este puesto,
Ello es que de mi brazo está pendiente
Del Rey Fernando la corona y cetro.
¿Mas qué podria hacer sin el auxîlio
De vuestras armas, nobles compañeros?
Tu en lides mil, probado, Malacara,
Mi segundo y capaz de ser primero,
No olvides tu valor acreditado
En todos los caminos, y el encuentro
De aquel harriero, que sino divisas
Unos gabachos asomando el puerto,
Ya que al traidor la vida le dexaras,
Quedaría sin recua y sin dinero.
Y tu famoso Chispas, ten presente
Aquella intrepidéz con que al correo,
Tu á pie y él á caballo, de un balazo
Medir le hiciste con la cara el suelo.

Todos en fin soldados valerosos,
Dignos de ser mandados por mi genio,
No hay que olvidar vuestro valor constante:
Que Pelayo es quien manda, y vamos á ello.
Mas por que no dudeis de la victoria;
Que ha de coronar hoy el zelo vuestro
Por la fé, por la patria y por Fernando,
Ved el plan de batalla que he dispuesto.
La vanguardia muchachos y mugeres
Forman en peloton: lleban el centro
Los mozos del lugar: y á retaguardia
Toda mi gente con su gefe en medio.
Las mugeres atacan las primeras,
Y con palos, con piedras y xaleos
Sorprenden al Frances: y mientras tanto
Se sacude estas moscas, van corriendo
Los mozos y le pillan por la espalda:
Catale ya metido entre dos fuegos:
Los mozos por detrás, yo por delante,
Zambombazo que cruxa, y esto es hecho.

CHISPAS.

¡Inimitable plan!

CALZONES.

Esto se llama
Pelear en masa, lo demas es cuento.

MALACARA.

Mas suponed, Señor, que nos ataquen.

CALZONES.

Que han de atacar: mas quiero suponerlo:
Supongo mas: que toda la vanguardia
Huye al instante tímida, y que luego,
Como es lo regular, se van tras de ella
Todos los mozos: bien, ¿y qué tenemos?
Me bato en retirada, y voi tocando
Por todos los lugares á saqueo.

MALACARA.

¡Pensamiento feliz! ¡divina idea!
Así ropas, alhajas, y dineros
Nos sobrarán quando el instante llegue
De que esta vida militar dexemos:
Pues la hemos de dexar, quando se logre
El fin á que camina todo ësto.

CALZONES.

Eso vá mas despacio. Con los planes
De que acabo de daros un bosquejo,
Y con otros proyectos mas sublimes,
Que acá confusos en mi mente tengo
De acuerdo con Otivar, y con otros
Iguales defensores de este imperio,

Podeis estar seguros que en tres meses
No nos queda un Frances dentro del reyno;
Y nosotros siguiéndolos, *llegamos*
Mas allá de Paris para S. Pedro. (1)

Suena ruido á lo lexos.

CHISPAS.

Señor, ruido se siente: los franceses.....
Toda la comparsa de Calzones hace ademan de huir, y algunos dexan caer las armas manifestándose todos apoderados del miedo.

CALZONES. *Algo sobresaltado.*

¡Si los traerá el demonio á sorprendernos!.....
Mas no, que hai centinelas abanzadas
Que den parte. No obstante será bueno
El que hagamos alguna descubierta.
A Dios Laura; y no temas que tu dueño
Te desampare nunca; mas cuidado,
Que si tú me la pegas, ó lo entiendo....
¿Sabes por qué Calzones me apellidan?

LAURA.

Por qué mi General?

---

1) *Expresion literal de otro gefe de quadrilla.*

CALZONES.

Porque los tengo.
Y será para mí darte un balazo,
Lo mismo que sorberme un par de huevos.

ESCENA 3.ª

Laura y Cecilia.

CECILIA.

Por cierto que es un cumplido
Mui cortesano, y mui tierno
El del General Calzones.

LAURA.

Es conforme á su talento
Político y militar.
?Y por qué ¡gran Dios! me has puesto
En situacion tan amarga?
¿En qué pude yo ofenderos?
¿Yo que fiel á la crianza
Fina que á mis padres debo,
Jamás les dí de disgusto
El motivo mas pequeño?
?Yo que atenta á mis deberes,
Logré siempre en el colegio
De maestras y compañeras
Un cariño verdadero?

¿Yo que he sabido atraerme
Las bendiciones del pueblo?::::
¡No hai justicia, no hai justicia
Ni en la tierra ni en los cielos!

CECILIA.

Laura, Laura, un pastor llega.

LAURA.

Tal vez será un mensagero
De Otivar á Don Pelayo. (1)

ESCENA 4.ª

Los mismos, y Alverto vestido de Pastor.

ALVERTO.

Laura bella, á tus pies vengo.

CECILIA, *aparte.*

No es el modo de pastor,
Por si fuere algun secreto,
Mas vale que queden solos.

---

(1) *El Alcalde de Otivar gefe de otra quadrilla de bandoleros.*

ESCENA 5.ª

Laura y Alverto.

¡Alverto! ¡querido Alverto!
¿Cómo asi arriesgas tu vida?
¡Ay y qué poco te debo¡

ALVERTO.

No temas querida Laura:
Con este disfraz cubierto,
Y solo, nadie rezela
De mi. No perdamos tiempo:
Salvémos á ese lugar:
Tu vas á ser el remedio
Del desastre que amenaza
A tanto infeliz: por esto
Aunque es mui facil hoi mismo
Llevarte de aquí, no quiero
Privarte del gran placer
De ser, Laura, el instrumento
De salvar tanto inocente
Que iba á perecer.

LAURA.

Mui bueno:

Estoi pronta. Pero dime,
¿Ese espíritu guerrero,
Esas horribles escenas,
Siempre matando y muriendo,
Podrá ser que alguna vez
Insensible hagan tu pecho?

ALVERTO.

¡Ay Laura! el que es insensible
Al amor, no hará progresos
Ni en las ciencias ni en la guerra::::
En fin Laura, yo te quiero,
Yo te adoro; y en mi älma
Iguales son Marte y Venus.

LAURA.

Y bien ¿qué debo yo hacer
Para salvar á este pueblo?

ALVERTO.

Persuadir, querida Laura,
Con tu gracia y tu talento,
Que los vecinos tranquilos
Permanezcan: que el empleo
De pelear es del soldado:
El paisano en todo evento
Debe ser expectador;

Al contrario, no hai remedio,
De la guerra es ley terrible
Pero justa, que los pueblos
Que hostilizan con sus armas,
Se lleven á sangre y fuego.

LAURA.

Aí es nada lo que pides.
¿Quieres tú, mi amado Alverto,
Que por decir la verdad,
Me arrastren de los cabellos
Teniéndome por traidora,
Como con otros lo han hecho?... (1)
Mas calla que ya me ocurre
Felizmente un pensamiento.
El Cura que es instruido,
Y sin engañarme, creo
Que desea complacerme::::

ALVERTO.

¿El Cura? pues ya no quiero:
No Laura, que los Franceses
Tambien saben tener zelos,

---

(1) ¡*Quántas infelices víctimas comprueban tristemente esta verdad!*

LAURA.

Vaya, mui tranquilo estas:
No me disgustá por cierto,
Que estes de tan buen humor.
Digo pues, que es de un talento
Superior el padre Cura:
Que tiene mucho concepto
De sábio y caritativo:
Y que por su influxo espero
Que se logre la quietud.

ALVERTO.

Lindamente: está mui bueno:
A Dios pues, y ten cuidado,
Sea qual fuere el suceso
De la entrada en Alcolea,
De dirigirte hácia el puesto
De la hermita, que alli puedes
Libre estar de todo riesgo.
Nada temas: y despues
Que te restituya al seno
De tus padres, tú veras
Si es insensible un guerrero.
A Dios mi bien y mi vida. *Abrazanse.*

LAURA.

A Dios, y quieran los cielos
Con los laureles de Marte
Coronar nuestro himeneo.

ESCENA 6.ª

Laura y D. Antonio.

D. ANTONIO.

Perdonad, amable Laura,
Si á vuestra bondad apelo
En mi lamentable estado.

LAURA.

Don Antonio, de mi afecto
Podeis estar bien seguro,
Y que tendré en complaceros
La mayor satisfaccion.

D. ANTONIO.

Pues, Señora, sin misterios:
Me consta el mucho cariño
Que debeis á Don Alverto:
Y pido vuestro favor
Para con él, advirtiendo

Que vos misma interesais
En auxîliar mis proyectos.
He tenido una qüestion
Con ese bribon travieso,
Infame de Malacara,
Y se despidió diciendo
Que iba á vengarse de mi.
Como yo sé lo perverso
Que él es, y que en estos casos
Es hombre de dicho y hecho,
Temo con mucha razon.
En tal estado es mi intento
Libertarme de esta gente,
Y á vos tambien, pues contemplo
Que entre estos viles peligra
Vuestro honor y vida á un tiempo.

LAURA.

Decid pues, ¿qué habeis pensado?

D. ANTONIO.

No solo he pensado, tengo
Decidido ya á Calzones
A que se junte un concejo
General de los vecinos,
Con el fingido pretexto
De inflamar en él á todos.

Y aparentando rezelos,
Le he obligado igualmente
A dar órden que al momento
Salga toda su quadrilla,
Y estén fuera todo el tiempo
Que el ayuntamiento dure,
Fingiéndole que es el medio
De descubrir los traidores,
Pues que asi hablarán sin miedo
De que nadie los observa;
O bien haciéndose reos
Con su traidor disimulo,
O su criminal silencio.
Tambien está persuadido,
Que no pasando de ciento
Los franceses, y su gente
Mas de dos mil y quinientos
Contando con los vecinos,
Nunca atacarán aquellos.
Esta idea que es nacida
Del mismo Calzones, creo
Nos es útil, porque así,
No interrumpirá el concejo,
Como era tal vez factible
Si viese algun movimiento
De las tropas.

LAURA.

Pero bien,
Con este plan, ¿qué tenemos?
¿De qué sirve esta salida
Momentánea? no lo entiendo.

D. ANTONIO.

Oid: el Cura y Sesudo,
Que son mirados del pueblo
Con tanta veneración,
Aprovechando el momento
De la ausencia de Calzones,
Mostrarán el desacierto
De hacer armas los vecinos,
Y que será lo mas cuerdo
Llamar, estando tan cerca,
A los franceses. Sabiendo
Calzones que en el lugar
No tiene partido, luego
Echa á huir con su quadrilla.

LAURA.

¡Admirable pensamiento!
¿Y dudais en este caso,
Que recibireis de Alverto
Pruebas las mas expresivas

De su gratitud y aprecio?

D. Antonio.

¡Ay señora! qué yo he sido
Diarista: y me vine huyendo
Por esta causa á la entrada
De los franceses.

Laura.

¡Qué miedo
Tan injusto, y tan impropio
En un hombre de talento!

D. Antonio.

Que he escrito mil mentiras.

Laura.

Mentiras de gazetero
Ya se sabe lo que son.

D. Antonio.

Que he escrito mil dicterios
Contra hombres mui respetables.

Laura.

Eso si que está mui feo.
Mas no culpo á los diaristas.

D. Antonio.

¿Pues á quien?

Laura.

A quien debiendo
Reprimir esta licencia
De tan infames libelos,
Autorizaba unos dichos
Tan propios de verduleros
Como indignos de un pais
Tan civil y circunspecto.
Mas al fin se conseguia
Embaucar á los necios
Poniendo tales patrañas
Y dictados chocarreros,
Indecentes é injuriosos
En la boca de los ciegos.

D. Antonio.

Así en verdad sucedia.
Pero lo que yo mas siento,
Y dudo tenga perdon,
Son los errores groseros
Que publiqué con la idea
De *fanatizar* los pueblos:

Ya fingiéndoles milagros
Ya asegurando que el Cielo
Protegia nuestra causa,
Indicios dándonos ciertos:
En la palma y la corona
Que en la esfera aparecieron,
Con otras dos mil patrañas
De este jaez. (1)

---

(1) *Quando estaba al frente de Zaragoza el exército Imperial se levantó la voz de que aparecia en las nubes una palma y una corona en señal del triunfo que asegurában los cielos á nuestro exército. Esta falsa voz tuvieron buen cuidado los diaristas de extenderla por toda España con otras mil patrañas é indecencias agenas de un pais culto, en que es mui compatible la defensa de una causa con el decoro y la civilidad, sin degradarse el gobierno, ni degradar á la Nacion; autorizando tanta sandéz, tantas chocarrerías, y tantos insultos como eran el principal asunto de casi todos nuestros diarios y papeles públicos.*

LAURA.

Con efecto
Para mí es lo mas ódioso
De los diaristas : pües tengo
Por una verdad constante,
Que ha sido mui mas funesto
A la triste humanidad
El mal entendido zelo
Religioso , que las pestes,
Y los combates sangrientos.
Pero en fin , yo os aseguro
Toda la amistad de Alverto.
Vamos pues á realizar
Nuestro plan : y desde luego
Yo respondo de que el Cura
Hará quanto apetecemos:
No así del tio Sesudo
Asegurarlo me atrevo,
Porque al fin el es un ganso,
Y que sé yo.

D. ANTONIO.

No dudemos
Que Dios favorecerá
Nuestra causa ; porque es cierto,
Que es justa y bien meditada:
Y siempre que están de acuerdo

La razon, y las medidas
De conseguirla, esto es hecho.

LAURA.

Vamos pues sobre el seguro
De lograrla::::¡Santos cielos!
De mi triste situacion
Piadosos compadeceos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA 1.ª

El Lego y Chispas.

CHISPAS.

¿A qué viene esta salida
Del lugar?

LEGO.

Es un secreto
Que á mi solo me ha fiado
Don Antonio el consejero
Del General, que es mi amigo.
Pero como yo no tengo
Cosa oculta para tí,
Sabe que es porque dexemos
En libertad los vecinos
Mientras que están en concejo,
Para que así se descubra
Si hai algun traidor entre ellos.
Don Antonio es el que ha dado
Esta idea: es mui discreto.

CHISPAS.

¡Toma si es! como que el era

De la Junta el gazetero,
Y por lo mismo se vino
De los gabachos huyendo.
Y no obstante que es un hombre
Tan sábio y tan de provecho,
Sé que intenta Malacara
Con el gefe indisponerlo,
Aparentando que tiene
Laura con él su comercio.
Laura que á todos los curas
Me los tiene boquiabiertos
Y confiesan ellos mismos,
Que sabe mucho mas que ellos:
Laura que de la comarca
Es de la virtud exemplo,
Y á quien mira todo el mundo
Con amor y con respeto...

LEGO.

¡Se dará mayor maldad!...
Mas aquí llegan: silencio.

ESCENA 2.ª

Los mismos, Calzones y Malacara.

CALZONES.

Id al sitio que tengo señalado,

Que allá voi al instante.

CHISPAS.

Obedecemos.

ESCENA 3.ª

Calzones y Malacara.

CALZONES

¡Qué me dices, amigo Malacara!
Me ha partido tu voz de medio á medio.
¿Con qué ese falso amigo Don Antonio
Ha tenido tan vil atrevimiento?
¿Con qué Laura es infiel?

MALACARA.

Si no lo ha sido,
Creo que está mui cerca ya de serlo.

CALZONES.

¿Con qué segun la cuenta ya soi uno
De tantos que señalan con el dedo?
¿Qué me respondes? dí.

MALACARA.

Yo no lo he visto;
Mas segun los rumores, me lo temo.

CALZONES.

¿Lo temes? . . . Harto dices: y harto dice
La voraz llama que me abrasa el pecho.
¡Laura me la ha pegado! ¿como puede,
Si estuvo desde niña en un colegio?
¿Qué entiende ella de amor, ni de pegarla?
¿Pero quién sabe si querra aprenderlo,
Y á la primer leccion con mil demonios
Allá se fue mi honor por esos suelos?
¿Qué dirá de mi el mundo, Malacara¿

MALACARA.

¿Qué han de decír¿ señor: ¿quién piensa en eso?
Supongámos que Laura por curiosa
Ha querido aprender lo que es aquello:
Supongámos tambien que lo ha aprendido:
Supongámos en fin todo el supuesto.
Estas son bagatelas: ¿y es posible
Que un hombre como vos de tanto pecho,
Y un general, por cosas de mugeres
Se abandone á tan vivos sentimientos?....
En fin señor, de vos tan solamente
Lo mas que dirán es . . . mas no me atrevo....

CALZONES.

Dilo, ó sinó te rompo la cabeza.

MALACARA.

Ya que me lo mandais con tal apremio,

Lo mas que dirán es, que habeis subido
De General á Coronel de un vuelco.

CALZONES.

Haces bien, haces bien; de mi te burla:
Del mundo vendré á ser el vilipendio....
Yo me voi á matar, porque sin honra
¿Cómo podré vivir?

Saca el puñal en ademan de herirse.

MALACARA. *Conteniéndole.*

Mejor acuerdo
Será señor, en campo de batalla,
Y despues de batiros con denuedo,
Matando mil que os maten los Franceses.

CALZONES.

¿Yo habia de morir á manos de ellos?
Antes de padecer tanta ignominia,
Huiré, Malacara, tierra y cielo.

MALACARA.

Eso se llama honor, y eso se llama...

CALZONES.

Habla con libertad, no tengas miedo.

MALACARA.

Pues si lo he de decir, eso se llama

Tener calzones, y saber tenerlos:::
¡Ay Señor! que segun lo que diviso::::
No se engañan mis ojos:::: no::::

CALZONES.

¿Qué es eso?

MALACARA.

Dos franceses que vienen sable en mano.

CALZONES.

¡Dos franceses !::: ¿qué hacer en este aprieto?
Como tu y yo podemos sacudirles,
¿No nos pueden tambien sacudir ellos?
¡Qué mengua si nos vencen! :::: ¡y qué gloria
Tán mezquina, si acaso los vencemos!
Huyamos pues, que nadie nos observa:
Huyamos pues, amigo, en el supuésto,
Que no será el segundo Don Pelayo
El primer General que hacé lo mésmo.

MALACARA.

Vamos pues con la gente, que allí estamos
Seguros: y del fuerte parapeto
Del altillo que todo lo domina,
Veremos del Frances los movimientos. *Huyen.*

Al huir Calzones y Malacara entran Alverto y Felipe sable en mano, y persiguen aquellos hasta el extremo de la escena.

ESCENA 4.ª

Alverto y Felipe.

ALVERTO.

Huyeron como cobardes.

FELIPE.

Españoles verdaderos.

ALVERTO.

No digas tal: mal conoces
El espíritu guerrero
Del Español, sus virtudes,
Su bondad y sufrimiento,
Su constancia en la amistad,
Su lealtad, y su genio
Para las artes y ciencias.
No midas por estos tiempos
Lo que son los Españoles:
Si ahora no son lo que fueron
En épocas mas felices,
Culpa de todo al gobierno,
Que ni premiaba el valor,
Ni apreciaba los talentos.
¡Cortés! ¡Gonzalo! ¡Ensenada!
¡Cervantes! el nombre vuestro
Será en Francia respetado

Y en todos los extrangeros.
Ni tampoco al Español,
Le has de confundir con esos
Infames contrabandistas
Quadrillas de bandoleros,
Enemigos de su patria
Aun mas que enemigos nuestros...
Pero aquí llega mi Laura.

ESCENA 5.ª

Alverto, Felipe y Laura.

ALVERTO. *A Laura que entra presurosa.*

¿Qué ha sucedido, qué es eso?

LAURA.

No te asustes, nada temas:
Dame los brazos, Alverto: *Abrazanse.*
Triunfamos de la ignorancia.
Ví, observando el movimiento
De acercarse tus soldados,
Que adelantándote de ellos
Venias con direccion
Hácia este sitio: y queriendo
Que sepas el resultado
De tu encargo, mé he resuelto

A venir, asegurada
De que en el mismo momento
De divisarte Calzones,
Huiría.

ALVERTO.

Con efecto,
Huyó como un fanfarron.
Pero vamos, vamos presto,
Dime lo que hai, porque voi
A dar el ataque.

LAURA.

Pecho.
Has de saber que ahora mismo
Se va á tocar á concejo
Sugerido diestramente
Con el aparente objeto
De inflamar al vecindario:
Y en realidad con intento,
Que el Cura y un tal Sesudo
Hombre en verdad de buen seso,
Persuadan á los vecinos
A estarse en su casa quietos.
Y el Alcalde, un tio honrado,
Que tambien es de los nuestros,
Deseando que se junte
El lugar todo, no habiendo
Pieza bastante capaz,

Discretamente ha dispuesto
Que en aqueste mismo campo
Se tenga el ayuntamiento.

ALVERTO.

Todo está mui bien pensado.

LAURA.

Aun hai mas: con el pretexto
De ver si hai algun traidor,
Y ser el único medio
De descubrirlo, el que todos
Hablen sin ningun rezelo,
Se ha logrado que esos viles
Salgan del lugar á tiempo
De nuestra grande asamblea.
Ves aquí pues el proyecto:
El Padre Cura, y Sesudo
Con su parla y sus respetos
Se ganan al vecindario:
Este implora el favor vuestro:
Calzones y su comparsa
Lo saben, y en el momento
Echan á huir como liebres.
No lo dudes, esto es hecho.
Ahora resta que me pagues
Las albricias.

ALVERTO.

¿Qué mas premio

Que el placer de haber librado
De mil desastres al pueblo?
Si, Laura, tu eres el Angel
Tutelar: hoi á tu ingenio
Se debe todo. ¡Qué dicha
Fuera para todo el reino
Tener en cada lugar
Una Laura! ...

LAURA.

No pretendo
Atribuirme una gloria
Que no es mia.

ALVERTO.

¿Cómo es eso?

LAURA.

Un Don Antonio, que es hombre
De bondad y de talento,
Por servir no sé á que Junta,
Tuvo el desgraciado empleo
De diarista: y temeroso
De que en entrando en el pueblo
Los franceses, le ahorcarian,
Salió con otros huyendo
Y se acogió á estos bandidos.
Ha conocido su hierro,
Y ha preparado las cosas
Que tienen tan buen aspecto.

Bien conoces quanto es digno
De tu proteccion y aprecio.

ALVERTO.

Si Laura: y mientras que yo
Tanto servicio agradezco,
Asegurale:::: *Tocan una campana.*

LAURA.

Ya tocan.
Vete presto, vete presto:
Que todos los del lugar
Se agolparán aquí luego.
A Dios que voi á mi hermita,
Donde ya sé que sin riesgo
Puedo estar, aunque viniera
Calzones con cien mil de ellos.

ALVERTO.

A Dios mi bien, y perdona,
Que en medio de tal contento,
Te diga..

LAURA. *Sobresaltada.*

¿Qué has de decir?

ALVERTO.

Que es todo tuyo tu Alverto.

ESCENA 6.ª

Laura y Mozos que entren los escaños, silla y mesa para el ayuntamiento.

LAURA.

Muchachos, quando hable el cura,
Cuidado que esteis atentos,
Y que hagais lo que él os diga.
Ya veis que es mui limosnero:
Que no sale de la Iglesia:
Que quando hai algun enfermo
No se aparta de su lado:
Y que siempre para el pueblo
Quiere lo mejor.

UNO DE LOS MOZOS.

Sin duda:
El Padre cura es mu gueno.
Y dixo el tio Sesudo
El otro dia, que presto
Lo iban á hacer... yo no sé...

LAURA.

¿Canónigo?

Mozo.

Eso, ëso.

LAURA.

Quedad con Dios: cuidadito. *Retirándose.*

Mozo.

No hai cudiao, que lo haremos
Lo que diga el Padre Cura,
Que será lo mas derecho.

ESCENA 7.ª

Alcalde, D. Justo, Sesudo, Fraile de San Francisco. Comparsa de pueblo que ocupe casi toda la escena. D. Justo, Sesudo y el Fraile se sentarán en los escaños, y algunos payos que hagan de concejales.

Alcalde.

Concejales y vecinos,
Estamos en un aprieto
El mas grande: cada qual
Vaya en su lugar diciendo
Lo que Dios y su concencia
Le inlumine. Ya sabemos
Que están á una media legua
Los franceses: y los *nuestros*,
Es á saber, Don Pelayo
Con todos sus compañeros
Están en la cieca baxa,
Observando el movimiento
Del enemigo, ó mas bien

Aguardando lo que hacemos
En esta grande samblea.
Una de dos, no hai remedio,
O estacamos al Fraíces
De paz un enmensagero,
O cada qual como pueda
Tome las de villadiego,
O las armas, que es igual
Acá segun mi conceuto.
Este es el punto. Que empiece
El predicador, y luego
Hablará el doto Sesudo.

FRAILE.

En verdad que me avergüenzo
De semejante propuesta:
Y sino fuera temiendo,
Que le arrastrasen aï mismo,
Diría que es un perverso,
Un vil traidor el Alcalde.
¿Qué es hablar de mensagero?
¡Por mi padre San Francisco,
Y el santo hábito que llevo,
Que si vuelvo á oir de paces,
Se arde Alcolea! ¿Qué es eso?
¿Paces con esos gabachos,
Que á los chiquitos de pecho

Llevan en las bayonetas?
¿Paces con esos ateos
Que no tienen Dios ni lei,
Que en viendo un fraile, al momento
Zas, le disparan un tiro
Sin mirar el sacrilegio?
¿Paz con quien me hace perder
En la limosna de huevos
Tan solo, en esta quaresma
Veinte docenas lo menos?
Y lo peor es, que al guardian
El contrato que hemos hecho
No se lo puedo cumplir:
Y pensará que en el pueblo
Se entibió la caridad,
Que es todo lo que yo siento.
¿Paz con bribones que piensan
Que el pastoral ministerio
Lo desempeñen los curas
Y á tierra tanto convento,
Como si estos de la iglesia
Fuesen los siglos primeros?
¿Mensagero á los franceses?
Con decir que todos ellos
Son hereges Fracmasones,
Todo está dicho con esto.
Y hablando de su valor,

¿Esos guapos Oliveros,
Esos valientes Roldanes,
Son mas que unos mocosuelos,
Barbilampiños, forzados,
Que con esos embelecos
De lanzas y de corazas
El bu nos vienen haciendo?
No hablo de memoria, todo
Lo hallareis de molde impreso
En todos nuestros diarios,
Y en los grandes manifiestos
Que ha publicado la Junta:
No hai pues por que tener miedo.
No ¡hijos mios! Alcolea
Va á dar hoi el grande exemplo
De lo que puede la fé.
Y si algunos fueren muertos,
Mártires de Jesucristo
A la gloria van derechos:
Y sino queda un viviente,
Tanto mejor para el pueblo:
Yo haré poner una cruz
De mármol con un letrero,
Que diga en letras de bronce
A todos los pasageros:
„Desde este lugar volaron
„Derechitos á los cielos

„Los valientes de Alcolea.
„Que rueguen á Dios por ellos.„

PUEBLO. *Con mucha algazara.*
Que viva el Predicador.

ALCALDE. *Tocando la campanilla.*
Chito, señores, silencio.
Diga usted, señor Sesudo.

SESUDO.
Señor Alcalde, yo tengo
Poco, y mucho que decir:
¿Poemos ó no poemos? *Hace una gran pausa.*

ALCALDE.
Siga usted, que todos oyen
De Sesudo los consejos
Como al hombre de esperencia.

SESUDO.
Señor Alcálde, yo tengo
Poco, y mucho que decir:
¿Poemos ó no poemos? *(Pausa.*

ALCALDE.
Sea poco ó sea mucho,

Hable ustcd , y le oiremos,
Que el tiempo se va pasando.

SESUDO.

Señor Alcalde , yo tengo
Poco , y mucho que decir:
¿Poemos ó no poemos?

ALCALDE.

Ya me falta la pacencia. . .

SESUDO.

Pues con todo lo que pienso
En lance tan apretaó,
Y con toito mi seso,
Yo no sé decir mas , que
¿Poemos ó no poemos?

D. JUSTO.

No es poco señor Alcalde,
Lo que nos dice el misterio
De Sesudo : justamente,
Lo que dice el evangelio
A un rei qne trata una guerra:
Y se reduce en compendio
A solo estas dos palabras:
¿Podemos ó no podemos?

¿Dónde hai sábios oficiales
Que estén con el uso diestros
En el arte militar?
¿Dónde soldados tenemos
Aguerridos? ¿Qué almacenes?
¿Qué ärmas?...

FRAILE. *Levantándose encolerizado.*

En su defecto,
El *furor arma ministrat*,
Ciceron dixo en el Sexto
De las Clementinas, y otros
En mil lugares diversos.
¿No es así, señor Alcalde?

ALCALDE.

Si usted lo dice laus Deo.
Prosiga usted señor Cura.

D. JUSTO.

Digo pues, que lo primero
Es ver si tenemos armas
Suficientes: despues de esto,
Qué gente, y si es de valor,
Con oficiales maëstros
En el arte de pelear,
Y si para mantenerlos

Y equiparlos, hai caudales.
Tambien es justo pensemos
Que bienes trae esta guerra
Despues de tantos lamentos
Del padre que llora á su hijo,
La esposa á su esposo tierno,
El amigo á la amistad,
El sacerdote á sus templos,
El ganado á sus pastores,
Los campos á sus obreros:
Todo en fin y en todas partes
De luto y llantos cubierto.
El que allá los cortesanos
Se maten, bueno va ëso,
Que á ellos les importará
Sea Juan ó sea Pedro
El que reparta las gracias,
Las honras y los empleos
Porque se matan los Grandes;
¿Pero nosotros?... ¿saldrémos
De terrones y miserias,
Aunque mande Don Gaiferos?...
Y al cabo si uno mandase,
Sería del mal el menos.
Pero ¿quién nos mandará
Si logramos el intento
De echar de España al Frances?

¿Qué manera de gobierno
Se establecerá? entretanto
Que se establece, ¿qué medios
Habrá para reunir
Los ánimos de los pueblos
Manteniéndolos tranquilos?
¿A caso es que ver queremos,
Resucitando las Juntas
Disputarse sus derechos,
Ocupando naderías
De esta especie todo el tiempo?
La anarquía desastrosa
Con su séquito funesto
De fuego, sangre y venganzas
Caerá entónces, no hai remedio,
Sobre este infeliz pais:
Nosotros incendiaremos
Nuestra desgraciada patria:
¡Que de males! me estremezco....
¡Dios grande, apartad de España....

FRAILE. *Levantándose con furia.*

Ya no tengo sufrimiento.
¡Noble pueblo de Alcolea!
Ese es un traidor perverso.
Ese es un mal sacerdote:
Arrastradle ¡vive el cielo!

Que haceis un acto de fé.

PUEBLO.

Muera el traidor. Vivo ó muerto,
Entreguémosle á Calzones
Que es el defensor del reino.

Todo el pueblo acomete á D. Justo repitiendo las voces de traidor.

ACTO TERCERO.

ESCENA 1.ª

Alverto, Felipe y Rosa con un criado.

ROSA.

Si generoso Frances,
Ese vil, ese hombre fiero,
Despues de robarme á Laura,
¡Hija del alma! corriendo
Salió de Uxijar: y en todos
Los circunvecinos pueblos
Fue dexando testimonios
De su crueldad sangrientos.

Aquí saquea, allí fuerza
A seguir su vil exemplo
Al pacífico vecino:
Y de muchos tiempos hecho
Al robo y al contrabando,
Sin ningunos miramientos
A Dios, á la Patria, al Rei,
Hoi del defensor haciendo
De Dios, del Rei y la Patria,
Escandaloso, blasfemo,
Roba, asesina, y profana
Casas, doncellas y templos.
Oid entre sus maldades
La que ahora ese vil ha hecho
En Albox, acompañado
De Reyna otro quadrillero.
Entran casa de Lafon,
Ya le conoceis, sugeto
Amable, y sin otro crímen
Que tener algun dinero.
Despues de baberles servido
Un abundante refresco,
Pagaron con un balazo
Al triste Lafon su obsequio.
Caé muerto el pobre infeliz
Sobre el afligido lecho
De su esposa, dó yacia

Enferma: y no satisfechos,
A tres que habia en la sala
Tambien matan, indefensos.

ALVERTO.

¡Qué horror! ó Dios! ¡Dios benigno!
¡Dios de bondad! ¿y son éstos
Los que la sencilla gente
Llama defensores vuestros?
¿De una religion de paz
Se llaman los instrumentos
Hombres que solo respiran
Horrores, que no se oyeron
En las bárbaras naciones?
¡Posible es que á tal extremo
Se extravie la razon!

ROSA.

Hai mas: sacan de su lecho
Del todo casi desnuda,
A la triste Lafon....

ALVERTO.

¡Cielos!

ROSA.

La lleban asi arrastrando
A la plaza, sin que el pueblo,
Conmovido á compasion,
Capaz fuese á contenerlos:

Terminando estos horrores
Con dar el último aliento
La pobre Lafon á impulsos
De su dolor.

ALVERTO.

¡Monstruo fiero!(1)

---

(1) *Es un hecho cierto. Calzones y Reina gefes de quadrilla habian sido socorridos con dinero varias veces por el desgraciado Lafon; pero aspiraban al todo, y pensaron robarle. Entraron en su casa con este designio, donde fueron recibidos como siempre con agasajo. Se hallaban en la sala Lafon, su muger recienparida en la cama, y otros tres de visita, dos de ellos forasteros de Granada. Se les sirvió un buen refresco, y alargando Calzones el último plato, montó el trabuco y y asesinó á Lafon, que cayó muerto sobre la cama de su esposa. Reina quiso tener parte en esta hazaña, igualmente que los compañeros que llevaba, y asesinaron á los tres que habia de visita, y en la calle á un criado de la casa, que salió huyendo. Sacaron de la cama á la muger de Lafon y envuelta en una sábana, la llevaron arrastrando*

ROSA.

Supe que habia parado
En Alcolea: y los riesgos
Despreciando del camino,
Con este criado vengo
A ver si puedo librar
De ese aborto del infierno
A Laura, mi amada Laura.

ALVERTO.

Madama, yo me intereso

á la plaza, sin que el pueblo, horrorizado de esta escena, pudiese salvarla; solamente pudo conseguir que no la disparasen los tiros con que la amenazaban para que manifestase el dinero; mas la infeliz no pudo sobrevivir á su dolor, y murió á pocos instantes.

El pueblo de Albox tuvo la satisfaccion de ver en el trágico fin de Reina, que no siempre quedan impunes los delitos. Unos soldados cívicos que iban en busca suya, le hallaron en la plaza de Albox: apercibido Reina, echó á huir; pero un tiro de fusil le hirió mortalmente, y dando algunos pasos desconcertados cayó muerto en el mismo umbral de la puerta del desgraciado Lafon.

Aun mas que usted en la suerte
De la señorita: ¿y puedo
Olvidar los agasajos
Que debí á usted con exceso,
Quando en Uxijar estuve?
Consolaos digo, que luego
Vereis libre, y aun gustosa
A la señorita.

ROSA.

¿Luego?

ALVERTO.

Y tan luego, que ahora mismo
Voi á entrar en ese pueblo,
Donde ya tiene un asilo
Que la asegura de riesgos
En qualquiera circunstancia.
Vé pues, Felipe, y no lexos *A Felipe.*
Pon á Madama una escolta.
Madama, valor, aliento: *A Rosa.*
Y aunque oiga de los fusiles
El desagradable estruendo,
No hai porque asustarse, no;
Que esta es la fruta del tiempo.

ESCENA 2ª.

Comparsa de soldados franceses que empezarán á entrar tocando una gran marcha á una señal que hará Alverto acercándose á la

parte del teatro por donde ha de entrar la comparsa. Despues de la música, los soldados harán algunas evoluciones vistosas, quedándose formados frente del pueblo en órden de batalla, preparados para atacar. En esta actitud, los arengará Alverto. Felipe entrará á los primeros versos de la arenga, y ocupará el puesto de oficial que le corresponde. Para hacer mas vistosa esta escena pueden baxar los soldados por el monte.

ALVERTO.

Dadme vuestra atencion un solo instante.
¡Qué triste es á un soldado, compañeros,
El combatir sin gloria! ¿Qué laureles
Los muros nos ofrecen de ese pueblo?
¿De ese pueblo infeliz, sin mas defensa
Que la de unos indignos bandoleros,
Malos como cobardes, y la grita
De un populacho seducido y necio?
Mas podeis adquiriros una gloria
Del Frances mui mas grata al dulce pecho.
Ya sabeis que por leyes de la guerra,
El paisano que hace armas, los derechos
No tiene de soldado, y que se mira
Como asesino aleve, ó encubierto.
En fuerza de esta lei sábia y terrible
Podeis llevarlo todo á sangre y fuego.

Con mucha expresian vuelto al pueblo.

Mas ¡infeliz anciano! tristes madres!
¡Pacíficos vecinos! niños tiernos!
¿Qué culpa teneis vos del fanatismo
De un fraile vil, que su alto ministerio
De dulzura y de paz ha profanado
Hasta el terrible lance en que nos vemos?
He aquí vuestra gloria, generosos (*A los soldados.*
Franceses; perdonad: y el ardor vuestro
No os haga olvidar, no, que entre los malos
Sacrificar podeis á muchos buenos.
Felipe! amigo, hermano! pues nos unen *A Felipe.*
La sangre, la amistad, y todo á un tiempo,
En tí confio: marcha á ver si logras
Hacer que cedan de su loco empeño
Esos ilusos: puede ser, ¿quién sabe?
Al ver tan cerca su inminente riesgo.

FELIPE.

¡Comision para mi la mas gloriosa!

Se acerca al pueblo tremolando un pañuelo blanco, y dice:

¡Amigos de Alcolea! de paz vengo:
Escuchad:::

ESCENA. 3.ª

Los mismos, y Calzones que oculto detrás de una tapia del lugar tirará un tiro diciendo.

Asi escucha Don Pelayo
Del gabacho cobarde el parlamento.
Cae muerto Felipe.

ALVERTO. *Con furia á sus soldados.*
No haya piedad, ¡soldados! todos mueran:
Que no quede uno vivo en todo el pueblo.

ESCENA. 4.ª

Acometen los soldados disparando muchos fusiles: prendese fuego en varias partes del pueblo: el Fraile que va á huir por una tapia cae muerto de un fusilazo.

ESCENA 5.ª

Calzones y Malacara.

CALZONES.
Pude salvarme en fin: ven Malacara:
Al Alcalde de Otivar apelemos. *Huyen.*

ESCENA 6.ª

Los mismos y Alverto con el sable desembainado en ademan de perseguir á Calzones

ALVERTO.
Aguarda hombre malvado, monstruo infame.

Mata á los dos que los alcanza al desaparecer de la escena.

ESCENA 7ª

Laura, Alverto, D. Antonio y Cecilia.

LAURA. *Mui presurosa.*

¡Alverto! por mi amor, ¡amado Alverto!
El lugar arde todo: por tu vida
Salva á los infelices.

ALVERTO. *Con voz esforzada.*

Cese el fuego.
Por el Emperador, ¡soldados mios!
Que tan magnánimo es como severo,
Las llamas apagad: salvad á todos,
Pues los malvados yá todos murieron.
Empieza á disminuirse el fuego.
Estás servida mi querida Laura:
Y está mi corazon ya satisfecho.

LAURA.

¡Qué placer es, amado Alverto mio,
Al malo castigar salvando al bueno!
Mas te resta una deuda mui sagrada:
He aquí á Don Antonio, á quien debemos
Oficios los mas gratos y estimables.

Él me ha auxîliado en todo: es mi consuelo
En mi situacion triste.

ALVERTO.

Amable amigo,
Ven á mis brazos, y recibe en ellos
Toda mi gratitud, mi confianza,
Y mi eterna amistad.

DON ANTONIO.

Yo os agradezco,
Señor, tan generosas expresiones,
Que gravadas tendré siempre en el pecho.

ESCENA 8ª

Los mismos y Don Justo, el Alcalde y Sesudo.

LAURA. *Mirándolos de lejos.*

¡Ay el Cura Sesudo y el Alcalde!
Se salvaron por fin, gracias al cielo.

ALCALDE. *Entrando en la escena.*

De buena hemos escapao,
Ya pronto cesará el fuego:
Los soldaos á las llamas
Se tiraban como perros.

ALVERTO.

Venid amigos, vos sois

Los patriotas verdaderos:
Conoceis los intereses
Del pais: y que el esfuerzo
Contra el grande Emperador,
No es mas que arruinar los pueblos,
Estando quieto el paisano,
¡Quántos desastres, ó cielos
Se hubiera ahorrado el pais!
El Emperador atento
Al interes de la Francia,
Y la España á un mismo tiempo,
Baxo su alta proteccion
Os dá un Rei, y un Rei tan bueno,
Que aun de sus mas enemigos
Se ha conciliado el aprecio:
Si, amable y sábio Joséf: *Al Rei ó á la autoridad*
No está lejos, no está lejos, *que le represente.*
Aquel dia bienhadado
Que tranquilo todo el Reino,
Te llamen tus Españoles
Las delicias de tu pueblo.

ESCENA 9.ª

Los mismos y comparsa de gente que sale del pueblo mezclada fraternalmente con los soldados, cantando en elogio del Emperador y

del Monarca, y comiendo y bebiendo todos alegremente por haberse salvado el pueblo. El Alcalde, D. Justo, Sesudo, Alverto, Laura, Cecilia y D. Antonio alternarán en la fiesta brindando á la salud del Emperador y del Monarca. Se suspende un poco el ruido de la funcion, de modo que pueda oirse á Laura.

LAURA.

¡Qué dia de placer! solo un disgusto
No me dexa gozar todo el contento
Que nos ofrece tan dichosa escena....
¡Felipe!....

Durante estos versos estará haciendo Alverto ademanes como para significar que entren á Rosa, y con efecto entra con una pequeña escolta de soldados al final de los versos.

SIGUE LAURA.

Madre mia!.... justos cielos!....

ROSA.

¡Hija del alma mia!.... hija adorada!....
¡Generoso Frances! amado Alverto!

Abraza á Laura, luego á Alverto, y abrazados los tres se baxa el telon.

LAS CAPAS,

COMEDIA EN DOS ACTOS,

ESCRITA EN FRANCES

por el célebre Scribe.

Traducida

por D. Ventura de la Vega.

SEGUNDA EDICION.

COMPRA Y VE
DE
COMEDIAS
C.E DE S.T MARTIN 2.MA

Madrid: 1838.

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,

calle del Amor de Dios, núm. 7.

PERSONAS.	ACTORES.
Blum.	*Sr. A. Guzman.*
Brigida.	*Sra. R. Gonzalez.*
Plefel.	*Sr. E. Noren.*
Mauricio.	*Sr. P. Mate.*
Luisa.	*Sra. J. Baus.*
Peters.	*Sr. B. Rodriguez.*
Un Ordenanza. . .	*Sr. Lledó.*
Conjurados.	

La escena es en una ciudad de Alemania.

Esta Comedia es propiedad de su Editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima.

ACTO PRIMERO.

Habitacion pobremente amueblada. — Puerta pequeña al foro. — Otra igual á la derecha. — Mesa con almohadilla de costura.

ESCENA PRIMERA.

PLEYEL. LUISA.

Plef. Mi querida Luisa, aqui teneis vuestra habitacion. El señor conde permite que vengais á vivir á casa, y que habiteis en el quinto piso este cuarto que se desalquiló ayer.

Luisa. Vaya! Y por qué? Esto es muy triste: aqui me voy á fastidiar.

Plef. No estareis aqui mucho tiempo. Pronto sereis mi muger, y os vendreis á vivir conmigo: vuestros padres, antiguos amigos mios, si viviesen aprobarian tal enlace.

Luisa. (Eso es peor.) Y por qué me habeis sacado de casa de mi padrino Burman? Alli me divertia tanto! Estaba tan bien! Porque como iba tanta gente á la fonda...

Plef. Por eso mismo. Alli va toda clase de personas... mucho militar... y los militares alemanes, cuando se ponen alegritos... Ya me han contado que un cierto Mauricio, soldado de Guardias, andaba á la husma.. y...

Luisa. Vaya! Y por qué?

Plef. Vaya! Y por qué? No sabeis salir de ahí? He

tenido ademas para sacaros de la fonda otros motivos que es inútil esplicaros... porque... esta noche deben suceder allí cosas... que...

Luisa. Qué cosas?

Plef. Cosas... que no necesitais saber.

Luisa. Siempre me estais diciendo lo mismo... y teneis en todo un aire tan misterioso... tan lúgubre...

Plef. Quereis callar, y no volver á hacer semejante observacion? Al contrario: os mando que digais á todo el mundo que estoy muy alegre, y muy jovial, y muy chistoso, y muy... Ea, agur. Esta noche probablemente no vendré á veros, porque tengo una cita con varios amigos... Os encargo muy particularmente que os encerreis aqui esta noche, y que no salgais por ningun motivo.

Luisa. Encerrarme! Vaya! Y por qué?

Plef. No os lo puedo decir... pero por Dios, no salgais.

Luisa. Pues voy á pasar una noche divertida en este calabozo... Calle! Pues esto está aun habitado: aqui hay una almohadilla... hilo... tijeras...

Plef. Cómo es eso! Todavía no se ha marchado Brígida!... Una costurera que despedí hace un mes! Ayer por la mañana debió marcharse, y Peters, el portero, me ha asegurado que ya se habia ido... pues me ha engañado!... Engañar á un mayordomo! esto es lo que se llama el mundo al revés!... Bien. Voy ahora mismo á despedir á Brígida y á Peters.

Luisa. Vaya! Y por qué?

Plef. Por qué? Porque quiero que se me obedezca.

Luisa. Eso es tener mal corazon.

Plef. Para eso soy mayordomo... mayordomo de S. E., y como tal, responsable...

Luisa. Pues! Y la humanidad...

Plef. Primero son los alquileres, y despues la hu-

manidad. Este cuarto ha de estar desocupado. (Ay Dios, qué idea me ocurre! Este cuarto es lo mas á propósito para la reunion de...) Luisa, he mudado de parecer; por esta noche pasareis en mi habitacion, porque esta... (Sí, quinto piso; una puerta secreta... con su escalera... aquí podemos celebrar nuestra junta con mas seguridad. Voy á avisar á los individuos...)

Luisa. Qué es eso? Qué teneis? Ya vuelven los misterios, y...

Plef. No señora, no vuelven. Qué demontre de observaciones tan... me parece que sube gente...

Luisa. Será esa Brígida...

Plef. Me alegro!

Luisa. Y creo que viene un hombre con ella...

Plef. Un hombre! Vámonos por esta escalera. Yo les enviaré un recadito de atencion.

ESCENA II.

BRIGIDA. BLUM. (*Blum viene de chaqueta y capa, la cual deja al entrar, así como un lio que trae bajo el brazo.*)

Brig. Sí señor... estaba en el cuarto de Peters, el portero, hablando de vos... venir tan tarde! Esta es la primera vez... en cinco años!... Bien decia yo que el amor no os duraria mucho.

Blum. Brígida, os habeis enfadado sin razon. Cuando sepais...

Brig. Ya adivino la cuenta que os haceis. Vos decis qué prisa tengo! Yo estoy seguro de que Brígida se estará allí esperándome; porque como la vida de una costurera es tan sedentaria... no es lo mismo que la de un oficial de sastre... El roce con los ele-

gantes os hace aprender sus modales, y os habeis hecho inconstante por seguir la moda. Sí señor, y particularmente de cuatro ó cinco dias á esta parte noto en vos un no sé qué de insustancial, de superficial...

Blum. Yo!... un aleman!...

Brig. Sí; pero en vuestra tienda hay algunos franceses, y esos son los que os pierden; y desde que se ha abierto ese almacen de modas al estilo de París... Ah: y el otro dia, llevándome del brazo, saludasteis á una de esas modistas...

Blum. Por cortesía, por urbanidad... ya sabeis que yo saludo á todo viejo viviente. A qué vienen esos zelos, cuando sabeis que os amo hace cinco años, en los cuales no ceso de esperar dia por dia, hora por hora, el instante de nuestra union!...

Brig. Qué fastidio de tanto esperar!

Blum. Qué! Os cansais ya, señora Brígida!

Brig. No lo digo por mí, sino por vos, señor Blum. No podemos casarnos hasta haber ahorrado algun dinerillo... y lejos de tener ahorros tenemos deudas. V. gr.; estoy debiendo el mes de cuarto, y á no ser por el señor Peters, el portero, que en ausencia del mayordomo me ha dejado estar algunos dias mas...

Blum. No hay remedio: es preciso dinero para establecerse... y como despues de casados, sabe Dios hasta dónde nos podremos aumentar...

Brig. Pero... cuando pienso que son pasados cinco años y no nos hemos casado...

Blum. Es verdad!... Ah! Bien me acuerdo! La primera vez que os ví en aquel baile... entonces tenia yo veinte años, y vos quince... entonces era yo otro! Qué bailar! Con qué ligereza! Hacia los pasos doble mas de prisa que el violin!... Y vos! Pareciais

una rosa en la frescura, en la... No, no, ahora me pareceis lo mismo; pero... llevamos cinco años sin... Asi, pues, he tomado un partido desesperado, y os lo vengo á proponer.

Brig. Ay Dios mio!

Blum. No hay que asustarse... al grano. Hará cosa de veinte dias que un hombre, á quien no conozco, vino á buscarme, no á la tienda del maestro, sino á mi cuarto, donde estaba yo trabajando. y me dijo que si podia en el término de doce dias hacerle doce capas de cierta hechura que me indicaria... Ya sabeis que yo coso de prisa... sobre todo, cuando pienso en vos... Dígele, pues, que sí; trájome un paño de cierta clase particular... y yo puse manos á la obra.

Brig. Hicisteis las doce capas?

Blum. Hice trece... una mas... eso depende del corte... ellos no lo notaron, y yo tengo con que abrigarme este invierno.

Brig. Pero eso es muy mal hecho, Blum; vos que no sois capaz de sisar un real...

Blum. Dinero no!... De ninguna manera!... Pero paño... es otra cosa... Entre sastres... ya se sabe... es costumbre... y cada corporacion tiene sus privilegios... Y el dueño quedó tan contento, que me dió por la hechura de las doce capas, doce Federicos.

Brig. De veras?

Blum. Tomadlos... no es gran cosa; pero se me figura que nunca hemos de ser mas ricos que en este momento, y si quereis...

Brig. Qué?

Blum. Cómo qué? Que nos casemos esta noche.

Brig. Pero Blum, cómo es posible... asi, tan de repente... sin reflexionar...

Blum. Nada... un golpe en grande... y salga por donde saliere...

Brig. Pero...

Blum. Nada: si hemos de ser desgraciados; lo seremos juntos.

Brig. Pero es preciso ir á la parroquia, avisar al cura, buscar los testigos...

Blum. Pues voy á hacerlo todo. (*Llaman por el foro.*) Quién llama?

Brig. No puede ser otro que Mauricio, mi primo, el soldado de Guardias...

Blum. Ah! Mauricio vuestro primo, el Westfaliano... buen muchacho... y que os quiere mucho... Y qué vivo es de genio!... como todos los soldados alemanes.

ESCENA III.

BRIGIDA. BLUM. MAURICIO.

Mau. Hola! Buenas tardes, prima. Esta mañana no pude venir á verte, porque he estado de guardia en el palacio del conde de Rinsberg, el favorito del príncipe... Buen sugeto!... Qué ron nos ha dado! Hola! Señor Blum, á la órden.

Blum. Felices, señor Mauricio.

Mau. Aunque el último uniforme que me hicisteis me aprieta un poco debajo de los brazos... no importa... sois buen muchacho... y vengo á consultaros á los dos sobre mis amores.

Blum. Calle! Vos tambien!

Brig. Estás enamorado?

Mau. Hasta las uñas... De la hermosa Luisa, la ahijada de Burman, el famoso fondista... la muchacha me correspondia; pero el padrino y la madrina no me querian recibir...

Brig. Y cómo te componias para ver á Luisa?

Mau. Yendo á beber á la fonda del padrino. Cuando

iba solo á hacer telégrafos á la chica me echaban á la calle; pero ahora el buen Burman no se atreve á despedir á un parroquiano. Solo bebiendo podia ver á mi muchacha... y asi es que la he estado viendo desde por la mañana hasta por la noche. Pero hoy me ha perdido uno de mis prontos. Al pedir una botella de vino pregunté por Luisa, y me dijeron que se la habia llevado Plefel para casarse con ella... Casarse! Voto al diablo!... Y en uno de mis prontos levanté el palo sobre el padrino.

Blum. Jesus! Levantasteis el palo!

Mau. No solo lo levanté!... sino que lo bajé... repetidas veces sobre sus costillas. Su muger vino á defenderlo... yo le decia: Señora, silencio!... Silencio, señora!... Pero la maldita no callaba... y en otro pronto que tuve quise de un empujon sentarla en su silla... no medí bien el terreno y... paf... la senté en el suelo...

Blum. Pues la habeis hecho buena! A Dios amores, y boda, y...

Mau. Es que hay mas todavía... En medio de esta jarana, rompí todas las vasijas del mostrador... se juntó gente, vino la justicia... me han hecho un proceso verbal; y si mañana no pago una multa de seis Federicos... me llevan preso...

Blum. Ay Dios!

Mau. Yo queria buscar á ese bribon de mayordomo que se ha llevado á Luisa y quiere casarse con ella... pero si mañana me soplan en chirona...

Blum. Cómo! Al primo de mi querida Brígida!... no lo puedo permitir...

Brig. Y qué remedio?...

Blum. Los parientes se han de ayudar mútuamente. Tomad: habiamos juntado doce Federicos para casarnos... pues partamos; y quedais convidado á la

boda para esta noche... nos servireis de testigo.

Mau. Hola! Con que al fin os habeis decidido?

Blum. Sí, hoy mismo.

Mau. Bravísimo!... Pues voy á pagarle sus seis Federicos al amigo Burman, y á ver si le engatuso y me dice el paradero de Luisa y de su protector Plefel.

Blum. Salgamos juntos; que yo voy tambien á la parroquia.

Brig. Qué estais diciendo?... asi... en ese trage.

Blum. Si no tengo otro... pero me pondré mi gran capa nueva, y estaré hecho un conde del Santo Imperio.

Brig. Y en un dia de boda con capa!

Blum. Es verdad... pero un frac nuevo cuesta muy caro y... calla! calla! Ya está compuesto todo... Aquí tengo un rico frac (*Abriendo el lio.*) que el maestro me ha mandado llevar á casa de un parroquiano... no se lo llevaré hasta mañana... y esta noche se lo amoldo.

Brig. Pero eso no es bien hecho.

Blum. Qué! Si es para un gran señor que los tiene á docenas... para el conde de Rinsberg.

Mau. El conde de Rinsberg... el favorito del príncipe... allí he estado hoy de guardia.

Blum. Será buen sugeto?

Mau. Para el soldado escelente... porque sabe batirse bien, asi es que en la corte tiene tantos enemigos... tantos que quieren usurparle su puesto...

Blum. Yo no le usurpo por ahora mas que su frac.

Mau. Mas generoso! mas amigo de hacer bien!

Blum. Mejor! Porque su frac va á servir hoy para hacer dos personas felices. Ea, vámos: y vos, primo, no olvideis que os esperámos aquí á las diez para ir juntos á la ceremonia.

Mau. No hay cuidado... no faltaré.—A Dios, prima.

(Blum se pone su capa, y marcha con Mauricio por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

BRIGIDA.

Al fin, despues de cinco años de esperar, se van á cumplir nuestros deseos: y cuando una se halla... asi... próxima al instante de... se siente una cosa que no se puede esplicar. Y eso que Blum es un jóven tan bueno... tan honrado... tan respetuoso... hoy es la primera vez que se ha desmandado un poquillo... pero antes nunca! Vaya! Hemos de ser muy felices... mucho!... Han llamado, quién será!... *(Abre.)* Señor Peters! Vos por aqui!

ESCENA V.

BRIGIDA. PETERS.

Pet. Bien contra mi gusto, señora Brígida.

Brig. Lo creo: subir tantas escaleras...

Pet. Mas pesado os ha de parecer esta vez el tenerlas que bajar, señora Brígida!

Brig. Cómo! Pues qué...

Pet. Nada... que... ahora sale con que... Vamos!... Yo no soy para estas embajadas! Pero...

Brig. Esplicaos por Dios!

Pet. Pero ya se ve... ese maldito le tiene sorvidos los sesos á S. E., y si uno se indispone con él... toma! como que me ha dicho que diera gracias á que no me ponia de patitas en la calle... y á mí! á un hombre tan exacto!

Brig. Pero en fin...

Pet. Como que hace treinta años que no entra en casa una mosca sin hablar primero con el portero, como dice el rótulo... Y todo porque soy humano y os permiti...

Brig. Por eso? Válgame Dios!

Pet. Pues!... Se ha puesto como un tigre. "Si quieres conservarte en mi gracia, sube inmediatamente y entrégale este papel... (*Se lo da.*) y no te separes de ella hasta que te dé lo que en él se le pide."

Brig. Dios mio! (*Leyendo.*) Las llaves del cuarto!

Pet. Justamente: y el... el...

Brig. El dinero del mes!

Pet. Precisamente. Seis Federicos.

Brig. Lo único que me queda.

Pet. Qué demonio!

Brig. Qué veo!... Y que si no salgo dentro de un cuarto de hora, se empleará la fuerza... Esto es ya demasiado!... Tomad... tomad... Seis Federicos... aunque pida limosna! Tomad las llaves, y hacedme el gusto de bajar esto á la portería. (*Dále la almohadilla.*)

Pet. Pobre muchacha! Me parte el corazon! (*Vase.*)

ESCENA VI.

BRIGIDA.

Buen dia de boda!... Eh! ya estamos mas pobres que antes... Ahora dirá Blum que es preciso volver á esperar... cuando ya se acercaba el momento!... Se acabó: por mi parte ya no tengo paciencia...

ESCENA VII.

BRIGIDA. BLUM.

Blum. Brígida!... Brígida!... Qué es eso? Por qué llorais?

Brig. Por qué?... El pícaro mayordomo acaba de echarme del cuarto, llevándose las llaves y los seis Federicos... de manera que estoy en la calle.

Blum. No es mas que eso? No os aflijais... os vendreis á mi casa... sabed... sabed que ya somos ricos.

Brig. Qué estais diciendo?

Brig. Una... una... aventura... Qué diablo! con la aventura y las escaleras no puedo respirar! — Pues señor, lo primero avisé en la parroquia, y todo está corriente para esta noche... Pues señor, salia yo de la iglesia, cuando al pasar por la tapia del cementerio, siento que me detienen por un brazo.

Brig. Ay Dios! Qué miedo!

Blum. Tampoco fué flojo el mio; pero al fin levanté los ojos temblando, y á la luz de la luna, vi frente de mí un hombre muy alto embozado en una capa igual á la mia. "Toma, me dijo, dándome una cartera... y dentro de pocos minutos á la cita convenida... Ya ves que cumplimos nuestra promesa... cumple tú las tuyas..." Y apenas habia concluido estas palabras desapareció.

Brig. Ay! Y que será eso?

Blum. Yo no sé... pero acercándome á la luz de un reverbero, abrí la cartera, y vi que contenia billetes de banco... banco de Austria... asi dice.

Brig. Será posible!

Blum. Y por valor de ochocientos florines. Aqui estan, tomadlos... son vuestros.

Brig. Dios mio !... Qué felicidad! estoy soñando!

Blum. Yo no sé lo que me pasa.

Brig. Ochocientos florines!

Blum. Ya veis: nuestra boda nos ha traido la fortuna! — Ay! Qué idea me ocurre! Brígida, ahora que somos ricos podriamos casarnos con un poco mas de ostentacion. Sí; sí: esta noche tendremos en casa una cena de boda... moderada... de familia... nuestro primo el soldado... algunos amigos. A los postres cantarán... brindarán á la salud de los novios. Ea, Brígida, vamonos allá ahora mismo.

Brig. Y esa cena que quereis disponer? Necesito ir á comprar... Voy, voy yo misma á escoger lo mejorcito que haya... Vos entretanto id á avisar al primo, que quedó en venir á buscarnos aqui á las diez.

Blum. Sí, sí: voy. No tengas cuidado.

Brig. Cómo es eso! tutearme!... en castigo no os permito que me acompañeis... pero... (*Con ternura.*) me encontrareis en vuestra casa. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

BLUM.

Qué guapa! si no se va tan pronto, me parece que le doy un abrazo... Por fuerza que el dinero debe dar audacia; porque desde que soy rico me he vuelto tan atrevido... (*Se pone la capa.*) Vamos á avisar al primo... Qué muger me ha tocado!... La misma virtud!... Aqui, escepto yo, nadie ha entrado. (*Se oye sonar la cerradura de la puerta derecha.*) Qué es eso! Quién abre? Yo creí que esta puerta estaba condenada... á lo menos Brígida no tenia llave... (*Abrese la puerta, y aparece Plefel embozado en una capa.*) Qué veo!... Será alguno que acostumbraba á recibir Brígida y yo...

ESCENA IX.

PLEFEL. BLUM.

Plef. Ya me han entregado las llaves (*Aparte cerrando.*) y Brígida se ha marchado... aquí estamos seguros. — Hola! bien: ya ha llegado uno. — Buenas noches, hermano.

Blum. (Hermano! Sea enhorabuena. Saludémosle, y dejémosle venir.)

Plef. S. E. no puede venir esta noche.

Blum. (Cómo! Tambien un excelencia viene á visitar á Brígida!)

Plef. Pero yo traigo sus instrucciones y represento su persona. Ya veis que todo marcha perfectamente. El conde de Rinsberg va á cenar esta noche á la fonda de Barman en compañía de tres señores de la corte.

Blum. Hola! Tres señores!

Plef. Sí.

Blum. Tres mas?

Plef. Sí.

Blum. Pues señor... no entiendo una palabra.

Plef. Qué, no habeis recibido?...

Blum. Sí señor... una cartera.

Plef. Bien... pero la circular, digo?

Blum. No señor.

Plef. Aquí la teneis. (*Dándole un papel.*)

Blum. Venga. — Me la guardaré en el bolsillo... (Vaya... no hay duda, me toman por algun otro.) — Caballero, escuchad: yo soy Blum.

Plef. Silencio!

Blum. Repito que soy Blum... vivo calle de san Cipriano, número 10.

Plef. Nada importa... Nosotros no tenemos necesidad de conocernos... á mí, con quien estais hablando... me conoceis acaso?

Blum. No señor.

Plef. Ni hay para qué... nuestra conspiracion marcha asi mejor... y con mas seguridad.

Blum. Una conspiracion!... Ay Dios mio! (*Llaman misteriosamente á la puerta derecha; Plefel abre, y entran varios hombres embozados.*)

Plef. Entrad, señores.

Blum. (Qué veo! Ay pobre de mí! — Uno... dos... tres... cuatro... mas capas! No parece sino que todo el mundo se ha hecho capa como la mia!...)

ESCENA X.

PLEFEL. BLUM. EMBOZADOS.

(*Plefel está junto á la puerta derecha. Blum á la izquierda. Los embozados saludan á Plefel, que les contesta, despues á Blum, que tambien contesta.*)

Plef. Habeis visto algo en el camino? (*Los embozados hacen seña que no. Blum los imita.*) Ni oido tampoco? (*Igual seña de los embozados y de Blum.*)

Blum. (Yo no sé qué significa esto... pero lo cierto es que me va entrando un miedo...)

Plef. He creido que en este sitio (*Colocándose en medio.*) estariamos con mas seguridad... aqui nadie nos puede sorprender...—Aun no han llegado todos los hermanos... Sin embargo, podemos entre tanto deliberar... tomemos asiento. (*Coge cada uno una silla, y se sientan en semicirculo. Plefel en medio de todos. Blum el último de la izquierda.*)

Blum. (Si no fuera por los billetes de banco, creería hallarme entre una pandilla de ladrones... pero los ochocientos florines!... Y ladrones que den dinero dicen que no los hay. — A ver... No hay duda: (*Tocando la capa del inmediato.*) son mis capas... reconozco el paño.)

Plef. Hable cada uno á su vez. Hermano, á vos os toca... teneis la palabra... (*A Blum.*)

Blum. Yo tengo la palabra! Qué palabra?

Plef. Que os toca empezar.

Blum. Señor... Señores... (*Tosiendo y preparándose á hablar.*)

Plef. Mas alto... mas alto...

Blum. Señores...

Plef. Hermanos.

Blum. Hermanos mios... no hallándome acostumbrado á hablar en público...

Plef. Eso no es del caso... no se os pide mas que vuestra opinion... aqui cada cual tiene la suya.

Blum. Ciertamente... ya se ve! Yo tambien tengo la mia... pero... mi opinion es absolutamente igual á la vuestra... con que no tengo ninguna objecion que hacer... y cedo la palabra... al que la quiera tomar.

Plef. No, hermano: despues de vos... despues de vos... (*Llaman á la puerta del foro: todos se levantan.*) Silencio... Serán sin duda los demas hermanos. (*Hace sentar á todos, y va á mirar por la cerradura de la puerta.*)

Blum. (Ay Dios mio!... ahora si que es ella! Pobre de mí! Cuando se junten las doce capas, verán que son trece y...) *Llaman.*)

Plef. Señores... un soldado! (*Azorado.*)

Todos. Un soldado! (*Se levantan.*)

Plef. Un soldado de Guardias!

Blum. (Mauricio que viene á la cita.) (*Llaman.*)

Todos. Estsmos perdidos!

Plef. Nos habrán vendido!... Quién será el traidor!...

Blum. Dios me valga!

Plef. No hay que azorarse... por la escalera secreta...

Todos. Vamos... pronto... abrid.

Plef. Poned antes las sillas en su lugar. (*Lo hacen.*) Y mi Luisa! Cómo se ha de quedar aqui sola... espuesta...

Todos. Ea, abrid.

Plef. Se la confiaré á este hermano, que es el único que me ha dicho las señas de su casa. Escuchad vos (*A Blum bajo.*) — Voy á entregaros una jóven para que la depositeis en vuestra casa hasta mañana... bajo la fé de nuestro juramento!... Silencio sobre todo, ó serás muerto. (*Mostrándole un puñal.*)

Blum. Pero hermano...

Plef. Basta. (*Golpes á la puerta.*)

Todos. Abridnos ya. (*Plefel abre y empiezan á salir.*)

Plef. Ya sabeis donde. — Venid. (*A Blum.*)

Blum. Pero si yo...

Plef. Pronto... Vamos. (*Le agarra del brazo.*)

Blum. Pero...

Mau. (*Dentro.*) Abrid con mil demonios! (*Golpeando.*)

Todos. Huyamos! (*Se van atropelladamente, llevándose en medio á Blum. Mauricio redobla los golpes. Cae el telon.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de Blum.—Puertas en el foro.—Dos puertas laterales.—Sillas, sillones viejos, mesa y luz.

ESCENA PRIMERA.

BLUM (*Embozado, dando el brazo á Luisa.*) LUISA.

Blum. Entrad, entrad, señora... ó señorita, ó lo que seais. Ya estais en mi casa; nada temais.

Luisa. Por mas que hago, no puedo desechar el miedo.

Blum. Pues eso, ni yo tampoco.

Luisa. Decidme por Dios: dónde tratais de llevarme?

Blum. Si alguien os ha visto entrar, qué dirá de mí? Que un hombre de tan irreprensible conducta se ha echado á picos pardos... y precisamente el dia de su boda!—Y como por desgracia es tan linda... Y el hermano de la capa, que me la ha confiado hasta mañana... pena de la vida!

Luisa. Hasta mañana! Vaya! Y por qué? qué significa esto?

Blum. Si vos me lo pudiérais esplicar...

Luisa. Toma! Yo os diré todo lo que sé.

Blum. Nadie está obligado á mas.—Vaya; esta jóven se conoce que es como yo, una víctima inocente.

Luisa. Habeis de saber que yo tengo un amante...

Blum. Hola!

Luisa. Es decir... tengo dos...

*

Blum. Cáspita!

Luisa. Pero yo no amo mas que á uno.

Blum. Pues es milagro que no ame á los dos.

Luisa. Y el que yo no amo que es Plefel, me acaba de decir: "Tú no puedes quedarte en casa, porque corremos peligro, y en casa de tu padrino mucho peor!..."

Blum. Con que corremos peligro? Y vuestro padrino tambien?... Vuestro padrino será sin duda uno de los primeros funcionarios del Estado?

Luisa. Es fondista.

Blum. Fondista!... Aprieta! Ahora sí que he perdido el hilo.

Luisa. Y continuó.... "Vas á seguir á uno de nuestros hermanos..." que erais vos.

Blum. Sí, el mismo.

Luisa. "El te llevará á su casa, y te lo esplicará todo."

Blum. Ah!... Soy yo el que os ha de esplicar...

Luisa. Sí señor... Con que decidme por qué me habeis traido...

Blum. Medrados estamos! Ay Dios mio! Que subo gente! Y debe ser mi novia! Por Dios que no os vea!

Luisa. Y por qué? (*Llaman.*)

Blum. Es verdad... podeis quedaros sin miedo... yo estoy inocente... (Pero si la ve aqui, será preciso esplicarle... y el hermano de la capa me ha dicho: "Silencio sobre todo, ó serás muerto.")—(*Llaman.*) Voy... voy... Vaya, no podeis quedaros aqui... por Dios! escondeos por un instante... entrad en este gabinete. (*Señalando una de las puertas.*)

Luisa. No me dejes aqui mucho tiempo.

Blum. Tantos años esperando la felicidad... y cuando viene tengo que dejarla á la puerta!

ESCENA II.

BLUM. BRIGIDA.

Brig. Muy bien, caballerito!... Pensé que no queriais abrirme... me habeis tenido una hora á la puerta.

Blum. Estaba... ahí... ahí dentro... en la cocina... Cuarto de hombre solo... ya sabeis... Qué es eso! Hace mucho frio? Os habeis constipado?

Brig. No: si no que he venido tan de prisa... aqui traigo las provisiones: tendremos una cena escelente: he tardado un poco; pero... ya se ve... me he detenido contando á todos la historia de nuestro casamiento.

Blum. Jesus me valga!... Y habeis hablado de los ochocientos florines... y del modo que nos han venido?

Brig. Por supuesto!... se lo he contado á todo el mundo.

Blum. Ay Dios mio! Pues... mi querida Brígida... sabed que no debiais... no es decir que hayais hecho mal... pero en adelante procurad callar cuanto os sea posible.

Brig. Cómo es eso?

Blum. Es decir,.. no lo digo por mí... porque estando los dos juntos, ya sabeis que aunque os esteis hablando todo el dia, como os suele suceder, nada importa... y mas ahora... que no estoy para responder... porque el susto... la conmocion...

Brig. Es verdad!... Lo mismo me sucede á mí. Ahora poco, cuando llamaba á la puerta, sentia un temblor... una palpitacion... Vaya! Qué teneis?

Blum. Nada... nada, querida Brígida: (*Llaman.*) es que... como estan llamando...

Brig. Sí, pero antes no llamaban...

ESCENA III.

BLUM. BRIGIDA. MAURICIO.

Mau. Bravo! Vivan los novios! Hombre, siquiera vos abris á las gentes; pero mi prima!... Dos horas he estado allí á la puerta, dando unos golpes que alboroté la casa: pero nada...

Brig. Pues qué, no te avisó Blum?

Blum. No le avisé... ni pude avisarle... pero una vez que le tenemos aqui, ya está todo compuesto.

Mau. Aqui me teneis para asistir á la boda.

Blum. Tenemos una cenita dispuesta, y espero que nos acompañareis.

Brig. No somos mas que los tres, y acaso te fastidiarás...

Mau. Nada de eso: yo tengo buen apetito, y me alegro cenar con dos enamorados... porque los enamorados no comen. Ah! se me olvidaba: abajo hay uno que pregunta por vos.

Blum. Por mí! Ay Dios mio!... Y quién es? Un hombre de capa?

Mau. No: un muchacho que viene de parte del maestro sastre... Dice que el conde de Rinsberg ha enviado á buscar su frac, porque lo quiere llevar esta noche á una cena.

Blum. Vaya, hoy todo me sale mal; y qué hago yo ahora?

Brig. Toma! enviárselo inmediatamente.

Blum. Teneis razon... (*Se quita el frac.*) Ea, voy á llevárselo... vive á dos pasos de aqui. (*Le dobla y envuelve.*) (Y dejo aquí á la otra!... Si la descubre!... Primo, palabra: cuidad de que Brigida no registre nada en la casa... ni se entre por esas pie-

zas... porque... ya veis, como cuarto de hombre solo... todo está revuelto.

Mau. Ya entiendo... habrá por ahí cosas... billetitos amorosos..

Blum. Precisamente... al instante vuelvo. (*Váse.*)

Brig. Primo, en vez de tanta conversacion, mejor harias en traerme cubiertos, servilletas... si es que hay.

Mau. Voy á buscarlo por la cocina. (*Váse.*)

ESCENA IV.

BRIGIDA.

Casa donde no hay muger, ya se sabe, todo en desorden. Ya lo arreglaré yo todo... y nos pondremos bajo otro pie... Da miedo ver esto! Todo revuelto... los trastos por medio... Y por adentro!... Gracioso estará. Veamos su alcoba... (*Abre la puerta del cuarto donde está Luisa.*) Dios mio!

ESCENA V.

BRIGIDA. LUISA.

Brig. Qué veo!... Una muger aqui escondida!...

Luisa. Señora!...

Brig. Ah, infame!... Infame!... Quien lo hubiera dicho!... Antes de casarse me la pega!... Qué será despues?

Luisa. Tranquilizaos, señora... escuchadme.

Brig. Qué he de escuchar!... Quitaos de mi presencia!

ESCENA VI.

BRIGIDA. LUISA. MAURICIO.

Mau. Esto es todo lo que he encontrado. (*Con un plato.*)

Brig. Primo, sabe que mi señor marido tiene otra querida, y que la he encontrado escondida aqui.

Mau. Escondida aquí!... Es posible! (*Viendo á Luisa.*) Gran Dios! Qué veo! Luisa!... Mi Luisa escondida!... Ah! Infame! Si esto es antes de casarte, qué sería despues!

Luisa. Mauricio!... Vos aqui!... Escuchadme por Dios... yo os juro que no es lo que pensais... esto es un misterio para mí... yo misma no sabia en qué sitio me hallaba...

Mau. No lo sabias, perra!... Te he de asesinar...

Luisa. Mauricio!

Brig. Conteneos... no escandalicemos mas.

ESCENA VII.

BRIGIDA. LUISA. MAURICIO. BLUM.

Blum. Aqui estoy ya de vuelta. (*Cerrando la puerta.*)

Mau. Hola! Este las va á pagar todas.

Blum. He venido á escape.

Brig. Lo creo.., porque hace una hora que esta jóven os está esperando.

Blum. Cayóse la casa á cuestas!

Brig. Señor Blum, sois un infame!...

Blum. Pero Brígida...

Mau. Señor Blum, sois un canalla...

Blum. Pero Mauricio...

Brig. Un seductor...
Blum. Brígida!...
Mau. Un escandaloso!...
Blum. Mauricio!...
Mau. Agradeced que no saco el sable y os atravieso de parte á parte.
Blum. Pero por Dios! Qué he hecho yo?
Brig. Cómo! Qué habeis hecho!... Que lo diga esta señorita Luisa...
Blum. Luisa!
Brig. Sí señor... la querida de Mauricio... ó mas bien la vuestra.
Luisa. Qué estais diciendo?
Blum. Os atreveis á suponer?...
Mau. Aun levanta el gallo!...
Blum. Pero Mauricio...
Brig. Aun tiene atrevimiento...
Blum. Pero Brígida...
Brig. En fin, decid: cómo es que esta muchacha se halla aqui?
Mau. Ea, responded: cómo es que se halla aquí?
Luisa. Sí, responded: cómo es que me hallo aqui?
Blum. Y vos (*A Luisa.*) podreis esplicarme cómo es que os hallais aqui?
Luisa. Yo no lo sé.
Blum. Ni yo tampoco... por vida del demonio! Que ya se me acaba la paciencia, y echaré á rodar todos los parentescos del mundo!...
Mau. Cómo!
Blum. Es posible que un ciudadano honrado y pacífico se vea obligado á recorrer una série no interrumpida de situaciones tan equívocas como espinosas, que comprometan su honor ó su existencia!... Ea! acabemos, voto al demonio!... Que ya se me sube la mostaza á las narices!...

Brig. Blum!... Por Dios! (*Deteniéndolo.*)

Luisa. Por Dios! Mauricio! (*Deteniendo á Mauricio.*)

Mau. Bien... ya es tarde... mañana... á las cinco de la mañana... yo vendré... traeré dos sables...

Blum. Para qué?

Mau. Ya sabeis... y uno de los dos... no tendrá necesidad de desayunarse.

Blum. Hombre del diablo!

Mau. Entre tanto, señorita Luisa, hacedme el gusto de venir conmigo... os llevaré á casa de vuestro padrino.

Blum. (Dios mio! Y á mí que me la han confiado, pena de la vida!)—Dónde os vais?

Brig. Callad, infame!... Primo, llévatela pronto. (*Deteniendo á Blum, que quiere seguirlos.*)

ESCENA VIII.

BLUM. BRIGIDA.

Blum. Se la lleva!... Se va!... (*Azorado.*) Y el hermano de la capa, que mañana, ó acaso esta misma noche, me la vendrá á pedir!... Ah, Brígida, qué habeis hecho!... Desdichada Brígida! Qué habeis hecho!

Brig. Y aun me reconvenís!

Blum. Sabes que me importa la cabeza? (*Con misterio.*)

Brig. Qué decís?

Blum. Desgraciada! Ya atentas á la cabeza de tu esposo... antes de ser tu esposo!...

Brig. Callad... sois un monstruo. Lo que siento ahora es la fidelidad que os he guardado estos cinco años: no, no; como estuvieramos al principio...

Blum. Brígida!... la cólera os ciega sin duda... sabeis lo que estais diciendo?...

Brig. Pero nada hay perdido... (*Tomando su mantilla.*) No quiero estar aqui un minuto mas... con un hombre tan perdido, tan inmoral!...

Blum. Brígida!... Me dejais!... Y enfadada conmigo!

Brig. Me voy.

Blum. Y es asi como debe terminarse esta deliciosa entrevista!...

Brig. Vos teneis la culpa.

Blum. Brígida!... Y si estuviera inocente?

Brig. Es imposible: no he visto yo con mis propios ojos?...

Blum. Ah! Conozco que no me amais... porque creeis mas en lo que habeis visto que en lo que os digo yo.

Brig. Pero cómo me probareis?... (*A este tiempo sale Plefel, y toca á Blum en el hombro.*)

ESCENA IX.

BLUM. BRIGIDA. PLEFEL. (*Embozándose.*)

Blum. Ay Dios mio!

Plef. Blum, donde está la jóven que te confié hace una hora?

Brig. (Será posible!)

Blum. (Ay, pobre de mí) — Hermano... digo, porque en la voz me parece reconocer...

Plef. Silencio!

Blum. Digo que me parece reconocer al sugeto desconocido...

Plef. Sea yo quien fuere, debes callar mi nombre... Dónde está la jóven?

Blum. Pues señor... no sé como deciros que... habeis

de saber que... cumpliendo exactamente vuestro mandato... la señorita Luisa...

Plef. Con que la conoces?

Blum Sí señor: Luisa Burman, la ahijada del fondista...

Plef. Silencio! Una vez que la conoces, ya adivinarás el misterio... comprenderás que el interés que esta jóven me inspiraba me obligó á no dejarla en casa de su padrino en semejantes momentos... alli debia hacerse esta noche la cosa... y ya ves el riesgo que corria.

Blum. (Dios me saque con bien.) Pues señor... hace un instante que... sin que yo pudiera evitarlo... se ha vuelto allá!

Plef. A casa de su padrino? Bien. Yo tengo que huir ahora mismo, y no podia llevármela... Has hecho bien.

Blum. Con que he hecho bien? — (Pues ha sido sin saberlo!) — Con que no lo tomais á mal?

Plef. Que no te he dicho. Ya sabes que la cosa no ha podido verificarse!

Blum. Hola! No ha podido verificarse... (Qué diablos será esa cosa!)

Plef. La conspiracion se ha descubierto. (*Bajo.*)

Blum. Es posible... aquella famosa conspiracion?...

Plef. No han obrado todos con el mismo zelo que tú, ni sobre todo, con la misma fidelidad. Yo por mi parte nada temo... S. E. tiene favor, y saldré bien, pero tú y los demas...

Blum. Ay Dios mio!

Plef. Escucha: á las tres de la mañana hallarás á la orilla del rio una lancha amarrada... Qué es eso? No me entiendes?

Blum. Sí señor, sí... una lancha amarrada... pero para qué?

Plef. Para que te aproveches de ella si quieres.
Blum. Y si no me aprovecho?
Plef. Como gustes; pero si no te aprovechas, te advierto que á las siete te ahorcarán.
Blum. A las siete!
Plef. Hora mas ó menos... pero te ahorcarán. (*Se retira.*)
Blum. Oid una palabra.
Plef. A Dios... (*Alejándose misteriosamente.*) olvida las relaciones que nos han unido... A las tres... á la orilla del rio... te espera una lancha... A Dios.

ESCENA X.

BLUM. BRIGIDA.

Blum. Qué tal? (*Quedan un momento mirándose sin hablar.*)
Brig. Yo no entiendo una palabra...
Blum. Pues bien... eso es lo que me ha sucedido á mi desde el principio... estar en ayunas.
Brig. Pero qué peligros son esos que os amenazan?
Blum. Y yo qué sé? — Pobre de mí — A las tres la lancha... á las cinco Mauricio que viene á ensartarme... á las siete me ahorcan... es una sucesion tan numerosa de muertes, que aunque tuviera doscientas vidas!...
Brig. Y por qué no habeis ido á declarar á la justicia?
Blum. Ya habia yo pensado en eso... pero qué le he de declarar, si no sé nada!
Brig. Con que no estais enterado?...
Blum. Nada... ni esto. — Vaya! escepto los ochocientos florines, esta maldita capa no me ha traido mas que tribulaciones... sin contar las que veo en perspectiva!

Brig. Pues es preciso esconderos ó escapar.

Blum. Escapar!... No señor: yo he de apurar este misterio.

Brig. Y si os ahorcan?

Blum. Me dirán por qué... y asi lo sabré todo... Sí señor... quiero que me ahorquen... aunque no sea mas que por curiosidad.

Brig. Jesus! este hombre ha perdido el juicio!... Ay Dios!... mi primo Mauricio.

ESCENA XI.

BLUM. BRIGIDA. MAURICIO.

Blum. Señor Mauricio, vuestro relox adelanta mucho...

Mau. Amigo Blum, no vengo como enemigo... Luisa me lo ha contado todo, y vengo á salvaros.

Brig. Pues qué hay?

Mau. Una noticia que mete mucho ruido, y que acabo de saber ahora, cuando llevaba á Luisa.—Parece que dos ó tres personages que no han sido descubiertos habian tramado una conspiracion contra el conde de Rinsberg, el favorito del príncipe, y habian metido en el complot á diez ó doce personas del pueblo... menestrales, artesanos, á cada uno de los cuales se le dió ochocientos florines.

Blum. Eh, ya la hicimos!

Mau. Y lo mas chistoso es que estos infelices ni aun se conocian unos á otros, y solamente se distinguian por señales algo confusas, como por ejemplo, entre otras, una capa negra de cierta hechura particular.

Blum. Brig. Ay Dios!

Mau. Aqui... el primo está enterado...

Blum. Yo!... no señor... no sé una palabra...

Mau. Sí; vos debeis negar... pero no os creerán, y... Pues señor, el conde de Rinsberg debia ir á cenar esta noche con unos amigos á la fonda de Burman; y el plan era segun unos hacerlo volar al fin de la cena con pólvora...

Blum. Hacerlo volar!

Mau. Pues... á los postres... puf!... Como una botella de champaña. Y segun otros meterlo en una lancha que estaba esperando, y llevárselo por ahí... á viajar... Pero todo se ha descubierto.

Blum. Brig. Y cómo?

Mau. No se dice cómo; pero lo cierto es que han ido á echar el guante á todos ellos... Ese pícaro mayordomo, Plefel, era uno de tantos... pero yá no nos estorbará nuestra boda. — Ahora bien; Luisa y yo conocemos otra persona que está comprometida... y vos tambien primo... (*Mirando á Blum.*) con que vengo espresamente á decirle como amigo: escápate al instante.

Brig. Ya entendemos lo que dices, y te damos gracias; pero has de saber que Blum es inocente.

Blum. En hora buena; pero cómo lo pruebo? Si todo el mundo me ha visto ya con esa maldita capa! Si vos habeis contado á todos vuestros conocidos que he recibido ochocientos florines!... En fin, si he asistido en persona á la sesion...

Mau. Es hombre al agua.

Blum. Soy hombre al aire... porque si me ahorcan... Solo me queda un medio... ya sabeis...

Brig. Cuál?

Blum. El que me decian ahora poco... la lancha... es mi único recurso.

Brig. Cómo! Blum! — Me abandonais?

Blum. Sí!... sí!... Brígida infeliz! Y la noche de nues-

tras bodas!... Ah! Bien decíais esta mañana... que jamas nos veriamos unidos!

Brig. Dios eterno! Qué fatalidad! Y todo por haber hecho doce capas...

Blum. No, no!... por haber hecho trece! Hé aqui las consecuencias de una tijera estraviada!... Sastres! Escarmentad! A Dios!

Brig. Con que es de veras? Me abandonas!

Blum. Oh momento amargo!

Mau. Cómo ha de ser!... no hay otro remedio. (*Los tres sacan sus pañuelos y se ponen á llorar.*)

Blum. Me escribirás!

Brig. Buen consuelo de tripas!

Mau. No os detengais: partid. (*Llaman, y abre Mauricio.*)

Blum. Gran Dios!... Ya no será tiempo.

ESCENA XII.

BLUM. BRIGIDA. MAURICIO. UN ORDENANZA.

Ord. El señor Blum?

Mau. No... no... aquel.

Ord. De parte del señor conde de Rinsberg que vengais conmigo.

Brig. y Mau. Cielos!

Blum. Dios mio! (*De rodillas.*) Recibe mi alma en holocausto!...

Brig. y Mau. Blum!

ESCENA XIII.

BLUM. BRIGIDA. MAURICIO. UN ORDENANZA. LUISA.

Luisa. Hola, habeis hallado la casa? (*Al Ordenanza.*) Con mis señas...

Mau. Luisa?... has sido tú!...

Luisa. Sí, yo misma... Pero por qué llorais cuando estais de enhorabuena?

Brig. Blum. Mau. Qué estais diciendo?

Luisa. Escuchad. El conde de Rinsberg ha ido á cenar á casa con otros amigos... "Señores, dijo al entrar, parece que han querido interrumpir nuestra cena; razon mas para que sea espléndida."

Mau. Bien dicho!...

Luisa. Se pusieron á cenar...

Mau. Bien hecho!...

Luisa. Y yo los estaba sirviendo... Entonces le preguntaron cómo se habia descubierto la conspiracion. "Del modo mas original!... respondió. Me ha llevado mi sastre esta noche un frac nuevo, y registrando yo los bolsillos, me encontré una carta que me lo ha descubierto todo."

Blum. La circular que yo me metí en el bolsillo!

Luisa. "Mandé á preguntar al sastre, pero nada sabia; porque el frac lo ha hecho y traido á mi casa uno de sus oficiales llamado Blum... y á él debo sin duda el caritativo aviso: con que lo haré buscar y le recompensaré tan importante servicio."

Blum. y Brig. Será posible!

Luisa. Entonces yo me llegué y le dige que os conocia. "Pues bien, esclamó: que me lo traigan. Será sastre de cámara... que venga.. que quiero cono-

cerlo." Yo le dí las señas al Ordenanza... pero por si no acertaba he venido yo misma...

Blum. Dios eterno! Qué extraordinaria peripecia!

Brig. Sastre de cámara!

Blum. Vamos... vamos á presentarnos á S. E.... á esa víctima que yo he salvado!... Luisa... Mauricio... ochocientos florines tengo... despojos del enemigo... Si el señor conde me los deja... partiremos.

Luisa. Mau. Querido primo!

Blum. Con los unos conspiré
sin saber lo que me hacía;
sin saberlo fuí espía
y á los otros avisé.
Con todos caigo de pie...
muchos hay de esta manera.
No me corteis la carrera,
disimulad indulgentes;
y á estas *Capas* inocentes
no les metais la tijera.

FIN DEL SEGUNDO Y ULTIMO ACTO.

Se halla en Madrid en la librería de Escamilla, *calle de Carretas; y en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas.*

Se halla en Madrid en la librería de Escamilla, calle de Carretas, y en la de Cuesta, frente á las Carcelas.

EL CAPITAN RICARDO,

ó

AMOR Y EGOISMO.

COMEDIA EN TRES ACTOS

Original de

D. ALEJANDRO SEGRE Y MONSERRAT.

MADRID:

LIBRERIA DE LA VIUDA RAZOLA.

—

1841.

BARCELONA. Imprenta de Saurí, calle Ancha.

Esta comedia es propiedad de el impresor y demandará en juicio al que la reimprima.

PERSONAGES.

D. Melchor, padre de
D.ª Carlota y
De Luisita.
Ricardo.
D. Policarpo.
Alfredo.
Beltran.
El Lobo, cabecilla faccioso.
El Chato, idem.
Un faccioso.
Un asistente.
Una criada.

El primero y tercer acto pasan en Barcelona el segundo en Tiana.

El teatro representa un cuarto bajo con puerta en el fondo y ventana á uno y otro lado.

PERSONAJES.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Beltran, Alfredo, sentados junto á una mesa, Ricardo, paseándose con aire triste de un estremo á otro de unos de los pabellones de la ciudadela.

Beltran. - Mira Alfredo, mira que triste está hoy nuestro Ricardo.

Alfredo. - Toma, se le conoce á la legua de que se duele el niño... tiene mal de amor, y como hoy hemos de dejar á Barcelona...

Beltran. - Se ha de despedir de su adorado dueño, y de ahí la pena... Lástima que nuestro general no tenga conocimiento del horrendo caso, quizás hubiese tenido la condescendencia de no mudar la guarnicion, y entonces...

Alfredo. - Pero dime, si es que lo sabes, Beltran, es cierto que esos amores tienen el origen romancesco con que los adornan y hacen rodar de boca en boca aquellos palurdos aldeanos?... A mi me parece cuento, amigo mio.

Beltran. - Estoy en ayunas, Alfredo... y á propósito has levantado la liebre, porque tambien voy á hacerle fuego! Ricardo, amigo Ricardo ven acá, chico; Cuentanos esa aventura!...

Alfredo. - Sí ven; Cuentánosla. Bravo Capitan, así disiparás ese negro humor, ese espleen, que te tiene hecho un estupendo.

Beltran. - Ven Ricardo...

Ricardo. - Que quereis?

Alfredo. - Siéntate... Cuéntanos esa aventura.

Ricardo. - Lo sabeis ya; es tal como os la han contado.

Alfredo. - Verdad, nos la han contado, pero nos han hecho de ella un relato pálido y enfermizo, y quisiéramos oir de tu boca uno lozano y florido, como es de esperar de quien ha figurado en ella como autor, y tiene una imaginacion brillante como el reflejo de nuestras bayonetas en un dia de combate...

Ricardo. - Sea en hora buena, pero no sé porque os habeis de ocupar de esas tonteras. (*se sienta.*)

Beltran. - Cuenta y déjate de escusas.

Alfredo. - Es cierto que la librasteis de las garras del tigre Tristany?

Ricardo. - Cierto.

Beltran. - Como se hubiera divertido en ella el religioso cura. Pardiez!... ¿y como fué esto?

Ricardo. - La casualidad mas rara del mundo. Volvia de Camarasa á Balaguer, donde estaba de guarnicion antes de pasar á

esa de Barcelona, montado negligentemente en mi bayo, con la sola compañía de mi asistente, que iba tambien montado: cuando, atravesando un bosque que hay junto á la orilla de un riachuelo que se junta con el Segre, oí lastimeros gritos que por el metal de la voz dulce y melodiosa reconocí ser de muger: apliqué espuelas al caballo que rechinaba y rehitaba las orejas, cual si anhelaba orgulloso tomar parte en la noble empresa que íbamos á acometer.

Alfredo. - Siempre estuve prendado de tu caballo... adelante, y que fué ello?

Ricardo. - Efectivamente no me engañé, á penas dejamos el bosque á nuestra espalda, cuando á unos trescientos pasos de distancia por entre una espesa niebla que nos dejaba apenas distinguir los objetos que nos rodeaban, acertamos á columbrar en la orilla correspondiente á nosotros el flotante velo del gorro de una señora, montada á caballo, á su lado á un hombre tambien montado á caballo y en la opuesta orilla otra señora, que segun se colegia por sus ademanes, pugnaba para hacer vadear el rio á su rebelde Guartago.

Alfredo. - Haya la damisela!... y por eso chillaba la melindrosa.

Beltran. - ¿Quien hace caso de mugeres?...

Ricardo. - Sobraba la razon amigos mios.

Mas que censura merecia alabanza su denuedo: manejaba el bridon con el mismo donaire y soltura que lo hubiera hecho esa bella diosa que nos han pintado los poetas latinos ocupada en los bosques cazando ciervos y jabalíes.

Beltran. - Descripcion de poeta. amigo mio.

Alfredo. - No, de enamorado...

Ricardo. - Ni uno ni otro, la verdad y nada mas... Pero como os he dicho, su gallardía era por demás, y sin embargo á pesar de la destreza del ginete. el caballo no bien habia mojado las manos en el agua, levantaba la cabeza relinchaba tristemente y volvia paso atrás..

Beltran. - Bien, pero hasta ahora no veo que hubiese motivo para que hiciera tantos aspavientos la señora.

Ricardo. - He dicho que sobraban, amigo mio. Figuraos que, en tal estremo, divisais una de esas falanges de Caribes que llamamos facciosos, que ois sus alaridos de triunfo, y que les veis venir furiosos, hácia vos á la desbandada y á escape desesperado...

Alfredo. - Y ella estaba sola.

Ricardo. - En aquella orilla estaba sola; su hermana y el mozo que las acompañaba habian pasado ya en la opuesta.

Beltran. - Como! y porque no habia vadeado el rio con ellos!...

Alfredo. - Como la habian abandonado?

Ricardo. - La corriente habia crecido con las lluvias; en aquel entónces llovia tambien á cantaros, y tronaba y relampagueba tan fúnebre y tristemente que no parecia sino que llegaba el fin del mundo! Por eso habia sido preciso que el mozo las fuera pasando una á una.

Alfredo. - Y así es como se habia quedado?

Ricardo. - Así es...

Beltran. - Pobre muchacha!

Alfredo. - Y porque no revolvia el gallina, y no se arrojaba al agua hasta ir á parar á la mar con la corriente, si era preciso para salvarla.

Beltran. - El maldito no haria mas que llora-miquear, eh?

Ricardo. - Cierto no hacia mas que suspirar, pálido como un muerto, llorando á lágrima viva, mas que la misma señora que tenia al lado, la cual en su desesperacion ella dirigia palabras de valor y aliento á su apurada hermana, ora dejaba caer la cabeza sobre su caballo

Beltran. - Que terror! era capaz de espantar al mas bigotudo granadero.

Ricardo. - Ella no obstante mostraba la mayor serenidad, si bien se conocia que reprimia las angustias en su pecho. Estas salieron afuera por fin cuando echó de ver

que iba á caer en las garras de aquella banda de beduinos y el grito espantoso que dió al asaltarla tan horrorosa idea, fué el que vino á herir mis oidos mientras atravesaba el bosque...

Beltran. - Y que hiciste tú entonces?

Alfredo. - Fuistes á salvarla?

Ricardo. - Mi mente no hubiera podido concebir otra idea, ni mi corazon otro sentimiento. Me lancé á todo escape, llegué á donde estaba su hermana, atravesé el rio... tal vez demasiado tarde ya... Así que los facciosos nos vinieron en medio de la corriente, empezaron á disparar sobre nosotros una lluvia de balas... Una acababa de matar cuando llegué al caballo de la señora, la tomé en el mio, y con la ligereza del ciervo perseguido, corrí á una parte del rio, donde me constaba á mí que no era tan profundo el cauce ,y gracias al vigor de mi caballo, y á la proteccion que dispensa el cielo en esos lances apurados, logré ponerla á salvo en la otra márgen.

Alfredo. - Entonces te enamorastes de ella.

Ricardo. - Entonces me enamoré. La espresion con que fijó en mí sus rasgados y brillantes ojos al darme la mano para desenredarse de su caballo, y pasar al mio de un airoso salto, me cautivó de tal modo el corazon, que aun cuando no la hubiese vis-

to mas, hubiera quedado enamorado de ella por toda mi vida.

Beltran. - Anda: á mí no me vengas con esas chico: así te enamorastes entonces de ella como yo del emperador de la China... De lo que te habrás enamorado luego, habrá sido de los 50.000 que adornan á la niña y bien pensado no es lo menos cuerdo

Ricardo. - No lo creas Beltran. aun cuando no tuviere mas que un vestido, con un solo vestido la quisiera...

Beltran. - Bobería.

Alfredo. - Eres un majadero... que estorbo te hacen cincuenta mil ducados de buena moneda en un tiempo en que todo el oro de un Potosi no fuera bastante para saciar ese afan de lujo y de fausto que devora á todo el mundo?

Ricardo. - Pero si yo tampoco me hago el filósofo, yo no digo que no guste del dinero pero en este caso ni por asomo ni influye en lo mas mínimo en mi conducta. Lo que yo digo es que quiero á la Carlota no porque sea rica, sino porque me gusta, porque tiene unos ojos fascinadores como los de una gazela, un cabello negro como las alas de un cuervo, unas formas esbeltas y elegantes, en una palabra porque tiene un cuerpo hermoso

y un corazon tan hermoso como su cuerpo.

Alfredo. - Y la niña te quiere?

Ricardo - Por lo menos así lo indica.

Beltran. - Es una dicha verse correspondido por tan graciosa perla.

Alfredo. - Sí, pero no pasará á mayores, te vas á llevar una calabaza tamaña como el bombo de nuestro regimiento, que te parece Beltran?

Beltran. - No soy hechicero para conocer el porvenir, amigo mio.

Alfredo. - Eso no pasa de una opinion... 50,000 ducados de dote y tu no eres mas que capitan, Ricardo... Verdad que eres entendido, valiente y discreto, y que puedes tener fundadas esperanzas de abrirte con tu espada las puertas de una brillante carrera!...

Ricardo. - Os ocupais en lo que yo ni siquiera me acuerdo, salga como saliere, á todo estoy conforme.

Alfredo. - Calle, ¿ois? (*se oyen las cajas tocando generala. Ruido y tumulto de soldados que gritan* el general, el general... *algunos atraviesan la escena para ir á reunirse con sus compañeros.*)

Beltran. - Dentro dos horas estamos de marcha.

Ricardo. - No he contado mal... Bien.., veremos.

Alfredo. - Eso si no levantamos el campo antes de dos minutos... Ya sabes que rarezas tiene ese hombre...

Beltran. - A matar facciosos, amigos. (*entra el asistente de Ricardo.*)

Asistente. - Donde quiere V. que le conduzca su caballo, mi capitan...

Ricardo. - Al estremo de la esplanada, allí vendré á juntarme contigo. (*el asistente sáluda y vase.*)

Beltran. - Quieres despedirte de la niña?

Alfredo. - No te aconjoges, Ricardo... no seas loco, haces á la muchacha cuantos juramentos de amor y de eterna memoria creas necesarios para dejarla contenta, pero así que pierdas de vista la última casa del pueblo, ya no ha de quedar en tu memoria el mas mínimo recuerdo de ese frívolo pasatiempo. Cree mis consejos, y no apagarán tus fuegos las baterías enemigas.

Beltran. - Y si no vete á América á reunirte con tu tio... todavía no habeis recibido nuevas?

Ricardo. - Veinte años que está allí, y nada hemos sabido de él.

Alfredo. - Se habrá ido al otro mundo... Con que hasta la vista, querido Ricardo.

Beltran. - Á Dios, intrépido mozo y tan intrépido entre intrépidos como un niño entre mujeres.

Ricardo.- Siempre estais de buen humor, eso si... adios! amigos mios.

ESCENA. II.

Ricardo solo.

Ricardo.- Doloroso trance! ¿porque llegué á quererla?... Mas, ah! como es posible ver ese bello azul que se estiende inmensamente en el espacio, y no sentir en el pecho la mas sublime admiracion! Como es posible ver unos hermosos y brillantes ojos que convidan al amor, y no sentir á tan dulce pasion rendido el pecho? Bella es para ser querida sin que por eso puede uno merecer su amor... Como es esplendido el cielo sin que no obstante seamos dignos todos de gozar sus maravillas. Quizas ella ni dignaria curarse de mi amoroso afan: si alguna vez me ha sonreado, y me ha mirado con espresivos ojos, habrá sido por puro cumplimiento de sociedad... ó por puro efecto del acaso... No mereciendo nada de ella, á que entregar el corazon á esos tempestuosos afanes? No es que la mezquindad inspire mi conducta... ¡Oh! Si ella me quisiera, si llegará á concederme el menor cariño su corazon, si su mente se ocupara un solo instante de mi me-

moria, entonces la consagrara la vida, moriria por ella!... Mas dejemonos de ilusiones... Vamos á ver que impresion la habrá causado la noticia de mi marcha...

ESCENA III.

Habitacion en casa de D. Casimiro, ricamente amueblada á la moderna, al fondo un balcon con cortina de muselina, con ventanas á uno y otro lado. Carlota sentada junto á una mesa haciendo labor, Luisita de pie quitándose del balcon.

Luisita. - Se vé mucho movimiento... oficiales por aca, oficiales por allá, asistentes por un lado, asistentes por otro, todos vestidos de marcha, van á partir presto, se conoce á la legua... Y ese caballerito no parece. (*asomándose á la ventana.*)

Carlota. - Como está alegre mi hermana que no conoce las penas del amor...

Luisita. - Carlota sabes quien acaba de pasar á caballo, el hijo de D. Canuto... Jesus, que torpe facha.

Carlota. - No hagas caso, Luisita... Es muy pobre de espíritu...

Luisita. - Si hubieras visto... Un caballo magnifico, blanco, descarnada mano, pe-

cho robusto y cabeza delicada; pues el orgulloso animal iba haciendo corbetas, y el pobre mozo se figuraría que iba á medir el suelo con su persona, que estaba todo encorbado y dando espuelas al caballo á mas y mejór.

Carlota. - A nadie perdona tù inhumana lengua.

Luisita - A mi me gustan ginetes que andan á caballo con la msima soltura que si andaran á pie por un salon; ginetes, que manejan el caballo á su placer, que recogen la brida con la izquierda, dejan caida la diestra con el látigo, y traen la vista fija en ventanas y balcones. Estos embargan de placer mi corazon, y cautivan mi fantasia con una dorada cadena de ilusiones.

Carlota. - La pura coqueteria, á eso vendras á parar si sigues asi, hermana!

Luisita. - Si coqueteria es tener buen gusto, doy de barato!

Carlota. - Dejemos correr en paz al hijo de D. Canuto... asomate y mira si ves á Ricardo.

Luisita. - A propósito!... podias guardarte la leccion para tí. Echarme en cara que solo me ocupo en diestros jinetes que se apean por las orejas... A fé que tu no tienes mas pensamiento que Ricardo y el ni siquiere se asome...

Carlota. - Fué mi libertador, Luisita, hoy hace cuatro meses.

Luisita. - ¿Hoy hace cuatro meses que nos cercaba tan terrible peligro?... Cada vez que me acuerdo, me dan ganas de reir... Cuando se me representa el corage que sentia bullir en mi pecho al ver á mi lado al mozo de mulas hecho un poste en medio de aquel apuro... ¡Santos Cielos! y sin embargo debiera mas bien quedarme helada de espanto!

Carlota. - Figurate tu cual debiera de ser el mio próxima á caer en las manos de aquella legion de demonios.

Luisita. - Pero no faltó un caballero y muy bizarro y muy intrépido que volase á tu socorro como llovido del cielo...

Carlota. - Dios mio! Que hubiese sido de mi!... Tal vez me hubiesen llevado por esos montes haciendome andar de dia y de noche, ó quizas me hubiesen metido en una de esas cuevas lóbregas y profundas, donde dicen que hacen perecer de hambre á los prisioneros... Mi padre hubiera muerto de pena... Gran socorro fué el suyo... Oh asi Dios me ayude como yo guardaré á ese capitan eterna gratitud en mi pecho...

Luisita. - En hora buena que le estes agradecido, no seré yo quien eso desapruebe... Pero yo todas las entiendo, hermana... con

algo mas le pagas que con el agradecimiento!...

Carlota. - Es un buen mozo.

Luisita. - Buen mozo es, no lo niego, tiene una gallarda planta, gallardo porte, y fina y delicada conversacion, todas esas dotes le concedo.

Carlota. - Es caballeroso, valiente... no conoce la cara al miedo...

Luisita. - No hay duda, hermana, tambien le adornan esas prendas... Mas te diré, tiene la gloria de haber conquistado los grados en el campo de batalla con la punta de la espada, á pesar de ser hijo de un general, y segun ha dicho el coronel algunas veces que ha visitado á nuestro padre, no parará aqui su carrera; pero viste casaca con vivos, y trae en los hombros charreteras, es decir, que es militar, y los militares á pesar de la inclinacion que siento por ellos, hablando con franqueza, suelen ser troneras todos ellos.

Carlota. - Has observado en él alguna accion que no respirase honor, delicadeza, cordura...

Luisita. - Faltara á la verdad si tal dijera, pero en fin, yo me alegro que se venga, pues asi os evitará algunos disgustos tanto á ti como á papá... Oh! papá no creo que hubiese consentido!...

Carlota. - Sí, consentiria papá!... Ricardo no es un militar como los demas militares.

Luisita. - Vaya! dejate de tonterias. Tampoco se ha de verificar nada de cuanto imagines... Adios, me voy á estudiar mi leccion de piano, cuando venga ese Sr. Capitan le veremos!.. (*vase por la puerta de la izquierda y entra por la de la derecha Ricardo.*)

ESCENA IV.

Carlota y Ricardo.

Ricardo. - A los pies de V. Carlota.... Pensaba no tener tiempo para despedirme de V. tan siquiera...

Carlota. - Beso á V. la mano Ricardo (*levantandose.*) ahora mismo acaba de irse mi hermana, gusta V. pasar á la otra sala?

Ricardo. - Permita V. antes que me despida de la persona que mas interesa á mi corazon!...

Carlota. - Que mas interesa á su corazon, ha dicho V.? y ¿quien es la afortunada jóven que merece la dicha de ocupar el corazon de V., sino es atrevida la pregunta?

Ricardo. - Estraña es que no atrevida... Cuantas veces no la he dicho á V. lo que sentia en mi corazon á la sola presencia de V....?

Carlota. - Si... algunas veces me acuerdo que me ha hablado V. de eso... pero los militares suelen ser finos y galanteadores, y usan de esos obsequios con todas las damas; mudan de amor como de punto de residencia.

Ricardo. - Si, señora; pero aun cuando los meses de marzo suelen por lo comun ser ásperos y variables, los hay constantes y apacibles á veces, sin embargo, y aun cuando fuese cierto que los militares mudasen de amor como de punto de residencia podria haber alguna que por donde quiera se acompañara la memoria de su amor como le acompaña donde quiera su espada!...

Carlota. - En fin, señor galante quiere V. que le crea, y se marcha V.?

Ricardo. - Me ve V. alegre por esa partida?

Carlota. - Con que no le seria á V. enojoso el quedarse?

Ricardo. - Mientras no me privaran de la presencia de V.

Carlota. - Entonces todo se puede remediar, pero confiese V. que es muy escaso de recursos el cariño de V., Sr. Capitan vea V. como es mas fecundo el mio... lea V. (*abre el pliego que le entrega y lee.*) „A don Ricardo Castells capitan de granaderos del regimiento de América... Debiendo nom-

brar un gefe que se quede aqui para la conduccion de los heridos que quedan curandose en el hospital, he tenido á bien conferir á V. ese encargo. De consiguiente, pasará V. con ellos á Granollers donde mandaré yo una brigada dentro de dos meses que es el término que han señalado los médicos para su cabal restablecimiento, aun de aquellos que se presenten de mas gravedad. Dios guarde etc."

Ricardo. - V. me avergüenza, de donde ha sacado V. ese precioso pliego?

Carlota. - De manos del coronel: habiéndonos el manifestado que tenia que dar esa disposicion, fingí que V. tenia ganas de quedarse, y el sin decir mas, tomó papel y pluma, y aqui mismo puso lo que V. ha visto.

Ricardo. - Eso es un encanto celestial, Carlota pero dos meses van á pasar pronto, muy pronto; no obstánte, si es suficiente plazo para curarse los que han recibido las heridas en el cuerpo, quien duda que podrá serlo tambien para los que las han recibido en el alma? Quiere V. que cumpla con mi obligacion, Carlota? manifestaré nuestro empeño á su papá de V.?...

Carlota. - No hay inconveniente: cuando quiere V.?

Ricardo. - Los enfermos anhelan hallar pron-

to su remedio!... Seria precipitacion hacerlo hoy mismo?...

Carlota. - No hallo inconveniente... Preparese V. para el trance... adios que oigo la voz de un lechuguino pedantesco, y no quiero que me vea... Queda V. pesaroso por tener que quedarse?... No hay nada hecho, deme V. el pliego... (*con amabilidad y cariño.*) Inhumana es V. Carlota, quien estará pesaroso de alcanzar el cielo? (*la toma la mano.*) Su mano de V. me embelesa... amor eterno!... bien mio!... (*se la besa.*) A dios, mi querido capitan. (*vase por la puerta de la izquierda: Ricardo queda por algunos momentos solo, triste y pensativo, los brazos cruzados sobre el pecho: entra D. Policarpo.*)

ESCENA V.

Ricardo y Policarpo.

Ricardo. - Buenos dias.

Policarpo. - Buenos dias. No está por ahi. Carlota? Me hará volver los cascos... He de ir en pos de ella como el niño que corre travieso por los campos tras fugitiva mariposa. Nada, la niña, como quien dice, no ha salido todavia de la cáscara, y se resiente del atraso de nuestra pobre Espa-

ña... V. no ha estado en Francia, caballero?

Ricardo. - No, señor.

Policarpo. - Pues, ve V. esa niña, esa Carlota como huye ruborosa delante de un galan?... pues allí no hay *demosselle* de doce años que no haga rondar la calle á dos ó tres amantes, y no les escriba cartas, y les de citas amorosas á hurtadillas, y si se ofrece á media noche...

Ricardo. - He aquí, que nos vamos internando ya en tan fatal camino.

Policarpo. - *Parbleu!* Aquello es una satisfaccion... da gozo verlo... que precocidad!... que despreocupacion!... apostaria mi pañuelo de doscientos francos que la mas sosa *grisette* de Paris podria servir de maestra á la mas vivaracha señorita de aquí. Oh! mis encantadoras parisienses!

Ricardo. - V. á lo que parece, se ha enterado muy estensamente de los adelantos de aquel pais.

Policarpo. - Asi... un poquito... un hijo de buena familia es indispensable hoy en dia que se presente con cierto fondo de instruccion, y con cierto lucimiento. Un jóven que no haya estado en Paris ó en Londres, es decir que no haya asomado la cabeza mas allá de las murallas de la ciudad que le vió nacer, que no haya ido á gastar al-

gunos millares de francos en el estrangero hace un rídiculo papel en las tertulias de gente de caudal y de valia, es mirado como un pelagatos, como un miserable que no tiene una blanca para animar el bolsillo.

Ricardo. - Si, ha entrado á ser de moda la afeminacion y el atolondramiento de aquellas brillantes al par que corrompidas ciudades... tiene mucha fuerza la moda.

Policarpo. - En cuanto á gastar, si que yo he tirado el dinero por la ventana: lo mismo se me daban mil francos mas que menos. En dos años que he estado allí, he gastado dos mil duros... una friolera!... y quien no se gasta dos mil duros para ver aquel mar de maravillas? Y no vaya V. á creer, que se atengan solamente los adelantos á la ilustracion, y soltura de las mugeres... ! *Au nom de tous les diables* ! algo mas que esto, todavia: sus progresos se estienden á todo lo que el hombre conoce, á todo lo criado ! Ya puede V. pedir... querrá V. preguntarme en cuanto á libros buenos... ¿cuando tendremos nosotros, *une guerre des Dieux, une pucelle d'Orleans, un mon oncle Thomas.* Mon oncle Thomas, el libro mas sabio que haya dado á luz la imprenta. Todos estos libros sacan al hombre de la profunda ignorancia, en que nos

sumiera la pesada mano de los frailes, y nos dan á conocer como actos hijos de la naturaleza, los que creiamos nosotros que nos habian de conducir en derechura á los infiernos!... Le hablaré á V. de la *Théorie du Tailleur*? Mire V. estos pantalones cortados en Francia, vea V. si en toda España su cortan otros que caigan con tanta perfeccion y elegancia! Quiere V. mas?... *Quos de plus?*

Ricardo. - Me basta la esplicacion de V. y quedo convencido: y diga V. le servirá á V. de mucho el precioso caudal que ha atesorado en aquellas felices regiones? ¿no es verdad?

Policarpo. - Como si me sirve! ¡*Parbleu!* pues no me ha de servir? desde entonces donde planto yo mis baterias: hay victoria segura... Si me sirve? Ahora mismo verá V. la prueba en la empresa que voy á acometer... Que le parece á V. de la Carlota?

Ricardo. - Que es una hermosa muchacha.

Policarpo. - Hermosisima, amigo mio!... Es un escelente bocado, para el que tuviere el capricho de adornar su mesa con ella. Decidme, amigo mio, no podria envanecerse justamente con su triunfo el que lográra hacer caer en la trampa al pajarito?...

Ricardo. - Si, no hay duda.

Policarpo. - No hay duda: cierto, no hay du-

da. Pero yo no quiero elevarla á lugar tan alto... por esta vez he sido debil... Me he enamorado neciamente de ella, y acabaré por inscribirme en la cofradia de los tontos. ..voy á hacerme marido!..!

Ricardo. - Y dejará V. de aprovechar tan bella ocasion de lucir su ingenio?

Policarpo. - No, antes al contrario, ahi es donde voy á lucir yo mi habilidad... verá V. como la niña que huye despavorida de la presencia de los hombres vá á ponerse conmigo tan blanda como un guante...

Ricardo. - Pues a mi me parece que vá V. á ser derrotado como los demas.

Policarpo. - No, por vida mia, he de ganar la mesa ó no he de llamarme Policarpo Asnar. Pero la ganaré: no hay duda... Ya he tomado yo mis medidas. Por otra parte, soy yo algun chisgaravis D. Miseria á quien se da con la puerta en los hozicos, sin tomarse la molestia de mirarles la cara! ...

Ricardo. - No creo que nadie se atreva á decir tal, sino que... antes al contrario todo el mundo hará justicia al mérito de V...

Policarpo. - Verdad es que es rica... porque si no el diablo, si me casaba yo con ella, pero no he de callar yo la boca por eso, porque mi caudal es tan cuantioso como el suyo, y santas pascuas, no es verdad, caballero?

Ricardo. - Verdad, si es tal como V. dice.

Policarpo. - Esto me asegura ya una preferencia, y cuento con ella. Vaya! V. parece un joven de honor, de valia, y puesto que sin miramiento alguno desde un principio he soltado ya la taravilla; no será fuera de razon que le haga á V. sabedor de todo el busilis del negocio. (*por otra parte á mi se me importa muy poco de que lo sepa todo el mundo.*) Con que alegrese V. de que se lleve un hombre de pro, y no un pobrete cualquiera tan encarecido tesoro: alegrase V. porque á estas horas, mi padre se habrá avistado con el padre de la niña, y asunto concluido... me chupo una hermosa virgen... y calzo una rica dote... Ah! ahi le tenemos.

ESCENA VI.

Ricardo, Policarpo y D. Melchor.

Policarpo. - Para servir á V. D. Melchor.

Melchor. - Adios! guapo muchacho. Que tal va! (*abrazandole.*) Buenos dias Sr. Ricardo.

Policarpo. - Perfectamente, (anteayer llegué de Paris.

Melchor. - Lo sé: tu padre me lo ha dicho, y como no te has asomado por aqui, picaron... ¿tan poca atencion merecemos?

Policarpo. – Ocupaciones, enredos de jóvenes: creo que yo solo he fletado el buque, con lo que he traido de encargos para amigos: no obstante de todos modos espero que V...

Melchor. – Te perdonaré ¿no es eso? *Si*, estás ya perdonado... Eres un guapo muchacho... Y dime, dime qué artículos de comercio has traido... á qué precio está la seda en Marsella?...

Policarpo. – Lo que es la seda no creo que esté muy cara... lo pregunté pero ya no me acuerdo... Un dia fuí á una fábrica magnífica fábrica, una fábrica como una ciudad... Pues, señor, fuí allá con el *Monsieur* á quien me recomendó mi padre, y á lo mejor, cuando ya habia trabado conversacion con la hermosa hija del director, vinieron á toda prisa á buscarme unos amigos para asistir al ensayo de una corrida de caballos donde hubiera sido imperdonable faltar.

Melchor. – Y dejaste correr la fábrica?

Policarpo. – Las fábricas, todas son unas.

Melchor. – (*aparte.*) Que vivo es este muchacho (*alto.*) Bien dicho, bien dicho!

Policarpo. – A mas de que yo no quiero ocuparme ya tan ruinmente. Se lo he dicho mil veces á mi padre: cuando V. muera, lo que sentiré mucho, todos estos telares

van al fuego... Con el dinero que hay en las arcas, se compran buenas haciendas, y viva la broma, y fuera esos quebraderos de cabeza... Nosotros no tenemos necesidad de hacer correr la lanzadera.

Melchor. - Bien, muy bien... Que te parece Ricardo; ¿no es verdad que lo entiende?

Ricardo. - Si, no piensa mal...

Melchor. - Vaya! veo que eres digno de mi hija...

Ricardo. - (*con viveza.*) Digno de su hija! Si querrán.

Policarpo. - Le ha hablado á V. mi padre?

Melchor. - Si, algo me ha dicho...

Ricardo. - Enlazan á sus hijos como si fueran pedazos de madera...

Policarpo. - Y cuando se hace la boda...? por vida de... D. Melchor, juro á V. que el que posea el corazon de su hija, puede llámarse el hombre mas feliz de la tierra. Donde anda ahora, sabe V.?

Melchor. - Creo, que habrá bajado al jardin!...

Policarpo. - Yo estoy impaciente D. Melchor, si ha de ser, sea pronto... con permiso de V. iré á verla... Caballero... *votre serviteur...*

Ricardo. - Vaya V. muy en hora buena.

ESCENA VII.

Melchor y Ricardo.

Melchor. - No quepo en mí de gozo. Sr. Ricardo: este va á ser mi yerno... es una dicha... jóven rico instruido; se le cuenta un capital de quinientos mil duros.

Ricardo. - Ya...

Melchor. - Su padre hace un comercio vastísimo... ya puede V. figurarse, es de los primeros de la ciudad, tiene tiendas en Sevilla, en Málaga, en Córdoba, en la Coruña, y en diferentes puntos de Castilla.

Ricardo. - Dichoso él...

Melchor. - Oh!... un monstruo de fortuna. es un hombre de mucho influjo, así es que como puede tirar tres ó cuatro mil duros, así como por diversion, ha mandado á su hijo á dar un paseo á Paris para ver si se instruye algun tanto, porque lo que es él, eso sí, está faltado de letras. tiene la cabeza mas dura que una peña...

Ricardo. - Lástima!...

Melchor. - Ah! Carlota va á ser feliz, D. Ricardo un padre no desea mas que la dicha de sus hijos... yo veré á mis hijas felices con la ayuda del cielo, alegrese V. conmigo, participe de mi gozo.

Ricardo. - No puedo, aunque lo quiera, don Melchor.

Melchor. - Cómo! no mira V. acertada la boda? Que le puede faltar á mi hija con un hombre tan rico?...

Ricardo. - No sé... tal vez lo que podria encontrar sin tanto oro, lo que vale mas que toda la riqueza del mundo, amar y ser amada!...

Melchor. - Oh! lo que es eso, no me da el menos desasósiego: el muchacho está loco por ella, daria la vuelta al mundo por complacerla!...

Ricardo. - Todo esto puede ser muy bien: puede ser que el jóven, al propio tiempo que se divierte en otros amores, pues tal parece ser su condicion, se acuerde de amar á su muger; pero tambien puede ser que ella no sienta por él el menor impulso de amor, y puede tambien ser que ella ame á otro!...

Melchor. - Que ella ame á otro! y quien es ese otro?

Ricardo. - Perdone V. yo he tenido la dicha de ver recompensado con el suyo mi amor

Melchor. - Vaya! me hace V. quedar estupefacto, Ricardo, pero ja, ja, ja, se han de acabar esas locuras esas son majaderias de niño.

Ricardo. - Es imposible destruir lo que está hecho.

Melchor. - Ba! ba! hable V. con mas juicio, Ricardo quiere V. que por esas tonteras, por cuatro chicoleos y palabras azucaradas que se habrán dicho, desprecie un partido tan ventajoso, y haga perder la ventura á mi hija. No, eso no...

Ricardo. - Nó creo que sea hacerla perder la ventura no casarla contra su gusto.

Melchor. - Ba... ba ba... dejese V. de niñadas; esas son fantasias de jóven de 18 años, que como se apoyan en el aire, el aire mismo se las lleva.

Ricardo. - Oh! nunca.

Melchor. - Si tal! yo estuve enamorado, cuando mozo, perdidamente enamorado ni comia ni dormia... ni sentaba las cuentas en el libro maestro, ni paseaba; en una palabra, mi vida no era vida, sino una inquietud eterna, una agonía sin fin. Iba á perderme, mis padres lo echaron de ver, tomaron una resolucion y me mandaron á viajar. No podian escoger mejor remedio... con las nuevas amistades que adquirí, se borró la antigua; y eso que tambien me figuraba que me habia de ir con mi amor al sepulcro...

Ricardo. - En el mundo no todos son de una condicion. No sucederia asi conmigo...

Melchor. - Si sucederia... Mire V. hoy sale V. con el regimiento, procura V. divertir-

se: si le falta à V. algo lo pide V., V. salvó á mi hija y yo se agradecer los favores que se me hacen. Pida V. pida V.

Ricardo. - No, gracias no me falta nada.

Melchor. - No hay gracias que valgan, deseo servirle á V., quiero que V. esté convencido de ello... le falta à V. dinero?

Ricardo. - No, señor.

Melchor. - Cien duros, dos cientos los que quiera V. disponga V... puede V. tomarlos sin miedo, pues se los daré á V. al seis por ciento, que es el cambio de la plaza, siendo asi que yo no dejo un maravedi sin que me satisfagan el 12 por ciento sin faltar un ochavo, pero con los amigos es diferente!...

Ricardo. - Gracias, conozco la amistad de V... no me hallo tan falto de medios que no pudiese buscarme diversiones con que distraerme, pero ni mi interes ni el de su hija de V. me permiten por ahora verificarlo...

Melchor. - Quiere V. asistir à la boda, Es V. muy libre de hacerlo.

Ricardo. - No pienso asistir á la boda, porque no deseo que se verifique, y si la amistad de V. para conmigo es tal como V. dice, y el cariño que profesa á su hija tal como debe ser, en nombre de ese cariño y de esa amistad me atreveria á pedir á V.

que consultase á su hija antes de pasar nada adelante.

Melchor. - Bien! es una ceremonia por demás, pero accedo, Ricardo... no se á que viene esa exigencia... bien, muy bien.

Ricardo. - Espero que me dirá V. lo que haya: quede V. con Dios D. Melchor.

Melchor. - Vaya V. con él, Ricardo, voy á á ver que significa ese misterio.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La escena representa un jardin perteneciente á una elegante casa de campo que se verá en el fondo.

ESCENA I.

Varios jóvenes paseándose entre ellos Policarpo.

Primero. - Mal haya como hemos podido venir á ese salvaje Tiana, y como no se lleva el demonio todos esos convites de cumplimientos.

Segundo. - Yo me creí que nos habian almidonado segun lo que estabamos de graves y patitiesos.

Tercero. - Nadie, ni Jesucristo delante de Caifas, ha padecido tanto como yo delante de aquellos buenos viejos... Mira, mira por favor si tengo espaldas que lo que es yo no puedo moverme.

Segundo. - A mi me han dado calambres.

Primero. - Yo estoy tullido.

Tercero. - Yo muerto.

Cuarto. - Si vale mas la griteria de una de las nuestras que toda la comida junta.

Quinto. - Solamente el tirar los platos contra

la cabeza del mozo cuando anda cachazudo vale mas que todo eso.

Policarpo, - Chito, chito, señores: ya se yo lo que toca hacer un novio de mi calaña para obsequiar á sus amigos...

Todos. - Bravo, bravo!...

Policarpo. - Cuando se dé la obra por acabada, salga en buen hora un majo à criticarle!... Se romperan platos y botellas, habrá griteria y se tirará luego la mesa por la ventana si asi os place, ya se hasta donde llegan cien ducados.

Tercero. - Ya presumí que esto solo servia para engañar á los vejetes.

Primero. - Lo mismo pensé yo.

Quinto. - Bien hecho: ellos tienen la cabeza débil y á veces, en sus visiones, al ver caer un grano de arena se figuran que cae un campanario...

Policarpo. A mi me has de decir ahora eso?...

Primero. - A otra cosa señores... ¿Que os ha parecido el gusto de nuestro galan? no es verdad que la manzana merece la pena de ser cogida?

Segundo. - Chicos, es la muchacha mas hermosa de la tierra pero yo la pondria encima de una cómoda con un par de jarros de flores como nuestra. Señora de la soledad, porque, eso si, hembra mas silenciosa tampoco se ha visto...

Cuarto. - Es que este la habrá reñido, y la pobre...

Segundo. - Ahora viene...

Primero. - (*Se acerca á una fuente y remoja á sus compañeros que echan á correr y desaparecen.*) Fuera, fuera; quede el campo libre...

Varias voces - Al billar, al billar...

Otros. - Al billar, señores!...

Policarpo. - Pronto estoy con vosotros, amigos!.. Vaya, que es bien hermosa! voy hacer una boda digna de mi rango. No me ha visto todavia... Parece que viene hablando... Callemonos... quiero darla una sorpresa!...

ESCENA II.

Policarpo, Carlota, caminando lentamente y distraida.

Carlota. - Era el mismo no hay duda; el mismo que todas las noches al salir del teatro veia yo embozado cuidadosamente en su capa, con al sombrero calado é inmovil como una estàtua... Era Ricardo me lo decia el corazon... A noche, al subir al coche, vile con dulce inquietud acercarse á mí: „Mañana lo sabrà V. todo, me dijo, por la tarde á las seis estaré en el jardin

de su quinta de V. adios." Volví la cabeza, vile atravesar el trecho de calle iluminado por la luna, y se perdió en la sombra!... Dios mio! mi corazon quedó yerto!... Porque ha dejado de venir todo este mes. ¡Ah!

Policarpo. - (*poniéndose á su presencia.*) Donde va V. Carlota.

Carlota. - Ola es V. Sr. de Asnar como no se ha ido V. con sus compañeros?...

Policarpo. - Que se vayan enhorabuena... no vale mas V., que todos ellos!

Carlota. - Es decir que yo soy la causa de que se prive V. de una diversion para V. tan querida...!... de ese modo...

Policarpo. - Y bien, de ese modo que! que me quiere V. decir con eso?...

Carlota. - De ese modo le doy á V. las gracias por el sacrificio pero he de tener el sentimiento de decirle á V. que no se lo agradezco á V. en lo mas mínimo!...

Policarpo. - Veo que se queja V. con razon, Carlota V. debe estar incomodada porque no la he dicho à V. nada al levantarnos de la mesa juro enmendarme para en adelante. (*coje una flor.*) Como el color de ese clavel es encendido mi amor... Digna V. aceptarlo?... En Paris los hay mejores pero...

Carlota. - No gusto de esa flor...

Policarpo. - Está V. triste? alegrese V. Car-

lota sabe V. lo que hago yo cuando siento algun síntoma de eso que llaman tristeza. No hago mas sino que voy y la ahogo en el estrepito y bullicio de un baile.. alli entre los aromas y miradas de las bellas se queda perdida como un estranjero en las calles de Paris. Vaya tome V. la flor, mi idolatradisima Carlota...

Carlota. - Gracias, no siento la menor aficion á ellas!...

Policarpo. - Quisiera que la aceptase V. solo porque viene de mi mano...

Carlota. - Tiene las manos de V. el don de hacer las cosas agradables? Ah! me siento cansada... (*se sienta en un canape de la derecha.*

Policarpo. - Ninguna dama, por encumbrada y distinguida que fuese, me habia hasta ahora desairado, señora Carlota... Asnar en Barcelona, en Paris, en todas partes no ha tenido mas que nombrarse para ser acogido cón distincion y aplauso.

Carlota. - Lo creo...

ESCENA III.

Los mismos y Melchor.

Melchor. - V. Policarpo Ah! os estaba buscando. ¿Abandonais el estrepito de la ca-

sa para entregaros al silencio de los bosques?... No respondeis ?... como estais tan callados.

Policarpo. - Nada, por poco se acaban para siempre mis relaciones con la hija de V...

Melchor. - ¿ Y eso ?...

Carlota. - El señor es muy quisquilloso.

Policarpo. - Me ha dado el desaire de no aceptarme una flor.

Melchor. - Tonteria !... las señoritas se hacen siempre las desdeñosas para rendir mas à sus amantes. Hacen como los comerciantes, desprecian y hacen como que estiman en poco la mas hermosa caja de azafran para tener mas segura y á mas bajo precio su adquisicion... Ya entiendo yo sus melindres. Policarpo, ánimo, y no rendirse... Vaya, anda; vete à reunir con tu padre: te está esperando junto á al primer naranjo que se se encuentra á mano derecha en el camino real... quiere hacer una visita á su amigo Abarca y estais de vuelta dentro dos minutos...

Policarpo. - Señores! (*saluda y vase.*)

ESCENA IV.

D. Melchor y Carlota.

Melchor. - (*enojado.*) Que es eso Carlota ?

A que viene esa estraña conducta? Porque has dado tan intempestivo desaire á ese jóven?

Carlota. - Porque asi me impulsa á hacerlo el desprecio que me inspiran su necedad y orgullo... Porque ni le quiero, ni podré quererle nunca...

Melchor. - Es muy audaz tu lenguage.

Carlota. - Es el de la verdad, papá. Pero á que entretener á un jóven con esperanzas que no podrá ver cumplidas? No es mucho mejor desde un principio despedirle?

Melchor. - Despedirle!... despedir á uno de los jóvenes mas sobresalientes y distinguidos, cuyo enlace envidiarian todas las señoritas, y deberia llenarte á ti de orgullo? No tengo, gracias á Dios, tan trastornado el juicio.

Carlota. - No creo fuese eso tan desacordado!...

Melchor. - (*con amarga ironía.*) Si, está muy conforme con una buena educacion el dar tan grosero bochorno. Y á mas, despues de haber despreciado á uno de triplicados caudales quien fuese osado á ofrecerte un acomodo?

Carlota. - No se necesitan caudales para ser feliz y si nadie se presentaba quedaria soltera ¿que importa? todo menos enlazarme con ese fatuo. Todo... menos sacrificar la

libertad y la dicha de toda mi vida á un hombre tan estúpido como D. Policarpo.

Melchor. - Si no le has de sacrificar ninguna libertad, ni ninguna dicha, insensata. La falta de esperiencia te hace decir eso... en teniendo dinero el artículo de felicidad se compra en todas partes. Te figuras tu que quisiera veros desgraciadas tanto á tí como á Luisita?...

Carlota. - No, papá, sobrado veo el cariño de V.

Melchor. - No lo ves bastante, hija mia. Dime que renuncias á esas falsas ideas, á esas preocupaciones, entonces te creeré...

Carlota. - No puede ser papá.

Melchor. - Como! darme á mí esa negativa? No querras la brillante fortuna que te ofrece sobrado generoso D. Policarpo?

Carlota. - No, papá! Que me importan las riquezas si han de venir emponzoñadas?

Melchor. - Me haces desesperar, Carlota.

Carlota. - Yo moriré de pena...

Melchor. - De pena matarás á tu padre.

Carlota. - Oh! perdon, perdon, papa! (*echandose llorando á sus plantas.*)

Melchor. - Ha de ser, ó te alejaré para siempre de mi presencia. Ya ese capitanuelo miserable y calavera que le des pronto despido, porque, de no, le ha de parar mal el pleito. No queremos don Miserias... ¿Oyes?

Carlota. - ¡Oh papá!

Melchor. - Que, ó papá? Haz lo que te mando y nada mas... Dejarse embaucar por el pomo de oro, de una espada y unas malas charreteras!... Quien no se avergüenza de esto?

Carlota. - Le debo la vida!...

Melchor. - No quieres despedirle!... anda hija desnaturalizada, afrenta de mi familia... Vete, quítate, para siempre de mi vista... No me llames ya papá, no eres hija mia... Todo será para Luisita todo... esa tiene mas elevadas miras. (*vase Carlota: así que ha salido, D. Melchor registra con la vista á su alrededor, da luego tres palmadas y sale Lobo Graells cuidadosamente embozado en su manta: va vestido como van comunmente los payeses: chaqueta de terciopelo, pantalon corto de lo mismo, calzon de cuero y alpargatas; gorro encarnado charreteras y espada.*

ESCENA V.

Melchor. - Amigo Lobo, será preciso que ocultemos por algun tiempo el guayaquil porque la jente es tan necia que lo prefiere al caracas.

Lobo. - La niña no ha querido escuchar las buenas razones de su padre? y de veras quereis casarla.

Melchor. - Si, se me ha ofrecido un partido ventajosisimo y estoy resuelto á aprovecharlo... Mando ya venir al intento los cien mil duros que puse á premio en una casa de comercio de Bilbao... pero hace ya algun tiempo que he escrito y no me contestan; eso me da alguna inquietud.

Lobo. - Y ese capitanuelo habrá embobado á la niña?

Melchor. - Si, por lo cual será preciso alejarle.

Lobo. - A todo estoy dispuesto, con la ayuda de Dios, ya lo sabeis.

Melchor. - No le deis ningun mal trato; eso no. Es un medio violento que me hace emplear la terquedad de un necio mal aconsejado... Donde le llevareis?...

Lobo. - Al santuario del Hort; eso se da por sentado...

Melchor. - No... asi tendrias que dar conocimiento de esa captura á vuestros gefes y yo quiero que eso quede oculto, reservado. Es un negocio de mí á tí, y nada mas. Prefiero que le conduzcas á un pueblecillo cualquiera á Busa por ejemplo?

Lobo. - Bien como querais no deseo mas que complaceros, donde se ha de cazar el pájaro...

Melchor. - A las seis segun me informó el cochero tendrán una entrevista en el bos-

que que hay junto aqui mismo.

Lobo. - Alli? (*volviendose y señalando con el dedo á la izquierda.*)

Melchor. - Si. despues te dare algo en recompensa...

Lobo. - Gracias; mi primo sabe que puede mandar... Por otra parte, mientras vibre esa (*desembozandose y señalando la espada.*) ya me sé yo cobrar mis estipendios!...

Melchor. - Bien hecho; pero vaya, supuesto que estarás caliente, segun se deduce, podrias apartarte del fuego... dejar esa mala vida que, hablando como primo, entre jente honrada no se granjea gran aprecio... Vente con el capitanillo cuando le sueltes...

Lobo. - El fuego de Dios me aniquile como á aquellas dos ciudades de que nos hablaba el predicador la otra cuaresma, y antes que mire pasivo y mano sobre mano á los impios negros como enseñan á sus hijos á blasfemar y renegar del santo nombre de Dios, en vez de hacerles ir á misa y rezar el padre nuestro !... No, no hará tal iniquidad el hijo de Nicomedes Graells.

Melchor. - Ese es un embuste con que os engañan los que intentan vivir á costa vuestra. Creeme, te consta que se conocer mis intereses.

Lobo. - No, no, mientras Dios será servido

de dejarme mover brazos y piernas, se emplearan en el mejor servicio de su honra y gloria y en la destruccion y ruina de sus impios y detestables enemigos... Satanas, cargue con ellos!..

Melchor. - No es esa la ley de Dios; querido primo! No te causa horror el privar á un padre de un hijo, á un hijo de un padre, á un esposo de una esposa, á una esposa de un esposo?... El hijo de Dios dió su vida en sacrificio para salvar la de todos nosotros, y él era puro como la carta mas bien puesta en límpio y nosotros somos pobres borradores, llenos de garabatos centina de pecados...

Lobo. - Ba, ba, el señor rector que tiene mas letras que tú, y sabe latin y todo, de otra manera nos lo esplica.

Melchor. - Os lo esplica mal si, si, muy mal.

Lobo. - Tu te aspeluznas por que vaciamos la cabéza á uno que otro zopenco... Eso no te de miedo... Ahora lo vamos á acabar pronto: de un dia á otro ves aqui cien mil franceses, y al demonio la Reina y la Constitucion y todo el enredo... Tendremos á Carlos V. que es el rey mas devoto de la tierra... Si bien que nos lo han dicho tantas veces... Ahora si que sino vienen... En fin, ya hablaremos... podrias lograrme el indulto?...

Melchor. - Cuando quieras; no he de poder?

Lobo. - Repito, que ya hablaremos; ahora voy á buscar á mis lebreles para cazar al conejo.

Melchor. - Cuantos tienes?

Lobo. - En la cueva hay cincuenta, pero no traeré mas que doce bastan para un enclenque...

Melchor. - Si, de sobra y todo.

Lobo. - Sin embargo, siempre es bueno prevenirse: adios mi querido primo. (*vase por la izquierda.*) Adios. (*vase por la derecha.*) Piensa en lo que te he propuesto.

ESCENA VI.

El teatro representa un bosque, á lo lejos por entre los árboles se divisa un campanario y las casas de un pueblo, el sol está cayendo en el ocaso, y solo ilumina la escena la luz del crepúsculo que se irá perdiendo gradualmente, quedandolo del todo al fin. Entran á un mismo tiempo Carlota por la izquierda; y Ricardo por la derecha: aquella con aire triste y lento paso, caido sobre el rostro el velo de su gorro: este embozado en la capa cuidadosamente y el sombrero calado hasta los ojos... acaban de dar las seis... Al llegar Carlota al medio del teatro se sienta des-

mayadamente en una piedra al pie de un árbol, Ricardo aunde solícito á ella.

Ricardo. - Que es eso, Carlota? que tiene V?

Carlota. - Nada; ya se lo puede V. figurar!... (*se levanta el velo.*)

Ricardo. - Algun maltrato de un padre? que la han dicho, que la han hecho á V.?

Carlota. - Nada, nada, hablemos de V...

Ricardo. - De mí? ah! si, de mí. Fuerza será que hablemos de mí, ó de los dos: un mes ha, que no la veia á V., no que no la veia, que no la hablaba á V. no es verdad?

Carlota. - Si, y como ha sido eso?...

Ricardo. - Su padre de V. no me creyó digno de la mano de V. y me pidió que cesare de frecuentar su casa para su felicidad y la de V... Supongo que habrá sido V. feliz!...

Carlota. - Cruel!

Ricardo - Que se yó! Conozco que hasta ahora mi presencia no la ha traido á V. mas que disgustos y quebrantos!.. V. misma lo está viendo.

Carlota. - Por Dios, no irrite V. mas con su jenerosidad una llaga que está ya harto enconada y!... Permita V. que deje ocultas entre tinieblas las causas de mi mal de que está V. bien ajeno. Sobrado desesperada estoy; si, desesperada. Me precisarán

á hacer lo que nunca hubiese imajinado.

Ricardo. - Medite V. bien, antes de tomar una resolucion !... (*pausa.*)

Carlota. - Y porque ha aguardado hasta hoy á correr el riesgo de hablarme ?...

Ricardo. - A la demanda que me hicieron de que me retirase de su casa de V. contesté yo, que antes debia hablarla á V. Se negaron á mi solicitud, y hasta me dijeron que tomarian todas las precauciones necesarias para impedir que la llevára á cabo. Y esperé constante una ocasion propicia, y ese dia me la ha dado... Vengo á despedirme de V. Carlota...

Carlota. - Se marcha V. ?... Están ya curados los heridos?

Ricardo. - No me ausento aun de Barcelona, pero si de la presencia de V... y lo que es mas sensible, segun quiere la fortuna, para siempre...

Carlota. - Pero porque se marcha V. ?... V. me abandona en lo mas recio de la refriega. Es V. bien cruel!...

Ricardo. - Sabe el cielo, cuan amargo, cuan angustioso es para mi ese trance; pero de que felicidad podrian rodearla ni mi corazon, ni mi brazo, ni mi esfuerzo, ni mi arrojo ? V. es rica, poderosa y bella... Brilla en la capital de la provincia como un astro de primera esfera; yo soy un plane-

ta sin luz. La caprichosa fortuna, en uno de esos vaivenes en que se complace en luminar á los hombres, arrebato à mis mayores todos sus bienes... Conmigo no tendria V. mas que cuitas y pesares...

Carlota.- Con que mi riqueza es mi desdicha? pendientes, brazaletes, diamantes, yo os maldigo para siempre (*se quita esas joyas y las arroja con furia.*) Que importan esas joyas á mi cuerpo, si solo sirven al corazon de peso?... Soy ahora... digna de V., señor Ricardo?

Ricardo. - La hermosa, la noble Carlota nunca ha descendido del mas alto lugar de mi corazon!...

Carlota.- Pues que es lo que debo hacer yo en este terrible trance?... ilumineme V. diga V...!

Ricardo.- En sus manos tiene V. mi dicha ó mi desdicha, la dicha ó la desdicha de V... hable V. una palabra y no faltará valor al corazon ni resolucion al brazo.

Carlota. - Apruebo cuanto V. haga... me abandono en brazos de V...

Ricardo. - Yo la quiero V. al igual de mi Carlota, renuncia V. la dote que la señala su padre?

Carlota. - Todo lo renuncio!...

Ricardo. - Entonces voy á secuestrarla.

Carlota. - Ah! mi papa! (*dejando caer la*

cabeza y cubriendo la cara con sus manos.) va á morir de pena!

Ricardo. - Prefiere V. la mano de Policarpo?

Carlota. - Oh!... nunca!

Ricardo. - Pues entonces...

Carlota. - Haga V. lo que quiera; se lo he dicho á V. haga V. lo que quiera.

Ricardo. - Mañana á las doce! Dios nos tenderá la mano.

Carlota. - Ojalá!... (*se levanta.*) Que tarde se ha hecho?

Ricardo. - Quiere V. que la acompañe?

Carlota. - No; me juntaré con mi doncella y mi hermana que se han quedado allá abajo buscando plantas arómaticas... Voy á perder el juicio, mi buen Ricardo!

Ricardo. - Tranquilizase V., mi bien... gratitud eterna á tan jeneroso desprendimiento! (*le besa la mano.*) Adios!

Carlota. - Adios!... (*se deja caer el velo y vase. Ricardo siempre embozado en la capa, se queda en el mismo lugar, hasta que la ve desaparecer por el fondo del teatro.*) Ya desapareció!... Se me figura una aparicion del cielo... Atrevida y cándida, temerosa y apasionada de un padre... Mucho la quiere mi corazon... Ah! todo lo arriesgaria por ella, mi presente y mi porvenir, mi honra y mi carrera!... Vamonos, que urge el tiempo! (*al echar á andar, salen*

de detras de un arbol de un lado izquierdo dos facciosos que le apuntan sus fusiles.)

ESCENA VII.

Ricardo, dos facciosos, luego Graells. y otros cuatro.

Un faccioso.- Alto, so cuervo, ó es muerto!...

Ricardo.- Como! (*desembozándose y echando la capa al suelo, saca del pecho y apunta con rapidez una pistola.*) Traidores esas á mi? (*Unos y otros quedan apuntándose mientras sale por la izquierda el Lobo con los otros cuatro, se le llega por detras y le sugeta con la mano la pistola.*

Lobo.- Vaya! no alzeis el gallo, negrillo.

Ricardo.- Esas son vuestras hazañas, cobardes?

Lobo.- Majaderias à un lado, amigo... En nombre de nuestro lejítimo rey D. Carlos V. señor enredo de Satanás, capitan de herejes, daos à prision y chito... Atadle, muchachos. (*echa á andar cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un meson.

ESCENA II.

Alfredo y Beltran, sentados junto á una mesa.

Alfredo. - El cielo le ha tendido una ancora de salvacion en medio de la tormenta... Sabes aquel tio de que le hicimos broma tres meses atrás al salir de Barcelona el regimiento?...

Beltran. - Que se fué á América y de quien nadie sabia años hace su paradero?

Alfredo. - El mismo... Pues, señor, como sabes que tuve que pasar á Barcelona á curarme de la herida que recibí en el brazo izquierdo; á los pocos dias, en uno en que empezaba ya à encontrarme algo bueno; se me presentó un fino americano con una copia del testamento del perdido tio que traia para Ricardo.

Beltran. - Le nombraba heredero?

Alfredo. - Y nada menos que de un capital de ciento cincuenta mil pesos puestos en el banco de Londres.

Beltran. - Vaya, que no es mala hacienda.

Alfredo. - Manifestele la infausta noticia de su prision, que acababa de saber y los recursos de que, no cabiendo perder tiempo, habia pensado echar mano para sacarle de tan apurada situacion.

Beltran. - ¡Pobre Ricardo! y se mostro jeneroso el desconocido?...

Alfredo. - Jeneroso como un criollo... habian pedido los facciosos por su rescate cuatro mil duros, me mandó ocho mil; quise yo darle en fianza mis cortos bienes, rehusóla con la mayor delicadeza, y me dijo que lo que importaba era salvar á Ricardo, y que si yo no me veia en estado de ponerme en camino para ajenciar lo conveniente; lo haria el mismo, no obstante de serle estraño este suelo!...

Beltran. - Por mi vida que esta conducta es de hidalgo... lástima que tanto jeneroso sentimiento, tanta fatiga y tanta pena, segun lo que me has dicho, podran tanto con esa jente como balas de papel contra la torre de la ciudadela!... Perversa canalla es esa; no quieren soltarlo y han cobrado ya el dinero!...

Alfredo. - Hoy hace dos dias que se lo entregué al que parece ser su gefe... para quitar todo pretesto, acudí puntualmente á la hora y al lugar señalado. Era debajo de una higuera al caer de la tarde... Cuan-

do me introdujeron á su presencia, estaba en mangas de camisa, fumando su pipa y leyendo una gaceta de Oñate... Se dignó apenas contestar á mi saludo con tono rudo y desabrido y mandó contar el dinero por el secretario: al acabar „ dejaos ver mañana" me dijo, y clavó en mi sus siniestros ojos, que brillaban por debajo de sus recargadas cejas como por entre la espesa yerba los de la oculta serpiente.

Beltran. - Y nada te habló del prisionero?

Alfredo. - Yo le recordé la promesa con tono firme y mesurado, y contestome que no estaba acostumbrado á repetir sus mandatos!

Beltran. - Infame!

Alfredo. - Volví ayer y ya no se dejo ver: el secretario me salió al encuentro y me dijo que á toda prisa levantara soleta de aquel recinto ó de no lo iba tambien á pasar mal.

Beltran. - Asi es como defienden ellos su causa, pero cargan el cañon con mala pólvora y la bala, debil en su carrera, no llegará á dar en el blanco. La lástima es que ese pobre Ricardo se vea enredado en sus garras...

Alfredo. - Yo no puedo concebir como diantre se aparecieron facciosos en aquellos sitios y lo que es mas notable que solo dic-

ran con esa víctima. No quisiera hacer un juicio temerario pero me parece que don Melchor no tiene las manos muy límpias por lo que hace à este negocio.

Beltran. - Que horror! seria posible que en recompensa de haber salvado á su hija..-

Alfredo. - Quien es capaz de calcular la ceguera de la vanidad del hombre!... La hija de D. Melchor esta muy rica, posee cuantiosos bienes, y Ricardo, antes de ahora, se hallaba como nosotros, sin mas hacienda que su honor y su espada.

Beltran. - Y que es lo que se hace ahora con esos caribes? es en vano andar con la buena fe porque ellos contestan con la alevosía, el recordarles los sentimientos de un corazon de hombre, porque ellos tienen el de un tigre. No hay recurso, es fuerza dar un paso arrojado: he venido hasta aqui para entregaros el dinero que puso en mis manos el americano... à media hora de aqui està una compañia... ¿bastaria ella sola para asaltar la casa?

Alfredo. - Prudencia, prudencia, amigo Beltran; la casa donde està el preso està escrupulosamente guardada; es muy fuerte, la parte trasera sè levanta á la orilla de un profundo barranco, como quien dice al pie de un abismo... El dinero, se ha dicho, todo lo puede: el cierra los ojos de los

que los tienen abiertos, tapa los oidos á los mas atentos entorpece pies y manos á los mas listos... A ver si por su virtud salimos del aprieto...

Beltran. - Si, ya veis el buen efecto que ha producido.

Alfredo. - Ahora se tomará el negocio de otra manera... En fin de todos modos yo no veo mas recurso que sobornar un centinela, y no quiero dejar de tocar esa tecla... Ya os diré el resultado Beltran. Estad seguro que no gozaré mas de dos horas de sueño, mientras no vea á mi lado á nuestro amigo Ricardo.

Beltran. - Si se pudiera ganar su libertad á sablazos no fuera yo el último en esgrimir el hierro.

Alfredo. - Digno de todo sacrificio es Ricardo y yo haré por él hasta el último. Adios Beltran, ojo avizor, ardoroso ánimo, y cuando se tope la canalla, duro en ella: que nos paguen el disgusto en que nos vemos.

Beltran. - Toda su sangre no es capaz de ello adios... Te aguardaré aqui hasta que sepa el resultado de esta negociacion... no tengo gran fé en ella, en fin veremos... adios...

ESCENA II.

Habitacion rústica de una antigua casa de lugarejo: en el fondo una ventana con una reja á la derecha una puerta, en el rincon una cama con las solas tablas; á la izquierda á la altura de un hombre, una ventanita sin vidrieras. Ricardo está descolorido, tristemente sentado en una silla al lado de la cama; en ella apoyado el codo del brazo derecho en cuya mano descansa la cabeza. Ricardo solo.

Ricardo. - Heme aqui pronto ya á morir, pronto á dejar de ver ese sol que no sale ya sino para alumbrar mis penas .. Pronto á morir si, porque esos seres estúpidos, vergüenza de la imagen de Dios, en nombre de la paz encienden la guerra; en nombre de una religion, toda vida y amor, dó quier sientan su planta, dejan tras si el odio y la muerte... ¿Que otra cosa puedo esperar, hallándome todavia prisionero, cuando hace dos dias que deberian haberme dado ya la libertad... Procuremos guardar la entereza debida para este trance... Mas ah! morir aqui ignorado como una piedra salvaje!... Siquiera hubiese caido mi cuerpo al frente de mis granaderos, al

pie de algun muro, murmurando en mis labios los sagrados nombres de Patria, Libertad y Reina! Sintiendo sonar en mi corazon otro nombre mas dulce... ¡Oh! Carlota! (*da un agudo grito.*) (*pausa.*) Carlota! ni una sola lágrima caerá de tus hermosos ojos. De aquellos ojos que yo adoro como mi alma ni una sola lagrima caerá en obsequio de mi memoria... Y sin embargo si se dispierta el espíritu y fija la atencion en la causa de este empeño, ¿quien encontrará que ha sido?... Ah! apartemos la vista de tan horrorosa idea; no fuera que el agravio abriera à la mezquindad las puertas del pecho... D. Melchor es padre de mi Carlota!... Su luz ofusca las manchas de todos los que la cercan! Carlota, ser predilecto del Señor, sobre la cual ha derramado á manos llenas todos los encantos de la belleza, si esta escrito que haya de acabar aqui mis dias, mi voto postrero, mi postrer suspiro consagrarlos mi alma à tí!...

ESCENA III.

Ricardo, el Chato y el Lobo.

Chato. - Señor Ricardo? (*cerrando tras si la puerta, mas al volverse repara en el Lobo y esclama.*) Ola aqui el Lobo.

Lobo. - Por el marrano de mi pesebre, os cansa el encuentro sorpresa? Tambien me la causa á mí.

Chato. - Y que es lo que se os ofrece? como os dió entrada el centinela?

Lobo. - Os sorprende, repito, Mas debiera sosprenderme el que os hayais atrevido á despojarme de mis charreteras sin qne tuvierais ningun derecho.

Chato. - Y ahora que quereis?

Lobo. - Que quiero?... Pensais intimidarme con ese jesto? á deciroslo voy ya que cara á cara nos hallamos... la libertad de ese preso!...

Chato. - Está loco! (*paseando por el cuarto.*)

Lobo. - Os cedí los cuatro mil duros que dieron por el rescate con la condicion de que le hicierais pagar dos mil duros mas en recompensa de mi celo... Que es lo que habeis mandado? que habeis hecho?

Chato. - (*parándose.*) Eso hago impertinente... (*le dispara un pistoletazo.*)

Lobo. - Ay .. muero!...

Jum! como cayó el puerco!... Vos señor cristino, miraos en ese espejo... No estoy para mas cumplidos, ó jurais à Carlos V., ó asi me pararé yo en haceros perfumar la cabeza con una libra de pólvora, como en comerme un plato de sopas...

Ricardo. - Jamás á costa del honor compra-

ré la vida... Venga la muerte ; ni espero , ni pido justicia.

Chato. - Muchas ganas de morir son esas; pensadlo bien.

Ricardo. - Ya está pensado.

Chato. - Pues dirijios á Dios que no os quedan mas que cuatro horas de tiempo... Ola he! podencos , quitad de ahi ese estorbo... (*entran dos facciosos y se llevan el cadaver : asi que se han ido y cerrado tras si la puerta ; vuélve á abrirse esta cautelosamente y entra pie ante pie un faccioso.*)

ESCENA IV.

Faccioso. - Vaya , amigo, preparaos que el tiempo vuela !...

Ricardo. - No hayas miedo , tengo límpia la conciencia.

Faccioso - No os hablo de eso : digo que no hay que perder tiempo que os prepareis para seguirme... para huir conmigo de esa madriguera ¿ entendeis ?

Ricardo. - Id , buen hombre , os chanceais?

Faccioso. - Serio va , y muy serio, no teneis un amigo que se llama Alfredo.

Ricardo. - Si, os ha hablado.

Faccioso. - Si, vaya , mientras tanto quitaos esos brazaletes. Os digo que no hay que

perder tiempo.. pues, señor, como digo con ese señor Alfredo quedamos de acuerdo... cincuenta onzas ahora y otras cincuenta para luego muy poca cosa es.. pero yo espero que sereis considerado... Ya estais suelto, vaya ya podeis disponer de brazos y piernas como todo hombre honrado...

Ricardo. - Y que hay que hacer ahora?

Faccioso. - Ahora no hay mas que dar un salto con toda la gracia posibla (*señalando la ventana de la izquierda.*) esa ventana da à un precipicio como de unos veinte y cinco pies de profundidad, mas sesenta pies de altura que tiene la casa, desde este tercer piso donde estamos son ochenta y cinco. Vaya, es un buen salto.

Ricardo. - Vamos á quedar aplastados.

Faccioso. - Oh! no hay que espantaros; traigo cuerdas, las atemos aqui y callandito y sin resollar nos descolgamos uno tras otro bonitamente.

Ricardo. - Y si nos ven ¿como salimos luego?

Faccioso. - Vernos? seria gran casualidad que nos vieran. Hace una noche como boca de Lobo; á dos pasos de distancia no distinguireis al mas alto jayan, tan espesa es la niebla! por lo demas yo soy el único centinela á quien estaba confiada la guarda de la parte trasera.

Ricardo. - Adelante, pongamos la vida en manos de la providencia. ¿ Tendremos que andar á pie ?

Faccioso. - A pie! cá, á, á, nada de eso abajo estará el señor Alfredo disfrazado con tres buenos caballos que no habrá mas que picarlos para que echen á correr mas lijeros que el viento !...

Ricardo. - Vos tambien seguis?

Faccioso. - Si sigo ? si, gracias á Dios estoy ya cansado de ver tanto estrajo y desconsuelo: aqui no adelantamos nada, mientras mi viña está sin cavar; á casa *me fecit* , y estoy cierto que muchos amigos harán lo mismo con el tiempo. Escuchad les trataríais bien ?

Ricardo. - Nosotros sabemos acoger á un corazon arrepentido!... adelante, cuando esté abajo sacudiré la cuerda.

Faccioso. - ¡ Ay virgen santísima ! ahora empiezo á tener miedo... si nos descubren ! y luego, irme á meter entre ese rebaño de negros. ¡ Ay ! cuando mi madre lo llegue á saber y luego el cura de mi pueblo... Ay !... ay !... ay !... ay ! ya está abajo : mañana pensaremos en èso... ¿ Si me dejarán ir á misa. En fin veremos , adios.

ESCENA V.

Habitacion ricamente amueblada en casa de D. Melchor: puerta en el fondo y laterales Carlota, Luisita y una doncella.

Luisita. - Vaya, pareceis una reina... ese vestido de raso os va perfectamente. Quieres alguna otra flor?

Carlota. - No.

Luisita. - (*á la doncella.*) Pues, ya podeis quitar eso.

Carlota. - No sé; siento mi corazon tan triste!... una pesadez, como si tuviera todo un mundo en la cabeza.

Luisita. - Es una mania... ahora te has de animar... Tomaste ya tu partido y no hay remedio.

Carlota. - Dar con tanta precipitacion un paso que compromete la felicidad de mi vida entera, esto me horroriza... Ah! no veré yo los árboles con la hoja nueva.

Luisita. - Hermana, asi no haces mas que echar pólvora al fuego... Por otra parte, á quien es dado saber los cambios que pueden verificarse? yo confio que con el tiempo perderás esa repugnancia.

Carlota. - Imposible; todavia le veo.

Luisita. - A quien?

Carlota. - A mi amor, á mi Ricardo, á mi dueño. Me parece que su sombra va á perseguirme por todas partes con airado gesto, tan luego como sepa allá en el silencio de su tumba, que va á ser de otro la que él queria con anhelo tan ardiente. Ah! perdon, perdon... á ese otro le detesto á tí solo quiero...

Luisita. - Eso es una necedad, hermana. Ha muerto: tu misma viste en los periódicos anunciado su bárbaro asesinato. A los muertos no se les da nada por nada. Y sobre todo, no viste en que peligroso estado de desesperacion puso á papá tu resistencia?

Carlota. - Eso arrancó mi consentimiento.

Luisita. - Pues bien, si te resistes cuatro dias mas perdíamos el único apoyo que en el mundo nos queda. Casarte con un muerto es imposible. Que pierdes pues en dar la mano á ese jóven que nada tiene de pobre, ni de feo...

Carlota. - En fin paciencia, no me hables mas, hermana... por piedad te lo suplico.

ESCENA VI.

Las mismas, D. Melchor y D. Policarpo.

Melchor. - Bueno; aqui tenemos el novio...

haceis una escelente pareja. (*presentando á D. Policarpo.*)

Policarpo.-Dentro una hora vamos á ser felices; Carlota.

Carlota.-Muy bien.

Policarpo.-Yo por mi parte he dado ya todas las disposiciones necesarias para que se verifique la boda con el fausto y lucimiento que convienen á nuestro rango y opulencia... En Paris, se hace esto con mas brillo... bien que aquella es la ciudad por escelencia...

Luisita.-No se queje V. D. Policarpo que tambien aquí el lujo va ganando terreno á paso redoblado.

Melchor.-Testigos los papás, verdad hijas?

Policarpo.-Aqui lo que hay que un chisgaravis que apenas tiene para comprar el pan de cada dia, se presenta con un frac tan bueno, con un chaleco tan esquisito como nosotros que somos de los primeros capitalistas del reino...

Luisita.-Yo no entiendo eso... pero he oido decir que los mas remilgados lechuguinos se sostenian con el juego.

Melchor.-A propósito de eso, escucha dos palabras, Policarpo. (*se hace á un lado.*) Me han dicho que tambien tu pagas tu tributo á ese vicio tan feo!..

Policarpo.-Estraño en V. esa sorpresa. No se

...ha de ser tan mezquino que haya uno de hacer un papel ridículo por no jugar dos cientos ó trescientos duros... A veces la delicadeza no permite que uno se resista.

Melchor. - Pero ayer perdiste diez mil duros: eso ya no es mezquindad.

Policarpo. - Fué una casualidad, un capricho de la suerte... todo dependió de un as que en lugar de venir á mi fué á parar á mi compañero, y este ganó, por supuesto... pero esto es una vez.

Melchor. - Pero fuera sensible que se repitiera. (*entra un criado.*)

Un criado. - D. Melchor traen para V. este pliego (*se lo entrega y vase.*)

Melchor. - De donde es? ola de Bilbao... (*rompe el sobre.*) veamos... (*lee para si.*)

Policarpo. - Toda la ciudad nos va a tener envidia...

Melchor. - Ay! Dios mio. (*leyendo en alta voz y precipitadamente.*) „ Con dolor le participo V. como la casa de Aizgaran donde tenia V. los cien mil duros á premio, se declaró en quiebra pocos dias antes de recibir su apreciada de V... No me habia engañado, cuando .." Yo no puedo leer mas. ¡Dios del cielo!... (*se deja caer en una silla. Carlota acude la primera toda azorada*)

Carlota. - Papá, que tiene V. papá?

Luisita. - Papá mio!...

Policarpo. - Pero que es eso? D. Melchor!...

Melchor. - Hijas mias, todo se ha perdido; el fruto de mis sudores la esperanza de mi vejez, nuestro porvenir, vuestra dicha, todo se lo ha tragado la mala-fe de un hombre sin honor.

Carlota. - Y bien que le haremos, papá?

Luisita. - ¡Desgraciadas de nosotras!

Policarpo. - Gran desgracia ha sido, no les queda á Vdes. nada?

Melchor. - Ya no teneis dote, hijas mias.

Policarpo. - Ya no tienen dote?

Melchor. - No tienen dote: son las mas miserables de la tierra; ni el valor de una bala de algodon puedo legarlas...

Policarpo. - Siento...

Melchor. - Sin nada, que voy à hacer ahora?

Policarpo. - Siento tener que manifestarselo á V. pero es preciso: el rango de mi familia, el tono de mi casa no me permiten...

Melchor. - Que?

Policarpo. - No me permiten dar la mano á una señorita que no posee mas bienes que su vestido de boda... A los pies de Vdes. (*vase.*)

Melchor. - ¡Policarpo!.. ¡Se fué ya! ¡Ah! todos le hacen leña al árbol caido... Hijas de mis entrañas... Dios se apiada de nosotras! (*Entra Ricardo.*)

ESCENA VII.

Los mismos y Ricardo.

Ricardo. - Yá se apiado.

Carlota. - (*corriendo á él.*) Ricardo! que veo? mi Ricardo!...

Luisita. - ¡No era muerto!

Melchor. - Querrá confundirnos todavía mas la divina providencia? Una fortuna que desaparece y un muerto aparecido!...

Ricardo. - Y otra fortuna que aparece, don Melchor; V. ha perdido cien mil duros, la dote de sus dos hijas: yo he heredado ciento cincuenta mil; de consiguiente han ganado todavia.

Melchor. - Pero, como está V. vivo? de que modo ha sido eso?

Carlota. - Ricardo, mi querido Ricardo ¡Oh! cuanto he padecido!...

Ricardo. - Luego hablaremos... permita V. que antes salgamos del atolladero... Se despidió un novio puedo yo ocupar su puesto?

Melchor. - Tanta jenerosidad!

Ricardo. - La que V. merece... Carlota tuyo para siempre?

Carlota. - Tuya para siempre, Ricardo!

Luisita. - ¡Cuan misteriosa es la suerte!

FIN.

c.

[illegible]

[illegible]

Ricardo. - Yo te [illegible].

Carlota. - [illegible] ¿Ricardo? ¿Qué [illegible] ¿Ricardo?...

Luisito. - ¿No era [illegible]?

Melchor. - Quería [illegible] más la [illegible] ¿Y [illegible] que [illegible] y en [illegible]!...

Ricardo. - [illegible] ¡Ah!

Melchor. - Y, [illegible] ¿Y, vida? de que [illegible]

Carlota. - [illegible] ¡Oh! [illegible]

Ricardo. - Luego hablaremos... permita V. que [illegible] ¿Se [illegible] puede yo [illegible]?

Melchor. - Tanta jenerosidad!

Ricardo. - La que V. merece... Carlota tuyo [illegible]

Carlota. - Tuya para siempre, Ricardo!

Luisito. - ¡Cuan misteriosa es la suerte!

FIN.

CAPRICHOS
DE FEDERICO II,
O SEA
EL BARON DE FELCHEIN.
COMEDIA NUEVA
EN TRES ACTOS.

VALENCIA: IMPRENTA DE GIMENO.
1823.

Véndese en su librería, frente al Miguelete, donde se hallarán otras antiguas y modernas.

PERSONAS.

Federico II, Rey de Prusia.
Carlos, baron de Felchein.
Teodoro de Armant, su amigo.
El Gobernador de la ciudadela de Schweidnitz.
Matilde, su hija.
Brant, antiguo alferez de húsares.
Deherleim, ayudante general del Rey.
Cretla, criada de Matilde.
Estoch, furriel de húsares.
Oficiales generales.
Húsares.
Edecanes del Rey.
Soldados y aldeanos de ambos sexos

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la sala de una de las principales casas de Schwednitz, á donde está el cuartel general del Rey de Prusia: en la derecha habrá una mesa con recado de escribir.

ESCENA I.

DEHERLEIM Y BRANT.

Brant entrando. Mi general: habiéndome avisado un cabo de la guardia que V. E. quería hablarme, sin perder tiempo he venido á ponerme á su disposicion.

Deh. No habeis servido en los húsares de Felchein?

Brant. Si, mi general: y aunque hace ya mas de treinta años que dejé el servicio, aun conservo mi uniforme: le he llevado con honor, y quiero morir con él.

Deh. Me han hablado de vos, y del amor que profesasteis á vuestro coronel.

Brant. Francisco Augusto de Felchein? Cierto que se lo tenia. Van ya para cuarenta años que entré en su regimiento, y he hecho bajo su mando la conquista de la Pomerania. Tres veces tuve la dicha de salvarle la vida: en recompensa me hizo alferez; y á estas horas fuera yo capitan por lo menos, si en la toma de Stralsund no hubiera mi desgraciado coronel perdido un ojo, un brazo y una pierna.

Deh. Segun parece fue muy reñida.

Brant. Fue terrible, mi general; y á ser por

mi no hubiera mi Coronel salido tan bien librado. Resolvió entonces retirarse á su castillo de Felchein, á donde me mandó seguirle. Obedecíle, aunque con sentimiento de dejar las armas; pero el buen señor necesitaba de veras mis servicios; pues ademas de sus heridas, tenia cincuenta años, la gota y un reumatismo. Vivimos asi en paz y buena armonía cerca de seis años, hasta que por mis pecados el diablo me inspiró la idea de casarle.

Deh De casarle con tantos achaques?

Brant. No por eso dejaba de tener todas las prendas que requiere un buen marido: por lo menos su muger podia estar segura de su fidelidad.

Deh. Yo lo creo.

Brant. Ademas, necesitaba un heredero; sin lo cual moriria con él la mas antigua é ilustre familia de la Germania; pues debeis saber, mi general, que desciende en línea recta del famoso Witkind, que tanto dió que hacer á Carlo Magno. Procurele, pues, una jóven, hija de un Baron de las cercanias, que, aunque pobre, era virtuosa y bella. Casóse al fin: pero ¡ay Dios! al siguiente dia de la boda, no mas amigo, no mas Baron: murió, mi general, murió.

Deh. Porqué accidente?

Brant. Que sé yo. El matrimonio tal vez..... Pobre Coronel! Yo hubiera muerto de dolor, si su muger, á pesar del poco tiempo que duró su matrimonio, no hubiera hecho revivir la familia de Felchein en un hijo, á quien amo tanto como amé á su padre.

Deh. Lo conozco, y para hablaros de él os he mandado venir.

Brant. Hablemos, pues, mi general: no hay para mí mayor gusto que el estar hablando de mi Cárlos. Es un mozo lleno de talento y de buenas cualidades.

Deh. Es verdad.

Brant. Segun parece, S. M. le estima mucho; pues de page que era, le ha elevado al grado de capitan, y hecho su edecan.

Deh. Tambien es cierto.

Brant Será tan valiente como su padre.

Deh. No lo dudo.

Brant. Y apuesto á que V. E. va á hacerme mil elogios de él.

Deh. Muy al contrario.

Brant. Al contrario! Pues cómo?

Deh. Se que el amor que profesais á Cárlos os hizo solicitar el permiso de acompañarlo cuando su madre consiguió que le admitiese el Rey en el número de sus pages.

Brant. Como era joven, necesitaba de un amigo que velase sobre su conducta.

Deh. Y él ha burlado vuestra vigilancia.

Brant. No puede ser.

Deh. Si tal: sabeis en qué pasa el tiempo desde que el cuartel general se ha establecido aqui?

Brant. Lee y estudia: cuando no está con el Rey, ó bien se divierte en montar á caballo con su amigo Teodoro de Armant.

Deh. Eso es por de dia: y por de noche?

Brant. La pasa durmiendo como un tronco.

Deh. Estais muy equivocado Las pasa casi todas en una de esas casas infames, donde tantos esponen á la vez su honor y su fortuna.

Brant. Eso es decir que juega. Voto á brios!

Estoy furioso... Oiga, señor Baron, con que jugais, eh? Pronto os haré yo ver... Pero quien se lo ha dicho á V. E.?

Deh. Uno de aquellos agentes secretos de que me sirvo para celar la conducta de los que tienen acceso cerca del Rey. Me ha dicho ademas, que Carlos lleva perdidas cuantiosas sumas.

Brant. Pero de donde saca todo ese dinero? Yo soy su cajero: su madre me envia todo lo que le hace falta, y hace ya mucho tiempo que no me ha pedido ni un solo federico.

Deh. Lo pedirá prestado.

Brant. Asi puede ser: pero bien podia su amigo aconsejarle que...

Deh. Quien? Teodoro? Tan buena pieza es como el otro. He querido daros á conocer la conducta de vuestro amado Carlos, para que pongais la enmienda. Procurad ahogar en su pecho ese vicio infamante, que aunque ha poco que se ha apoderado de el, pudiera en breve ocasionar su ruina. Para lograr este fin, uniré yo mis esfuerzos á los vuestros: por el amor que tengo á Carlos, no hablaré de ello al Rey.

Brant. Mil gracias, mi general; pues ya sabe V. E. lo rígido que es sobre este punto.

Deh. Y hace muy bien. Un rey debe siempre castigar ese vicio con la mayor severidad. Marchad; pues, á ver vuestro calavera, y aconsejadle no vuelva á caer en semejante falta. Quedad con Dios.

Brant. Mi general, estoy á su disposicion.

ESCENA II.

BRANT SOLO.

Brant. Vamos ahora á dar una buena carda á nuestro jugador.... Terrible empresa es. Jamas le veo sin sentir aqui.... Fuera, fuera flaqueza: arqueemos las cejas, pongámosle un rostro muy serio, y.... Mas ya viene hácia aqui, en compañia de su amigo.

ESCENA III.

DICHO, CARLOS Y TEODORO.

Carl. Tú aqui, Brant?
Brant Y eso os admira?
Carl. Cierto. Pero me alegro encontrarte: tengo mil cosas que decirte. Hoy estoy muy alegre.
Brant. Yo tambien lo estoy. (*serio.*)
Teod. No lo hubiera adivinado.
Brant. Asi os parece: eh? (*á Teod.*) Yo tambien tengo muchas cosas que deciros, señor baron.
Carl. Señor baron.... Que tono es ese? No soy ya Cárlos, tu amiguito, el que tú amas tanto como él te ama á ti?
Brant. Si tal, si tal.... Ya se llevó el diablo mi severidad.... Acabo de recibir buenos informes de vos.
Carl. Si sabrá?.... (*á Teod.*)
Teod. Mucho me lo temo.
Brant. Cuánto habeis ganado esta noche pasada?
Carl. Ganado!
Brant. Si, ganado: cuando se juega es para ganar ó perder.

Carl. Esplícate.

Brant. Pues me parece que me esplico. Lo que os quiero decir es que hace ya varios dias que frecuentais esas casas infernales, donde se pierde el dinero, á veces la vida, y siempre la reputacion. Escuchadme, amigo Carlos: yo no sé gastar bellas palabras, pero lo que os diré lisa y llanamente es, que eso está muy mal hecho: que por semejante conducta (que haria morir de dolor á vuestra madre si llegase á saberlo) os haceis indigno de la confianza que os dispensa el Rey; y finalmente, que sois hijo de un hombre que jamas hizo en su vida una accion de que pudiese avergonzarse.

Carl. Merezco esas justas reconvenciones, si. Hace ocho dias que á Teodoro y á mí nos dió gana de jugar: en seis noches ganamos quinientos federicos de oro, y....

Brant. Los habreis perdido luego: no es asi?

Carl. En menos de dos noches.

Brant. Asi sucede siempre: por lo demas me alegro mucho de ello.

Teod. Y yo lo siento en estremo.

Brant. Esa desgracia os servirá de leccion.

Teod. Ni aunque quisiéramos, podríamos recibir otra.

Carl. Ante ayer nos hicieron en un credo desembolsar doscientos federicos.

Teod. Y ayer dieron fin á nuestro bolsillo.

Carl. Teodoro conservaba todavia unos doscientos federicos, que no se atrevia á aventurar; mas creyendo que la suerte volveria á favorecerme, se los pedí prestados.

Brant. Y los perdisteis.

Carl. Si, pero no al juego.

Brant. Pues como?

Carl. Sospechando que una desgracia tan constante no podia ser natural, exáminé con cuidado las manos del banquero, y habiendo notado qué nos estaba engañando, le dí tal bofeton....

Brant. Muy bien hecho!

Carl. Que fueron rodando él y sus sillas por el suelo.

Brant. Bravo!

Teod. Esa accion fué la señal del mas terrible combate entre nosotros y los dignos apoyadores de su casa. Al momento luces, arañas, muebles, mesas, todo lo hacemos mil pedazos: sus despojos nos suministran armas, y las empleamos de un modo....

Carl. Digno de admiracion.

Brant. Qué perspectiva tan bella! De buena gana me hubiera yo hallado allí.

Carl. Mas los gritos de ¡á la guardia; al asesino, vinieron á entibiar nuestro ardor guerrero, Por no ser cogidos, echamos á correr, sin acordarnos de coger nuestros doscientos federicos; y nos alejamos de aquella odiosa casa, con juramento de no volver jamás á poner los pies en semejantes degolladeros.

Brant Perfectamente, amigos: me alegro que hayais reconocido vuestro error. Pero si el Rey llega á saberlo....

Teod. Mucho lo sintiria.

Carl. El menor mal que nos vendria seria mandarnos á reflexionar por tres ó cuatro meses en algun castillo.... Pero qué ha de saber? Nadie nos conocia en aquella casa; jamás nos mos-

tramos en ella con uniforme, y tuvimos tiempo de escaparnos antes que llegasen los agentes de policía.

Brant. Basta uno solo para inutilizar todas vuestras precauciones, y la prueba es que el Señor Deherleim está informado de todo.

Carl. Perdidos somos!

Teod. Ya estoy viendo desde aquí abrirse para nosotros las puertas de algun castillo.

Brant. Sosegaos. El señor Deherlein me ha prometido guardar el secreto.... Pero no mas juego, se entiende.

Los dos. Lo prometemos.

Brant. Muy bien.... Pues á otra cosa.
Qué escelentes noticias son las que tenias que darme?

Carl Es, amigo, que la he visto.

Brant. A quien?

Carl. A mi hermosa incógnita.

Brant. A Dios.... Ya tenemos amores en campaña. Apuesto á que la hermosa incógnita es alguna de esas mugeres que....

Carl. Ah, Brant. . Guárdate de ultrajarla!

Brant. Qué es esto? *(Se oyen cajas.)*

Teod. Ay Dios! Es el regimiento de la guardia que se pone en formacion, y aunque estoy aqui, voy corriendo á mi puesto. A Dios, Cárlos: despues de la revista nos veremos. A Dios Brant.

ESCENA IV.

CARLOS, BRANT.

Brant. Exáminemos si esa bella incógnita es dig-

na de vos. Primero: donde la habeis visto?

Carl. En el paseo, hace mas de dos meses. Iba con un hombre condecorado que parecia su padre.

Brant. Cáspita! Un hombre condecorado!

Carl. Paréme un poco para considerarla. Sus ojos se encontraron con los mios: al momento un modesto sonrosado apareció en sus megillas, y un fuego abrasador se esparció por todos mis sentidos.

Brant. Cuidado con el incendio!

Carl. El temor de que me viese su padre, me hizo continuar mi paseo; pero observe con placer que ella me seguia con la vista por entre el tropel de la gente. Desde aquel dia no la volví á ver, y fueron vanos todos los pasos que di para indagar á donde vivia. Esta mañana al salir de mi casa, veo pasar un coche, y al mismo tiempo una muger asomarse por la ventanilla. Juzga de mi placer.... Era ella la misma. Quise seguirla; mas la rapidez del coche la hizo pronto desaparecer á mi vista, quedándome con desconsuelo de haber visto á la que adoro para volverla á perder.

Brant. Consolaos: la casualidad os hara encontrarla otra vez, y entónces os podreis aprovechar mejor de la ocasion.... Pero ¿qué es esto?

(Se oyen cajas.)

Carl. Es el Rey que va á pasar revista á sus guardias: suele pararse en esta sala, donde recibe los memoriales de todos los que tienen algo que pedirle. Ya entra.

Brant. Pues os dejo. Hasta la vista, y cuidado con enmendarse.

ESCENA V.

El Rey, Carlos, Deherlein, oficiales y soldados. *Un oficial al frente de un cuerpo de guardia ocupará el fondo del teatro. Se tocará el tambor al salir el Rey.*

Rey. Sois vos, Cárlos? Cómo es que hasta ahora no os he visto hoy?

Carl. Señor....

Rey. Vuestras facciones están alteradas, y anuncian la fatiga. Sin duda habreis pasado la noche trabajando. Mil veces os lo tengo prohibido. Emplead el dia en el estudio de las matemáticas y demas ciencias que os harán ser con el tiempo un buen oficial; pero tambien debeis tomar algun reposo, y sobre todo alguna distraccion. Vuestra salud lo exige, y ya sabeis que me interesa en ella.

Carl. Tantas bondades, señor, me llenan de la mas profunda gratitud.

Deh. Aquí tiene V. M. los partes de hoy.

Presenta al Rey varios papeles.

Rey. Abridlos. (*Deherlein egecuta la órden, y va dándolos al Rey uno tras otro.*)

Rey (leyendo el primero.) El gobernador de la ciudadela de Schweidoitz me anuncia la muerte del alcaide del castillo y pide la plaza para un tal Estoch, furriel de húsares, que lleva cuatro años de servicio." Veremos si hay algun antiguo militar mas digno que él de obtenerla Jamás debe un Rey dejar marchar las ocasiones de premiar á los que han espuesto la vida para mantenerle su gloria y su poder. Deherlein, luego me remitireis el despacho

de este empleo, con el nombre en blanco.

Deh. V. M. será obedecido.

Rey. Ah, ah..! El feld-mariscal que manda en el campamento de Friedberg me avisa de que el enemigo se halla á distancia de cerca de tres leguas de mi egército, y marchando directamente hácia él. Intentará darme la batalla? Que tiemble: pues verá renovarse en las llanuras de Friedberg las escenas de Molwitz, Hermensdorf y Czalau. Carlos, antes de que pasen veinte y cuatro horas, veremos al enemigo.

Car. Esa noticia llena de gozo mi corazon. Nada anhelo tanto como hacer ver á V M. que soy digno de ser contado en el número de sus soldados.

Rey. Muy bien. Deherlein, dentro de cuatro horas saldré de Schweidnitz para establecer mi cuartel general en Friedberg. Haced que todo se disponga para la marcha.

Deh. Está muy bien, Señor.

Rey. Un informe del burgo-maestre de Schweidnitz: leamos. ,,Señor, la (*leyendo el último parte*) tranquilidad pública ha sido alterada esta noche pasada. Se ha suscitado una pendencia en una casa de juego, que habia escapado á mi vigilancia.'' No debiera haber existido en solo dia. ,,He mandado arrestar á sus dueños.'' Padecerán diez años de presidio. ,,E igualmente á todos los que se hallaban en ella; pero los autores de la pendencia se habian ya escapado. Con dolor he sabido que asisten cerca de vuestra persona El uno es el baron de Felchein..." Cárlos..! (*ap.*)

Car. Porqué será esta mirada tan severa? (*ap.*)

Rey. ,,Y el otro es el señor Teodoro de Artmant,

teniente de la guardia." (*Guarda el parte.*) In
sensata juventud! No habeis pasado la noch
trabajando, señor Cárlos, sino en el juego.

Car. Perdido soy! (*ap.*)

Rey. A esa falta habeis añadido otra mayor; y es
la de comprometer vuestra estimacion con gen
te indigna de vuestra clase, y cuya sociedad
solo os puede ser perjudicial.

Car. Solo ha sido, Señor, un error pasagero
que he reconocido ya; y creed que no hubiera
aguardado á vuestras justas reconvenciones
para jurar por mi honor no volver á caer en
falta tan detestable.

Rey. Lo habeis jurado por vuestro honor?

Car. Si señor, y cumpliré mi palabra.

Rey. Está bien: sentaos ahí, y escribid lo que os
voy á dictar.

Siéntase Cárlos, y escribe:

,,Señor gobernador de la ciudadela de Sch
weidnitz: Ahí os envio uno de mis edecanes
de quien tengo queja."

Car. Ya esto es hecho. (*ap.*)

Rey. ,,Me dareis cuenta todos los meses de su
conducta."

Car. Todos los meses! (*ap.*)

Rey. No escribis?

Car. Perdóneme V. M. No habia de Teodo
ro! (*ap.*)

Rey. Habeis concluido?

Car. Si señor.

*Se levanta, y presenta la pluma al Rey, quien s
sienta, firma y vuelve á leer la órden.*

Rey. Me olvidaba de Teodoro. ,,Tambien deten
dreis (*escribe diciéndolo á media voz*) preso a
teniente Teodoro de Artmant, portador d

esta órden.» Deherlein, cerrad ese pliego.

Se levanta el Rey. Deherlein se sienta, y cierra el pliego. El Rey llama á un oficial, y le dice: Id a buscar á Teodoro de Artmant.

Car. Qué le querrá? (*ap.*) La pérdida (*alto*) de mi libertad me será tanto mas sensible, porque me privará del honor de pelear á la vista de V. M. Os ruego, señor, que diferais mi castigo hasta despues de la batalla. Tenga yo el placer de derramar toda mi sangre, para manifestar mi vivo sentimiento de haberos ofendido.

Rey. Retiraos.

Car. En nombre de la gloria, que os (*se arrodilla*) es tan cara, no me negueis la gracia de probar mi valor contra los enemigos de V. M.

Rey. Alzaos (*alzándole, y procurando ocultar su emocion*) os digo: son inútiles vuestros ruegos. Siento tenerle (*ap.*) que castigar: pero lo exige el egemplo

Deh. Señor: (*dándole la órden al Rey*) ya está aqui el teniente Teodoro.

ESCENA VI.

Dichos, Teodoro *que entra, y se turba al ver el dolor de Cárlos.*

Rey. Acercaos, Teodoro: (*Entrégale la órden.*) os doy el encargo de conducir al señor baron de Felchein á la ciudadela de Schweidnitz.

Teod. Yo, Señor...!

Rey. Si, vos: y espero que antes de una hora mis órdenes queden ejecutadas. Seguidme.

Al irse el Rey, acompañado de la oficialidad, tocará el tambor.

ESCENA VII.

CARLOS Y TEODORO.

Teod. No estoy en mí: el Rey lo sabe?

Carl. Todo. He perdido su amistad, y el burgomaestre de Schweidnitz es á quien debo este buen servicio.

Teod. Pero yo...?

Carl. Sin duda ese magistrado no debe nombrarte en el oficio.

Teod. El Rey no ignora que la mas estrecha amistad nos une, y sin embargo me dá el cargo de.... Pues es un error involuntario del burgomaestre el no haberme incluido en su oficio, yo voy á repararlo.

Carl. Qué pretendes hacer?

Teod. Quiero que sepa Federico que soy tan culpable como tú. Voy á arrojarme á sus plantas; y pues he sido partícipe de tu culpa, quiero serlo tambien de tu castigo.

Carl. Aguarda: agradece mas bien á tu buena suerte que te liberta de él, y mira que la pérdida de tu libertad te perjudicaría en tus ascensos.

Teod. Nada escucho, y voy ahora mismo....

Carl. Si das un paso mas, no vuelves á ser mi amigo.

Teod. Preciso es obedecerte: pero ya que no pueda acompañarte, tendré al menos el consuelo de aliviar el rigor de tu prision.

Carl. Cómo?

Teod. El gobernador de la ciudadela es tio mio.

Carl. De veras?

Teod. Y ademas me quiere mucho: él piensa que

soy un prodigio de buena conducta. Desde que estoy aquí le he hecho varias visitas, y es una casualidad que yo no te haya llevado á verle: mas ahora te recomendaré á él. Verás á mi prima, la amable Matilde, jóven de diez y seis años, y hermosa como un ángel.

Carl. Y de quien, sin duda, estarás enamorado.

Teod. No por cierto: si lo estuviera, en lugar de pasar la noche en el juego, hubiera ido con ella á un baile que ha dado una tia suya, y hubieras venido con migo.

Carl. Mas valiera haberlo hecho; y no me veria yo en este estado.

Teod. Ciertamente; pero volviendo á Matilde, mi tio quiere casarla con un antiguo general, amigo suyo.

Carl. Y que á ella, sin duda, no le agrada.

Teod. No le puede ver ni pintado. Es verdad que tampoco disimula á su padre el disgusto que le causa; pues es tan franca y sincera, que le confiesa hasta sus mas ocultos pensamientos. La verás, y apuesto á que te hace olvidar á tu hermosa incógnita.

Carl Eso si que no.

Teod. Allá lo veremos.

Carl. Pero quién viene?

Teod. Es Brant: parece que está furioso.

ESCENA VIII.

DICHOS Y BRANT.

Brant. Que es lo que acabo de saber? Voto á brios.....!

Carl. Te han dicho.... ?

Bran. Que vais preso á la ciudadela de Schweidnitz: el señor Deherlein me ha informado de todo. Estoy furioso contra el Rey: ya le diré yo lo que hace al caso. Tengo (*ap.*) cierta carta.

Carl. Qué pretendes hacer?

Brant. He de lograr vuestro perdon, ó he de poder muy poco.

Carl. Nada has de lograr, por mas que hagas.

Brant. Os arrepentis de vuestra culpa?

Carl. Si por cierto.

Brant. Pues bien: yo os perdono; y el Rey debe imitarme. Mas entre tanto es preciso obedecer sus órdenes. Id á vuestro destino, pues yo os prometo no tardaremos mucho en vernos.

ESCENA IX.

BRANT SOLO.

Brant. Es escelente muchacho! Cierto que me da lástima. Tambien es mucha crueldad por una ligera falta de que ya está arrepentido.... Oh! Pues vive Dios que no ha de ser asi. Aqui tengo esta carta, que la escribi (*La saca*) en una de las tabernas de la plaza de armas, luego que me separé del señor Deherlein. Está puesta con tino, y jamás ha recibido el Rey otra igual.... Pero aqui viene el señor Deherlein. Es un escelente hombre: le pediré por favor que tenga la bondad de presentársela al Rey, y no dudo de que lo haga.

ESCENA X.

DICHOS Y DEHERLEIN.

Deh. Y bien, amigo Brant....

Brant. Y bien, mi general, se le llevaron.
Deh. Ahora mismo acabo de verle pasar por la plaza de armas.
Brant. Le ha visto el Rey?
Deh. Si.
Brant. Y no le ha vuelto á llamar?
Deh. No.
Brant. Por vida de....!
Deh. Pero no le ha perdido de vista; y por lo que he notado en él, parecia sentir en su interior tener que mostrarse tan severo.
Brant. Tanto mejor: mi carta acabará de ablandarle.
Deh. Qué carta?
Brant. La que tengo aqui. La he puesto con todos mis cinco sentidos, y no puede menos de producir un grande efecto. Mi general: quiere V. E. tener la bondad de presentársela al Rey?
Deh. Con mucho gusto. (*Tomándola.*) Pienso que no os habreis apartado del debido respeto.
Brant. No tenga V. E. ningun cuidado. Bien sé yo como se escribe á los reyes.... Pero ¿qué ruido...?
Deh. Es el Rey.
Brant. Me retiraré á un rincon de la sala, para ver desde alli el efecto que produce mi carta sobre el corazon de S. M.

ESCENA XI.

DICHOS, EL REY, OFICIALES, &c.

Rey. Señores oficiales, os doy gracias por el buen estado en que teneis á mi guardia. Estoy muy

satisfecho de ella, y debo creer que no lo quedaré menos de su conducta en presencia del enemigo, procurando sostener la gloria de que se ha cubierto en mis últimas campañas. Vais á marchar á los campos de Friedberg, adonde os he de seguir. Mañana al amanecer atacaremos al enemigo, y le derrotaremos.

Deh. Señor, tengo el honor de presentar á V. M. la solicitud de un antiguo militar.

Rey. De un antiguo militar? Veamos.

Brant. Bueno, ya la tiene. (*ap.*)

Deh. Es en favor de un jóven á quien amo, y os ruego la admitais con benignidad.

Rey. „ Señor: (*leyendo*) la familia de Witkind es mas antigua que la vuestra.... » Oiga! Luego teneis un edecan que es mas noble que vos. Esta es cosa nueva.

Deh. Que oigo cielos! (*ap.*)

Rey. Sin embargo le tratais indignamente, y no es asi como debe obrar un buen Rey. Quien es el atrevido?

Brant. Parece que se enfada. (*ap.*)

Rey. „ Cual es el delito de ese pobre mozo? Ha jugado, ha perdido su dinero. ¿Era acaso vuestro?

Deh. Debe haber perdido el juicio. (*ap.*)

Rey. Si tuvieseis la desgracia de perder una batalla, os pareceria acaso justo que os encerraran por eso en la ciudadela de Schweidnitz? Esto es ya por demas.

Deh. Os ruego no prosigais.

Rey. Dejadme: quiero ver hasta que punto llega su osadia.

Bran. No lo toma muy bien. (*ap.*)

Rey. Compadeceos, Señor, del pobre Cárlos.

No le priveis del gusto de dar cuchilladas á vuestros enemigos. En recompensa de tan buena accion, os prometo acompoñarlo en todas las batallas; pero antes ire á deciros de viva voz, que soy y seré siempre vuestro servidor y amigo = Brant, antiguo alferez de los húsares de Felcheín, conquistador de la Pomerania, y dispuesto á pelear pòr vos, si lo teneis á bien."

Brant. Eso debe aplacarle. (*ap.*)

Rey. Y sois vos, Deherlein, quien me recomienda un memorial semejante?

Brant. Y por que no? (*ap.*)

Deh. Aunque conocia, Señor, el objeto á que se dirige, ignoraba en que términos estaba escrito

Rey. Esta es la primera vez que se me ha presentado un memorial de esta suerte, y el insolente que lo ha hecho será arcabuceado.

Brant. Arcabuceado! Eso si que no.

Echa Brant á correr: y el Rey se vuelve y lo ve.

Rey. Qué hombre es ese?

Deh. Es ese Brant.

Rey. Que le traigan á mi presencia.

Sale un cabo con cuatro guardias.

ESCENA XII.

DICHOS MÉNOS BRANT.

Deh. Procuremos aplacarle. (*ap.*) Señor: bien veo que ese memorial debe excitar la ira de V. M. pero si conocieseis á ese Brant, en vez de enojaros os reiriais.

Rey. Yo jamás me rio cuando se falta al respeto que me es debido. Un Rey no debe permitir

que se le ultraje; y la historia nos ofrece mil egemplos de príncipes que han sido despojados de sus tronos por haberse dejado envilecer.

Deh. Puedo asegurar á V. M. que nadie os respeta y venera tanto como ese antiguo soldado.

Rey Bien se le conoce.

Deh. Ha servido con honor á vuestro padre, y está cubierto de heridas. Ama á Carlos, y sacrificará por él su vida. Su único delito es ignorar como se escribe á un soberano. A toda la franqueza militar y á un genio exaltado, reune el corazon mas sensible, y sobre todo una originalidad sin igual. Tal es el hombre que ha tenido la desgracia de ofender involuntariamente á V. M. Dignaos leer su carta, y en cada expresion hallareis una prueba de lo que os digo. (*El Rey vuelve á leer la carta y se sonrie un poco.*) Bueno! (*ap.*) Se sonrie: Brant está salvado.

Rey. En efecto; ahora que conozco su carácter, veo que ciertamente para escribirme en este estilo, es preciso ser muy original. Veamos al conquistador de la Pomerania.

ESCENA XIII.

DICHOS Y BRANT.

Brant. Que diablos ganará V. M. con hacerme arcabucear?

Rey. Acércate.

Brant. Aqui estoy.

Rey. Con que huias?

Brant. Si por cierto.

Rey. Y por que?

Brant. Porque oí decir á V. M. que queria arcabucearme.

Rey. Con que temes la muerte?

Brant. Voto á brios....! Yo....? Perdóneme V. M. Vive Dios, que no la temo! Me he hallado en seis batallas y veinte escaramuzas, sin haber jamás dado un paso atrás. Entónces tenia yo mi sable en la mano para parar los golpes, y dar tajos á los enemigos de vuestro padre. No me amedrentaba entonces la muerte, porque era honrosa: pero esto de ir con las manos atadas á que le pasen á uno por la cabeza media docena de balas, no tiene nada de honroso ni agradable.

Rey. Veo *(ap. á Deherlein)* que tenias razon. Y eres tu *(á Brant con severidad fingida)* quien pretende dar leyes á los reyes?

Brant. Dar lecciones no, pero quisiera que fueran menos severos. ¿Con que haceis encerrar á mi amigo en un castillo por una leve falta que ha cometido, y quereis ahora hacerme arcabucear por haberos escrito una carta muy respetuosa? Mandad, si quereis, que me rompan la cabeza, mas por lo menos dad libertad á Cárlos, para que pueda batirse contra vuestros enemigos.

Rey. Ni uno ni otro. Extended para Brant *(bajo á Deherlein)* ese nombramiento de alcaide.

Brant. Qué es lo que *(ap.)* pretende hacer?

Rey. No me es posible dar libertad á tu Baron: lo mas que puedo hacer por ti es encerrarte con él en la misma cárcel.

Brant. Mas vale eso que ser arcabuceado. Por lo menos estaré en su compañia: procuraré consolarle del sentimiento de no poder ir á

pelear por V. M. ; y le referiré todas las victorias de su padre.

Rey. Harás muy bien: cuida sobre todo de que no haga alguna nueva calaverada.

Brant. Qué calaveradas quereis que haga en una cárcel?

Rey. Toma: este es el nombramiento *(dándole el papel)* para ti de alcaide de la ciudadela.

Brant. Es posible....!

Rey. Agradece á que me has hallado de buen humor. Otro que tu no me hubiera escrito esta carta, sin padecer el merecido castigo. Mira que si te doy el empleo de alcaide, es solo con el objeto de que estés cerca de Cárlos, y veles sobre su conducta.

Brant. No le perderé ni un solo instante de vista.

Rey Te hago responsable de su conducta.

Brant. No tenga V. M. ningun cuidado. Mas ¿como manifestaros mi gratitud? El gozo.... la satisfaccion.... No, yo *(postrado)* no puedo expresar.... Me faltan palabras.... y el placer que siento....

Los oficiales se rien, y el rey les reprende.

Rey. Qué es eso, señores? Este buen hombre ha sido un valeroso soldado: procurad imitarle: quisiera tener treinta mil hombres como él.

Brant. Segun eso, Señor, ya no estais enojado?

Rey. Vamos, marcha á ver á tu querido Baron.

Brant. Antes de un cuarto de hora estaré con el: mas no nos tenga V. M. mucho tiempo en esa maldita ciudadela; pues mi jóven Baron tiene vivos deseos de hallarse en la batalla, y yo de acompañarle.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa á la drecha la casa del gobernador de la ciudadela de Schweidnitz, con una puerta sobre la escena, y un banco en la parte anterior del teatro. A la izquierda un jardin. En el fondo se ven las fortificaciones interiores de la ciudadela. Una verja divide el teatro, partiendo desde la esquina de la casa del gobernador, y prolongandose hasta el bastidor opuesto. Cerca del jardin habrá un banco colocado bajo de un cenador.

ESCENA I.

EL GOBERNADOR Y ESTOCH: ESTE SALE POR LA PUERTA DE LA VERJA, Y EL GOBERNADOR DE SU CASA.

Est. Está ya de vuelta la señorita, señor gobernador?

Gob. Aun no ha venido, pero discurro que no tardará. ¿Está ya todo prevenido para la agradable sorpresa que quiero procurarla?

Est. Nada falta, mi general: algo apurado me he visto con el arreglo de la funcion que me habeis encargado, con el motivo del cumple años de vuestra hija: mas pienso que ha de salir con lucimiento, y que quedareis satisfecho.

Gob. Perfectamente. Te ha venido muy bien el que la tia convidase á Matilde al baile esta noche: pues asi has podido ensayar libremente á los actores, sin temor de que ella te viese.

Est. Eso es verdad: qué contenta se va á poner

al ver las tiernas expresiones del cariño que la profesa su padre! Tambien es verdad que ella se merece esto, y mucho mas por las prendas sobresalientes que la adornan. Hermosura, gracias, talento, amabilidad y franqueza, todo se halla reunido en ella.... Pero un coche ha parado: sin duda será ella.... Si, en efecto, y ya entra seguida de Cretla. Os dejo por un momento. voy á reunir mi gente, y conducirla á este sitio.

ESCENA II.

EL GOBERNADOR, MATILDE Y CRETLA.

Mat. Buenos dias, padre. *(le abraza.)*

Gob. Buenos dias, Matilde: ¿te has divertido?

Mat. En extremo, padre mio: el baile ha estado de lo mas brillante. Mi tia habia convidado á las damas mas bellas de Schweiduitz, á los jóvenes mas amables. Si viérais que obsequiada he estado!

Gob. En efecto. *(sonriéndose.)*

Mat. Mas á pesar de su amabilidad, ninguno tenia las gracias de aquel jóven page que vi hace dias en el paseo.

Gob. Y de quien tantas veces me has hablado.

Cret. Qué siempre habeis de estar pensando en ese page?

Mat. Y por que no? Tiene acaso algo de malo?

Gob. Dejadla, Cretla. No hagais caso de lo que dice Matilde acerca de ese page. ¿No veis que todas son niñadas?

Mat. Niñadas, pues: ni mas ni menos. Sin duda olvidais, padre mio, que tengo ya diez y seis

años, y que á esta edad obra ya una con juicio.

Gob. Quién lo duda? En efecto: en ti se muestra. ¿Con que por que en el paseo te mira un jóven con aquel aire tan tierno, que todos suelen cuando ven á muger bonita, ya te crees amada, y amada de un page? ¡Pobre inocente! Apuesto á que ya no se acuerda de ti.

Mat. Pues hariais muy mal en apostar, porque perderiais.

Gob. Cómo?

Mat. La prueba está en que esta mañana misma le he visto.

Cret. Y adonde, señorita? Yo no me he apartado de vos ni un solo instante....

Mat. Al salir de casa de mi tia para venir aqui, nos hemos encontrado, nos hemos visto, nos hemos reconocido, y tenia tales deseos de hablarme, que ha echado á correr tras el coche.

Cret. ¡Haya atrevido!

Mat. Pero el maldito cochero (os lo prevengo, padre: estropeará algun dia vuestros caballos por quererlos hacer ir tan de prisa) parecia haberse empeñado en llevarnos á rienda suelta; de suerte que en un instante perdi de vista á aquel amable jóven.

Cret. Me gusta la franqueza.

Mat. ¿No es mi padre el mejor de mis amigos? Pues ¿porque le he de ocultar los sentimientos de mi corazon?

Gob. Haces bien, querida hija. Ten en tu padre siempre la misma confianza, y deja á mi experiencia el cuidado de dirigirte.

Mat. Siempre me hallareis pronto á seguir vuestros consejos.

Gob. Es preciso que olvides á ese page, y ten

Presente que estás ya prometida al general...

Mat. ¡Prometida! No hay tal cosa. Decid mas bien que deseais mi enlace con él; pero me amais demasiado para obligarme á contraer matrimonio con una persona que jamás poseerá mi corazon.

Gob. La bribona me conoce. (*aparte.*)

Mat. Convengo en que vuestro general es muy amable, y aun me siento dispuesta á quererle...

Gob Eso es lo que yo deseo.

Mat. Se entiende, como un amigo, cuyos consejos me puedan ser muy provechosos, mas no como un esposo.

Gob. Otros serán tus sentimientos luego que hayas olvidado á ese page.

Mat. ¿Olvidar al page? Nunca.

Gob. Pues bien: te mando *(algo enfadado)* no vuelvas á hablarme de él.

Mat. Si os enfadais, no volveré mas á nombrarlo.

Gob. Asi lo espero.

Mat. Pero ha de ser con condicion que tampoco me volvereis á hablar de vuestro general.

Gob. Basta ya sobre eso. A otra cosa: has visto á Teodoro?

Mat. No señor: no ha ido al baile, á pesar de estar convidado.

Gob. El cuartel general se traspasa hoy á Friedberg. Dejará acaso mi sobrino á Schweidnitz sin despedirse de mi?

Mat No lo creo.

Gob. Pero quien viene?

Mat. Es Estoch.

ESCENA III.

DICHOS Y ESTOCH.

Est. Señor gobernador, vuestro sobrino acaba de llegar.

Gob. De el estábamos hablando.
Est. Viene conduciendo un preso.
Gob. Un oficial de la guardia conducir á un preso; debe de ser un personage distinguido.
Est. Es un edecan del Rey.
Gob. Oiga! Hacerlos entrar.
Est. Está muy bien. (*vase.*)
Gob. Tú, hija, éntrate en tu cuarto.
Mat. Pues que? no he de ver á mi prima?
Gob. Acaso tendrá que comunicarme alguna órden secreta. Déjanos, pues, un momento solos. Da si quieres una vuelta por el jardin, y dentro de un cuarto de hora podrás volver.
Mat. Está muy bien: hasta luego.
Vanse las dos.
Gob. A Dios.

ESCENA IV.

EL GOBERNADOR, CARLOS, TEODORO Y ESTOCH

Est. Aqui están el señor Teodoroy el nuevo preso.
Gob. Muy bien: déjanos solos. (*vase Estoch.*) Dios te guarde, Teodoro. Pensé que te marchabas sin venir á despedirte.
Teod. Mis ocupaciones no me han permitido venir antes; y cuando lo iba á egecutar, me hizo llamar el Rey para encargarme que os tragese al señor baron de Felchein, que ha tenido la desgracia de enojar á S.M. y que os presento como mi mayor amigo.
Gob. Señor baron, reconocedme por vuestro servidor.
Carl. Antes yo debo serlo vuestro.
Gob. Me alegro mucho de hacer vuestro conocimiento.

Carl. El vuestro me honra con estremo; pero si he de hablaros claro, no es aqui donde quisiera haberlo hecho.

Gob. (*á Teodoro*) Qué delito ha hecho el señor Baron para....?

Teod. Nada, una friolera.

Gob. Una friolera? Jamás castiga el Rey por frioleras.

Teod. Es verdad, pero tambien á veces se muestra demasiado severo. Todo sé reduce á que mi amigo ha pasado varias noches en el juego.

Gob. Y llamas eso una friolera? ese es un vicio que todo Rey debe castigar con la mayor severidad.

Teod Yo no lo niego; pero....

Gob. En fin, pues el señor es amigo tuyo, procuraré hacerle menos sensible en cuanto pueda la pérdida de su libertad.

Carl. Será escusado que os tomeis esa molestia; aunque soy de genio alegre, sin embargo, toda mi alegria me abandona en pensar que he decaido del concepto de S.M.: que mi detencion causará el mas vivo dolor en una madre á quien amo, y finalmente, que el egército prusiano va á cubrirse de laureles, sin poder participar de sus peligros ni su gloria. Se puede, señor gobernador, ser jóven y atolondrado, sin dejar de ser sensible al honor; y no mereceria yo militar bajo las banderas del gran Federico, si fuera sordo á este sentimiento sublime, que es el que solo puede producir los héroes.

Gob. Muy bien, amigo: ese modo de pensar os hace honor.

Teod. En fin, tio mio, es á su mayor amigo á quien el Rey confia la egecucion de la órden que

le priva de su libertad.

Gob. Convengo en que la comision no es muy agradable; pero eso prueba que el Rey te honra con su confianza.

Teod. Tal es el fin que me propongo en todas mis acciones.

Carl. Haya hipócrita. (*ap.*)

Gob. Tu buena conducta me encanta.

Teod. Ayer mismo mi coronel me propuso por modelo á todos los oficiales de mi cuerpo.

Carl. No he visto embustero igual. (*ap.*)

Gob. Mucho me alegro de ello. Pero á otra cosa: sin duda traerás alguna órden del Rey para que reciba al señor.

Teod. Aqui está. (*Se la da.*)

Gob. Oiga (*Despues de leerla.*) Una posdata de letra del Rey.

Carl Sin duda os prescribirá que me trateis con rigor.

Gob Nada de eso: no se trata de vos en esta posdata. (*enfadado*)

Teod. Qué mala cara pone! (*bajo á Cárlos*)

Gob. Con que tambien la carta comprehende á mi sobrino, (*ap. riéndose*) Ha, ha, ha: no ha sido mala la idea. Apesar del enfado que tengo, no puedo menos de reirme.

Teod. Debe ser muy gracioso lo que os escribe el Rey, pues os hace reir tanto.

Gob. Ciertamente que lo es. (*Con tono severo, y dándole el papel.*) Ahora lo vas á leer.

Teod. (*Lee.*) Tambien tendreis preso al teniente Teodoro de Armant, portador de está orden.

Carl. Es posible! (*Toma la órden y la lee.*)

Teod. Esta si (*ap.*) que no la esperaba yo.

Carl. En efecto, eso dice. (*La vuelve al Gobern.*)

Gob. Con qué me estabais engañando, señor modelo de los oficiales de vuestro cuerpo? Tambien os haceis digno de que os encierren en una ciudadela! Muy bien, muy bien. Mas Schweidnitz, sabiendo que soy vuestro tio, debo corresponder á vuestra confianza y la suya, y os trataré con mas rigor que á nadie. Entregadme vuestra espada.

Teod. Mi espada?

Gob. Sin duda. Es uso entregar la espada cuando se entra preso en alguna ciudadela.

Teod. Como no conozco el uso de las ciudadelas, no es estraño que... Aqui está mi espada.

Carl. Y esta es la mia. (*La entrega.*)

Gob. Quién viene? ¿ Eres tú, Estoch ?

ESCENA V.

DICHOS Y ESTOCH.

Gob. Qué quieres?

Est. Un antiguo Alferez de húsares quiere hablaros de órden del Rey.

Carl. Si será Brant?

Gob. Que entre.

Est. Compañero, entra aqui.

ESCENA VI.

DICHOS Y BRANT.

Brant. Adonde está? adonde está? (*Al entrar.*)

Carl. y Teod. Es Brant. *(corre á abrazarle.)*

Carl. Amigo!

Bran. Querido Cárlos! Vos habeis de perdonar,

señor gobernador, pues al entrar solo he visto á mi Cárlos, y la alegria... el placer de reunirme á él.... Bien puede uno ser un tigre en el campo de batalla, pero no por eso se deja de tener buen corazon.

Gob. Esa sensibilidad hace vuestro mayor elogio.

Brant. Lo mismo me ha dicho el Rey esta mañana.

Est. Qué hueco se pone! (*ap.*)

Gob. Luego en virtud de alguna órden suya venís á esta ciudadela?

Bran. Si señor, y aqui la teneis. (*entrega la órden.*)

Carl. Nos traeis nuestro perdon?

Bran. No me ha sido posible conseguirlo, voto á bríos: pero vengo á haceros compañía.

Teod. Vienes preso como nosotros?

Brant. Pues qué vos tambien?....

Teod. Tambien lo estoy, amigo.

Brant. No, pues yo estoy libre.

Gob. Es el nombramiento de alcaide. (*Despues de leerla.*

Est. Para mi?

Gob. No, para el señor.

Est. Llevóse el diablo el empleo.

Brant. Lo pretendias tú?

Est. Cierto.

Brant. Pues bien, consuélate: lo tendrás luego que el baron salga de aqui. El Rey me lo ha dado con órden de velar sobre la conducta de ese jóven, y espero que no estaremos mucho en este sitio.

Est. Si es asi paciencia.

Brant. Hombre, no te aflijas por eso. Yo te prometo mi proteccion; pues has de saber que yo; si, ya, mírame; yo y el gran Federico somos uña y carne; y al dejar el empleo, le pediré te nombre en mi lugar.

Est. Te doy infinitas gracias.

Gob Estoch, toma esas espadas: llévalas á mi cuarto, y espérame alli.

Est. Está muy bien, señor gobernador. Cuenta con cumplirme la palabra; y no estés mucho tiempo aqui, porque tu empleo me conviene. (*á Brant.*)

ESCENA VII.

DICHOS, MATILDE Y CRETLA.

Mat. (*al entrar.*) Ya pasó el cuarto de hora. Padre, se puede ya entrar?

Cret. (*lo mismo.*) No me es posible detenerla.

Gob. Si, hija, ya puedes.

Carl. Qué es lo que veo! (*ap. reconociendo á Mat.*)

Mat. Dios te guarde, primo.

Gob. Puedes darle la enhorabuena, que tambien viene preso como el señor.

Mat. Dios mio.... ¡Es él.... ! (*A media voz reconociendo á Carlos.*)

Teod. No te decia yo (*ap. á Cárlos viendo su turbacion y la de Matilde*) que mi prima te haria olvidar á tu hermosa incógnita?

Carl. (*ap. á Teodoro.*) Amigo mio, si es ella.

Teod. Ella!

Gob. Matilde, qué te ha dado?

Mat. Me ha sobrecogido la noticia de la prision de mi primo.

Gob. Eso es lo que tiene ser un calavera. Pero, señores, como no tengo órden de encerraros, tendreis la ciudadela por cárcel: voy á mandar que os preparen una habitacion cómoda y decente.

Carl. Acepto vuestras ofertas con la mas viva gratitud: solo en vuestra casa podia hallar alivio á

mis desgracias. Encierra tantos atractivos....

Gob Como es eso?

Carl. Decia que el atractivo de vuestra conversacion hará menos desagradable mi detencion en esta ciudadela.

Gob. Me gusta que la gente se acomode con su suerte. Si deseais tomar algun descanso, podeis venir á mi cuarto.

Carl. Con mucho gusto.

Gob Ven, Matilde.

Carl. Ah! señor gobernador: un padre jamás da la mano á su hija, sino cuando está solo. Permitid..

Gob. Teneis razon. Ya os cedo el puesto.... Con cuidado.

Carlos presenta la mano á Matilde, que la acepta con una sonrisa de satisfaccion.

ESCENA VIII.

BRANT SOLO

Brant. Mi señorito parece que se ingenia. No tardará él mucho en hacer amistades con la señora Matilde. Ya le veo desde aqui armar alguna intriga amorosa... y.. hará bien: está en la edad... y sobre todo, en algo ha de pasar el tiempo de su prision Asi se le hará menos rigorosa, y quizas olvidará á aquella maldita incógnita, que le trae vuelto el juicio. No, pues la niña tiene todo lo que se requiere para eso, es bonita como un ángel! El señor Carlos la echaba unas miradas!... todo eso está muy bien; pero lo que nos importa es salir pronto de aqui; cada vez que pienso en que el egército orusiano marcha contra el enemigo, y que el Baron no se hallará en la accion ni yo tampoco, me llevan dos mil demonios: pero digo, no es el que vie-

ne corriendo por allá? qué es lo que tendrá?

ESCENA IX.

DICHO Y CARLOS.

Carl Vengo en busca tuya para participarte mi dicha

Brant. De que se trata?

Carl. Lo creerás, amigo? La amable Matilde es esa bella incógnita de quien te he hablado tantas veces....

Brant De veras?

Carl. Lo que oyes. Ahora agradezco al Rey el haberme enviado preso á esta ciudadela Habrá dicha igual a la mia! quiero permanecer aqui toda mi vida.

Brant Moderaos, señor: haceos, y advertid que si el gobernador llega á oler algo habra funcion y no conseguireis nada Lo que debeis hacer es procurar con vuestra conducta granjearos su amistad y su aprecio: lejos de querer permanecer aqui toda vuestra vida, obtened cuanto antes vuestro perdon, marchad al campo del honor, y luego que os hayais cubierto de gloria por vuestras hazañas, os será facil conseguir vuestra querida.

Carl. No; tus consejos son incompatibles con la vivacidad de mi genio; por lo menos quiero que su hermosa boca me pronuncie aquella encantadora declaracion á que todo amante aspira; pero desde que estoy aqui, el gobernador parece se ha empeñado en no apartarse ni un solo instante de su lado.

Brant. Teneis mas que alejarle?

Carl. Todo te sirve de burla, hasta las cosas mas serias Si pudiera hablarla .. Mas que gente es esta?

Brant. Es Estoch, acompañado de muchas gentes con flores en las manos.

Carl. Qué será?

Brant. El mismo nos lo dirá.

ESCENA X.

DICHOS, ESTOCH, Y ALDEANOS DE AMBOS SEXOS. Estoch seguido de los bailarines, que llevan todos ramos en las manos, y se colocan en el fondo del teatro.

Est Muy bien, amigos, aguardad un momento.

Brant Camarada Estoch, para qué son tantos ramos y tanta gente?

Est. Es para celebrar el cumple años de la señorita.

Brant y Carl. El cumple años! (*Carlos toma el ramo á uno de los bailarines, lo divide y da una parte á Brant; la otra la deja al bailarin, y se queda solo con una rosa.*

Carl. Toma, amigo Brant, estas flores: obsequiemos con ellas á la hermosa Matilde, que tanto lo merece.

Estoch. Muy bien, mi capitan. Amigos, *á los bailarines* haced todos vuestros esfuerzos para portaros de un modo que agrade al Gobernador y á su hija: mas aquí vienen los dos.

ESCENA XI.

Dichos, Gobernador, Matilde, Cretla y Teodoro. Matilde es conducida por su padre. Carlos, Brant

y los bailarines la presentan sus ramos: ella muestra alguna preferencia por la rosa de Carlos.

Mat. ¿Os dignais, padre mio, recordaros el cumpleaños de vuestra hija?

Gob ¿Como he de olvidar las épocas mas gratas á mi corazon?

Mat. ¡Que amable sois! No hiciera mas un amante.

Car. No señora; pero pudiera al menos imitarle.

Gob. Ven, hija mia, á colocarte en tu puesto para ver la pequeña funcion que te está preparada.

El Gobernador, Matilde, Carlos y Teodoro se sientan en el banco de la derecha. Brant y Cretla se sientan en el de la izquierda, y se egecutan varias danzas.

Gob. Os doy gracias, amigos, por el obsequio que haceis á mi hija.

Estoch se habrá ido de la escena durante el baile, y sale con este aviso.

Est Señor Gobernador: un correo os está esperando para comunicaros una órden del Rey.

Gob Allí voy Amigos, siento no poder estar con vosotros mas tiempo. El deber me llama á otra parte. Entrad en el jardin, donde os espera una buena comida: entregaos á toda la alegría que puede y debe inspiraros un dia tan feliz. Tu, hija, puedes permanecer aqui, pues pronto estaré de vuelta. Tú (*á Estoch*). sígueme.

Los bailarines entran en el jardin y el GOBERNADOR *con* ESTOCH *en su casa.*

ESCENA XII.

MATILDE, CARLOS, TEODORO, BRANT, Y CRETLA.

Car. Adorable Matilde, llegó por fin el suspirado

instante de poderos hablar con libertad. Yo os amo, y desde el dia que os ví la primera vez, os hice dueña de mi corazon: ¿mas podré esperar el ser correspondido?

Mat. Mirad, señor Carlos, que no exigís de mí nada menos que una declaracion.

Cret Pero señor, ¿que es esto en mi presencia?

Car. Si, adorable Matilde: confirmen vuestros labios lo que apenas me atrevo á leer en vuestros ojos. Hablad; yo os lo ruego. Con una sola palabra hareis la felicidad del mas tierno de los amantes. Si le amais, su prision se transformará en una mansion de delicias.

Mat. (*ap. á Cretla.*) ¿Lo oyes, Cretla? Su prision será para él una mansion de delicias.

Cret. No lo creais.

TEODORO *se acerca á ellas para escucharlas.*

Mat. (*ap. á Cretla.*) ¿Quieres que haga la declaracion que me pide con tanta gracia?

Cret. Guardaos bien de eso, señorita.

Teod. Vamos, primita; sigue los impulsos de tu corazon. Yo respondo por mi amigo.

Mat. Buen fiador por cierto.

Carl. ¿Me negareis la gracia que os pido?

Mat. No, Carlos: en vano pretenderia ocultar los sentimientos de mi corazon, que me habeis inspirado. Mas es preciso que mi padre los apruebe: procurad agradarle, y conseguir de él que Matilde sea vuestra esposa.

Cret. ¿Como, señorita, olvidais.....?

Carl. ¡Ah! Animado con alhagüeñas esperanzas, ¿que obstáculo será capaz de arredrarme? (*Fuera de si, arrojándose á los pies de Matilde.*) Juro á vuestros pies amaros eternamente.

Cret. Qué es lo que haceis, atrevido?

ESCENA XIII.

DICHOS, GOBERNADOR Y ESTOCH.

Gob. Muy bien, señor Baron.

Mat. Mi padre! }
Carl. Cielos! }
Teod. Mi tio! } *Juntos.*
Cret. El gobernador! }
Brant Étele cogido.

Gob. Os esplicais lindamente. ¿Y permitís esto, Cretla?

Cret. Si hace una hora que estoy dando gritos, y no quieren hacer caso.

Carl. Dignaos atenderme, señor gobernador. Mis intenciones son puras: adoro á vuestra hija: soy edecan del Rey, que tiene en grande aprecio...

Gob. Vuestra presencia aqui lo acredita muy bien.

Brant. Voto á brios! Parece que se están burlando. (*ap.*)

Car. Dignaos aprobar mi amor.

Gob. No lo espereis.

Brant. La respuesta es lacónica. (*ap.*)

Car. Y qué razon?

Gob. Qué razon? Os parece que aunque no tuviera ya algunas miras sobre mi hija, fuera prudente dar su mano á un calavera? ..

Car. Señor...!

Gob. Si señor; un calavera, cuyo corazon se inflama tan pronto como el vuestro.

Car. Y por qué no? Ese calavera, pues asi quereis llamarle, sabe apreciar las gracias y las virtudes: y ademas puede esperar por su clase y conducta...

Gob. Vuestra conducta! Sin duda os habeis olvidado que estais preso.

Car. Ah! Si no fuera el padre de Matilde...! (*ap.*)

Gob. Ademas, debeis saber que destino mi hija á un general ...

Car. Que no la agradará.

Gob. Eso es lo que vos no sabeis. Sobre todo, Matilde, que jamas casará contra su voluntad, no quiere al general, y solo dará su mano á un militar que se haya distinguido en la defensa de su patria. Y como miéntras permanezcais aqui no hareis grandes hazañas, no debeis esperar ser esposo de mi hija.

Mat. Sin duda revocareis, padre mio, una sentencia tan cruel. No siempre estará el señor Carlos preso, y estoy cierta de que un dia sus hazañas no solamente escitarán vuestra admiracion, sino que os obligarán á condescender con sus deseos y los mios.

Gob. Esa es otra! Hace dos meses que no cesas de hablarme á todas horas de tu jóven page, y das actualmente oidos á las protestaciones de amor que te hace el señor!

Mat. Es que el señor precisamente es ese jóven page.

Gob. Oiga! Con que el señor es ese page?

Bran. Si, señor gobernador; y es digno de vuestra alianza.

Gob. Asi os parece, señor alcaide?

Brant. Y mucho que me parece. Solo hace quince dias que el Rey le ha nombrado su edecan.

Gob. Con que el señor es ese page? Pues bien. Señor baron: como segun las órdenes de S. M. que acabo de recibir, tengo que marchar inmediatamente á reunirme al egército con el regimiento de Húsares que está de guarnicion en esta ciudadela, no tendreis á mal que os prohiba, durante mi ausencia, la entrada en mi habitacion.

Ireis con Teodoro á una parte del castillo independiente de esta. Os prevengo que haré observar de cerca vuestros pasos todos, y que si me desobedeceis, á mi vuelta....

Car. Es escusado que prosigais.

Gob Estoch y tu, Brant, seguidme à mi cuarto, adonde tengo que daros órdenes á cada uno. A vos (*á Brant*) relativas á las obligaciones de vuestro cargo; y à ti (*á Estoch*) concernientes á la marcha del regimiento. Sígueme, Matilde.

Brant. (*al oido á Carlos.*) Bien empleado está, pues no habeis querido seguir mis consejos.

ESCENA XIV.

CARLOS Y TEODORO.

Car. Qué desgraciado soy! Si siguiese los impulsos de mi cólera, habia de poner fuego á esta fortaleza.

Teod. Siempre te acaloras demasiado. Tambien ha sido imprudencia el arrojarse á los pies de mi prima en un parage tan público como este.

Car. Di todo lo que tu quieras; pero mientras esté aqui preso, pierdo las ocasiones de hacerme digno del objeto á quien amo.

Teod. Y qué hemos de hacer?

Car. Escribamos al Rey: echémosle memorial sobre memorial. Tal vez à fuerza de ostigarle conseguiremos algo.

Teod. Pues bien, escribámosle.

Car. Veinte veces al dia si es preciso.

Teod. Pintémosle nuestro dolor, nuestro arrepentimiento....

Car. Veremos si tiene un corazon bastante duro para resistir á los ruegos de dos jóvenes tan

amantes de la gloria. Pero en qué piensas?

Teod. Me ocurre una escelente idea.

Car. Cuál?

Teod. Salgamos de la ciudadela; reunámonos al egército; y por una accion gloriosa alcancemos el perdon.

Car. Dices bien: eso produciria mas efecto que todos nuestros memoriales.. Mas cuando el Rey llegue á saber nuestra fuga, se ¡pondrá furioso.

Teod. Aparta esos temores. Ten mayor confianza en tu suerte: en estos lances siempre es preciso aventurar algo.

Car. Pues bien, aventuremos.

Teod. Hallémonos en la batalla que se ha de dar mañana; y para distinguirnos mas, busquemos el puesto mas peligroso.

Car. Esto es, y muramos ántes que....

Teod. No tal, no moriremos: no te acalores, hombre.

Car. Bueno: mas como saldremos de la ciudadela!

Teod. Ahí está la dificultad; y es justamente lo que yo no pensaba.

Car. Pues es preciso hallar un medio cuanto ántes, pues ya se va acercando la noche.

Viene la noche gradualmente.

Teo. Hagamos entrar á Brant en nuestro proyecto.

Car. No tienes que contar con él: veras como se opone.

Teod. Pues de ese modo, no sé qué arbitrio tomar.

Estoch sale de casa del Gobernador y *Teodoro lo ve, y esclama*

Ya estamos fuera.

Car. Esplícate.

Teod. Déjame hacer.

ESCENA XV.

DICHOS Y ESTOCH.

Est. Aun estais aqui, señores? El gobernador est
furioso. Mucho me alegro ahora no ser el alcaide
Teod. Y por qué?
Est. En primer lugar, porque no tendria el gust
de ir a pelear. Y en segundo, porque seguir
ser el egecutor de las órdenes rigorosas que a
caba de dar el gobernador.
Car. Cuales son?
Est De encerraros en una torre: y vuestro amig
Brant se ha encargado de la comision.
Car. No lo hará
Est Si lo hará; pues teme alguna escapatoria d
parte vuestra, y quiere corresponder á la co
fianza con que le ha honrado el Rey.
Teod Y adonde está ahora?
Est. Haciendo preparar vuestra habitacion.
Teod Con que vas á marchar al egército con tu e
cuadron?
Est. Inmediatamente; mas despues de la batal
volveré aqui sin detencion. Tal es la órden d
Rey, que el señor gobernador acaba de com
nicarme.
Teod Todo se dispone á medida de mi (*ap.*) d
seo Eres un buen muchacho.
Est. Por lo menos un buen viejo lo soy
Teod. Es preciso que á Carlos y á mi nos hagas
favor.
Car. Ya comprendo su intencion. (*ap*)
Est Con mucho gusto. Señor oficial, que tie
que mandarme?
Teod. Como estamos aqui presos, no podrem
hallarnos en la batalla que se va á dar, y es

nos desespera Si pudieras proporcionarnos medios para salir de la ciudadela. .

Est Siento no poder serviros, porque no tengo ganas de hacerme meter en un calabozo por el resto de mis dias: con que así, con vuestro permiso *(Hace que se va.)*

Teod (deteniéndole) Aguarda. Voy á probarte que nos puedes ser útil sin comprometerte en nada. En primer lugar, daros á cada uno un uniforme, un caballo y armas. Sin duda tendrás alguna gente enferma?

Est No falta.

Teod. Nosotros la remplazaremos.

Est Y los otros compañeros os reconocerán y hablarán.

Teod. Los haremos beber.

Est. Y cuando se bebe no se habla: claro está. No, no, en vano lo pretendeis, no me es posible consentir.

Car Te lo pedimos por favor.

Teod. Nuestro único objeto es volvernos á congraciar con nuestro soberano.

Car. Y hacerme digno de ser amante adorada

Teod. A tí deberemos toda la gloria de que nos vamos á cubrir.

Car Y por consiguiente participas de ella

Teod Se nos presenta la ocasion de hacer una brillante hazaña.

Car. Y la aprovechamos al momento.

Teod Figúrate que estamos en la accion: la victoria depende solo de la derrota de una division enemiga.

Bar. Federico manda atacarlas: elige para ello sus mejores tropas....

Teod. Tu escuadron marcha el primero: penetra-

mos en ese terrible batallon: llevamos la muerte á todas partes; y todo cede á nuestros esfuerzos....

Car. La victoria se nos debe, y nos cubrimos de gloria....

Teod. El Rey quiere saber quienes somos: te nombramos á ti el primero....

Car. Te carga de honores, riquezas y recompensas.

Teod. En cuanto á nosotros, volvemos á nuestro encierro.

Car. Federico, en fin, llega á saber que hemos seguido tu egemplo. Admira nuestro valor y nuestra sumision, y nos vuelve á su gracia.

Teod. Los nombres de Estoch, Carlos y Teodoro resuenan de boca en boca, y....

Estoc. Y todo eso puede suceder ni mas ni ménos como lo dicen.... Pero despues de la batalla, volvereis á la ciudadela?

Los dos. Lo juramos.

Est. Y si os matan?

Car. Entónces....

Teod. Entónces no necesitamos volver á la ciudadela.

Estoc. Por supuesto.

Car. Si; pero nadie sabrá que eres tú quien nos ha proporcionado los medios de escaparnos.

Teod. Te decides en fin?

Est. Fuerza será ceder. No fuera una lástima privar al Rey de dos militares que sabrán portarse con tanto valor en la batalla? Esto es hecho: me seguireis?

Teod (*abrazándole.*) Tu nos vuelves la vida.

Car. Como manifestarte nuestra gratitud?

Est. Por lo menos no será ahogarme como lo estais haciendo. (*Se oye el tambor.*) Esta es la señal

de la marcha: seguidme, y os daré todo lo que necesitais.

Teod Marchemos.

Car. Marchemos. El honor y la gloria nos conducen.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un campamento. A la izquierda una casa.

ESCENA I.

ESTOCH SOLO. *Se oyen algunos cañonazos.*

Est. Qué música tan hermosa! Ella celebra la gran victoria que ha ganado Federico en las llanuras de Friedberg, y anuncia á los habitantes de estos contornos que ese héroe acaba de cubrirse de nuevos laureles Bebamos pues á la salud del vencedor, y celebremos tambien por nuestra parte tan memorable victoria. (*Mientras bebe se oyen cañonazos.*) Pero donde estarán los señores Carlos y Teodoro? Al primer choque nuestro escuadron fué completamente derrotado, y no les he vuelto á ver. Sin duda ignoran que el gran Federico está instruido de su fuga, y muy enojado contra ellos. Pero qué husar es aquel? Es Brant. Callémosle lo que ha sucedido con sus amigos; pues el señor Carlos me recomendó el secreto, y mas con él que con ninguno.

ESCENA II.

D'CHO Y BRANT.

Brant. Gracias á Dios, que hallé al fin una persona conocida!

Est. Eres tú, Brant? Qué vienes á hacer aqui?

Brant. Vengo á hablar con el Gobernador: donde está su alojamiento?

Est. En esa casa, pero ha salido.

Brant. Y donde es á?

Est. No muy lejos de aqui, en el castillo de Friedberg.

Brant. Voy allá.

Est. No podrás hablarle.

Brant. Porqué?

Est. Porque está con el Rey y sus generales examinando la causa de un oficial, que por su descuido espuso la vida del gran Federico.

Brant. Ha ocurrido algun peligro?

Estoc. Y muy grande. Sabiendo el enemigo que debíamos presentarle al amanecer la batalla, quiso adelantarse, atacándonos á la una de la noche. Felizmente estábamos prevenidos, y le acamos con valor; pero un regimiento suyo, favorecido de la obscuridad, logró penetrar hasta este sitio, apoderándose de un puesto que estaba á cargo de ese oficial: el Rey, que á la sazon se hallaba en esa casa, dando las órdenes convenientes, apenas tuvo tiempo para montar á caballo y salir seguido de sus guardias que pelearon como unos tigres.

Brant. Ah! Quien se hubiera hallado...! Continua, amigo.

Est. Sin embargo, á pesar de sus esfuerzos, no pudieron impedir que en el primer momento de la sorpresa veinte soldados rodeasen al Rey.

Brant. Ahi mil bombas!

Est Indudablemente nuestro gran Federico hubiera caido muerto, ó prisionero, á no ser por dos valientes húsares de no sé qué regimiento, que con la velocidad de un rayo se abren paso por entre el enemigo, llegan al Rey, le cubren con sus cuerpos, y dan la muerte á cuantos se atreven á acercarse. De este modo dieron lugar á que viniesen tropas en socorro del Monarca, y el batallon fué en un momento pasado todo á cuchillo.

Brant. Viva! Me encanta la accion de esos dos húsares.

Est. Tambien me han dicho que el gran Federico, prendado de su valor, se quitó la banda, y les dijo: Valientes húsares, sois mis libertadores, y os debo la vida; mas ahora solo tengo tiempo para manifestaros mi gratitud y satisfaccion: la obscuridad no me deja ver vuestras facciones: tomad esta banda: ella servirá para haceros conocer cuando me la entregueis despues de la batalla. Hasta entónces discurrid el premio que os convenga mejor. Pedídmelo, y al momento os lo concederé.

Brant. Ah! si hubiesen por lo menos hecho otro tanto mis jóvenes calaveras!

Est. Qué jóvenes? (*Haciéndose desentendido.*)

Bran. Carlos y Teodoro: se han escapado del castillo, y están aqui.

Estoc. En efecto, no se habla de otra cosa en todo el egército.... Pero ¡ellos son! (*ap.*) *Carlos y Teodoro aparecen en el fondo del teatro. Reconocen á Brant, y se retiran á un bastidor, al hacerles Estoch una seña. Estarán vestidos de húsares, grandes bigotes postizos, y*

el chacó caido sobre los ojos para no ser conocidos.

ESCENA III.

DICHOS, CARLOS Y TEODORO *ocultos.*

Brant. No lo estraño; pues habiéndolos buscado en vano el oficial encargado del mando de la ciudadela en ausencia del Gobernador: envió inmediatamente al Rey la noticia de su fuga.

Est. Y quién te ha dicho que están aqui?

Brant. Lo sé por un billete que antes de su partida escribió Carlos á la hija del Gobernador.

Est. Qué imprudencia!

Brant. En él la anuncia que corre al egército para buscar ocasion de distinguirse, y merecer la mano de su amante. Esta falta la ha llenado de tanta inquietud, que no estrañaré verla echarse á los pies del Rey, é implorar la gracia de Carlos. Por lo menos, tal era su intencion cuando salí.

Est. Procuraremos alejarle. (*ap.*) No tengas cuidado: todo se compondra mejor de lo que piensas.

Brant. Lo dudo: y se sabe el castigo que se les prepara?

Est. No; pero el Gobernador estará sin duda informado de ello, y podrá decírtelo.

Brant. Pues voy á verle.

Est. Harás bien.

Brant. Pues á Dios.

ESCENA IV.

CARLOS *y* TEODORO, *que salen de donde estaban ocultos, y* ESTOCH.

Carl. Mucho temí que me viese.

Est. Ya le habeis oido: está furioso contra vosotros.

Carl. Pronto se calmará su enojo.

Est. Adonde diablos habeis estado?

Teod. Despues de la derrota de tu escuadron, nos agregamos al cuerpo de caballeria encargado de perseguir al enemigo y obligarlo á pasar el rio.

Est. Habeis tenido ocasion de distinguiros?

Carl. Hemos tenido la dicha de coger cada uno una bandera á un regimiento que intentó resistirnos.

Est. Perfectamente, señores.

Teod. Pero hemos sido conocidos por el gefe que nos mandaba, al tiempo de entregarlas; pues notamos que nos examinaba mucho, y al retirarnos oimos pronunciar nuestros nombres.

Estoc. Tanto mejor. Tal vez eso aplacará la ira del Rey.

Teod. Pues qué, sabe nuestra fuga?

Est. Sin duda.

Car. Y qué importa? Tarde ó temprano ha de saberla; y sobre todo, como pudiéramos ocultársela al entregarle su banda?

Est. Como su banda!

Car. Mírala. (*enseñándola.*)

Est. Es posible! Sois vos los que habeis salvado esta noche la vida de nuestro Soberano?

Teod. Nosotros mismos.

Est. O valientes jóvenes! Cuánto me alegro ahora haberos procurado los medios de ejecutar una accion gloriosa! Pero tengo una queja de vosotros.

Teod. Cual?

Est. No me habiais prometido hacerme partícipe de vuestros peligros y de vuestra gloria?

Car. Si; pero nuestra fortuna nos ha llevado adelante.

Est. Y la mia me ha dejado atràs.... Pero no os tengo envidia.... Mas necesidad teneis de distinguiros que yo. Ahora, amigos, daos prisa á volveros á la ciudadela.

Car. Nosotros?

Est. Si por cierto: no me disteis palabra de hacerlo asi?

Car. Es verdad, pero....

Est. No hay pero que valga. Si habeis de obtener vuestro perdon, ha de ser desde allà y no aqui. Volveos, pues, y haced ver por esa accion á Federico, que si vuestro amor por la gloria os ha hecho culpables, no fué con intencion de libertaros del castigo que os habia impuesto.

Teod. Soy del mismo parecer.

Car. Vamos, pues: pero no digas á nadie que la Prusia nos debe la conservacion de su Rey.

Est. Ni siquiera á Brant?

Car. Menos á él que á otro.

Est. Esa hazaña, sin embargo, le causaria un gran placer.

Car. Si; pero se exaltaria demasiado, no sabria contenerse, y lo echaría todo á perder por un efecto de precipitacion.

Est. Teneis razon, mi capitan. Marchaos, pues, y fiaos de mí.

Car. Pues á Dios.

ESCENA V.

ESTOCH *solo.*

Est. Su brillante hazaña recibirá sin duda el premio que merece. Mas ya era tiempo de que se retirasen, pues allí viene Brant.

ESCENA VI.

Dicho y BRANT.

Brant. Es imposible ver ni hablar al Gobernador. Vive Dios, que estoy atormentado de mil inquietudes! Nadie en el ejército sabe dar razon de Carlos. Sin duda, queriendo distinguirse, habrá perecido en la pelea.

Est. No tengas ideas tan melancólicas.

Brant. Y dado caso que haya escapado á los azares de la guerra, ¿cual es la suerte que te espera? ¿No saben que nuestra ley condenan á una prision perpétua á todo militar culpable de una falta como la suya?

Est. Tal vez hallarán medios de evitar su castigo.

Brant. Y de que modo? Desertando? Mas quisiera (voto á brios!) verle muerto por una bala de á veinte y cuatro... Pero él es incapaz de semejante vileza. Yo por mi parte ya he tomado mi partido. Si dentro de veinte y cuatro horas no tengo noticia de mi Carlos, mis pistolas me darán un pasaporte para el otro mundo.

Est. Este pobre (*ap.*) me causa compasion: demos algun alivio á su dolor.

Coge á Brant por el brazo, y al tiempo de hablar lo lleva al otro lado del teatro, mirando si alguno lo escucha.

Brant. Acabarás de hacerme pasear?

Est. Escúchame.

Brant. Ya escucho: nadie nos oye: habla.

Est. Carlos está bueno y sano.

Brant. Con que sabes donde está?

Est. Si.

Brant. En fin respiro. *(Suspirando).*

Est. Pero cuidado de despegar tu pico sobre lo que te voy á decir.

Brant. No tengas miedo: vamos, dí donde está.

Est. El y Teodoro están ahora caminando hácia la ciudadela.

Brant. De ese modo, los has visto.

Est. Si: han estado aqui, mientras fuiste á ver el Gobernador.

Brant. Voto á brios! Si lo hubiera sabido! Pero ¿quien les dió medios de escaparse?

Est. No lo sé.

Brant. Con que no lo sabes? Y cual es su objeto volviendo al castillo?

Est. Dar al Rey una prueba de su sumision.

Brant. Muy bien hecho.

Est. No vas á verlos?

Brant. No por cierto. Aqui me quedo para solicitar su gracia.... Pero ¿que coche es ese?

Est. Es del Gobernador.

Brant. Y es mi señora Matilde la que baja de él. Ya nos ha visto, y se encamina hácia aqui con Cretla. ¿No dije yo que la inquietud le haria salir de la ciudadela?

Est Pues el Gobernador viene hácia aqui tambien por el otro lado.

Brant. Qué dirá al ver á su hija en el campamento de Friedberg?

ESCENA VII.

Dichos, el GOBERNADOR, MATILDE *y* CRETLA, *que entran por diferentes lados.*

Gob. Tu aqui, Matilde?

Mat. Si, padre mio. Se hablaba en Schweidnitz de que Federico acaba de conseguir una gran victoria, y temiendo que los laureles estuviesen teñidos con la sangre de lo que mas amo en este mundo, he venido aqui para disipar mis inquietudes. Pero gracias á Dios, os veo libre de los peligros de la guerra, y nada tengo que desear.

Gob. Nada tienes que desear? Es verdad eso? Por qué te apartas de la franqueza que siempre has tenido conmigo? Conozco cuanto me amas, y no dudo de que mi suerte te causaria las mas vivas inquietudes: ¿mas soy yo el solo objeto que guia aqui tus pasos?

Mat. Padre mio....!

Gob. Esa tristeza, que abate tu semblante, me prueba todo lo contrario; y vos, Cretla, debierais haberos opuesto á un viage tan fuera de razon.

Cret. Pero, señor, sino hay medios de detenerla.

Mat. Yo sola merezco vuestras reconvenciones: la he obligado á que me siguiese. Vuestros dias, los de mi primo, y tambien los de su amigo han motivado este paso que desaprobais.

Gob. Quieres, pues, ser testigo de su pérdida?

Todos. De su pérdida!

Gob. Acaban de ser arrestados á la salida del campamento, conducidos al cuartel general, y citados ante su consejo de guerra, presidido por el ayudante general Deherlein.

Mat. Cielos!

Est. Eso era lo que yo temia. *(ap.)*

Brant. ¿Y no habeis tomado su defensa?

Gob. En vano he hablado al Rey por mi sobrino.

Brant. ¿Y en favor del Baron?

Gob. Vuestro Baron bien merece su suerte. Sus perniciosos consejos y su egemplo son la causa de la desgracia de Teodoro.

Brant. Bien pudiera ser al reves. Pero yo me mostraré mas generoso que vos: voy al consejo de guerra á defender á los dos, y si no puedo conseguir su perdon, vos solo sereis á quien yo culpe la pérdida de mi Carlos. Vos habeis despreciado sus ruegos: habeis exaltado su cabeza: y en fin, vos le habeis obligado en cierto modo á escaparse, diciéndole que la mano de vuestra hija solo sería el premio del valor. En una palabra, señor Gobernador, os habeis portado muy mal con él.

Gob. Brant!

Bran. Como se entiende! No querer admitir por yerno á todo un baron de Felchein, á un edecan del Rey, y á un descendiente de Witkind! Es preciso (¡voto á brios!) haber perdido el juicio.

Gob. A quien se dirige ese discurso?

Brant. A vos: claro está: á vos. Yo no me muerdo la lengua, porque seais gobernador. Mayores claridades le dije á Federico, y me parece que vale mas que vos. Pero quedaos con Dios: voy á defender esta importante causa: y juro que sino la gano, antes que se ejecute la sentencia, me hará el Rey pasar por la cabeza una docena de balas. A Dios.

ESCENA XV.

Dichos, menos Brant.

Mat. Unamos, pues, nuestros esfuerzos á los de ese valiente militar.

Gob. No me hables nunca de ese Brant. Me ha irritado tanto su osadia, que estoy por mandarle prender.

Mat Su amistad por Carlos es su único crímen. Olvidad, pues, su ofensa, y pensemos sobre los que necesitan nuestra asistencia. Sabed que soy la causa de la culpa de Carlos: antes de su partida me dijo que iba á buscar la ocasion de merecerme.

Gob. Como! A pesar de mi precaucion ha logrado penetrar.... ?

Mat No, padre mio: lo sé por un billete que me escribió al tiempo de marcharse. Al momento conoci todo el peligro á que la esponia una accion tan imprudente El amor me manda correr á su defensa. Venid, pues, querido padre: venid á solicitar el perdon de esos desgraciados jóvenes. Venid á implorar conmigo la clemencia de Federico.

Gob. No tardarás mucho en verle: ha ido á visitar el campo de batalla, y debe pasar por esta parte del campamento antes de llegar al cuartel general.... Mas ya le veo, seguido de su estado mayor. Hija, yo os prohibo que soliciteis por otro mas que Teodoro.

Mat. Como podré obedeceros?

ESCENA IX.

Dichos, el Rey, *oficiales generales, edecanes, húsares y soldados. Antes de la llegada del* Rey *dos partidas guarnecen el teatro.*

Rey. Sois vos, señor Gobernador? Estabais en-

cargado de indagar la causa de no haberse presentado los dos húsares que me han defendido con tanto valor y fortaleza: habeis averiguado algo?

Gob. Nada absolutamente: me inclino á creer que se hallarán en el número de los que han terminado gloriosamente su carrera.

Rey. Mucho lo sentiria.

Gob. Tengo el honor de presentar á V. M. mi hija.

Rey. Dios os guarde, señorita.

Mat. Señor: tengo por una grande dicha poder felicitar á V. M. por la brillante victoria que habeis ganado en los campos de Friedberg.

Rey. Muchas gracias: pero que ruido es ese?

Gob. Es Brant.

Rey. Brant está aqui?

Mat. Que noticias traerá Dios mio!

Gob. Ya llega.

ESCENA X.

DICHOS *y* BRANT.

Brant. Llegué ya tarde: el golpe estaba dado.

Mat. Que decis?

Brant. No mas Carlos, no mas Teodoro.

Gob. Cielos!
Mat. Yo tiemblo! } *Juntos.*
Est. Que es lo que dice?

Brant. Estan condenados á una prision perpétua.

Mat. Yo fallezco. (*Cae en los brazos de Cretla*).

Cret. Pobre Matilde!

Gob. Desgraciado Teodoro!

Est. (*ap.*) Si se habrán dejado sentenciar sin decir que salvaron al Rey?

Brant. Pobre Carlos!

Rey. (á Brant). Que vienes á hacer aqui?

Brant. Vengo á implorar vuestra clemencia en favor de Carlos y Teodoro.

Rey. No te habia mandado que los celases de cerca?

Brant. Es verdad, Señor: y aunque las obligaciones de mi empleo no me permitian estar siempre con ellos, yo solo tengo la culpa de su fuga. Yo solo merezco ser castigado.

Rey. Lo serás.

Brant. Enhorabuena.

Rey. Y acabarás tus dias con Carlos en las cárceles de Spandau.

ESCENA XI.

DICHOS *y* DEHERLEIN.

Deh. Tengo el honor (*presentando al Rey la sentencia*) de presentar á V. M. la sentencia que el consejo de guerra acaba de pronunciar contra....

Rey. (*tomándola*) Está bien: la firmaré cuando llegue al cuartel general.

Brant. No señor, no la firmareis.

Rey Y quien me lo impedirá?

Brant. La amistad que teneis por mi Baron.

Rey. Cuanto mas le amo, tanto mas severo debo mostrarme con él.

Brant. Séalo V. M. enhorabuena: mas no le envilezcais, igualmente que á Teodoro, con un castigo tan infame. Tienen derecho á vuestra clemencia: considerad su edad; examinad los méritos de su culpa; dejaos conmover; y mostrad que en lo sensible el corazon de un

Rey vale tanto como el de un anciano húsar, que por la primera vez de su vida se siente anegar en lágrimas.

Rey. Vive Dios, que empieza á conmoverme! *(ap.)*

Deh. Señor: la gloria de que se han cubierto Carlos y Teodoro debe militar en favor suyo, y moveros á ser algo indulgente para con ellos.

Rey. Pues ¿que han hecho?

Deh. Ha ganado una bandera cada uno.

Brant. ¡Ha ganado una bandera cada uno....! Oh! Esto ya muda de aspecto.... Señor: ya no es una gracia la que os pido, sino una justicia. Dos banderas por su primer ensayo! Que esperanza para lo venidero! Señor, os lo predigo, en ellos verá V. M. ganar ejércitos, ciudades y provincias enteras. Podreis ahora castigar á dos jóvenes tan valientes?

Mat. Señor, permitidme unir mis ruegos á los de ese buen hombre. La pérdida de Carlos y Teodoro sería para mi el golpe mas funesto.

Rey. De Carlos!

Gob. (*bajo á su hija*). Que es lo que haces, hija?

Brant. Dejadla hablar ¡voto á brios!

Rey. Esplicaos, señorita?

Mat. Todos vuestros vasallos, Señor, son vuestros hijos: bajo este título os confiaré todas mis penas. Soy amada de Carlos.

Rey. Y vos le correspondeis?

Mat. Lo confieso, Señor. Ah! Que la clemencia, esa virtud de los grandes reyes, tome en vuestro corazon el lugar de esa escesiva severidad. Asi sentireis el placer de perdonar y hacer felices á dos personas.

Rey (*Despues de leer la sentencia otra vez*). Pues bien: reduzco á cinco años su detencion en

Spandau.

Brant. Miren que gracia! (*ap.*)

Rey. Esto es lo mas que puedo hacer por ellos.

Bra. Preciso es que tenga corazon de bronce (*ap.*)

Deh. Tranquilízate. (*á Brant*). Señor: los dos húsares, á quienes la Prusia debe la conservacion de V. M., solicitan el honor de seros presentados.

Rey. Viven! Que vengan: estoy impaciente por verlos.

Deh. (*yendo hácia el bastidor.*) Llegad.

ESCENA XII.

Dichos, y Carlos *y* Teodoro *en trage de húsares.*

Rey. Acercaos, valientes húsares. Sois vos á quienes debo la vida?

Carlos saca la banda, y la presenta al Rey sosteniéndola con Teodoro.

Si, esta es mi banda. Hablad: qué es lo que deseais? (*Carlos da al Rey un memorial.*)

Lee el Rey. ,, Señor: suplicamos á V. M. perdone á dos desdichados jóvenes, que el amor y la gloria han hecho delincuentes. El baron de Felchein y Teodoro de Armant han tenido la desgracia de incurrir en vuestro enojo." Que poderoso interes os mueve en su favor?

Teod. (*Disfrazando la voz*) La suerte honrosa que les aguarda. Dignaos continuar, Señor.

Rey. ,,Nos han confiado sus penas, y los hemos visto portarse con tanto valor en la accion, que nuestra mayor recompensa será restituir á nuestro glorioso soberano dos servidores, cuyo arrepentimiento es igual á su amor y su celo." Siento que sea ese el premio que exijis

por el importante servicio que me habeis hecho, mas debó manifestaros mi reconocimiento de un modo digno de vosotros, y haceros ver que aun sé mejor premiar que castigar.

Car. Pues bien, Señor: premiar y castigar.

Quítanse las gorras, y se echan á los pies del Rey.

Rey. Que es lo que veo!

Brant y Matilde. Carlos!

Cretla. Carlos! } *Juntos.*
Gob. Mi sobrino! }

Brant. Como, Carlos! Sois vos! Este dia os hace ilustre para siempre. Salvar á su príncipe!.... coger una bandera al enemigo....! Y bien señor: sereis aun inflexible?

Rey. (*A si propio con emocion*). Son mis libertadores!

Brant. Ciertamente, lo son: amigos, ya estais perdonados.

Rey. Quen lo ha dicho!

Brant. Vuestro corazon. Esa emocion que noto en V. M. Si eso es natural.

Rey. (*Con severidad fingida*). Alzaos: húsares, avanzad. (*Avanzan los húsares*).

Brant Señor, tendreis valor....!

Rey. Retírate.

Mat. Fenecieron mis esperanzas. (*ap*).

Rey Húsares.. .

Todos. Perdon, perdon.

Los generales y edecanes se ponen en accion de suplicar.

Rey. Húsares .... Silencio. El baron de Felchein es vuestro coronel.

Car. Que oigo!

Mat. Que dicha!

Rey. Y Teodoro de Armant gefe de escuadra en vuestro regimiento.

Car. y Teodoro (*A los pies del Rey*). Ah! señor....!

Rey. (*Alzándolos*) Jóvenes: os habeis distinguido demasiado bajo ese uniforme, para que lo dejeis. Estás contento, Brant!

Brant. Señor, me admira vuestra conducta.

Rey. Estimo tu aprobacion.

Brant. Asi lo creo, Señor.

Rey. Carlos, conozco vuestro amor por esta señorita, pero para la dicha de entrambos necesitais que pasen aun dos años antes de que se verifique vuestro enlace. Pasado este tiempo, si conservais aun los mismos sentimientos, os daré permiso para que se efectue, con tal que obtengais la aprobacion del señor gobernador.

Car. (*al Gobernador*). Podre esperar, señor...!

Gob. Señor baron: los menores deseos de S. M. son para mí órdenes irrevocables.

Rey. Sobre todo no olvideis ¡oh jóvenes! que al valor militar debe un guerrero reunir la mas ciega obediencia, pues en su union estrivan las fuerzas de los ejércitos y la gloria de los imperios.

FIN.

En la misma libreria se hallarán igualmente las siguientes comedias nuevas.

El Colateral, ó la Diligencia en parada.
Los Asesinos de Florencia, ó la Quinta de Pazzi.
El Abate Lepeé, y el Asesino, ó la huérfana de Bruselas.
Un momento de Imprudencia.
El Delirio Partenal.
Eduardo en Escocia, ó la Terrible noche de un proscripto.
Julieta y Romeo, tragedia.
Los Jueces francos, ó el tiempo de la barbarie.
La Llave falsa, ó los dos hijos.
El Maestro de la Niña.
La Italiana en Argel, melodrama jocoso.
Washinton, ó los Ingleses prisioneros.
El Fiscal de su delito, juez sordo y testigo ciego.
La enterrada en vida.
El Bos que Peligroso, ó los ladrones de la Calabria.
Los Hermanos á la prueba.
La Muger de dos maridos.
La Corona de laurel, ó fuerza de las leyes.
Los dos Valdomiros.
El Pelayo, *tragedia, nuevamente refundida.*
Las Herrerias de Maremma, ó los Viajes de Leopoldo á Grosetto.
Lord Davenant.
El Desafio y el Bautizo.
El Leñador Escoces.
Julio y Carolina.
Los dos ingleses.
Pancho y Mendrugo, *sainete.*
Caliche, tuno de Maracena, *sainete.*
Torrezno y Panzacola, *sainete.*

prestada sin interes.
Sin 14 de Agosto de 1816.

CASA CON DOS PUERTAS
MALA ES DE GUARDAR,

COMEDIA

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Otro será en otra parte,
que le habrá dado otra rabia,
y da golpes á otra puerta. Jorn. III.

ARGUMENTO.

Lisardo, joven Militar, pretendiente en Aranjuéz, fue hospedado en Ocaña por su amigo Don Felix, quien previno á su hermana Marcela, estubiese recojida en terminos que no la viese jamás; pero ella curiosa procuró verle, y enamorada buscó medio de hablarle en el campo tapada; prendado él, quiso seguirla, y por evitarlo se descubrió Marcela, quedando en su vista rendido Lisardo, mas sin saber, quién fuese.

Don Felix, amante de Laura, la tiene quexosa: Marcela, no pudiendo hablar á Lisardo en su casa, porque no sepa, quién es, cita á Lisardo á la de Laura, á lo que ésta condesciende sin voluntad: verificado esto, viene Fabio su padre, lo que obliga á ocultarse Lisardo: llega Don Felix despues á satisfacer á su dama, y volviendo Fabio, quiere esconderse donde está Lisardo escondido, á quien vé y lo estorba Laura; vase quexoso á su casa á tiempo que Marcela estaba con Lisardo, y tiene ésta que ocultarse. Viene Laura des-

pues á hablar á Don Felix, y estandole satisfaciendo, se arroja á salir Marcela tapada, y huye; enciendense con esto mas los zelos; y despues de lances fuertes que ocasiona el tener dos puertas la casa: el cambiar las damas la que cada una tenia; el ignorar Lisardo ser su dama hermana de Don Felix; y creer éste que Laura amaba á Lisardo: se juntan todos con varios fines en casa de Don Felix, donde vá Fabio en busca de Laura, tambien por faltar de la suya; se aclaran las dudas, y se casan los quatro amantes.

PERSONAS.

LISARDO.

DON FELIX.

MARCELA, *su hermana.*

FABIO.

LAURA, *su hija.*

SILVIA, *criada.*

CELIA, *criada.*

CALABAZAS, *criado.*

LELIO, *criado.*

HERRERA, *Escudero.*

CASA CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR.

JORNADA PRIMERA.

Salen Marcela y Silvia con mantos, como recelandose, y detrás Don Lisardo y Calabazas.

MARCELA.

¿Vienen tras nosotras?

SILVIA.

Sí.

MARCELA.

Pues párate. Caballeros,
desde aqui habeis de volveros;

no habeis de pasar de aqui;
porque, si intentais asi,
saber quién soy, intentais,
que no vuelva, donde estais,
otra vez; y si esto no
basta, volveos, porque yo
os suplíco, que os volvais.

LISARDO.

Dificilmente pudiera
cónseguir, señora, el Sol,
que la flor del girasol
su resplandor no siguiera.
Dificilmente quisiera
el Norte, fixa luz clara,
que el Imán no le mirára;
y el Imán dificilmente
intentára, que obediente
el acero le dexára.
Si Sol es vuestro explendor,
girasol la dicha mia:
si Norte vuestra porfia,
piedra Imán es mi dolor:
si es Imán vuestro rigor,
acero mi ardor severo;
¿pues cómo quedarme espero,
quando veo, que se ván,
mi Sol, mi Norte, y mi Imán,
siendo flor, piedra y acero?

MARCELA.

A esa flor hermosa y bella
términos el dia concede,
bien como á esa piedra puede
concederlos una estrella.
Y Pues él se ausenta de ella,
no culpeis la ausencia mia.
Decid á vuestra porfia,
piedra, acero, ó girasol,
que es de noche para el Sol,
para la estrella de dia.
Y quedaos aqui; porque,
si este secreto apurais,
y, á saber quién soy, llegais,
nunca á veros volveré
á aqueste sitio, que fue
campaña de nuestro duelo:
y puesto, que mi desvelo
me trahe á veros aqui,
creed de mí, que importa asi.

LISARDO.

De vuestro recato apelo,
señora, á mi voluntad:
y supuesto, que sería,
no seguiros, cortesía,
tambien será necedad.
Necio ú descortés, mirad,
quál mayor defecto es;

vereis, que el de necio, pues
no se enmienda; y asi, á precio
de no ser, señora, necio,
tengo de ser descortés.
Seis auroras esta aurora
hace, que en este camino
ciego el amor os previno,
para ser mi salteadora.
Tantas ha, que á aquella hora
os hallo á la luz primera
oculto sol de su esfera,
de su campo rebozada
ninfa, deidad ignorada
de su hermosa primavera.
Vos me llamasteis, primero
que á hablaros llegára yo:
que no me atreviera, no,
tan de paso y forastero.
Con estilo lisongero,
aspid ya de sus verdores,
no deidad de sus primores,
desde entonces fuisteis, pues
aspid; que no deydad es,
quien da muerte entre las flores.
Dixisteisme, que volviera
otra mañana á este prado,
y puntual mi cuidado,
me traxo como á mi esfera.

no adelanté la primera
ocasion; porque bastante
no fue mi ruego constante,
á que corriese la fé,
que adora lo que no vé,
ese velo de delante.
Viendo pues, que siempre es nuevo
el riesgo, y el favor no,
quiero á mí deberme yo,
lo que á vuestra luz no debo;
y asi, á seguiros me atrevo;
que hoy he de veros, ó vér,
quién sois.

MARCELA.

Hoy no puede ser;
y asi dexadme por hoy;
que yo mi palabra os doy,
de que muy presto saber
podais mi casa, y entrar,
á verme en ella.

CALABAZAS.

¿Y á ella,
doncella de esa doncella,
(la verdad en su lugar;
que yo no quiero infernar
mi alma) hay cosa, que la oblígue,
á taparse?

SILVIA.

Y si me sigue,
tenga por muy cierto:::

CALABAZAS.

¿Qué?

SILVIA.

que me persigue; porque,
quien me sigue, me persigue.

CALABAZAS.

Ya sé el caso, vive Dios.

SILVIA.

¿Qué vá, que no le declaras?

CALABAZAS.

Muy malditísimas caras
debeis de tener las dos.

SILVIA.

Mucho mejores, que vos.

CALABAZAS.

Y está bien encarecido;
porque yo soy un Cupido.

SILVIA.

Cupido somos yo y tú.

CALABAZAS.

¿Cómo?

SILVIA.

Yo el pido, y tú el cu.

CALABAZAS.

No me está bien el partido.

MARCELA.

Esto os vuelvo á asegurar
otra vez.

LISARDO.

¿Pues qué fianza
le dexais á mi esperanza
de las dos, que he de lograr?

MARCELA.

La de dexarme mirar. *descubrese.*

LISARDO.

Usar de esa alevosía,
para turbar mi osadía,
ha sido traycion; ¿pues ya,
viendoos, cómo os dexará,
quien, sin veros, os seguia?

MARCELA.

Quedad pues de mí seguro;
que en breve tiempo sabreis
mi casa; y entendereis,
quánto serviros procuro.
Esto otra vez aseguro.

LISARDO.

Ya, en seguiros, soy de hielo.

MARCELA.

Y yo, sin algun recelo,
de que agradecida estoy,
por esta calle me voy.

LISARDO.

Id con Dios.

MARCELA.

Guardeos el cielo.

(*Vanse las dos.*)

CALABAZAS.

Linda tramoya, señor.
Sigamosla, hasta saber,
quién ha sido una mujer
tan embustera.

LISARDO.

Es error,
Calabazas, si en rigor
ella se recata así,
seguirla.

CALABAZAS.

¡Eso dices!

LISARDO.

Sí.

CALABAZAS.

Vive Dios, que la siguiera
yo, ahunque hasta el infierno fuera.

LISARDO.

¿Qué me debe, necio, dí,
de haber quatro dias hablado
conmigo en este lugar,
para darla yo un pesar,
de quien ella se ha guardado?

CALABAZAS.

Debe el haber madrugado
estos dias.

LISARDO.

Ya que estamos
solos, y que asi quedamos,
sobre lo que podrá ser
tan recatada mujer,
discurramos.

CALABAZAS.

Discurramos.
¿Dime tú, qué has presumido
de lo que has visto y notado?

LISARDO.

De estilo tan bien hablado,
de trage tan bien vestido,
lo que he pensado y creído,
es, que esta debe ser
alguna noble mujer,
que, donde no es conocida,
disimulada y fingida
gusta de hablar y de vér:
y por forastero á mí,
para este efecto eligió.

CALABAZAS.

Mucho mejor pienso yo.

LISARDO.

Pues no te detengas ya

CALABAZAS.

Mujer, que se viene así,
á hablar, con quien no la vea,
donde ostentarse desea
bachillera é importuna,
que me maten, si no es una
muy discretísima fea,
que por el pico ha querido
pescarnos.

LISARDO.

¿Y si la hubiera
visto yo, y un Angel fuera?

CALABAZAS.

Vive Dios, que me has cojido.
La Dama Duende habrá sido,
que volver á vivir quiere.

LISARDO.

Ahun bien, sea lo que fuere,
que mañana se sabrá.

CALABAZAS.

¿Luego crees, que vendrá
mañana?

LISARDO.

Si no viniere,
poco ó nada habrá perdido
la necia esperanza mia.

CALABAZAS.

¿El madrugar otro dia,

poca pérdida habrá sido?

LISARDO.

El negocio, á que he venido,
á madrugar, me ha obligado.
No lo debo á este cuidado.

CALABAZAS.

Cerca de casa vivió;
pues de vista se perdió,
quando á casa hemos llegado.

LISARDO.

Y tarde debe de ser.

CALABAZAS.

Sí, pues vistiendose sale,
quien á los dos nos mantiene,
sin ser los dos Justas Reales.

Sale Don Felix como vistiendose, y Herrera.

LISARDO.

Don Felix, besoos las manos.

D. FELIX.

El cielo, Lisardo, os guarde.

LISARDO.

¡Tan de mañana vestido!

D. FELIX.

Un cuidado, que me trahe
desvelado, no permite,
que sosiegue, ni descanse.
¿Pero vos, que os admirais,

de que á esta hora me levante,
no me dixisteis anoche,
que, á dar unos memoriales,
habiais de ir á Aranjuéz?
¿Pues cómo á Ocaña os tornasteis,
desde el camino?

LISARDO.

Si bien
me acuerdo, regla es del arte,
que la pregunta y respuesta,
siempre un mismo caso guarden.
Y puesto que á mi pregunta
fue la respuesta mas facil
un cuidado, de la vuestra
otro cuidado me saque,
que es, quién á Ocaña me vuelve.

D. FELIX.

¿Apenas ahier llegasteis,
y hoy teneis cuidado?

LISARDO.

Sí.

D. FELIX.

Pues por obligaros, antes
que me obligueis á decirle,
este es el mio, escuchadme.

CALABAZAS.

En tanto que ellos se pegan
dos grandisimos Romances

¿ tendreis, Herrera, algo, que
se atreva á desayunarme ?

HERRERA.

Vamos hácia mi aposento,
Calabazas ; que al instante,
que hayais vos entrado en él,
no faltará algo fiambre.

Vanse los dos.

D. FELIX.

Bien os acordais de aquellas
felicisimas edades
nuestras, quando los dos fuimos
en Salamanca estudiantes.
Bien os acordais tambien
del libre, el glorioso ultrage
con que de Venus y Amor
traté las vanas deidades,
de su hermosura y sus flechas
tan á su pesar triunfante,
que de rayos y de plumas
coroné mis libertades.
¡Oh nunca hubieran, Lisardo,
luchado tan desiguales
fuerzas, porque nunca hubieran
podido los dos vengarse!
¡Oh hubiera sido su golpe,
puesto que á todos alcance;

por costumbre solamente
flecha disparada al ayre,
y no por venganza flecha
bañada en venenos tales,
que salió del arco pluma,
corrió por el viento ave,
llegó rayo al corazon,
donde se alimenta aspid!
La primer vez que sentí
este golpe penetrante,
que sabe herir sin matar,
y ahun esto es lo que mas sabe,
en la juventud del año,
una tarde fue agradable
del Abril; pero mal dixe;
al alba fue. No os espante,
ser por la tarde, y al alba;
que con prestados celages,
si bien me acuerdo, aquel dia
amaneció por la tarde.
Este pues, como otros muchos,
por divertirme y holgarme,
salí á caza, y empeñado,
llegué de un lance á otro lance
al Real Sitio de Aranjuez,
que, como poco distante
está de Ocaña, él es siempre
nuestro Prado y nuestro Parque.

Quise entrar á sus jardines,
sin saber, qué me llevase,
á ver lo que tantas veces
habia visto; que esto es facil
todo el tiempo que no asisten
al Sitio sus Magestades.
En el de la Isla entré.
¡Oh cómo, Lisardo, sabe
la desdicha, prevenirse,
el daño, facilitarse!
Pues, como la mariposa,
que halagüeñamente hace
tornos á su muerte, quando
sobre la llama flamante
las alas de vidrio mueve,
las hojas de carmin bate:
asi el infelíz, llevado
de su desdicha al exámen,
ronda el peligro, sin vér,
quién al peligro le trahe.
Estaba en la primer fuente,
que es un peñasco agradable,
donde, temiendo el diluvio
de sus cruzados cristales,
parece que van viniendo,
á él todos los animales.
una mujer, recostada
en la siempre verde margen

de murta, que la guarnece,
como cenefa ó engaste
de esmeralda, á cuyo anillo
es toda el agua diamante.
Tan divertida en mirar
su hermosura en el estanque
estaba, que puse duda,
sobre si es mujer ó imagen;
porque, como ninfas bellas,
de plata bruñida hacen
guarda á la fuente, tan vivas,
que hay quien espere, que hablen,
y ella miraba tan muerta,
que no pudo esperar nadie,
que se pudiese mover,
la naturaleza al arte,
me pareció, que decía:
no blasones, no te alabes,
de que lo muerto desmientes
con mas fuerza en esta parte,
que yo desmiento lo vivo;
pues en lo contrario iguales,
sé, hacer una estatua yo,
si, hacer tú una mujer, sabes,
ó mira una alma sin vida
donde está con vida un jaspe.
Al ruído, que entre las hojas
hice, (¡ay de mí) por llegarme

á mirarla de mas cerca,
del éxtasis agradable,
(¡no fuese de amor!) volvió
con algun susto, á mirarme.
No me acuerdo, si la dixe,
que ufana no contemplase
tanta beldad, por el riesgo
de ser de sí misma amante;
que donde hubo ninfa y fuente,
no fue posible escaparme
del concepto de Narciso.
Ella, honestamente grave,
sin responderme, volvió
la espalda, y siguió el alcance
de una tropa de mujeres,
que andaba mas adelante,
midiendo de los jardines
ya los quadros, ya las calles,
hasta que su pie llegó,
á hacer á todos iguales;
porque al pequeño contacto
flores produxo fragrantes
tantas la arena, que ya
no pudo determinarse,
si eran calles ó eran quadros
el jardin por todas partes;
pues fueron rosas despues
las que eran veredas antes.

El trage, que se vestia,
era un bien mezclado trage,
ni bien de Corte, ni bien
de Aldea, sino á mitades,
de señora en el aliño,
de aldeana en el donayre.
En un ayroso sombrero,
llevaba un rizo plumage,
á quien tubieron accion
la tierra despues y el ayre,
por el matiz ó la pluma,
sobré si era flor, ó ave.
Seguíla, hasta que llegó
á la quadrilla, que errante
coro texido de ninfas,
á los templados compases
de hojas, paxaros y fuentes
sonoramente suaves,
cada paso era un festin,
cada descuido era un bayle.
A todas las conocí,
en fin, como naturales
de Ocaña, y solo ignoré,
quién era de mis pesares
la ocasion; que ya lo era;
porque, desde el mismo instante
que la ví, sentí en el alma
todo, lo que hoy siento. Nadie

diga, que quiso dos veces;
que, ahunque aqui míre, allí hable,
aqui festéje, allí escriba,
aqui pierda, y allí alcánce,
no ha de querer mas que una;
que no pueden ser iguales
en el mundo dos efectos,
si de una causa no nacen.
De algunas, de las que iban
con ella, pude informarme,
de quién era; y hallé en ella
mas calidad por su sangre,
que por su beldad. La causa,
de no haberla visto antes,
fue, por haberse criado
en la Corte con su padre,
hasta que á Ocaña se vino,
porque viva, donde mate.
No os digo, que la serví
felíz y dichoso amante;
porque, dichas que se pierden,
son las desdichas mas grandes.
Solo digo, que obligada
á mis finezas constantes,
á mis servicios corteses,
y á mis afectos leales,
merecí, que alguna noche
por una rexa me hablase

de un jardin, donde testigos
fueron de venturas tales
la noche y jardin; que solo
á los dos quise fiarme;
porque al jardin y á la noche,
que son el vistoso alarde,
ya de flores, ya de estrellas,
hiciera mal, de negarles
á las unas, lo que influyen,
y á las otras, lo que saben;
puesto que estrellas y flores
siempre en amorosas paces,
enlazadas unas de otras,
eran terceras de amantes.
De esta suerte pues, teniendo
la fortuna de mi parte,
viento en popa del amor
corrí los inciertos mares,
hasta que, el viento mudado,
levantaron uracanes
de una tormenta de zelos
montes de dificultades.
Tormenta de zelos dixe:
ved, si alguna vez amasteis,
¿qué esperanza hay del piloto?
¿qué seguro de la nave?
Bien creereis, Lisardo, bien,
quando asi escucheis quexarme

de los zelos, que soy yo,
quien los tiene. No os engañe
el afecto, de sentirlos,
de esta suerte; porque antes
soy quien los he dado, y ellos
son en sus efectos tales,
que me matan dados, cómo
tenidos pueden matarme.
¡Qué no harán zelos tenidos
quando esto los dados hacen!
Hay una dama en Ocaña,
á quien yo rendido amante
festejé un tiempo. Esta pues,
por darme muerte, y vengarse,
se ha declarado con ella,
fingiendo finezas grandes,
que á mi amor debe. ¡Ay Lisardo,
qué prontamente, qué facil
en los zelos las mentiras
sientan plaza de verdades!
Con esto se ha retirado
tal, que, ahun para disculparme,
no permite, que la véa,
no me dexa, que la hable.
Mirad pues, si este cuidado
consentirá, que descanse,
cercado de tantas penas,
cargado de tantos males,

muerto de tantos disgustos,
lleno de tantos pesares;
y finalmente teniendo
sin culpa ofendido á un Angel;
pues el padecer sin culpa,
es la desdicha mas grande.

LISARDO.

Don Felix, aunque los zelos,
de quien asi os quexais, basten,
á dar pesadumbre dados,
en no ser tenidos, trahen
anticipado el consuelo;
que el dolor es tan distante,
desde darlos á tenerlos,
quanto hay de ser un amante
la persona, que padece,
ó la persona, que hace.
Con lástima empecé á oíros,
quando los zelos nombrasteis;
mas quando dixisteis, que eran
engaños y no verdades,
la lástima se hizo envidia;
porque no hay gusto tan grande,
quando hay desengaño, como
hacer damas y galanes,
ó paces, para reñir,
ó reñir, para hacer paces.
Id á ver á vuestra dama;

que yo sé, ahunque mas se guarde,
pues ella tiene los zelos,
que ella está en aqueste instante,
mas que vos, desengañarla,
deseando, desengañarse.

Salen Marcela y Silvia, abriendo una puerta, que estará cubierta con una ante-puerta, y quedanse las dos detrás de ella.

MARCELA.

Por esta puerta, que al quarto
de mi hermano, Silvia, sale,
desde el mio, á verle vengo;
porque ahunque él esté ignorante,
de que he salido hoy de casa,
con esto he de asegurarle.

SILVIA.

Detente; que está con él
el tal huesped, y ya sabes,
que no quiere mi señor,
que llegue á verte, ni hablarte.

MARCELA.

Y ahun esa fue mi desdicha.
Oygamos desde esta parte.

LISARDO.

Y si en tanto que este gusto
llega, quereis que yo trate,

de divertiros; pues fue
concierto, que os escuchase
un cuidado, y os dixese
el mio, oídme, escuchadle.

MARCELA.

Oye.

LISARDO.

Despues que troqué
el habito de estudiante
al de soldado, la pluma
á la espada, la suave
tranquila paz de Minerva
al sangriento horror de Marte,
la escuela de Salamanca
á la campaña de Flandes:
y despues en fin que hube
sin valedor, que me ampare,
merecido una gineta,
premio á mis servicios grande,
por haberme reformado
entre otros Capitanes,
ya la campaña acabada,
(que no me viniera antes)
pedí licencia, y partí
á Hespaña, por ver, si honrarme
merezco el pecho con una
de las Cruces Militares,
que sobre el oro del alma

son el mas noble realce.
Con esta pretension vine,
y^a su Magestad, que guarde
el Cielo, para que sea
Fenix de nuestras edades,
remitiò mi memorial,
à tiempo que à desaogarse
de molestias cortesanas
vino à Aranjuez, admirable
Dosel de la primavera,
mas que mucho q^e se alabe
el serlo, si la mas bella,
la mas pura, mas fragante
Flor, la Flor de Lis, la Reyna
de las flores, tras si trae
quantas à embidias del Sol,
rayos brillan, luz esparcen?

mas de mi afecto constante,
que de mi necesidad,
por q. de ministros tales
hoy el Rey se sirve, que
no es al merito importante
la asistencia porque todos
acudir a todo saben:
[gracias al celo de aquel
con quien el peso reparte
de tanta maquina, bien
como Alcides con Athlante.
llegue en efecto a Aranjuez,
donde vos me visitasteis
en una posada; y viendo
tan incomodo hospedaje,
como tienen en los bosques
escuderos, y pleiteantes,

que me viniese con vos
á Ocaña me aconsejasteis,
pues los dias de la audiencia
dos leguas era tan facil
andarlas por la mañana,
y bolverlas por la tarde.
Yo por vuestro gusto mas,
q.e por mis comodidades,
obedeci: todo esto
ya vuestra amistad lo sabe,
pero importa haberlo dicho
para que de aqui se enlace
la mas extraña nobela
de amor q.e escribió Cerbantes

Marcela.

Aqui entro yo ahora.

Lisardo.

Un dia,

por llegar antes q. el Sol
nro. Orizonte cayase,
junto a un Convento q. está
de Ocaña poco distante,
entre unas alamos verdes
vi una muger de buen aire;
saludela cortesmente,
y ella, antes que yo pasase,
por mi nombre me llamo,
bolbi en oyendo nombrarme,
y diciendo a Calabazal,
q. con el Caballo aguante,
llegue, diciendo: Dichoso
el forastero a quien saben
su nombre las Damas, y ella
con mal cuidado en tocarme,
me respondio a media voz:

no es forastero en ninguna;
y añadió favores tales,
q.e me obliga la verguenza,
p.r mi mismo, á q.e los calle;
por q.e no sé como hay hombres
tan vanos, tan arrogantes,
que de que ha avido mugeres
q.e los buscaron, se alaven.

Silvia.

El cuenta nuestro suceso.

Marcela.

¡O quien pudiera estorbarle,
antes que en Felix las señas
alguna malicia causen!

Felix.

Proseguid.

Lisardo.

Ella, en efecto,
siempre embozado el semblan

que como no examinase
quien era, ni la siguiese;
otro dia estaria à hablarme.
Seis veces, pues, corrió al Sol
las Cortinas orientales
Sumiller el Alba, y seis
tapada hallé entre unos sauc
esta muger; yo enfadado
de recato semejante;
Determiné de seguirla
oy, quando à Ocaña tornase,
pero no pude, por que
bolbiendo ella p.r instantes,
me vió, y no quiso pasar
de la buelta de esta Calle.

Felix.

De esta calle?

Lisardo.

vive acia aqui, que al instante
la perdi de vista; aqui ~~me dijo~~
me dijo que la dejase,
otra vez, porq.e su vida
aventuraba mi examen.

Felix.

¡Estraña muger!

Marcela.

Ya es fuerza,
que las señas me declaren.

Felix

Proseguid.

Lisardo.

Yo; pues:::

Sale Celia con manto.

D.n Felix,
¿podrà una muger à parte
hablaros?.

Felix.

P[illegible]

Marcela.

Oh à que buen tiempo llegaste,
muger, ò Angel para mi!

Felix.

Luego irà el cuento adelante;
permitid ahora, p.r Dios,
q.e con esta muger hable;
que es Criada de la Dama
q.e os dixe.

Lisardo.

Pues q.e me maten,
si ello no es lo q.e yo he dicho;
ved el recado q.e os trae;
y à Dios, p.r q.e para estotro
no importa q.e tiempo falte

Felix.

¿Era hora de vernos, Celia?

Celia.

No te admires, ni te espantes,

a verte, por q.e si sabe
mi f.a q.e te he visto,
no habrà duda q. me mate.

Felix.

¿Tan cruel conmigo està?

Celia.

Viniendo yo acia esta parte
a un recabo, no he querido
dejar de verte, y hablante.

Felix.

¿Y que hace tu hermoso dueño?

Celia.

Sentir el lo mas q.e hace
tu ingratitud.

Felix.

Plegue a Dios
si la ofendì, q.e el me falte.

Celia.

Por q.e a ella no le lo dices?

Felix.

Celia.

Si tu hubieras de callar,
yo me atreveria à llebarte
donde la hablaras.

Felix.

Ay, Celia,
no habrà marmol q̃ asi calle.

Celia.

Pues vente ahora conmigo,
yo harè una seña, si sale
mi señor, y dejarè la
la puerta abierta, tu entrarte
hasta su quarto podràs.

Felix.

Dasme nuebo aliento. dasme
nueba vida.

Celia.

Aquesta es
la hora mejor, mas no aguarde

Felix.

Tras ti voy.

Celia.

Ay bobillos, y q.e facil
á la casa de su Dama
es de llebar un amante.

{vanse los dos.}

Marcela.

Yo sali de lindo susto.

Silvia.

¿Pues cómo afirmas q.e sales?
¿si luego han de verse, y luego
proseguirá el cuento?

Marcela.

Antes
lo habré remediado.

Silvia.

¿Como?

Marcela.

hasta q.e se vea conmigo,
y ésto ha de ser esta tarde

Silvia.

¿Declarada por quien es?

Marcela.

Jesus, el Cielo me guarde

Silvia.

Pues que ha de hacer?

Marcela.

No es mi hermano &c.

MARCELA.

¿No es mi hermano
de Laura mi amiga amante?
¿No sabe, lo que es amor?
Pues hoy he de declararme
con ella; y hoy has de ver,
Silvia, el mas extraño lance
de amor; porque yo fingida:::
Pero no quiero contarle;
que no tendrá despues gusto
el paso, contado antes.

Vanse las dos, y salen Laura, y Fabio su padre.

FABIO.

Notable es la tristeza
que el rosicler turbó de tu belleza.
¿Qué tienes estos dias,
que entregada (ay de mí!) á melancolías
tales, á todas horas
triste suspiras, y rendida lloras?

LAURA.

Si yo, señor, supiera
la causa de mi mal, (á Dios pluguiera,
no la supiera tanto) *ap.*
el consuelo mayor, menor el llanto
fuera, pues fuera entonces, el sabella
el primer aforismo, de vencella.

Pero la pena mia
es, señor, natural melancolia;
y asi el efecto hace,
sin que llegue á saber, de lo que nace;
que esta distancia dió naturaleza
en la melancolia y la tristeza.

FABIO.

No sé, lo que te diga,
sino que á tanto tu dolor me obliga,
que riguroso y fuerte
padeces tú el dolor, y yo la muerte;
pues ya vivir no espero,
mientras tan triste á tí te considero. *vase.*

LAURA.

¿Qué haré yo, que rendida,
á pesar de mi vida,
vivo? ¡Qué es esto, cielos!
Mas bien se dexa ver, que estos son zelos;
porque una ardiente rabia,
que el sentimiento agravia:
una rabiosa ira,
que la razon admira:
un compuesto veneno,
de que el pecho está lleno:
una templada furia,
que el corazon injuria:
¡qué aspid, qué monstruo, qué animal,
qué fiera,

qué veneno, y qué ira, que no fuera
compuesta de tan varios desconsuelos
podria ser sino la hidra de los zelos!
Pues ellos solos son, á quien los mira,
furia, rabia, veneno, injuria é ira.
¡Oh quién antes supiera
aquella voluntad, Felix, primera
tuya! Qué no empeñára
tanto la mia, que hasta el fin llegára;
pues ahunque no sabia [via,
de amor, quando tan libre (ay Dios) vi-
tampoco no ignoraba,
que tarde, ó nunca el que lo fue, se acaba.
Quiere á Nise en buen hora;
pero dexame á mí, morir.

Sale Celia, como quitandose el manto.

CELIA.

¿Señora?

LAURA.

¿Celia, qué hay?

CELIA.

Que ya he hecho
mi papel, y sospecho,
que no muy mal; asi tu beldad viva.
Entré en su casa, dixele, que iba
á un recado, y que acaso
pasando por su calle, ahunque de paso,

le quise ver. Con un suspiro entonces,
que ablandára los mármoles y bronces:
me preguntó por tí, turbado y ciego.
Encarecile luego
tu enojo, y que si acaso tú supieras,
que le habia ido á ver, muerte me dieras:
y como que salia
de mí, le dixe, ¿por qué no venía
por instantes, á darte
satisfacciones, y desenojarte?
Dixo, que, porque estabas
tal, que no le escuchabas:
dixele, que viniera;
que yo, ahunque á tanto riesgo me pusiera,
hasta tu mismo quarto le entraria;
con tal, que no dixese en algun dia,
que yo le habia trahido.
Juró el secreto, y muy agradecido,
el caso se concierta,
y está esperando enfrente de la puerta
la seña; voyla á hacer, pues no está en casa
mi señor. Esto es todo, lo que pasa. *vase.*

LAURA.

Llamale pues; que, ahunque de Nise creo
los zelos, que me da, tanto deseo
ver, cómo se disculpa,
que quiero hacerle espaldas á la culpa:

pues la que mas zelosa
se muestra, mas colérica y furiosa,
mas entonces desea
satisfacciones, ahunque no las crea;
que es dolor el de zelos tan extraño,
que se dexa curar ahun del engaño:
pues, quando el desengaño no consiga,
conseguiré, á lo menos, que él lo diga.

Salen Celia y Don Felix.

CELIA.

Fuera está de casa Fabio
mi señor. El tiempo es éste
mejor, para entrar á hablarla.

D. FELIX.

Vida y ventura me ofreces.

CELIA.

Disimula, que llamado
de mí, á entrar aqui te atreves.
¡Señor Don Felix, qué es esto!
¡Cómo os entrais:::

D. FELIX.

Celia, tente.

CELIA.

hasta aqui!

D. FELIX.

Celia, por Dios,
que calles.

LAURA.

¿Qué ruido es ese?

CELIA.

¿Qué ha de ser? Que hasta esta sala
se ha entrado el señor Don Felix,
sin mirar, sin advertir,
que si acaso ahora viniese
mi señor, tú:::

LAURA.

Caballero,
¡pues qué atrevimiento es éste!
¡Cómo en mi casa, en mi quarto
os entrais de aquesta suerte!

D. FELIX.

Como, quien morir desea,
nada mira, nada teme;
y si mi muerte ha de ser
venganza de tus desdenes,
quiero morir á tus ojos,
por hacer felíz mi muerte.

LAURA.

Tú tienes la culpa de esto.

CELIA.

¡Yo, señora!

LAURA.

Si tubieses
cerrada esa puerta tú:::

CELIA.

Cerrada estaba.

D. FELIX.

No tienes,
que reñir á Celia ; que ella
de mi error ¿qué culpa adquiere?
Yo solo tengo la culpa:
riñeme á mí solamente:
castigame solo á mí;
sino es ya, que á reñir llegues
á Celia por la costumbre,
con qué la inocencia ofendes.

LAURA.

Dices bien : error es mio,
de que me he dexado siempre
llevar, pues no habiendo tú
escrito á Nise papeles,
no habiendo entrado en su casa,
y no habiendo ido ella, á verte
á la tuya ; yo cruél,
colérica é impaciente,
inocente te persigo;
que eres tú muy inocente.
Y siendo asi, que yo soy
tan desigual, tan aleve,
tan injusta, tan mudable,
¿qué me buscas? ¿Qué me quieres?

D. FELIX.

Solo quiero, persuadirte
al engaño, que padeces
de tus zelos.

LAURA.

¿Quién te ha dicho,
que yo tengo zelos, Felix?

D. FELIX.

Tú misma te contradices.

LAURA.

¿De qué suerte?

D. FELIX.

De esta suerte.
O tienes zelos, ó no.
Si dices, que no los tienes,
¿para qué finges enojos,
Laura, de lo que no sientes?
Si los tienes, ¿por qué, Laura,
desengañarte no quieres,
pues ninguno al desengaño
zeloso la espalda vuelve?
Luego, para disculparme,
ó para satisfacerte,
si los tienes, has de oirme,
ó hablarme, si no los tienes.

LAURA.

Si fuera argumento tal,
que negarse no pudiese

quien está enojada, está
zelosa, muy sutilmente
arguyeras; mas si no
se sigue precisamente,
pues puedo estar enojada,
sin que á estar zelosa llegue,
ni yo tengo, que escucharte,
ni tú, que decirme, tienes.

D. FELIX.

Pues vive Dios, que has de oírme,
antes que de aquí me ausente,
zelosa ó quexosa.

LAURA.

¿Iráste,
si te oygo?

D. FELIX.

Sí.

LAURA.

Pues dí, y vete.

D. FELIX.

Negarte, que yo he querido,
Laura, á Nise:::

LAURA.

Oye, detente.
¿Y es estilo de obligarme,
modo de satisfacerme,
decirme, quando aguardaba
mil rendimientos corteses,

mil finezas amorosas,
fuesen verdad ó no fuesen,
que hay duelos de amor, adonde
queda bien puesto, el que miente,
decirme en mi misma cara,
que á Nise has querido? Advierte,
que con lo mismo que piensas,
que desenojas, ofendes.

D. FELIX.

Si no me oyes hasta el fin.

LAURA.

¿De esto disculparte puedes?

D. FELIX.

Sí.

LAURA.

Plegue amor. *ap.*

D. FELIX.

Oye pues.

LAURA.

¿Iraste?

D. FELIX.

Sí.

LAURA.

Pues di, y vete.

D. FELIX.

Negarte, que yo he querido,
Laura, á Nise, fuera error:
mas pensar tú, que este amor

es, como el que te he tenido,
mayor error, Laura, ha sido;
pues si á Nise un tiempo amé,
no fue amor: ensayo fue,
de amar tu luz singular;
que, para saber amar
á Laura, en Nise estudié.

LAURA.

A ciencias de voluntad,
las hace el estudio agravio;
pues amor, para ser sábio,
no vá á la Universidad;
porque es de tal calidad,
que tiene sus libros llenos
de errores proprios y ajenos;
y asi en su ciencia verás,
que, los que la cursan mas,
son, los que la saben menos.

D. FELIX.

Pues expliqueme mejor
otro exemplo. Nace ciego
un hombre, y discurre luego
cómo será el resplandor
del sol, planeta mayor,
que rumbos de Zafir gira;
y quando por fé le admira,
cobra en una noche bella
la vista, y es una estrella

la primer cosa, que mira,
Admirando el tornasol
de la estrella, dice: sí,
este es el sol; que yo asi
tengo imaginado al sol;
pero, quando su arreból
tanta admiracion le ofrece,
sale el sol y la obscurece.
Pregunto yo: ¿ofenderá
una estrella, que se vá,
á todo un sol, que amanece?
Yo asi, que ciego vivia
de amor, quando no te amaba,
como ciego imaginaba,
cómo aquel amor sería.
Adoraba, lo que vía,
presumiendo, que era asi
el amor. ¡Mas, ay de mí
que no ví al sol: ví una estrella,
y entretubeme con ella,
hasta que el sol mismo ví!

LAURA.

Eso no; pues si me doy
por entendida contigo,
que Nise fue mi sol, digo,
y que yo su estrella soy.
Pruebolo; pues si yo estoy
contigo la noche fria,

y ella de dia te envia
á llamar, y estás con ella,
¿quién será el sol ó la estrella?
¿cuya es la noche ó el dia?

D. FELIX.

Vive Dios, Laura, que son
engaños tuyos, y plegue
al cielo, que si la he visto,
un rayo me dé la muerte,
desde que á Ocaña veniste.
¿Qué mas desengaños quieres
de lo que cuenta de mí,
que escuchar, que ella lo cuente;
pues es el mayor desayre
del duelo de las mujeres,
confesar sus zelos, donde
la escucha, de quien los tiene?

LAURA.

Yo sé, que han sido verdades
y no engaños aparentes.

D. FELIX.

¿De qué lo sabes?

LAURA.

De que
es mal, que á mí me sucede,
y no puede ser mentira:
porque de los males suele
decirse, Felix, que fueron

Astrologos excelentes,
porque siempre adivinaron,
y dixeron verdad siempre.

D. FELIX.

Por lo menos, ya confiesas,
que son zelos, y los sientes.

LAURA.

¡Si me estás dando tormento,
es mucho, que los confiese!

D. FELIX.

Si tanto aprietan fingidos,
¡ciertos qué::: !

CELIA.

Mi señor viene.

LAURA.

Vete por aquesa puerta
de esotro quarto, pues tiene
puerta á la calle.

D. FELIX.

¿Dí, cómo
quedamos ?

LAURA.

Como quisieres.

D. FELIX.

Yo querré desenojada.

LAURA.

A verme esta noche, vuelve,
que quiero verte esta noche,

ahunque de Nise me acuerde.

D. FELIX.

¡Ay Laura, quánto te engañas¡

LAURA.

¡Ay quánto me agravias, Felix!

CELIA.

¡Ay quánto nos sirve una
casa, que dos puertas tiene!

JORNADA SEGUNDA.

Salen por una puerta Laura y Celia, y por otra Marcela y Silvia con mantos, y Herrera.

LAURA.

Tu seas muy bien venida
á esta casa.

MARCELA.

Y tú seas,
amiga, muy bien hallada.

LAURA.

Con tal visita, ya es fuerza,
que lo esté.

MACELA.

Yo pienso antes,
que te has de hallar mal con ella;
que vengo, á darte un cuidado.

LAURA.

Yo le tengo, hasta que sepa,
en qué te pueda servir.

Llega aquesas sillas, Celia;
que aquí estaremos mejor,
que en el estrado.

HERRERA.

Quisiera
saber, á qué hora vendré.

MARCELA.

Al anochecer, Herrera,
podrá venir.

HERRERA.

El sereno
á esa hora tiene mas fuerza. *vase.*

MARCELA.

Mi amiga eres, Laura hermosa,
á quien dió naturaleza
noble sangre, claro ingenio.
¿Pues de quién con mas certeza
me fiaré, que de quien es
mi amiga, noble y discreta?

LAURA.

Con tan grandes prevenciones
la proposicion empiezas,
que ya mas que tú, decirla,
estoy deseando, saberla.

MARCELA.

¿Estamos solas?

LAURA.

Sí estamos.

Celia, salte tú allá fuera.

MARCELA.

No importa, que Celia lo oyga.

LAURA.

Prosigue pues.

MARCELA.

Oye atenta.
Mi hermano Dón Felix, Laura,
por amistad que profesan
él y un noble caballero
desde sus edades tiernas,
le traxo á casa estos dias,
que Aranjuéz, sagrada esfera
del Quarto Felipe, cifra
la luz del quarto planeta.
Este hospedage en efecto
fue con tan vana advertencia,
que para traherle á casa,
la primer cosa, que ordena,
es, que retirada este
á un quarto pequeño de ella,
les dexe á los dos el mio,
y que tal recato tenga,
que escondida siempre dél,
ni alcance, Laura, ni entienda
que vivo en casa; que asi
(¡mas qué accion tan poco atenta!)
pensó sanear la malicia,

de que Ocaña no dixera,
que trahía á casa un huesped
tan mozo, teniendo en ella
una hermana por casar;
y fue aquesto de manera,
que retirada á este quarto
que te he dicho, ahun una puerta,
que sale al quarto de Felix,
porque nunca presumiera,
que habia mas casa, la hizo
cubrir con una ante-puerta,
y por ella, á aderezarle,
sola Silvia sale y entra.
Dexemos pues á Lisardo,
que, sin que jamás entienda,
que hay mujer en casa, vive
con este descuido en ella.
Dexemos tambien á Felix,
que con esto solo piensa,
que curó en salud el daño,
de que me hable, y que me vea;
y vamos á mí, que viendo
la prevencion, con que intenta
mi hermano ocultarme, hice
de la prevencion ofensa;
porque no hay cosa, que tanto
desespere á la mas cuerda,
como la desconfianza.

¡Quánto ignora, quanto yerra
en esta parte el honor!
Que es, como el que olbidar piensa
una cosa, que el cuidado
de olbidarla, es quien la acuerda;
es, como el que desvelado
se quiere dormir por fuerza,
que llamando al sueño, es
el sueño, quien le despierta:
y es, como el que halla en un libro
borradas algunas letras,
que por solo estar borradas,
le da mas gana, de leerlas.
Este recato en efecto
en Felix mi hermano, esta
curiosidad, Laura, en mí,
ó este destino en mi estrella,
despertaron un deseo,
de saber, si el huesped era,
como gallardo, entendido,
cosa que quizá no hiciera,
á no habermelo vedado:
que en fin la culpa primera
de la primera mujer
esto nos dexó en herencia.
Y para poder mejor
hablarle, sin que supiera,
quien era, la que le hablaba,

fui una mañana á esas huertas,
paso de Aranjuéz, por donde
habia de pasar por fuerza.
Llaméle, pensando, Laura,
que el hablarle no tubiera
mayor empeño, que hablarle
por curiosidad ó tema.
¡Mas ay, que es facil la entrada,
quanto dificil la vuelta . . . . . .
del mas hermoso peligro!
Digalo el mar, desde afuera
convidando con la paz,
á quantos á verle llegan,
quando jugando las ondas
unas con otras se encuentran;
pues el que mas confiado
pisó su inconstante selva,
ese lloró mas perdido
la saña de sus ofensas.
Yo asi apacible juzgué
el mar de amor, pero apenas
reconocí sus halagos,
quando sentí sus violencias.
Pensarás, que este cuidado
solo alcanza, solo llega,
á hallarme hoy enamorada;
pues mas mal hay, que el que piensas;
porque de amor y de honor

estoy corriendo tormenta.
Hoy pues Lisardo á Don Felix
(que yo detrás de la puerta,
que te he dicho, lo escuchaba)
de todo le daba cuenta,
si, (no importa declararme)
no se lo estorbára Celia.
Doblada quedó la hoja,
y temo, que por las señas
del rostro, que ya me vió
Lisardo, ó por la cautela,
con que le hablé, ó por haber
seguidome hasta tan cerca
de casa, puedan en Felix
moverse algunas sospechas;
y asi, antes que el discurso
á enlazarse, Laura, vuelva,
me importa, hablar á Lisardo,
para cuyo efecto queda
Silvia ya con un papel,
en que le digo, que venga,
á verme á esta casa, donde
yo he de estar:::

LAURA.

Detente, espera;
que has usado neciamente,
Marcela, de la licencia
de la amistad; pues, primero

que á ese Lisardo escribieras,
ni á mi casa le llamáras,
debieras mirar, debieras
advertir desde la tuya
los inconvenientes de ésta.

MARCELA.

Ya, Laura, los he mirado,
sin que corran por tu cuenta.

LAURA.

¿De qué manera? Si yo:::

MARCELA.

Escucha de qué manera.
Tu casa tiene dos quartos,
y del uno cae la puerta
á otra calle: á Silvia dixe,
que la traxese por ella:
de suerte, que entrando, Laura,
por donde saber no pueda,
en fin como forastero,
si es casa tuya, ¿qué arriesgas?

LAURA.

Arriesgo, el que lo pregunte,
y lo que hoy no sabe, sepa
mañana, y piense, que yo
soy la tapada.

MARCELA.

Que adviertas,
te pido, que yo he de estar

de visita, y descubierta,
como si fuera mi casa,
dentro de la tuya mesma.

LAURA.

Quando el verte á tí, me libre
á mí con esa cautela,
¿cómo me podré librar
del peligro, de que venga
mi padre, y halle aquí un hombre?

MARCELA.

¿Luego ha de venir por fuerza
hoy, y luego han de cojernos
en el primer hurto? Esta
fineza has de hacer por mí,
pues es tan digna fineza
de tu sangre, y mi amistad.

LAURA.

Oh quién decirla pudiera *ap.*
el tercer inconveniente,
pues no es el de menor pena,
que acierte á venir Don Felix,
y me halle á mi hecha tercera
de su hermana y de su amigo.

Sale Silvia con manto.

SILVIA.

A Ocaña he dado mil vueltas,
hasta hallarle.

MARCELA.

¿Silvia, qué hay?

SILVIA.

Que dí tu papel, y apenas
le leyó, quando trás mí
vino, y queda ya á la puerta
que me dixiste.

MARCELA.

Ya, Laura,
no hay, cómo excusarte puedas.

LAURA.

De mala gana te sirvo
en esto.

MARCELA.

Quitame, Célia,
este manto. Llama, Silvia,
tú á Lisardo, y tú no quieras
verle; que eres muy hermosa,
para criada.

LAURA.

Ya quedas
hecha dueña de mi casa.
Marcela, mira por ella.
¡Oh, á qué de cosas se obliga, ap.
quien tiene una amiga necia!

Vase Laura, y salen por otra puerta Silvia con Lisardo.

SILVIA.

Esta es la casa, señor,
de aquella dama encubierta,
que ya descubierta veis.

LISARDO.

¡Quién vió dicha como ésta!

MARCELA.

Estariades, señor
Lisardo, muy olbidado,
de que iria mi cuidado,
á buscaros.

LISARDO.

Mi temor
confieso, y que la esperanza
de esta ventura perdí;
que siempre andar juntos ví,
fortuna y desconfianza.

MARCELA.

Ahunque es verdad, que pudiera
hoy, por el gusto de hablaros,
señor Lisardo, llamaros
á mi casa, no lo hiciera,
á no tener que reñiros
un descuido contra mí.

LISARDO.

¡Descuido contra vos!

MARCELA.

Sí,
de que, me importa, advertiros.

LISARDO.

Si vos misma disculpais
mi ignorancia, con que ha sido
descuido mal advertido,
ya importa, que le digais,
porque no vuelva á incurrir,
en lo que ignorante estoy.

MARCELA.

¿A quién empezasteis hoy,
nuestro suceso á decir,
que os estorbó una criada
la relacion?

LISARDO.

Ya os entiendo;
y ahunque pueda, no pretendo
satisfaceros en nada;
porque mujer, que de mí,
donde no soy conocido,
tanta noticia ha tenido:
mujer que se guarda asi
de un hombre, de quien yo soy
amigo: mujer que tiene
criada en su casa, que viene

con las nuevas, que le doy,
harto, callando, la digo;
harto con irme la muestro,
porque antes, que galan vuestro,
fui de Don Felix amigo.

MARCELA.

Habeis sin duda pensado,
por las nuevas que yo os doy,
que dama de Felix soy;
pues estais muy engañado;
y esto me habeis de creer,
si algo cree, quien dice que ama;
que no solo soy su dama,
mas que no lo puedo ser.

LISARDO.

Si los principios negais,
mal argumento teneis.
¿De quién mi nombre sabeis,
y de mí informada estais?
¿De quién pues habeis sabido
(decir puedo en un momento)
lo que en su mismo aposento
á los dos ha sucedido?

MARCELA.

Para que aqui se concluya,
lo que á dudar os obliga,
sabed, que yo soy amiga
de una hermosa dama suya.

Esta, hablando pues conmigo
en Felix, nuevas me dió
de vos, porque en vos habló,
como de Felix amigo;
y ahunque él es tan caballero,
en nadie un secreto cupo
mejor, que en quien no le supo;
y asi suplicaros quiero,
que á Don Felix no le deis,
señor, mas señas de mí,
ni le digais, que yo os ví,
ni que mi casa sabeis;
porque me ván en rigor,
á una sospecha creída,
hoy por lo menos la vida,
y por lo mas el honor.

LISARDO.

Bien pensareis, que ha cesado
de mis dudas la razon;
y antes mayor confusion
es, la que me habeis dexado.
Porque si no soys:::

Sale Celia.

CELIA.

¿Señora?

MARCELA.

¿Qué hay, Celia?

CELIA.

Que mi señor
viene por el corredor.

MARCELA.

Esto me faltaba ahora.
¿Podrá salir?

CELIA.

No; que viene
por la puerta, que él entró,
y saber que hay otra, no
es posible, ni conviene.
Hasta aquí entra ya.

LISARDO.

¿Qué haré?

CELIA.

Esconderos, es forzoso,
en esta quadra.

LISARDO.

Dudoso
estoy.

MARCELA.

Presto; que si os vé:::

LISARDO.

Vive Dios, que estoy perdido.

Escondese en un aposento, y sale Laura.

MARCELA.

Cercada de penas muero.

LAURA.

Ves, Marcela; en el primero
hurto, al fin, nos han cojido.
En buena ocasion me has puesto.

MARCELA.

¿Quién pudiera prevenir,
que ahora hubiese de venir
su padre?

Sale Fabio.

FABIO.

¡Celia, qué es esto!
¡Esta puerta, quando abierta
sueles por dicha tener!

LAURA.

Vinome Marcela á ver,
y, por estar esa puerta
la mas cerca de una casa,
adonde ella estaba, yo
la hice abrir: por ella entró,
y quedose asi: esto pasa.

FABIO.

Perdonad, bella Marcela;
que como la luz del dia
ya se vá á poner, no os vía.

LAURA.

Gran daño el alma recela.

CELIA.

¡Qué confusion!

SILVIA.

¡Qué temor!

MARCELA.

Yo, habiendo ahora sabido
la tristeza, que ha tenido
Laura, me traxo mi amor,
á verla, y ver, si merezco,
de sus penas consolar
la tristeza y el pesar.

LAURA.

Son tantas, las que padezco,
que me añade mas dolor
el remedio prevenido;
y antes pienso, que has venido,
á hacermele tú mayor;
que crece con el remedio
este accidente.

FABIO.

No sé,
qué te diga, ni sabré
hallar á tus males medio.
Ola, trahed luces aqui.

Sale Celia con luces, ponelas sobre un bufete, y sale Herrera.

CELIA.

Ya aqui las luces están.

HERRERA.

Las ocho y media serán.
¿Habemos de irnos de aquí
esta noche, pues que ya
ha anochecido, señora?
¿No es, de recojernos, hora?

MARCELA.

Pena el dexarte me dá,
Laura, con este cuidado;
pero excusarle no puedo.

LAURA.

Yo en fin, á pagar, me quedo
las culpas, que no he pecado.

MARCELA.

¡Qué puedo hacer ay de mí!
Dame licencia.

FABIO.

Yo iré,
sirviendoos.

MARCELA.

No hay para que
me trateis, señor, asi.
Quedad con Dios.

LAURA.

Mejor es,
dexarle ir, para que pueda
irse este hombre, que aqui queda.

FABIO.

Yo tengo de ir con vos.

MARCELA.

Pues
me honrais tanto, replicar
á vuestra gran cortesía,
pareciera grosería.

FABIO.

La mano me habeis de dar.

MANCELA.

Soys tan galan, que no puedo
negaros ese favor.

Vanse Fabio, Marcela, Herrera y Silvia.

LAURA.

¿Hay, Celia, pena mayor,
que la pena con que quedo?
¡Quién creerá, que yo encerrado
aqui tengo un hombre, que
no conozco! Y si me vé,
quedará desengañado,
de que Marcela no ha sido
el dueño de aquesta casa.

CELIA.

Todo quanto aqui nos pasa,
facil enmienda ha tenido,
con irse ahora mi señor.

Retirate tú de aqui:
yo le sacaré de alli,
sin que pueda del error,
en que está, desengañarse,
pues él, sin veros, se irá,
ni á tí, ni á Marcela.

LAURA.

Ya
solo falta, efectuarse.
La puerta abre; mas detente;
que parece, que he sentido
en esta sala ruido.

CELIA.

Ya es otro el inconveniente.

Sale Don Felix.

D. FELIX.

Apenas la sombra fria
tendió, Laura, el manto negro,
capa de noche, que viste,
para disfrazarse, el cielo,
quando á tu puerta me hallaron
las estrellas; que el deseo
tanto anticipa las horas,
que á verte á estas horas vengo.
Haciendo tiempo en tu calle,
porque no se pierda el tiempo,
ví, que mi hermana salia

de tu casa, y advirtiendo,
que tu padre la acompaña,
á entrar hasta aqui, me atrevo;
porque las paces de hoy
me tienen con tal contento,
que no quise dilatar
solo un instante, un momento
el verte desenojada.

LAURA.

Pues no haces bien, si es que advierto,
que un enojo apenas quitas,
quando otro vas disponiendo.
¡Tanto podia tardar
(apenas á hablarle acierto) *ap.*
en recojerse la casa,
que temerario y resuelto
te entras aqui, sin mirar,
que ha de volver al momento
mi padre!

D. FELIX.

Solo he querido,
que sepas, Laura, que espero:
en la calle, á que sea hora,
para hablarte, porque luego
no digas, que de otra parte
vengo, quando á verte vengo.
En la calle pues estoy.

LAURA.

Eso sí; vuelvete presto;
que al punto que se recoja
mi padre, hablarnos podemos
mas despacio. No me tengas
con tanto susto, que creo,
que sospechoso (ay de mí!)
está ya del amor nuestro,
tanto, que á esa puerta falsa
la llave ha quitado, esto *ap.*
digo, por asegurar
el paso (al que está acá dentro.)
y anda todos estos dias,
á casa yendo y viniendo.

D. FELIX.

Por quitarte ese temor,
me voy, y en la calle espero.

FABIO *dentro.*

Ola, baxad una luz.

LAURA.

El viene ya.

CELIA.

Dicho y hecho.

Toma Celia una luz y vase.

D. FELIX.

Si de esotra puerta, dices,
que quitó la llave, es cierto,

que no hay, por donde salir.
Y asi en aqueste aposento
me esconderé.

Vá á entrar, donde está Lisardo, y se pone delante Laura.

LAURA.

Aguarda, espera;
que no has de entrar aqui dentro.

D. FÉLIX.

¿Por qué?

LAURA.

Porque siempre aqui
está mi padre escribiendo
mucha parte de la noche.

D. FELIX.

Vive Dios, que no es por eso;
porque, al entreabrir la puerta,
he visto un vulto allá dentro.

LAURA.

Mira:::

D. FELIX,

¡Aqui, qué hay, qué mirar!

LAURA.

Advierte:::

D. FELIX.

Ya nada temo.

LAURA.

Que entra ya mi padre.

D. FELIX.

¡Ay triste,
en qué gran duda estoy puesto!
Si aqui hago alboroto, á Fabio
de sus ofensas advierto.
Si callo, sufro las mias.

Sale Fabio.

FABIO.

¡Vos aqui, Felix! ¡Qué es esto!

LAURA.

Mira, por Dios, lo que haces;
pues, en quien es caballero,
el honor de las mujeres
siempre ha de ser lo primero.

D. FELIX.

Es verdad. Disimular,
tomo por mejor acuerdo, *ap.*
si zelos se disimulan.
Buscando á mi hermana vengo;
que me dixeron, que aqui
estaba.

FABIO.

Ya yo la dexo
en su casa, y vengo ahora,
de servirlo de escudero.

LAURA.

Eso es lo mismo, que yo
le estaba, señor, diciendo.

D. FELIX.

Dios os guarde por la honra,
que á mi hermana la habeis hecho.

FABIO.

Ella os espera ya en casa.

D. FELIX.

No sé, áy Dios, lo que hacer debo.
Estarme aqui, es necedad:
irme, si aqui un hombre dexo,
es desayre: alborotar
aquesta casa, desprecio:.
¡Pues esperarle en la calle,
si hay dos puertas, cómo puedo
yo solo! ¡Oh quién á Lisardo,
que es mi amigo verdadero,
consigo hubiera trahido!
Mas ya he pensado el remedio!
Quedad con Dios.

FABIO.

El os guarde.

D. FELIX.

Hoy he de ver, vive el cielo,
si es verdad, que la fortuna
ayuda al atrevimiento.

Vase Don Felix y Celia le sigue con una de las luces.

FABIO.

Alumbrá, Celia, á Don Felix.
Laura, entra tú acá dentro;

Toma otra luz.

que tengo, que hablar á solas
contigo.

LAURA.

¡Otro susto, cielos!
¡Mi padre qué me querrá!
¡Laura, en qué ha de parar esto!

Vanse los dos, y sale Celia con la luz que llevó.

CELIA.

Sin esperar, que baxára,
á alumbrarle, en un momento
se me desapareció Felix.
Bien se dexa ver su intento,
que es, de dar presto la vuelta
á la calle: mas primero,
que él llegue, ya habrá salido
estotro; que en su aposento
está mi señor con Laura.
No hay que esperar. Caballero,

en gran confusion estamos
por vos.

LISARDO.

Ya sé, lo que os debo;
que, ahunque he entendido muy poco
del caso, porque aqui dentro
llegaban muertas las voces,
he entendido por lo menos
los empeños de esta casa.

CELIA.

Vamos de aqui.

LISARDO.

Vamos presto.

CELIA.

Salga él una vez de casa,
y mas que sucedan luego
muertes de hombres en la calle.

Mata la luz, llevale y sale Don Felix.

D. FELIX.

En un esconce pequeño,
que hace la escalera, antes
que la luz baxára, muerto
de zelos y de desdichas,
pude quedarme encubierto.
Poco lugar han tenido,
de echar á este hombre, y no creo,
que sabiendo, que en la calle

estoy, se atrevan, á hacerlo.
El fin con que me he quedado,
á mis desdichas atento,
es, de sacarle conmigo
hasta la calle, fingiendo,
que soy criado de casa,
y que sé todo el suceso.

Llegase á la puerta.

Esta es la puerta, y está
abierta. Ce, caballero,
seguidme; seguro soy.
¿No me respondeis? ¡Qué es esto!
Obligareisme, callando,
vive Dios, á que éntre dentro.

Entra dentro, y sale Laura con luz.

LAURA.

Nada me queria mi padre,
que fuese de mas momento,
que decirme, que mañana
ha de ir á un cercano pueblo,
adonde su hacienda tiene,
y yo á mis desdichas vuelvo.
¿Celia, Celia, dónde estás?
Pondré, que se han ido huyendo
todos, y que me han dexado
en el peligro; y es cierto,

pues nadie parece, ay triste.
¡Qué he hacer en tanto aprieto!
Felix estará en la calle;
quando estotro está aqui dentro.
Pero, ahunque todo lo arriesgue,
esto ha de ser; que primero
soy yo. Perdone Marcela,
esta vez. Ce. Caballero,
á quien necia una mujer
en tanto peligro ha puesto,
no os espanteis, de mirarme.

Abre la puerta, y sale Don Felix embozado.

D. FELIX.

¡Cómo puedo, cómo puedo,
dexar de espantarme, Laura,
de mirarte:::

LAURA.

¡Ay Dios, qué veo!

D. FELIX.

tan mudable:::

LAURA.

¡Ay infelice!

D. FELIX.

y tan falsa!

LAURA.

¡Ay Dios, qué es esto!

D. FELIX.

Esto es, Laura, esto es,
(si es que, yo á decirlo, acierto)
el desengaño mayor,
que á un hombre han dado los zelos.
Pero, miento; que no son
zelos, sino agravios, estos.

Pasease, y ella tras él,

LAURA.

Yo estoy muerta, Felix mio.
¡Mi bien, mi señor, mi dueño!

D. FELIX.

¡Mi mal, mi muerte, mi ofensa,
qué me quieres!

LAURA.

¿Que te quiero:
te quiero no mas.

D. FELIX.

Y yo,
pues tú lo dices, lo creo.
Porque, no habiendo tenido
vn hombre en este aposento:
no habiendo dicho, que estaba
cerrado el paso por esto,
no habiendo venido tú
á hablarme por él: no habiendo
visto yo::: ¡Qué he de haber visto!

Nada digo : nada entiendo.
Mal haya yo , porque estube
antes á tu honor atento;
y no::: A Dios, Laura : á Dios, Laura.

LAURA.

Detente; porque primero,
que te vayas , has de oirme.

D. FELIX.

¡Puede ser mentira esto!

LAURA.

Sí : bien puede ser mentira.

D. FELIX.

¡Mentira , lo que estoy viendo!

LAURA.

¿Qué viste?

D. FELIX.

El vulto de un hombre,
que estaba en ese aposento.

LAURA.

Algun criado sería.

Sale Celia muy alborotada.

CELIA.

Señora , ya por lo menos
nada sucederá en casa;
que ya en la calle los dexo.

Vé á Don Felix, y turbase.

D. FELIX.

Mira, si era algun criado.

CELIA.

¡Pues esto ahora tenemos!
¡Cómo aqui:::! No puedo hablar.

LAURA.

¿Vés, Felix, con quánto aprieto
se eslabonan mis desdichas?
Pues culpa ninguna tengo.

D. FELIX.

Pues yo la culpa tendré.

LAURA.

Tanto te estimo y te quiero,
que ahun no quiero yo, decirlo,
porque te está mal, saberlo.

D. FELIX.

¡Qué antiguo sagrado es ese
de un culpado, en no teniendo
que responder! Esto en fin
se acabó. Laura, esto es hecho.
A Dios, á Dios.

LAURA.

Mira:::

D. FELIX.

Suelta.

LAURA.

No has de irte asi.

D. FELIX.

Vive el cielo,
que dé voces, que despierten
á tu padre, al mundo entero
diciendo, quién eres.

LAURA.

¿Felix?

D. FELIX.

Harás, que pierda el respeto
á tu hermosura; porque
nadie le tubo con zelos. *vase.*

LAURA.

Tenle, Celia.

CELIA.

¡Yo tenerle!

LAURA.

Pues, ahunque vayas huyendo,
yo te buscaré. ¡Ay Marcela,
en qué de dudas me has puesto!

Vanse, y salen Lisardo y Calabazas.

CALABAZAS.

¿Señor, qué es lo que tienes?
¿De dónde, ó cómo á tales horas vienes?

LISARDO.

Ni sé de donde vengo,

Calabazas ; ni sé , lo que me tengo.

CALABAZAS.

Despues de haberte ido
sin mí (cosa , que nunca ha sucedido,
ni hechose con Lacayo
de bien) vuelves á casa como un rayo,
casi al amanecer , descolorido,
colerico , furioso , acontecido,
ayrado:::

LISARDO.

No me mates,
ni empieces , á decirme disparates,
sino pon las maletas ; porque luego
me tengo de ir, y en tanto que á esto llego,
á esotra quadra pasa,
mira , si hablar á Felix puedo.

CALABAZAS.

En casa
él no está; que, ahunque ya ha amanecido,
creo , que no ha venido,
á acostarse hasta ahora.

LISARDO.

Felíz él que habrá estado (¡ quién lo ignora!)
celebrando las paces con su dama,
que es la felicidad , del que bien ama;
y yo infelíz , á quien han sucedido
tantas cosas.

CALABAZAS.

¡Qué han sido!

LISARDO.

Oye, porque me dexes,
con condicion, que luego no aconsejes.
Llamóme por un papel,
aquella dama tapada,
á que en su casa la viese.
A verla fuí; y la criada,
por un jardin me guió,
hasta que llegué á una sala
de estrado, donde la misma,
que ví en las huertas, estaba,
tan bella, como entendida.
Esto, que te diga, basta.
Muy á los primeros lances,
me dió á entender, enojada,
no sé bien qué quexas, quando
su padre á la puerta llama.
Metenme en un aposento,
donde, despues de pasadas
algunas conversaciones,
(de que poco entendí ó nada)
porque, como retirado
estaba á puerta cerrada,
llegaban á mí confusas
las voces sin las palabras,
la puerta un hombre entreabrió.

La capa tercié, y la espada
empuñé, y al mismo instante,
me volvieron á cerrarla
por defuera, sin poder
ver el talle ni la cara
del hombre. De allí á otro rato,
triste, confusa y turbada
otra moza, me sacó
hasta la calle, con várias
prevenciones, de que Felix
no supiera de esto nada.
Yo pues cercado de dudas,
y de sospechas contrarias
estoy, sin saber qué hacerme,
en confusion tan extraña.
Porque, si á Felix le callo
el lance, ya acreditada
la sospecha, de que ha sido
dama suya, será ingrata
correspondencia, que él tenga
á su enemigo en su casa.
Si se lo digo, y no es
su dama, sino otra dama,
que de mí se fia, el decirlo,
es de mi nobleza infamia.
Y asi, entre hablar y callar,
la opinion mas acertada
es, pues dos daños me envisten,

volver á los dos la espalda.
Asi, con esto á Don Felix,
no ofende, lo que se calla,
ni lo que se dice, ofende
á la mujer. Luego trata,
de poner toda la ropa;
que antes que amanezca el Alba,
con ocasion de que ya
hecha mi consulta baxa,
de Ocaña me tengo de ir,
ahunque me dexe en Ocaña,
en un ingenio la vida,
y en una hermosura el alma.

CALABAZAS.

Honrada resolucion.

LISARDO.

Porque apruebas y no cansas,
toma aquel vestido, que hice
de camino, Calabazas.

CALABAZAS.

Tus manos, señor, te beso,
de resultas de las plantas,
no tanto por el vestido,
ahunque es dádiva extremada,
como por darmele hecho;
y en tanto, que se levanta,
quien la ropa me ha de dar,
escuchame en dos palabras

lo que hecho un vestido ahora.

Habla mudando las voces.

¿Señor Maestro, quántas varas
de paño son menester
para mí? Siete y tres quartas.
Con seis y media, le hace
Quiñones. Pues, que le haga;
mas si él saliere cumplido,
yo me pelaré las barbas.
¿Qué tafetan? Ocho. Siete
han de ser. No quite nada
de siete y media. ¿Ruan?
Quatro. No. Si un dedo falta,
no puede salir. ¿De seda?
Dos onzas. Treinta de lana,
¿Bocací á los bebederos?
Media vara. ¿Angeo? Otra tanta.
¿Botones? Treinta docenas.
¡Treinta! ¿Habrá mas de contarlas?
Cintas, faltriqueras, hilo:
vamos con todo esto á casa.
Junte vuesarced los pies,
ponga derecha la cara;
tienda el brazo. ¿Seor Maestro,
son matachines? ¡Qué gracia
hará el calzon! Oye usted,
la ropilla ancha de espaldas,

derribadica de hombros,
y redondita de falda.
Frisa para las faldillas,
haber sacado, nos falta.
Pongala usted. Que me place.
Ah, sí. Esto se me olbidaba.
Entretelas. De este viejo
ferreruelo me las haga.
Voy, á cortarlo al momento.
¿Quando vendrá esto? Mañana
á las nueve. La una es.
¡Oh quánto este Sastre tarda!
Señor Maestro, todo el dia
me ha tenido usted en casa.
No he podido mas; que he estado
acabando unas enaguas,
que, como mil paños llevan:,
no fué posible acabarlas.

Muda la voz.

Ah caballero, muy seca
está esta obra. Remojarla.
Angosto vino el calzon.
De paño es: no importa nada;
que luego dará de sí.
Esta ropilla está ancha.
No importa nada; es de paño,
que ella embebérá; asi basta;

que los paños dan y embeben,
como el sastre se lo manda.
El ferreruelo está corto.
Mas de media liga tapa,
y ahora no se usan largos.
¿Qué se debe? Poco ó nada.
Veinte del calzon, y veinte
de la ropilla y sus mangas:
diez del ferreruelo: treinta
de los ojales, y tantas
impertinencias, que en fin,
que me venga ó que me vaya,
quien me da un vestido hecho,
me da la mejor alhaja.
A componer voy las tuyas.
Aqui gloria y despues gracia. *vase.*

LISARDO.

¡Qué locuras! ¡Quien tubiera
tu alegria, y no llegára
hoy, á sentir los extremos
de tantas penas, de tantas
confusiones y sospechas!
Valgàte Dios por tapada,
toda misterios, y toda
prevenciones, sin que haya
nunca visto la verdad.

Vuelve Calabazas.

CALABAZAS.

Ya la dixe á un criada,
que me sacase la ropa;
porque hoy nos vamos á Irlanda.

LISARDO.

En efecto me destierran
antes de tiempo de Ocaña
tramoyas de una mujer.

Sale Marcela con manto, y Silvia sin él, y hablan quedándose á la puerta.

SILVIA.

Mira á qué te atreves.

MARCELA.

Nada
me digas; porque no estoy
para escucharte palabra.
¿Que hoy se vá, no dices?

SILVIA.

Sí.

MARCELA.

¿Pues, Silvia, de qué te espantas,
que haga locuras mi amor?
Sin duda, le dixo Laura,
quién soy, y de mí vá huyendo.

SILVIA.

¿Pues si eso temes, qué tratas?

MARCELA.

Hablarle ya claramente;
que, puesto que á esta hora falta
mi hermano, ya no vendrá
hasta que le lleven capa
y valona, ó sea de noche.
Tú, Silvia, á esa puerta aguarda.

Vase Silvia.

LISARDO.

Mira, si ha venido Felix.

CALABAZAS.

Felix no; pero la dama
tapada sí que ha venido.

LISARDO.

¿Qué dices?

CALABAZAS.

Ecce, quam amas.

MARCELA.

Señor Lisardo, no sé,
que sea accion cortesana,
el iros, sin despediros
hoy de una mujer, que os ama.

LISARDO.

¿Tan presto tubisteis nueva
de mi partida?

MARCELA.

Las malas
vuelan mucho.

CALABAZAS.

Vive Dios,
que con los demonios habla.
¿Si es Catalina de Acosta,
que anda buscando su estatua?

MARCELA.

¿En fin os vais?

LISARDO.

Sí, y huyendo
de vos; que vos sois la causa.

MARCELA.

De eso infiero, que sabeis
ya, quién soy (estoy turbada) ap.
y si el haberlo sabido,
anticipa la jornada;
id con Dios; pero advirtiendo,
que fue en mí, y en vos la causa
imposible, de decirla,
é imposible, de callarla.

LISARDO.

No os entiendo, pues no sé
de vos, (ésta es verdad clara)
mas de lo que sé de vos:
y antes la desconfianza,
que haceis de mí, es quien me mueve,

á irme.

[Mira Calabazas adentro.

CALABEZAS.

Ce. Por la sala
entra Don Felix.

MARCELA.

¡Ay triste!

LISARDO.

¿Qué os turba? ¿Qué os embaraza?
Conmigo estais.

MARCELA.

Es verdad;
mas, puesto que mis desgracias
unas con otras tropiezan,
y tan en mi alcance andan,
sabed, que yo soy::: No puedo,
no puedo hablar mas palabra;
que entra ya. Mi vida está
en vuestras manos: guardadla;
que yo aqui me escondo. *escond.*

LISARDO.

Cielos,
sacadme de dudas tantas.
Ella es su dama sin duda,
pues que tanto de él se guarda.

Sale Don Felix.

D. FELIX.

¿Lisardo?

LISARDO.

¿Qué hay? ¿Qué traheis,
Don Felix?

D. FELIX.

Traygo un pesar,
y vengole á ~~consolar~~ consultar
con vos, que me aconsejeis.

LISARDO.

Quando, por haber faltado
de casa (vete de aqui)

Vase Calabazas.

toda la noche, creí,
que habiades celebrado
las paces con vuestra dama,
¡al amanecer venís
con el pesar, que decís!

D. FELIX.

Sí; que un mal á otro mal llama.
¡Ay Lisardo, bien dixisteis,
quando hablasteis de los zelos,
que sus mortales desvelos
y que sus efectos tristes
eran tan otros tenidos,

que dados, quanto se ofrece,
entre quien hace y padece;
pues padecen mis sentidos
el daño, que antes hicieron.
¡Oh quién un siglo los diera,
y un punto no los tubiera!

LISARDO.

¿Pues cómo, ó de qué nacieron?
Vive Dios, que él ha seguido ap.
esta dama, y que sus zelos
son de mí y de ella.

MARCELA.

Los Cielos
dén mis penas á partido.

D. FELIX.

Muy rendido ahier llegué,
donde, ay de mí, satisfice
con los extremos, que hice,
las lágrimas que lloré,
las mal fundadas sospechas,
que de mí, ay Cielos, tenia
la hermosa enemiga mia:
y quando ya satisfechas
estaban, y yo esperaba,
de los sembrados rigores
cojer el fruto en favores
en la calle, en que aguardaba,
entré, á verla muy contento,

y porque fue fuerza asi,
un aposenso entreabrí,
(mal haya mi sufrimiento)
y en él (¡qué torpes desvelos!)
el vulto de un hombre ví.

LISARDO.

Esto es, lo que anoche á mí *ap.*
me pasó, viven los Cielos.

D. FELIX.

¡Oh mal haya yo, porque,
ahunque su padre viniera,
y ahunque su honor se perdiera,
á darle muerte no entré!
Quedéme pues escondido
con animo, de volver,
á buscar al hombre, y ver,
quién era.

LISARDO.

¿Habeislo sabido?

D. FELIX.

No; porque ya una criada
le habia sacado de allí.
Trás él al punto salí,
pero no pude hallar nada.
Asi hasta el medio dia
toda la mañana he estado,
(mirad qué necio cuidado)
pensando, que volvería.

Ved, si habrá en el mundo, quien
tenga el dolor, que yo tengo,
pues hoy aqui á tener vengo
zelos, sin saber de quién.

LISARDO.

En ese punto creí, *ap.*
todo quanto imaginé.
La dama ésta dama fue,
y yo el encerrado fui.
Las señas son: mas, supuesto,
que él no sabe, que fuí yo,
ni que ella aqui se ocultó,
ponga fin á todo esto
mi ausencia, puesto que asi
todo el silencio lo sella;
pues no sabrá agravios de ella,
ni tendrá quexas de mí.

D. FELIX.

¡Ahora suspenso estais!
¡Cómo no me respondeis!

LISARDO.

Como admirado me habeis,
ahun mas de lo que pensais.

D. FELIX.

¿Qué puedo hacer?

LISARDO.

Olbidar,

D. FELIX.

¡Ay Lisardo, quién pudiera...!

Sale Calabazas.

CALABAZAS.

Señor, una dama ahí fuera
dice, que te quiere hablar.

D. FELIX.

Ella es, que habrá venido,
á verme. Yo no he de vella.

LISARDO.

Mirad primero, si es ella.

Sale Laura tapada.

D. FELIX.

¿No he de haberla conocido?
Ella es, que en conclusion
que ahora querrá, que yo crea,
que todo mentira sea.

LISARDO.

Ya es otra mi confusion.
Si ésta es, la que Felix ama,
y dentro en su casa vió
un hombre, y éste fui yo,
¡quién es, quién ésta otra dama!

LAURA.

Lisardo, por caballero,
os ruego, que os ausenteis,

y con Felix me dexeis;
porque hablar con Felix quiero.

D. FELIX.

¿Quién te ha dicho, que querrá
el Felix, hablarte á tí?

LAURA.

Dexadnos solos.

LISARDO.

Por mí
obedecida estais ya.
Fuerza es, dexar encerrada ap.
la otra dama hasta despues,
y estar á la vista. Nada
tengo ya que temer, pues
no es su dama mi tapada.

Vanse Calabazas y Lisardo.

LAURA.

Ya que estamos los dos solos,
Don Felix, y que podré
decir, á lo que he venido,
escuchadme.

D. FELIX.

¿Para qué?
Ya sé, que quieres decirme,
que ilusion, que engaño fue,
quanto alli ví, y quanto oí;
y si esto, en fin, ha de ser,
ni tú tienes, que decir,

ni yo tengo, que saber.

LAURA.

¿Y si nada de eso fuese,
sino todo eso al revés?

D. FELIX.

¿Cómo?

LAURA.

Escucha, oiraslo.

D. FELIX.

¿Iráste,
si te escucho?

LAURA.

Sí.

D. FELIX.

Dí pues.

Sale Marcela al paño.

LAURA.

Negarte, que estaba un hombre
en mi aposento:::

D. FELIX.

Deten.
¡Y es estilo de obligar,
modo de satisfacer,
decirme, quándo esperaba
un rendimiento cortés,
una disculpa amorosa,
confesar la ofensa! ¿Vés,
cómo otra vez la repites,

porque la sienta otra vez?

LAURA.

Si no me oyes hasta el fin.

MARCELA.

¡Quién vió lance mas cruél!

D. FELIX.

¿Qué he de escuchar?

LAURA.

Mucho.

D. FELIX.

¿Iráste, si te escucho?

LAURA.

Sí.

D. FELIX.

Dí pues,

LAURA.

Negarte, que estaba un hombre
en mi aposento, y tambien
que Celia le abrió la puerta,
no fuera justo, porque
negarle á un hombre en su cara
lo mismo, que escucha y vé,
es darle á un desesperado
para consuelo un cordél;
mas pensar tú, que fue agravio
de tu amor y de mi fé,
es pensar, que cupo mancha

en el puro rosicler
del sol; porque con mi honor
ahun es sombra todo él.

D. FELIX.

¿Pues quién aquel hombre era?

LAURA.

No puedo decirte quién.

MARCELA.

¡Quién vió confusion igual!

D. FELIX.

¿Por qué?

LAURA.

Porque no lo sé.

D. FELIX.

¿Qué hacia escondido allí?

LAURA.

No lo sé tampoco.

D. FELIX.

¿Pues
dónde la satisfaccion
está?

LAURA.

En no saberlo.

D. FELIX.

Bien.
No saberlo, es la disculpa,
la culpa, el saberlo, es:
¿pues cómo quieres, que venza

lo que sé, á lo que no sé?
Laura, Laura, no hay disculpa.

LAURA.

Felix, Felix, dexame;
que, ahunque lo puedo decir,
tú no lo puedes saber.

D. FELIX.

Otra vez me has dicho ya
(baldón ó despecho fue)
eso mismo, y vive Dios,
de no escucharlo otra vez;
porque aqui me has de decir
la verdad de esto:::

MARCELA.

¿Qué haré;
que, por disculparse á sí,
me ha de echar á mí á perder?

D. FELIX.

que nada me está peor,
que el pensarlo.

LAURA.

Sí diré.

MARCELA.

No dirás; porque primero
tus voces estorbaré
con esta resolucion.
Amor ventura me dé,
como me dá atrevimiento.

Pasa por delante tapada, como jurandosela á Don Felix; él quiere seguirla, y Laura le detiene.

Solo esto he querido ver.

D. FELIX.

¿Qué mujer es ésta?

LAURA.

Hazte de nuevas.

D. FELIX.

Dexame, que la siga y la reconozca.

LAURA.

Eso quisieras, porque pudieras desenojarla, diciendola á ella despues, que me dexaste, por ir tras ella; pues no ha de ser.

D. FELIX.

Laura mia, mi señora, el cielo me falte, amen, si sé, qué mujer es ésta.

LAURA.

Yo sí: yo te lo diré. Nise era; que, al pasar, yo la conocí muy bien,

D. FELIX.

Ni era Nise, ni sé yo,
cómo estaba aquí.

LAURA.

Muy bien.
La disculpa es, no saberlo,
la culpa, el saberlo, es;
¿pues cómo quieres que venza
lo que sé, á lo que no sé?
A Dios, Felix.

D. FELIX.

Si no basta
el desengaño, que vés,
¿cómo quieres, que yo crea,
lo que tú, Laura, no crees?

LAURA.

Porque yo digo verdad,
y soy quién soy.

D. FELIX.

Yo tambien,
y ví en tu aposento un hombre.

LAURA.

Yo en el tuyo una mujer.

D. FELIX.

No sé, quién fue.

LAURA.

Yo tampoco.

D. FELIX.

Sí supiste, Laura; pues
ya me lo ibas á decir.

LAURA.

Ya, sin decirlo, me iré,
por no dar satisfacciones
á un hombre tan descortés.

D. FELIX.

Mira, Laura:::

LAURA.

Suelta, Felix.

D. FELIX.

Vete; que es cosa cruél,
haber de rogar quexoso.

LAURA.

Quedate; que es rábia haber,
de llevar trayciones, quando
finezas vine á traher.

D. FELIX.

Yo bien disculpado estoy:::

LAURA.

Si á eso vamos, yo tambien.

D. FELIX.

pues ví en tu aposento á un hombre.

LAURA.

Yo en el tuyo una mujer.

D. FELIX.

Si esto, cielos, es amar:::

LAURA.

Si esto, fortuna, es querer:::

LOS DOS.

Fuego de Dios en el querer bien.

amen, amen.

JORNADA TERCERA.

Salen Marcela y Silvia.

SILVIA.

Grande atrevimiento fue.

MARCELA.

Como perdída me ví,
quando ya á Laura escuché,
que iba á descubrir alli
quanto en su casa pasé,
estorbar la relacion
quise con tan loca accion;
que, ya preciso un pesar,
algo se ha de aventurar.

SILVIA.

Asi es verdad.

MARCELA.

La razon,
que me animó mas, fue ver
á Lisardo, que esperaba
mas afuera al parecer,

en qué el suceso paraba
de su encerrada mujer;
y como yo lo sabía,
no temí la empresa mia:
pues, á no suceder bien,
ya en Lisardo, al menos, quien
me defendiese, tenia:
y en fin ello sucedió
mejor, que esperaba yo;
pues yo á mi quarto pasé,
y en los zelos que dexé,
el lance se barajó
de suerte, que ni Lisardo
se empeñó por mí gallardo,
ni Laura el caso contó,
ni Felix me conoció,
ni yo mayor susto aguardo.

SILVIA.

Digo, que fue extraño cuento,
y si escarmiento ha dexado,
será de mas fundamento.

MARCELA.

¿Pues quándo dexó escarmiento
Silvia, un peligro pasado?
Antes, el haber salido
de éste tan bien, me ha movido,
á pensar, cómo pudiera
ser, que Lisardo volviera,

á verme.

SILVIA.

Oye, que hacen ruido.

Por la puerta escondida sale Don Felix.

D. FELIX.

¿Marcela?

MARCELA.

¿Qué novedad
es, entrar tú en mi aposento?

D. FELIX.

Es venir mi voluntad
por luz á tu entendimiento,
por consuelo á tu piedad.
Anoche, quando saliste,
de ver á Laura, yo entré
en su casa, ay de mí triste,
y ví en su casa, y hallé:::

MARCELA.

Dí, ¿qué hallaste? Dí, ¿qué viste?

D. FELIX.

un hombre.

MARCELA.

¡Tal pudo ser!

D. FELIX.

Vinome á satisfacer;
y una mujer que salió
de mi alcoba, lo estorbó:::

MARCELA.

¡Miren la mala mujer!

D. FELIX.

que con Lisardo debia
de estar. El cuerdo y discreto,
presumiendo, que ofendia
de mi casa asi el respeto,
dice, que tal no sabía.
En fin, sea lo que fuere,
que no hay nadie que lo diga,
zelosa Laura no quiere,
que desengaños consiga,
ni qué disculpas espere.
Yo, por no dar á torcer
tampoco mi sentimiento,
no la quiero hablar, ni ver;
pero quisiera saber
hasta el menor pensamiento
suyo. Para esto ha pensado
una industria mi cuidado.

MARCELA.

¿Y es, si me la has de decir?

D. FELIX.

Que tu, hermana, has de fingir,
que un gran disgusto, un enfado
conmigo has tenido, y que
en tanto que esto se pasa,
te quieres ir á su casa:

y así una espía tendré
para el fuego, que me abrasa;
pues tú á la mira estarás,
y á pocos lances verás,
quién este embozado es,
y con secreto despues.
de todo me avisarás.

MARCELA.

Ahunque hay bien, que replicar,
hoy me iré á su casa.

D. FELIX.

No
puede hoy ser; que por mostrar
quán poco mi mal sintió,
ó por darme este pesar,
hoy de su casa ha salido,
y al mar de Hontigola ha ido.

MARCELA.

Pues digo, que iré mañana.

D. FELIX.

La vida me dás, hermana;
tuya desde hoy habrá sido. *vase.*

MARCELA.

¡Hay cosa como llegar
rogandome, lo que yo
puedo, Silvia, desear!
Pero mira, quién se entró
en el quarto, sin llamar.

SILVIA.

Laura y Celia son, señora.

Salen Laura y Celia con capotillos, y sombreros.

MARCELA.

¡Laura mia, á aquesta hora!

LAURA.

No te espantes de esto, amiga;
que á tanto una pena obliga.

MARCELA.

¿Quién lo duda? ¿Quién lo ignora?

LAURA.

De la suerte, que de mí,
te fuiste ahier, á valer,
vengo, á valerme de tí.

CELIA.

Aprended, damas, de aqui
lo que vá desde hoy á ahier.

LAURA.

Aquel hombre que dexaste
cerrado, Marcela mia,
en mi casa, vió Don Felix.

MARELA.

¡Jesus!

LAURA.

No importa, que diga
el cómo ó el quándo, puesto

que bastaba ser desdicha,
para que ella se estubiese
desde luego sucedida.
Quiselé satisfacer,
y vine á tu casa, amigá,
sin mirar á los respetos,
á que, el ser quien soy, me obliga.
Entré en su aposento, y quando
á representarle iba
disculpas, que no tocasen
en tu opinion, ni en la mia,
una mujer, que detrás
de su aposento tenia,
y que era, sin duda, Nise:::

MARCELA.

¿Quién duda, que ella sería?

LAURA.

salió, á dar zelos por zelos.

MARCELA.

¡Hay tan gran bellaquería!
¿Y qué hizo Felix á eso?

LAURA.

El ahunque quiso seguirla,
yo no le dexé. En efecto,
las dos quexas repetidas,
ni las suyas quise oír,
ni él saber quiso las mias.
Por mostrar, que, estaba, ay cielos,

gustosa y entretenida,
(¡oh quán á costa del alma,
Marcela, un triste se anima!)
al mar de Hontigola hoy
salí con unas amigas,
donde, ahunque debió alegrarme
su hermosa apacible vista,
no pudo; que para mí
ya se murió la alegria,
tanto, que ni el ver la Reyna,
que infinitos siglos viva,
para que flores de Francia
nos dén el fruto en Castilla,
como en su verde carroza,
que caballos del sol tiran,
barado baxél de tierra,
llegaba á bordar á la orilla:
ni el ver tan ufano entonces
ese breve mar, que imita
del oceano las ondas
encrespadas y movidas
de los cefiros suaves,
quando, al mirar quien las pisa,
como plata las entorcha,
y como vidrio las riza:
ni el ver, que ya el vergantin,
coche del mar, pues le guian,
como caballos los remos,

á quien el freno registra
de un timon, abrió el estribo
de su hermosa barandilla,
para que su popa ocupe,
para que su esfera admita
un sol, á quien hizo guarda
no menos, que el alba misma:
ni el ver las hermosas damas,
que como flores seguian
la rosa, bien asi como
texido coro de ninfas
en las selvas de Diana
profanas fábulas pintan:
ni el ver en fin, que tan bello
ya el vaxél bogando iba
el piélago de cristal,
que al acercarse á la Isla
del cenador, que con tantas
flores el estanque habita,
no pudo determinar
desde aparte, no, la vista,
qual el vergantin, ó quál
era el cenador, pues vía
flores en qualquiera tantas,
que unas á otras competidas,
naval batalla de flores
se dieron muertas y vivas:
me pudo aliviar, pues toda

esta pompa hermosa y rica,
en los cristales bullicio,
en las flores alegría,
en los vientos suavidad,
en las hojas harmonía,
en las damas hermosura,
y en todos los campos risa,
llanto fue, llanto en mis ojos,
zelosa de Felix. Mira,
si, á quien esto no divierte,
bastantemente peligra.
Yo no he de hablarle, porque
es triste cosa, es indigna
accion, darle yo á torcer
mis zelos; y asi querria,
de una industria aqui valerme,
si es que mi amistad codicias;
y es, que para que yo vea,
si Nise en su quarto habita,
le he de acechar esta noche
por aquella puerta, amiga
que dixiste, y que á su quarto
cae, y él tiene escondida.
¿Cómo faltar de mi casa
podré? es fuerza, que aqui digas;
y responderéte yo;
que hoy mi padre fue á una Villa,
adonde su hacienda tiene,

y no vendrá en quatro dias.
Asi que estas noches puedo
ser tu huespeda, si obliga
mi amistad á esta fineza,
pues es fineza de amiga
tan principal, tan discreta,
tan noble y tan entendida.

MARCELA.

¿Cómo te podré negar,
Laura, lo que solicitas,
si con mi razon me arguyes?
¿si con mi dolor me obligas?
Solo hay un inconveniente;
mas si tú lo facilitas,
vén desde luego á mi casa:
mal dixe, á la tuya misma.

LAURA.

¿Quál es el inconveniente?

MARCELA.

Tanto mi hermano te imita
en el dolor y en la causa,
(no importa que te lo diga:
primero somos nosotras;)
que hoy me ha pedido, que finja
con él un enojo, y vaya,
á ser por algunos dias
tu huespeda, porque yo
allá de adalid le sirva;

pues si no voy á tu casa,
yo, ¿por qué estás tú en la mia?
dirá.

LAURA.

Escucha: antes mejor
es, que desde luego finjas
tú el enojo, y que te vayas;
pues con aquesto le obligas,
á que él esté mas seguro,
de que yo en su casa asista

MARCELA.

Dices bien; que con mi ausencia
se sanea esta malicia.

LAURA.

¿Cómo se ha de hacer?

MARCELA.

Asi.
Dame el manto, y dirás, Silvia,
que fuí en casa de Laura;
que para hacer mas creída
la causa, quise ir de noche;

Ponese el manto.

y despues (aparte mira)
busca á Lisardo, y dirásle,
como mi afecto le avisa,
que á verme vaya esta noche;
y quedate, donde sirvas

á Laura. Tú, Celia, ven
conmigo; pues nos obliga
esto, á trocar con las casas
las criadas.

LAURA.

¡Tan aprisa!

MARCELA.

Estas cosas mas se aciertan,
mientras menos se imaginan.

LAURA.

Marcela, á mi casa vas,
por ella y por mi honor mira.

MARCELA.

Por ella mira y mi honor,
pues te quedas tú en la mia.
¿En qué ha de parar aqueste
trueco?

CELIA.

¿Quieres, que lo diga?
En algun lance, que á todas,
ó nos case ó nos aflija.

Vanse por una parte Celia y Marcela, y por la otra Silvia y Laura, y salen Lisardo y Calabazas.

LISARDO.

¿Qué papel es ese?

CALABAZAS.

Eso lo es el que ha de ser, es y ha sido del tiempo, que te he servido, cuenta estrecha.

LISARDO.

¿Dime pues, á qué proposito ahora?

CALABAZAS.

A proposito, de que hoy de tu servicio me voy.

LISARDO.

¿Por qué causa?

CALABAZAS.

¡Quién lo ignora! Porque andas aquestos dias muy discreto.

LISARDO.

¿Qué has querido decir?

CALABAZAS.

Que andas divertido.

LISARDO.

Tales son las penas mias.

CALABAZAS.

Y no ha de ser tan discreto el amo, que ha de pensar, que no le puede guardar

Calabazas el secreto.
Tú te andas solo contigo,
contigo solo te estás,
contigo vienes y vas:
y en fin contigo y sin migo
en qualquier parte te ven;
que parecemos, señor,
el dinero y el amor:
mirad con quién y sin quién.
Si alguna tapada viene,
á verte: salte allá fuera.
Si vas, á verla: aquí espera;
porque ir allá no conviene.
¡Pues esto ha de ser asi!
¿Pesar de quien me parió,
para qué te sirvo yo?
Y asi quiero, desde aquí
buscar amo mas humano;
porque para mí en rigor,
ninguno será peor,
ahunque sea un Luterano,
ahunque sea un presumido
de docto, siendo menguado,
con ingenio un desdichado,
sin él un entremetido,
un poeta, que hace trazas
de comedias, y seamos
los criados y los amos,

todo en casa Calabazas,
ahunque sea un lindo compuesto,
que hable melifluo y despacio;
y ahunque galantée en Palacio,
que es peor que todo esto.

LISARDO.

Las cosas, que me han pasado,
tan públicas han venido,
Calabazas, que no ha sido
forzoso, haberlas contado,
para que la sepas; pues
hablar á aquella tapada
en el campo, tan guardada
verla en su casa despues,
adonde me sucedió
aquel lance parecido
al de Felix, que escondido
en su casa me pasó:
venir á verme á la mia,
adonde desengañado
de que es otra me ha dexado,
la que Don Felix queria:
salir de alli tan veloz:
irse en fin, como se fue:
ello se dice y se vé,
sin que aqui tenga mi voz
que contar; pues ahunque quiera,
no te puedo decir mas

de lo que tú viendo estás.

CALABAZAS.

Ella es gentil embustera.

LISARDO.

Quanto ha, que estoy pensando,
que lo que me ha sucedido,
es verdad, estoy corrido,
de estár creyendo y dudando,
qué mujer es ésta; pues,
quando yo, ser, presumia,
dama de Felix, vivia
sin discurrir: mas despues,
que, estando conmigo ella,
de Felix la dama entró,
y que me desengañó,
de que era otra dama aquella,
mayor deseo me ha dado,
de saber, quién es; pues puedo
perder á su honor el miedo,
que por Felix le he guardado.

CALABAZAS.

Yo bien pudiera decir,
quién es.

LISARDO.

¿Tú?

CALABAZAS.

Yo.

LISARDO.

Dilo pues.

CALABAZAS.

Vive Dios, qúe sé, quién es.

LISARDO.

Pues no me hagas discurrir.

CALABAZAS.

¿Ella no es enredadora?
Quien es sé. ¿No es embustera?
Quien es sé. ¿No es bachillera?
Quien es sé. ¿No es habladora?
La misma razon lo enseña,
quien es, sí, jurado á Dios.

LISARDO.

Dilo.

CALABAZAS.

Aqui para los dos:::

LISARDO.

Prosigue.

CALABAZAS.

Es alguna dueña.

LISARDO.

¡Qué disparate!

Sale Silvia.

SILVIA.

Lisardo,
que aqui me escucheis os pido.

CALABAZAS.

¿Mujer, de dónde has caído?

LISARDO.

Ya, lo que quieres, aguardo.

SILVIA.

Una dama, de quien vos
la casa, señor, sabeis,
que á su ventana llameis
esta noche, os pide. A Dios. *vase.*

CALABAZAS.

Tapada de las tapadas,
oye.

LISARDO.

Tente. ¿Dónde vas?

CALABAZAS.

Dexa; que no quiero mas,
de darla dos bofetadas,
que las lleve á su señora:::

LISARDO.

¿Hay quien tus locuras crea?

CALABAZAS.

porque otra vez no me sea
dueña engerta.

LISARDO.

Escucha ahora;
pues que ya la noche fria
en mal distinto arrebol,
de prisa, diciendo al Sol,

que se vaya con el dia,
y á mí esperandome están,
dame un broquel, y tú aqui
me espera.

CALABAZAS.

¡Yo esperar!

LISARDO.

Sí.

CALABAZAS.

Espére un judío de Orán;
que á casa, donde encerrado
estubiste y ahun corrido,
y hay padre de conocido,
y galan de imaginado,
no has de ir solo.

LISARDO.

Sí he de ir.

Sale Don Felix.

D. FELIX.

¿Dónde, Lisardo?

LISARDO.

No sé,
cómo callaros podré,
ni cómo os podré decir,
lo que en Ocaña me pasa.
¿Teneis que hacer ahora?

D. FELIX.

¡Yo!
ni en toda esta noche.

LISARDO.

¿No?

D. FELIX.

No; que el fuego que me abrasa,
por acrecentar su ardor,
treguas por ahora ha dado.

LISARDO.

Pues yo quiero mi cuidado
fiaros ya sin temor;
que, si hasta aquí he suspendido,
la relacion que empezé,
respeto, que os tube, fué;
pero habiendo ya sabido,
que nada os puede tocar,
y sois quien sois en efecto,
de mi amor todo el secreto,
hoy os tengo de fiar.
Venid conmigo y sabreis,
porque el tiempo no perdamos,
extraños sucesos.

D. FELIX.

Vamos;
que mucha merced me hareis,
en divertir el dolor,
de que mi pecho está lleno,

porque de amor el veneno
cure triaca de amor.

CALABAZAS.

¿Yo qué he de hacer?

LISARDO.

Esperar
aqui en casa, á que vengamos.

Vanse los dos.

CALABAZAS.

¡Buenos, paciencia, quedamos,
sin vér ni oír, á callar!
Quando no tiene el servir
otro gusto, otro placer,
que escuchar, para saber,
y saber, para decir,
ahun de este gusto me priva,
el recatarse de mí.
Pues no ha de pasar asi,
asi Calabazas viva.
Que, por aquel mismo caso,
que aqui de mí se guardó,
tengo de seguirle yo.
Tras ellos paso entre paso
tengo de irme rebozado.
¿Porque si yo, qual sospecho,
no le murmuro y azecho,
para qué soy su criado? *vase.*

Salen Lisardo y Don Felix.

D. FELIX.

Mucho me he holgado de oíros,
por ser la novela extraña.

LISARDO.

Esto es por mayor; que dexo
de contar mil circunstancias,
por no cansaros, Don Felix;
y pues sabeis, que me aguarda,
idos con Dios; que ya es hora.

D. FELIX.

Decirme á mí, que una dama
vais á ver, y haberme dicho,
que tubisteis en su casa
riesgo, y decir, que me quede,
son dos cosas muy contrarias;
pues no soy de los amigos
yo, con quien solo se hablan
las cosas; que precio mas
las obras, que las palabras.
Id, á lograr vuestro amor
norabuena; que hasta el alba
yo sabré estar en la calle.

LISARDO.

A amistad, Don Felix, tanta,
mal hiciera, en resistirme.

Sale Calabazas como acechando.

CALABAZAS.

Sí, qual véo, lo que andan,
lo que hablan viera, yo viera,
lo que andan, y lo que hablan.
Llegarme quiero.

LISARDO.

¡Qué es esto!

D. FELIX.

Un hombre, si no me engaña
la vista, que trás nosotros
viene.

LISARDO.

Pues sacad la espada.

D. FELIX.

¿Quién vá?

CALABAZAS.

Nadie ya; porque
no diz que vá, el que se pára.

D. FELIX.

¿Quién sois?

CALABAZAS.

Un hombre de bien.

LISARDO.

Pues pase, si acaso pasa.

CALABAZAS.

No paso; que me hago hombre.

D. FELIX.

Pues jugaré yo de espadas.

LISARDO.

Dadle la muerte.

CALABAZAS.

Detente.
¡Ay, ay! Señor, que me matas;
que soy Calabazas.

D. FELIX.

¡Quién!

CALABAZAS.

Calabazas.

LISARDO.

Calabazas,
¡qué es esto!

CALABAZAS.

Es venir, á ver,
dónde vais. *Dánle los dos.*

D. FELIX.

Por Dios:::

CALABAZAS.

Ya basta.

LISARDO.

Dexadle: no alboroteis;
porque está cerca la casa,
que buscamos.

D. FELIX.

¿Hácia aqui

vive, Lisardo, la dama,
que venís, á ver?

LISARDO.

Sí, Felix.

D. FELIX.

¿Y es bizarra?

LISARDO.

Muy bizarra.

D. FELIX.

¿Tiene padre?

LISARDO.

Sí.

D. FELIX.

¿Y aqui
os cerrasteis en la ~~quadra~~ sala?

LISARDO.

Sí.

D. FELIX.

¿Y estando ella con vos,
entró, la que me buscaba?

LISARDO.

Sí.

D. FELIX.

Ved, que como la noche
llena está de sombras pardas,
mas obscura, que otras veces,
pues ahun la luna la falta,
podrá ser, que os engañeis.

LISARDO.

No me engaño. A esta ventana
he de llamar, y esta puerta
han de abrir.

CALABAZAS.

Ya sé la casa.

D. FELIX.

¡Esta ventana! ¡Esta puerta!
¡Ay de mí! El Cielo me valga; *ap.*
que éstas las de Laura son,
para mí dos veces falsas.

LISARDO.

Retiraos; porque yo,
la seña, que es ésta, haga.

Hace la seña á la rexa.

D. FELIX.

Si mal no me acuerdo, ay triste,
en la relacion pasada
dixisteis, que la mujer,
que para hablaros, aguarda,
es, la que hoy escondida
dentro de mi quarto estaba.

LISARDO.

Es verdad.

D. FELIX.

Y que la otra,
que vino:::

Sale Celia á la ventana.

CELIA.

Cé.

LISARDO.

Ya me llaman.

CELIA.

¿Es Lisardo?

LISARDO.

Si, yo soy.

D. FELIX.

Celia es ésta. *ap.*

CELIA.

Pues aguarda,
abriré la puerta.

LISARDO.

Ya
conmigo habló la criada,
y dice, que viene, á abrirme
la puerta.

D. FELIX.

Antes que la abra,
decid:::

Abre la puerta Celia.

LISARDO.

No puede ser antes.

D. FELIX.

si es:::

LISARDO.

A Dios, porque me aguarda,

D. FELIX.

la dama:::

CELIA.

Entrad presto.

LISARDO.

Luego
hablarémos. *vase.*

Al entrar Lisardo, quiere entrar D. Felix, y Celia cierra aprisa.

D. FELIX.

¡Y en la cara
con la puerta me dió Celia!

CALABAZAS.

Con cerradura no agravia
una puerta, aunque es de palo;
que, el tener hierro, la salva.

D. FELIX.

¡Qué es, lo que pasa por mí!:::
¡Quién vió confusiones tantas!
¡En casa de Laura, cielos,
viene buscando la dama,
que hoy de mi quarto salió,
quando entró en mi quarto Laura!

Luego ella no puede ser.
¡Mas quién ser puede en su casa!
¡Oh, quién no la hubiera dicho
á Marcela, que dexára
para mañana, el venir
aquí; que ella lo apurára!
Pero mientras mas discurro,
mas lugar doy á mi infamia.
Pues no discurramos, zelos;
sino á ver la verdad clara,
caminemos mas aprisa;
pues ella es Laura, ó no es Laura.
Si no es ella, ¿qué se pierde,
en desengañar mis ansias?
¿Y qué se pierde, si es ella,
en perder la vida y alma,
despues de Laura perdida?
La puerta en el suelo cayga.
¡Pero cómo á esto me atrevo,
si á Lisardo la palabra
le he dado:: ? ¿Pero qué importa
la amistad, la confianza,
el respeto, ni el decoro?
Que donde hay zelos, se acaba
todo, porque no hay honor,
ni amistad, que tanto valga.

Dá golpes á la puerta, como para derribarla, y á este tiempo, como mas lejos, dan tambien golpes dentro.

CALABAZAS.

¿Qué haces, señor?

D. FELIX.

Darle muerte.

CALABAZAS.

Si es posible, no lo hagas.

D. FELIX.

¡Mas qué golpes son aquellos!

CALABAZAS.

¿De qué te admiras y espantas?
Otro será en otra parte,
que le habrá dado otra rabia,
y dá golpes á otra puerta.

FABIO *dentro.*

Abre aqui, Celia; abre, Laura.

CELIA *dentro.*

Mi señor es, ay de mí!

D. FELIX.

Fabio es aquel. *cuchilladas dentro.*

FABIO *dentro.*

¡Esta infamia
llego á ver!

CALABAZAS.

Por Dios, que allá
ya han llegado á las espadas.

D. FELIX.

Mal haya la puerta, *amen*.

Sale Lisardo con Marcela en los brazos como á obscuras.

LISARDO.

No temais, señora, nada;
que, ahunque llaman á esta puerta,
seguro es, quien á ella llama.

MARCELA.

Con vos, Lisardo, he de ir;
que como yo á vuestra casa
llegue, nada hay que temer,
si es que ella una vez me ampara.

LISARDO.

Venid, y no os receleis
de un hombre, que me acompaña.

MARCELA.

¿Es Felix?

LISARDO.

Sí.

MARCELA.

Pues mirad,
que es Felix:::

LISARDO.

¿En qué reparas?
Ya no es tiempo de recatos.
¿Felix?

D. FELIX.

¿Quién vá?

LISARDO.

Mis desgracias.

D. FELIX.

¡Qué ha sido aquesto!

LISARDO.

Que estando
hablando con esta dama,
vino su padre de fuera;
llamó, y viendo, que tardaban
en abrirle, derribó
la puerta, y sacó la espada.
Porque se apagó la luz,
tube lugar de librarla.
Llevadla; que yo me quedo,
á guardaros las espaldas,
para que ninguno os siga;
que conmigo Calabazas
quedará.

CALABAZAS.

No quedará.

D. FELIX.

Mejor es, con ella vaya,

y nos quedemos los dos.

LISARDO.

¿Tan sola hemos de dexarla?
No es razon; pues la primera
obligacion es la dama
en todo trance. Asi, Felix,
vos solo habeis de llevarla,
y ponerla en salvo.

D. FELIX.

Es justo.
¿En fin, has venido, Laura,
á mi poder?

MARCELA.

¡Ay de mí!

D. FELIX.

Yo estoy muerto.

MARCELA.

Estoy sin alma.

D. FELIX.

Vén conmigo; que ahunque no
mereces finezas tantas,
soy quien soy, y he de librarte.

MARCELA.

¡Hay mujer mas desgraciada!

D. FELIX.

¡Hay hombre mas infelice! *vanse.*

Salen Fabio y Lelio con luz, y criados con las espadas desnudas.

FABIO.

Ahunque las fuerzas me faltan,
no las fuerzas del honor,
para tomar mil venganzas.

LISARDO.

Deteneos; que ninguno
de aqui ha de pasar.

FABIO.

Mi espada
hará paso por el pecho
vuestro. *riñen todos.*

CALABAZAS.

Infeliz Calabazas,
¿quién te metió, en acechar?

LISARDO.

Pues que ya Felix se alarga,
antes que aqui me conozcan,
mejor es, volver la espalda.
Esto es valor, no temor. *vase.*

FABIO.

Espera, cobarde: aguarda.

CALABAZAS.

¿Quién creyera, que Lisardo
en la ocasion me dexára?

LELIO.

Aqui se quedó uno dellos.

FABIO.

Pues muera, Lelio. ¿Qué aguardas?

CALABAZAS.

Deteneos, por Dios.

FABIO.

¿Quién sois?

CALABAZAS.

Si es que el miedo no me engaña,
un curioso impertinente.

FABIO.

Dexad la espada.

CALABAZAS.

La espada
es poca cosa; el sombrero,
la daga, el broquél, la capa,
la ropilla y los calzones.

FABIO.

¿Sois criado, del que agravia
esta casa?

CALABAZAS.

Sí, señor;
porque es un agravia casas,
que no se puede sufrir.

FABIO.

¿Quién es, y cómo se llama?

CALABAZAS.

Lisardo se llama, y es
un Soldado, camarada
de Felix.

FABIO.

Porque no empiece
por lo menor mi venganza,
no te doy muerte.

CALABAZAS.

Haces bien.

FABIO.

Y pues alguna luz hallan
mis desdichas, á buscar
iré á Felix. ¡Oh mal haya
casa con dos puertas, pues
tan mal el honor se guarda!

Sale Don Felix con Marcela de la mano, como á obscuras, habiendo dicho dentro los primeros versos; y por la otra puerta salen Laura y Silvia.

D. FELIX.

Ola, trahe aqui una luz.

HERRERA *dentro.*

Ya la llevo, si es que hallan
luz unos ojos dormidos.

LAURA.

Ya dentro del quarto andan.
Escuchemos desde aqui.

D. FELIX.

Ya por lo menos, ingrata,
ya por lo menos, no puedes
negarme:::

LAURA.

Con mujer habla.

D. FELIX.

en este lance, que eres
mudable, inconstante, falsa,
cruél, aleve, engañosa;
pues á nadie desengañan
mas cara á cara sus zelos.

MARCELA.

Aqui mi vida se acaba. *ap.*

D. FELIX.

¿Para esto veniste hoy
á mi casa?

LAURA.

La que estaba
tapada hoy es, pues la dice,
que hoy ha venido á su casa.

D. FELIX.

En mi poder estás, mira,
si habrá disculpa: mal haya,

quanto tiempo te he querido,
quantas penas, quantas ansias
padecí, y quantas finezas
hizo mi amor por tu causa.

LAURA.

¡No escuchas, cómo confiesa,
que la ha querido! ¡Qué aguarda
mi paciencia!

SILVIA.

¿Dónde vás?

LAURA.

No sé, (ay Silvia, estoy turbada)
á escucharle de mas cerca.

D. FELIX.

¡Oh quánto con la luz tardas!

HERRERA *dentro.*

Ya vá la luz.

MARCELA.

¿Qué he de hacer,
si la trahe?

D. FELIX.

¿No dices nada?
Pero si estás convencida,
¿qué has de decir?

Sueltala de la mano, y vase retirando Marcela, y Laura, acercandose, viene á ponerse enmedio de los dos, y él la coje la mano, entendiendo, que es Marcela.

MARCELA.

Oh si hallára,
por donde irme; que á lo menos
la vida asi asegurára.

D. FELIX.

Detente: no huyas: no huyas;
que no quiero mas venganza
de tí, que sepas, que sé
esto.

LAURA.

Por otra me habla; *ap.*
y he de callar mis agravios,
hasta que las luces traygan,
y véa, que soy, con quien
está.

MARCELA.

Confusa y turbada,
la puerta hallé de mi quarto.
Este sagrado me valga,
pues fue dicha, estar abierta.

SILVIA.

¿Eres Laura?

MARCELA.

No soy Laura.
¿Eres tú, Silvia?

SILVIA.

Yo soy.
¡Qué es esto!

MARCELA.

Fortunas varias.
Cierra esa puerta, y conmigo
vén, Silvia, aprisa. ¿Qué aguardas?

Vanse, cerrando trás sí la puerta, y sale por otra Herrera con luz.

HERRERA.

Ya están las luces aqui.

D. FELIX.

Dexalas, y afuera aguarda.

Vase Herrera, y va á cerrar la puerta Don Felix.

LAURA.

Aqui es ello, quando vuelva,
á verme.

D. FELIX.

En efecto, Laura,
yo soy, quien solo guardó
á sus zelos las espaldas.

LAURA.

¡Qué es esto! ¡Cómo de verme, *ap.*
ni se turba, ni embaraza!

D. FELIX.

Solo yo en el mundo traxe
para otro galan su dama.
Dí ahora, que yo te ofendo.

LAURA.

No está la deshecha mala.
Bien te halientas á fingir
la razon, con que me agravias;
pues viendote convencido,
quando en tus brazos me hallas,
de haberme hablado por otra,
á quien trahes á tu casa,
prosigues las quexas della
conmigo.

D. FELIX.

Solo esto falta
á mi paciencia ofendida,
que tú ahora creer, me hagas,
que hablaba con otra yo.

LAURA.

¿Pues de qué, Felix, te espantas,
si es verdad?

D. FELIX.

¿Pues dónde está
la mujer, con quien yo hablaba?

LAURA.

Si una casa con dos puertas
mala es de guardar, repara,
que peor de guardar será
con dos puertas una sala.
Ya se fue.

D. FELIX.

Laura, por Dios,
que me dexes. Vete, Laura;
que me harás perder el juicio.
Si quieres, que yo no haya
trahidote aqui, porque
estando (la voz me falta)
tu padre fuera, Lisardo:::
No puedo hablar.

LAURA.

Tú te engañas;
que yo escondida esta noche
en el quarto de tu hermana
he estado, por solo ver
esto, que á los dos nos pasa;
y ella:::

D. FELIX.

Detente; que ahora
lo veré. ¿Marcela? ¿Hermana?

Sale Marcela.

MARCELA.

¿Qué quieres? Disimular *ap.*

importa, pues informada
estoy de todo.

Felix.

Dicha ha estado
contigo esta noche Laura?

Marcela.

Laura conmigo, Señor,
a que efecto? la mañana
havia de ir a estar con ella,
pero ella conmigo?...

Laura.

Aguarda;
no vine esta tarde yo
a pedirte q. en tu casa
me hubieras? y a la mia
tu!!!

Marcela.

No prosigas, y nada
de esto es verdad.

Felix.

que mal te salió la traza?
estase esotra en su quarto
recogida, y retirada;
y dices que estás con ella.

Laura.

¿Pues tú, Marcela, me agravias?

Marcela.

Sí, q.e fui primero yo. ap.

Laura.

Pues tanto me apuras, salgan
verdades á luz: Marcela
ha sido:::

Llaman dentro.

Silvia.

A la puerta llaman.

Dentro Lisardo.

Abrid D.n Felix.

Felix.

Ahora
verás q.e todo se acaba.

pues tu Galan, d'Laura, viene.

Laura.

Ay tengo yo mi esperanza.

Marcela.

Aqui se deshace todo:
¿Quien à Lisardo ayudara
à mi peligro?

Sale Lisardo.

Dn. Felix,
pr. que ninguno llegara
à seguirme, tarde: donde
habeis puesto aquella Dama?

Felix.

Veisla aqui, pero primero
que acabe con mi esperanza

que acabe con mi esperanza
el verla en vuestro poder,
me habeis de sacar el alma.

LISARDO.

Hasta ahora no creí,
que caballeros engañan
de vuestras obligaciones,
á los que dellos se amparan.
La dama, que os entregué,
os pido.

D. FELIX.

¿No es esta dama
la que me entregasteis?

LISARDO.

No.

D. FELIX.

Solo aquesto me faltaba,
para acabar de perder
la paciencia.

MARCELA.

¡Ay desdichada!

LISARDO.

Si esto suponeis, Don Felix,
porque os obliga otra causa,
hablad mas claro conmigo.

LAURA.

Yo de confusiones tantas
os sacaré. Dí, Lisardo,

ésta, á quien buscas y amas?

LISARDO.

Esta es: sí aquí la teneis.
¿Qué os ha obligado, á ocultarla?

LAURA.

Mira, si se está en su quarto
recojida y retirada.
Primero soy yo, Marcela. *á Marcela.*

D. FELIX.

Corrido estoy. Esta ~~daga~~ *Espada*
dé á una vil hermana muerte.

MARCELA.

Lisardo, mi vida ampara.

LISARDO.

¡Hermana de Felix sois!
Ponela detrás de sí.

D. FELIX.

Y en quien tomaré venganza.

LISARDO.

Sabeis quien soy, y es preciso,
defenderla y ampararla
por mujer.

D. FELIX.

Tambien sabeis,
quien yo soy, y que en mi casa,
menos que quien sea su esposo,
no ha de atreverse, á mirarla.

LISARDO.

Luego, con serlo, quedamos
bien los dos.

Sale Fabio, Lelio y Calabazas.

FABIO.

Esta es la casa.
Entrad.

D. FELIX.

¡Qué es esto!

FABIO.

Esto, Felix,
es honor.

CALABAZAS.

¡Qué linda danza
se vá urdiendo.

FABIO.

¿Dónde está
un Lisardo, camarada
vuestro?

LISARDO.

Yo soy: porque nunca
á nadie escondí la cara.

CALABAZAS.

Nunca la cara escondió;
pero volvió las espaldas.

FABIO.

¡Oh traydor!

D. FELIX.

Fabio, teneos;
Ponense los dos á una parte.
que la cólera os engaña.
El enojo, que traheis,
si ha sido la ocasion, Laura,
es conmigo, y me ha tocado,
como á mi esposa guardarla.

FABIO.

No tengo, que responderos,
si Laura con vos se casa.

D. FELIX.

Pues para que veais, si es cierto,
aquesta es mi mano, Laura:
y pues el haber tenido
dos puertas ésta y tu casa,
causa fue de los engaños,
que á mí y Lisardo nos pasan,
de la Casa con dos puertas
aqui la comedia acaba.

perdonad vna muchas faltas.

CASILDA.

CASILDA.

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. José María Bonilla.

VALENCIA:
IMPRENTA A CARGO DE V. LLUCH,
PLAZA DEL EMBAJADOR VICH.

Mayo 1840.

Esta comedia es propiedad de su autor, y perseguirá judicialmente á cualquiera que la reimprima, y á las empresas que la diesen á la escena sin su consentimiento escrito, con arreglo á las Reales órdenes relativas á la propiedad literaria.

CONTENTS.

PERSONAS.

Don Froilán.
Don Amancio.
Doña Casilda.
Doña Aquilina.
Doña Ursula.
Don Cirilo.
Don Cornelio.
Don Crescencio.
Don Cósme.
Mónica. } *Criados.*
Ligorio. }

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Salon bien adornado. Puerta en el foro, y dos laterales. Una mesa de juego á cada lado.

ESCENA I.

Mónica y Ligorio, arreglando sillas y encendiendo luces.

Món. Vamos andando, Ligorio,
y no gastes tanta calma.
Aquellas sillas.... con alma.
Lig. Para qué mas purgatorio
que vivir cerca de tí?
Estoy yo papando moscas?
No he compuesto ya las roscas
del *quinqué*?
Món. A no ser por mí,
ya estarían bien....
Lig. Seguro.
Món. Ja, ja, ja.
Lig. Miren qué risa.
Món. Y tú, en trabajar qué prisa!
Lig. ¿Apuestas á que me apuro,

y arrimándote las luces
ardes desde arriba abajo?
Món. Poquito á poco, so majo.
¿Quién le hace á V. las cruces?
Lig. Mónica: buena estás hoy
para que yo te escamoche.
Empezames como anoche?
Pues para bromas no estoy.
Món. Yo de alegría reviento.
Lig. Hubo esta tarde ocasion
de hablar con el motilon
que huyó por tí del convento?
Món Calla si quieres, Ligorio.
Lig. Qué facha!:.. no está en sus trece.
Una espátula parece,
ó ánima del purgatorio.
Allá en la puerta del sol
ayer embozado estaba,
y creí que ya asomaba
las armas del caracol.
Al verle, dije entre mí:
«lo que fuistes y has de ser!»
Pasó en esto una muger
y no se vió mas allí.
Y qué dirás que ocurrió?
Que echó tras una manola.
Ya ves que no eres tu sola
la que al monago hechizó.
Món. Mentira: mentira, embuste....
y aunque sea, le da gana
de....
Lig. Tú quieres que mañana
delante de tí le ajuste
una cuentecilla corta,

y verás como es verdad?
Món. Vea V. que necedad.
Y al cabo, á mí qué me importa?...
Lig. No Mónica ¿y te incomodas?...
y te vuelves amarilla?
Pudorosa es la chiquilla...
pero lo mismo son todas.
Món. Yo no soy de ningun modo.
Déjame estar, embustero,
fastidioso, majadero.
Lig. Sí señora: lo soy todo
porque te doy en el quid,
y no lo puedes negar.
Qué piensas? No has de encontrar
para safarte, un ardid.
Has hecho buena conquista!...
Fray espátula es un lince,
y corto de paso. Quince
lleva lo menos en lista.
Món. Lleve todas las que quiera.
Lig. Y el monago huele á rancio.
Món. Ay! que sale D. Amancio.
Lig. (*Mirando á dentro.*)
No viene nadie, embustera.
Qué no te acomoda, no,
la conversacion? es esto?
Pues señor, aguanta el cesto,
que antes lo aguantaba yo.
Món. Y piensas que me das mate
con eso? que ya me cargas
con dos cosillas amargas
que me echaste al ojo? tate.
No me apura tanto á mí
aquello de la manola

como tú has creido.
Lig. Hola!
La señora viene aquí.

ESCENA II.

Dichos y Doña Casilda.

Casil. (*Saliendo.*) Mónica?
Mon. Doña Casilda?
Casil. Ha venido alguno?
Món. Nadie.
Casil. Está ya todo corriente?
Món. Yo no sé que nada falte.
Casil. Ya podeis encender luces....
dentro.... en el salon de baile.
Món. Está bien, señora.
Lig. Vamos.
Casil. Si el señor llama, avisarme.

ESCENA III.

Doña Casilda y D. Amancio.

Aman. Estás bien puesta, Casilda.
Me gustas; son elegantes
el peinado y el vestido.
Casil. Me complazco en agradarte.
Aman. No siempre es así, y lo siento
muchísimo. Ya sabes
que todo te lo permito.
Casil. Si una cosa me privases,
serías conmigo injusto,
porque nunca ofendo á nadie;

mucho menos á un esposo
tan prudente, tan afable....
Aman. Siéntate, Casilda, aquí.
Casil. Si van á venir....
Aman. No obstante....
un momento, que si llegan
nada cuesta levantarse. *(Se sientan.)*
Yo quiero ser el primero
que se goce en contemplarte;
en admirar tu belleza,
y esos ojos centellantes,
cuyo fuego abrasador
ójala el tiempo no apague.
Si fueras menos esquiva,
y mas tierna me mirases,
¡qué mas dicha en este mundo!
¡qué vivir mas envidiable!
Casil. Yo no creo, Amancio mio,
que de mí puedas quejarte.
Te aprecio mucho, te estimo....
Aman. Pero á veces te distraes
en estremo.... con cualquiera.
Y hay ciertas cosas notables....
Casil. Qué tiene de irregular,
indecoroso ó chocante,
hablar con algun amigo
que se digna visitarme?
Aman. No está en hablar, mi Casilda,
sí en el modo en que se hable.
Hay ciertas cosas, repito....
Casil. Tampoco querrás que baile;
que me divierta....
Aman. Todo eso
puede muy bien disfrutarse

huyendo de compromisos,
á veces perjudiciales.
Ya ves que gasto escesivo,
entre algunas libertades,
cansan estas reuniones
de tanto aparato, trages,
música, bugías, dulces,
licores de todas clases.
Ya una silla de caoba
rompe jugando un danzante;
otro se turbó bailando,
y dió sobre los cristales;
este rompió una botella
y vuelta á los alemanes,
aquellas dos tazas chinas
que cuestan sendos reales.
Luego el cuidado de todo,
y las críticas mordaces
de si vienen cuatro viejos,
no concurren personages,
el dulce tiene seis años,
el vino no hay quien lo pase;
si el ponche es puro limon
y sabe mas á vinagre,
si está á oscuras el salon
y no hay cristianos que bailen,
ni por ser las velas sebo,
ningun frak que no se manche;
si son prestados á ruegos
los cuadros y los colgantes;
si los músicos son malos,
no pueden soplar de hambre,
los viejos rezan maitines,
las viejas duermen bastante,

y los demas que retozan
manipulan mil enjuagues.....
Vamos, Casilda; estas cosas
no hay hombres que las aguanten.
Casil ¿Y quieres que yo me prive,
porque digan necedades,
de una diversion sencilla
donde no se ofende á nadie?
Digan todo cuanto quieran
envidiosos charlatanes,
que yo á todos los desprecio:
y si me critican, rabien.
Aman. No te incomodes, Casilda;
por eso no hay que enojarse.
Casil. Hay para todo. Quisieran
en un claustro sepultarme,
y víctima de la envidia,
que necia sacrificase
mis delicias inocentes,
tertulias, paseos, bailes,
conciertos, teatros; luego
las sínceras amistades;
y que por fin, poseída
del tedio, esplin y otros males,
en el verdor de mis años
sucumbiera á los pesares.
Esto querrán, D. Amancio;
pero deliran en valde.
Aman. Nada de eso. No se trata
de tanto sacrificarte.
Casil. Quería decirte.... aguarda:
ya te lo diré mas tarde.
Me acuerdo que el *ambigú*
no está corriente. Al instante

vuelvo otra vez. Pero... suben.
Mónica hará lo que falte.

ESCENA IV.

Dichos, D. Cornelio, Doña Ursula y Aquilina. Doña Casilda recibe á las señoras.

Corn. Señores.... felicidades.
Aman. Deseo á ustedes lo propio.
Parece que el frio aprieta.
¿He, D. Cornelio?
Corn. Horroroso.

D. Amancio y D. Cornelio se sientan á un lado: al otro las señoras.

Si ha llegado esta mañana
hasta las cinco el termómetro.
Es su tiempo, amigo. El sol
ha entrado ya en Capricornio,
y no es estraño....
Aquil. Creía
no hallar á ustedes tan solos,
siendo ya mas de las diez.
Urs. Ni yo, Casilda, tampoco.
A lo menos D. Froilán,
y D. Cirilo....
Casil. Los otros
no suelen venir temprano.
Urs. Sin embargo....
Corn. Hasta los ojos
me ha crevillado esta tarde
ese viento del demonio,

D. Amancio ; es insufrible.
Aman. Y qué escozor en el rostro!...
Casil. Sí? Qué fátua ! Mas valiera
que diese gusto á su esposo.
Tenga juicio la tonta.
Aquil. Pero si es inútil todo
cuanto la puedan decir.
Casi siempre el ángel bobo
llama á D. Juan.
Urs. Y el simplon,
y... qué sé yo cuánto apodo...
Aquil. Y luego se esponja tanto
cuando la dicen piropos....
Casil. Pues á fé que tiene gracia
para darse tanto tono,
muger que no puede erguirse
mas que allá en el mes de agosto;
porque los frios la encorvan
y está peor que un givoso.
Aman. Al teatro dice V.?
No señor ; de ningun modo.
Despues que esos dramas pésimos,
todo cuadros horrorosos,
ofendiendo la moral,
el buen gusto y el decoro,
apestan nuestros teatros,
ni siquiera por asomo
me acerco á ellos. No gusto
de horrores, lances impropios,
entre mil farsas risibles,
que no obstante aplauden otros.
Esa Casilda está loca
por esos dramas dichosos.
No hay poderla contener:

delira ; sale de tono
si no los ve veinte veces,
y á que los lea me opongo.
Urs. Señores: esto parece
mas propiamente un divorcio
entre nosotras y ustedes,
que otra cosa, segun noto.
Es preciso aprovechar
el tiempo, que es muy precioso:
y si los demás no vienen,
juguemos algo nosotros.
Corn. Quiénes hemos de jugar?
Si Casilda....
Urs. Tres ya somos
bastantes.
Aman. Vamos allá;
al momento ; me conformo.
Urs. Casilda....
Casil. Jueguen ustedes.

Doña Ursola, D. Amancio, y D. Cornelio, se sientan á una mesa, y juegan.

Aquil. Decía, que no conozco
en D. Cirilo un amor
franco, leal, juicioso;
sino un delirio... una cosa
que me satisface poco.
Es un hombre irresoluto,
y no hace mas que encomios
del tocado, de los rizos,
de las peinetas de oro....
de la perfeccion del talle....
Casil. Ay amiga! me incomodo

cuando nos echan algunos
tantas flores en un pomo,
y nunca saben salir
de su repetido tono.

ESCENA V.

Dichos; D. Froilán y D. Cirilo.

Froil. (*A los que juegan que hacen ademan de levantarse.*)
Señores.... no incomodarse.
Aman. D. Froilan... Cirilo...
Froil. Ruego
que no se interrumpa el juego.
Señoras mias.... (*A Aquilina y Casilda.*)
Casil. Sentarse. (*Se sientan.*)
Cir. Hemos tardado esta noche
por un incidente estráño.
Qué!.. Si estuvimos un año
esperando nuestro coche.
Aquil. Y no ha mediado otra causa,
D. Cirilo, el tan exacto?....
Algun amoroso pacto
prolongaría esta pausa.
Froil. No tal. Fuimos al teatro....
Dígalo este caballero.
Aquil. Pregúntalo al compañero
que miente mas que los cuatro.
Cir. Me gusta la pulla á fé.
Casil. Hay tantas obligaciones....
Aquil. A que catorce estaciones
han rezado, apostaré.
Froil. Qué locura!

Casil. Yo no encuentro
nada de particular,
si la boca da en rodar
y pára en el hondo centro.
Y no estraño, para mí,
que despues de recorrer
todo Madrid, venga á ser
su punto céntrico:.... aquí.
Digo bien, caballeritos?
Aquil. Esto promete muy poco.
Cir. Señoras.... me vuelven loco.
Froil. (*A D. Cirilo.*)
(Hemos quedado bonitos;
perfectamente.) Ya saben
ustedes, jóvenes bellas,
que no brillan las estrellas
cuando brilla el sol.
Casil. No alaben
mi ponderen, caballeros,
la luz que el sol les envía;
pues solo brilla de dia,
y de noche los luceros.
Cir. (*Ap.*) Maldito si entiendo un bledo
de todo, á fé de Cirilo. (*Alto.*)
Me han hecho perder el hilo,
y nada comprender puedo.
Aquil. Pues no es un enigma todo.
Cir. Pero tiene que pensar.
Casil. (Qué torpe!) Voy á esplicar
lo que dije, de otro modo.
Erase una mariposa
que por un jardin vagaba,
y en ninguna se fijaba
saltando de rosa en rosa.

Viendo tanta flor allí,
llegó á llenarse de orgullo:
ya deja un tierno capullo
por libar un alelí;
ya de la azucena linda
vierte las hojas de miel,
porque allá el rojo clavel
su dulce cáliz la brinda;
ya del tulipan arroja
el grato licor que encierra,
y vé esparcidos por tierra
los jazmines que deshoja.
Al fin pierde su fortuna:
los rayos abrasadores
del sol marchitan las flores,
y se queda sin ninguna.
Entonces la mariposa
dijo con dolor cruel:
«si entrase en otro vergel,
yo saldria mas dichosa»

Froil Entiendo el cuento gracioso.
Cir. En eso estoy algo ducho.
Aquil. Pues no se conoce mucho.
Cir. Por qué no soy mariposo?
Casil. Usted tiene, D. Cirilo,
entendimiento muy claro.
Cir. Y aunque sea enigma raro,
entiendo bien el estilo.
Casil. No le han dicho alguna vez
que es inconstante?
Cir. En mi vida;
aunque alguna bien querida,
me trató con esquivéz.

ESCENA VI.

Dichos, D. Cósme, D. Crescencio y otros caballeros y señoras: detrás Mónica y Ligorio.

Aman. Oh, D. Cósme! D. Crescencio!
Casil. Señores; al baile, al baile.
Aman. Como gusten.
Cir. No haya juego.
Froil. Pues dentro, dentro.
Aman. Adelante. (*Se van por la puerta de la der.ª*)

ESCENA VII.

Mónica y Ligorio, arreglando las sillas.

Lig. Parece que hay ambigú,
Mónica mia.
Món. Y no es malo.
Lig. Pues esta noche habrá palo
si escondes las sobras tú.
Sé que anteayer te comiste,
á solas, con mucha flema,
seis medios platos de crema,
y ni una pizca me diste.
Esto es un hurto notorio,
y yo te haré andar mas tiesa;
pues cuando quites la mesa,
presente ha de estar Ligorio.
A fé que no habrá faltado
para el seco motilon.
Mon. Calla, lobo comilon,
que te vuelves deslenguado.

Lig. Mira, traga-platos, mira
que te sacudo un cachete...
Món. Detengan á ese pobrete,
porque si no.... no... me tira.
Lig. Porque si:... si.... si.... te pego.
No sabes que el combustible
dulcificante, es partible
entre los dos? Verás luego,
golosa, si no pizcares,
á pedir las particiones;
que ya te diré yo: «unones;
anda pizca y serán pares.
Món. Pues vamos; para que veas
si te quejas sin razon,
un pedazo de turrón
aquí te guardo. Y no creas
que por interés lo doy.
Tú lo ves? Este te toca.
Abre, Ligorio, la boca. (*Va á darselo y lo retira.*)
Ja, ja, ja,
Lig. Qué tonto soy!
Vamos, Mónica, no engañes,
que eso ya no te está bien.
Món. ¿Y sí lo está que te dén?
Para que no me regañes,
ahora ya no te engaño,
Abrela bien y verás. (*Se lo dá.*)
Es dulce?
Lig. Mucho. No hay mas?
Món. No, que te puede hacer daño.
Lig. Qué ha de hacer daño, muger!
Eres un ángel del cielo.
Qué boudad! Un caramelo?
Món. No queda ninguno.

Lig. A ver? *(Mirando los bolsillos del delantal.)*
Sí quedan dos yemas, dos.
Món. Cuenta de guardarlas hago.
Lig. Las vas á dar al monago?
Dámelas á mí por Dios.
Món. Esta no mas. *(La enseña, y Ligorio se la toma.)*
Lig. Yo te absuelvo. *(Comiéndola.)*
Me ahogo. ¿Un poco de vino?
Anda, corre; y de camino
un merengue....
Món. Eso no. Vuelvo. *(Se vá.)*
Lig. No ví desde que era niño
muger mas dulcificada.
Oigan! y qué bien mandada!...
Y siempre con ella riño?
Món. (*Desde la puerta del foro.*)
Chid; chid: Ligorio, Ligorio.
Sin que te vean.... cuidado.

Se acerca Ligorio, toma el vaso, bebe, lo toma Mónica, se vá, y sale luego.

Lig. Gracias á Dios que he sacado
un alma del purgatorio.
Esto da juicio á un loco.
Escelente!... estomacal!...
y solo puede hacer mal
cuando se bebe muy poco. *(Sale Mónica.)*
¡Oh hermosa! Pide. Qué pides?
un regimiento de frailes...
pintados?
Món. Quiero que bailes
el solo de los Alcides
que la señora aprendia.

Lig. Corriente pues; de contado.
Apártate; ponte á un lado
que empieza la solería.

Baila un solo estravagante talareando cualquier sonata: sale Doña Casilda apresurada sin reparar en los de la escena, que se van de puntillas, riendo, y tapándose la boca con las manos, como para no soltar la risa.

ESCENA VIII.

Doña Casilda: luego D. Froilán.

Casil. Ya no se puede aguantar
un desaire tan grosero.
Se ha lucido el caballero:
pero yo me he de vengar.
Froil. (*Saliendo.*) Casilda hermosa! Qué azar
tan impensado y terrible,
causó por mi desventura
ese pesar que la aflige?
Casil. Mucho estraño, D. Froilán,
que haciéndose tanto el simple,
venga á preguntarme.... á mí,
lo que esa turbacion dice.
Turbacion que aunque V. quiera
ocultar, es muy difícil.
Bailó V. con Aquilina
el bals que vino á pedirme,
y me dejó allí plantada
por su donosa Amarilis.
Ya se vé!... Como es tan linda,
que en hermosura compite

con Vénus, y usté un Apolo
por quien las ninfas se engrien,
no estraño la preferencia:
mas si ella gustosa admite....

Froil. Casilda: no hay un motivo
para que tanto se irrite,
y me responda on un tono
que tengo por insufrible.

Casil. Tiene V. atrevimiento
de llegar, hasta decirme
que no me sobra razon
para así reconvenirle?
¿Qué habrán dicho los que oían
como V., cortés y humilde,
casi bajándose al suelo
con tanta frase y melindre,
se me ofreció para un bals,
y despues dos gavotines?
¿Y por quién me ha sonrojado?
Por una tonta, una títere
que echa á llorar todavía
cuando su mamá la riñe.
No mortifique su rostro
con aguas y colorines,
y deje de rellenarse
de algodon cuando se viste,
y verán qué hermosa está
la delicia de los cisnes.

Froil. La gloria del Manzanares,
digna que el mundo la admire.
es la donosa Basilda,
encantadora, sensible;
envidia de lindas rosas,
azucenas y alelíes.

Casil. Usted, Froilán, se equivoca.
Cuidado no se imagine
estar hablando á Aquilina,
y por eso me dirige
elogios tan bien floridos;
porque al fin.... es muy posible
distraerse.... Soy Casilda:
míreme V.
Froil. Lo que dije
no fué á Aquilina, señora,
sino á Casilda.
Casil. Y repito
ahora lo mismo? Podria
fácilmente arrepentirse,
que una distraccion....
Froil. Si acaso
trata V. de confundirme,
no conoce todavía
que pocos de mí se ríen.
Aquilina está bailando
y no es fácil pueda oirme:
Aquilina solo piensa
con Cirilo divertirse:
Aquilina no está aquí,
ni yo quiero que me estime;
ni puedo ver á Aquilina
original ni en efigie;
y cien Aquilinas juntas
ni me encantan ni me rinden;
y Aquilina....
Casil. Calle V.
por Dios, y no me aquiline.
Diviértase V. con ella;
que Casilda no permite....

Froil. Casilda!... eso no. Primero
consentiría morirme.
Vamos, que ya están tocando
el gavotin. Estas lides
acábense para siempre,
y todo se tranquilice.
Casil. Consiento en bailar ahora.
Mas no crea se me olvide
jamás esta accion.
Froil. Bien: vamos,
no sea que se principie....
Casil. Primero entre V.
Froil Entiendo....
Volando. (Somos felices.)

ESCENA IX.

Doña Casilda, Aquilina y D. Cirilo

Casil. No me faltará ocasion
para vengar mis agravios.
Mostremos risa en los labios,
y rabia en el corazon.
Aquil. (*A Cirilo, saliendo.*) Déjeme V.
Cir. Aquilina!...
Casil. Ya tenemos novedad?
Cir. No es poca fatalidad.
Aquil. Este hombre desatina.
Casil. Al fin siempre será cosa
que muy poco signifique.
Cirilo: no mortifique
á Aquilinita la hermosa.

ESCENA X.

Aquilina y D. Cirilo.

Cir. Pero Aquilina; ¿no basta
tanta esquivéz y desdén?
Aquil. Se produce V. muy bien.
Lo veo hecho una pasta,
como muchos no lo ven.
Cir Ahora que siento mucho
esa frialdad horrible,
¿se muestra V. insensible,
indiferente?...
Aquil. Qué escucho!
Vamos, esto es insufrible.
Yo ser mármol!... ¿Qué razon
hay para juzgarme así?
Yo me guardo para mí
lo que siente el corazon,
y callo lo que sufrí.
¿Qué lazo, qué compromiso
me une á V. para exigir
que vaya siempre á pedir
para todo su permiso,
y no me deje vivir?
Si hasta ahora por prudencia
sufrí su importunidad,
hablo á V. con claridad;
apuróse mi paciencia,
y he dicho á V. la verdad.
Cir. Dice bien, Aquilinita,
dulce y admirable amiga....
para que así la persiga
no hay razon.... mas ¿necesita

que yo todo se lo diga?
¿No conoce V., ingrata,
que ese talle, esos adornos,
esos amables contornos,
son el tósigo que mata,
y estoy como entre dos hornos?
Aquil. Con su torneo y sus hornos,
no sé qué quiere decir.
Sírvase V. definir....
Cir. Todavía mas bochornos?
¡Oh, Aquilina! Qué sufrir!
Aquil. Pero si V. no habla claro:
si nada entiendo, señor....
Esplíquese V. mejor;
sin rodeos ni reparo.
Ese tormento es amor? ..
Cir. V. lo ha dicho, Aquilina.
Un temor muy natural
me hacia encubrir mi mal,
y V, por fin, lo adivina,
porque mi amor es mortal.
Aquil. Si ha de causarle la muerte,
procure V. olvidarme.
Cir. Yo no sé cómo esplicarme:
pero amo á V. de tal suerte,
que estoy resuelto á matarme.
Aquil. ¡Oh romantico amador
que va á dar en el abismo!
Deje allá el romanticismo;
y sin culpar al amor,
no se pierda usté á sí mismo.
Cir. No conoce V., bien mio,
la furia con que la adoro;
porque á su acento sonoro

no iguala el canto sombrío
de los ángeles en coro.
Aquil. Deje usté á un lado esa gresca,
y ame con mas reflexion.
No arrebate su pasion;
que esa furia novelesca
se pasa en un rigolón.
Allá dentro ya me dijo,
no sé qué cosas fatales
de venenos y puñales,
porque el remedio mas fijo
es la muerte á tantos males.
Odio que de ira lleno
un hombre por mí se mate:
tengo por gran disparate,
que un amador, con veneno
de darse la muerte trate.
Veo á muchos hombres necios
que porque alguna muger,
ó los llega á aborrecer,
ó los trata con desprecios,
se vengan con perecer.
Muchas novelas leí
de horror y fruslerías;
de muertes por tonterías;
y en ellas solo aprendí
á pasar mejor mis dias.
Si me estiman, sabré amar
como merezca mi amante:
yo lo seré si es constante;
mas si me llega á olvidar,
lo despreciare al instante.
Cir. Dichoso el hombre que pueda
amar de un modo tan frío!

No tendré yo tanto brío....
Aquil. Pues otro arbitrio no queda....
Pero bien que es genio mio.
Cir. ¿Nunca ha de amar de otro modo
su alma angélica y bella?
¿Ha de ser tan vil mi estrella,
que no me quiera del todo
Diosa que muero por ella?
Aquil. Pues dígame V. ahora
cómo quiere ser querido.
Cir. Como la divina Dido
á Eneas amó, señora,
es el amor preferido:
ó como al grande Abelardo
la filósofa Heloisa.
Aquil. Tanto amor, y tan aprisa?...
Cir. Yo un punto de amor ardo
cual por Mansolo Artemisa.
Aquil. No he visto amor tan veloz
como el de V. en el mundo.
Cir. *(De rodillas.)* Señora: estoy moribundo.
Oiga yo esa dulce voz
que con un dolor profundo
esclama; «adoro á Cirilo
como me adora él á mí.»
Dígalo Aquilina, *sí*;
ó de este puñal al filo *(Lo saca.)*
me romanticido aquí.
Aquil. Deme V. ese puñal,
y levántese del suelo.
Cir. *(Se lo dá.)* ¡Oh mi vida y mi consuelo!...
Aquil. No quiero que se haga mal.
Ay, que vienen.
Cir. Santo cielo!

ESCENA XI.

Los mismos y Doña Casilda.

Casil. Señores; me alegro mucho
de hallar á ustedes aquí.

Ligorio vá á salir corriendo por la puerta del foro, y al ver á los de la escena se detiene escuchando desde la puerta lo que hablan.

Aquil. Si D. Cirilo...:
Casil. No es eso
lo que yo voy á decir.
Estamos todos corrientes.
Mañana, dia feliz.
Aquil. Qué á dónde vamos, Casilda?
Casil. A las máscaras.
Aquil. Sí?
Casil. Sí.
Mas cuidado con mi esposo:
que no llegue á traslucir
nada de este plan, que está
bien concertado por mí.
Lig. (*Oculto.*) Como si yo lo callára
aunque supiera morir.
Aquil. Perfectamente: me alegro.
Vamos pues, (D. figurin.) (*A D. Cirilo.*)

ACTO SEGUNDO.

Salon de máscaras iluminado y perfectamente adornado. Todos los que salen en este acto, escepto alguno de los que no hablan, salen disfrazados con trages diferentes. De cuando en cuando se oirá á lo lejos la música.

ESCENA I.

D. Amancio y Ligorio, con las máscaras en la mano. En el foro algunas parejas paseando, entre las cuales están D. Cósme y D. Crescencio.

Aman. Tú los conociste bien?
No los equivocarás?
Lig. No señor: es imposible.
No los puedo equivocar.
Aman. Y á dónde fueron?
Lig. A casa
D. Cornelio y D. Froilán.
Allí se juntaron todos....
Aman. Y no ha ido nadie mas?

Lig. Segun creo, no señor.
Aman. D. Cósme y Crescencio van? ..
Lig. A ninguno de los dos
han querido convidar.
Aman. No sabes por qué razon?
Lig. Porque todo lo dirán.
Aman. Harán muy bien en no ir
con charlatanes jamás.
Si alguno se acerca, avisa.
Quiero un rato descansar.

Se sientan frente al espectador: Ligorio se cubre, y se acerca á las parejas del foro, observándolas, y como hablando con algunas máscaras.

¡Oh quién me dijera ayer,
que en esta noche fatal
perdiera yo mi ventura;
mi hermosa tranquilidad,
do la juventud fogosa
viene á reir.... y á llorar!
¡De cuánto, gran Dios, de cuánto
una muger es capaz!..
No sé si tendré bastante
valor y serenidad,
viendo á esa muger odiosa,
para sufrir y callar.
Tambien Cornelio, mi amigo,
así ultraja la amistad,
y cómplice de la inícua....
Pero valor y no mas;
valor necesito ahora,
que el sufrir no durará.

Se adelantan al proscenio D. Cósme y D. Crescencio siguiendo á Ligorio: D. Amancio se cubre, y se vá retirando al foro.

Lig. Qué miras? No me conoces.
Cósme. Te conozco; eres D. Blas,
el agente de negocios
que en los Caños del Peral
visita á la gaditana,
y buenos pesos le dá.
Lig. Qué D. Blas, ni qué D. cuernos?
Cres. Mas que un ciervo llevarás.
Si no finges mas la voz;
todos te conocerán.
Cósme. Díños cuánto te costaron
los pendientes y el collar
que la diste el otro dia....
Lig. No me mortifiquen ya.
Cres. A prueba de sufrimiento
y mucha paciencia estás.

Ligorio se retira al foro, y le siguen D. Cósme y D. Crescencio. Doña Ursula y D. Cornelio salen entre las parejas mirándolas todas, y luego se adelantan al proscenio.

ESCENA II.

Los mismos, Doña Ursula, y D. Cornelio con medio pliego de papel en la espalda, escrito en él: «este es D. Cornelio Gavilan.»

Cósme. (á Ligorio.) Bien puedes huir, soplon;
pica-pleitos de burdél;

que ya se ha visto el pastél,
y tus mañas cuáles son.
Corn. Tú ves, Ursula? Lo ves
como aquí tampoco están?
Urs. (Sentándose.) Déjalos; ellos vendrán.
A mí me duelen los pies
de tanto rodar salones.
Pues no hemos andado poco!...
Y mas, que ya me sofoco
si me llevan á empujones.
Corn. Pero señor: yo no sé
en dónde se habrán metido.
Ellos han desparecido
en un amén.
Urs. Ya se vé.
Y en tan grande laberinto
te empeñas en encontrarlos:
y dale, y vuelta á buscarlos....
Corn. Si era tan corto el recinto
en donde estábamos juntos!...
Tú no lo vistes, muger?
Urs. Sí señor: y qué has de hacer
si aquí se escapan por puntos?
Corn. Qué he de hacer? Ver dónde paran:
ir y recorrerlo todo....
Si los padres de este modo
sus hijas abandonáran,
¿qué dirian los demas?
Esto de escándalo pasa.
Urs. No haber salido de casa.
Corn. Razon escelente das.
Y una vez estando aquí,
¿dejaré que vaya sola,
saltando y corriendo bola

con cualquiera por ahí?
Urs. Bailando quizá estarán.
Corn Ursula!... me vuelves loco:
Urs. Cornelio!... Cálmate un poco,
que no te la comerán.
Corn. Una muchacha inocente!...
¿Dónde vamos á parar?
Urs. Pero sabe replicar
Al mas diestro pretendiente.
Corn. Y por eso he de dejarla
bailotear á su gusto?
No vienes? Pues será justo
que te deje por buscarla.

Se vá, y al pasar por delante de D. Cósme, de Don Crescencio y Ligorio, lo detienen, y vá retrocediendo hasta donde está Doña Ursula.

Lig. Alto á la ronda, señor;
D. Cornelio Gavilan:
Cósme. Pobre viejo!
Cres. Pobre Adan.
Cósme. Es el mas conspirador
contra los buenos maridos.
Lig. Es un tapa-mangoneos
que anda siempre entre bureos.
Corn. (A su esposa.) Ursula! somos perdidos.
Lig. Ven esa poltrona vieja?
Pues es su muger.
Cósme La vemos;
y muy bien la conocemos.
No ha sido mala coneja.
Cres. Y Aquilina? en dónde está?
Urs. Que me aturden la cabeza.

Cósme. Tambien saldrá buena pieza,
si prosigue como vá.
Corn. Máscaras: os engañais;
yo D. Cornelio no soy.
Dejadme estar, que me voy....
Lig. No señor; de aquí no os vais.
Cósme. D. Cornelio sin segundo:
¿cantamos el evangelio?
Cres. Eres el mayor Cornelio,
de los cornelios del mundo.
Urs. Señores: de insultos basta,
porque ya me escandalizo.
Cres. Aguante pues el granizo,
Doña Susana la Casta.
Cósme. Así tu hija se pierde
entre las garras del lobo?
Cres. No; que D. Cirilo es bobo.
Lig. Sí que es bobo; pero muerde.
Cres. Mamá; cuídeme la niña,
y no la abandone así.
Mire que van por ahí
muchas aves de rapiña.
Cósme. Abur, abur; hasta luego,
parejita peregrina.
Ahora contra Aquilina
vamos á romper el fuego.
Urs. Tú sabes en dónde está?
Cres. Bien que lo sé.
Corn. Dímelo.
Cres. No quiero decirlo, no.
Cósme. Con sus tres amigos vá.

ESCENA III.

D. Cornelio y Doña Ursula.

Corn. (Descubriéndose.)
Qué insolencia! Qué descaro!
Y esto sufro yo por tí?
Urs. Y tengo la culpa yo?
Corn. Tú que me hicistes venir
á este infierno, en donde solo
se dicen cuarenta mil
injurias y picardías,
y has de callar y sufrir.
Ursula! A todos os dejo:
Ursula!.. me voy de aquí,
el hombre mas aburrido,
marido mas infelíz,
mas harto de ser marido
que cuantos hay en Madrid,
y hubo y habrá en el mundo,
maridos por un deslíz;
por una locura enorme,
por demencia ó frenesí.
Te dejo, muger infausta,
por no querer delinquir
haciendo un mugericidio
con una sierpe, un delfin,
en forma de anciana Vénus
que por consorte admití.
Te dejo, inmovilizada,
y no páro hasta el Brasil....
Hija!... Aquilina!... muchacha!...
Se vá, y Doña Ursula le sigue.
Urs. Cornelio! Cornelio!... A tí...

ESCENA IV.

Doña Casilda y Froilán.

Casil. (Quitándose la máscara.)
No: nada quiero saber,
y repito á V. que nada;
porque estoy ya sofocada
con su insípido querer.
Froil. Casilda!... si no comprendo....
Casil. ¡Cómo mi pecho se enciende
al ver que no me comprende
hombre á quien estoy queriendo
con todo mi corazon;
con un amor puro, santo,
que me hace derramar llanto,
y hasta perder mi razon!!..
Froil. Pero Casilda: ¿no os amo?
No os prefiero á hermosas mil?
No es ese talle gentil
por quien deliro y me inflamo
de júbilo, de placer,
de ternura, de contento:
y ahora, en este momento....
Casil. Mentira; no puede ser:
mentira. Pero bastante,
sobrado, señor, os dije:
y solamente me aflige
no haber hablado á un amante.
Froil. Y á un amante que os adora;
que muriera de delicia,
si lográra una caricia
de esa mano encantadora..

Pero respeto otra cosa;
respeto á un hombre tambien;
y pierdo el único bien,
aquella esperanza hermosa....

Casil. Qué esperanza?... Diga usté.

Froil. Ninguna, Casilda bella;
pues quiere mi impía estrella
que espere en vano, lo sé.

Casil. ¿Nunca V. llegó á entender
que hay un frenético amor,
como el rayo abrasador
que hace el corazon arder;
que cual rápido torrente
todo tras sí lo arrebata;
que aflige, devora, mata,
y que trastorna la mente?
¿Que siempre le agrada hallar
obstáculos que vencer,
tormentos que padecer,
y peligros que arrostrar?
En fin, Froilán: ¿usté ignora
que hay una fuerte pasion
que nace en el corazon
y hasta allá en la tumba mora;
pasion terrible, inmortal,
pura cual la luz del dia,
que solo la mueve y guía
una mano celestial?
Pues esa pasion terrible,
mas fuerte que la muger,
es la que yo siento arder
en mi corazon sensible.

Froil. ¡Oh Casilda! Oh ángel mio!
que mas que la vida aprecio!

(No seré yo poco necio
si en tu amor soñado fio.)

Casil. Es mas puro en sus encantos
el fuego con que os adoro,
que voz de celeste coro,
y aureola de los santos.
Amáraisme ¡oh Dios! á mí
con amor violento, puro,
como un Angelo, un Arturo,
un Faviano, un Antonny,
y yo entonces adorára
como Adela virtuosa,
como Teresa furiosa,
y la vida despreciára.
Perdóneme V., Froilán,
este esceso de locura.
Yo imagino una ventura
que todos me envidiarán.
Sáqueme V., dulce amigo,
de mi fiera esclavitud:
yo le entrego mi virtud,
y sea feliz conmigo.
En otro clima, otro suelo,
en pobre y lejana choza
feliz el amante goza
y allí le bendice el cielo.
Qué responde V., Froilán?
Le falta valor acaso?

Froil. Ni amor ni valor. Me abraso,
y ardiendo en llamas están....

D. Cirilo y Aquilina salen por el foro, y despues de dirigir los primeros versos á Froilán, se separan á un lado y hablan solos, continuando Casilda y Froilán su diálogo.

ESCENA V.

D. Froilán, Doña Casilda, D. Cirilo, y Aquilina.

Aquil. (Se descubren.) Aquellos son, D. Cirilo.
Cir Bendiga Dios tu cachaza,
Froilán. Mas de dos horas...
Froil. Espera un momento, aguarda...
Estoy contando un azar
que sucedió esta mañana.
Cir. No interrumpamos el cuento.
Pero Aquilina: ¿no basta
este amor incorruptible
que me está partiendo el alma,
ni el fuego sublime y *fátuo*
que está ardiendo en mis entrañas,
para mover á piedad
esa belleza inhumana?
¿Quiere V. verme espirando,
lleno de amargura y rabia,
á la fuerza de un veneno
que dé fin á mis desgracias?
Aquil. Quiero ver á V. bailar
gavotin, ó contradanza,
con otra á la que eso mismo
la diga V. mientras bailan;
pues estoy muy convencida
que el hombre que mucho habla,
y mucho su amor pondera,
se enfurece y amenaza;
hombre que á muchas á un tiempo
visita, obsequia y halaga,
y nunca tuvo un amor

que durase tres semanas;
que de sensible y romántico
hasta en los cafés se jacta....
Vamos, Cirilo, no puedo
sufrir tal estravagancia.

Casil. Maldicion una y mil veces
sobre mí!!..

Froil. Casilda amada!
Idolo del alma mia!
Esos acentos me matan.

Casil. Dadme un puñal.

Froil. No: silencio!
Silencio, cordura y calma.

Cir. Maldicion sobre Cirilo!
Sobre mí cien rayos caigan.

Froil. ¿Y qué dirian, señora,
si abandonando su casa,
su esposo, su buen esposo
que la estima, la idolatra;
qué dirían en Madrid?...

Casil. ¡Cuán loca, cuán temeraria
he sido yo en dar oídos
al traidor que me engañaba!

Froil. Pero señora....

Cir. Jamás.
Para querer iré á Francia;
que allí se mueren de amor,
ó á la tumba solitaria
los amantes desgraciados
por su propia mano bajan;
que aun hay en mi cuerpo venas,
y en ellas sangre que abrasa,
y brio dará á este brazo
que acero en los pechos clava. *(sacando un puñal.)*

¡Oh puñal luciente y bello,
que el vital aliento apagas;
consuelo del infelice,
libertador de desgracias!
¡Puñal sangriento y hermoso
para aquel que odiado ama;
terrible como el amor,
hermoso cual la venganza!...

Aquil. Y de quién se va á vengar?

Cir. De mí mismo, bella ingrata.

Froil. Blasfemia! Brutal deseo
ageno de grandes almas!
No, Casilda.

Casil. Sí, Froilan.
Esta mano yerta, helada
con el hielo de la muerte
que ya la de V. no abrasa:
esta frente amarillenta
donde el dolor se retrata,
cubierta de un sudor frío
que cáe hasta mis plantas:
estos ojos espirantes
que no ven mas que fantasmas;
hórridas tumbas; espectros
que de los féretros se alzan:
esta sonrisa funesta
en mis lábios tan amarga;
este corazon de fuego,
todo amor, todo constancia....

Aquil. Así se miente, Cirilo!...
Así se vende y se engaña!...

Cir. Yo mentir!... Puñal hermoso!
Brazo destructor! ¿Qué aguardas
que no lo sepultas ya

mil veces en mis entrañas?

Froi. Ese fuego, ese furor,
esa palidéz infausta;
ese hielo de la muerte,
esa pasion incendiaria;
ese corazon de fuego,
esos tétricos fantasmas,
desparecerán cual humo;
cual resplandor de una llama
que luce, hermosea, brilla,
y un soplo de viento apaga;
y entonces entre tinieblas,
compungida, desolada,
y de un pánico terror
en todas partes cercada,
esclamará....

Cir. Maldicion!
Mal haya el amor, mal haya.

D. Cósme y D. Crescencio van saliendo poco á poco y se colocan, aquel detras de D. Cirilo; y este detras de Doña Casilda.

Casil. (Este hombre es Satanás;
es Lucifer en estampa.)
¿Qué demonio, D. Froilán,
condujo á V. á mi casa
para vencerme, y ahora
dejarme asi abandonada
á mi bárbaro despecho,
sin vida, sin esperanza,
y eternamente esclamando:
«maldiga el cielo á quien ama?
Qué demonio?...

Aquil. D. Cirilo!...

Cir. Hermosa Aquilina! Basta:
no quiero saber ya mas;
harto sé por mi desgracia.
Bello puñal! Muerte bella!...
Casil. Míreme V. á sus plantas.. .

D. Cósme detiene el brazo á D. Cirilo al levantar el puñal, y D. Crescencio se interpone entre D Froilán y Doña Casilda que estará de rodillas.

ESCENA VI.

D. Froilán, Doña Casilda, D. Cirilo, Aquilina, D. Cósme y D. Crescencio.

Cósme. Detente, pobre Cirilo;
triste y ridícula máscara.
Cres. Bravísimo, D. Froilán;
Doña Casilda la fátua.
Cósme. No quiero que en este sitio
sucedan escenas trágicas.
Cres. Levántate ya del suelo,
y enjuga esas feas lágrimas.
Cósme. No te mates; que tu muerte
á pocos causará lástima.
Cres. Mas valiera que guardases
esa tu pasion itálica
para tu pobre marido,
muger demente, lunática,
y que mas honor tuvieras
ya que te precias de cándida,
y conocieras tambien
que eres ya muger escuálida,
hermosa á favor del arte,

para todos enigmática.
Esta noche fué en verdad,
noche para tí muy plácida;
mas piensa que todo ha sido
una ficcion, una fábula;
y tras ficcion tan feliz
vendrá tu desdicha rápida.
Casil. (*á D. Froilán.*) Una y mil veces, Froilán,
maldigo mi suerte bárbara.
Perdióse todo y perdíme.
Cres. Casilda! te vuelves pálida!...
En vano ocultas el rostro
á quien te vió ya sin máscara.
Aunque jóven, Aquilina,
eres en amores práctica;
pero vé que aquí te espones
á mil peligros y sátiras.
Aquil. Defiéndame V., Cirilo.
Cir. Si yo estoy hecho una espátula.
Cres. (*á D. Cirilo.*) Parisien almibarado;
ente de figura clástica;
prototipo de la moda;
almacen de agua aromática;
martirizador eterno;
sinónimo de cantárida;
tonto, vano, presumido,
colmo de ideas románticas;
depósito inagotable
de enfermedades asmáticas;
obsequiador eternal
de ninfas dulces é inválidas,
que ya no puedes mover
esa carcomida máquina:
insaciable sanguijuela

sedienta, fiera, parásita....
Cir. Callará con mil demonios
esa lengua nigromántica?
Cres (á D. Froilán.) Y tú, que penando estás,
la mas triste de las ánimas,
por una muger estúpida,
infecunda, estéril, árida,
próxima á la edad madura,
si no pasa de la lánguida,
que solo remozar puede
bajando á la zona cálida!
¡Oh tú, viviente mortal,
digno de mofa y de lástima;
maniquí con que esa tonta
abulta formas fantásticas!
Dila que no dé en rídicula
por huir de ideas clásicas;
que no es libre, independiente,
ó de sus acciones árbitra:
y aunque lo fuera, el decoro....
el honor que debe....
Froil. Máscara!
Cres. No quiero deciros mas.
Consuélala ahora, cálmala, *(á D. Froilán.)*
que tus acentos sonoros,
tus dulces palabras mágicas,
infundirán en su pecho
la tranquilidad balsámica
que en cierta escena nocturna,
ocurrida en cierta cámara,
ella dijo á otro doncél
que....
Froil. Insolente!
Cres. Bellas máximas

has aprendido, Casilda.
¿Te las enseñó aquel sátrapa
que andaba arañando altares
con hábito y cruz de alcántara,
y te leía novelas,
y con pruebas matemáticas
te hacia ver....

Froil. Hombre chinche,
ó tábano por metáfora!
Calle esa lengua de sierpe,
sangrienta, mordaz, cisnática.

Cres. ¡Oh maridos! Ved qué sois
en esa estupenda lámina.

ESCENA VII.

Los mismos, Doña Ursula y D. Cornelio, que hablan desde el foro. Los demas siguen como agitados en su diálogo. D. Cósme y D. Crescencio se van retirando á un lado hasta que desaparecen de la escena.

Corn. Si supiera quién ha sido
el hereje, el antropófago,
que con insolente audacia
me clavó en la espalda el rótulo,
mira; seria capaz
de hacerle tragar un tósigo.
Pero ves á conocer
á esos fantasmas anómalos,
á un enmascarado, á un hombre
inverosímil, anónimo,
que encima se encaja hablando
en voz de tiple, de acólito,

y manoseando siempre....
Que haya hombres tan indómitos!
que horror! Vamos.... me encocora;
me asesina un ente apócrifo.
Urs. Y no haberlo yo notado!
Pensamiento mas diabólico!...
Corn. Ya decía yo; señor!
estoy hecho un babilónico.
¿En qué diablos me conocen?
Me encendía como un fósforo.
Casil. (A un lado.) Ya lo vé V., D. Froilán.
Esto es insufrible, es hórrido.
Cir. Yo salgo de aquí, y no páro
hasta arrojarme en el Ródano,
y del mar los hondos tumbos
que servirán de sarcófago.
Aquil. Dónde vá V., insensato?
Cir. A morir como un estólido.
Corn. Por S. Juan Nepomuceno;
por S. Pablo y S. Crisóstomo
no los vuelvas á nombrar.
Los he declarado prófugos,
y váyanse por el mundo
como van los apostólicos;
mendigando, que en mi casa
he hecho firme propósito
de no admitirla jamás.
Urs. Cornelio! No estás católico.
Sabes qué dices?
Corn. Pues bien.
He de cerrarla en un sótano,
y verémos si vendrán
esos petrimetres mómios
á trastornarla el juicio

con sus arrullos de tórtolo.
Casil. Yo no veo ante mis plantas
mas que subterráneos lóbregos.
Froil. Pero Casilda!...
Casil. Froilán:
maldigo este amor recóndito;
esta pasion....
Corn. Burricada,
que la hiciera un asnólogo.
Sí señora; y como digo
se debe hablar á un incógnito.
(Reparando en los de la escena.)
Son aquellos, Ursula?
(Adelantándose al proscenio.)
Escelente!... Bravo.
Cirilo.... magnífico!
su frescura alabo.
Furioso, frenético
y fuera de mí....
Urs. Cornelio....
Corn. Flemática:
aparta de aquí.
Parece á V. lícito *(A D. Cirilo.)*
llevarse á una jóven,
y por ir buscándola
que abrumen, joroven
á su padre mísero
en este burdel
dos hombres heréticos
de un modo cruel?
A cosas ilícitas
yo nunca me adapto.
Es V. un prófugo;...
esto ha sido un rapto.

Cir. Por cosa tan frívola
se pica?...
Corn. Me pico.
Es usté un retrógrado;
un farsante, un mico;
casi un energúmeno,
casi un seductor;
un ente ridículo
que atenta al honor
de una jóven cándida....
Cir. Yo soy caballero;
y de un modo impúdico,
ignoble, rastrero,
á una jóven célica,
pura cual la flor,
jamás como pérfido
seduzco, señor;
ni en frases implícitas
sufro se me note....
Corn. Calle V., malévolo;
pedante, quijote,
galo-hispano, díscolo,
hombre femenino....
Aquilina.... Vámonos,
que ya desatino.
Froil. (*A Doña Casilda.*) Está V. oyéndolo?
Ya me lo temia.
Corn. Habrá tal escándalo?
Quién lo sufriría!

Doña Casilda se sienta, cubriéndose el rostro con una mano.

Urs. Y qué culpa, óyeme,
tiene D. Cirilo?

Corn. Quién la tiene, Ursula?
Quién la tiene? Dilo.
Eres tú la díscola? *(A Aquilina.)*
La rebelde? Sí.
Eres hija anárquica
porque huyes de mí,
y con un silvático,
necio pretendiente,
te vas entre vándalos
ilusa, demente;
entre rusos, árabes,
hordas atrevidas,
buscando recónditas
y ásperas guaridas;
entre esos desórdenes,
funestos tumultos,
donde solo escúchanse
sandeces, insultos,
cual los que digéronnos
á los dos há poco,
dos feroces máscaras
que me han vuelto loco.
Eres hija anárquica
porque quebrantaste
mis leyes benéficas,
y á tu antojo obraste;
y por ese báratro,
gérmen de mil males,
discordias domésticas,
muertes maritales....
por esa república,
tumba del candor
é inocencia, víctimas
de un fallo amador....

¡Oh anarquía lúbrica,
temible en verdad,
que en tí es lo pésimo
la inmensa igualdad;
que una esposa máscara,
y un duende galan!...

Urs. No es ella la prófuga.

Corn. Señor D. Froilán:
es V. el único
responsable nato
de tales desórdenes
como candidato,
como par....

Urs. Escúchame:
si no es el señor....

Froil. Oiga V., D. tábano;
oiga por favor.
A mí ningun húngaro
me tacha, me tilda....

(D. Amancio y Ligorio aparecen en el foro.)

Cir. Es antipolítico.

Corn. Mi Doña Casilda....

Casil. (*Levantándose.*) D. Cornelio: déjeme,
y mas no me abrume,
que no está mi pecho
cual V. presume.

Corn. Pues señor, bravísimo.
Mas yo tomaré
medidas enérgicas,
y así evitaré
alarmas, escándalos,
injurias.... qué horror!
bullangas impúdicas....

Lig. Ellos son, señor.

Corn. Y nunca mas máscaras.
Urs. Nos acechan dos.
Cir. Es verdad.
Urs. Cubrámonos.
Froil. Casilda! por Dios!...

ESCENA VIII.

Los mismos, D. Amancio y Ligorio.

Aman. (A Doña Ursula asiéndola de un brazo)
Sígame V., vil muger;
basta de escándalos ya.
Corn. Poco á poco.
Aman. Calle V.
Corn. Cómo que yo he de callar!
Yo puedo....
Aman. Silencio he dicho,
y no me exaspere mas.
Casil. (*A D. Froilan.*) Mi marido!
Froil. D. Amancio!
Huyamos. Noche fatal!
(*Se van Doña Casilda y D. Froilán.*)
Aman. Sígame V. al momento,
muger traidora; procáz;
y conozca quién soy yo
si acaso puede dudar. (*Se descubre.*)
Corn. Suéltela V.
Aman. Yo dejarla!
Corn. Si señor.
Aman. Muger venal!
Corn. No señor.
Aman. Tengo derecho
para exigir y mandar....

Aman. Exigir de mi muger!
Urs. (*Descubriéndose.*) D. Amancio: V. verá
que se equivoca.
Aman. Insensato!
Venga V. (*A Aquilina, empujándola.*)
Aquil. Que me hace mal.
Suelte por Dios.
Aman. No, no es ella.
Maldito, odioso disfráz!
No conocer un marido
á su esposa! En dónde está?
En dónde? Presto, al instante...
Lig. Por ahí los ví escapar.
Cir. Aquí estaban ahora mismo.
Aman. Y el otro, quién?
Cir. D. Froilán.
Urs. Cálle V., necio.
Cir. Ya es tarde.
Aman. Oh incertidumbre! Jamás
te viera yo convertida
en funesta realidad.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA. I.

Ligorio: luego D. Amancio.

Lig. Pues señor, esto está hecho,
y remediarlo no es fácil.
Pecho al agua; que el valor
saca á un hombre de estos lances.
Mas con todo, si supieran
que yo he sido el denunciante,
el moscon que á D. Amancio
del proyecto le dió parte.....
Vírgen de los Afligidos!
Era ya difunto, mártir,
porque así... solo á pellizcos
habian de deshollarme.
Vaya que fué diablura....
Ir mi amo á equivocarse
con la vieja desauciada...
Errata considerable.
Aman. (Saliendo pensativo.) Ligorio?
Lig. Señor? (Qué triste!)
Aman. Ha venido alguno?
Lig. Nadie.

Aman. (Sentándose.) Has hecho lo que te dije?
Lig. Está á punto el carruage.
Aman. Cuidado con el secreto.
Lig. No lo diré aunque me maten.
Aman. A qué hora has dicho.?
Lig. A las dos:
hoy á las dos de la tarde.
Aman. Sin falta?
Lig. Sin falta. Al pronto
puso mil dificultades,
porque tenia que hacer
á Fuencarral un viage,
(á traer nabos sin duda.)
y otro á Vallecas;..... quién sabe
lo que dijo aquel belitre!
Me dijo que no era fácil
tener para aquella hora
dispuestos los rocinantes
que para ir á Toledo
necesita: y dijo el cáfre,
que doce leguas de ida
y doce de vuelta, salen
veinticuatro, que son justas
treinta y dos horas mortales.
Aman. Y qué me importan
todas esas necedades?
Vendrá ó nó?
Lig. Sí; si señor.
Aman. Pues ya has hablado bastante.
Lig. Yo pienso que la señora
tal vez no querrá marcharse.
Aman. Marchará mal que le pese.
Déjame solo.
Lig. Al que llame

le diré.....
Aman. Di que no estoy...
que he salido poco hace.
Lig. Bien está. Si es D. Cornelio,
ese cara de vinagre...
Aman. Lo mismo.
Lig. Muy bien está. *(Se vá y vuelve.)*
Y si acaso preguntase
D. Froilan por la señora...
de un pescozon, á la calle.
Aman. Nada de eso: que he salido.
Lig. Bien está. *(Se vá y vuelve.)*
Si es el farsante
de D. Cirilo..:..
Aman. Que vuelva.
Lig. Si quiere esperar.....
Aman. No se ábre.
Lig. Está bien. *(Se vá y vuelve.)*
Si es Doña Ursula,
que vaya á tomar el aire.

ESCENA II.

Don Amancio solo.

Horrible dolor es ver
su afrenta un triste marido,
y su reposo perdido
por una loca muger.
Horrible dolor ¡Dios mio!
que rasga, devora el pecho,
es llegar al nupcial lecho
y hallarlo desierto; frio.
Y en aquel sitio do un dia
cúmulo halló de ventura,

halla mortal amargura;
parécele tumba fria.
Sueña el hombre que es dichoso,
y dichoso en sueño es;
despierta infelíz despues
de un desengaño horroroso,
y en su ventura soñada
gozaba felicidad,
y al tocar la realidad
queda el alma emponzoñada.
Yo soñaba, aunque despierto
que era dichoso mortal,
hasta que el lecho nupcial
encontré frio, desierto.
Y en aquel tremendo instante,
no hallando á mi esposa en él,
dardo cubierto de hiel
mi seno hirió palpitante.
Quien ama á una hermosa, muere,
pues no es vida el padecer.
Quiere; no quiere querer,
y al fin no queriendo quiere.
Mirára al menos por sí;
mirára por su decoro;
por su honor, rico tesoro,
ya que no miró por mí.
Mas yo vencerme sabré;
pues sé que vencerme puedo.
Ella partirá á Toledo,
y yo aquí la lloraré.
Allá verá bajo el yugo
de su hermano, un juez severo;
un represor justiciero,
sin que sea su verdugo.

ESCENA III

D. Amancio y Ligorio.

Lig. Un parte con mucha urgencia,
mi señor.
Aman. Quién ha llegado?
Lig. Un correo de Galicia:
un posta, un estraordinario;
quiero decir; un gallego
que esta carta me ha entregado.
Aman. Y para quién?
Lig. Para V. (*La dá.*)
Aman. Carta.... sin sello! Veamos
(*Leyendo.*) «Señor D. Amancio Belizar: acabo de saber que vais á remitir vuestra esposa á Toledo, empaquetada en un semi-coche....»
(*Rep.*) Ligorio! Has dicho....
Lig. Yo? No,
no señor. Pero si acaso
lo habré dicho sin querer....
Aman. Imprudente! Deslenguado!...
(*Lee.*) Semi-coche, y sin duda la endosais á su hermano; hareis muy bien. Bueno será tomar medidas estraordinarias en tiempos estraordinarios. Hareis bien en deshaceros de tan preciosa alhaja, y en legarla al de Toledo, porque no es digna de que la lleve por Madrid un hombre tan honrado como vos. Consolaos en que estos tragos son fruto de este siglo romántico, y en que, como suele decirse, mal de muchos, consuelo de tontos. Muchas indigestiones causan las máscaras, y mas en tiempos que las vemos todo el

año, y vivimos en un eterno Carnaval. Siempre se han visto mugeres de grueso calibre; pero en el dia las hay de á treinta y seis.... amantes quiero decir. Los maridos están corriendo tantas contingencias, y es tan grande el presupuesto de gastos maritales, que sobre todo, suelen quedar sobre nada.

Tómelo V. con calma, pues hartas guerras tenemos, y en vez de serviros este fracaso de angustia y de pesar, sírvaos de desengaño, y despreciad, si quereis apreciaros, á esa muger fanática, que todo lo tiene menos juicio, y todo lo es menos digna de vuestro aprecio. Mas si quereis conservar su vida, esto es, que no se mate, haced por alejar de ella toda arma punzante, y ved si lleva consigo algun pomito de móda, que la última coleccion de fátuos y necias usan allá en París. Espresiones á Doña Romántica, antes Doña Casilda, y no olvideis este consejo.

(*Rep.*) Y sin firma!... Buen humor
tiene á fé quien así escribe
anónimos sobre asuntos
que pocas pullas admiten.
Mas todo se sabe ya,
¡oh que escándalo! y se dice...
Y no hay hombre que al torrente
de esas lenguas ponga un dique!..
Este anónimo.... Qué idea!
Si será.... duda terrible!...
Insensato! Y no alcanzaba
de su locura el orígen!
Ligorio?

Lig. Señor?

Aman. Observa

si tu señora recibe
algun recado, y de quién.
Si en su cuarto llega á oirse
algun ruido, llamadme;
y á todo el que venga, abridle.
Lig. Así lo haré. (Contra-órden:
y no hay remedio, á cumplirse.)
Con que á todo el que viniere
abro en vez de despedirle.
Aman. Procurando oir....
Lig. Entiendo.
Para eso soy un lince.
Aman. Dentro.... en mi cuarto estaré. —
Qué estado tan insufrible!
Una lágrima!... Yo lloro!...
Y el peso que el alma oprime
será tal vez.... no mas lágrimas,
ni el dolor me martirice.
Si no es mia la deshonra,
en paz el alma respire;
y de una pasion tiránica,
mezquina, que al hombre humille,
viva yo libre, en reposo;
muera de sus males libre.

ESCENA IV.

Ligorio solo.

Pobre señor! Cómo está!
Lo veo tan triste y pálido .,.
Vea V. qué laberinto:
ese Froilán es un bárbaro.
Ir con mi ama á enredarse,

y sin gastar mas preámbulos,
llevársela por ahí
á dar.... qué ha de dar? Escándalo.
Ya se vé; si ella es tan loca,
y él tan astuto pájaro,
y ella una pájara astuta,
y él un pretendiente zángano,
y ella una zángana crédula,
y él un pifiente aromático,
y ella una gran vanidosa,
y el un pegajoso tábano,
y él y ella, y ella y él,
dos pobres almas de cántaro.

ESCENA V.

Ligorio y Mónica: luego Doña Casilda.

Mónica. (*Desde la puerta del foro mirando hácia dentro.*)
No señora; no está aquí. — Ligorio no mas. — Salió.
Lig. Sí señora, sí; soy yo.
Qué estás hablando de mí?
Hablas con el fraile acaso,
Doña Monástica? A fé....
Casil. (*Saliendo.*) Silencio: retírese.
Lig. Vaya un lastimoso paso. (*Ap.*)

ESCENA VI.

Doña Casilda y Mónica.

Casil. Te dijo en fin, que vendria?
Món. Puede que un punto no tarde.
Casil. Si faltára por cobarde,
no sé del traidor qué haria.
Món. Pero aquí mismo, ó en dónde
quiere V. verle, señora?
Casil. Aquí mismo; aquí, y ahora:
peor será si se esconde.
Ya nada puedo temer,
puesto que infeliz he sido.
Nada ignora mi marido:
sé lo que me resta hacer.
Vete, Mónica, y observa
cuándo viene, y suba presto. *(Se vá Mónica.)*
Qué fin tan triste y funesto
ese mundo me reserva!

ESCENA VII.

Doña Casilda sola.

Qué duro afan! El corazon parece
que amarga espina ó aguijon traspasa:
un fuego fátuo mi cabeza abrasa,
y á cada instante mi tormento crece.
A par cubierta de sudor mortal
toco mi frente que las manos hiela;
y cuando el alma padecer anhela,
el fin me augura de mi horrendo mal.

¿Por qué si el yugo del tirano amor
me rinde á un hombre por mi bien querido,
habré de ser esclava de un marido,
y mas esclava del cruel dolor?
¿Por qué esa injusta sociedad tirana
una pasion reprueba y acrimina,
propia de un alma grande, no mezquina,
blanco risible de la plebe insana?
¿Por qué razon me habré de sujetar,
sacrificando mi ventura y vida,
á esa vil sociedad tan corrompida,
que no comprende ni lo que es amar?
Froilán querido! Por mi amor sublime,
que la voz de los ángeles mas puro,
solo vivir para adorarte juro;
solo el pecho por tí se abrasa y gime.
Y si el hombre, ese déspota feróz,
que encadenar intenta el albedrío,
logra alejar tu corazon del mio,
aquí la muerte encontraré velóz. *(Sacando del pecho un pomito)*
Aquí la veo en el mortal veneno
que encierra el pomo de mi mano asido:
primero que llorar mi bien perdido,
la muerte hermosa verteré en mi seno.

ESCENA VIII.

Doña Casilda y D. Froilán

Froil. Casilda: locura ha sido
hacerme ahora venir.
Qué me quiere V.?
Casil. Huir.

Huyamos de mi marido.
Esto quiero, D. Froilán;
y es preciso, es ya forzoso,
pues mi estado es horroroso,
insufrible....

Froil. Que dirán...

Casil. ¿Qué me importa cuanto diga
el mundo entero, señor,
mientras mi tierno amador
á sus confines me siga?
¿Qué importa que el vulgo necio
sea conmigo procaz,
si su sátira mordaz
Solo me inspira desprecio?
Ya vé V. el compromiso,
que nos ha unido á los dos.

Froil. Doña Casilda! Por Dios...

Casil. No, D. Froilán: es preciso.
No es ya una loca pasion,
frenética, abrasadora;
no es una triste amadora
que gime en dura opresion
la que os pide, la que os ruega
no la entregueis á la muerte,
ni mas amargueis su suerte
cuando á vos, á vos se entrega:
es una muger que huye
de un hombre á quien ha ofendido;
de un infelice marido
cuya ventura destruye:
es una muger perdida,
cubierta ya de baldon,
que os pide su salvacion,
ó que la arranqueis la vida.

partamos ahora mismo;
marchemos, Froilán; sí, sí,
porque veo abierto aquí,
á mis pies un hondo abismo.
Yo no podré soportar
de Amancio justos enojos,
ni ver airados sus ojos,
ni sus quejas escuchar. —
Ya de este tumulto lejos,
que el alma amante abomina,
parece que luz divina
no guía con sus reflejos.
Duda V., Froilán querido?

Froil. Cómo podré no dudar
que al fin me llegue á olvidar
la que olvidó á su marido?

Casil. ¡Qué está diciendo, insensato!
Por qué no me mata el cielo
si adoro á un hombre de hielo,
á un insultador, ingrato?
Cómo olvidaré, señor,
este cariño abrasado,
por los ángeles formado,
que bendice al Redentor?

Froil. V. delira.

Casil. Deliro
por un vil que me engañaba;
que un falso amor me juraba,
y abandonada me miro.
Anoche, sí, me juró
su lábio un amor eterno.
¿Qué demonio del infierno
tal mudanza le inspiró?

Froil. Casilda! Por Dios, señora,

que me aturde ese lenguage.
Casil. Y á mí me irrita ese ultrage,
y me indigna y me desdora.
¿Sabe V., hombre inhumano,
que yo soy capaz de todo?
¿No conoce de qué modo
me está vendiendo, villano?
Froil. No siga V. Ya es preciso
que hable á V. con claridad,
si por temor, es verdad,
permanecia indeciso.
Nunca, señora, creí
que á tal estremo llegase
nuestro afecto, y se trocase
para V. en frenesí:
y aunque jamás negaré
que en amor se convirtió
lo que pasar no debió
de amistad, locura fué.
Mas viendo yo que este amor
pudiera ser mi suplicio,
huía del precipicio
que me llenaba de horror;
y mientras previendo el mal
contra el corazon luchaba,
Casilda! V. se arrojaba
á la desgracia fatal.
En contínua agitacion
frenético amé algun dia,
creando en mi fantasía
dichas que desdichas son.
Por cada instante dichoso
que gozaba en mis amores,
siglos de crudos dolores,

de celos, de afan rabioso,
de inquietud horrible, y luego....
sin juicio.... casi loco....
ni yo mismo sé tampoco
si es hombre quien ama ciego.
Si aquel amor inocente,
lícito á la faz del mundo,
me daba un dolor profundo;
¡qué diera amor delincuente!
De entonces eterna guerra
á toda pasion declaro,
y sus delicias comparo
con los tormentos que encierra.
Tal me enseñó el desengaño:
y aunque disculpo un desvío,
así bailo, gozo, río,
y no me obstino en mi daño.
Los necios de moda luego
llámenme ignorante, bolo;
esos que gustan tan solo
ver las pasiones en juego:
que no previenen el mal
que en la multitud derrama
un descabellado drama,
bárbaro, horrible, inmoral.
De ese mal, de ese contagio
víctima es V., señora;
y si en sí no vuelve ahora,
funesto fin la presagio.

Casil. Yo lo deseo.... al instante.
No viva Casilda mas,
ya que un fiero Satanás
hallo en vez de un firme amante.
Maldito por siempre sea!...

Y ójala suerte contraria....
Froil. Qué dice V., temeraria!
Casil. Y el rayo no centellea
y me sepulta....
Froil. Insensata!
Casil. Y vivo aun! Y esto miro!...
de rábia y dolor no espiro,
y dicen que el dolor mata!...
¿No me sigue V? Responda.
Ya que mi desdicha lábra,
no tema; en mi pecho ábra
herida nueva, mas honda.
Froil. Pero si V. acumula
ideas de destruccion
en su mente, y la razon....
Casil. Mal su traicion disimula,
ó mas bien su corbardía.
Si me sigue ó no pregunto.
Respóndame V. al punto.
Froil. Qué responder! Yo querria
salvar á V.; no perderla;
su opinion no mancillar;
un escándalo evitar,
y calmarla, complacerla.
Qué mas pudiera decir?
Qué mas pudiera querer?
Casil. Lo que yo quiero saber
no es eso: marchar, huir....
Froil. Señora! No tal idea.
Casil. Basta: le entiendo, cobarde.
Tarde le conozco, tarde....
Mas otro mi objeto sea.
Quiero saber solamente
Si me ama ó no todavía.

Froil. Y quién tal preguntaria?
Amo á V. tan tiernamente!...
Casil. Pues bien. La mitad le toca
de lo que encierra esta pomo:
la otra mitad, á mí.
Froil. Cómo!
Pero qué es eso? Mi boca
no lo prueba sin saber....
Casil. Beba, y no pregunte: es bueno.
Froil. Sepa yo qué es.
Casil. Un veneno.
Froil. Y por qué lo he de beber?
Locura! Ni V. ni yo.

Le arrebata el pomo de las manos, y lo arroja al suelo.

Casil. (Dejándose caer en una silla.)
¡Maldicion, cielo inhumano!!
Froil. Bendiga el cielo la mano
que de la tumba os salvó.
Casilda: si ama cual dice,
oiga, y mi voz no desdeñe,
ni así V. misma se empeñe
en ser por siempre infelice.
Yo la querré, sí; lo dije:
seré su mejor amigo,
si que me estime consigo
cual su propio estado exige.
Mas es fuerza reparar
de su marido el agravio,
y francamente mi labio
nuestro error le vá á pintar.
Casilda!... No desconfíe

de un esposo que la amó;
de un amigo como yo,
y ese delirio desvíe.

Se acerca á la puerta del foro, y llama á media voz.

Mónica, Mónica: ven. —
No perdamos un momento. *(Ap.)*
Casil. Qué suerte! oh Dios! qué tormento!
(Sale Mónica.)
Froil. *(A Mónica.)* Dentro.... con cuidado.
Món. Bien.
Vamos, señora.

(Levantándola, y apoyándola de un brazo.)

Casil. Dios mio!
Dios mio! Dios mio! Vamos.

Dirígense á la puerta de la izquierda: D. Froilán la acompaña, sosteniéndola del otro lado. Al entrar, sigue, mirando á D. Froilán.

Froilán! Y nos separamos
quizá hasta el túmulo frio!

ESCENA IX.

D. Froilán solo.

Pues señor, terrible ha sido
el tal compromiso á fé.
Viéndolo estoy, y no sé
cómo tan bien he salido,

que muy serio el lance fué.
Una muger sin constancia!...
Incomprensible!... No hay hombre
que la oiga y no se asombre.
¿Si querrá, por petulancia,
dejar en Madrid renombre?

ESCENA X.

D. Froilán y Ligorio.

Lig. Mónica: mira....
Froil. Qué es eso?
Lig. Queria avisar.... decir....
Nada, D. Froilán, no es nada....
Que D. Cirilo está ahí.
Froil. Qué me importa? — Y D. Amancio?
Lig. No ha salido de Madrid.
Froil. Pregunto que en dónde está,
solapado mandarin.
Lig. Yo solapado? No á fé.
Juro que nunca lo fuí.
Froil. Quiero verle; y al instante.
Lig. Si V. supiera.... ¡infeliz!
como está dentro. .. en su cuarto....

(D. Froilán se vá por la puerta de la derecha.)

Bien. Vaya un modo sutil
de colarse por las puertas.
Ese hombre es un delfin.
Pero señor: nada sé,
y nada he podido oir
de cuanto hablaron.... Mas, ¡hola!

Ya entra D. Figurín.
Pues yo he de saber.... ¿En dónde
me ocultaré? Bueno: aquí.
(Se oculta bajo la mesa.)

ESCENA XI.

D. Cirilo, y Ligorio oculto.

Cir. Tampoco hay nadie!... Los tragó el averno?
Qué demonio; qué víbora infernal
se oculta en esta casa!...
Lig. Ya me ha visto!
Vírgen de Atocha!
Cir. (*Sentándose, y apoyándose en la mesa que oculta á Ligorio.*)
Mi pasion fatal
solo desprecio á la tirana inspira.
Está muy bien. Mi corazon rindió,
y ha de quererme, ó perecer conmigo,
ya que mis penas de mi lábio oyó,
y me escuchaba con mentido agrado
nacer haciendo la esperanza en mí;
muera la infame al espirar su amante,
despues que sufra lo que yo sufrí.
Este puñal es bueno! punta aguda....
(Lo clava en la mesa.)
Lig. Ay!!
Cir. Bien templado; fuerte: no hará mal.
Con la misma dulzura que en el pecho
se clavaría en duro pedernal.
Pero sentir aquí la hoja helada!
aquí, en el corazon su frialdad!...
Esto es horrible, aterrador, tremendo:

no hay valor para tanta crueldad.
Lig. Ay ! ay !
Cir. Vuelva á la vaina.
Lig. Sí, á la vaina.
Cir. Esta pistola.... sí ; será mejor.
Lig. Ay, si no tiene vaina la pistola !
Cir. Rápida muerte sin sentir dolor !...
Una cabeza que delirios sufre,
cuyo cerebro consumido está,
si no la arrojan abrasado plomo
nunca cobrada su salud verá.
Lig. Modo admirable de curar cerebros ! (*Oculto.*)
Cir. Y no he de ser felíz ? suerte feróz !
¿ Por qué razon el ángel de mi dicha
ha de causar mi desventura atróz ?
¿ Por qué no ha de sentir como yo siento,
y abandonado á mi pasion fatal,
ha de robarme la cruel que adoro
un amor, una vida celestial ?
¿ Qué demonio, qué espíritu maligno
se oculta en donde quiera que yo estoy,
y en donde quiera me persigue y oye,
y triste presa de su furia soy ?
Lig. Santísima María !
Cir. (*Levantándose, y dando con el pié un golpe en el suelo.*
Sal ahora;
no te ocultes, fantástica vision.
Desafío á la suerte y al infierno.
Maldicion al que amára !....
Lig. S. Anton !

ESCENA XII.

Los mismos, D. Cornelio, Doña Ursula y Aquilina.

Corn. (*Saliendo á Doña Ursula.*)
Ello al fin ha de llegar,
porque es un lance honorífico;
y á un hombre honrado, pacífico
satisfaccion se ha de dar.
¿Ahí está D. Figurín?
Nunca he sido yo profético:
pero creo que ese herético
ha de tener un mal fin.
Urs. No callarás, papagayo? —
D. Cirilo.... Oh, qué pálida
tiene la cara! Qué excuálida!...
Le dió á V. algun desmayo?
Cir. No señora, no. Tal vez....
Este color es simbólico.
Me siento muy melancólico,
efecto de sensatéz.
Corn. Oh! Su fibra, segun sufre,
es muy sensible partícula;
y en llegando la canícula
se enciende como un azúfre.
Lig. Ay rodillas! En qué potro
sufrís dolores reumáticos!
Por oir á esos flemáticos
juro no meterme en otro.
Corn. Cómo que no? Si señor:
se remedia remediándolo;
que despues de tal escándalo

quiero acrisolar mi honor.
V. me sedujo á mí:
me vendió de un modo implícito;
y ahora parece lícito
que así me acrisole, así:
diciendo que yo no he sido
el....

Cir. Ya me va dando vómito
con....

Corn. V. es un indómito
que ya me tiene aburrido.

Cir. Pues tambien me aburro ya.

Urs. No se acabará este artículo?

Corn. V. me ha puesto en ridículo,
y á D. Amancio dirá....

Cir. Déjeme V.: nada digo.

Corn. No ponga ningun obstáculo;
que si quiero, hasta cenáculo
tendrá que venir conmigo.

Urs. Pero si el señor no quiere....

Corn. Quiere que me vuelva ético.

Cir. Y V. me ha puesto frenético.

Aquil Papá: si alguno lo oyere....

Corn. Está bien. Ahora evito
alguna escena dramática.
Le dejo. — Muger lunática: (*á Doña Ursula*)
Aquilina: á ese maldito
no hay que decirle palabra.
Huyamos de un catecúmeno,
y así encuentre un energúmeno,
á ver si lo descalabra.

D. Cornelio y Doña Ursula se van por la puerta de la izquierda: Aquilina los sigue, y D. Cirilo la detiene al salir.

ESCENA XIII.

D. Cirilo y Aquilina.

Cir. Un momento, Aquilinita.
Aquil. Suélteme V., ó mentecato.
Cir. Oigame V., ó me mato;
me ahorco. Suerte maldita!
Aquil. Suélteme he dicho. No vé?...
Cir. Qué la esperan allá dentro?
Pues á mí me aguarda el centro
de la tumba por usté;
por ese horrible desdén,
mas horrible que la muerte;
mas que el furor de la suerte,
mas que el infierno tambien.
Lig. Este es el mismo cantar:
es un paso de agonía.
Aquil. Repito que el alma mia
no puede querer, amar,
á quien ama de ese modo;
á un hombre sin raciocinio;
todo ideas de esterminio;
descabellamientos todo.
Cir. Qué dice V., Aquilina!
Aquil. Que me cansan necedades.

D. Cirilo se vuelve al otro lado al decir el verso siguiente, y Aquilina se vá por donde su padre.

Cir. Angeles! Puras deidades!
no escucheis su voz divina.
Oh encantadora!... Qué es esto?

Huyó.... Maldicion! Oh abismo!
Abrete pronto, ahora mismo,
y traga un amor funesto!

ESCENA XIV.

Ligorio: luego D. Cósme y D. Crescencio.

Lig. (*Asomando la cabeza, y santiguándose.*)
Jesus, María y José.
No queda ningun demonio? (*Saliendo de bajo la mesa.*)
Ay Dios mio! Ya he pasado
las penas del purgatorio.
Nunca, en mi vida hice
mas cruces en este rostro,
que en el tiempo que he pasado
en ese maldito potro.
Qué le diré á D. Amancio?
Que haga traer el hisopo,
y despues de bendecirme
hablaremos del negocio:
pues yo no sé cómo estoy,
ni cómo ando, ni cómo....
San Isidro! Quién será?
Cres. (*A D. Cósme saliendo.*)
Aquí está nuestro Ligorio.
Lig. No diría yo otro tanto.
Está para mí dudoso
si estoy aquí, ó no estoy,
ó si soy ya del demonio.
Cósme. Seas por fin de quien fueres,
no nos importa un madroño.
Cres. Por Casilda preguntamos,

por Froilán... y por los otros.
Lig. Allí dentro... *(Señalando á la izquierda.)*
Cres. Allí está ahora
el salon del Capitolio?
Bravísimo. Vamos.
Cósme. Vamos.
Cres. ¿Sabes si vino, hace poco,
un gallego y entregó
á tu amo un emboltorio?...
Lig. Una carta?
Cósme. Sí: una carta.
Lig. Yo la recibí de él propio,
y aquí la leyó el señor.
Cres. (A D. Cósme.) Escelente! Lance hermoso.
Cósme. Vamos dentro.
Cres. Allon.
Cósme. Allon.
Lig. Vayan con alon. ¡Qué tontos!

ESCENA XV.

Ligorio solo.

Pues señor, bien. Esta casa
parece casa de locos.
Qué laberinto! Qué enredo!...
Pero entretanto no cómo.
Comer! comer! esta Mónica
ha cerrado el dispensorio,
y estos sustos, sin comer,
no los aguanta mi estómago.

ESCENA XVI.

D. Amancio y Ligorio.

Aman. Dí á tu señora que salga,
y que yo la llamo dí.
Lig. Están D. Cornelio, y....
Aman. No hay D. Cornelio que valga.
Dila que la espero aquí.
Lig. D. Crescencio preguntó
por la carta del gallego.
Aman. Eso ha preguntado? (Luego
sabrá.... ó el mismo escribió
aquel satírico pliego.)
Marcha, y haz lo que te digo. *(se vá Ligorio.)*
Todo lo descubro; todo.
Para insultar de este modo
á un hombre honrado, á un amigo,
es preciso estar beódo.
Veamos cómo respira
esta muger tan ilusa:
veamos si aun rehusa
la razon, y si aun delira
su fantasía confusa.
D. Froilán dice muy bien:
no es en todo criminal.
Otra imprudencia fatal,
que tarde los hombres ven,
es la causa de mi mal.

ESCENA XVII.

D. Amancio y Doña Casilda.

Doña Casilda se pára antes de llegar á D. Amancio, haciendo un estremo involuntario al verle, y desde allí le habla hasta que la abraza: hasta entonces no la dirige ninguna mirada D. Amancio.

Casil. Despues de horas tan largas
cual las del tormento son,
vengo á escuchar con razon
reconvenciones amargas.
Me llama V. y obedezco
sin que repliquen mis lábios;
mas antes que en sus agravios,
repare en lo que padezco.
Aman. Lejos ya de atormentarnos,
la doy su felicidad.
Viva V. en libertad,
pues es fuerza separarnos.
Este yugo es insufrible
para una muger del dia:
sin amante, pasaría
por necia, tonta, insensible.
Esto es muy clásico, sí.
El honor.... Duende fingido!
Ser casada sin querido,
y querer sin frenesí...
Casil. No olvide V. lo que dije.
Estoy padeciendo mucho.
Prosiga V. que ya escucho,
si tal espiacion exige.

Aman. Tanto sufre V., señora?
Casil. Estoy probando el tormento
de un vano arrepentimiento,
del error que me desdora:
estoy sufriendo el horror
del profundo precipicio,
donde nécia, sin juicio,
iba á hundirme con mi error.
Y un rayo de luz hermosa
reflejó en el alma mia,
y allá de mi fantasía
disipó niebla espantosa.
El porvenir que mis ojos
veían lleno de flores,
es ya porvenir de horrores,
lleno de zárzas y abrojos.
Loca en mi mente forjaba
ideas de dicha pura,
y por hallar la ventura
de la virtud me alejaba;
cual si ventura existiera
sin la virtud y la paz,
en una pasion faláz
aunque criminal no fuera.
Esa potente pasion
es un cruel enemigo:
yo lo llevaba conmigo,
porque está en el corazon.
Y aunque afanaba en mi daño
por mi ventura ideal,
no ví do estaba mi mal
hasta que ví el desengaño.
Ideas de horror y muerte,
de suicidio concebí;

al fin, señor, las vencí,
y las detesto por suerte.
En pocas horas de error
he padecido infinito;
y si llegára al delito,
¡qué no sufriera, señor!
Despues de horas tan largas
cual las de tormento son,
no sufra, aunque con razon,
reconvenciones amargas.

Aman. No. Mas vá V. á partir
ahora.

Casil. Adónde?

Aman. (*Levántandose.*) A Toledo.

Casil. No, D. Amancio; no puedo:
antes á sus pies morir.

Aman. Señora! está decidido.
Levántese V. del suelo.

Casil. (*Levántandose*) Si jurase por el cielo;
por los males que he sufrido,
vivir en paz con mi esposo;
evitar.... hasta un desliz,
ser solo con él feliz
y velar por su reposo;
formar con él nuevos lazos,
sin locura, sin doblez,
¿me negaria otra vez
su confianza, sus brazos?

Aman. (*Abrazándola.*) No, Casilda: fué ilusion....
Amancio no te deshecha.
¿Qué mas prueba si te estrecha
en su pobre corazon?

Casil. No broten mis ojos llanto,
y gocen dias serenos.

Oh! La virtud cuesta menos.
Una falta.... cuesta tanto!
Bastó á hacerme criminal
mi ingratitud, mi desdén:
tú me hiciste mucho bien;
lo retribuí muy mal.
No me interrumpas ahora,
que ya voy á concluir.
Quiero, Amancio, despedir
esa gente detractora.
No en mi casa mas amigos,
bailes, juegos, ni motin,
pues vienen á ser al fin
injuriosos enemigos.
Y esos infernales dramas,
cebo de la imbécil plebe,
que entre la ceniza leve
ocultan vorazes llamas,
lejos, bien lejos de mí....

Aman. Basta, Casilda; no mas,
que escuchándote me das
mayor bien del que perdí.
Insensata la muger
que en tormentosa inquietud,
sin la paz de la virtud
venturosa juzga ser!

ESCENA XVIII.

Los mismos, D. Crescencio y D. Cósme.

Cres. (*A D. Cósme.*) Sí, volveremos mas tarde.
Aman. O no volverán jamás.
Cres. Hola, D. Amancio.... V.

con nosotros no hablará.
Aman. Con ustedes hablo, sí.
Cósme Pero qué causa....
Aman. Qué causa?
Al momento lo sabrán.
(Enseñándoles el anonimo.)
¿Quién ha sido de los dos
el que tuvo la bondad
de hacerme este fino obsequio,
ciertamente original?
Un anónimo. La letra
bien trasformada no está.
Cres. Yo protesto....
Cósme Yo tambien.
Aman. *(Rompiéndolo.)* Es en vano protestar.
Cres. Por mí, repito.....
Cósme. Repito.
Aman. Dos repeticiones mas?
Si esa turbacion lo dice;
¿por qué pretenden negar?
Cres. Doña Casilda ....
Casil. Lo mismo
Doña Casilda dirá.
Cres. Es decir, que nos vayamos.
Casil. Así... una cosa igual.
Es decir, que se retiren.
Cres. Está muy bien. Retirar....
por escalones, no es esto?
ó á escape de gavilan?
Aman. Váyanse ustedes al punto,
y bromas á un lado ya.
Cres. Corriente, señor; corriente.
Puede V. disimular....
Cósme. Yo pienso que no hay por qué.

Aman. A la calle si no hay.
Cres. Aquí quedamos cesantes:
esto se llama cesar.

ESCENA XIX.

Doña Casilda y D. Amancio: luego D. Cornelio, Doña Ursula, Aquilina y D. Cirilo por la izquierda, y D. Froilán por la derecha.

Aman. Habrá insolencia mayor?
Pues no lo han tomado á broma?

Salen D. Cornelio y demas: Aquilina y D. Cirilo quedan junto á la puerta hablando aparte.

Corn. (Saliendo.) D. Amancio: con qué afan,
con qué anhelo, qué zozobra;
buscaba á V. para hablarle
de lo que exige mi honra!
Es fuerza de un modo esplícito
disipar la turbia sombra
que en mi conducta moral,
política, y religiosa,
haya podido dejar
la ocurrencia que no ignora:
conducta que he conservado
clara, como luz de antorcha,
desde mi niñéz lejana,
cuya fecha es muy remota.
No crea V., D. Amancio,
que de una manera ú otra,
he tenido parte alguna
en la marcha tortuosa,

de la espedicion de anoche,
intempestiva é impropia,
clandestina, si V. quiere,
que á un hombre honrado abochorna.
Fuí engañado, seducido,
por mi consorte, mi esposa,
y por ese urangutan *(A D. Cirilo.)*
á quien mi honor no perdona.
Fué una emboscada, señor,
una sorpresa horrorosa,
que no puede perdonar
un antiguo patriota....

Aman. Basta; no mas, D. Cornelio.

Corn. Es preciso que V. oiga
la vindicacion solemne
que yo debo hacer ahora....

Aman. Todo ha terminado ya,
y nada, nada se nombra.

Aquil. (Separándose de D. Cirilo, y acercándose á Doña Ursula.)
Vaya V. en hora buena;
ya me irrita, me encocora....

Corn. Qué es esto?

Aquil. Nada, no es nada.

Corn. Señor D. Cirilo: sobran,
no digo bastan, motivos,
razones muy poderosas
para abochornar á V.
por su conducta alevosa;
por su necedad ridícula,
y su locura notoria.
Ya sé las atrocidades,
las bárbaras intentonas
que feróz con mano armada,

con puñal y con pistola
inventa contra Aquilina,
mi hija única y propia.
Cir. (Qué demonio le diria...)
Corn. V. en vano se encona;
V. se subleva en vano
contra una jóven hermosa,
que no es capáz de quererle,
y le aborrece y le odia.
Lo aseguro por saberlo,
y lo sé porque me consta.
Urs. Pero Cornelio: por Dios...
Corn. Calle V., Doña Cotorra. —
Bien puede mudar el campo
allá á Bélgica ó Moscovia,
con toda su artillería
y demas armas dañosas,
que cuanto mas lejos páre,
mejor andarán mis cosas.
Le advierto que habrá asonada
si por mi casa se asoma,
sagrado de mi familia,
que ningun audáz vióla.
Váyase á que le conjure
el Santo Padre de Roma,
si por un maligno espíritu
esa furia no abandona;
y si es delirio mental,
que le sangren de las corvas.
Déjenos vivir en paz
como viven las personas,
y no maldiga y reniegue
por fantasmas que se forja.
Pues esta hija que hube

con esa esquiva marmota,
no está para darse á perros,
como V. mismo no ignora;
y por tanto, con V.
no será mártir esposa;
y hasta que encuentre un marido
honrado, pero no de moda,
sensato, prudente y fino,
que mundo y amor conozca,
siempre vivirá doncella;
será celibata, moza,
soltera, y si esto no fuere
será lo que Dios disponga.

Cir. No respondo cual debiera
á palabras injuriosas,
porque V., pobre retrógrado,
mas antiguo que la historia,
no es capáz de comprenderme;
de conocer cuán grandiosa
es esta idea sublime
de amor, de vida, de gloria,
que en fuego fátuo me abrasa,
y en alto ser me trasforma.

Aman. No es V. mal pobre fátuo.
No arroje ya de esa boca
mas barbarismos enormes,
mas necedades odiosas,
y de los hombres sensatos
á la irrision no se esponga.
Sírvase V. hasta entonces
no pisar estas baldosas.

Cir. Con que tambien me despide....

Corn. Despedirle? Se equivoca.
Eso es decir que se vaya;

que se alargue viento en popa.
Cir. Doña Ursula.... Aquilina....
Doña Casilda.... Señoras!...
Y qué responden ustedes?
Urs. Que siento mucho esta mofa.
Aquil. Yo repito lo que dije.
Casil. Si en esto no se conforma,
váyase á tomar los aires
de Venecia ó de Borgoña....
Cir. Perfectamente! Me voy,
y hasta París ó Liorna
no páro, por no escuchar
blasfemias tan horrorosas.
A Dios, belleza de mármol;
á Dios, corazon de roca;
muger insensible, yerta,
cual de tumba fría losa.
De mi plácida venganza
pronto sonará la hora. (*Se vá*)
Corn. Vaya V. con Dios, amigo,
y él en su gracia le acoja.

ESCENA XX.

Los mismos y D. Froilán.

Froil. Felíz mil veces, señora,
el hombre conciliador,
que á la dicha y al honor
consigue volverla ahora.
Felíz yo que el parabien
me doy á mí mismo, sí;
pues si causa de un mal fuí,
soy ahora autor de un bien.

Aman. Nunca, Froilán, lo pensé.
V. lo es todo, es verdad;
mas le debo mi amistad
por su estrema buena fé.
Sin embargo, por si acaso
se digera....
Froil. No prosiga;
pues sé, sin que V. lo diga,
cómo debo dar un paso.
Corn. Lo estás oyendo? Ya oyes,
consorte desconcertada.
Si haces alguna trastada,
enmiéndala, no la apoyes;
no quieras tener razon
en todo, y erre que erre;
pues la muger, cuando yerre,
enmiéndolo en paz, y *alón.*
Urs. Pues Cornelio corneliado....
Aquil. Mamá: todo se concluya;
y, por Dios, jamás se arguya
por deslices que han pasado.
Corn. Paz octaviana: corriente.
Urs. Corriente; paz octaviana.
Corn. Lo dices de mala gana?
Aman. No hablar de eso es mas prudente.
Casil. Señores; la discusion
demasiado se prolonga.
Yo debo ser la que ponga
término á toda cuestion.
D. Froilán, mucho le debo
con deberle mi quietud.
Amancio, de la virtud
aquí las delicias llevo. (*Señalando el corazon.*)
Cuál un momento de error

suele por desgracia ser,
mayormente en la muger,
de mil males precursor,
así unos cortos momentos
de luz y de desengaño,
suelen prevenir el daño,
y evitar muchos tormentos.
Frenética, deslumbrada,
ni aun sabiendo que hallaría,
trás una dicha corría
de infortunios enlutada:
y un hombre y una esperiencia,
cerca de abismo profundo,
me enseñaron qué es el mundo;
lo que vale la inocencia;
qué tormento llega á ser
una agitada pasion;
la quietud del corazon,
es la vida, es el placer.

CATALINA HOWARD,

DRAMA EN OCHO ACTOS,

ESCRITO EN FRANCÈS

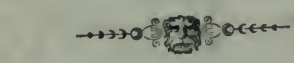
POR

M. ALEJANDRO DUMAS,

Y

TRADUCIDO EN ESPAÑOL.

SEGUNDA EDICION.



Barcelona:

IMPRENTA DE I. ESPIVELL,

1842.

PERSONAS.

El rey Enrique octavo.
Lord Ethelvood.
Catalina Howard.
La princesa Margarita.
El conde Sussex.
El arzobispo de Cantorbery.
El conde de Norfolk.
El gran Chambelan.
Sir Scot de Thirlstane.
Jacobo Fleming.
El presidente de la cámara de los Pares.
El Verdugo.
Un Ujier.
Un guardia la Torre de Lóndres.
La duquesa de Rokeby.
La duquesa de Oxford.
Pajes del Rey.
Un paje del duque de Dierham.
Caballero. – Damas de honor. – Guardia del Rey. – Caballeros escoceses. – Un capitan de la guardia. – Gentes del pueblo. – Heraldo del Tribunal. – Un pregonero.

La época es en 1542.

La escena pasa en Inglaterra, parte en el palacio de White-Hall, y parte en una casita inmediata al Támesis.

ACTO PRIMERO.

SIR SCOT DE THIRLSTANE.

Sala de recibimiento del Palacio de White-Hall.

Escena. 1.

El lord CHAMBELAN, *aguardando que el Rey se levante. El duque de* NORFOK. *Sale luego sir* TOMAS GRANMER, *arzobispo de Cantorbery.*

Duq. Sir John?

Lord. Señor Duque?

Duq. ¿En dónde está ahora Su Gracia?

Lord. En su gabinete con el gran Canciller.

Duq ¿Se sabe si ha habido variacion en el ceremonial de esta mañana?

Lord. No se ha variado nada.

Duq. Me alegro de esta noticia: aguardaré que salga el Gran Canciller. Tengo el honor de saludar el señor arzobispo de Cantorbery. *(Sale el arzobispo.)*

Arz. El cielo os guarde, Milord.

Duq. ¿Qué noticias tenemos de la corte de Roma, señor Arzobispo?

Arz. Y de Escocia, señor teniente jeneral?

Duq. ¿Continuamos siempre indispuestos con el Papa?

Arz. ¿Siguen las mismas desavenencias con el Rey Jacobo?

Duq. Estamos siempre tan mal avenidos como san Miguel y el diablo. ¿No sabeis que el Rey volvió ante ayer de York, despues de haber estado allí seis dias, aguardando inútilmente al calavera de su sobrino, quien envió por fin á decirle que no iria, no sé con que frívolo pretesto? Lo cierto es que Su Gracia ha vuelto á Lóndres hecho una furia.

Arz. Siento tener que deciros que las noticias de Roma son tan poco lisonjeras como las de Escocia.

Duq. Seguimos escomulgados como siempre. ¿No es eso? Tanto el Rey como el reino entero, la nobleza y el pueblo.

Arz. No hay duda; pero nada le quedamos á deber al vicario de san Pedro; pues una junta de nada menos que diez y nueve prelados y veinte y cinco doctores acaba de declarar ayer la dominacion del Papa enteramente nula; y no se le reconoce mas potestad que la espiritual, ni mas atributo que el de obispo de Roma; al mismo tiempo que hemos proclamado jefe supremo de la relijion al rey Enrique octavo de Inglaterra. Mucho receio, Milord, que esta determinacion equivalga á una declaracion de guerra al rey Jacobo, y de guerra de muerte.

Duq. Sin embargo no será muy peligrosa para nosotros; pues los rayos del Vaticano no tienen ya bastante fuerza para derribar tronos.

Arz. La tienen aun para encender hogueras.

Duq. *(Con aire sombrio.)* Debiendo añadir que el viento guerrero que sopla de Escocia, es el mas á proposito para avivar la llama. ¡Ah señor Jacobo! Vos sois el apoyo de la escomunion de Roma, y esta el pretesto de vuestra declaracion de guerra, porque

no hay duda que vuestro casamiento con María de Guisa, y el aceptar el título de defensor de la fé que os ha dado Pablo tercero, son una verdadera declaracion de guerra al rey Enrique.

Lord. Callemos, Milord. Oigo hablar à Su Gracia.

Duq. La princesa Margarita se adelanta.

Arz. ¿Sabeis quien es el jóven caballero que viene con ella?

Duq. Es el conde de Sussex, recien llegado de Francia para tomar posesion de la herencia de su difunto padre, y ocupar el pùesto que acaba de dejar vacante en la cámara alta.

Escena II.

DICHOS, *la princesa* MARGARITA, *el conde de* SUSSEX, *damas y caballeros do la princesa.*

Sus. La duquesa de Etampes, la primera vez que la ví en la corte de Francisco primero, llevaba un vestido de la misma ropa que V. A.

Marg. Nó teneis mala memoria, Milord; y si Su Gracia, nuestro hermano y rey, lo permite, os podemos nombrar director del tocador de la princesa Margarita. En efecto, este vestido acaba de venir de Ultramar, habiéndole recibido Enrique entre otros varios regalos que le ha hecho en prenda de su amistad; y con el mismo título me lo ha dado á mí. A dios, señor arzobispo de Cantorbery: Milord duque, adios. *El Arzobispo y el Duque hacen una reverencia.*

Sus. (*Saludándol s ligeramente.*) ¿Decis que

ha sido en prenda de su amistad? Mucho lo siento, Señora; pues de acuerdo con los señores de Montmoreney y de Guisa, nos lisonjeábamos de que esta amistad no seria muy duradera.

Duq. ¿Quisierais acaso, señor Conde, indisponernos con Francia?

Sus. Se hará todo lo posible para conseguirlo, señor Teniente jeneral. Nuestros vecinos se acuerdan demasiado de la jornada de las espuelas; y el apeadero que el rey Enrique conserva todavía en Calés, les hace creer que no tardará mucho en pasar el mar otra vez, para ofrecerles el desquite.

Duq. Desgraciadamente, Milord, presumo que el Rey se ocupa actualmente en asuntos que no le permitirán tomar parte en vuestras miras políticas, á pesar de las profundas ventajas que presentan. Sin embargo, pueden muy bien hacer la travesía del mar los señores de Montmoreucy y de Guisa á su vez, y soy de parecer que dos espadas de tanto valor y lealtad como las suyas no hallarán mala acojida hoy dia en la corte del rey Jacobo; y como creo poder contaros en el número de los gefes del ejército que voy á conducir á la frontera, no dejaréis de aprovechar tan buena coyuntura, para renovar á orillas del Twide el conocimiento entablado con vuestros amigos en las del Sena.

Sus. Así será, señor Duque, á no impedirlo Dios ó Su Gracia. Dice un antiguo proverbio que siempre que dos espadas brillan al sol en nuestra isla, no hay mas que mirar el costado del conde de Sussex, para encontrar una de las dos vainas vacías.

Arz. Tan antiguo es el tal proverbio que son ya muy pocos los que se acuerdan de él.

Sus. A haberme encontrado yo en Inglaterra,

cuando el proceso de la desgraciada Ana Bolena, hubiéraseles vuelto á la memoria á nuestros ingleses; y seguramente habria sido mejor; no digo por el honor de mi apellido, que á Dios gracia no necesitaba de este nuevo blason, sino por el del rey; mi señor y vuestro, á quien puede que hubiese evitado una mancilla.

Arz. Si mal no os comprendo, Milord, quereis significar que hubierais prestado vuestra defensa á la reina.

Sus. Eso mismo, y de dos maneras.

Arz. ¿Pueden saberse?

Sus. Una: de palabra en el parlamento.

Arz. ¿Y si Su Gracia os hubiese impuesto silencio, como á mí?

Sus. Otra: con mi espada en el campo.

Marg. Olvidais, Milord, que estais hablando de Enrique, vuestro rey, delante de mí que soy su hermana....

Sus. Perdonad, Princesa; pero estábais tan distraida que se me figuró que no podriais oirme.

Marg. Desde que el cielo se dignó conceder á mi hermano la gracia de tener un hijo, y perdí toda esperanza de heredar el trono de Inglaterra, he cesado de ocuparme de política y guerra. A no ser eso, hubiera escuchado con sumo interes la belicosa disputa que habiais entablado con el señor Arzobispo.

Sus. ¡Oh! Si lo que acabo de decir, á pesar de su poca importancia, lo hubiese proferido otro sujeto que yo pudiera nombraros... tal vez V. A. seria en este instante una rebelde; porque mucho recelo que para enteraros de los asuntos de guerras y política, no os hubierais acordado ni aun de la existencia de vuestro sobrino, el príncipe Eduardo.

Marg. Ignoro, Milor, si la hermana de Francisco primera permitiria en sú presencia semejantes conversaciones.

Escena III.

DICHOS, *un* UJIER, *y luego Milord* ETHELVOOD.

Ug. Milord Ethelvood, duque de Dierham. (*Vase.*)

Eth. (*Sale.*) Señora princesa, señores...

Sus. Muy oportunamente venis, Milord, para abogar por mí en una causa que estoy cerca de perder ante el tribunal de S. A.

Eth. Os dirijis mal, Conde: pues me hallo en el caso de tener que implorar gracia para mí mismo. Sé que llego bastante á tiempo para ofrecer mis homenajes á Su Gracia; pero demasiado tarde para ponerme á los pies de Su Alteza.

Marg. Mas facilmente se perdona á veces á los ausentes que los presentes: la ausencia, Milord, no lleva consigo mas que una sola acusacion, la del olvido.

Eth. Sabeis, señora, con cuanta injusticia se quisiera hacer recaer sobre mí. La confusion ocasionada por los enviados de Escocia, y el inmenso jentío que les rodea, me han detenido, mal de mi grado, á la puerta de palacio.

Duq. ¡Cómo, Milord! ¿Allí están?

Eth. Aguardando audiencia de S. G. (*Se oye griteria y ruido de gaitas.*)

Sus. ¡Ola! Parece que nos están dando música.

Duq. Son los gritos de guerra y la marcha de los Maclellandos.

Sus. Nuestro teniente jeneral es, Señora quien merece el cumplimiento que me estabais dirijiendo; pues si no me equivoco, tiene todavía mejor memoria que yo.

Duq. Creed á un viejo militar, Milord. El que ha oido una sola vez esta marcha y estos gritos en el campo de batalla, no puede dejar de reconocerlos jamas; y puede que venga ocasion en que os desperteis sobresaltado, creyéndoos perseguido por ellos en vuestros sueños.

Marg. (*A Ethelwood.*) Esa música salvaje y esa gritería me asustan. (*Se apartan á un lado.*)

Joh. El Rey, Señores. (*En este momento el rey abre violentamente la puerta de su aposento, y escucha sin hablar.*)

Escena. IV.

DICHOS *y* ENRIQUE *con los brazos cruzados.*

Enr. Por san Jorje! ¿No oisteis, señores?... ¡O es un sueño la marcha guerrera y el grito escoces en la plaza del palacio de White-Hall!

Sus. ¡Tantas veces oyeron ellos los clarines ingleses en la del de Hirling, que!...

Enr. Es mucha verdad, Conde; pero no tocaron jamás, como estos, una tonada capaz de hacer salir á los difuntos de sus propios sepulcros. Mirad, mirad: hasta mi viejo alquimista Fleming sale de su laboratoria, temblando, para preguntarnos si lo que acaba de oir es la trompeta del juicio final.

Flem. Señor!... *(Levantando con la cabeza la tapicería de una puerta baja y abovedada, y mirando á todos lados.*

Enr. *(Riendo.)* Esto no es nada, mi viejo profeta... nada mas que los ahullidos del zorro escoces, que intentan sofocar los bramidos del leon de Inglaterra. Primo Morfolk, que entren esos vaqueros montañeses, y al mismo tiempo preguntad á nuestros trompetas si se acuerdan todavía de la marcha de Floddem. (*vase Norfolk.*) Buenos dias, hermana. (*Pasa á su trono.*) A dios, señores y milores. Acercaos mas al trono, Sir Tomas de Cantorbery; porque se muy bien, que no es poderoso y sólido sino cuando se apoya por un lado en el valor de la nobleza, y por el otro en el saber de la iglesia. (*La princesa se levanta.*) ¿A donde vais, Princesa Margarita?

Mar. Habia venido á veros salir de vuestro cuarto, y no á asistir á una audiencia diplomática; y ya conoceréis que mi presencia...

Enr. Debería ser mas frecuente en el Consejo, y menos en los bailes. ¿Habeis acaso olvidado que en este pais las mujeres gozan el derecho de sucesion al trono; ó que si llegase á acontecer alguna desgracia al príncipe Eduardo... deberiais...

Mar. Confio que el señor librará á V. G. de tal desventura.

Enr. Conde de Sussex, acompañad á S. A. hasta su cuarto, y volved al instante.

(Sussex hace una cortesía y se va con la princesa. Oyense las trompetas inglesas respondiendo á las gaitas de Escocia. El rey se sienta en el sillon con las armas de Inglaterra que le sirven de trono.

Escena v.

ENRIQUÉ, *el* ARZOBISPO, *y luego el duque de* NORFOLK *y sir* SCOT.

Duq. Sir Scot de Thirlstane, enviado del rey de Escocia, solicita el honor de ser introducido á vuestra presencia.

Enr. Que entre. *(Sale sir Scot.)* Adios sir Scot. reconocemos que sois digno del mote que escojisteis *siempre pronto.*

Sco. Mayormente tratándose del honor de mi rey y de mi pais: en tales casos me envanezco de llevarle, y no ambiciono mas que ser digno de él.

Enr. Ya sé muy bien que sois un servidor valiente y leal; y supongo que el mensaje me será tan grato como lo es la eleccion del mensajero. Venis á decirme que mi sobrino accede por fin á mis justas reclamaciones: ¿no es eso? Y que para dar mayor publicidad á su sumision, en lugar de ir á encontrarme á Yorck, en donde estuve aguardándole ocho dias consecutivos, para tratar de secreto entre los dos relativamente á los intereses políticos y relijiosos de nuestros dos reinos, me envia una embajada, y pide una audiencia pública. ¡Muy bien!

Sco. Las instrucciones de mi rey son, señor, precisas y terminantes.

Enr. ¡Mejor! ¿Es decir que consiente por fin en adoptar la relijion reformada, en quitar del reino todos los conventos, y no reconocer en el papa mas que un simple obispo de Roma?

Sco. Señor, el rey de Escocia y sus vasallos

son católicos de alma y de corazon desde el siglo tercero de la iglesia. El sucesor de san Pedro será siempre tenido por ellos como el verdadero vicario de Jesucristo; y tanto el pueblo como su monarca permanecerán tan fieles á la fé como al valor de sus antepasados.

Enr. Muy bien! Harto me hacia adivinar esta respuesta á mi primera pregunta la alianza del rey Jacobo con la fanática familia de los Guisas. Me reservo para mas adelante el decidir de que peso deba ser esto en la balanza de la paz ó de la guerra.

Sco. No podemos ménos de confiar que V. G. la tendrá con mano tan justa como poderosa, y que no la harán inclinar á ningun lado los consejos del interes personal, ni el sopio del fanatismo.

Enr. La determinacion que yo deba tomar no pende tanto, sir Scot, de la contestacion que me habeis dado, como de la que vais á darme inmediatamente.

Sco. Oiré á vuestra Gracia con el mayor respeto.

Enr. Decidme, pues, si mi sobrino, Jacobo quinto, consiente en prestarme homenage por la corona de Escocia, como desde el año 900 lo hicieron sus antepasados á los mios? Como Enrique le prestó á Eduardo primero; como Malcolm á Eduardo el confesor, á Guillermo el conquistador y á Guillermo el rojo? Como le prestó Edgardo hermano de Malcolm, ó Enrique primero; David, sucesor de Edgardo, á la emperatriz Matilde; el hijo de David á Estevan; Guillermo su hermano, y toda la nobleza de Escocia á Enrique segundo, á Ricardo primero, y al rey Juan? Homenaje que para que quedase revestido de mas sagrado carácter, se prestó entonces en la mon-

taña de Lincol, jurándose sobre la cruz del arzobispo de Cantorbery. Y no busqueis apoyo en la interrupcion de este homenaje, verificada durante el reinado de Ricardo tercero; porque este era un usurpador, y bajo tal título no le cabia ningun derecho para reclamarle. Tampoco debeis ignorar que Enrique séptimo, mi padre, hallándose ocupado en acabar con las facciones políticas y relijiosas que ajitaban lo interior de la Inglaterra, mal pudo exijir este homenaje de Jacobo cuarto; pero tambien debeis saber que yo, ministro de las venganzas del cielo, yo, que he conseguido anegar en su propia sangre á los rebeldes, abrasando á los herejes entre las llamas, y sepultando los ejércitos enemigos en los mismos campos donde los vencia; yo, que viendo á la Inglaterra destrozada durante cuatro siglos por los vaivenes de las guerras civiles, y sumerjida por espacio de mil años en las tinieblas del error, no he hecho mas que tender mi diestra sobre ella, como Dios sobre el caos, y ha sido suficiente para dotarla de calma y de luz, presentes divinos que hasta entonces no habian bajado mas que del cielo; yo, repito no consentiré que la Inglaterra vuelva á perder estos bienes, ni que las cosas dejen de ser restituidas prontamente á su primer estado. El pueblo escocez debe prestar homenaje á su nobleza, esta á su rey; el rey de Escocia al de Inglaterra, y este á Dios.

Sco. Perdone V. G. si me veo tambien precisado á darle una respuesta contraria á sus deseos: pero el homenaje que los antiguos reyes de Escocia prestaron á vuestros antepasados, fué únicamente por las tierras que poseian en territorio ingles, del mismo modo que los monarcas ingleses lo prestan á los

de Francia por los ducados de Guisa y Normandía. Juan de Bailiol lo prestó á Eduardo primero, en reconocimiento del auxilio que le habia dado para ascender al trono; pero perdió el amor del pueblo y las estimacion de la nobleza. Por lo tanto, el rey Jacobo se ve demasiado querido del uno y de la otra, para esponerse á semejante desgracia.

Enr. Segun eso, mi sobrino reusa reconocerme por su soberano

Sco. Lo reusa, Señor.

Enr. ¿Y ha meditado antes las consecuencias de semejante negativa?

Sco. Sean cuales fueren; está decidido á sufrirlas. Estàn muy acostumbrados los reyes de Escocia á llevar la mano á la espada, ántes que ponerla en su corona.

Enr. (*Levantándose.*) Muy bien, Sir Scot de Thirlstane, muy bien:... porque estoy cansado ya de esos homenajes tantas veces jurados é interrumpidos. Por lo tanto, escuchadme. Hasta aquí hubiera podido contentarme con lo que os pedia; ya es muy diverso lo que necesito ahora. La providencia tiene colocadas nuestras dos naciones, distantes de los demas pueblos del universo, una en frente de otra, en medio del océano, en un mismo suelo, pero divididas desigualmente entre sí; pero no les ha dado mas separacion que el estrecho canal de Tvide, únicamente capaz de separar dos provincias, pero no dos reinos. Asi es que de mil años á esta parte, no han cesado de enrojecerse ambas orillas con la sangre mas esclarecida de uno y otro pueblo: así es que de mil años á esta parte, no ha tenido la Inglaterra un solo enemigo con quien no se haya aliado la Escocia; ni esta una sola guerra civil, en la cual el

poderoso soplo de la Inglaterra no atizase el incendio de sus ciudades. No lo dudemos: entre nuestros dos pueblos hay un rencor que la madre lega con la leche á su hija, y el padre á su hijo con la espada... pues bien: este rencor, este odio inveterado duraria de jeneracion en jeneracion, hasta el dia del juicio, si yo, Enrique octavo de Inglaterra, no hubiese concebido la noble idea de que esto debia tener fin durante mi reinado: si no hubiese visto que no me bastaba ya un homenaje, y que me era necesario una conquista, y que dos coronas y dos cabezas eran demasiado para una sola isla. Esto ha de ser sir Scot. De hoy en adelante no ha de haber ya un Rey en Inglaterra y otro en Escocia: uno solo ha de reinar en ambos paises. Aqui està todo; y el Dios de los ejércitos decidirà si este rey ha de llamarse Enrique octavo, ó Jacobo quinto.

Sco. Señor, el Dios de los ejércitos lo es tambien de la justicia.

Enr. Una prueva teneis de ello à vuestra vista Sir Scot: volved los ojos à la izquierda. Esta es la armadura del Rey Jacobo cuarto, muerto en los campos de Floddem con su hijo, doce condes y diez y nueve barones. Muy bien podeis distinguir en su coraza, ¿no es así? la rotura por donde entró el acero y salió la vida. Pues bien, Sir Scot: lo juro por corona y cetro: sea cual fuere la armadura con que intenteis cubrir à la Escocia, y por bien templado que esté su metal; yo le haré à su vez una herida tan profunda, que de un solo golpe le salga del corazon cuanto tuviere de rebelde.

Sco. Preciso serà, señor, que hayais destruido la última de sus aldeas, y despedazado el último de sus hijos primero que consigais vuestro intento.

Por lo que toca á mí, como V. G. ha tenido á bien decirme que soy digno de mi divisa, no os dejaria veráz, si no me despidiese lo mas pronto que fuese posible; porque quiero que al encontrarme de nuevo al frente de los primeros soldados que se pongan en marcha contra vos, tengais que decir con razon: Siempre pronto.

Enr. Idos pues, Sir Scot: no os detengais; pero entended que los soberanos de Inglaterra tienen tambien una divisa que nunca abandonaron. Esta quiero que ondee antes de un mes, escrita en letras de fuego sobre muchas ciudades de Escocia, para que desde todos los rincones del mismo reino se la pueda leer. ¿Sabeis como dice? *Dios y mi derecho.* Señores, haced los honores debidos al Embajador, no ya del Rey de Escocia, sino de nuestro sobrino, Jacobo quinto. Milord Ethelvood, no salgais, tengo que hablaros. *(Vanse Sir Scot; y todos los demas menos Ethelvood y el rey.)*

Escena VI.

ENRIQUE *y* ETHELVOOD.

Enr. (*Toma el brazo de Ethelvood y se pasean.*) Ahora bien, duque de Dierham, ¿qué os parece de la obstinacion de mi sobrino?

Eth. Que si Sir Scot no es el mas respetuoso de todos los embajadores, es á lo menos el mas conciso en sus respuestas.

Enr. No hay duda: es un escelente escoces, sin mas falta que la de creerse todavía en los tiempos de Roberto Bruce y Guillermo Walce, presumiendo que á pesar de seis siglos de distancia, los

corazones son todavía los mismos, por que las corazas que los cubren son parecidas. El buen hombre viene á ser una estátua de los tiempos antiguos, colocada en el medio del camino del mundo, que con sus ojos de piedra no ha visto como desaparecian unas jeneraciones, á medida que iban sucediéndose otras. ¿En donde están ya los Douglas y los Randolfs? Hoy dia se llaman Olivier, San Clair, ó Maxwell. ¡Qué lastima! Milord, Milord: yo os lo digo: no es esta guerra la que hará nacer una sola cana en mi cabeza, ora lo haga yo en persona, ora envie allí al duque de Norfolk en lugar mio. Mi espada es larga y cortante, y cuando no puede alcanzar, la arrojo... ¡Oh! No, no es esto lo que me hace desdichado. No es esto, Milord. *(Se deja caer sobre un sofá.)*

Eth. ¡Cómo, Señor! ¡Vos desdichado! ¡Vos triunfante, tanto fuera como dentro de vuestro reino! ¡Vos que apagando las discordias de la rosa blanca y la encarnada de Yorck y Lancaster, estais sentado en el trono, descamando un pie sobre la guerra estranjera, y el otro sobre la civil; vos que habeis podido decir á la Inglaterra y á la Francia unidas y atónitas, lo que Dios á las olas del mar...! Alto ahí, Perdóneme V. G. que le diga que la ambicion humana debe de ser mayor que el mundo todo, cuando este no le basta.

Enr. ¡Ah Daque! A un navío sólidamente construido no le hecha á pique la cólera de los vientos, ni la de las olas, ni la borrasca, ni el océano; sino una roca oculta en el mar, una roca, cuya herida es mortal, porque es invisible. Yo soy grande, soy poderoso; no lo niego; no hay uno solo de mis vasallos que no me tenga envidia; y sin embargo yo se la tengo al último de ellos.

Eth. ¡Vos señor!

Enr. Si; porque esto que se vé no es mas que un cetro y una corona; pero no basta: se necesita ademas una almohada para descansar: son á un mismo tiempo necesarias las satisfacciones de la vida política y las de la vida privada, la grandeza del palacio y la felicidad doméstica... Pues bien: el último de mis vasallos puede tener una mujer y unos hijos que le amen; luego el último de mis vasallos es mas feliz que yo.

Eth. Las Reinas vuestras esposas, os han amado, señor; y teniendo de ellas hijos que os amen...

Enr. ¡Las Reinas mis esposas dices!... ¡Catalina de Aragon, la una de ellas, la que estaba para casarse con mi hermano ántes de ser mujer mia, lo que causó tan fuertes escrúpulos en mi conciencia, que me ví precisado á repudiarla! ¡Ana Bolena, cuya conducta la trasladó de mi tálamo al cadalso! ¡Juana Seymour, ángel descendido del Cielo, y que el Cielo mismo me arrebató, envidioso de mi dicha! ¡Ana de Cléves, la que me pintaron graciosa y bella, con quien se me hizo casar por medio de un retrato de Holbein, y que asi que llegó... pero en fin, esta se hizo justicia á sí misma, contentándose con el título de hermana mia. ¿Qué me queda pues ahora de mis cuatro matrimonios? Nada mas que el recuerdo de algunos breves dias de felicidad, y luego veinte años de remordimientos, vergüenza y pesadumbres: ademas dos hijas que la ley ha declarado incapaces de reinar, y un hijo que Dios declara incapaz de vivir.

Eth. Sois aun bastante jóven, señor, y puede un nuevo casamiento proporcionaros cuanto os ha faltado hasta ahora.

Enr. Ya lo sé; y voy á hacer esta otra prue-

ba todavía; pero te juro, Milord, que esta vez no iré á buscar mujer en las córtes; ni en las casas de los príncipes. Estoy cansado de ver que la Europa se mezcle en mis querellas domésticas. Sabes que mi divorcio con Catalina de Aragon me suscitó la guerra con los Paises-bajos, la España y el Imperio: por el repudio de Ana de Cléves, quiere tomar las armas contra mí el Henao, la Flándes, y acaso la Francia. Hallándome poderoso y aislado en medio de los mares, no hay alianza alguna que pueda acrecentar mi fuerza; porque esta reside en mí mismo. Luego lo que únicamente me falta es una mujer que sea jóven para que yo pueda amarla, bella para que pueda agradarme, y prudente para que pueda depositar en ella mi confianza. Poco me importa su estraccion; porque quien ha sabido sacar dos ministros, el uno de la tabla de un carnicero, y el otro de la fragua de un herrero, bien sabrá sacar tambien un príncipe real del seno de una vasalla.

Eth. Es muy cierto; pero ¿á qué pais irá á buscar V. G. ese tesoro de juventud, belleza y prudencia?

Enr. Si no se me ha querido engañar, amado Duque, no tendré que poner el pie en el continente; para poderle encontrar.

Eth. El jenio protector de la antigua Inglaterra os guarda seguramente esa vírjen predestinada en alguno de los ángulos del reino. Acaso en la caverna de Fingal, ó en la gruta de Stafa.

Enr. No Milord: por mas brillante que deba ser su destino en lo venidero, es menos poético en lo pasado. A falta de padres, la ha criado una anciana nodriza á tres leguas de Lóndres, y vive en una casa de humilde apariencia á orillas del Támesis.

Eth. ¡Del Támesis! ¿Y acaso es un secreto político tan profundo é importante el nombre de esa jóven, que ojos tan indignos como los mios...

Enr. Nada de eso, primo; ántes bien importa que la conozcais, para lo que voy á exijir de vos. Se llama Catalina Howard.

Eth. ¡Catalina Howard!

Enr. Si, Milord. (*Sonriendose.*) Direis que son un nombre y un apellido muy obscuros, ¿no es verdad? En efecto, lo es tanto que ha sido necesaria toda la vista de lince de mi alquimista Fleming, para descifrarle en ese libro divino que llamamos tierra, entre los doce millones de nombres inscritos en ese folleto que se titula mi reino.

Eth. ¿Y como pudo penetrar Fleming?...

Enr. De un modo el mas sencillo, y sin haber tenido que recurrir á sortilejios ni ensalmos. Andaba buscando por los alrededores de Lóndres, no sé que planta indispensable para sus operaciones, cuando, sorprendiéndole la lluvia, tuvo que pedir asilo en la casa aislada donde vivia esa jóven. Sorprendiéndole tan maravilloso tesoro, y como sabia cuales eran mis intenciones, me habló de esa niña al regresar á mi palacio: posteriormente todos sus ensayos cabalísticos y numéricos le han probado tan completamente que la mujer que me hace falta es una jóven hermosa y discreta, y que tal es Catalina Howard: que el viejo loco no ha titubeado en responder con su cabeza de que todas esas tres relevantes prendas se hallan reunidas en esa niña.

Eth. ¡Y es posible que V. G. se decida á contraer un empeño de tanta importancia, solamente bajo la palabra del que llamais viejo loco!

Enr. No tal, Duque de Dierham. Lo que me

aconteció con Ana de Cléves me ha vuelto desconfiado: y no empeñaré ya así anticipadamente mi amor real, sin estar seguro de que lo merece la mujer á quien voy á ofrecerle. Así es que ayer, al salir del Consejo, pisé el Támesis en una barquilla, sin armas ni librea, disfrazado de caballero de los tiempos antiguos, y guiado por mi viejo alquimista, hasta que llegamos al paraje que habita la dama de mis pensamientos.

Eth. ¿Y allí?

Enr. Allí... la vimos, que apoyándose en el brazo de una anciana, andaba errante, melancólica y pensativa por la ribera, como si estuviese presintiendo el a to destino que la aguardaba.

Eth. Y... la verdad: ¿no habrá habido exajeracion en las palabras de Fleming?

Enr. ¡Exajeracion! Ninguna; antes se habia quedado muy corto en comparacion de la verdad. ¡Ah! Milord, la belleza de Ana Bolena, y las gracias de Juana Seymour están reunidas en Catalina Howard.

Eth. Y V. G. llegó á hablarla?...

Enr. No, Duque: apenas vió que íbamos remando hácia ella, cuando desapareció. Yo contaba verla de nuevo hoy, mañana... pero esta maldita guerra con Escocia se hace tan urjente, que no va á dejarme lugar absolutamente para nada. Por lo tanto me ha sido preciso tomar una nueva resolucion. Mañana os encargaréis, Milord, de ir en su busca: elejid las personas que creais mejor de mi comitiva, y traed á esa jóven al lado de la princesa Margarita, quien en vista de mi recomendacion, la admitirá en el número de sus damas de honor.

Eth. ¿Y no piensa poner V. G. mayor inter-

valo entre el repudio de Ana de Cléves y la boda con Catalina Howard?

Enr. ¿Cuánto tiempo medió entre el dia que Ana Bolena subió al cadalso, y el que Juana Seymour ascendió al trono?

Eth. Unicamente el preciso paraque los sepultureros colocasen en la tumba el cadáver de la primera, tres dias.

Enr. ¿Cuántas horas pasaron entre la desobediencia de Norris, y la órden de castigarla con la pena capital?

Eth. Las necesarias para que el lord Canciller fuese de la torre de Lóndres al palácio Grenvvich... Dos.

Enr. ¿Y cuántos segundos discurrieron entre la notificacion de la sentencia, y la muerte del delincuente?

Eth. Los indispensables para que el verdugo alzase y dejase caer la cuchilla... uno.

Enr. Bueno, Milord: veo que estais plenamente informado de la historia de mi reinado. Meditadla pues. (*Vase.*)

Escena VII.

ETHELVOOD *y luego* FLEMING.

(*Ethelvood está un rato pensativo, en seguida llama á la puerta de Fleming.*)

Eth. Fleming, Fleming.

Flem. (*Desde el fondo de su cueva.*) ¿Quién llama?

Eth. Un cristiano que quiere hablarte: sal

pues de tu madriguera, zorro de Gorñailles. Sube á la luz del dia, renegado.

Flem. ¿En que puedo serviros, Milord?

Eth. Acabo de dejar al Rey.

Flem. Que Dios guarde.

Eth. (*Poniéndole la mano en la boca.*) Tal es el voto de todo buen inglés.

Flem. Y el mio: el que estoy haciendo siempre que mi vista y mis pensamientos se desprenden de los cielos, para bajar á la tierra.

Eth. Me alegro... pero S. G. acaba de decirme que no contento con hacer votos por él, te interesas en que se verifiquen los suyos.

Flem. Tengo puesta á disposicion de mi monarca para que disponga de ella á su real voluntad, la corta ciencia que el estudio me proporciona.

Eth. Mediante que el Rey ponga tambien á tu disposicion todo el oro que tu maldita codicia necesita para completar la obra que tienes entre manos. ¿No es verdad?

Flem. Unicamente se puede llegar á componerle, descomponiéndole. Y como llegue á averiguar el hombre el secreto de Dios, su poder igualará al divino. Yo, Milord, estoy muy próximo á la consecucion de un gran resultado.

Eth. Y para obtenerle necesitas rios de oro: ¿no es verdad?

Flem. Si, Milord.

Eth. ¿Y te figuras que tendrás lo suficiente con lo que Enrique quiera darte, por haberle sabido encontrar una mujer jóven, bella y virtuosa?

Flem. No hay duda; porque en tal caso, siempre que con mi varita llame á su trono, como Moises á la roca, brotarán dos fuentes en lugar de una

Eth. ¿Y esa sed de oro que te devora, no te ha dejado calcular los riesgos que corres, empeñándola en una negociacion como la de tu casamiento con Enrique octavo, quien de sus cuatro esposas ha repudiado á dos y ha dado muerte á una.

Flem. No he hecho mas que prestar oidos á la voz de mi fidelidad, que me decia: esto es lo que debes hacer.

Eth. ¿Y no te ha recordado la de la prudencia el desastroso fin de Volseo y de Norris?

Flem. Esta vez no tendrán las cosas un término semejante.

Eth. ¿Quién te lo asegura?

Flem. Mi ciencia.

Eth. Ella te ha engañado, sabio Fleming.

Flem. ¿Cómo es posible?

Eth. Ese matrimonio es imposible.

Flem. ¿Porqué motivo?

Eth. Porque la niña que escojiste por base de tus cálculos... Catalina...

Flem. Proseguid.

Eth. Es mi mujer.

Flem. ¡Misericordia! Estoy perdido.

Eth. Y sin remedio: ya sabes la terminante ley que Enrique mando promulgar, despues de la muerte de Ana Bolena.

Flem. Ya la sé.

Eth. Ley que lleva al cadalso tanto á la reina que no se haya reconocido indigna de dar la mano al rey, como al que hubiere contribuido á la verificacion de aquel matrimonio.

Flem. Ya lo sé.

Eth. Tu le prometiste á Enrique octavo, una novia jóven, bella y virtuosa. Tal es Catalina

Howard; pero ¿crees que el juez de Catalina de Aragon y el verdugo de Ana Bolena se contentarán con esta especie de virtud?

Flem. Confesándoselo todo vos, Milord, S. G. perdonará.

Eth. Y en prenda de semejante perdon, la duquesa de Dierham pasará á ser dama de honor de la princesa Margarita, y al duque se le mandará á hacer la guerra á los Irlandeses. Eso no, Fleming, eso no.

Flem. ¡Ay de mí! Milord, piedad, piedad.

Eth. ¡Piedad, desventurado! ¡Piedad, cuando tu imprudencia acaba de destruir la esperanza, la ilusion de toda mi vida! ¡Piedad, cuando has corrido un negro velo sobre los mas deliciosos dias de ella! ¡Y de mí, de mí, Dios mio! ¡quién tendrá piedad, ni compasion!

Flem. Ah, Milord: búsquese un medio... tal vez se le encontrará... para que podamos conservar vos vuestra felicidad y yo mi vida.

Eth. No conozco mas que uno... uno solo.

Flem. ¡Uno solo!

Eth. Y muy arriesgado.

Flem. No importa.

Eth. Desesperado.

Flem. Decidle, decidle,

Eth. Escúchame. Yo soy el encargado de ir á buscar á Catalina y conducirla á la corte.

Flem. ¿Cuándo ha de ser?

Eth. Mañana misma.

Flem. ¡Mañana! ¡Dios mio!

Eth. Importa que el rey no vea mas á Catalina.

Flem. Decis bien: de lo contrario, estábamos

perdidos los dos; porque S. G. la ama ya.

Eth. Pues bien: muera ella esta misma noche.

Flem. Muera. Los mas eficaces venenos...

Eth. (*Agarrándole.*) ¡Infame!

Flem. Perdon.

Eth. Ha de morir para el Rey y para el mundo entero; no para mí. ¿Lo entiendes? Para mí ha de vivir; y tu vida responde de la suya.

Flem. Haré cuanto quepa en el saber humano.

Eth. Ahora bien: tú me estabas hablando de venenos.

Flem. Si señor.

Eth. En vez de un brevaje mortal, quiero solo que me dés un licor narcótico. ¿No hay plantas de un jugo tan poderoso que consigue detener la sangre en las venas, entorpecer el corazon y suspender el curso de la vida? Responde: ¿no puede hacerse que el sueño se semeje tanto á la muerte, que la vista mas suspicaz y penetrante se equivoque? Piénsalo bien: reflexionalo.

Flem. Es muy posible, Milord. Hállase en una crónica florentina que por un medio igual, cierta jóven de la casa de los Montescos...

Eth. ¿Sabras confleccionar semejante licor?

Flem. Sin dificultad.

Eth. ¿Y me responderás de la exactitud de su efecto?

Flem. Con mi cabeza.

Eth. Aceptado. Si haces lo que ofreces...

Flem. Lo haré, Milord, lo haré.

Eth. Me dijiste que necesitabas, que tenias sed de oro. Pues bien. En trueque de ese licor te prometo dar mas de cuanto puedan fundir en un año todos tus hornillos.

Flem. Venid á mi laboratorio, Milord.

Eth. Y en menos de una hora...

Flem. Tendreis el filtro que deseais.

Eth. (*Parándose en el postrer escalon.*) Una palabra, Fleming: ¿Me comprendiste bien? En este asunto te va la vida.

Flem. Ella está en vuestras manos, Milord.

Eth. (*Bajan juntos.*) Vamos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de Catalina con puertas laterales: la del fondo deja ver el campo. Una mesita con frutas: el lado opuesto un tocador con su espejo.

Escena I.

CATALINA *y* KENNEDY. *La primera sale apoyando el brazo en la segunda.*

Ken. Nos retiramos ya, hija mia!

Cat. No veis que se hace tarde?

Ken. Apénas acaba de ponerse el sol, y el horizonte es tan bello á esta hora, mirado desde lo alto de los montes!...

Cat. *(Sonriéndose.)* No hay duda que es magnífico; pero todos los dias es el mismo sol y el mismo horizonte.

Ken. ¿Estás triste?

Cat. No, fastidiada.

Ken. Yo lo veo, pobre niña! el fastidio empaña tus ojos, marchita tu rostro, y enerva tus fuerzas; pero ¿cómo es posible que te fastidies en medio de una campiña tan bella, tan verde y tan rica?

Cat. Muy hermosa me pareceria ciertamente, si le viese por la primera vez; pero hace ya diez y ocho años que no veo otra cosa todos los dias.

Ken. Lo mismo me sucede á mi cuarenta años hace, y no me ha cansado todavía: como soy una mujer pobre y sin deseos, ni ambicion, nunca he buscado la felicidad mas allá de lo que podia alcanzar.

Cat. Sin embargo, eso que está mas allá debe de ser muy bello. Dicen que Lóndres es tan magnífico. ¡Cuándo viviré yo en esa gran villa, Dios mio!

Ken. Algun dia te casarás, hija mia, porque eres sobrado hermosa para no encontrar un marido noble y rico.

Cat. Y entonces, ¿no es verdad? tendrémos un palacio en Lóndres, barcos en el Támesis, bosques en donde cazar con un halcon en la mano, seguidos de pajes y lacayos. Tú vendrás entonces conmigo, como ahora: yo recorreré mis tierras: mis vasallos me tributarán sus homenajes, y... ¡Oh! Entonces no me fastidiaré. Seré hermosa y rica, seré poderosa: podré decir yo lo mando, y todos me obedecerán.

Ken. ¡Que loca eres!

Cat. Escucha, Kennedy: si creyese tener que permanecer así siempre, en una miserable casucha aislada, entre esas paredes que me ahogan, vestida con esta ropa, y rodeada de unos muebles tan sencillos como estos; mas bien quisiera meterme en un ataud, como estuviese cubierto en una losa de mármol.

Ken. De un tiempo á esta parte me asustan los sueños de tu acalorada fantasía, Catalina; no te entregues á pensamientos de esta naturaleza.

Cat. Ellas son en el dia mi única felicidad, mi sola riqueza: dèjamelos Kennedy.

Ken. Ya conozco que deseas que te deje sola

otra vez, para abandonarte á los desvarios de tu locura. Advierto que de un año á esta parte mi presencia te causa, te es importuna.

Cat. No, madre mia: te equivocas: eres injusta conmigo; pero si me vieses, cuando me hallo sola,... entonces unas voces estrañas, Kennedy, resuenan en mis oidos: pasan por delante de mis ojos apariciones caprichosas: todo se puebla entonces, todo se anima para anunciarme que no termina en el hombre la cadena de los seres creados, sino que sube hasta al mismo Dios. Me parece que recorro entonces con la vista todos los escalones de aquella brillante escala, de cuyos estremos el uno descansa en el suelo, y el otro hiende las nubes y llega hasta el olimpo. Las chispas que veo centellear entonces son salamandras que saltan á millares: en la corriente que pasa debajo de esas ventanas, se me figura ver una ondina que cada vez que me asomo, me saluda como á hermana suya: la brisa embalsamada de la tarde pasa cargada de sílfides que se paran en mis cabellos: y todas esas salamandras, esas ondinas, esas sílfides me dicen al oido unas palabras... si unas palabras que me vuelven loca.... Ah! tienes razon: tú lo has dicho.

Ken. ¡Venturosa edad la tuya, en la que basta cerrar los ojos para ver semejantes maravillas! En ella los sueños nos consuelan de las pesadumbres de la realidad. Duerme, hija mia, duerme. Mas vale para tí la noche que el dia; pero cuenta que el mas peligroso, y el mas difícil de rechazar de todos los duendes que suelen visitar á las niñas, durante su vela ó su sueño; es el de la ambicion.

Cat. Ese duende, no es un demonio: es un ángel, el mas hermoso y el mas seductor de todos.

Es el rey del cielo, con alas de oro, y con una corona en las sienes.

Ken. Buenas noches, noble dama.

Cat. Buenas noches, Kennedy.

Ken. Buenas noches, loca delirante. Me retiro muy tranquila, supuesto que te dejo en medio de una brillante corte de hadas, duendes y fantasmas. (*Vase.*)

Escena II.

CATALINA *sola, que cierra la puerta delantera, y va á abrir la opuesta.*

Cat. Anda, buena mujer, y déjame que abra la puerta que dá entrada á todos mis sueños. ¡Si vendrá esta noche Ethelvood! Esta mañana me dijo: *tal vez*; y esto en su boca es lo mismo que *sí*. ¡Cómo me quiere tanto! Pero si me amase de veras, no tendria secretos para mí: no me callaría su nombre, sus títulos, su jerarquía. Cuando me dí á él, me entregué toda entera: no separé mis dias de mis noches: no le dije; habrá tantas horas para tí, y tantas para el mundo: le dije solo, aquí estoy, soy toda tuya. ¡Qué suplicio para mí! ¡Estrechar en mis brazos al hombre que amo, é ignorar quien sea; perder la cabeza con sueños de esperanzas é ilusiones, tal vez insensatos; emplear en la sola espectativa los alegres y bellos dias de mi juventud, aislada, sin conocer cual será el término de esta agonía; y sin oir por toda respuesta á mis ansiosas preguntas, mas que pronto, en breve, mas adelante! ¡Y perderme toda entera ante esta palabra que abre un vasto abismo

en la carrera de mi vida! Aparece el alba del dia, y confio saberlo todo en él; pero llega la noche sin haber conseguido saber cosa alguna. Me tengo por dichosa, cuando el puede robar algunas horas... pero ¿á quién? Eso es lo que no sé. Acaso á otra mujer, para dármelas á mí, prisionera; esclava enterrada en vida, léjos de ese mundo que idolatro. ¡Y ahora mismo, ahora que las horas se pasan tan alegres y deliciosas en la ciudad, héme aquí sola y triste, aguardando á mi esposo, que acaso no vendrá, á mi esposo, que no me cabe duda que posee un título y es de clase elevada, y que sin embargo no me hace partícipe de su clase, ni de sus títulos. A pesar de esto, si estuviese con él en Lóndres, ahora en vez de quitarme este modesto traje, cuya sencillez me sonroja, para llamar antes de tiempo un sueño, que no vendrá: me sentaría delante de mi tocador *(Lo hace)*, y entre los aderezos que me ha dado, y que me son inútiles, porque no puedo brillar con ellos en público, escojería las mejores joyas, *(abre las cajas)* y me pondría al cuello este collar de perlas, estos diamantes por pendientes, y estos braceletes: en lugar de esas sencillas flores, adornarian mis cabellos estas espigas de diamantes. Este ceñidor de piedras preciosas haria resaltar su elegancia rodeado á mi cintura: nos precederia un paje, se abririan delante de nosotros salones resplandecientes, y si mi espejo no me engaña, estoy cierta que al presentarme yo, todos dirian: no está mas adornada una soberana, ni es mas bella, ni brilla mas ¡Oh! *(Volviéndose y reparando en Ethelvood que estará de pié en el umbral de la puerta, y que ha escuchado sus últimas palabras.)* ¡Amigo mio! ¡Querido Ethelvood! No te habia visto.

Escena III.

CATALINA *y* ETHELVOOD.

Eth. Eran demasiado importantes los cuidados que os estaban ocupando, para que pudieseis reparar en mi llegada.

Cat. ¿Te parezco bonita?

Eth. Si por casualidad mi retrato guarnecido de rubíes ó de esmeraldas, hubiese estado pendiente de ese collar, ó colocado en ese bracelete... entonces puede que Ethelvood hubiese merecido un recuerdo de cariño en medio de esos pensamientos de coquetismo.

Cat. ¿No te parezco bonita?

Eth. Demasiado por mi desdicha, señora.

Cat. ¡Por tu desdicha! Al contrario, debes dar gracias al cielo, que me hizo hermosa para ti, y ven á abrazarme. *(Ethelvood la toma la mano.)* A mas de que no me adorné sino por puro instinto; me hermoseaba como por presentimiento. *(Poniendo la mano al corazon.)* Aquí, aquí te sentí venir. Deja pues ese aire inquieto; vámos, siéntate, y yo me colocaré á tus pies, mi jentil caballero; mi buen baron, mi noble conde. ¿Cuál de esos títulos quieres que te dé? *(Vá á buscar un taburete y se sienta.)*

Eth. Ninguno, porque no me pertenecen.

Cat. ¿Cómo viniste, que no he oido el galopar de tu caballo, de ese admirable Ralf, que vuela cuando viene, y anda con tanta lentitud cuando se vá?

Eth. Pasé el rio en una barquilla de pescador: recelaba ser reconocido hoy mas que nunca.

Cat. ¡Siempre misterioso! Debes de tener seguramente motivos muy relevantes.

Eth. Juzga tu misma por mi amor, si lo serán cuando te los oculto á tí, que eres mi misma vida y mi todo.

Cat. ¡Oh! Si me amases!

Eth. ¡Si te amase dices! Atiende, Catalina. Duda, si quieres de tu própia existencia; duda de la luz del dia; cuando vieres mas encendido al sol abrazar la atmósfera entera; duda de todo; pero no de mi amor; pues ninguna mujer fué nunca tan querida de hombre alguno, como lo eres de mí.

Cat. Perdóname, amigo mio.

Eth. Ah! (*cojiendo su cabeza entre las manos.*) Mírame, Catalina: mírame pues. ¡Si te amo dices! Mi corazon hasta su postrer latido, mi vida hasta exhalar el último aliento, la única gota que me queda de sangre, todo es tuyo, Catalina, todo. ¡Y dices que no te amo!

Cat. No, no, ya no lo digo.

Eth. ¡Si tuviese que perderte! Si otro!.. ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Cat. ¿Qué es lo que tienes?

Eth. Me siento malo.

Cat. ¡Tú!

Eth. Si: estoy fatigado: la frente se me abrasa: tengo sed.

Cat. Voy á servirte. (*Se levanta y va á abrir una alacena gótica, en el entretanto Ethelwood saca una redomita del pecho, y echa parte de lo que esta contiene en el vaso de plata cincelado que estará encima de la mesa.*)

Eth. Perdon, Dios mio si provocó vuestro poder.

Cat. ¿Quieres que á falta de paje, te sirva de copero? *(Ethelwood presenta el vaso, Catalina echa agua.)*

Eth. Gracias.

Cat. ¡Te tiembla la mano!

Eth. *(Sigue sentado, y la toma entre sus brazos.)* ¡Ah! ¡Catalina!... Jamás, jamás.

Cat. Hoy te veo muy triste! Vamos á ver si hay algun medio de distraer tu melancolía. ¿Quieres que cante la cancion de un antiguo rey de Inglaterra que se casó con una vasalla suya, con la bella Elisa?

Eth. *(Aparte.)* Cada palabra que profiere es un nuevo tormento para mí?

Cat. Me escuchas?

Eth. Si: ya te escucho.

Cat. *Canta.*

Miraba el rey á Elisa la pastora,
Con el placer que inspira la pasion,
Y el buen Ricardo que leal la adora,
Siente abrazar celoso el corazon.
Dícela el rey, si quieres bella Elisa,
Que te acompañe por el prado yo,
Verás una alma cándida y sumisa:
Y le responde la pastora: no.

Oye mi voz, hermosa encantadora,
Mira qúe noble y caballero soy;
Pecho leal de Elisa se enamora,
Tu suerte unir luego á mi suerte voy.
Dama serás y posará en tu mano

Gallardo halcon cuando cazare yo:
Siempre serás mi dueño soberano:
Y le responde la pastora: no.

¿Ornada tu frente esplendorosa
Quieres tal vez, Elisa, tu ambicion
Con la corona relumbrante, hermosa:
Con que deslumbra al súbdito un baron?
¿Quiere tal vez llamarte baronesa,
Y el homenaje recibir cual yo?
Habla por fin, y el bajo estado cesa;
Y le responde la pastora: no.

Te haré tambien, idolatrada Elisa,
Condesa al fin, si tal anelas ser;
Por solo un beso que es de amor divisa,
Y el alma enciende en llama de placer,
Haré ceñir tu sien encantadora,
A esceso tal, llevo el cariño:
Floron de perlas levarás, señora...
Y le responde la pastora: no.

¿Quieres brillar en medio á mil rivales,
Que de despecho tú verás morir?
Ricos carbunclos llevarás ducales,
Y el oro bello que produce ofir.
Ninguno habrá que al contemplar tu suerte,
No diga al punto: ¡si esa fuera yo!
Feliz serás, duquesa, hasta la muerte:
Y le responde la pastora: no.

No mas, no mas que una palabra sola,
Dila, mi bien, y mi delicia harás:
Pronuncia el sí, que amor fino acrisola,
Y soberana por mi fe serás;
¿Quiéres ser reina y poseer corona,
Y que mi corte te obedezca á tí,
Cual obedece á mi real persona?
Y le responde la pastora: sí.

Eth. Y este fué el fin de los amores de la bella Elisa?

Cat. ¿Acaso no termina bien su historia? ¿Qué mas podia desear llegando á ser reina?

Eth. ¿Y Ricardo?

Cat. ¿Qué Ricardo?

Eth. Su primer amante celoso.

Cat. No sé: la cancion no pasa mas adelante.

Eth. ¿Con qué no quedó un débil recuerdo para el pobre amante abandonado, ni en el corazon de su amada, ni en las coplas del cancionero? Yo no quiero ser tan ingrato como entrambos; y á lo menos beberé á su memoria. *(Toma el vaso como para beber; pero sin llegarle á la boca.)*

Cat. ¿Porque te paras?

Eth. ¡Qué flaca es tu memoria! ¿No sabes la costumbre de nuestros amores? ¿He llevado nunca á mis labios el vaso, que no le hayan tocado primero los tuyos? ¿Que no haya buscado en sus orillas el paraje donde ellos le libraron? Vamos, mi hermosa Elisa, digo, mi Catalina, me equivocaba. A la buena memoria de Ricardo... *(Catalina bebe; y Ethelvood ajitado la sigue con la vista: muy luego se le arrebata de la boca y le arroja á sus pies.)* ¡Ah! Catalina, Catalina, perdóname?

Eth. ¡Perdonarte! ¿Porqué?

Cat. Era indispensable lo que acabo de hacer: era el solo medio, el único recurso que me quedaba.

Cat. ¿Qué quieres decir? No te comprendo.

Eth. De lo contrario éramos perdidos; se nos hubiera separado para siempre... ¡Catalina! te pones pálida!...

Cat. Si, si: no sé lo que siento, un vahido, se me va la vista, desfallezco.

Eth. ¡Dios mio!

Cat. El pecho se me abrasa, mi frente arde... Ah! este sudor es mortal.

Eth. ¡Infeliz de mí! ¡Verla padecer de este modo!... Mas hubiera valido...

Cat. Déjame, suéltame. Agua, agua, que me ahogo. ¡Oh! ¡Por Dios! ¡Mi Ethelvood! ¡Por piedad! Yo muero... Asistencia.

Eth. No, no des gritos. *(Tomándola en brazos.)*

Cat. Las flores, las joyas... *(Llevando la mano á la cabeza y arrancándoselas.)* ¡Ah! la vida, la vida. ¡Dios mio! Pero tú...

Eth. No temas, no morirás.

Cat. ¡Tan jóven! ¡Morir tan jóven! ¡Dios mio! ¡Tened piedad de mí! ¡Kennedy! ¡Misericordia! No veo ya!... Yo fallezco. *(Se desprende de los brazos de Ethelvood, y cae, rechazándole.)*

Eth. ¡Ah! Catalina, Catalina mia! Ahora por lo menos estoy cierto de que vivirémos ó moriremos juntos. *(La abraza otra vez, va á la puerta por donde se fué Kennedy, la abre, toca una campanilla con violencia, luego vuelve á Catalina, la abraza de nuevo, y desaparece por la misma puer-*

ta por donde salió. Kennedy aparece asustada á la puerta del fondo.

Ken. ¡Catalina! ¡Hija mia! ¡Qué tienes! Ah! Está desmayada, pálida. *(Pone la mano en su corazon.)* ¡No late! *(La acerca á la boca.)* ¡No respira! ¡Está muerta! ¡Muerta! ¡Dios mio! *(Queda en actitud dolorosa.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

ETHELVOOD.

El teatro figura el panteon de la familia de los duques de Dierham, distante media legua de Lóndres. Habrá en el fondo una sola puerta para ir al campo: se verán escaleras para llegar á esta puerta, como igualmente sepulcros de caballeros y de damas, con sus correspondientes estátuas tendidas encima de ellos: los hombres se distinguen por un leon á los piés y las hembras por un lebrel. Junto al proscenio y á la izquierda habrá una tumba abierta, en la cual estará echada Catalina Howard, y detras de ella una pila de agua bendita, protejida por el ánjel de Sajonia.

Escena I.

ETHELVOOD *con la cabeza apoyada en el sepulcro. Un* SACERDOTE *cumpliendo con las últimas ceremonias de un entierro.* KENNEDY *y varias jóvenes.*

Sac. ¡Felices los que mueren en la edad jóven, y se acuestan con la ropa de la inocencia, porque estos se duermen en la tierra y despiertan en el cielo! No somos ya nosotros, dulce y blanca paloma, los

que tenemos que pedir por tí: eres tú la que actualmente ruega por nosotros. Consérvate allá arriba en la gracia del Señor, como te conservaste aquí en su misericordia. *(Toma un ramo de boix, le moja en la pila y le sacude sobre Catalina.)*

Ken. *(Arrojándose al sepulcro.)* ¡Hija mia! ¡Pobre hija mia! ¡Ah! ¡Quién me habia de decir que era yo la que cerraria tus párpados, y te depositaria en la tumba! ¡Ah! ¡Esta es una prueba cruel que me tenia reservada el Señor! ¡Catalina! ¡Catalina! No es posible que Dios te haya querido llamar tan jóven á su presencia... ¡Hija mia! ¡Querida hija!... ¡Ah! Dios mio, Dios mio!... *(Las otras mujeres la arrebatan de allí.)*

Una jóven. Querida hermana descansa en paz. Tú eras demasiado hermosa para este mundo: el Señor vió que le faltaba un ángel, y quiso llamarte á su presencia. En este momento estás seguramente suspendida sobre nosotros, con tus alas blancas y tu aureóla de oro. Disfruta de la gloria eterna, y pues nos amaste en la tierra, protéjenos en el cielo. *(Las jóvenes la echan agua bendita.)*

Eth. *(Dejando su sitio, y tomando el ramo de la mano de una de las jóvenes.)* Llega mi turno, Catalina. Ahora, echaré yo tambien agua bendita sobre tu cuerpo helado. *(En esto todos habrán salido del panteon, quedando solo Ethelwood.)* Fleming cumplió su palabra religiosamente. El sueño de Catalina es hermano de la muerte: y á no ser obra mia, mi vista le confundiria con la exactitud de la semejanza. ¡Terrible frajilidad de la existencia humana! Pocas gotas extraidas de ciertas plantas, son bastantes para suspenderla: con pocas mas se acabaria del todo; y el alma que brillaba en esos ojos, ahora cer-

rados, el alma que brillaba en esa voz, ahora muda; el alma que daba vida y pensamiento á este cuerpo, desaparecia para siempre, remontándose al oríjen de todas las cosas. ¿Qué es pues de ella, todo el tiempo que dura este letargo, mas profundo que el sueño, aunque ménos que la muerte? ¿Jira acaso por el pais de los sueños, ó está suspensa como una lámpara santa encerrada en el tabernáculo? Ha ido á llamar á las puertas de este mundo desconocido que apellidamos eternidad; pero así que la sangre vuelva á empezar á circular de nuevo por esas venas: asi que el pensamiento vuelva á animar el espíritu; y que esa alma desterrada de su cuerpo por un instante, vuelva á entrar en él, como una reina en su palacio; ¿se acordará acáso de las cosas de este mundo, ó de las que pueda haber visto en el otro, durante estos dos dias? —No estraño que haya asesinos que no sientan remordimiento alguno delante de sus víctimas; porque si bien es verdad que este inanimado cuerpo no es feliz, á lo menos está muy tranquilo. ¡Catalina! ¡Catalina! ¡No fuera mejor que yo me acostase tambien en esa tumba al lado tuyo, que mandase cerrar la losa sobre ambas cabezas, y que así nos durmiéramos uno en brazos de otro, hasta el dia destinado á despertar para siempre; no fuera mejor eso, que tener espuestas nuestras vidas á los azares del mundo y á los reveses de la suerte! ¿Quién sabe lo que nos tiene reservado Dios en su mano, de la felicidad ó de desgracias? ¿Quién sabe si vendrá dia en que me bendigas, ó me maldigas por haberte despertado... ¡Ah! No hay porvenir mas seguro que el del sepulcro. ¿Y para que aguardarle cuando se le puede anticipar tan fácilmente! ¡Ah! *(Se inclina y la besa en la frente.)* Catalina!... Dios mio! Me pareció que se es-

tremecia. Mi voz fué á buscar á su alma en el fondo de su sueño. ¡Oh Catalina! Catalina! No pensemos mas en la muerte. Vivamos, vivamos juntos, felices ó desesperados. (*Se oye ruido dentro.*) ¡Dios mio! Si volviese ahora? ¡Qué desventura! (*Volviéndose hácia la puerta del panteon que se habre.*) ¿Quién penetra hasta este recinto? ¡Qué imprudencia la mia, de no haber cerrado la puerta, cuando se fueron todos! (*Dá algunos pasos hácia la ventana, y retrocede con espanto.*) ¡El Rey! ¡El Rey aquí! (*Vuelve á la tumba, é inclinándose hácia ella.*) Númenes de las tinieblas, haced pesar sobre los ojos de Catalina vuestro ferreo sueño, y no vuelvan á abrirse nunca, si ha de ser ahora.

Escena II.

ENRIQUE Y ETHELVOOD.

Enr. (*Despues de haber cerrado la puerta, encontrándose en la oscuridad.*) Duque de Dierham, ¿en dónde estais?

Eth. Aquí, Señor. (*Adelantándose al rey.*)

Enr. ¡Muy bien, Ethelvood, muy bien! Sois leal, os doy las gracias; pero ¿en dónde está Catalina? (*Se apoya en el.*)

Eth. Allá, Señor. (*Enseñándosela con el dedo.*)

Enr. Te agradezco, Milord, el que la hayas hecho depositar en el panteon de tu familia. Dentro de ocho dias, te doy mi real palabra, que habria dormido en el de Westminster.

Eth. Señor, la mujer en quien se habia dignado fijar la vista V. G. durante su vida, debia ser

respeto y veneracion para mí, aun despues de su muerte. ¿Pero cómo ha bajado solo V. G.?

Enr. Quise verla por la última vez, ántes que la tumba se cerrase sobre ella. Cuando las personas de mi servidumbre que ayer os acompañaron, vinieron á anunciarme que la habiais encontrada difunta, y que os habiais quedado aquí para sus exequias, no queria dar crédito á semejante noticia. Ya lo comprendes, Ethelvood. Yo que me quedaría impasible, si estuviese viendo la caida de mi trono, senti oprimírseme el corazon y arrasárseme los ojos en lágrimas á la noticia de la muerte de esta jóven. Ah! Es indispensable que la vea otra vez.

Eht. Ved, *(Con una resolucion desesperada, desenvaina el puñal con una mano, y alza con la otra el velo que cubre á Catalina; toma la lámpara y la llega á su rostro.)* Vedla pues, señor.

Enr. ¡Esta muerta! *(Mirándola con atencion.)* ¡Muerta! *(Levantando los ojos al cielo.)* Mucho debo de tener ofendido á Dios. Levantábase un astro sobre mí y sobre la Inglaterra, y el soplo de la muerte acaba de apagarle. Acaso esta mujer me habria hecho mejor y mas justo de lo que soy, disipando la tristeza que envuelve mi alma, lo mismo que si fuese una nube. ¡Miserable poder humano! tan grande como eres para destruir, tan incapaz de dar vida!

Eth. Por Dios, Señor!...

Enr. ¡Llamarme Enrique octavo! ¡Ser rey de Inglaterra, tan grande como Francisco I, tan opulento como Cárlos quinto; sin necesitar mas que respirar sobre un armada, para lanzarla de uno al otro mundo, mas que dar con su lanza en el escudo para levantar un ejército entero!... y ¡aquí, delante de esta tumba, sentirme tan débil, tan impoten-

te como el último de los seres creados en los que tiene su término la cadena de la vida! ¡Estrechar una mano entre las mias reales, y no poder caldearla!

Eth. *(Tocando la otra mano.)* Tomad esotra, Enrique: *(Ap.)* aun está fria

Enr. *(Poniéndola un anillo en el dedo.)* Por lo menos llevarás á la tumba este anillo real, que no pudiste ponerte sentada en el trono. ¡Ah! si yo pudiese comprar de nuevo tu vida, ¡qué precio no daria por ella! ¡Dios mio! ¡Qué es lo que quereis, que exijis por inflamar de nuevo su alma!

Eth. *(Ap.)* ¡Oh! ¡Mal haya!... Su corazon vuelve ya á palpitar.

Enr. Señor, señor! ¿Cómo no teneis dos balanzas para pesar los destinos de los hombres! ¿Será cierto que tanto los soberanos como sus vasallos sean iguales á vuestra vista? Ah! ¡La muerte entra con paso tan indiferente en los palacios como en las cabañas! ¿Las rodillas reales que se doblan, y la testa coronada que implora, no merece de vos mas que lo que un pobre fraile en su celda, ó un miserable leñador en su choza! No era mas que una pobre mujer la que os rogaba que devolvierais la vida á su hija difunta, y sin embargo tomasteis la mano á aquella hija y la dijisteis *levántate*, y al punto se levantó; pero tambien aquella mujer..., era una madre.

Eth. *(Escuchando.)* ¡Ella respira!... *(Alto.)* ¡Ah señor! No debeis permanecer mas tiempo en este recinto. Esos lamentos son una verdadera profanacion, esas palabras blasfemias para tentar el poder de Dios.

Enr. ¡Irme de aquí! No es posible: no puedo separarme de esa tumba.

Eth. *(Ap.)* ¡Maldicion!... Vuelve en sí... Señor, señor... Dejemos descansar á los difuntos en sus sudarios, ó temblemos que no se levanten delante de nosotros, maldiciendonos por habernos atrevido á turbar su postrer sueño. *(Se lleva al rey.)* Vamos, señor, vamos.

Enr. ¡Ah! *(Vase Ethelwood con el rey, y cierra con llave la puerta del panteon.*

Escena III.

Rato de silencio.

CATALINA *sola, levanta un brazo que deja caer al instante.*

Cat. ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Qué sueño tan pesado! Sueño de plomo! Me siento atada á esta cama, y no acierto á levantarme. *(Se incorpora sobre sus manos.)* No puedo abrir los ojos. *(Se pone la mano en la frente.)* ¡Qué peso tengo en la frente! ¡Ah! Me acosté con mi corona! *(Tocando su corona blanca.)* Kennedy, Kennedy... todavía es de noche. Se me figuraba que era de dia... ¡tengo frio!... tengo miedo! *(Baja de la tumba, y casi cae por la escalera.)* ¡Ay! Me he lastimado. ¿Qué es esto! ¡Escaleras! ¡Una lámpara! ¡Esto es de mármol! *(Tocando el monumento.)* ¡Ay!... ¡Una tumba!... *(Levantándose asustada.)* ¡Una sábana! *(Anda llevando consigo el sudario.)* ¡Dios mio! En donde me encuentro! En un subterráneo! Entre difuntos!... ¡Dios mio!... ¡Si levantáran *(Con espanto)* las losas de sus sepulturas, si despertáran como yo, si baja-

sen de sus tumbas, ahora que me hallo aquí sola... tan profundamente oculta en las entrañas de la tierra, que apenas la vista misma de Dios puede penetrar hasta mí (*Corre precipitada á la coluna, en donde está el ánjel del sepulcro, le abraza, y moja la mano en el agua bendita.*) ¡Anjel del sepulcro! ¡Anjel de la guarda de los muertos! Protejedme. (*Pausa.*) ¿Pero qué me habrá sucedido? Recopilemos mis ideas... todo está sosegado, todo tranquilo. ¡Qué locura el tener miedo! Ethelvood vino como de costumbre ayer, anteayer. No se nada mas: luego sentí unos dolores terribles, creí morirme, me desmayé... Sí; bien me acuerdo... Y entonces... ¡Ah!... (*desesperada.*) Entonces me han tenido por muerta, y me han dado sepultura... ¡Ah! ¡Enterrada en vida!... Si... ¡Y no habrá medio de salir de aquí!... Esa puerta... (*Corre a la puerta y llega la mano á la cerradura: no hallándo llave, menea la puerta.*) ¡Está cerrada! ¡Misericordia! (*Vuelve á bajar la escalera con precipitacion, y se deja caer de rodillas en medio del teatro.*) ¡Misericordia Dios mio! (*Queda agoviada y casi desmayada.*) ¡Ah!

Escena VI.

CATALINA y ETHELVOOD. *Ethelvood abre la puerta del fondo, y la vuelve á cerrar, luego va en derechura al sepulcro, y viéndole vacio, esclama.*

Eth. ¡Catalina!

Cat. ¡Quién me llama!

Eth. ¡Catalina!

Cat. Aquí estoy. (*Levantándose de un salto.*)

Eth. ¡A! (*Precipitándose hácia ella.*)

Cat. ¡Ethelvood! ¡Tú me has salvado! ¿Qué me ha sucedido, amigo mio!

Eth. Deja que primero te dé un abrazo.

Cat. ¿Podemos salir de aquí?

Eth. Sí, sí... déjame estrecharte entre mis brazos, aquí, junto al corazon, asegúrame que vives todavía, que vives para mí.

Cat. Para tí, sí, Ethelvood, para tí solo; pero salgamos al instante de aquí. Sí, salgamos, que tengo necesidad de respirar el aire libre.

Eth. Dejemos pasar algunos momentos mas, Catalina: te lo ruego en nombre de nuestro amor, el cual apenas acaba de salir de un terrible riesgo.

Cat. Sí, sí, dices bien. (*Abrazándole.*) No me dejes; pero habla, esplícame como es que me halle aquí entre estas sepulturas, sola, encerrada, y metida en una de ellas? ¿Cómo es que tambien te halles tu aquí? Tu, que has venido lo mismo que un ánjel del paraiso, á volverme á la luz del dia, y á salvarme la vida... Habla. Descíframe este enigma? ¿Qué significa todo esto?

Eth. Voy á esplicártelo; porque ha llegado finalmente el dia de no tener que guardar secretos contigo, ánjel mio.

Cat. ¿Luego sabré quien eres?

Eth. Seguramente. Puedo confesártelo con orgullo, porque no son muchos los apellidos que se remonten tanto en la historia de la antigua Inglaterra, como el de los duques de Dierham.

Cat. ¡Ola! ¡Con qué eres un duque!

Eth. Sí, Catalina: soy duque de Dierham.

marques de Derby, par de Inglaterra, y miembro de la cámara alta.

Cat. Es decir que ocupas uno de los mas principales puestos de la monarquía?

Eth. Solamante el Rey es superior á los pares de Inglaterra; y cuando les comunica alguna de sus órdenes, es siempre tratándoles de primos.

Cat. ¿Y yo Ethelvood, yo participaré de todo eso? ¿No es verdad? Honores jerarquía...

Eth. Todo te lo dí, al darte mi corazon, y ahora que te he dado todo esto, ¿no estoy pronto tambien á darte la vida?

Cat. ¿Luego me conducirás á la corte?

Eth. Escúchame.

Cat. Habla, oygamos.

Eth. Habrás sin duda oido hablar del rey Enrique y de sus amorios sangrientos ó disolutos.

Cat. Si: prosigue.

Eth. Voy á hacerlo. Debes saber que desde el primer instante que te hice objeto de mi cariño, sentí mi corazon devorado por una horrible sospecha. Pensaba siempre en el Rey; temblaba á la idea de llevarte á la corte: porque nada hay que sea sagrado para él; y bástá que su boca aplique el aliento sobre el honor de una mujer, para que este quede empañado al instante. Así es que te ocultè quien yo era, porque temblaba de que la menor indiscrecion tuya fuese capaz de turbar mi felicidad, que pende únicamente de tí. Pasóse un año de este modo, un año de dicha verdadera, durante el cual, te veía todas las noches; al paso que obligado por mi puesto á estar al lado del Soberano, me esforzaba en engañar á cuantos me rodeaban, relativamente á mis sentimientos secretos, á cuyo fin aparenté lle-

var mis deseos hasta la princesa Margarita.

Cat. ¡La hermana del Rey!

Eth. La misma; si: pero eras tú la única que ocupaba mi corazon y todos mis pensamientos: tú eras la única, cuyo recuerdo no se apartaba de mí un instante siquiera.

Cat. Estoy persuadida de todo esto, amigo mio; pero no me dices todavía porque...

Eth. Voy á revelártelo. Debes saber que mis recelos no salieron vanos, y que en efecto se realizó cuanto habia sospechado: El rey Enrique llegó á verte, cuatro dias hace.

Cat. ¡A mí! ¡El Rey!

Eth. Si.

Cat. ¡Bien! ¿Y qué?

Eth. Te ama ya, Catalina.

Cat. ¡El Rey!

Eth. O á lo menos cree amarte, y te desea. Muy bien puedes comprender ya que desde aquel momento, eramos perdidos entrambos, á no haber yo encontrado un medio seguro de impedirlo. Acudí pues á un hábil alquimista, quien á peso de oro me proporcionó un jugo narcótico, cuya fuerza soporífera causa un efecto rápido y enérjico. Esto es lo que derramé en tu vaso ayer, y luego cuando fueron allí los enviados del Rey, para conducirte á la princesa Margarita, que á instancias de su hermano, te habia concedido el empleo de una de sus damas de honor... encontraron á Kennedy llorando junto á mi hermosa Catalina, á la cual todos creyeron difunta al paso que no estaba mas que dormida.

Cat. ¡Todos dices! ¡Y tambien el Rey!

Eth. Su engaño era el que mas nos importaba.

Cat. ¿Y crees que no entró en sospecha alguna?

Eth. No; porque lo mismo que debia perdernos fué lo que nos salvó.

Cat. ¿De qué manera?

Eth. Porque al tiempo que yo estaba aquí mismo, junto á esta tumba, aguardando á que empezase á respirar el primer soplo de tu aliento, á que oyese tu primer suspiro y viese tu primera mirada, el Rey se presentó á esta puerta llevando seguramente de un movimiento de desconfianza.

Cat. ¡El Rey mismo! ¡Qué me cuentas!

Eth. Bajó esta gradería, llegó hasta esa tumba, en la que yo le estaba aguardando con un puñal en la mano; porque, te lo juro, Catalina: la menor sospecha que él hubiese concebido le habria costado la vida.

Cat. ¡Hubierais dado muerte al Rey, Milord!

Eth. Todo antes que perderte. Te juro que no hubiera titubeado un instante... Pero la suerte nos ha sido propicia; porque á pesar de que puso ese anillo en tu dedo...

Cat. ¡Un anillo! ¡Anillo de boda! (*Le mira y aprieta.*)

Eth. Tu mano permaneció helada entre las suyas: en vano te llamaba su voz; pues nada pudo despertarse en tí, para responder á su fatal llamamiento. En vano sus adúlteros labios sellaron tu frente con un beso; pues esta se mantuvo tan pálida como pura. Para él eres ya presa de la muerte y del sepulcro. ¡Gracias, sabio alquimista, gracias!

Cat. ¡Y no te ocurrió el pensamiento de que aquella bebida podia ser un brevaje de muerte! ¡Y si en lugar de un narcótico, te hubiese dado un verdadero veneno!

Eth. Todo estaba previsto.

Cat. ¿De qué modo?

Eth. No vertiendo en tu vaso mas que la mi-ad de aquel frasco.

Cat. Sin embargo, esto es una cosa terrible: vivír y que todos me tengan por difunta!

Eth. ¿No me dijiste mil y mil veces en las tan deliciosas como rápidas horas de nuestras caricias, no me dijiste, ánjel mio, que desearias que existiese un mundo que no perteneciese mas que á entrambos, paraque no hubiera nada que pudiese distraernos ni separarnos? Pues bien: ese mundo existe, ese mundo es tuyo y mio esclusivamente: al lado de ese otro de los vivientes que se te cierra, se abre otro delante de tí, todo de amor y de delicias y ternura. Olvida el primero, pues este te ha olvidado ya... Tan pronto como me sea posible, abandonarémos la Inglaterra: vendrás conmigo á Francia, y allá, una vez que, como es tan natural en una mujer jóven y hermosa, gustar de los placeres y de la loca alegría de los palacios y fiestas reales: si, hallarémos una corte mas magnífica y sobre todo menos triste que la de Enrique octavo. Mis riquezas y mis títulos, que serán tambien tuyos, te asegurarán un puesto brillante. Vamos dime, Catalina, que hice bien, y que todo esto va á hacerte feliz.

Cat. No hay duda; pero ¿en dónde viviré-mos hasta entonces?

Eth. En el castillo de Dierham, cuya bóveda es esta.

Cat. ¿Dista mucho de Lóndres?

Eth. Está á diez minutos de allí.

Cat. ¿No podrá verme nadie?

Eth. Tú te ocultarás á la vista de todos.

Cat. De este modo no haré mas que mudar de

sepultura.

Eth. Ahora que lo sabes todo, Catalina, ahora que el Rey y su real comitiva se han marchado ya, abandonemos este panteon.

Cat. ¡Tan pronto!

Eth. Si, vamos.

Cat. Mira antes, si pueden vernos... si está tranquilo todo, y bastante oscura la noche...

Eth. Bien, pero tú...

Cat. Me quedaré aquí un momento. Pierde cuidado: no tengo miedo.

Eth. Voy pues allá: tienes razon. (*Vase.*)

Escena V.

CATALINA *sola.*

Esto es singular. Despues de lo que acaba de decirme Ethelvood, todo me parece aquí mudado. ¡Conque Enrique octavo me quiere! Conque el soberano de Inglaterra se ha dignado bajar hasta este panteon, para ver de nuevo á la pobre Catalina Howard! ¡Cómo no despertè al ruido de sus pisadas, al sonido de su voz!... ¡Ah! ¡El Rey se paró aquí mismo donde estoy yo ahora! ¡Sus pies estuvieron seguramente donde están los mios! ¡Aquí inclinó hácia mí su frente coronada; ¡Aquí puso sus reales manos! ¡Este es anillo, el anillo de boda que colocò en mi dedo!... ¡Ah!... El me ama ardientemente!... ¡Insensata!... ¡Qué importa, si me tiene por muerta!... (*Apoya su cabeza en la tumba.*)

Escena VI.

CATALINA, ETHELVOOD.

Eth. ¡Catalina! (*Desde la puerta.*)

Cat. (*Incorporándose.*) ¿Quién me llama?

Eth. Ven, Catalina, ven: todo está en el mayor sosiego. Salgamos de este lúgubre recinto.

Cat. Procura, Ethelvood, (*Yendo hácia él,*) que me parezca tan bello tu palacio.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Un cuarto del castillo Dierham.

Escena 1.

ETHELWOOD *delante de una ventana que estaba abierta, con la cabeza apoyada en las manos,* CATALINA *saliendo.*

Cat. (*Yendo á él y tendiéndole la mano.*) Señor!

Eth. ¡Sois vos! Seais bien venida para mi alma. ¿Como ha descansado en su nueva habitacion mi bella Catalina?

Cat. No he podido dormir un solo instante.

Eth. Vuestros ojos están sin embargo brillantes, y vuestra tez encarnada, como si un suave sueño hubiese sacudido y derramado sobre vos todas las flores de la callada noche.

Cat. No pocas veces tiene la vijilia ilusiones tan dulces como el mismo sueño; y no pocas veces el placer y la esperanza dá tambien brillo á las mejillas y á los ojos.

Eth. ¡Conque sois feliz!

Cat. Si, lo soy, desde que me prometisteis que no saldriamos de Inglaterra

Eth. Si no salimos de ella, será indispensable, duquesa mia, renunciar á este título, á los placeres de la corte de Francia, y al gusto de oir mil veces al dia que os llamen bonita.

Cat. Me lo direis vos.

Eth. Os cansaréis de oirlo siempre de la misma boca.

Cat. No, no.

Eth. ¡Angel mio!

Cat. Quisiera saber porque me tienes confinada en los aposentos mas remotos de este castillo. Soy de parecer, con todo, que la vista que se descubre desde esta sala es mucho mas hermosa; y supuesto, que segun me dijiste, tendrás que ausentarte de cuando en cuando, para asistir á la corte del rey; durante dichos intervalos me distraeria mas esta vista.

Eth. Te diré, este cuarto ha sido siempre el mio; y el hacer variacion en mis hábitos podria dar lugar á que se sospechase algo; mayormente viniendo aqui continuamente y á todas horas, mis criados á recibir mis órdenes. Si se para en el castillo algun forastero, se le conduce aqui al instante. Ya ves que yo lo habia calculado todo, y que es imposible lo que deseas.

Cat. Al menos, ya que desde este punto se vé la campiña, ¿no es verdad que podré venir aqui á acechar el momento de tu vuelta, saludarte de léjos con el pañuelo, y decirte por señas lo que no pueda aun de palabra; ven pronto, que te amo, estoy pensando en tí y aguardándote?

Eth. ¿No es tuyo el castillo entero, prenda amada? Ven aqui siempre que quieras; pero sin olvidar las mas grandes precauciones: nunca sin ha-

ber cerrado ántes esta puerta, como yo lo voy á hacer ahora.

Cat. ¿No es Lóndres lo que se descubre desde aquí?

Eth. Si, Catalina.

Cat. ¿Puede verse el palacio de White-Hall?

Eth. Allí está.

Cat. ¿No reside en él el rey?

Eth. En el estío ocupa el de Greenwich.

Cat. ¿No es ese el palacio á donde condujeron á Ana Bolena, cuando ascendió al trono?

Eth. El mismo.

Cat. He oido decir que no era de gran nobleza; pero que el rey la hizo duquesa de Pembroske, cuando todavía no era mas que dama de honor de Catalina de Aragon.

Eth. ¿Porqué motivo me estás haciendo todas esas preguntas?

Cat. Porque he oido referir que, cuando pasó del palacio de Greenwich á Lóndres llevaba una comitiva real; que pasó él Támesis en una embarcacion que tenia las armas de Inglaterra, seguida de otros barcos, unos llenos de empleados de la casa real, y otros de damas, nobles y músicos. ¿No es cierto que cuando se apeó en la ribera, la echaron en las espaldas un manto de reina, y subió en una litera de raso blanco, abierta por todos lados, para que pudiese contemplar el pueblo entero á sus anchuras á la que iba á reinar sobre él? A lo menos asi me lo contó Kennedy.

Eth. No te ha engañado seguramente.

Cat. ¿No es verdad que á un lado de la litera iba el Condestable, y al otro el gran Mariscal? ¿Que detras seguian las damas de la primera noble-

za de Inglaterra, luego los embajadores de Francia y Venecia, y despues tres jentiles hombres montados en magníficos y aderezados caballos? (*Repara que Ethelvood la mira fijo y admirado.*) ¿Qué? ¿No es cierto esto? ¿Y que vestida de esas espléndidas galas, llegó á la puerta del palacio de White-Hall en donde el rey la estaba aguardando?

Eth. Cierto es, y que al cabo de tres años salió por la misma puerta, vestida de negro, y acompañándola un solo sacerdote, para trasladarse á la torre de Lóndres, en donde la aguardaba, no el rey, sino el verdugo.

Cat. Mereció muy bien aquel castigo, porque habia engañado el rey; porque no hay duda que en presencia de toda la corte, tiró su ramillete á un caballero en el torneo de Greenwich.

Eth. ¡Estais sumamente informada de todos estos pormenores mi bella doctora! y es una nueva prenda que no sabia que poseyeseis. (*Va á besarla la mano, toca con los labios el anillo que la puso el rey, y se estremece.*)

Cat. ¿Qué tienes, Ethelvood?

Eth. Nada.

Cat. ¿De que te has estremecido?

Eth. No me atrevo á decirlo.

Cat. Vamos.

Eth. Y si lo que te voy á pedir fuese un sacrificio para tí?

Cat. Esplícate, y veré si te quiero tanto que pueda hacerlo.

Eth. Esta sortija...

Cat. Prosigue.

Eth. Al besar tu mano, la toqué con mis labios... y es una sortija que otro te dió. ¿Quieres con-

servarla?

Cat. ¿No eres de parecer que sienta bien en mi mano, y que hace resaltar su blancura?

Eth. Si, querida; pero tu mano es tambien muy blanca y muy bonita sin ella. Vamos, dámela.

Cat. Una sortija dada por un rey es una cosa preciosa, y digna de que se la conserve.

Eth. Dices muy bien; pero cuando ese rey la dió en prenda de amor...

Cat. ¡Qué celoso eres!

Eth. No lo niego, Catalina; soy celoso, y tengo por una felicidad el que vivamos así, separados del mundo, pues no es fácil esplicar lo que hubiera padecido, viéndote objeto de la adoracion y del deseo de los demas hombres. Si, Catalina, si: yo hubiera tenido celos de todo: hubiera llegado á aborrecer al que al pasar hubiese tocado ligeramente tu vestido... ¡Oh Catalina, Catalina! (*Echándose á sus pies.*) No ignoro que todo esto es una locura: sé que soy un estravagante, un insensato; pero importa. Tú me compadecerás, tendrás piedad de mí, y no querrás despedazarme el corazon, conservando esa sortija.

Cat. Ethelvood... mira, (*Levantándose.*) ¿Ves allá... en el camino de Lóndres un peloton de hombres á caballo que se dirijen hácia aquí?... No hay duda: toman el camino de este castillo.

Eth. No dices mal. ¿Quiénes serán esos hombres, y que vendrán á hacer? (*Se asoma á la ventana.*)

Cat. (*Ap.*) No se acordará mas de la sortija.

Eth. Si me equivocaré!... ¡Dios mio! Es él.

Cat. ¿Quién quieres decir?

Eth. El rey Enrique.

Cat. ¡El Rey de Inglaterra! (*Hace un movimiento para correr á la ventana.*

Eth. Si, si: el Rey... (*Rechazándola.*) Retírate al instante, Catalina. (*Llevándosela consigo.*) Vuélvete á tu aposento: te lo ruego por nuestro amor, por mi vida... ¡Ah! Oculta mi tesoro á la vista de todos. (*Parándose en medio de la sala.*) ¿Oyes el son de las trompetas? Está ya aquí, á la puerta... Sube... Va á venir... Ya llega... Vete, vete. (*Haciéndola entrar en su aposento. Catalina desaparece. Ethelvood deja caer el tapiz sobre la puerta por donde ella se fué.*) ¿Qué vendrá á hacer? Si sabrá que le engañé? No, no: en tal caso vendria con el gran Canciller.

Pag. El Rey. (*Anunciándole.*)

Escena II.

ETHELVOOD *y* ENRIQUE.

Eth. Señor! (*Saliéndole al encuentro é inclinándose.*)

Enr. Buenos dias, Milord.

Eth. ¿A qué debo atribuir el honor que se digna hacerme V. G.?

Enr. Como no vas á verme á mi palacio de White-Hall, tengo que venir á buscarte á tu castillo de Dierham.

Eth. A la menor insinuacion de V. G. al momento me habria presentado.

Enr. Así lo creo: pero tengo que hablarte de cosas urgentes, y secretas; y allá en mi palacio hasta las paredes tienen tantos oidos abiertos al rededor

de mi boca, que me ha parecido mejor venírtelas á decir aquí delante de esos viejos tapices. (*Catalina levanta el tapiz de la puerta y escucha.*)

Eth. Si V. G. quiere dignarse... (*Presenta una silla, el rey se sienta, y Ethelvood quéda en piè.*)

Enr. Gracias.

Eth. ¿Podré preguntar á V. G. como ha sobrellevado estos dos últimos dias la pena de que le vi tan cruelmente acometido?

Enr. Nuestra condicion real, es de tal suerte, Milord, que nada es nuestro, ni hasta el mismo dolor. Si, si: la herida está aquí abierta y sangrienta; pero tambien lo está la que muestra la desolada Inglaterra; y mas debo pensar en ella que en mi persona.

Eth. ¡Como, señor!

Enr. Como Olivier, San Clair y Maxwell acaban de entrar en el territorio ingles, al frente de mil y quinientos hombres: todos los distritos del oeste están ardiendo, y por este lado no tenemos para oponerles mas que á Tomas Dacre y á Juan Musgrawe con unos cuatro cientos caballos y jente armada.

Eth. Señor, los nobles todos de Inglaterra se alzarán en masa, lo mismo que si no fueran mas que un solo hombre, y se pondrán en marcha contra el enemigo comun.

Enr. Así lo entiendo, Milord, y yo seré quién les mande; pero una guerra en Escocia, una guerra de esterminio, cómo la que pienso llevar allá, no es obra de pocos dias; y entre tanto Lóndres, viuda de su monarca, se hallará espuesta á las intrigas de Cárlos quinto y Paulo III. Mi severidad con los católicos, que estoy cierto que con el tiempo produ-

cirá saludables resultados, sembró el descontento y el rencor en el alto clero; y no puedo salir de Lóndres, si no dejo depositada mi autoridad en manos fuertes y poderosas.

Eth. El duque de Norfolk, en tal caso...

Enr. Es hombre de guerra y nada mas: tiene brazos pero no cabeza.

Eth. Sir Tomas Granmer.

Enr. Este en el fondo de su corazon apadrina al clero católico: y si ha abrazado la reforma, no ha sido mas que para conservar su obispado de York, y su arzobispado de Cantorbery.

Eth. El conde de Sussex...

Enr. Ese es un jóven alocado, que llenaria mis archivos de decretos suntuarios sobre los golpes de las ropillas y los colores de los vestidos. No, Milord: para virey de Inglaterra, necesito un hombre de corazon y de talento, de valor y de prudencia: necesito sobre todo un hombre que me ame, y que ame todavía mas á la Inglaterra. Vamos pues á ver, Milord: reflexionadlo. ¿No acertais quien sea el hombre que reuna todas esas prendas?

Eth. No señor; os lo puedo jurar.

Enr. Sois muy modesto, ó muy ciego, primo.

Eth. ¡Pues qué!... Seria posible que V. G. hubiese pensado que yo...

Enr. Ah! Por fin lo adivinas! Pues bien: si Milord, tú eres el hombre que busco: el pueblo te ama y tendrá un verdadero placer en verte llegar á esta altura: la nobleza te estima, y te verá allí sin envidia. A mas de esto; escucha, Milord: tengo aun que hablarte de otra cosa: he concebido un proyecto que pondrá un candado á las bocas mas atrevidas.

Eth. Hablad, señor.

Enr. Hace un año que estás codiciando una honra todavía mayor que esta con que te brindo.

Eth. ¡Yo, señor!

Enr. Ya sé que tus labios no pronunciaron jamas una sola palabra que pudiese traicionar tu secreto; pero tus propios ojos te han vendido, Milord, haciendo que pudiesen descubrirlo cuantos se hayan tomado el trabajo de leer en ellos. Ethelvood, tu estás enamorado de mi hermana.

Eth. ¡Yo, señor!...

Enr. Si; y ayer mismo consulté á la princesa Margarita acerca de sus sentimientos relativamente á tu persona.

Eth. No me quiere... no...

Enr. Te equivocas. Ella te ama.

Eth. ¡Dios mio!

Enr. Por lo menos esta vez mi política y mi corazon están acordes. Serás feliz, Milord. (*Tomándole de la mano.*) Y tu dicha asegurará mi sosiego. Dejándo por Gobernador del reino, no solamente á un amigo, sino tambien á un hermano, puedo partir sin recelo; porque, para el caso de que me sucediese una desgracia, como en vista de la ilejitimidad de los nacimientos de las princesas María é Isabel, y la poca salud del príncipe Eduardo, la ley me autoriza para nombrarme un sucesor de mi propia autoridad (*Levantándose*); te entregaré mi testamento, cuya copia quedará en manos del gran Canciller.

Eth. ¡Señor!

Enr. ¿Qué?

Eth. Vuestra bondad para conmigo es escesiva; yo no soy digno de tanto bien.

Enr. ¿Cómo? ¿Cómo es eso?

Eth. Como no me es dable aceptar ninguno de los honores que se digna ofrecerme V. G.

Enr. ¿Que es lo que significa eso? Se me figura que os habeis vuelto loco, Milord.

Eth. Harto comprendo, Señor, cuan necio, cuan ingrato debo pareceros; pero no puedo Señor, no puedo.

Enr. ¡Milord! Reflexionad... (*En tono amenazador.*)

Eth. Está ya reflexionado, señor. *Levantando la cabeza.*

Enr. ¿Reusais la rejencia del Reino?

Eth. No puedo menos de estar sumamente reconocido al honor que V. G. me quiere dispensar; pero no me es posible que la acepte.

Enr. ¿Luego tambien reusais la mano de la princesa Margarita?

Eth. Sé muy bien cual léjos debia estar de esperar la oferta de un enlace semejante; y por lo tanto me hago justicia, declarándoos que me considero indigno de él.

Enr. ¿Y no habeis pensado que despues del amigo viene el Rey, y tras la súplica el mandato?

Eth. Por lo que mas amais en este mundo, señor, tened compasion de mí. Libradme de mi propio destino... porque si vuestra súplica me hizo ingrato, el mandato me haria rebelde.

Enr. Eso es lo que yo tendria curiosidad de ver.

Eth. Ah!... Ruego á V. G.... (*Llegándose al rey para tomarle la mano.*)

Enr. Apartaos, Milord... (*Rechazándole.*)

Eth. ¡Señor!... *En accion de llevar la ma-*

no d la espada.)

Enr. Alto, primo: cuidado con eso. Acabais de tocar el puño de vuestra espada delante de vuestro Soberano; y esto es un crímen de alta traicion.

Eth. ¡Qué haré!... ¡Dios mio!... ¡Qué haré!

Enr. Milord, mis ojos han visto brillar al rededor de mi fortuna mas radiantes que la vuestra; pero soplé y se apagaron.

Eth. Ya lo sé.

Enr. Creo que sois marques de Derby, ¿no es verdad? Si; y duque de Dierham, y ademas par de Inglaterra: poseeis trescientos lugares, donde habitan diez mil vasallos: sois rico y poderoso entre los príncipes... Pues bien: en mi mano está hacer trizas vuestros títulos y riquezas, y lanzaros á la borrasca y á la tempestad mas pobre y desnudo que el pordiosero que se sienta á los umbrales de mi palacio.

Eth. Todo esto podeis hacer: ya lo sé.

Enr. En mi mano está conduciros ante la cámara de los pares, en la cual teneis asiento todavía, y allí acusaros de alta traicion; sí, Milord, de alta traicion; porque ibais á empuñar vuestra espada, y esto en nuestra presencia real.

Eth. No lo negaré.

Enr. Y cuando se haya pronunciado el fallo, el fallo de muerte, mostraros con el dedo el cadalso donde perecieron Dudley, Empson y Cromwell.

Eth. Subiré á él.

Enr. Esto es ya demasiado, Milord; y veremos quien de los dos cederá primero. *Da algunos pasos para irse, y Ethelvood le sigue.)* No me sigais.

Eth. Señor: soy todavía marques de Derby, duque de Dierham, par de Inglaterra: el castillo

donde se halla V. G. actualmente, me pertenece aun: ninguna sentencia de la cámara alta me ha declarado traidor, y hasta ahora soy vuestro súbdito y leal vasallo. Bajo estos títulos me cabe el derecho de acompañaros hasta la puerta, donde os está aguardando vuestra comitiva; y es deber mio presentaros la rodilla, para que monteis á caballo.

Enr. Venid pues, Milord; pero os doy mi real palabra de que es esta la vez postrera que os dispensó semejante honra. (*Vanse.*)

Escena III.

CATALINA *sola, se adelanta poco á poco.*

¡Qué hermoso es! ¡Ah! Es el Rey que me ama! ¡El hombre que bajó á mi tumba, que puso en mi dedo el anillo de boda, y hubiera puesto una corona en mi cabeza! ¡Cuán fuérte, cuán poderoso es en medio de cuantos le rodean ese hombre que necesita toda una isla para moverse, y respirar con libertad! ¡Y cuán débiles, cuán pequeños son al lado suyo esos condes, esos marqueses, esos duques que forman la corte estrellada del sol de Inglaterra!... Allí están (*Mirando por la ventana.*) Todos con la cabeza descubierta é inclinada, mientras que él pasa en medio de ellos, llevándola cubierta y erguida. Pero ¡qué es lo que veo! ¡Ethelvood doblando la rodilla y presentándole el estribo!... Ethelvood! ¡Un hombre!... ¡Un noble!... ¡Mi esposo!... ¡Qué vergüenza! ¡Ah! Ya parte: Ya se dirije á esa ciudad, cuyas puertas van á abrirse para recibirle, seguido de ese tropel de cortesanos, ninguno de los cuales se atre-

vería à sacudirse el polvo que el caballo del Rey hará llegar á su frente!.... ¡Oh Rey, Rey! sigue tu carrera: ensálzate sobre la bajeza de esos que te rodean. ¡Cuántos mas hombres pongas à tus pies, mas grande serás tú, y tambien la que hagas sentar al lado tuyo. ¡Oh! ¡Si yo enviudase!

Escena iv.

CATALINA *y* ETHELVOOD *que sale pálido y desfigurado.*

Eth. ¡Catalina!

Cat. Aquí estoy. (*Siguiendo con la vista al Rey.*)

Eth. Bien, bien; escucha Catalina, atiende: una pluma, un pergamino. (*Se sienta á una mesa y escribe.*)

Cat. ¿Qué vas á hacer?

Eth. ¿En dónde estabas, (*Escribiendo*) cuando el Rey estaba aquí conmigo?

Cat. Detras de estos tapices.

Eth. ¿Y oiste?

Cat. Todo lo oí.

Eth. ¿Sabes que mis bienes están confiscados?

Cat. Si.

Eth. ¿Que ya no tengo títulos?

Cat. Tambien.

Eth. ¿Que hasta mi vida està amenazada?

Cat. Ya lo sé; pero el Rey se aplacarà.

Eth. ¿Y sabes tambien por quien lo pierdo todo? (*Levantándose y mirándola.*)

Cat. Ya lo sé. (*Echándose en sus brazos.*)

Eth. Llegó por fin el momento que yo recelaba.

Cat. ¿Qué pretendes decir?

Eth. Que puedo devolverte ahora cuanto hiciste por mí.

Cat. No te comprendo.

Eth. Cuando temias que aquel licor narcótico fuese un veneo, te enseñé el frasquito que contenia aun la mitad de él.

Cat. ¡Dios mio!

Eth. Sabe pues, querida Catalina, que ahora me toca hacer por nuestra felicidad lo que tú hiciste por la mia: bajar yo al sepulcro como bajaste tú ántes del tiempo señalado por la providencia: me toca morir para los hombres y para el mundo, y luego de haber muerto para ellos, renacer para tí.

Cat. ¡Oh! No hagas tal cosa.

Eth. Mira el frasco. (*Enseñándoselo.*)

Cat. ¡Está vacio! ¡Misericordia! Quiero llamar, quiero pedir socorro, asistencia.

Eth. Silencio; y piensa que no hay que perder un momento: mis instantes son contados, y tengo que decirte mil cosas.

Cat. ¡Ethelvood, Ethelvood! Qué pálido te pones!

Eth. No te asustes Catalina; pues sabes que es aparente mi muerte. Este pergamino que se hallará sobre mí, indica que temiendo la ira del Rey, y queriendo evitar la afrenta del cadalso me emponzoñé. Mi muerte será probable á todos, ni pondrá nadie la menor duda, porque el motivo es evidente.

Cat. Ethelvood, Ethelvood! Esto es querer tentar á Dios.

Eth. Le confié ya un tesoro mas precioso todavía y me lo devolvió. Deja pues que te diga algunas pala-

bras mas, porque estoy sintiendo ya que la muerte se acerca. Oyeme: yo soy el último vástago de mi casa, sin familia, sin parientes y tal vez sin amigos. Muerto yo, queda estinguido mi apellido, y mis bienes pertenecen al rey; pero tranquilízate, Catalina: pues me queda bastante oro y piedras preciosas para que puedas comprar otro ducado.

Cat. ¿Qué estás diciendo, Ethelvood? (*Preocupada.*)

Eth. Digo que desde el momento en que se me encierre en la sepultura, nadie se acordará ya del postrer cadáver que esta haya separado del seno de los vivientes: nadie vendrá á arrodillarse á estos umbrales para decir... ¡Buen Dios! ¡Era tan jóven, y Vos habeis sido muy cruel! Solo tú conservarás entre los hombres mi memoria: solo tú te acordarás de mi: solo tú pensarás en el que quede encerrado en aquella tumba, cuya puerta no puede abrirse mas que con dos llaves.

Cat. ¡Dos!

Eth. Una de las cuales se entregará al rey, como heredero mio.

Cat. ¿Y la otra?

Eth. A tí, como mi esposa. (*Poniéndola una llave en la mano.*)

Cat. No, no: guárdala, y al despertar te servirás de ella tu mismo.

Eth. ¿Y quién la pondrá á mi lado? ¿Olvidaste ya que no puedes asistir á mis exequias?

Cat. ¡Ay! Es verdad. (*Toma la llave.*)

Eth. Pues bien: ahora, querida Catalina, que mis últimos momentos estén rodeados de dulces caricias, de palabras tiernas. (*Se pone de rodillas.*) Que en tanto que mis ojos puedan ver, lean en los

tuyos un sueño de amor y de felicidad: que en tanto que yo pueda oir, (*Catalina se deja caer sobre un sofá*) me digas que me amas con esa voz tuya, tan grata y melodiosa, que me haría estremecer en medio de mi sueño; porque tú estarás aguardando allá, y acechando el momento que yo vuelva á la vida, con tus ojos fijos en los mios, y la mano en mi corazón. ¡Ah!... (*Estremeciéndose.*) ¡Todavía veo ese anillo en tus dedos! ¡Ese anillo! Dámele.

Cat. Ahí le tienes.

Eth. ¡Cuánto te quiero, y qué dichoso soy con la seguridad de tu amor! ¡Oh! Háblame, Catalina; háblame: dime que me amas, que me perteneces, que te tienes por feliz de ser mia... ¡Oh! Dame tus brazos... tus brazos adorados...

Cat. ¡Ethelvood!... Amigo mio! (*Ap.*) Yo no sé que decirle. (*Le abraza de un modo convulsivo.*)

Eth. ¡No me abraces así, (*Incorporándose.*) No podria, no querria dejarte una hora, un solo instante. El ardor de tu aliento, enciende mi sangre... Yo me ahogo, Catalina, Catalina. (*Cae.*)

Cat. ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! (*Estará inclinada sobre una rodilla, apoyando la cabeza en la otra.*)

Eth. No veo... ya... ni oigo. La mano... Catalina... ¿dónde está tu mano? (*Apretándola con fuerza.*) Mi amor, mi ángel, mi amado bien! Adios, adios! (*Hasta mañana. La cabeza de Ethelvood se desliza de las rodillas de Catalina, y cae en el suelo: esta contempla un rato el cuerpo de Ethelvood que está á sus pies: luego con los brazos trémulos y sin hablar palabra, le pone la mano en el corazon, y viendo que no late ya, le quita el anillo y vuelve á ponérselo. Cae el telon.*)

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del primer acto.

Escena I.

ENRIQUE *y la princesa* MARGARITA. (*Margarita estará postrada á los pies del rey con la cabeza apoyada en las rodillas.*)

Marg. Señor, Señor, permitidme llorar en vuestra presencia, pues vos solo sabeis el motivo de mi llanto. ¡Le queria tan entrañablemente, y tanto tiempo hace!

Enr. Valor, hermana, valor.

Marg. Anteayer, cuando os ví tan desesperado como yo lo estoy ahora, ¿os dije acaso, valor hermano mio? Muy al contrario, llorad os dije, desahogad vuestro corazon, que está inundado de lágrimas.

Enr. Pero yo, ya lo estás viendo, reconcentré mi pesadumbre, y nadie dirá ahora que yo haya sufrido tanto.

Marg. Ese no era vuestro amor primero, ni hacia dos años que le guardabais en vuestro corazon, como su tesoro un avariento. Añadid que vos sois hombre y monarca. Una mujer ocupa muy poco lugar en vuestra vida entre la ambicion y la política

al paso que yo, que no soñaba mas que una felicidad solitaria é ignorada; yo, que tengo tantos deseos de bajar los escalones del trono como otros de subirlos... Decidme pues, Enrique, ¿qué viento venido del abismo, en lugar de venir del cielo, sopla al rededor de vuestro palacio que seca así del todo lo que es jóven y bello? ¡Oh Enrique! ¡Enrique! ¡Vos le habeis dado tanto á la muerte, que esta os lo devuelve!...

Enr. Sin embargo, Margarita, te lo juro, ni una sola de las sentencias que he pronunciado sirve de peso a mi conciencia, ni un solo espectro me atormenta en mis sueños. Dime: ¿son las muerte de Empson y Dudley las que me echas en cara? En ellas no hice mas que confirmar el fallo pronunciado contra ambos durante el reinado de mi padre. ¿Sería por ventura la de Volseo, prevaricador disipado y asesino, que tiñó su traje de cardenal con sangre y no con púrpura? ¿Acaso la ejecucion de Fischer, reo de estado, delincuente de alta traicion, á quien sin embargo hubiera perdonado, si enviándole Paulo III el capelo de cardenal á su cárcel, no me hubiese provocado á que le enviase yo á mi vez la cabeza del arzobispo? ¿Hablarás de la muerte de Cromwell, del cobarde Cromwell, hombre de tan bajo orijen para elevarse tanto, que para subir hizo un escalon del cadáver de su antecesor, á quien los llantos de los huérfanos y de las viudas habian elevado hasta el trono? No hablemos del suplicio de Ana Bolena, que no fué sentenciada por mí, sino por un tribunal que se componia de pares, de jenerales y de arzobispos. Ellos, y no yo, la condenaron. Todo, todo cuanto hice mereció ser aprobado... No, hermana mia, no; cuanto me sucede es obra del acaso, y no un castigo de Dios.

(*Se levanta y pasea.*)

Marg. Hermano, (*Sigue arrodillada.*) Vos perdistes mas que nadie; porque entre la nube de cortesanos que adulan al rey, él era el único hombre que os amaba.

Enr. Ya lo sé.

Marg. Su pérdida puede hacer vacilar el trono.

Enr. Ya lo sé.

Mar. Era el mas esclarecido de todos los nobles, y el mas valiente de todos vuestros guerreros.

Enr. Lo sé también.

Marg. Y á pesar de esto, le amenazasteis, hermano, le arrástrasteis á un estremo tan afrentoso! Vos sois la causa de que...

Enr. Calla, calla: arrojaría mi cetro, mi corona y todo mi real tesoro á ese abismo que remolinea debajo de esa ventana, por no haberle hecho las amenazas que le hice.

Marg. Si; pero se las hicisteis, y él ha muerto. (*Se abre la puerta del fondo y sale un ujier.*)

Enr. Siteucio, Margarita. Ahí vienen los miembros de la cámara alta, á la que pertenecía, que vienen á despedirse del duelo. Vete á tu aposento.

Marg. Os suplico que me permitais oir como hablan de él. Harto pronto quedará su nombre sepultado en el olvido. Ya tendré valor suficiente, y estaré tranquila. Nadie llegará á conocer que yo haya llorado, ni cuanto sufro y padezco. Permitid que vea á los que acaban de dejarle, y de cerrarle la puerta que no vuelve á abrirse jamas.

Uj. Los lores de la cámara alta.

Enr. Que entren.

Escena II.

RICHOS *y los miembros del* PARLAMENTO. (*Los miembros de la cámara salen, y se colocan en el fondo, interin el rey sube al trono.*

Sus. Señor, (*Llevando una llave sobre un cojin de terciopelo, se arrodilla ante el rey.*) acabamos de depositar en su postrera mansion los despojos de Milord Ethelvood, marques de Derby, duque de Dierham y par de Inglaterra. Era el último descendiente de una familia antigua y noble. Hemos pues cerrado sobre él la puerta de su sepulcro, segun el estilo y ley, donde descansa entre sus antepasados; y yo que soy el mas jóven de los nobles, he sido elejido para entregaros la llave; porque V. G. en calidad de rey de Inglaterra, es el heredero nato de toda familia que queda estinguida. Aquí teneis la llave: esta ha separado para siempre del mundo viviente á uno de los corazones mas jenerosos que hayan latido jamas en pecho ingles.

Enr. Gracias, conde de Sussex: dejad el cojin y la llave encima de esa mesa. (*Un ujier lo toma el cojin y la llave de las manos, y le pone sobre la mesa.*) Gracias, señores y milores: vosotros perdisteis un compañero y yo un amigo, pienso, como tambien debeis pensarlo vosotros, que su pérdida es irreparable. No recibo esos bienes y esos títulos como una herencia, sino como un depósito: y el sujeto que llegare á merecerlos por medio de una lealtad y un valor igual al suyo, ese será su verdadero sucesor y heredero. Idos, señores y milores: os damos nueva-

mente las gracias, y rogamos á Dios os conceda su santa proteccion. (*Los pares se inclinan y se retiran poco á poco.*) ¿Vés, Margarita á esos hombres que se retiran? forman la reunion de lo que tiene de mas escojido, mas valiente y mas poderoso la nobleza de Inglaterra. Elije pues entre ellos al que mas te agrade, y te juro que reunirá á sus títulos los de marques de Derby y duque de Dierham, y á sus honores el de llegar á ser cuñado de Enrique octavo de Inglaterra.

Marg. Gracias, hermano: el mundo no os conoce todavía. Sois bueno si: pero el corazon que quiso á Ethelwood, no amará ya mas que á Dios. De cuantas riquezas y bienes tiene este mundo no quiero mas que (*Ap. y cojiendo la llave.*) la llave de su tumba. Adios, Enrique, querido hermano, adios. (*Vase.*)

Escena III.

ENRIQUE *solo, y luego un* UJIER.

Animo, corazon mio, ciérrate tú, lo mismo que la puerta del sepulcro; porque tampoco es mas que un cadáver el amor que abrigas. ¡Ah! ¡Catalina, Catalina!

Uj. Señor, (*Saliendo.*) una jóven que solicita una audiencia de V. G., hace una hora que está aguardando á esa puerta.

Enr. ¡Una jóven! ¡Qué me querrá! Este no es dia que yo dé audiencia pública. Dila que se dirija al gran Canciller.

Uj. Dice que tiene que hablar á solas con V. G.

Enr. ¿De dónde es?

Uj. De Richemon.

Enr. Cerca del pueblo que habitaba Catalina. Que entre. (*Vase el ujier.*) Será tal vez alguna compañera suya que quiere pedirme un dote para casarse.

Uj. Entrad. (*El Rey hace una seña al Ujier para que se vaya.*)

Escena IV.

EL REY, CATALINA *cubierta con un velo se para à la puerta.*

Enr. ¿Qué solicitas de mí, hija mia? (*Catalina se acerca lentamente al Rey, hinca una rodilla en el suelo, y le presenta su anillo.*

Enr. ¡Mi anillo!... ¡Qué es esto! ¿Quién sois? *Catalina alza el velo y descubre su rostro pàlido y con la vista baja.*) ¡Catalina Howard! ¡Qué veo! ¡Dios mio! Eres una sombra ó una realidad. (*Tomándola en sus brazos y levantándola.*) No: vive! Vive! Pero yo os ví tendida en el sepulcro, envuelta en un sudario, pàlida y fria como una estàtua de màrmol. ¿Cómo pues permitió Dios que os alzàseis del lecho de muerte! ¡Oh! Hablad, hablad, decid... haced que vuestra voz me cerciore de que no sois una fantasma.

Cat. ¿Soy yo acaso la primera mujer que se creyó muerta, no estando mas que aletargada, y que luego despertó en el ataud donde la habian colocada?

Enr. Si es así, hàblame con otro acento con

otra voz: vuelva la vida á tus ojos, y el carmin á tus mejillas. De lo contrario ¿cómo he de creer?... ¡Ah! Catalina, ¿Sabes que yo te amaba?

Cat. Me lo dijeron.

Enr. ¿Qué bajé desesperado á tu tumba?

Cat. Tambien.

Enr. ¿Qué yo mismo te puse este anillo en el dedo?

Cat. Tambien me lo han dicho, tambien; y os lo devuelvo, Señor.

Enr. ¡Tan profundo era tu letargo que de nada de cuanto sucedió mientras dormiste, te acuerdes?

Cat. No señor, de nada me acuerdo.

Enr. Luego lo pasado?...

Cat. Lo puse en olvido, Señor.

Enr. Enteramente?

Cat. Si: no vivo, ni quiero vivir mas que desde el momento que salí de la tumba. No pasan de allí mis recuerdos. Mi existencia va á dividirse en dos partes; la una perdida entre las tinieblas, la otra anegada en los destellos de la luz.

Enr. Pero ¿cómo pudiste salir del sepulcro?

Cat. Estos tienen una llave (*Enseña una llave*) que los cierra y abre.

Enr. ¡Buen Dios!

Cat. ¡Qué teneis!

Enr. Me estremezco á la idea de que podiais haber quedado encerrada allí entre los muertos, sin que nadie supiese tu paradero y existencia.

Cat. Es verdad. Eso habria sido una cosa horrenda. (*Sobresaltada.*)

Enr. ¿Puedes figurártelo, Catalina? Despertarte en el ataud, hallarte sola... ¡Sola! Aguardar inútilmente un socorro que no viene, sentir los mi-

nutos las horas que van pasando... y luego el hambre...

Cat. ¡Idea atroz, atroz!... (*Con la vista fija, y poniendose ambas manos en la cabeza.*)

Enr. ¡Si yo lo hubiera sabido!... ¡Si hubiese llegado á mi noticia que mientras estaba aquí en mi palacio, gozando de la luz del dia, una persona que yo amaba, la mitad de mi corazon padecia tales tormentos, envuelta en las sombras del sepulcro, apoyando su cabeza en un ángulo de la tumba, maldiciendo al mismo Dios!

Cat. Ah! Piedad, piedad... (*Cae sin sentidos.*)

Enr. Se ha desmayado!... Si... ¡Ah! ¡Dios mio! No ha podido resistir á semejantes recuerdos... Necesita respirar el aire libre... (*La lleva junto á la ventana.* ¡Catalina! ¡Querida Catalina! Vuelve en tí. No tienes ya que temer nada. Dios no quiso que el mundo te perdiese tan jóven y tan bella... ¡Catalina! Vuelve á abrir esos hermosos ojos... ¡Sea esta vez mas poderosa mi voz que la primera! Catalina, Catalina! (*Ella abre los ojos, que permanecen fijos, sin el menor movimiento.*) ¡Ah! Ya vuelve... Me oyes? Me oyes?

Cat. Si.

Enr. Y tu memoria?

Cat. Me hallo en el palacio de Wite-Hall, veo aquí el trono, vos sois el soberano, y á mí me falta un anillo.

Enr. Ahí le tienes: guárdale ahora para no quitártele mas.

Cat. De este modo, ¿renovais á Catalina viva las promesas que hicisteis á la misma cuando estaba muerta?

Enr. Todas las renuevo.

Cat. Pues bien, repetidmelas, porque nos las oí entónces, y me interesa oirlas ahora. Hablad, Señor; decidme aquellas palabras májicas que adormecen los recuerdos, encanta el alma y embriagan el corazon. Decid, decid, que os estoy escuchando.

Enr. Pues bien: oye, Catalina. Desde hoy vas á tener cuanto puede imajinar una mujer en sus sueños mas preciosos y lisonjeros. Por do quiera que se estienda mi poderío, dirás *quiero esto,* y al instante será tuyo. ¿Qué me respondes? Estás contenta, Catalina?

Cat. Continuad, continuad hablando.

Enr. Partirás conmigo éste palacio, éste trono: apurarás todos los encantos del lujo y de los placeres; y para no dejar un solo instante de fastidio á tu corazon, se renovarán cada dia las fiestas y los torneos en que serás dos veces reina, y feliz. ¿No es verdad?

Cat. ¿Lo creeis así?...

Enr. ¿Quién podria turbar tu dicha, siendo como eres, escojida del cielo, jóven, hermosa y querida?

Cat. ¿Y Reina? (*Levantándose.*)

Enr. Esta misma tarde, sí: esta misma tarde. El arzobispo de Cantorbery nos unirá; y mañana, cuando te levantes con el manto real en los hombros, y la corona en la cabeza, al frente de mi corte, de la Inglaterra, de la Europa entera, del mundo todo, yo proclamaré á Catalina Howard, esposa de Enrique octavo, y mi córte, mi reino, la Europa, el mundo responderán inclinados ante tí: Viva la reina de Inglaterra y Francia....

Cat. La corriente que pasa por debajo de esta ventana (*Mirando por la ventana.*) ¿es muy profunda?

Enr. Es un abismo. Pero ¿qué estás haciendo? (*Viéndola alargar el brazo en que tiene la llave.*)

Cat. Nada. (*Suelta la llave.*) (*Ap.*) Me hago reina. (*Alto.*) Señor, vuestra novia está pronta.

Enr. En tal caso... (*Cojiéndola en brazos.*) Aguarda... Catalina, espérame... Luego vuelvo.

Escena V.

CATALINA *sola.*

Ve, Enrique, ve: desde este instante soy tuya únicamente... ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Estoy despierta en realidad, ó no es mas que un sueño lo que me está pasando?... ¿Quién podrá venir á hablarme ahora de crímen, ni de virtud?... ¡A mí, que me siento devorada por una fiebre.. á mí que voy á donde me arrastra el torrente... á donde Dios permite que vaya, impelida por un soplo invisible, como el polvo que se alza de la tierra, como la nube del cielo? ¿Qué es lo pasado para mí? Nada: lo presente es algo, el porvenir lo es todo. Yo vivo, y existo, lo que me está sucediendo es real y efectivo; ¿lo demas, qué me importa? Este es el palacio, este el trono, pongo el pié en el primer escalon, subo, me siento en él. (*Lo hace.*) ¡Ah! Si mañana despertase en mi casa aislada de Richemond, ó encima de la tumba del castillo de Dierham!... ¡Ah! Si realmente soy lo que pienso ser, venga alguno á decirme que todo esto es verdad: reconozca mi poder, hágame su debido acatamiento, y salúdeme como á Reina...

Escena VI.

ETHELVOOD y CATALINA (*Ethelvood pálido y desfigurado se asoma á la puerta del laboratorio de Fleming, se adelanta lentamente hácia la primera grada del trono, y al llegar allí se inclina.*

Eth. Salud á Catalina Howard, reina de Inglaterra.

Cat. ¡Dios mio! ¡Qué horror! (*Inclinándose hácia atrás, como quien quiere retroceder.*)

Eth. Apenas acabais de veros reina, y ya vuestros deseos, quedan satisfechos tan pronto como manifestados, Catalina.

Cat. ¡Ethelvood!

Eth. ¡Luego me reconoceis! La tumba es una mansion muy infiel, ¿No es verdad? Tú la considerabas mas segura y mas profunda.

Cat. ¡Misericordia! ¡Dios mio! Despertadme· ¡Oh! No permitais que sea presa por mas tiempo de un sueño infernal.

Eth. Esto es lo que quisieras tú, que fuese un sueño. Pero no lo es, Catalina, no: estás completamente despierta. No duermes, no.

Cat. En tal caso, eres un espectro, una fantasma, una sombra.

Eth. Para todos, pero no para tí. Para tí, Catalina, vivo y soy tu esposo. Para los demas eres viuda.

Cat. ¿Qué espíritu maligno te ha evocado pues del sepulcro?

Eth. ¿Olvidáste, Catalina, que en él habia dos llaves para abrir y cerrar una misma puerta? ¿Que yo te habia dado la primera, pero que la segunda tenia que entregarse al rey? ¿Olvidaste que quedaban dos mujeres, la una que me amaba, la princesa Margarita, la otra á quien yo amaba, sin que me amase ella á mí, Catalina Howard? Pues bien: esas dos mujeres trocaron sus papeles: la que debia acordarse lo olvidó todo, y la que hubiera debido olvidarlo se acordó. Por esto al abrir los ojos, hallé al lado de mi tumba á la una en lugar de la otra... y no hubo mas.

Cat. Ah! Piedad, piedad, Ethelvood. Perdon... Huyamos de aquí... (*Yendo hácia él*) Salgamos juntos, partamos, como lo querias antes. Aquí me tienes envuelta en tu capa... Sácame en tus brazos. Escóndeme en cualquier rincon del mundo, aislado y desierto... Ah! Si: Huyamos, huyamos.

Eth. No señora, no. (*Rechazándola.*) Es preciso que aquí bajo se cumplan todos los destinos: tanto el mio como el vuestro.

Cat. ¡Ethelvood!

Eth. ¿No fué bastante para una simple vasalla como erais, llegar á ser marquesa de Derby, duquesa de Dierham, y esposa de un duque y par de Inglaterra? ¡Hollasteis todo esto, y dijisteis *quiero ser reina*! Ya lo seréis, ¡No temisteis el amor del rey Enrique octavo! pues bien... este amor os devorará.

Cat. Piedad, piedad de mí.

Eth. ¡Quisisteis una corona!... pues bien, la ceñiréis, y ella hará encanecer vuestros cabellos. ¡Ambicionasteis un cetro! Le empuñaréis, Señora, y él secará vuestra mano. ¡Codiciasteis un trono! Subisteis ya á el; pero al bajar tropezaréis con el cadalso

de Ana Bolena.

Cat. ¡Dios mio! ¡Dios mio! (*Llevàndose ambas manos al cuello.*)

Eth. ¡Para tener dorados sueños cuando durmais, necesitais una cama en la que hayan dormido ya cuatro reinas! Atreveos pues á cerrar los ojos en ella, Catalina, y de aquí á ocho dias podreis repetirme lo que os hayan dicho, en aquellas horas, en que los difuntos salen de sus sepulturas,... perded cuidado: yo volveré para preguntároslo.

Cat. ¡Luego os volveré á ver!

Eth. ¡Eso dudas, Catalina! ¿No estamos unidos para siempre ante las aras? ¿Y no sabes que solo la muerte puede separar á los que se unieron en ellas? Me volveras á ver: si. Me son familiares los mas secretos pasadizos de este palacio; y Fleming y la princesa Margarita me ayudarán, guardando un religioso secreto. Esa Catalina Howard que ha llegado á ser reina de Inglaterra, no por eso deja de ser marquesa de Derby... No señora: mis derechos son mas antiguos que los de Enrique; y á pesar de ser tan fiel súbdito como soy, no puedo cederle mas que la mitad de ellos.

Cat. ¿Y qué intentais hacer?

Eth. Acabais de ascender al trono por una pendiente tortuosa y lenta. Procurad saborear la dicha de haber llegado tan alto; porque vuestra bajada será por un derrumbadero escurridizo y rápido.

Cat. Vos no podeis perderme sin perderos.

Eth. Ya os dije, Catalina: en vida y en muerte nuestros destinos no serán mas que uno, hemos dormido en un mismo lecho, subiremos al mismo patíbulo, descansarémos en la misma tumba.

Cat. ¡El rey! Huid, Milord, huid. (*Ethel-*

vood se coloca detras de la coluna idmediata al cuarto de la princesa.

Escena VII.

DICHOS *y el* REY. *La puerta del fondo se abre: salen pajes y caballeros.*

Enr. Señores, aquí está vuestra reina. Saludadla. (*Todos se inclinan: en seguida se oye el grito de*)

Todos. ¡Viva la reina! Vivá Catalina Howard!

Enr. Cumplí mi palabra, Catalina: mandé prevenir al azobispo. (*Yéndose todos.*)

Eth. Cuando llegue mi turno, la cumpliré tambien, Catalina: voy á prevenir al verdugo. (*Entra en el cuarto de la princesa.*)

FIN DEL ACTO QUINTO.

ACTO SESTO.

Cuarto de la reina.

Escena 1.

CATALINA *recostada sobre un sofá*, ENRIQUE *reclinado al lado de ella.*

Enr. Por la segunda vez *(oyendola soñar)* desde estos ocho dias últimos, su sueño descubre no sé que pena ó remordimiento. Muy poderosa causa se necesita para que el alma atormentada esté velando cuando duermen los sentidos.

Cat. El rey me quiere... Ah! No... (*Soñando.*) Tú... no... Quedarse dormida... y no despertar mas... Esta llave... (*Estendiendo el brazo.*) Esta agua... (*Abre la mano.*) ¡Ah!

Enr. He oido decir, que si se habla á los que sueñan asi, oyen y responden á veces. Veamos. ¿Catalina?

Cat. ¿Quién me llama?... ¿Quien bajó á esta tumba?... Esta sortija... Yo quiero ser reina.

Enr. Ya lo eres, Catalina. ¿Qué mas puedes apetecer?

Cat. El cetro... La corona... Los cabellos blancos... Si... la cuchilla... la cuchilla de Ana Bo-

lena... arrodillada... perdon, piedad... ¡Ah! *(Con los ojos fijos y llevando las manos al cielo.)* No me mateis... Perdon...

Enr. ¿Qué quieres que te perdone?

Cat. Harto lo sabeis, pues disteis vos mismo la órden... ¡Ah!... ¿No era esto un sueño? *(Mira al rededor de sí)* ¡Qué sueño tan horroroso! ¿Y vos estabais aquí, Señor?

Enr. Si.

Cat. Y bien! ¿Qué dije? Ah!... Ya sabeis que no debe darse crédito á lo que se dice soñando. Ya sabeis que los desvarios son hijos del sueño y de la noche, los hermanos de la locura, y que cuando se sueña se suelen decir cosas muy raras.

Enr. Sosiégate, Catalina. *(Cuidadoso.)* No dijiste nada, palabras sueltas, y nada mas.

Cat. ¡Qué mas hubiera podido decir! *(Respirando.)* Tonterías que no me atreviera á repetir, y aquí está todo. Alguna de esas cosas que el corazon reserva para sí, sin atreve se á confiarlas á la voz. ¡Le parece tan estraño á una pobre muchacha como yo, criada en la soledad, verse repentinamente trasladada á un palacio, en medio de la opulencia de una corte, mandar á un sin fin de cortesanos, que se apresuran á obedecer sus mas ligeras insinuaciones... Querida de un rey.. ¡Y de qué rey! *(Echándole los brazos al cuello.)* De Enrique de Lancaster, el leon de Inglaterra domesticado por mí...

Enr. Me forman tan dulce cadena vuestros brazos, hermosa Catalina, que nunca tendré valor para romperla. Sin embargo, me es indispensable que la desate por algunos instantes. Me están aguardando en el consejo.

Cat. Un rato mas. El consejo aguardará la

voluntad del rey. Ah! Yo tengo una rival, que me tiene terriblemente celosa, porque está mas presente á vuestro imajinacion que yo misma: porque me roba las horas que deberian pertenecerme: es la Inglaterra.

Enr. ¡Hija mia!

Cat. Os quiero tanto, Enrique, que me seria imposible olvidaros un solo instante. Sin embargo, soy reina, lo mismo que vos rey: debería ocuparme en la Inglaterra, en los intereses de mi corona, de mi reino, de mis vasallos. Soy muy mala reina: ¿no es verdad, Enrique, pues teniendo tantas cosas en que pensar, pienso en vos únicamente?

Enr. No sé, Catalina, si sois reina buena ó mala: lo que sé es que sois la encantadora mas peligrosa, que haya perdido jamás el alma de un rey. Veamos. Actualmente deberia ya estar yo Escocia, ¿Y os parece digno del que apellidais leon de Inglaterra que consiento en que ese insolente Oliver Saint-Clair sea vencido por Dacre y por Musgrave! ¡Oh! Vos teneis dos ojos que encantan, que cuando piden algo es preciso concedérselo, y obedecer cuando mandan. Dejadme cerrarlos (*abrazándola*) para poderme apartar de vos. Adios, mi hermosa reina; el consejo entero, quiero decir, todos los pares de Inglaterra esperan que sea de vuestro capricho el que yo vaya allí. Dejadme pues venir.

Cat. No: llevadme con vos. (*Levantándose.*)

Enr. ¡Qué loca!

Cat. ¿Soy reina ó no? Y en calidad de tal, ¿no me cabe el derecho de presidencia? Decidme, francamente si creeis que tenga tanto juicio como Milord Sussex.

Enr. Seguramente, y entre ambos reunirán

casi la mitad de la de mi bufon. Hasta luego, Catalina; y si me queda un momento de libertad, me escaparé del consejo, para veniros à preguntar si pensais en Enrique octavo.

Cat. Si, si: hacedlo. (*Vase Enrique.*)

Escena II.

CATALINA *sola. Deja caer los brazos, e inclina su cabeza: Su rostro manifiesta una profunda espresion de tristeza y abatimiento.*

¡Ah! ¡Qué fatiga es esta! (*Se encamina al sofà.*) ¡Dios mio! (*Se deja caer en él.*) ¡Cuàn presto se arrugarà esta frente, si tengo de aparentar continuamente tanta alegría, teniendo tan triste el corazon! Se me figuraba que podria amar à Enrique, porque es rey... ¡Amarle! Me da miedo. Cansada de no poder cerrar los ojos en su réjio lecho, llegué à dormirme un rato en este sofà... ¡Y... Oh Dios! ¡Qué sueño! ¡Al paso que él estaba aquí, y podia oirlo, y descubrirlo todo. Como hubiere pronunciado un solo nombre, no habia remedio para mí: era perdida. ¡Este nombre que no cesa de atormentarme en sueños y estando despierta, este nombre que todos los espíritus infernales repiten, danzando al rededor de mi! (*En este instante Ethelwood, sin ser visto de Catalina, abre la puerta que da à las habitaciones de la princesa Margarita, levanta la tapicería, y se adelanta lentamente.*) ¡Este nombre que tarde ó temprano llegaré à pronunciar tambien à mi vez, si el que le lleva continua persiguiéndome de este modo, invisible y desconocido para todos, mé-

nos para mí, que á su primer jesto, á su primera mirada le reconozco al instante! Ralph, su caballo, harto conocido de mí, se cruzó con el mio en la caza; y si al pasar no hubiese dado un relincho, como conociéndome, yo habria tenido tanto al caballo como al jinete por dos verdaderas fantasmas! Su barca chocò anteayer con la mia en el Támesis. Ayer su capa se rozò con mi vestido en los corredores de este palacio. Está en todas partes, lo mismo que los espectros. ¿Hallò acaso el bezar encantado, que hace invisible al que le posee? Díjome que al cabo de ocho dias vendria paraque le diese cuenta de mis sueños y hoy los cumple... ¡Ah! Apénas me atrevo ni aun á volver la vista, de miedo que no le vea de pié detras de mí, con su aire sombrio y amenazador; de miedo que no le oyga decir con su voz grave y sepulcral.. *Aquì estoy, Catalina.* Mas... ¿Qué están haciendo mis damas de honor, que me dejan sola de este modo? (*Alarga la mano para tocar una campanilla; pero la mano de Ethelvood detiene la suya.*) ¡¡Ah!!

Escena III.

CATALINA *y* ETHELVOOD.

Eth. Aguarda un momento, Catalina.

Cat. ¡Dios mio! ¡Ah!... ¿Por dónde pudisteis entrar aquí?

Eth. Por esta puerta que veis á la cabecera de vuestra cama, y da á las habitaciones de la princesa Margarita.

Cat. ¿Sois acaso algun mago, paraque esta

puerta, que yo mismo habia cerrado, pueda abrirse á vuestro mandato? (*Mostrando la llave.*)

Eth. ¿Olvidasteis otra vez que hay puertas que se cierran y abren con dos llaves?

Cat. ¡Oh! Esta... alomenos. (*Va á la puerta del fondo y la cierra con la barra.*)

Eth. ¡Pobre Catalina! Aquí estás en el palacio de White-Hall, lo mismo que estaba yo en mi castillo de Dierham; y el empeño que tenia por ocultarte á los ojos del Rey, le tienes tú porque no me llegue á ver.

Cat. Si te viese aquí seríamos perdidos entrambos, y sin remedio.

Eth. Lo mismo te decia yo allá.

Cat. ¿Pero que quieres ahora de mí? Habla.

Eth. Nada mas que volver á verte: saber por tu propia boca si eres feliz con tu nuevo estado; é informarme de lo que haces de dia y sueñas de noche.

Cat. ¡Feliz yo! Por cierto que no desearia mi actual felicidad al que hubiese asesinado á mi propia madre. ¿Quiéres saber lo que hago de dia? Tiemblo al mas leve ruido que ajiten al rededor de mí los arbustos de la ribera, los árboles del parque, los tapices del palacio. ¿Qué sueño por la noche, me preguntas? Eso tú lo sabes mejor que yo; pues los sueños que tengo me los pronosticaste ya: y casi estoy por creer que eres el mismo demonio que me los envia. Puedes estar muy satisfecho, Ethelvood; porque quedas bien vengado. Soy muy desgraciada; y seria tiempo ya de que tuvieses piedad de mí.

Eth. ¡Piedad de vos, señora! Fuera muy raro que una Soberana llegase á inspirar semejante sentimiento. ¡Piedad de vos! ¿No poseeis ya lo que con

tanto afan codiciasteis? ¿Pajes que os sirvan, corte numerosa que os rodee, espléndidos trajes, suntuosas habitaciones?...

Cat. Lo que yo quisiera ahora fuera á Kennedy... mi vestido blanco, mi pequeña casita de Richemon, y tú, tú, mi Ethelvood, amándome como me amabas entonces.

Eth. Sí: es verdad. Entonces *(Sentándose sobre una mesa, junto al sofá.)* yo estaba triste y vos alegre: vos erais la que me preguntaba, ¿qué tienes, Ethelvood mio? Estás fastidiado?... Erais vos la que me decia: ¿Quereis que os cante una cancion? Conoceis esos versos?

No mas, no mas que una palabra sola,
Dila, mi bien, y mi delicia harás:
Pronuncia el sí, que amor fino acrisola,
Y soberana por mi fé serás:
¿Quiéres ser reina y poseer corona,
Y que mi corte te obedezca á tí,
Cual obedece á mi real persona?
Y le responde la pastora: sí.

Cat. Ah! Calla, por Dios.

Eth. Esto Catalina, no es mas que el eco de otra época de tu vida. ¿Cómo impedirle que repita tus palabras? El rey oyó tu respuesta. La vasalla ciñe corona.

Cat. Sí, por su desgracia.

Eth. Entonces, *(se levanta y se sienta en un taburete á los piés de Catalina.)* te pedí que me dijeses el fin de los amores del rey Roberto y de la bella Elisa, á lo que me contestaste que lo ignorabas. ¿Quiéres pues que te lo refiera yo?

Cat. ¿Para qué efecto?

Eth. Porque esta aventura tiene seguramente mucha semejanza con la nuestra, para que no tomes

interes en ella. *(Deja su gorra encima del sofá.)*

Cat. Decid y haced cuanto querais: yo no os lo impido.

Eth. Sabes que la bella Elisa respondió *sí*; y llegó á ser reina.

Cat. ¡Desgraciada!

Eth. Pero se olvidó de una cosa, de confiará su real esposo los amores que habia tenido con el arquero Ricardo. En aquel tiempo, ¡cosa particular! habia una ley muy semejante á la que Enrique de Inglaterra ha mandado promulgar, la cual condenaba á la pena de muerte á toda jóven, que despues de un enlace como el nuestro, se casase con el rey sin haberlo confesado antes.

Cat. ¡Pena de muerte!

Eth. Es verdad que solamente Ricardo sabia el secreto, porque era su cómplice.

Cat. Pero esta ley fulmínaba la misma pena sobre el cómplice que sobre la culpable. ¿No es así?

Eth. No hay duda, pero para un hombre, que ha estado celoso ¿de qué interes puede ser la muerte; mayormente cuando con esta se logra vengar de aquella mujer que le ha hecho padecer los tormentos mas horribles del infierno!

Cat. ¡Válgame Dios!

Eth. Ricardo era arquero del rey, y como á tal podia habitar en el palacio, y hasta pentrar en las piezas mas escusadas, de modo que por una puerta cuya llave habia podido proporcionarse, penetraba hasta el aposento de la reina. Ricardo no tenia miedo á la muerte, porque habia estado celoso, y aria en sed de venganza.

Cat. ¡Ah! *(Echándose atrás en el sofá.)*

Eth. A los cuatro dias despues de su boda, la

reina le halló en la caza, y el caballo de Ricardo atropellò el suyo. Dos dias despues le encontrò de nuevo en el Támesis, y la barquilla en que iba chocó con la suya. Al dia siguiente casi tropezaron ambos en un corredor, y la ropa de la reina se rozó con la de Ricardo. La reina le reconoció todas las tres veces, porque perdió el color en cada una, y seguramente al volver á palacio, procuró encontrar algun medio para deshacerse de él.

Cat. No, no: Vos no lo creeis, ¿no es cierto?

Eth. No, no lo creo. Tal vez si hubiese estado encerrado en algun subterràneo, del cual ella sola hubiese poseido la llave, le habria dejado perecer allí de hambre y de sed; pero mandar que le matasen á puñaladas....

Cat. No, no: jamás, jamás.

Eth. Por otra parte, él solia llevar para cualquier lance, una cota de malla como esta, debajo de su vestido; *(Abre su ropilla y muestra su cota.)* porque aunque Ricardo no tenia miedo á la muerte, deseaba poder vengarse; al dia siguiente de haberse encontrado con su real amiga en uno de los corredores, penetró hasta el interior de su aposento. El rey estaba fuera, y ella se hallaba sola. Sentóse ricardo á sus pies, así como lo estoy ahora á los vuestros: tomó las manos conque intentaba ocultar su cara, y precisándola á que fijase la vista en la suya, la dijo: *Catalina* mal digo, me equivoco: *Elisa, Elisa ¿hubo jamás mujer alguna que fuese mas amada de la que vos lo fuisteis de mí? Decid.*

Cat. Jamás.

Eth. *¿Hubo hombre alguno que hubiese hecho or mujer lo que yo por vos? Decid.*

Cat. Jamás, jamás.

Eth. ¿Hubo hombre tan atrozmente recompensado como yo? Decid, decid. (*Levantándose.*)

Cat. Ah! por Dios, por Dios.

Eth. Todo se lo habria perdonado á aquella mujer: (*Desesperado.*) su olvido, su ingratitud, su misma muerte, todo menos verla pasar á los brazos de otro, y prodigarle caricias que solo pertenecian á él. Esto no era posible perdonárselo: esto no se lo perdonó jamás: esto causó la muerte de los dos.

Cat. ¡Su muerte! (*Se oyen las trompetas que anuncian la vuelta del Rey.*)

Eth. Si, su muerte; porque en tanto que la reina estaba encerrada con su antiguo amante, el Rey volvió del consejo...

Cat. Milord, Milord, esas trompetas... anuncian que el rey está ya de vuelta. Huid, huid...

Eth. Pero como el no queria huir... (*Inmóvil.*)

Cat. Este es un designio infernal!

Eth. El rey llegó á la puerta del cuarto de la reina (*Se oyen los pasos de Enrique.*) y la halló cerrada.

Enr. Soy yo; abrid, Catalina. (*Desde dentro.*)

Cat. Milord, Milord! (*Suplicándole.*)

Eth. (*Levantando la voz.*) Y por dos veces oyó que estaban hablando alternativamente...!

Enr. Catalina, abrid: vos no estais sola.

Eth. ¡Ah! (*Aparta á Catalina y esta se cae.*) Enrique, Enrique. Llegó para tí tambien la hora de tener celos.

Cat. Matadme, ahora mismo. (*De rodillas.*)

Enr. Ayudadme, señores: Derribad esta puerta, dadme esa maza.

Cat. Mirad, mirad. (*Señalando la puerta que va cayendo á los golpes.*)

Eth. Ya lo veo: es tiempo que me vaya, has-

ta la vista, Catalina. (*Vase.*)

Cat. ¡Dios mio! ¡En dónde podré ocultarme! ¡A dónde huir!... ¡Dios mio! ¡Dios mio! No tengo ya mas esperanza que en vos. Apiadaos de mí. (*Cede la puerta y aparece el rey.*)

Escena IV.

ENRIQUE *con una hacha de armas en la mano*: CATALINA *temblando*: *varios soldados á la puerta.*

Enr. ¿Quién estaba aquí, encerrado á solas con vos, señora? (*Apartando la puerta, y yendo á Catalina.*) Miradme, y responded.

Cat. Nadie, nadie, señor: ya lo estais viendo: estoy sola.

Enr. (*Mira por todas partes, y de pronto repara en la gorra de Ethelwood.*) ¡Ola! A alguien debe de pertenecer esta gorra.

Cat. ¡Dios mio!

Enr. Su dueño ha de haber salido por esta puerta. (*Yendo hácia la puerta.*)

Cat. ¡Señor!... (*Corriendo á él.*)

Enr. ¡Está cerrada!

Cat. Si señor. (*Respirando.*)

Enr. Dadme la llave. (*Volviendose.*)

Cat. Ignoro donde pueda estar...

Enr. Buscadla y la hallaréis. Buscadla, digo.

Cat. No es posible que me acuerde ahora...

Enr. Buscadla mas cuidadosamente. Rejistraos bien.

Cat. Aquí la teneis. (*Saca la llave de su bolsillo.*)

Enr. ¡Bueno! (*Procurando abrir.*) ¡La punta

de un puñal dentro la cerradura! ¡Muy bien ha tomado vuestro cómplice sus medidas, para que no se le pueda perseguir; pero ha olvidado que quedabais en poder mio! Decidme al punto, quien es el que acaba de salir de aquí, señora.

Cat. Por Dios... os ruego.

Enr. Quién es? Su nombre....

Cat. Nadie. *(Suplicando.)*

Enr. Su nombre digo.

Cat. Ah!... no puedo... Señor... no puedo.

Enr. ¡Cómo que no puedes! Lo mismo decia Ana Bolena: con todo, yo hallé el medio de hacer que rompiera aquel silencio, y por mas que apretaba sus adúlteros labios, el dolor hizo que pronunciasen el nombre de Norris. Lo digo por última vez Catalina. ¿Quién era ese hombre?

Cat. Disponed de mi á vuestro gusto, señor. No puedo decir mas.

Enr. ¡De modo que no quieres proferir una sola palabra para tu defensa! Nada quieres decir, nada que sea capaz de hacerme sospechar que mis ojos me engañaron, que creí oir, que creí ver, y que nada era cierto. ¡Yo engañado! ¡Yo vendido! ¡Vendido siempre! ¡Hasta por aquellos, á quienes hice cuanto bien estuvo en mi mano! ¡Ah! Yo la hubiera dado crédito, á pesar de esta gorra; á pesar de haber hallado cerrada esta puerta; á pesar de todo, sí: el amor que tenia á esa mujer me hubiera hecho insensato. Capitan de mis guardias, prended la persona de la reina, y que sea conducida ante la cámara alta.

Cat. Señor, por Dios! Señor...

Enr. Y vos, Catalina Howard, preparaos á dar vuestras respuestas á los jueces que sentenciaron á Ana Bolena. *(Vanse todos.)*

FIN DEL ACTO SÉSTO.

ACTO SEPTIMO.

Escena 1.

El REY, SUSSEX, GRANMER, *miembros del parlamento.*

Enr. Señores, ya sabeis que toda acusacion *(de pies)* de traicion y adulterio arrastra consigo la pena de muerte.

Par. Milores, ¿se da por bastante instruida la cámara?

Unos. Si, si, si.

Sus. No.

Enr. ¿Cómo es eso, Milord?

Sus. Bastante instruida por lo tocante al fuero esterno, lo concedo; pero no en cuanto á la conciencia.

Enr. ¿Qué?

Sus. El parlamento es un tribunal independiente y justo, que solo á Dios debe dar cuenta de sus fallos. En las dos horas que está durando esta sesion, vos, señor, habeis acusado; pero ¿cuáles son las pruebas de la acusacion? ¿en dónde están?

Enr. ¡Bueno, Milord, bueno! Daremos estas pruebas; pero entretanto empeñamos nuestra palabra real.

Sus. *(Continuando.)* Tenemos el derecho de exijir esas pruebas de V. G., ántes de fallar la sen-

tencia que separe una cabeza de su tronco, un alma de su cuerpo, una reina de su rey.

Enr. El adulterio ya los ha separado de hecho, mejor de lo que puede hacerlo, y lo hará la cuchilla del verdugo.

Sus. Estaba diciendo, señores, (*Con gravedad.*) que antes de devolver á Dios con la cabeza en la mano á la que él nos habia enviado con una corona en la cabeza, tenemos que pesar relijiosamente, en la balanza de nuestra justicia, la acusacion que se ha intentado contra ella; y no pronunciar el fallo, lo repito, sino cuando el platillo de sus culpas se incline tanto, que solo pueda servirle de contrapeso la misericordia divina.

Enr. Eso, Milord, (*Furioso, y poniendo un pié sobre la mesa que tiene delante.*) es decir que cuando yo acuso, tu defiendes; que dudas, cuando aseguro: que cuando yo juro, niegas. ¡Tú, Milord! ¡Tú! ¿Olvidaste ya quien eres y quien soy? ¿Olvidaste que Dios puso en mi mano uno de los reinos mas poderosos del mundo; y que á medida de lo que yo la abriere ó cerrare, facilitaré el ambiente á catorce millones de hombres para que respiren ó se ahoguen?

Sus. V. G. se equivoca, señor: Dios le dió el poder real; pero no el reino: los cuerpos; pero no las almas.

Enr. Por esa misma razon, Sr. de Sussex, cuando alguno de los cuerpos que nos están sometidos, contiene una alma que nos es rebelde, sabemos llamar al verdugo á nuestro auxilio, paraque haga salir el alma de aquel cuerpo.

Sus. Y si acaso tardare el verdugo no ignoramos que hay rey que ciñe una daga que sabe hacer

el oficio de cuchilla.

Enr. *(Haciendo movimiento.)* ¡Milord, Milord!

Los par. ¡Por Dios Conde! *(Rodean á Sussex.)* ¡Milor de Sussex! Vamos.

Sus. Apartaos, señores, quiero que el rey vea que estoy solo y que puede venir, si es este su intento.

Arz. Señor, ¿ignorais que la persuacion penetra en las almas mas con las palabras que con el acero? V. G. nos habló de pruebas...

Enr. Es verdad, Sr. de Cantorbery: *(Sale la reina.)* aquí teneis á la acusada, que viene á suministrar por si misma dos, que no podreis desechar: su propia turbacion y su palidez: *(Llega la reina: rumor en el pueblo.)*

Escena II.

DICHOS, CATALINA *y las duquesas de* OXFOR *y de* ROKECY.

Uj. Silencio, señores.

Cat. Milores, tendréis piedád de mí: *(Sentándose.)* no es cierto?

Arz. Y ahora, señor, tenga á bien V. G. repetir la acusacion delante de la acusada; porque tiene derecho á oirla y contestar á ella.

Enr. Milores: hoy no son ya simples sospechas, como las que concebí acerca de Ana Bolena, y justificó el proceso: es un convencimiento que se introdujo en el corazon... por los ojos y por los oidos, yo mismo ví y oí.

Cat. Ah! El rey se engaña, señores.

Enr. A mi vuelta del consejo encontré á esta mujer que habia hecho reina, encerrada con su cómplice, he oido las voces de ambos, he violentado la puerta...

Cat. Pero V. G. me encontró sola, señor.

Enr. Si; pero la otra puerta en cuya cerradura, á fin de que no se pudiese abrir, se habia roto la punta de un puñal, la gorra que hallé á vuestros pies, Señora; y mas que todo vuestra turbacion y palidez, vuestra confesion misma, pues confesasteis que alguien estaba con vos...

Cat. No señor, no.

Enr. Si: lo confesasteis; solo que os resististeis á pronunciar su nombre; pero no importa: vosotros proferireis igual sentencia contra la culpable presente y contra el cómplice ausente: para que apenas vuestra justicia pueda alcanzarle, no tengamos que molestaros para haceros firmar otra sentencia. Por lo tanto, Milores, reitero la acusacion de traicion y adulterio contra la reina Catalina, afirmando haber oido la voz de un hombre encerrado con ella, y que encontré en su cuarto la gorra de dicho hombre, á los pies de la reina. Esto lo afirmo sobre mi honor, por mi corona y por el evanjelio: es decir por cuanto hay de mas grande y sagrado en el mundo. Ahora, Milores, cualquiera que manifestare la menor duda, despues de lo que acabo de asegurar, desmentirá á su rey.

Pres. Señora, ¿que teneis que responder?

Cat. ¿Qué quereis que os responda, Milores? ¿qué puedo oponer á una palabra tan poderosa como la de un rey? No se puede luchar contra el rayo de Dios: se cierran los ojos, se aguarda el golpe, y se recibe la herida. Por lo que toca á mí, Milores,

no me siento con fuerzas bastantes á rebatir una acusacion tan terrible: juzgad pues segun vuestra clemencia; pero no segun vuestra justicia. Lo que hicisteis estará bien hecho, y ya anticipadamente os lo agradezco, ú os perdono.

Pres. ¿Se considera suficientemente instruida la cámara?

Los par. Si, Milor, si.

Pres. Pasemos pues á deliberar.

Sus. Aguardad un momento, Milores. En atencion á que mi conciencia no me permite tomar parte en una deliberacion, cuyo resultado me indica su propia marcha; y como este será una sentencia de pena capital, y ella un remordimiento y una afrenta para toda la cámara que la pronuncie; abandono este puesto, en el cual se sentaron mis antepasados por espacio de cuatro siglos, y el manto de Par que me legaron. No hago ya parte de la cámara alta desde este instante, y vuelvo á entrar en la clase del pueblo; de ese pueblo que anula las sentencias y juzga á los monarcas. *(Se despoja del manto y deja su asiento, pasando á la balaustrada de los concurrentes.)*

Enr. Muy bien, Conde de Sussex; queda admitida por Nos vuestra dimision. Gracias á Dios sobran en Inglaterra, nobles caballeros, que llevarán como vos las insignias de los Pares. Yo me retiro, señores, para dejaros deliberar libremente. *(Se va por la puerta del fondo.)*

Pres. Que salga la acusada.

Cat. Reflexionad, señores, que vais á pronunciar un fallo de vida ó muerte contra una reina. Pensad que no he tenido apoyo ni consejo: que es un rey quien me acusa, y una pobre mujer la que

se defiende: interin vais á deliberar sobre mi suerte, no podré hacer mas que rogar al Señor que toque el corazon de mis jueces. *(Se la llevan.)*

Escena III.

Los PARES *se reunen en grupo para deliberar,* GUILLERMO JAKSON, *hombres del pueblo entre los asistentes.—Una* MUJER.—*El.* UJIER.

Guill. Si señores: la cuenta está cabal: cinco reinas por un solo rey; aun que es verdad, que han reinado muy poco las dos últimas.

Maj. ¿Sois de parecer, señor Guillermo que saldrá condenada á la pena de muerte?

Guill. Pondría mi cabeza sobre un tajo. Ménos habia hecho la reina Ana Bolena; y sin embargo fué muy corto su proceso.

Jak. Yo ví ejecutar á aquella reina.

Maj. ¿Es verdad, señor Jakson, que nunca quiso confesar nada?

Jak. Nunca, tan cerca estaba yo del cadalso, como de aquí á esa puerta de en frente: y oí cuanto dijo, sin perder una palabra.

Maj. ¿Y bien, qué dijo?

Jak. «Pueblo de Lóndres, vengo aquí á morir, cumpliendo con la ley que me ha juzgado. No «pretendo quejarme de ella; sino sufrir su ejecu«cion, sin culpar á nadie, ni decir nada para justi«ficarme. Ruego á Dios que guarde al rey, y multi«plique los dias de su reinado sobre vosotros.»

Maj. ¡Pobre mujer!

Jak. Despues puso la cabeza sobre el tajo,

diciendo *encomiendo mi alma á Jesucristo*; y como esta era la señal convenida con el verdugo, apenas hubo pronunciado aquellas palabras, cuando ya la cabeza estaba separada del tronco.

Guill. ¡De un solo golpe!

Jak. Seguramente. El Rey habia escojido un verdugo muy hábil, el de Calés, al que se habia hecho venir adrede.

Muj. ¿Y tendrán tambien que enviar por él?

Jak. No, no; desde entónces, el nuestro ha tenido bastante que hacer, para acostumbrar la mano.

Muj. Señores, silencio; que el parlamento va á pronunciar su sentencia.

Pres. Que entre de nuevo la acusada.

Escena IV.

DICHOS, CATALINA, *vuelve á entrar pálida sostenida por dos mujeres y escucha la sentencia*: ENRIQUE.

Pres. Hoy dia 9 de febrero de 1542; Oida la acusacion hecha ante Nos por S. G. el rey; y oidas pruebas presentadas en apoyo de dicha acusacion; la cámara alta de Inglaterra reconoce á Catalina Howard delincuente del crímen de adulterio, y la condena junto con su cómplice desconocido á ser decapitados á la entrada de la torre de Lóndres, ella dentro el término de tres dias; y él al cabo de los mismos de haber sido descubierto y aprehendido.

Cat. Dios mio! Dios mio! *(Haciéndose atrás.)*

Enr. Gracias, Milores. *(Aparece por la puer-*

ta del fondo.

Pares. Señores, se levanta la sesion.

Sus. Todavía no, Milord presidente, con permiso de S. G. *(Estendiendo la mano.)*

Enr. ¿Qué teneis que oponer contra el fallo?

Sus. Nada, señor: es tal como yo le esperaba de la cámara.

Enr. Pues no haceis parte de ella, tampoco entrais en la responsabilidad.

Sus. Es verdad que no soy miembro de ella; pero soy siempre conde de Sussex: me despojé del manto de par; pero conservé la espada de caballero, y á ella si gustais permitirlo, apelaré de la sentencia que acaba de proferirse. *(Atraviesa el teatro con lentitud y va á arrodillarse delante de Catalina.)* Señora y reina, sé que el recurso que os ofrezco es muy débil, pero ¡Ah! señora; en una situacion tan apurada como la vuestra, no os queda mas esperanza en este mundo.

Cat. ¿Qué quereis decir, Milord? ¿no estoy ya condenada?

Sus. Si señora; pero os queda el derecho de apelar del juicio de los hombres al de Dios. Pedid el combate en el palenque: no os lo pueden negar porque las antiguas leyes de Inglaterra os le conceden; y si os dignais elejir por vuestro campeon al hombre que teneis á vuestros pies, este no se levantará sino para proclamar vuestra inocencia; sosteniéndola, no solo de palabra, sino con su espada. ¿Es esto lo que yo habia prometido hacer, señor de Cantorbery? *(Volviéndose al arzobispo.)*

Danz. Aceptad, Señora, aceptad.

Pueb. Sí, sí: el combate: el juicio de Dios.

Maj. Silencio.

Cat. ¡Què me proponeis, Milord! Os ruego... (*Tendiéndole la mano.*)

Sus. Señora, no me levantarè sin que me hayais hecho el honor de juzgarme digno de defenderos.

Cat. Pero ¡si ese combate os fuese fatal!...

Sus. Mi vida es de mi soberana, y mi alma de Dios. Si muero, cada cual habrá tomado lo que le pertenecia.

Cat. Vos lo quereis, Milord.

Sus. Lo suplico á V. G.

Cat. Milores, apelo al juicio de Dios, (*Levantándose.*) del juicio de los hombres. Pido el combate como prueba de mi inocencia, y escojo por campeon mio al conde de Sussex.

Sus. Gracias, señora. (*Levantándose.*) Àhora Milores, oid: yo Càrlos Guillermo Enrique, conde de Sussex, á todos los presentes y venideros: me presento para sostener con lanza, cuchillo ú espada en mano, contra los que dijeren lo contrario, que la reina Catalina ha sido condenada injustamente, y que está para é inocente del delito de adulterio de que se la acusa.

Voz. Mentís, Milord de Sussex. (*De entre la muchedumbre del pueblo.*

Sus. Venga pues á recojer este guante el que acaba de proferir esas palabras. (*Un caballero perfectamente armado y con visera calada, se adelanta lentamente à Sussex.*)

Cat. ¡El es! ¡El es! (*Retrocediendo.*)

Las dam. ¿Quién, señora?

Cat. La fantasma! el espectro!... el mismo demonio!

Cab. Y Yo, señores, respondiendo al desafío

del conde de Sussex, aseguro aquí sobre el honor de mi sangre y de mi raza, que la sentencia dada en la cámara es justa: aseguro que la reina Catalina ántes de casarse con el rey pertenecia á otro: que se casó sin confesárselo, y que despues de casada, recibió en su gabinete á su amante primitivo. Por lo tanto, cojo el guante arrojado por Milord de Sussex, acepto el desafío, y ruego á S. G. que se digne fijar el dia de la pelea. (*Un rato de silencio.*)

Enr. Mañana, señores, mañana. Los jueces del campo cuidarán de hacer publicar á son de trompetas, cual sea el sitio que habremos elejido, y cuales las armas que hayamos señalado. Os queda la noche, señores: aprovechadla para cumplir con vuestros deberes, como cristianos; porque acaso antes de veinte y cuatro horas uno de entrambos habrá comparecido ante el trono de Dios. Levántese la sesion, y recondúzcase á la reina á la torre, permitiéndola comunicar libremente con su campeon. (*Vase.*)

Cat. Hasta mañana, Milord. (*A Sussex.*)

Sus. Hasta mañana. (*Tendiéndole la mano sin titubear.*)

FIN DEL ACTO SEPTIMO.

ACTO OCTAVO.

Un cuarto de la torre de Lóndres, en el fondo una ventana grande que dá á la ciudad, cerrada por cortinas negras: á la derecha un crucifijo, debajo del cual habrá un reclinatorio: enfrente una puerta.

Escena I.

CATALINA, *y las duquesas de* OXFORD *y de* ROKEBY.

Cat. ¡La muerte! ¡La muerte me aguarda! *(Arrodillada en el reclinatorio)* Seré degollada sin compasion, ni misericórdia. Ese hombre tiene un corazon de bronce. ¡Pobre conde de Sussex!

Oxf. Se necesitaba llevar una armadura encantada, para resistir á los golpes de semejante adversario.

Cat. ¡Harto lo ví! Todas las furias del odio y la venganza animaban su brazo.

Oxf. Si me atreviese á recordar á V. E. que el rey permite que Monseñor, el arzobispo de Cantorbery...

Cat. Sí, Duquesa: ya lo sé. Enrique, en atencion á mi calidad de reina, me ha concedido un príncipe de la iglesia, para que me asista en mis últimos instantes. Le estoy agradecida; pero acaso preferiría

yo un cura de aldea. ¿Para cuándo es, Señoras?

Oxf. Para esta tarde, à las seis.

Cat. ¡Ah! ¿Pensais que efectivamente me hará dar muerte el rey? Cuando con una sola palabra que diga, una sola... ¡Ah! No la proferirá. Sin embargo le es tan fácil! ¡Conque no hay medio alguno de salvarme! Decid, señora de Oxford, señora de Rokeby. (*Las dos lloran.*) ¡Dios mio! ¡Dios mio! Idos, idos: si no podeis ayudarme en nada, dejadme sola. (*Vanse las duquesas.*)

Escena II.

CATALINA *sola. Dan las cinco: Catalina se sienta en la almohada del reclinatorio: la campana habra sonado dos veces: á la tercera campanada, cuenta alto.*

Tres, cuatro, cinco. (*Atenta y acongojada.*) ¡Las cinco! ¡No mas que una hora de vida... y luego... nada... y mañana... mañana se levantará el dia sobre mi tumba... ¡Ah! ¡Yo que debia oir sonar aun tantas horas!... Yo que soy todavía tan jóven, que apenas llego al tercio de mi vida... y ya estoy con el brazo tendido, tocando la eternidad!... ¡Morir! ¡Oh palabra que ni siquiera se habia presentado á mi imajinacion durante diez y ocho años y que desde ayer esta hiriendo mi corazon en cada uno de sus latidos! ¡Morir! ¡Morir! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Y vos permitireis que muera!... ¡Oh Kennedy! ¿En donde estás? ¿En dónde mi casita de Richemon, aquellas verdes praderías, aquellos sueños nacarados de mi juventud... en dónde están? ¡Y yo, que me creia in-

feliz en el seno de tanta felicidad! ¡Insensata! ¡Ah Si el rey me dijese: yo te perdono, Catalina, vuélvete al retiro de donde te saqué... ¡Oh! ¡Cuán enajenada besaria yo sus manos, abrazaria sus rodillas!... Y si quisiese, podria hacerlo muy bien. Si yo pudiese verle, le rogaria tanto, fueran tantas mis lágrimas que estoy cierta que al fin me perdonaria. ¡Qué le importa al rey que yo muera ó que viva! Mi muerte no ha de hacerle mas poderoso. No hay remedio: es preciso que yo le vea. ¡Oh la última de mis esperanzas! (*Tomando una sortija con un diamante.*) único resto de mi esplendor de reina, última seduccion que me queda que emplear... ven en mi ausilio... Pero el tiempo corre... las horas vuelan... ¡Cuánto habrá que dieron las cinco! Yo he perdido la cuenta de las horas... ¡Oh! la cabeza se me abre al latir de mis venas! (*Apoya los codos en las rodillas y se aprieta las sienes con los puños, interin fija la vista en la puerta que se abre lentamente: sale el verdugo, y se para al umbral, inclinando una rodilla en el suelo. Catalina al verle se endereza en el reclinatorio, y con las manos busca los pies del crucifijo, sin perder de vista al verdugo.*)

Escena III.

El VERDUGO *y* CATALINA.

Verd. Señora, sabeis quien soy?

Cat. Me lo figuro... Sois el... (*La falta la palabra.*)

Verd. Si señora.

Cat. ¿Porqué estais arrodillado?

Verd. Vengo á pediros perdon, como de costumbre.

Cat. ¡Mofa cruel! El verdugo pide perdon á su víctima de tener que herirla, y sin embargo la hiere.

Verd. De por fuerza.

Cat. Decidme, ¿No mirais con horror vuestro oficio? (*Mirando su sortija.*)

Verd ¿Puede ser de otro modo?

Cat. ¿Y porqué os dedicasteis á él?

Verd. Porque mi abuelo lo dejó por herencia á mi padre, y este á mí.

Cat. ¿Y no es verdad que vos le aborreceis?

Verd. Al principio hubiera dado la mitad de mi vida por poder abrazar otro.

Cat. Y luego?...

Verd. Luego fué preciso irme acostumbrando á él.

Cat. ¿No sois el único verdugo que hay en Lòndres?

Verd. Si señora, el único.

Cat. ¿Y quién os reemplazaría si os ausentaseis?

Verd. Nadie.

Cat. Y en este caso tendrian que ir por el de Cales. ¿No es verdad?

Verd. Así sucedió con Ana Bolena; y así quisiera yo que hubiese sucedido con vos.

Cat. En tal caso tendrian que concederme tres ó cuatro dias mas de vida: ¿no es verdad?

Verd. Si señora.

Cat. Y en este intermedio acaso me seria posible que el rey me viese y me concediese su perdon... Amigo, (*Quitándose del reclinatorio.*) Es in-

dispensable que salgas de Lóndres.

Verd. No puede ser.

Cat. ¿Porqué motivo?

Verd. Porque ¿quién daria entonces de comer á mi mujer y á mis hijos?

Cat. ¿Y si yo os enriqueciese á todos?

Verd. ¡A todos!

Cat. ¿Cuánto os pasa anualmente el gran Canciller?

Verd. Veinte libras.

Cat. Mira esta sortija.

Verd. Ya la veo: ¿y qué?

Cat. Vale mil: es decir cuanto podriais ganar en cincuenta años. Pues si la quereis será vuestra.

Verd. ¿Y qué es lo que tengo que hacer para adquirirla?

Cat. No mas que huir de aquí. No os pido que me salveis; pues ya sé que no está en vuestra mano: tampoco puedo escaparme yo; pero á vos nadie os está observando; nadie se figura que aborrezcais vuestro oficio; y vos le aborreceis, que así me lo habeis dicho. Pues bien; idos de aquí al punto: que cuando os busquen no puedan encontraros, volad á Escocia con vuestra mujer y vuestros hijos: no traeis escrito en la frente lo que habeis sido, ni hecho hasta ahora; no sabrá nadie quien sois: no tendréis que vivir encerrado en un círculo de sangre, y podréis mezclaros con los demas hombres: no tendreis que humillaros á pedir perdon á nadie, ni regresaréis á vuestra casa con las manos ensangrentadas, ni legaréis á vuestros hijos la herencia de la infamia que vuestro abuelo legó á vuestro padre y este á vos: y ademas, al pensar que asegurasteis de este modo

vuestra fortuna, os acordaréis que salvasteis tambien la vida de una reina, que no cesará de rogar por vos en todas sus oraciones, paraque aparte de vos lo pasado dejándoos únicamente lo venidero.

Verd. Señora, esa sortija es mia de derecho, sin tener que esponerme á tantos peligros para adquirirla; porque los despojos de todos los reos me pertenecen.

Cat. Pero yo soy libre todavía de regalarla á cualquiera de mis damas.

Verd. Ya no las volvereis á ver.

Cat. Puedo arrojarla desde el patíbulo en medio de la muchedumbre, gritando que la doy al primero que la recoja.

Verd. Esto es tentar de un modo terrible á un hombre, señora; porque habiéndome dicho inconsideradamente el valor de esa alhaja, ¿quién puede impedirme que os lá arrebate?

Cat. Probad de hacerlo, si teneis valor (*Metiéndosela en la boca.*) y veremos, si os atrevereis á abrir el seno de una reina para robarla.

Verd. ¡Me asegurais que vale mil libras esterlinas!

Cat. Mil.

Verd. ¿Me lo jurais?

Cat. Sobre este crucifijo. (*Tiende la mano.*)

Verd. Dádmela pues, y me voy.

Cat. Y vos sobre qué me jurais que cumplireis vuestra promesa?

Verd. Sobre el mismo crucifijo.

Cat. No: no: juradlo por la vida del menor de vuestros hijos; prefiero este juramento.

Verd. Pues por su vida os lo juro y que el Señor me le arrebate, si violare yo mi juramento.

Apenas me deis la sortija, salgo de Londres para no volver jamàs.

Cat. Aquí la teneis: huid. (*Le dd la sortija, empujdndole para que se vaya.*)

Escena IV.

CATALINA *de rodillas y luego el* ARZOBISPO.

Cat. ¡Buen Dios! Os doy mil y mil gracias, porque ya se cansò vuestra venganza.

Arz. ¡Bueno! Hija mia: ya me figuraba yo que os encontraria con esas santas disposiciones, y en esa misma postura, porque acabo de ver al hombre que sale de aquí.

Cat. Se iba: ¿no es verdad?

Arz. Si, pero volverá luego.

Cat. ¡Volverà! ¿Os dijo que volveria?

Arz. Nada me ha dicho, nada, hija mia: pero no ignorais que no os queda mas que media hora de vida.

Cat. Es verdad: (*Ap.*) Para él no me queda mas, porque no puede saber... ¡Oh! (*Sonriéndose.*) No sabe nada.

Arz. ¿Qué estrañas ideas os ocupan, hija mia, que en un trance como este, puedan escitar así la sonrisa de vuestros lábios?

Cat. ¿Creeis, señor, (*Sin oirle.*) que si me fuera posible ver aun á Enrique, no lograrian ablandarle con mi llanto, mis súplicas, y lo que me queda todavía de esta belleza que amó?

Arz. Dios tiene en su diestra el corazon de los monarcas, y como es todo misericordia, no me cabe

duda de que en un caso semejante le enviase una inspiracion de clemencia.

Cat. Entonces importa que me proporcioneis que yo pueda ver al rey.

Arz. ¡Yo, señora! ¿Cómo es posible, cuando dentro de algunos minutos...

Cat. ¿Y si en vez de minutos me quedasen dias aun?

Arz. Señora, la sentencia debe ejecutarse à las seis.

Cat. ¿Y si no pudiese verificarse à dicha hora?

Arz. ¿Quién lo habia de impedir, á no ser que faltase víctima al verdugo?

Cat. Puede faltar verdugo à la victima.

Arz. No lo penetro.

Cat. Reflexionad, Monseñor, que lo que voy á comunicaros es el principio de mi confesion; y que Dios os prohibe que reveleis esta especie de secretos.

Arz. El vuestro morirá aquí.

Cat. Sin ejecutor (*Apoyándose en sus hombros le habla á media voz.*) no puede haber ejecucion. Sabed pues que el de mi sentencia se ha ausentado; que cuando le encontrásteis, salia de este recinto para no volver mas, y que en la actualidad debe estar ya fuera de Lóndres. (*Mas bajo todavia.*)

Arz. ¡Qué me decis!

Cat. Oid: vos, Monseñor, no me quereis seguramente mal; porque yo nunca os hice el menor daño, y aun cuando sin saberlo os le hubiese hecho la relijion, de la cual sois uno de los principales ministros, os impone que tendais una mano á vuestro prójimo en su desnudez, sosteniéndole en su debilidad, y amparándole en sus peligros. Pues bien, Monseñor,

tendedme la mano, sostenedme, amparadme.

Arz. ¿Qué es lo que puedo hacer por vos, señora? *(Rumor en el pueblo.)*

Cat. ¿Ois?

Arz. Esto es el pueblo que se halla reunido en la plaza.

Cat. Aguarda su presa y está rujiendo: Yo voy á escribir al rey, ¿no es verdad? Vos os encargais de entregarle mi carta, ¿Me lo prometeis? *(Sale un guardia.)*

Guar. Perdon, señora... *(Mira por todas partes.)* Venia á ver... *(A otras personas, que habrán salido con él.)* No está aquí. *(Vase.)*

Cat. Lo veis, Monseñor? No hallarán al que buscan; porque me ha cumplido su palabra. *(Con alegria.)*

Arz. Veo que el Señor os proteje, hija mia: haré lo que pedis.

Cat. ¡Qué bueno sois, Monseñor! ¡Os doy mil gracias, y voy á escribir á Enrique. Si... *(Se oye una trompeta.)* ¿Pero qué es esto?

Arz. No lo sé. *(Catalina le abraza.)*

Voz. *(Desde dentro.)* Pueblo de Lòndres, el lord Gran Canciller, ministro de justicia, os hace saber que en el momento de irse á ejecutar la sentencia de la reina, ha desaparecido el verdugo; y queriéndose no retardar el efecto de la mencionada sentencia, ofrece al que se presentare á hacer su oficio la cantidad de veinte libras esterlinas, autorizándole ademas á cubrirse el rostro con una mascarilla. Igualmente declara que el que tal hiciere llenará los deberes de buen ciudadano. *(La trompeta suena algo mas lejos, y se repite el mismo pregon.)*

Cat. ¡Ah, Monseñor! ¿Lo habeis oido?

Arz. Si señora.

Cat. Pero ¿habrá hombre tan bárbaro bajo la capa del cielo que quiera encargarse de una comision tan atroz?

Arz. No lo creo alomenos.

Cat. Escribamos. (*Sentándose*); pero ¿que le diré? Dirijidme, Monseñor; porque yo he perdido el razon.

Arz. Nadie mejor que vos, sabrá hablar señora, el lenguaje mas á proposito para enternecer el corazon del rey.

Cat. ¿No es verdad que no habrá quien se ofrezca á desempeñar este horrible empleo? Esto seria un asesinato abominable.

Arz. Pero escribid, señora.

Cat. Decis bien. — «Enrique, (*Escribiendo.*) «con un pié en las gradas del cadalso, y al resplandor «de un último rayo de esperanza, me arrojó á»...(*En esto se para, y muestra al Arzobispo un enmascarado que sale.*) ¿Le veis Monseñor? Es él! Es él!

Arz. ¡Es él!

Escena v.

DICHOS, *y* ETHELVOOD *enmascarado.*

Eth. ¿Estais preparada ya, señora?

Cat. Es su voz... su voz maldecida!... Y yo le habia olvidado ya! ¡Ah Monseñor! Soy perdida. (*Pasa al otro lado del Arzobispo.*)

Arz. ¿Porqué no procurais suplicar á ese hombre que se retire?...

Cat. ¡A él, Monseñor! ¡A él! Tanto valdria suplicar al tajo.

Arz. En tal caso, hija mia, depositad en mi seno la confesion de vuestras culpas; y ya que no me ha sido dable salvar vuestro cuerpo, pueda alomenos salvar vuestra alma. Estoy pronto á escucharos.

Cat. No puedo... Monseñor... no puedo. De nada me acuerdo ya.

Eth. Permitidme, Monseñor, que lo haga yo por ella, pues me acuerdo muy bien.

Arz. ¿Lo sabe acaso todo este hombre?

Cat. Lo mismo que Dios, Monseñor.

Eth. Esta mujer era una pobre muchacha, sin nobleza alguna; sin parientes, perdida en el pueblo, como una flor bajo la yerba, sin horizonte, sin porvenir. ¿No es verdad, Catalina?

Cat. Es verdad. (*Apoyando la cabeza en el hombro del Arzobispo.*)

Eth. En medio de su humilde estado, la descubrió un hombre, y llegó á amarla. Este hombre era de lo mas noble y poderoso que tiene la Inglaterra: hubiera podido seducirla, hacerla su dama, y luego abandonarla, sin embargo se casó con ella. ¿No es verdad, Catalina?

Cat. Es verdad.

Eth. Al cabo de algun tiempo, pudo llegar este hombre á ser hermano político de un Soberano, y Virrey de sus dominios; pero para conservarse todo entero á esta mujer, reusó cuantas ofertas se le hicieron. ¿No es verdad, Catalina?

Cat. Es verdad.

Eth. Esto le hizo perder la gracia del Rey, su puesto, sus bienes, sus dignidades, sus títulos... Pobre y despojado de todo por esta mujer, no le quedaba ya mas que la vida; y el insensato se la con-

fió: encerróse en un sepulcro, y la dió la llave... y aquella llave que él creia haber confiado al ánjel de la vida, la mujer que aquí estais viendo, mujer que sabe olvidar sin tener el menor remordimiento, á la vista de un palacio que se le abria, de un cetro con que se la brindaba, de una corona que podia ceñir... aquella llave que debia abrir de nuevo la tumba del hombre que todo se lo habia sacrificado, que todo lo habia perdido por ella, todo; bienes, jerarquía, dignidades, títulos... aquella llave... ¡Qué horror!... esta mujer la arrojó al Támesis, para que no volviese á parecer mas, ni ella, ni aquel hombre que estaba enterrado... si... aquella llave... aquella llave... ¿No es verdad, Catalina?

Cat. Es verdad. (*Cae sobre su rodilla.*)

Eth. Se hizo viuda para llegar á ser reina; y lo llegó á ser. Vos, Monseñor, la visteis en el trono, prodigando á otro los nombres de esposo y de querido. Es muy cierto que ese hombre era rey; pero no confesándole nada de lo ocurrido antes, le engañó lo mismo que habia hecho primeramente con el duque. Un monarca engañado sabe vengarse; condújola pues ante la cámara de los pares, en donde teneis asiento, Monseñor. Vos tomasteis parte allí en la sentencia que se pronunció; y esto no puede causaros remordimiento alguno, pues ya estais viendo cuan delincuente era esta mujer. Ella no lo ignoraba, sabia que era acreedora al fallo que se acababa de dar: que merecia no una muerte sino mil. Sin embargo, en vez de humillar su frente al peso de vuestra justicia, en vez de darse golpes de pecho, diciendo con toda razon *por mi culpa*, y suplicar el perdon de la misericordia divina, admitió la insensata propuesta del conde de Sussex, quien la ofreció

su espada, sin que ella le dijese, como debia: *Soy indigna de ella.* Él la ofreció la vida, y ella le degolló: si: ella es quien dió la muerte al bueno, al leal, al noble conde de Sussex: ella y no su adversario es quien le mató; pues permitió que se hiciese campeon á la presencia de Dios de una causa que tanto ella como Dios sabian muy bien que era injusta. ¿No es verdad, Catalina?

Cat. Es verdad.

Eth. Ahora, Monseñor, ahora que conoceis todos sus delitos, tanto como ella misma y como yo, dignaos absolverla, padre mio: y despachaos; porque la reo está de rodillas y el pueblo aguardando impaciente. Va á dar la hora, y el ejecutor está pronto. (*Vase por la ventana del fondo.*)

(*Rumor en el pueblo, al ver Ethelvood.*)

Escena VI.

ARZOBISPO, CATALINA, *las dos* DUQUESAS.

Arz. ¿Reconoceis, hija mia, todos los crímenes de que se os acusa?

Cat. Todos padre. ¿Podré esperar que Dios me los perdone?

Arz. Dios es todo poderoso, (*La da la bendicion.*) é infinita su misericordia. En nombre de Dios os absuelvo.

Cat. Quisiera, señoras duquesas de Oxford y de Rokeby, poderos legar algo en memoria de vuestra reina... pero subí pobre al trono, y bajo pobre de él. Nada poseo.

Duq. Vuestra mano, señora... (*La besan la*

mano y permanecen arrodilladas.)

Cat. Vamos, Padre mio. (*Levantado la*
beza. Vase apoyada en el arzobispo por la vent
del fondo, á cuyo nivel estará el cadalso, y
rededor de este soldados con hachas; las cort
negras se entreabren y vuelven á cerrarse: las
quesas quedan en actitud de rogar, y se oye la
del Heraldo que lee.)

Heral. — «Sentencia de la cámara alta, que c
«dena á la pena de muerte á la reina Catalina
ward, y á su cómplice, fijando la ejecucion á
«tres dias de haber sido pronunciada, y la hora
«suplicio á las seis de la tarde.» (*Oyense las seis*
la última campanada, el pueblo dá un grito.)

Duq. Dios mio! Perdonadla. (*Las cortinas*
abren de nuevo: se vé el caddver de Catalina
bierto con un velo: el arzobispo estará de rodill
Ethelwood de pié.)

Eth. Ahora, señores, es indispensable que
sentencia tenga ejecucion en todas sus partes.
acabo de dar muerte á la delincuente: yo soy
cómplice. (*Se quita la máscara.*)

FIN DEL DRAMA.

BINDING S MAY 22 1

LS.C
C7324

«Comedias». Vo

DATE	NA
June 17/55	E Rug